MARÍA DE LAS NIEVES
DE BRAGANZA Y BORBÓN

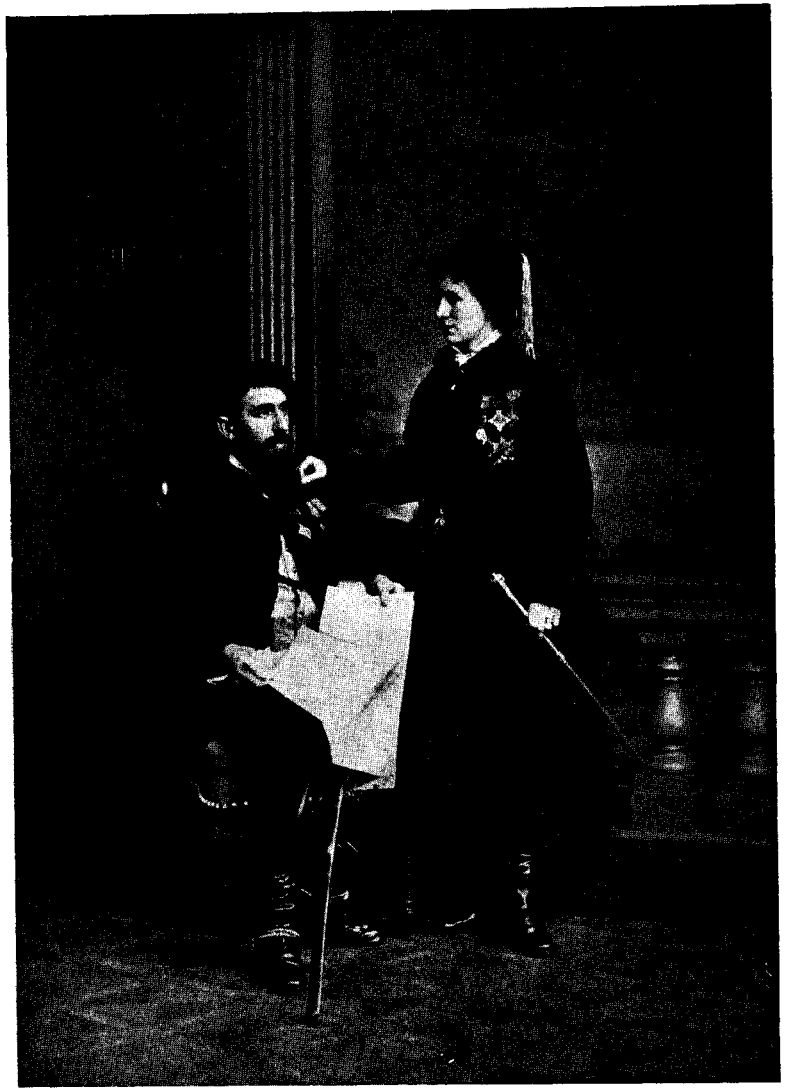
MIS MEMORIAS

ESPASA-CALPE, S. A.

19-E
5525

FiLe

0 6 37476



Retrato de Alfonso y María de las Nieves. Grupo en traje de campaña

Rz 5867

MARÍA DE LAS NIEVES
DE BRAGANZA DE BORBÓN

MIS MEMORIAS

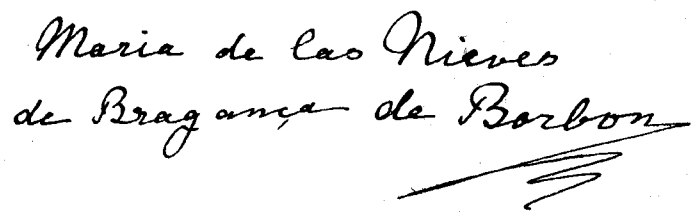
SOBRE NUESTRA CAMPAÑA EN CATALUÑA EN 1872 Y 1873 Y EN EL CENTRO EN 1874

PRIMERA PARTE

DE 21 ABRIL 1872 A 31 AGOSTO 1873

ESPASA-CALPE, S. A.
MADRID
1934

Nuestros inolvidables héroes estarán gozando en la patria celestial del premio que merecieron. No les fué dado disfrutar aquí abajo de la justa recompensa a sus actos sublimes; mas lo que Dios les tenía reservado vale infinitamente más. Este es mi consuelo cuando pienso en ellos y les pido que me ayuden en mi trabajo de cronista y que lo hagan, sobre todo, en la gran obra que debe emprender mi Alfonso.



CAPITULO I

ABRIL DE 1872

Llegada a Marsella.—Detenidos por la Policía francesa.—Viaje a Suiza.—Separación.—Viaje a la frontera española.—Primeros días y primeros preparativos del alzamiento en Cataluña

En abril de 1872 fué llamado Alfonso con urgencia por su hermano, hallándonos nosotros en la isla de Malta, en la que teníamos casa, y Carlos, en Suiza. No nos podíamos figurar con qué fin quería mi cuñado que acudiese Alfonso a Ginebra, pues ignorábamos que se preparase un movimiento carlista en España. Excepto la *Carta-Manifiesto,* especie de programa destinado a la publicación, que Carlos dirigió con este fin, fechada en julio de 1869, a Alfonso (quien servía entonces en los zuavos pontificios), no solía mi cuñado enterar a su hermano de asuntos políticos, salvo de algunas generalidades conocidas del público.

La primera partida carlista que se levantó en Cataluña fué la de Castells, quien, por una confusión, se anticipó al movimiento general; éste, según la orden dada, debía ser efectuado el 7 de abril de 1872; pero sobrevino una contraorden que lo aplazaba para el 21 del mismo mes. Castells no la recibió a tiempo y se puso en campaña el día 7.

La noticia del levantamiento carlista la tuvimos por el Director de la Policía francesa en Marsella, quien nos apresó, inmediatamente después de haber desembarcado en este puerto, con el fin de expulsarnos de Francia. Aquel funcionario dijo a mi marido que sabía que iba a España, lo que éste, por supuesto, negó, dando su palabra de que nos proponíamos ir a Suiza, para lo que esperábamos solamente a nuestros criados y equipaje que habían de llegar de Malta. La policía no quiso permitirnos prolongar nuestra estancia en el Mediodía de Francia ni siquiera hasta la

llegada de nuestra servidumbre, y nos impuso la marcha a Suiza en un plazo de treinta y seis horas. No contento con esto, el Jefe de la Policía nos molestó en grande, haciéndonos levantar por dos veces de la cama cuando ya era hora de estar acostados y presentándose otra vez a la mañana siguiente cuando yo estaba a media *toilette*. Dúrante el día quisimos ver la ciudad, dando una vuelta en coche, y siempre nos sentimos seguidos por la policía, que velaba por que no nos escapáramos. Pocos momentos antes de ser conducidos por ella, a primera hora de la mañana y tras un día de vejaciones por su parte, al ferrocarril, apareció en el hotel el Conde de Chardonnet con todos los documentos que Carlos enviaba a Alfonso; es decir, su nombramiento de General en Jefe de Cataluña y unas indicaciones o listas conteniendo los medios con que podía contar, tales como jefes del ejército contrario que se disponían a entregar sus plazas, por cuyo medio se vería provisto así de fusiles y artillería.

Nombraba Carlos al Coronel Cadórniga, el cual, según el anuncio de aquél, estaba dispuesto a entregar la plaza de Figueras y poseía el nombramiento de Jefe de Estado Mayor General de Alfonso, nombramiento que enviaba Carlos en su carta. Alfonso repasó rápidamente los papeles enviados; luego, los ocultó precipitadamente en los botines que calzaba a fin de substraerlos a una eventual requisición de la policía, pues era probable que ésta revisara de nuevo nuestros efectos. Además del nombramiento de Alfonso, de General en Jefe de Cataluña, trajo Chardonnet el documento en el cual había dado Carlos la orden del levantamiento general para el 21 de abril de 1872 al grito de: ¡Viva España! ¡Abajo el Extranjero! ¡Viva Carlos VII!

Mi marido dijo al Conde de Chardonnet que estaba persuadido de que quedaría todo esto reducido a meras promesas y que lo más cierto sería que no encontrara nada de lo anunciado; pero que ya que su hermano le daba la orden de aceptar el mando, obedecía. Chardonnet deseaba que marchara en el acto a la frontera, pero Alfonso le hizo ver la imposibilidad de hacerlo, pues nos encontrábamos en manos de la policía, habiendo, además, asegurado al Jefe de ésta con su palabra que, de momento, se dirigía a Suiza y no a España.

Alfonso instó encarecidamente a Chardonnet que saliera en seguida del hotel para evitar que la policía le detuviera también a él. En efecto, apenas dejó nuestro cuarto, cuando entró otra vez en éste el Jefe de Policía. Nos condujeron a Suiza y llegamos a Ginebra cuando Carlos ya se había marchado de allí.

Alfonso se trasladó al día siguiente desde esta ciudad, acom-

Conde de Chardonnet, a Perpiñán, haciéndose pasar
lo, con las obligaciones anejas a este empleo, viajando
clase, mientras que Chardonnet lo hacía en primera,
maleta de éste y sufriendo al pasar la Aduana un
amo. Todo aquello le divertía mucho, y, desde luego,
enos la compañía de un borracho que le hizo pasar
ma noche poco agradable.

llegó el 22 de abril a Perpiñán. Yo quise ir con mi
o el Conde de Chardonnet declaró que, viajando juntos,
:il para la policía el reconocernos; que la Condesa de
(su mujer) me acompañaría a Perpiñán y que vendría
la misma tarde. Desesperada de separarme de Alfonso,
1 embargo, otro remedio que someterme a lo dictado
nnet; pero ¡cual fué mi desconsuelo cuando vino, hacia
licha señora al Bocâge (la villa de Margarita), y al
"¿A qué hora marchamos?", me contestó que no mar-
que su marido le había prohibido que facilitara mi
nás aún, el que viniera conmigo y que, para impedirlo,
ivado de todos sus papeles y documentos! (En 1872 se
nas veces sus pasaportes a los viajeros.)

í que el Conde de Chardonnet me había engañado y que
los resueltos a secundar la orden de Carlos, quien había
según se me dijo luego, mi retención en Suiza para
se con Alfonso. Me dijo mi cuñada Margarita que su
ıabía encomendado terminantemente que no me dejara
Alfonso. Estaba yo loca de desesperación, temiendo
anto, mi marido hubiera entrado en España y yo no
ınirme con él. Así, que resolví escaparme. Buscaba yo
en un indicador de ferrocarriles, pero vi que aquel
contenía para mí sino jeroglíficos, pues que nunca había
stas guías, ya que siempre tuve quienes lo hicieran por
ne Margarita en ese estado de desconsuelo, aquel cora-
no tuvo lástima de mí y me prometió ayudarme. Tele-
amigo de la casa, un francés muy legitimista, carlista,
: Lyón, el Conde de Sibeins, rogándole que viniera en
sa que efectuó en el acto.

fué combinada mi marcha. Pero cuando estaba yo dis-
ınerme en camino recibí un telegrama de Alfonso dicién-
:sperara, y después, una carta explicándome el porqué,
ıe Chardonnet vendría a buscarme. En efecto, llegó éste
después con este fin. Me dijo que durante el viaje debe-
ır por su mujer, y, como le conocían mucho en la esta-
nebra, así como a la Condesa, dispuso que yo fuese

primero a su casa, que allí me pondría el abrigo de viaje de su mujer y el velo de gasa azul con el que acostumbraba a cubrirse la cara, y como su estatura y la mía eran muy parecidas, podíamos muy bien pasar la una por la otra. Se hizo como se convino y fuimos el Conde y yo a la estación del ferrocarril. Chardonnet llevaba también una comisión de Margarita para Barcelona e iba muy preocupado por ella, temiendo que le fuera descubierta por la policía; así que, con esta idea, veía continuamente espías. Me dijo que si se consideraba en peligro me dejaría continuar sola el viaje; que ya me despabilaría yo, porque siendo importantísima la misión que llevaba, no podía ponerla en riesgo de un fracaso.

Durante el curso del viaje me dijo el Conde de Chardonnet que no sabía dónde estaba Alfonso, si en Perpiñán, en otro punto de por allá o internado ya en España; que él lo había dejado en casa de un gran propietario del Rosellón. Me parece que también me dijo el nombre de aquel señor, pero no lo puedo afirmar; de todos modos, poco después yo ya no me acordaba de cómo se llamaba y, no hallándome ya muy lejos de Perpiñán, pensaba que nada impediría a Chardonnet el acompañarme hasta el fin. Lo que me preocupaba era saber si mi marido estaba aún en Francia o si había pasado ya la frontera.

Llegados a Perpiñán, me dijo Chardonnet que descendiera del vagón, que él me seguiría con mi equipaje. Bajé, como me lo mandó; pero al volverme luego atrás vi que había desaparecido mi cicerone y con él mi maleta. (Era de celebrar que no la hubiera abandonado.) Muy preocupado con la misión que debía desempeñar en la capital catalana, e imaginándose ver en cada persona un agente de la policía secreta francesa, no tuvo en cuenta, sin duda, que Perpiñán era para mí una población del todo nueva y que en ella no conocía a nadie. Me vi plantada sin saber ni el nombre ni las señas de a quien tenía que dirigirme. Miré a todos los lados, algo azorada para mis adentros, pero sin dejarlo notar, reflexionando en qué hacer, cuando un señor se acercó a mí y me preguntó:

—¿Quiere usted venir conmigo?

¿Qué clase de individuo será éste?, pensé yo; pero no podía detenerme en reflexiones, pues si empezaba el señor con insistencia a ofrecerme su compañía y yo a protestar con energía, se hubiera metido la policía en la cuestión. Así contesté sin más:

—¡Sí, señor!

El señor me dijo:

—Tome usted mi brazo.

Y lo tomé.

—Levántese el velo.

Obedecí, y así me llevó a su *coupé*. Entretanto, pensaba yo: puede que sea éste el señor de quien me habló Chardonnet, que esté ya prevenido; en tal caso, era imprudente formular allí nuevas interrogaciones. Una vez sentados en el coche y el carruaje ya en movimiento, me dijo mi nuevo protector:

—Don Alfonso está en mi casa. Soy Lazerme.

¡Qué alegría! Me llevó a su suntuoso *hotel*, que era lo que en otros países llamarían un palacio. En lo alto de la escalera veía yo alguien que parecía quererse ocultar de mí, es decir, no atreverse a bajar. El Conde de Lazerme me hizo subir y al llegar arriba me encontré en brazos de mi Alfonso. Este me dijo:

—Ahora, nunca más nos separaremos.

Nos alojaron en un monísimo cuarto con un comodísimo tocador al lado. Las ventanas daban a un patio. Las alas de éste formaban parte de la casa, que se prolongaba en la parte posterior. Nos hallábamos en el segundo piso. A la altura del primero había un minúsculo jardincillo. Nos hallábamos en nuestras habitaciones muy ocultos. La vista no era variada, pero esta contrariedad no tenía importancia. Había una fuente a la que veíamos acudir por agua a la gente y podíamos asistir desde arriba a la *toilette* del caballo, que lavaban a chorro cada día.

A mi llegada estaban ausentes la señora de Lazerme y sus dos hijas, pero eran esperadas un par de días después. Antes vinieron su hijo y la nuera. Toda la familia era simpatiquísima y de lo más buena.

Se componía del Conde y de la Condesa de Lazerme, ésta aun muy bonita, de rasgos muy finos; dos lindas señoritas, de dieciséis y diecisiete años; el hijo, José de Lazerme, un guapo joven de poca más edad que mi marido y que ya había hecho su servicio militar durante la guerra francoalemana, distinguiéndose en ella, pues era un modelo de joven, y la hermosa nuera María Elena. Todos nos acogieron con conmovedora bondad.

Al llegar Alfonso a Perpiñán encontró la situación tal como se la había previsto cuando le entregó Chardonnet los consabidos documentos y tal como se la pronosticó a este señor. Todo fué triste verdad. A pesar de que mi marido no tenía más que veintidós años veía con ojos de hombre muy avisado, de más de treinta.

De todo lo prometido no había nada; todo era pura quimera. En cuanto al Coronel Cadórniga, había tenido, efectivamente, la intención de entregar la plaza de Figueras, pero no pudo hacerlo, y con mucha lealtad lo hizo saber, y como ya le era imposible pasar a los carlistas, devolvió a Alfonso su nombramiento de General

y lo demás. (Murió poco después en un accidente de ferrocarril.) De modo que Alfonso ni Jefe de Estado Mayor tenía al encargarse del destino que su hermano le dió. Ignoraba qué preparativos había hechos ni con qué se podía contar en efectivo. Por fortuna, encontró en monsieur Alexis de Souvràs la persona que le facilitó algunos datos y le inició algún tanto, y hasta cierto punto, sobre lo que pasaba en Cataluña, aunque también ignoraba qué preparativos y qué organización existían.

El joven monsieur Alexis de Souvràs era un señor de cualidades superiores, bajo todos los conceptos. Era el centro y alma del carlismo en Perpiñán. Todos acudían a él, como en tiempos pasados habían acudido a su padre, y, a lo largo de la frontera franco-española del Rosellón, se contaba con él en la seguridad de que todo se hallaba en sus manos y dirigido con gran cabeza y habilidad; pero suplir todo lo que faltaba era un milagro que él tampoco podía hacer.

Por monsieur de Souvràs supo Alfonso que ni el General Tristany ni el Coronel Savalls habían penetrado aún en Cataluña. Allí existían desde el 21 de abril de 1872 unas pequeñísimas partidas, pues el General Castells se enteró, demasiado tarde, de que el levantamiento fijado para el 7 de abril había sido aplazado por una contraorden para el día 21, según dije antes, y así se echó al campo el 7, y, como no pudo ya retirarse, vagaba, seguido de poca gente, por los montes.

Muchos días después de haber llegado Alfonso a Perpiñán penetró Savalls en Cataluña y fué Tristany a la frontera, en la que permaneció largo tiempo, y después también, llegaron a ella el General don Francisco Moya y Marín, designado Secretario de Campaña de mi marido, y el Coronel don Vicente Ruiz. Alfonso se sintió feliz con la llegada de estas dos valiosas personas; pero se daba el caso de que Moya tampoco estaba enterado de lo que hubiera o no preparado en Cataluña ni del plan ni de los medios con que se contaba para el levantamiento. Se hallaba completamente a obscuras respecto de todo aquello, aunque era íntimo amigo de algún miembro de la Junta Central de Armamento y Defensa, residente en Barcelona, como, por ejemplo, del Secretario de ésta, General Larramendi, y conocido también del Presidente de la misma, Marqués de Capmany.

Desde el primer momento emprendió Alfonso con ardor su complicada tarea, y cuando se mira ahora toda su enorme correspondencia de entonces con la Junta, con los jefes, con su hermano, etc., etc., parece imposible que los días fueran bastante largos para tanto trabajo.

CAPITULO II

MAYO DE 1872

Fracaso del alzamiento en el Norte.—Escasez de fondos y de medios.—Estancia cerca de la frontera.—Disposiciones y primeros trabajos.—Reconocimiento de los Fueros de los pueblos de la Corona de Aragón

Pronto, el 4 de mayo de 1872, ocurrió el descalabro de Oroquieta y la retirada de Carlos a Francia, tras dos o tres días de estancia en España. Jefes avisados y de juicio habían desaconsejado a Carlos su tan prematura entrada; mas éste no pudo dominar sus justos deseos de unirse a sus valientes combatientes. Eran éstos muchos, pero, naturalmente, en su mayoría gente que sólo entonces conoció la guerra; gran parte estaba desarmada, y así, a pesar de su valor heroico, se produjo la gran desbandada al verse sorprendidos por las fuerzas de Moriones.

La vuelta de Carlos a Francia la supo Alfonso indirectamente, pues se la ocultaron cuidadosamente, temiendo sin duda mi cuñado que pudiera desanimarle. El 12 de mayo escribió Moya a Arjona (Secretario de Carlos) que ni Savalls, ni Auguet, ni Estartús daban señales de vida.

De Cataluña llegaban cartas desesperadas: falta de dinero, falta de armas, falta de jefes, ¡falta de todo! Esto es lo que repetían continuamente los mensajes recibidos. Algún tiempo después envió Carlos, por medio de un Comité, veinte mil francos, recomendando a Alfonso la mayor economía y escribiéndole que, si sobraba algo de este dinero, lo enviara al Norte. Por supuesto que, sin el milagro de la multiplicación de los panes y de los peces del Evangelio, no podía haber sobrante, sino menguante.

Gracias a los trabajos de unos amigos, a la cabeza de los cuales figuraban los señores D'Ayllaud de Caseneuve, y a la generosidad de unos cuantos de entre nuestros conocidos y de personas

entusiastas de la Causa Carlista, logró Alfonso reunir algunos fondos, aunque pocos, de gran utilidad. Escribíamos carta sobre carta, a derecha e izquierda, recibiendo en general más calabazas que otra cosa. Valiosas sumas recibió Alfonso de nuestro tío el Duque de Módena, de mi suegra, de nuestros tíos los Príncipes de Löwenstein y de algún otro pariente nuestro. Aunque el Duque de Módena declaró terminantemente que lo enviado por él era exclusivamente para la persona de Alfonso y gastos privados suyos, éste lo empleó, naturalmente, en su totalidad en atenciones de la Causa.

Con los regalos de nuestros parientes y de algún amigo lograron los señores de Caseneuve comprar mil fusiles *Chassepot* con sus municiones, fletándose un vapor para su transporte. A pesar de toda la habilidad de los señores de Caseneuve, siempre fracasó su desembarco en España; en una o dos ocasiones, porque los encargados de esperarlos en la costa española no guardaron el secreto debido respecto al punto de desembarco; así que nunca los tuvimos. Hacia el fin de la guerra, tras mil viajes y aventuras llenos de peripecias, llegaron al Norte cuando Alfonso ya estaba fuera de España.

No son para describir todos los trabajos que la familia de Caseneuve, propietarios de entre Marsella y Tolón, hizo por la Causa, después de haber ya el padre de estos señores sacrificado cuando la guerra de los Siete Años (la de Carlos V) la casi totalidad de sus bienes, vendiendo finca tras finca en distintas partes del Mediodía de Francia. Uno de los señores de Caseneuve desempeñó un papel importantísimo en la intentona de San Carlos de la Rápita.

El 15 de mayo escribió Moya que todos los jefes de Cataluña aconsejaban que Alfonso no entrase todavía, por considerarlo contraproducente, ya que con ello atraería aún muchas más tropas a este Principado. El día 20 del mismo mes dispuso mi marido que las partidas se transformasen en batallones. El 22 dirigió una circular a los jefes del Somatén en Cataluña ordenando que se levantaran cuanto antes al grito de: ¡Viva España! ¡Viva Carlos VII! ¡Abajo el Extranjero! (Era por Amadeo.)

Cuando marchó Moya, don Vicente Ruiz fué nombrado Secretario de Campaña de Alfonso con fecha 29 de mayo.

Alfonso ansiaba penetrar en Cataluña; pero en las primeras semanas de su estancia en Perpiñán apreció la imposibilidad de efectuarlo, pues, no existiendo allí sino pequeñísimas partidas, su presencia hubiera comprometido la empresa, atrayendo la mayor parte de las fuerzas enemigas, con riesgo evidente de que sofocaran

los débiles principios del levantamiento; todos estaban unánimes en desaconsejarlo, mas, después de esta primera etapa, quería Alfonso pasar la frontera. De semana en semana estábamos esperando el momento que los de allá encontraran oportuno. Sin embargo, las contestaciones insistían en que era preciso aguardar, y cuando Alfonso declaraba que ya no quería retardar más su entrada, siempre le rogaban que esperara tal o cual próxima oportunidad o coincidencia. En general, todos decían lo mismo, y Alfonso no podía menos de comprender que tenían razón, ya que, para ciertas cosas, era más útil quedarse aún, momentáneamente, fuera de España, hallándose, como se hallaba, en continuo y activísimo contacto con la Junta Central de Cataluña, tanto por escrito como recibiendo a personalidades de este organismo y a otras influyentes en el país. Entrevistas fructuosísimas todas ellas, pero que se efectuaban con las mayores precauciones para que no fuesen descubiertos nuestros paraderos y para evitar que cayésemos en manos de la policía francesa.

El 12 de mayo de 1872 nombró Alfonso a don Rafael Tristany Comandante General interino de Cataluña hasta que se efectuara su entrada (la de mi marido), pero Tristany tardó aún largo tiempo hasta poder penetrar en España.

Pasamos un mes y pico en Perpiñán, mimados por la familia de Lazerme, la cual de cuando en cuando nos llevaba en coche al mar, junto al cual tenían una finca. Tomábamos allí algún baño. Estos paseos no podían repetirse sino pocas veces, a fin de evitar el arriesgar un mal encuentro, aunque aquel sitio era muy solitario. Algunas veces, pocas, íbamos Alfonso y yo, caída la noche, después de comer, fuera de las murallas de la ciudad, a la estación del ferrocarril, camino entonces casi en el campo y que hoy en día ya está en medio de las casas y urbanizado. Contemplábamos los cambios de la luna, ahora creciente, ahora llena, ahora menguante, y, como contábamos siempre con una próxima entrada, calculábamos en qué fase la tendríamos en el deseadísimo momento. ¡Pero cuántas lunas pasaron hasta que llegó éste!

En general hacíamos muy poco ejercicio y, en cambio, nuestras comidas parecían medidas para un estómago de gigantes, pues eran riquísimas y siempre aparecían nuevos platos, lo que nos ponía en un compromiso, pues por mucho que nos gustaban, nuestra capacidad tenía un límite, a pesar de que los dueños de la casa nos invitaban a más y más. También había exquisitos vinos, propiedad de aquellos señores.

Monsieur de Souvràs venía casi diariamente para contarnos noticias. Como su casa era la cita de los *conspiradores*, acudían

T. I

CAPITULO III

JUNIO DE 1872

Comienzos del levantamiento en Cataluña.—Tarragona.—Primeros partidarios.—Don Juan Francesch.—Su entrada en Reus

Al abrir por la mañana siguiente las persianas lanzamos un grito de admiración y alegría ante el magnífico parque; la hermosa soledad, ¡la libertad tras del encierro de Perpiñán! Por bien que en esta ciudad nos arreglaron la jaula, ¡jaula quedaba!, y no podía ser de otra manera. Así que, al ver que estábamos libres, nos sentimos como pájaros libertados. Nos vestimos a toda prisa y corriendo bajamos con Redondo al parque. Alfonso parecía un caballo desbocado que traveseaba con brincos inverosímiles; saltaba por encima de los bancos, de las mesas y de todo lo que encontraba. Al mediodía, para el almuerzo, llegó la Marquesa de Nattes, madre del Conde, con un sacerdote amigo de la casa y que era Párroco de la iglesia de la Magdalena, de Beziers. Era hombre de confianza y muy entusiasta de la Causa Carlista; prometió venir los domingos y días de fiesta a decirnos la misa en la capilla del castillo, ya que podíamos asistir a ella desde una tribuna y sin que nadie nos viera. Este sacerdote se llamaba monseigneur Reboul. La Marquesa regresó durante la tarde a su casa de Beziers, acompañada del sacerdote. Era la Marquesa una buenísima señora, de lo más bondadosa para con nosotros. Dejó a nuestro servicio un criado y una criada, marido y mujer, ambos jóvenes y de plena confianza: el criado se llamaba Víctor y la criada Virginia.

En cuanto a mi servicio personal, no necesitaba yo a nadie, ni tampoco Alfonso se hacía asistir. Los dos criados cuidaban los cuartos, etc., y el hombre nos servía también la mesa. Dábamos, igualmente, paseos fuera del parque, pero la mayor parte del día la dedicábamos al trabajo. De cuando en cuando venían Souvràs,

así como don Vicente Ruiz. Sánchez iba y venía con parte de la correspondencia. Nosotros vivíamos solos en el castillo con Redondo. Los dos criados que la Marquesa dejó a nuestra disposición, así como la cocinera, se alojaban en una dependencia separada del palacio.

Nuestros cuartos se hallaban en el primer piso y en el bajo había, además de otros, un gran salón con una puerta de cristal que daba al parque, puerta que no podía ser cerrada con llave, así que estaba franco el paso para quien hubiera querido subir a los nuestros. Tampoco tenía llave la puerta de nuestra alcoba, pues estaban a punto de ser hechas aquélla y la de la puerta del salón que daba al parque cuando sobrevino nuestra llegada, que impidió el que vinieran obreros para hacerlo, ante el temor de que comentaran la presencia de huéspedes en la casa, en ocasión en que la familia propietaria estaba ausente de ella; así que, como precaución contra inesperadas visitas, atamos por medio de una cuerda el picaporte a la pata de la cama. Una noche oímos pasos en la parte del desván que daba encima de nuestra habitación; al lado de ésta había una escalerita que conducía al granero. Como continuásemos oyendo los pasos, tomamos una luz y subimos al desván a fin de realizar una detenida inspección; pero allí no había nadie, y quedamos en la duda de si los pasos provendrían de invisibles ratas que se escaparon de temida persecución o era el alma de Maroto que allí purgaba su infame traición, ya que este traidor había estado escondido en este mismo sitio cuando se preparó la primera guerra carlista, siendo huésped de los abuelos de los actuales dueños y alojándose en los cuartos que nosotros ocupábamos.

Como se sabía que los señores del castillo no se encontraban a la sazón en éste, existía cierta dificultad para la colada. Una vez, estando Alfonso fastidiado por no tener camisa de noche limpia, aproveché cierto día que mi marido tuvo que ir a Beziers a una entrevista con gente de la Causa, y me puse a hacer de lavandera. La única experiencia de este oficio la tenía de cuando de niña lavaba la ropa de mis muñecas; además, el hacerlo en aquella ocasión resultaba bastante difícil, pues que carecía de agua caliente; así que, poco a poco, tuve que hacerla hervir en una máquina de té, pero de modestas dimensiones. Cuando volvió Alfonso estaban mis dedos ensangrentados a causa del enérgico frotar; pero la camisa, limpia.

Entretanto, seguían en Cataluña las pequeñas partidas engrosando ligeramente su gente, poco a poco, y entre un ir y venir de los voluntarios que las componían. De tiempo en tiempo, iban a

sus casas *a cambiar la camisa,* como decían, y en ellas quedaban descansando más o menos días. Sin embargo, hubo voluntarios que seguían constantemente en las partidas. La situación más terrible era la de los carlistas de la provincia de Tarragona, en la que todo concurría para hacer más imposible el desarrollo de nuestras fuerzas, acumulándose a las dificultades que ofrecían el terreno y las medidas de defensa adoptadas, la existencia de más carreteras, más ferrocarriles y más pueblos fortificados. Todo favorecía al enemigo. Continuamente acosados los soldados de Carlos VII, hubo muchos que se presentaron a indulto, más de una vez siguiendo a sus jefes, que lo hacían al verse en momentos desesperados y sin recursos para dar lo necesario a sus fuerzas. Otros jefes eludían la persecución pasando con su gente a la provincia más cercana en espera de poder volver a la suya.

Los primeros que se levantaron en Tarragona, en abril de 1872, fueron el Brigadier don Matías de Valls (no confundirle con Vallés), como Comandante general de la provincia, nombrado por Carlos, y, a las órdenes de Valls, los propietarios don José Antonio Mestres, don José Bové, don José María Barenys, don Francisco Cerdá (a) *Quico de Constanti;* Martinet, de Vilaplana; el Comandante D. Pedro Colomé, los hermanos Comandante don Pedro y Capitán don Agustín Cendrós, don Pedro Nino, con un total de fuerza de quinientos hombres y, en seguida, también, el Teniente coronel don Domingo Sans, don José B. Moore y don José Agramunt (cura de Flix).

Este último entró en campaña como capellán castrense de una partida. Murió en un combate el jefe de ella (he perdido el papel en el que consignaba su nombre) y la pequeña fuerza, consternada, sin tener quien la guiara, suplicó al capellán que se pusiera a su cabeza. Don José Agramunt contestó que, siendo la Causa Carlista la de Dios, consentía en mandar la partida hasta que se encontrara otro jefe que reuniera las debidas cualidades, pero que, al momento de hallarle, él, don José Agramunt volvería a ser lo que era: capellán castrense. La fuerza no quiso ya prescindir de él y Alfonso le suplicó continuara a su frente, por lo menos, interinamente. Más tarde, no queriendo mi marido prescindir de tal jefe, tanto insistió con él que, por fin, consiguió que el cura de Flix continuara de militar. Fué el jefe más sobresaliente entre los de la provincia de Tarragona, distinguiéndose más tarde en el reino de Valencia.

Excelente papel desempeñó, también, en Tarragona el valiente don José B. Moore, quien después, en 1873, fué nombrado por Alfonso Comandante general de la mencionada provincia, es decir,

jefe de la brigada de ésta. El valiente don Pedro Nino, que acabo de citar entre los primeros que en la provincia de Tarragona salieron al campo con partida cuando el levantamiento de Cataluña, y que era propietario de mucho influjo, fué nombrado, con el tiempo, Comandante del segundo batallón de la provincia; se portó muy bien, y, desempeñando una comisión del servicio, murió asesinado por los *cipayos* en San Juan de las Abadesas. Los hermanos don Agustín y don Pedro Cendrós sacaron una porción de hombres; pero don Agustín se presentó a indulto algo más de dos meses después, y no volvió; creo que por falta de salud. Su hermano don Pedro mandó luego la mitad de la fuerza de la provincia de Tarragona a las inmediatas órdenes de Sans, y bastante más tarde, cuando la toma de Santa Coloma, se le nombró jefe de aquel cantón, con residencia en Santa Coloma y grado de Teniente coronel. Se portó muy bien. Don José Antonio Mestres sacó mucha gente; era un buen carlista y trabajó con sumo valor y lealtad. Aun cuando se presentó a indulto cuando la reunión de la Musara, volvió más tarde a campaña.

No sé más detalles respecto a los otros cuyos nombres cité, pero todos tuvieron méritos, hicieron sacrificios y se batieron como valientes carlistas. Los que nunca se presentaron a indulto, entre los que nombré como primeros en levantarse en la provincia de Tarragona, fueron don Domingo Sans, don José B. Moore, *Quico de Constanti,* don Bautista Piñol, don Pedro Juan Puig y don José Agramunt.

En Tarragona, según ya va dicho, como en las otras provincias de Cataluña, se componían, entonces, las fuerzas carlistas de partidas, y jefe de cada una de ellas era el que las había levantado. Los Comandante generales de las cuatro provincias fueron nombrados por Carlos antes del levantamiento, y eran: el General Estartús, de Gerona; el General Castells, de Barcelona; el General Torres, de Lérida, y el General don Matías de Valls, de Tarragona. Este General desempeñó por poco tiempo la Comandancia de su provincia. Pronto presentó su dimisión, se cree que por haber nombrado la Junta Central segundo jefe al Coronel don Juan Francesch. Valls motivó su instancia de relevo en su mal estado de salud. Ya estaba viejo y quebrantado.

Después de haberse retirado Valls, la Junta Central de Cataluña nombró al Coronel don Juan Francesch Comandante general de la provincia de Tarragona y, como no pudo ser averiguado el paradero de Francesch —que se hallaba oculto en una casa de campo, a media hora de Tortosa, donde preparaba el golpe de apoderarse por sorpresa, y con gran maña, de los cuarteles de esta

ciudad—, se puso en su lugar al Teniente coronel don Domingo Sans. Era éste un buen jefe, valiente, leal y activo; pero después, como eclipsaba a Vallés, cuando éste tuvo el mando de la provincia de Tarragona (para el que le nombró Alfonso en 1873), le hizo este jefe una guerra a muerte, hasta que le hundió, haciendo creer que Sans era un traidor, lo que era una pura calumnia. Sans se encargo del mando de la provincia, que contaba entonces con una fuerza de sobre mil hombres. Es de advertir que el número de los voluntarios variaba continuamente en aquel tiempo, disminuyendo, a menudo, de repente.

El primer día después de haber sido nombrado Sans por la Junta para el citado cargo se distinguió en una acción que libró con una columna enemiga, a la que hizo muchas bajas y doce prisioneros; dos días después desarmó a los *Voluntarios de la República* en la Granadella (provincia de Lérida), apoderándose de sesenta fusiles y muchas municiones. A consecuencia de este hecho, salieron en su persecución dos columnas, y así libró al día siguiente la acción de Masroig, batiéndose, por su parte, trescientos carlistas contra seiscientos hombres y treinta caballos del enemigo. Sans no pudo hacer entrar en fuego al resto de sus mil hombres, a causa de que tenían que pasar la riera por encima de la palanca. A pesar de esto, duró la acción cinco horas sin perder un palmo de terreno. Los carlistas fueron cargados dos veces por la caballería, a la que rechazaron de la manera más bizarra. Don José Agramunt actuaba con Sans, quien siguió realizando sus proezas por las proximidades de Tarragona, y el cura de Flix se fué a operar en el Priorato.

Poquísimos días después de la acción descrita se vió Agramunt llamado por unos propietarios, jefes de partidas levantadas y capitaneadas por ellos. Eran don Antonio Mestres, don José Bové, don José María Barenys y Martinet de Vilaplana, quienes le rogaron viniese a La Musara, provincia de Tarragona, y, una vez reunidos, tomando la palabra don José Antonio Mestres, Bové y Barenys dijeron que no atreviéndose a sacar contribuciones por no estar autorizados para ello, se veían en la precisa necesidad de presentarse a indulto por falta total de recursos y que así debía hacerlo también él, el cura de Flix. De la gente que capitaneaban, alguna parte quedó expectante hasta ver qué pasaba, pero la mayor se acogió a indulto. El cura de Flix, tras de haber protestado contra la determinación de dichos jefes, tomó su partida y volvió al Priorato, centro de sus operaciones.

A los pocos días se presentó Francesch, dándose a conocer como Comandante general interino, quedando Sans de segundo jefe.

El golpe que meditó Francesch y para cuya realización se ocultó a media hora de Tortosa, ¡falló! Había confiado en reunir cuarenta hombres, muy conocedores de aquella ciudad, y con ellos apoderarse, como va dicho, de sus cuarteles; pero no pudo alcanzar el número indicado porque los carlistas de Tortosa no tenían confianza en él. Fué una desconfianza de lo más injustificada. Francesch había servido en el ejército de doña Isabel, alcanzando el grado de Teniente coronel de Ingenieros; pero, así como su familia, era de ideas carlistas. Muchos no distinguían entre "pasado" y "pasado".

Francesch, al presentarse como Comandante general de la provincia de Tarragona, citó a todos para un día señalado en Vilaplana, en donde se reunieron sobre cuatrocientos hombres. Mucho habían ya menguado las fuerzas de esta provincia. Francesch hizo varios días de marcha con las fuerzas; entró una vez en contacto con una columna enemiga, trabándose un prolongado fuego entre ésta y los carlistas, que lo hacían desde unas posiciones en la montaña, tocantes al pueblo de Tivisa, en el que Francesch se había detenido durante tres días para hacer instrucción y ejercicios mañana y tarde. Al llegar la columna, salió Francesch del pueblo con su fuerza, colocándose donde acabo de decir mientras la columna le hostilizaba desde aquél. El fuego duró desde las diez de la mañana hasta el anochecer, pero sin resultado para una ni otra parte, pues las dos quedaron donde estaban hasta cesar el combate. Al caer la noche mandó encender hogueras y luego fué a pernoctar a Gavadá.

Al día siguiente, 29 de junio de 1872, mandó Francesch al Capitán Gineses con algunos voluntarios a sorprender al jefe de la estación de Hospitalet. Efectuada la sorpresa, fueron todos a dicha estación, y al pasar el tren, le hizo parar Francesch, mandando bajar a todos los viajeros y subiendo en él con toda su fuerza. Así fueron hasta Salou, que se halla a dos horas de marcha de Reus. Allí dejaron el tren, tomaron la carretera y, a marcha forzada, fueron hacia Reus. Media hora antes de llegar a la ciudad, Francesch llamó a cinco o seis, entre ellos al cura de Flix, y les señaló a cada uno los puntos que habían de ocupar y lo que debían de hacer. Mandó algunos voluntarios a Vilaseca para que cortasen el telégrafo, y continuaron luego la marcha hacia Reus.

Antes de llegar dijo a Barenys:

—Toma la compañía, y marcha a apoderarte de los cuarteles; toda la tropa está de paseo; no encontrarás más que la guardia y, si le hay, algún enfermo; no dejes entrar a nadie.

Pero Barenys hizo todo lo contrario. En lugar de arrojarse

sobre la guardia, mandó hacerla fuego, dando lugar a que la tropa se retirase a los cuarteles. Francesch estaba en la Casa de la Villa exigiendo una cantidad al Ayuntamiento, y, en el momento en que le aseguraba que no se dispararía ni un tiro, vinieron a avisarle que en los cuarteles se oía un gran fuego de fusilería.

Bajó en el acto del Ayuntamiento, montó a caballo, y, seguido de los *trabucaires,* marchó a todo correr en dirección a aquéllos, dejando al cura de Flix, que estaba en la misma calle, con ochenta y dos hombres, sin darle ninguna orden, cosa perfectamente comprensible en semejante momento, y más con la seguridad de que aquel jefe habría de hacer cuanto mejor se pudiera, ya que sabía despabilarse en las situaciones más críticas. Antes de llegar a los cuarteles, Francesch se encontró con el Coronel enemigo; se abrazaron y marcharon juntos. Puede deducirse que el Comandante militar de Reus se había entendido con su amigo el Coronel Francesch para dejar entrar a los carlistas y que se apoderaran de la ciudad.

La gente de Barenys, creyendo que la que venía era la caballería enemiga, hizo una descarga, de la que cayeron heridos el Coronel de la guarnición y su caballo. Francesch corrió a los cuarteles gritando a la tropa que cesara el fuego; pero le dirigieron una descarga y lo que los carlistas habían hecho con el Coronel de la fuerza amadeísta hizo ésta contra el carlista. Herido de gravedad Francesch, mandó a los suyos que le llevasen a una casa, y después les dijo:

—¡Dejadme! Yo voy a morir. ¡Salvaos vosotros como podáis!

A todo esto el cura de Flix no había recibido ninguna orden contraria a la primera que le había trasmitido Francesch, y permaneció frente al Ayuntamiento ignorando cuanto pasaba. Pronto se le acercó con mucho disimulo un paisano, diciéndole:

—Francesch está muy mal herido y pide confesión, y los carlistas ya han marchado todos.

Al oír esto, dijo don José Agramunt al paisano:

—Pase usted delante y, bajo pena de la vida, acompáñeme usted adonde está Francesch.

Como ya la tropa se había hecho fuerte en los cuarteles, los *Voluntarios de la Libertad* se rehicieron y, desde las ventanas, tiraban algunos tiros a los del cura de Flix, de modo que don José Agramunt no podía tratar sino de salvar a su gente y, para sacarla de la ciudad, tuvo que ordenarla desfilara en dos hileras, una por cada acera de la calle, y ambas, bien arrimadas a las paredes, para impedir el fuego que pudieran hacerles desde las casas; así una hilera guardaba a la otra. Al poco rato de andar de

esta guisa se encontró el cura de Flix con los *trabucaires* (carlistas), que conducían herido al Coronel de la fuerza amadeísta. Tan pronto les vió don José Agramunt gritó con gran alegría, creyendo ileso a Francesch:

—¡No es nuestro jefe el herido! ¡Es el de la tropa!

Inmediatamente se le acercó un *trabucaire* y le dijo:

—Francesch está muy mal herido, y de orden suya, le hemos dejado en una casa; es inútil que vaya usted por él, pues a todo trance quiere quedarse, porque ya se siente muerto.

Convencido de la verdad que decía el *trabucaire,* a quien don José Agramunt conocía a fondo, ordenó a unos paisanos que condujeran a una casa al jefe de la tropa adversaria, y él, con la suya más los *trabucaires,* salió de la ciudad, encontrándose luego con el grueso de la fuerza, que le esperaba en la carretera, yendo a descansar en una casa de campo. Entre las tropas que Francesch llevaba consigo a Reus estaban las de don José B. Moore, que capitaneaba una pequeña partida, y las de Sans.

Mientras, este último estaba curándose una herida en las montañas de la Juncosa, y en cuanto a los demás, como decía el cura de Flix, no había nadie con capacidad para mandar una escuadra, los que acababan de servir con Francesch nombraron para el mando, interinamente, a Barenys. Don José Agramunt era tan modesto que no quiso proponerse a sí mismo, sino que votó por Barenys, quien debía conducirles hasta que llegara otro jefe. Al conocer la Junta de Tarragona la muerte de Francesch envió una Comisión a Sans nombrándole, por segunda vez, Comandante general interino de la provincia. (Creo que debe de haber una equivocación en lo reseñado por el cura de Flix, pues no fué la Junta de Tarragona, sino la Central de Armamento y Defensa de Barcelona la que le nombró.)

Este Sans, excelente jefe, a pesar de estar aún muy resentido de su herida, dejó su escondrijo y corrió a ponerse al frente de las pocas fuerzas que quedaban.

CAPITULO IV

SIGUEN JUNIO Y JULIO DE 1872

Primeras partidas en Lérida, Gerona y Barcelona.—Sus jefes. Cambiamos de refugio.—Nombramientos

Escaso es lo que puedo decir respecto a los comienzos del movimiento carlista en la provincia de Lérida en la que se encontraban, también, en bastante difíciles condiciones; hicieron allí nuestros carlistas lo que pudieron. Me faltan los documentos. Sé, sin embargo, que libraron algunas atrevidas acciones. Fué su Comandante general, como ya va dicho, Torres, excelente persona, lleno de buena voluntad, y aunque viejo y achacoso, se portó muy bien.

Figuraba entre los jefes de los primeros momentos el Brigadier don Pedro Torribes (a) *el Tuerto de Ratera,* que murió muy pronto en la acción de Senant. Ignoro cuándo salió Camats (no sé si fué Teniente coronel o Coronel). Había sido nombrado jefe de Estado Mayor del General Torres; más tarde quedó de segundo jefe de Lérida y creo que, durante algún tiempo, de primero. Cumplió valientemente con su deber. Tampoco sé cuándo entró en campaña Coscó; me parece que fué Coronel; ejerció por algún tiempo un mando superior en la provincia de Lérida. Creo que murió en una acción a principios de 1873. En general, sabíamos poquísimo de los comienzos del levantamiento en aquella provincia, en la que salió poca gente, o, por lo menos, se sostuvo escasamente, pues tenía que luchar con grandes dificultades. Hubo rasgos de heroísmo entre los que salieron al campo, pero casi no tuvimos noticias de lo que pasaba allí en los primeros días.

En muchísimo mejores condiciones se encontraban los carlistas en las provincias de Gerona y Barcelona. En éstas todo concurría en su pro, así la topografía del terreno como la riqueza del

país. Pero la que superaba a las otras tres, la provincia más propicia al desarrollo de las pequeñas y nacientes partidas, era la de Gerona, que excedía en mucho a las demás. No puedo indicar las fechas en que se levantaron los diferentes jefes de fuerzas.

Como ya se ha dicho, era el General Estartús el Comandante general nombrado por Carlos para la provincia de Gerona y fué de los primeros que salieron al campo en el día fijado para el levantamiento. Luego hubo más jefes, como el Coronel Savalls y el Comandante Auguet, que se levantaron en mayo; Vila de Viladrau, Teniente coronel Cortázar, Coronel Frígola, Barrancot, Bosch, Puigvert, Soliva, Aymamy y varios otros cuyos nombres se me han extraviado. Tampoco puedo decir cuáles de entre éstos se levantaron en los primeros días. Muchas veces los oficios de la Junta Central de Barcelona no fueron muy explícitos ni prolijos respecto a personas y hechos.

En la provincia de Barcelona, según ya lo dije, mandaba entonces como Comandante general el General Castells, de setenta años de edad, con nombramiento de Carlos. Levantado en armas desde el 7 de abril de 1872 por no haber recibido a tiempo la contraorden que aplazaba el movimiento hasta el 21 del mismo mes. Existían alzados, como jefes de fuerzas, el Comandante don Jerónimo Galcerán, hijo del célebre jefe de la guerra de los Siete años; el Coronel Masachs (a) *Nasratats* don Martín Miret, don Juan Camps, el Teniente coronel Guiu, el Coronel Vila del Prat y otros cuyos nombres me faltan. Entre tantos jefes valientes, uno de ellos fué el Coronel Martí (a) *Pancheta,* del cual se habló elogiándole en muchas ocasiones; pero no sé en qué época entró en campaña, y creo que lo hizo en la provincia de Barcelona.

Me duele el alma al pensar que en mis *Memorias* han de faltar bastantes nombres de hombres bizarros y de cualidades admirables, a pesar de las cuales ni figuran en mis escritos ni están consignados en hechos que ilustraron y distinguieron; ruego a sus descendientes, si me leen, que me perdonen por ello y que estén persuadidos de que la omisión no se debe a ingratitud por mi parte, ni a no haberme empeñado lo bastante en descubrirlos, sino a absoluta imposibilidad de hacerlo por falta de papeles. Pido a Dios que los glorifique, tanto más, cuanto que no les tributo los suficientes honores en mis escritos.

No es de imaginar lo que sufrieron nuestros pobres voluntarios, sobre todo en aquellos primeros tiempos, viéndose perseguidos continuamente, corriendo día y noche, faltos de lo esencial e indispensable. ¡Sólo el sostenerse era un milagro y un prodigio de abnegación! Por supuesto, su situación era solamente defensiva:

CAPITULO IV

SIGUEN JUNIO Y JULIO DE 1872

Primeras partidas en Lérida, Gerona y Barcelona.—Sus jefes. Cambiamos de refugio.—Nombramientos

Escaso es lo que puedo decir respecto a los comienzos del movimiento carlista en la provincia de Lérida en la que se encontraban, también, en bastante difíciles condiciones; hicieron allí nuestros carlistas lo que pudieron. Me faltan los documentos. Sé, sin embargo, que libraron algunas atrevidas acciones. Fué su Comandante general, como ya va dicho, Torres, excelente persona, lleno de buena voluntad, y aunque viejo y achacoso, se portó muy bien.

Figuraba entre los jefes de los primeros momentos el Brigadier don Pedro Torribes (a) *el Tuerto de Ratera,* que murió muy pronto en la acción de Senant. Ignoro cuándo salió Camats (no sé si fué Teniente coronel o Coronel). Había sido nombrado jefe de Estado Mayor del General Torres; más tarde quedó de segundo jefe de Lérida y creo que, durante algún tiempo, de primero. Cumplió valientemente con su deber. Tampoco sé cuándo entró en campaña Coscó; me parece que fué Coronel; ejerció por algún tiempo un mando superior en la provincia de Lérida. Creo que murió en una acción a principios de 1873. En general, sabíamos poquísimo de los comienzos del levantamiento en aquella provincia, en la que salió poca gente, o, por lo menos, se sostuvo escasamente, pues tenía que luchar con grandes dificultades. Hubo rasgos de heroísmo entre los que salieron al campo, pero casi no tuvimos noticias de lo que pasaba allí en los primeros días.

En muchísimo mejores condiciones se encontraban los carlistas en las provincias de Gerona y Barcelona. En éstas todo concurría en su pro, así la topografía del terreno como la riqueza del

país. Pero la que superaba a las otras tres, la provincia más propicia al desarrollo de las pequeñas y nacientes partidas, era la de Gerona, que excedía en mucho a las demás. No puedo indicar las fechas en que se levantaron los diferentes jefes de fuerzas.

Como ya se ha dicho, era el General Estartús el Comandante general nombrado por Carlos para la provincia de Gerona y fué de los primeros que salieron al campo en el día fijado para el levantamiento. Luego hubo más jefes, como el Coronel Savalls y el Comandante Auguet, que se levantaron en mayo; Vila de Viladrau, Teniente coronel Cortázar, Coronel Frígola, Barrancot, Bosch, Puigvert, Soliva, Aymamy y varios otros cuyos nombres se me han extraviado. Tampoco puedo decir cuáles de entre éstos se levantaron en los primeros días. Muchas veces los oficios de la Junta Central de Barcelona no fueron muy explícitos ni prolijos respecto a personas y hechos.

En la provincia de Barcelona, según ya lo dije, mandaba entonces como Comandante general el General Castells, de setenta años de edad, con nombramiento de Carlos. Levantado en armas desde el 7 de abril de 1872 por no haber recibido a tiempo la contraorden que aplazaba el movimiento hasta el 21 del mismo mes. Existían alzados, como jefes de fuerzas, el Comandante don Jerónimo Galcerán, hijo del célebre jefe de la guerra de los Siete años; el Coronel Masachs (a) *Nasratat;* don Martín Miret, don Juan Camps, el Teniente coronel Guíu, el Coronel Vila del Prat y otros cuyos nombres me faltan. Entre tantos jefes valientes, uno de ellos fué el Coronel Martí (a) *Pancheta,* del cual se habló elogiándole en muchas ocasiones; pero no sé en qué época entró en campaña, y creo que lo hizo en la provincia de Barcelona.

Me duele el alma al pensar que en mis *Memorias* han de faltar bastantes nombres de hombres bizarros y de cualidades admirables, a pesar de las cuales ni figuran en mis escritos ni están consignados en hechos que ilustraron y distinguieron; ruego a sus descendientes, si me leen, que me perdonen por ello y que estén persuadidos de que la omisión no se debe a ingratitud por mi parte, ni a no haberme empeñado lo bastante en descubrirlos, sino a absoluta imposibilidad de hacerlo por falta de papeles. Pido a Dios que los glorifique, tanto más, cuanto que no les tributo los suficientes honores en mis escritos.

No es de imaginar lo que sufrieron nuestros pobres voluntarios, sobre todo en aquellos primeros tiempos, viéndose perseguidos continuamente, corriendo día y noche, faltos de lo esencial e indispensable. ¡Sólo el sostenerse era un milagro y un prodigio de abnegación! Por supuesto, su situación era solamente defensiva;

mas a pesar de ella, aprovechaban la ocasión siempre que se les brindaba para dar algún golpe en forma de sorpresa, etc.

El 25 de junio de 1872 vino al lado de Alfonso el General don Hermenegildo Díaz de Ceballos, nombrado por Carlos jefe de Estado Mayor general de mi marido.

El día 2 de julio escribió Estartús que no podía conseguir que Savalls le obedeciera y que, por lo tanto, enviaba con esa fecha su dimisión. Al mismo tiempo remitía el *Estado de la fuerza de la provincia de Gerona,* referido al 1 de julio de 1872:

Una partida en Gerona y La Bisbal, con.....	246	voluntarios
Una partida en Olot y Puigcerdá, con.....	189	"
Una partida en Santa Coloma, con.....	255	"
Una partida en Figueras, con.....	42	"
	732	voluntarios

(Setecientos treinta y dos hombres).

El 6 de julio de 1872 relevó Alfonso al General Tristany de la Comandancia general interina de Cataluña y le nombró General interino de Tarragona, hasta la llegada de otro jefe.

Omito gran parte de los detalles del trabajo cotidiano de Alfonso; continuos estudios y consiguientes órdenes de organización, cartas, sin fin, a la Junta Central y a los jefes de Cataluña y personas influyentes del Principado; la correspondencia, muy detallada, con Carlos e infinidad de otras cosas, concurrentes todas al bien de la Causa.

Sería de verdadero interés referir gran parte de lo anterior para mostrar las inmensas dificultades con las que debía luchar mi marido y las continuas contrariedades que, cual pequeñas espinas, venían a aumentar el tormento de los verdaderos disgustos, así como para describir el lento, pero seguro, desarrollo de la gran empresa y el consuelo que producía contemplar la actitud heroica de nuestros carlistas y su inmensa abnegación.

No hago más que mencionar en general los obstáculos que se ofrecían, para vencer los cuales aplicaba Alfonso, sin descanso, las más adecuadas medidas; suprimo muchos pormenores, pues alargarían demasiado mis relatos. A ello obedece, a menudo, la presencia de grandes intervalos entre una y otra fecha.

Quedamos varias semanas en Poussan, y si no hubiese sido por el ardiente deseo de entrar en España, hubiéramos quedado satisfechos de aquella estancia. Los domingos venía monseñor Reboul a decirnos la misa (con la que no pudimos contar nunca en Perpiñán), y parte de estos días gozábamos de la agradable compañía de la buena Marquesa de Nattes, almorzando con ella y con el sacerdote. También vino a vernos, dos o tres veces, el simpático Conde de Nattes.

De cuando en cuando traía don Vicente Ruiz noticias interesantes llegadas a Perpiñán, y así lo hacía también monsieur Alexis de Souvràs. Entre estos dos señores y Sánchez circulaba la correspondencia de Alfonso. Lo malo para nosotros fué que en Beziers había un Cónsul de España, encarnizado enemigo de los carlistas, y siempre a la mira de si podría pescar a alguno de ellos.

Se tomaron las mayores precauciones para que no fuese descubierto nuestro escondrijo, y cuando Alfonso acudía, rara vez, a la ciudad (Beziers) a alguna entrevista, lo hacía de modo que nada hubiera que temer. Sin embargo, a pesar de todas las precauciones, surgieron sospechas y la prudencia exigió, en más de una ocasión, que cambiásemos de domicilio. Por ello, el Conde de Nattes se puso de acuerdo con unos amigos suyos, los dos hermanos de Vernazobres, a fin de que nos diesen hospitalidad, por poco tiempo, en su casa de Bedarieux, y con el mayor gusto accedieron aquellas excelentes personas a la demanda.

Nuestro buen Conde de Nattes nos condujo a Bedarieux, que se encuentra situado entre colinas, al norte de Narbona y de Beziers, y es una pequeña ciudad industrial, apartada, a la que conduce una línea lateral de ferrocarril. Los señores de Vernazobres nos recibieron con grandísima bondad y nos alojaron muy bien. Se hallaba situada su casa en medio de la ciudad, de modo que estábamos bastante a la vista y, apartados de la frontera, no llamábamos la atención de la policía. Frente a nosotros había un colegio de chicas, no sé si internas o externas. La calle poco ancha, de modo que podían observar cuanto ocurría a nuestra lado, y así cada vez que Alfonso se asomaba un poco a la ventana, se agolpaban las pollitas a las suyas para mirar al interesante y bien parecido joven. Por la tarde, aunque todavía con luz diurna, salíamos de paseo acompañados de nuestros anfitriones.

Como acabo de decir, no podíamos permanecer mucho tiempo en Bedarieux, y por ello pidió la Condesa de Lazerme a sus tíos, el Barón y la Baronesa de Fontareche, que se dispusieran a recibirnos en su castillo, cerca de Nimes. La Condesa de Lazerme y sus dos hijas nos citaron en una estación de ferrocarril y tuvieron la gran bondad de acompañarnos a casa de sus parientes, a la que llegamos hacia la hora de comer. Con temor nos enteramos

de la estancia en la casa de varios sobrinos y sobrinas de los dueños, que estaban de visita, y que la señora de Lazerme esperaba se marcharan al día siguiente. De esta suerte, se convino en hacer ver que nos hallábamos algo desarreglados del estómago, a consecuencia del mal almuerzo de Cette. El restaurante de esta estación estaba desacreditado por su infame comida: un verdadero veneno. Nuestros estómagos resistían, gracias a Dios, a todos los horrores, pero en aquel momento el pretexto estaba bien elegido, y la Condesa de Lazerme declaró que sobre su conciencia iba el engaño, que en realidad no lo era del todo, aunque no por lo que a nosotros se refería.

Nos sirvieron en nuestro cuarto y de este modo evitamos el contacto con los parientes del Barón de Fontareche, lo que de poco nos valió, pues al día siguiente continuaban siendo huéspedes de este señor y, por supuesto, estaban persuadidos de que los efectos del restaurante de Cette habrían ya desaparecido. Ya para entonces se les había hecho saber quiénes éramos, bajo la consigna del mayor secreto, y ello no por nuestra iniciativa, sino por la de los dueños de la casa.

Así como lo indiqué ya anteriormente, llegó el 24 de julio el Manifiesto de Carlos prometiendo los Fueros a Cataluña y la orden de que Alfonso lo publicara en el acto, a lo que éste accedió inmediatamente, a pesar de las protestas del jefe de Estado Mayor General, don Hermenegildo Díaz de Ceballos, quien se hallaba en un punto próximo a la frontera, aunque del lado de Francia, adonde mi marido le enviaba sus órdenes.

Ante la insistencia del General Estartús en mantener su dimisión, después de haberle sido rehusada con fecha 6 de julio de 1872, por fin Alfonso la aceptó, relevándole el 30 de julio de su mando y nombrándole su Ayudante de campo; pero Estartús no vino y se presentó a indulto. Estartús dijo más tarde en una carta que se escapó porque le querían asesinar. Esto es lo más creible.

Alfonso nombró entonces a Savalls Comandante general interino de la provincia de Gerona, de la que había sido segundo jefe bajo el mando de Estartús, y con esta condición era difícil poder nombrar a ningún otro que no fuera él.

CAPITULO V

AGOSTO DE 1872

Fusilamientos de prisioneros y órdenes terminantes a Savalls. Un donativo del Duque de Módena.—Excursión a España

Nos vimos muy bien atendidos por los amabilísimos Barones de Fontareche; pero iban aumentando algo los pariente que venían a verlos y, generalmente, a hospedarse en su casa. Tampoco funcionaba allí el servicio de Correos con la misma seguridad que cuando se prestaba a mano, hasta Beziers, a nombre de la Condesa de Lazerme, y en vista de ello resolvimos, una semana después, poco más o menos, acercarnos otra vez a la frontera.

Puesta de acuerdo con su marido, madame Lazerme nos propuso que fuéramos a su casa de campo de Elne, que estaba en un sitio que nos encantaba; distaba, aproximadamente, media hora de Perpiñán, por ferrocarril, y nos era conocida por haber ido a ella un par de veces, llevados en coche por la familia del Conde de Lazerme. Convinimos con la Condesa en que ésta y sus hijos nos acompañarían desde Nimes hasta Beziers, y que ellos continuarían a Perpiñán, disponiendo convenientemente su finca. En tanto, nosotros pasaríamos los días necesarios en la casa que la Marquesa de Nattes habitaba en esta última ciudad. Todo se efectuó conforme a este plan, y en Beziers nos recibió, muy amablemente, la Marquesa, pues su hijo, nuera y nietecitos se hallaban aún ausentes.

Poco tiempo antes habían comunicado a Alfonso que algún jefe había hecho fusilar unos prisioneros. Indignado por esto, escribió al General don Hermenegildo Díaz de Ceballos que se dijera especialmente a Savalls, de orden suya (de Alfonso), que no estaba permitido hacer la guerra sin cuartel, y que le recordase que ningún jefe estaba autorizado para imponer la última pena,

para la cual era necesaria la superior autorización. Mi marido comunicó también esto a su hermano, y, como contestación, le escribió Carlos no aprobando la consabida orden; lo que decía el Rey no era una absoluta prohibición, pero venía a ser casi lo mismo. Así que Alfonso envió a Ceballos, con fecha 1 de agosto de 1872, copia de la frase siguiente de su hermano, que dice: "Carlos escribe que, respecto a la guerra sin cuartel, si el caso se hace necesario, se debe dejar hacer; por lo cual, si todavía no hubieses escrito a Savalls sobre esto, te encargo no decirle nada."

A esto contestó Ceballos que daría a los jefes, de parte de Alfonso, la orden de que *no den cuartel a bicho viviente.* Por supuesto, se enfureció mi marido con semejante infamia, y en el acto le escribió *que retirase lo dicho, porque era contrario a sus principios hacer la guerra sin cuartel; si Carlos me lo ordenase (le escribía), me retiraría en seguida.*

En el tomo VIII, del año 1872, de la *Narración militar de la guerra carlista de 1869 a 1876,* escrita por el Cuerpo de Estado Mayor del Ejército, publicada en Madrid en 1887, se dice en la página 137:

Los desmanes cometidos por algunos jefes carlistas obligaron al Infante don Alfonso a escribir una carta al titulado jefe de Estado Mayor General, don Hermenegildo Ceballos, en la que le rogaba, en nombre de su hermano don Carlos, diera una orden manifestando que los desaprobaba y que, en lo sucesivo, si se reproducían, serían castigados con rigor por los jefes superiores de las provincias; añadía que sólo debían considerarse como enemigos a los que hostigasen a las Fuerzas Reales, pero nunca a los habitantes pacíficos, a los cuales debía tratarse con consideración, prescindiendo de sus antecedentes políticos, y que se dijera especialmente a Savalls que no era permitido hacer la guerra sin cuartel, recordándole, además, que ningún jefe estaba autorizado para imponer la última pena, para lo cual era necesaria la superior autorización.—En otra carta de 1 de agosto de 1872 al mismo, decía don Alfonso: Carlos escribe que, respecto a la guerra sin cuartel, si el caso se hace necesario, se debe dejar hacer; por lo cual, si todavía no hubieses escrito a Savalls sobre esto, te encargo no decirle nada. En su consecuencia, Ceballos se hallaba dispuesto a manifestar a los jefes, de orden de don Alfonso, que no diesen cuartel a nadie; pero le previno éste que retirase lo dicho, por ser contra sus principios hacer la guerra sin cuartel, y que si don Carlos lo ordenaba, *se retiraría en seguida.*"

Los que defendían la guerra sin cuartel justificaban su modo de ver excusándose en que el enemigo mataba a los prisioneros carlistas. Es verdad que lo hacía con frecuencia, aunque no siempre, y había jefes del ejército contrario que se mostraban muy

De izquierda a derecha: El infante don Fernando, doña Beatriz de Módena, don Juan de Borbón. De pie: Carlos VI, conde de Montemón

humanos. Creo que muchísimos de ellos lo hubieran también sido, pero no se atrevían a oponerse en esto a la voluntad de sus soldados. De todos modos, fuera como fuese, no quería Alfonso que se adoptaran represalias, pues decía que entonces nunca se acabaría, y que uno por ello debía empezar por no tomarlas. Con el tiempo obtuvo mi marido que se estableciera el canje de prisioneros.

El 5 de agosto de 1872 marchamos de Beziers y llegamos por la tarde a Elne, donde se nos abrió un pedacito de paraíso. El paisaje era de lo más hermoso; desde la preciosa campiña veíamos alzarse las ideales formas del Pirineo, cerquísima de nosotros. ¡Cuánto le queríamos, porque sabíamos que la otra vertiente era tierra española! ¡Con qué cariño mirábamos aquella sierra! Todo el paisaje que rodeaba la finca era muy hermoso y gozábamos de la más perfecta libertad, pues allí no había otra casa que la nuestra, propiedad de la familia de Lazerme. El tiempo que nos quedaba libre lo empleábamos en recorrer el terreno, que era, además, muy lindo, y en el que había muy próxima una viña con riquísima uva.

La buenísima señora de Lazerme nos llevaba también a dar paseos en coche a los pies de las montañas, sobre todo durante las espléndidas mañanas, respirando nosotros con delicia aquel aire saturado de las emanaciones de la sierra, del perfume de sus flores y de los hálitos del vecino mar. Por las tardes íbamos en coche con la Condesa y sus hijas a la costa, a la aterciopelada playa, y tomábamos en plena libertad, sin temer el acercamiento de nadie, ideales baños de mar. ¡Nos envolvía la soledad más completa! La *toilette* se hacía en el coche. Después del baño nos sentábamos en la arena a merendar; respondía la merienda a los opíparos manjares que nos ofrecía siempre la mesa Lazerme.

Mientras estuvimos en Elne (digo Elne porque la finca pertenecía a esta villa, aunque distaba bastante de ella) recibió Alfonso la noticia de que monsieur de Laulné, el hombre de confianza de nuestro tío el Duque de Módena y Delegado suyo en Francia, había llegado a Perpiñán con una suma de dinero enviada por el mencionado Duque. Siendo Carlos y Alfonso niños, monsieur de Laulné les había enseñado el francés. Era una especie de Delegado de nuestro tío el Conde de Chambord en la Corte de Módena.

La grata noticia de la venida de aquel regalo nos llenó de gozo, pues precisamente era urgentísimo el envío a la Junta Central de una cantidad para una cosa de inmensa importancia, según previnieron a Alfonso. Mi marido escribió en seguida a monsieur de Laulné rogándole viniera a la mañana siguiente, lo antes posible, con la ansiada suma. Souvràs se encargó de ponerlo en camino. De

Perpiñán a la finca en que estábamos no había más que una hora en coche. ¡Pero cuál no sería el disgusto de Alfonso cuando, como contestación, el señor de Laulné le hizo participar que el día siguiente era viernes y que él no viajaba nunca en viernes porque esto traía mala suerte! Cuantos argumentos persuasivos le expuso el señor Souvràs para hacerle ver que la ida a Elne no era viaje, sino paseo, fueron en vano. Por fin, el sábado, por la mañana, llegó a la finca con los cincuenta mil francos. Pero allí hubo otro combate. El señor de Laulné decía a mi marido que el Duque de Módena le había dicho que este dinero era para el uso personal de Alfonso, y que así, si Alfonso no empeñaba su palabra y no prometía firmemente que dicha suma no sería empleada en asuntos de la Causa, él no se la entregaría.

Alfonso luchó desesperadamente con el buen viejo, pues la suma que pedía la Junta debía ser enviada el mismo día a Barcelona, y doña Rosa Cabré, activísima y valiente carlista que iba y venía entre Francia y España, esperaba, impaciente, para meterse en la diligencia con su importante y peligrosa misión. (La diligencia salía por la tarde y pasaba la frontera por Pertus.) Alfonso trinaba; por fin, tras ardua lucha, persuadió a monsieur de Laulné de que le entregara el envío de nuestro tío, y a escape salió don Vicente Ruiz a llevárselo a doña Rosa a Perpiñán.

El 6 de agosto nombró Alfonso al Coronel don Francisco Vallés, Comandante general interino de la provincia de Tarragona.

Un día fuimos en coche desde Elne, acompañados de don Vicente Ruiz, a ver al General Ceballos, con quien Alfonso quería comunicar verbalmente y aclarar diferentes cosas. Se hallaba aquel señor en una casita perteneciente a una propiedad que el Conde de Lazerme tenía en la montaña, por la parte de Amelie-les-Bains, en el sitio más solitario que se podía soñar, a pesar de hallarse sobre la carretera aquella diminuta vivienda, enclavada encima de un profundo barranco. Marchamos a primera hora de la mañana y volvimos a la finca de Elne cerca de media noche. Gran suerte fué que el coche no nos volcara en alguna revuelta sobre algún precipicio, pues iba alocado por aquellas bajadas y violentas curvas, a través de la obscuridad de la noche. Quedamos satisfechos de la rapidez que impidió llegáramos tarde a casa.

Ceballos, que se quejaba de su salud, presentó la dimisión de jefe de Estado Mayor General de Alfonso. Este se la transmitió a su hermano, quien, en vista de la misma, relevó con fecha 21 de agosto a aquel general de su cargo. Ceballos era íntimo amigo de don Vicente Ruiz, aunque éste no pudo ejercer gran influencia sobre él.

A fuerza de admirar la imponente sierra del Pirineo crecía en nosotros el ardiente deseo de llegar a su opuesta vertiente, aunque no fuera más que para pisar por un momento nuestra tierra prometida y mirar desde lejos los lugares por los que esperábamos andar en breve tiempo con nuestros héroes.

En el confín, tras la hilera de montañas, allí donde tocan con la costa, se erguía en la ladera de la montaña una ermita, en un lugar que se llamaba el "Castell", totalmente solitario, pues en toda aquella extensión no existía otro ser viviente que los bichos del monte; la ermita estaba habitada por un ermitaño, que, para su consuelo, repartía la soledad con una ermitaña, su mujer.

Por allá, nos decían, era el paso más corto para España, y la señora de Lazerme, que así como sus hijas no sabían qué inventar para darnos gusto, quisieron hacernos posible y facilitarnos la excursión a dicho lugar, que comprendían sería de nuestro agrado. De acuerdo con ellas, fijamos la fecha del 15 de agosto por ser la fiesta de la Virgen y dedicarla a pisar el suelo de nuestra Patria. Temprano oímos misa en la iglesia de un pueblo, volvimos a casa a desayunar y luego nos pusimos en camino. Nos compraron unas excelentes alpargatas; montamos las tres señoras de Lazerme, Alfonso y yo en los burritos que la señora de Lazerme mandó buscar y nos pusimos en camino para ascender a la montaña.

Era, poco más o menos, el mediodía cuando llegamos a la ermita. Almorzamos de las ricas provisiones y, puestos así en buenas condiciones, emprendimos la ascensión a pie, dejando los burritos en la ermita.

Las señoras de Lazerme marchaban muy valientes; pero después de haber vencido un trozo de camino, suficientemente aceptable para sus fuerzas, empezaron a arrastrar un poco las piernas; de cuando en cuando encontrábamos algún manantial; sus aguas eran las más ricas que bebí en mi vida (creo que no puede haberlas mejores en toda la tierra) y daban nuevo vigor a las buenas señoras. Mas, al fin, ni esta bebida pudo servir para reanimarlas y la señora de Lazerme se dió por vencida, tanto más cuanto que recordó, de repente, que una vez le había contado un cazador que el terreno que pisábamos estaba poblado de lobos y era muy frecuentado por asesinos españoles.

Este súbito rememorar apagó la última chispa de su valor decidiéndola a decirnos que se volvía atrás, a esperarnos en la ermita. Fué con ella una de sus hijas, a fin de no dejarla sola. La pobre señora estaba aterrada, considerando los graves peligros que, en su creencia, nos amenazaban y se esforzaba por disuadirnos de que

fuéramos más adelante; pero la calmamos como pudimos y viendo nuestra insistencia en seguir, se despidió tristemente de nosotros.

La otra señorita de Lazerme quiso acompañarnos sin reparar en lobos ni bandidos. Nuestro guía le aseguró que no había por allí ni tales animales, ni hombres feroces; que, cuando más, en pleno invierno, en época de grandes fríos, quizás hubiera uno o dos lobos; pero la señorita de Lazerme prefería creer en la relación del cazador que había inventado todo aquello. Por fin se acabó, también, la decisión de la valiente señorita, la cual volvió, igualmente, a la ermita conducida, en parte, por el guía aunque no había peligro de extravío, pues no se había todavía comenzado el trozo duro del camino, ya que hasta entonces íbamos por sendas llanas.

No es para describir lo que fué la ascensión en adelante; a pecho, sin traza de vereda, perforando matas con nuestros cuerpos, presentándosenos cortaduras casi verticales, como paredes, que escalábamos agarrándonos a fuertes plantas y raíces y a las ramas de los arbustos. Estábamos convertidos en fuentes de sudor. Llevábamos ya andadas como unas tres horas, venciendo innumerables obstáculos cuando, tras del último esfuerzo, vino la recompensa. Habíamos alcanzado, al fin, la cumbre, diciéndonos el guía, después de que hubimos dado aún varios pasos:

—Estamos en España.

Locos de alegría, besamos el suelo y nos extasiamos con el cuadro que se nos presentó a los ojos. Allá abajo se extendían ricas llanuras. (Desde aquellas alturas las tierras parecían llanas, aunque en la realidad eran bastante onduladas.) Se veía el mar que batía la costa española. Más al interior, por la parte de tierra, divisábamos Figueras entre una porción de pueblos que abarcábamos con la vista. Alfonso escribió allí dos palabras a Carlos, y descansamos un rato sentados en el suelo. Arranqué unas plantas de la flor de Erica y con su madera formé una crucecita que todavía conservo.

Llegó el momento de decir "¡Adiós!" a España, o, más bien, "¡Hasta la vista!", y emprendimos el descenso para evitar que se nos echara la noche, pues era preciso recorrer un gran trecho de camino desde la ermita, al llegar a la cual encontramos, atados, nuestros burros, pues su dueño se había marchado acompañando a las señoras, las cuales se habían ya retirado. Montamos en los animales y llegamos con felicidad al pie de la montaña. Era ya de noche.

La señora de Lazerme había pasado la pena negra, muerta de susto por lo que hubiera podido ocurrirnos al no vernos descender. Es que la habían señalado la frontera como mucho más próxima de lo que en realidad estaba. Quien también sudó pez fué el dueño de los burros. Cuando la Condesa se lamentaba sobre la suerte que nos podría haber tocado, aquel hombre, según nos refirió más tarde esta señora, decía:

—Soy yo el que debo lamentarme más que usted. ¡Ay mis burros! ¡Ay mis burros! Una persona puede caer en un barranco, se rompe unos huesos y el cirujano los recompone; pero cuando el burro se rompe una pata, ¡adiós burro! ¡Se acabó con él!

Cuando la señora juzgó que nos hallábamos próximos al sitio de partida hizo venir el coche que había quedado no muy lejos, en un pueblecito. Así pudimos sentarnos y volvimos en aquél a la finca. En el camino encontramos al pobre don Vicente Ruiz, azorado, quien no pudiendo vencer su impaciencia por no vernos llegar, se había puesto en camino yendo a pie a nuestro encuentro sin pensar en la gran distancia que tal vez tendría que salvar.

Vino a pasar unos días en la finca la tercera hermana de la señora de Lazerme con tres guapas hijas.

Una vez fuimos a pasar la noche en Perpiñán donde tuvo Alfonso que ver a una persona. Al día siguiente nos llevaron a Canet, a la playa, a la propiedad del Conde de Lazerme; tomamos el baño de mar y de allí fuimos en coche a Elne.

CAPITULO VI

SIGUE AGOSTO DE 1872

Savalls.—Desaliento y firmeza.—Pesquisas de la Policía francesa. De Beziers a Poussan

El 12 de agosto había enviado Alfonso a Savalls el nombramiento de brigadier que había solicitado de su hermano para él y el 16 de agosto le nombró Comandante general efectivo de la provincia de Gerona, cargo que, el retirarse Estartús, desempeñó interinamente durante poco tiempo.

Alfonso había conocido a Savalls en Roma y siempre pensaba que no le agradaría tenerlo bajo su mando, pero, al marcharse Estartús, por la situación insostenible en que se hallaba con respecto a Savalls, era difícil prescindir del nombramiento de éste como primer jefe de la provincia.

Si Estartús hubiera permanecido en su puesto, como Alfonso se lo pidió, mi marido se hubiera puesto en su pro; mas como Estartús se empeñó en abandonar su cargo y, por otra parte, no había trascendido la actuación, de mala índole, de Savalls ni se conocían sus hechos, no había pruebas, entonces, que impidieran el otorgarle aquel nombramiento.

Se decía que tenía Savalls prestigio en Cataluña, aunque mi marido no lo había visto en su actuación. Este partidario había estado en Roma con los italianos del ejército pontificio, los cazadores, los cuales no tuvieron ocasión de combatir cuando la toma de esta ciudad por las tropas de Víctor Manuel, ocasión en que se batió Alfonso con su compañía en la defensa de la Puerta Pía el 20 de septiembre de 1870. Bajo el mando de Estartús, Savalls había desempeñado el cargo de segundo jefe de la provincia, y no existía motivo que justificara el posponerlo a ningún otro jefe para el mando de las fuerzas de Gerona, y así, Alfonso pidió la

venia a Carlos para designar a Savalls para el cargo de Comandante general y para el ascenso al empleo inmediato: el de Brigadier. A pesar de que no tenía una gran opinión de Savalls, mi marido quiso siempre obrar, en lo que le parecía justo, en su favor, y, tanto más se esforzaba en esto, cuanto que sentía una cierta prevención contra él (lo que en realidad constituía una justificada intuición de que el hombre no valía), afanándose por hacer en su favor cuanto pudiera; y temiendo no ser bastante equitativo con este jefe. Por esto, escribía a Carlos todo cuanto le referían en pro de Savalls, comunicándole noticias de combates victoriosos, cuyas relaciones corrían por la frontera, pero de los cuales se supo más tarde o que no eran tales, o que ni se dieron siquiera.

Entretanto, las cosas iban mal en el Norte, y los pobre catalanes luchaban solos. Carlos perdió las esperanzas y llegó a escribir a Alfonso, que le tenía al corriente de lo que pasaba en Cataluña, fuera bueno o malo, que, si no se podía seguir adelante, suspendiese el alzamiento, previa consulta con los jefes, disolviendo las partidas que existían y dejándolo todo para mejor ocasión.

Pero Alfonso opinaba que ya era tarde para suspender el movimiento en el que estaba comprometida demasiada gente, sobre la que se cebaría la venganza del Gobierno enemigo, así que se mantuvo firmemente resuelto a influir en el espíritu de los interesados, a los que citaría a consulta, a fin de que se hiciera un supremo esfuerzo y continuara la lucha. Ordenó, pues, a los jefes de provincia que designaran representantes de cada una de las cuatro catalanas para tratar con ellos del asunto.

Hay que leer la correspondencia desconsoladora que Alfonso recibía a diario de Cataluña para comprender la valentía enérgica, la inteligencia, perspicacia y habilidad que se precisaban para no desmayar y quedar decidido a ir adelante. Más que nunca, si era posible, se avivaba en Alfonso el anhelo de ir a reunirnos en Cataluña con nuestros heroicos combatientes; doliéndole en el alma el animarles a seguir en la empresa mientras que él quedaba atrás, del otro lado de la frontera, y esto porque la Junta Central y muchas otras personas le suplicaban que aplazara su entrada para más tarde.

La víspera del día en que Alfonso debía celebrar la mencionada reunión, el domingo 25 de agosto de 1872, tuvimos mucho trabajo. Mi marido escribía sin descanso, y como don Vicente Ruiz se hallaba algo indispuesto, hice yo sola las copias.. La noche del sábado al domingo estuvimos, poco más o menos, hasta las dos de la madrugada, ocupados en nuestra tarea. El domingo, por la

mañana, vino un cura de la pequeña parroquia de la aldea de Cornellá a decirnos la misa. Se le contó que éramos italianos, parientes de los dueños de la casa. Almorzó con nosotros, probó un poco el piano y nos dijo que, en su tiempo, sabía tocar un cántico de las monjas Carmelitas que se titulaba: *¡Ay, chiquita!*, y era en honor de Santa Teresa. Nos cantó o tocó la letra del remotísimo *¡Ay, chiquita!*, que quizá nadie recuerde en nuestros tiempos. Le dejamos con su pía creencia.

Al retirarse el sacerdote nos dirigimos a nuestra habitación, decididos a recuperar un poco el sueño que habíamos perdido durante la noche. Mi marido quería, sin embargo, acabar un escrito antes de descansar y me dijo:

—Acuéstate, que yo lo haré dentro de un ratito.

Se sentó, con su trabajo, al lado de la ventana que tenía las persianas medio cerradas de modo que se podía ver lo que pasaba afuera sin que se viera, desde fuera, lo que pasaba adentro. Empezaba a apoderarse de mí el sueño cuando Alfonso me gritó:

—¡Ahí vienen los gendarmes!

Efectivamente, treinta gendarmes a caballo se dirigían a la entrada de la casa. De un brinco, saltó mi marido al armario que contenía toda su correspondencia, tan comprometida, a la que añadió toda la que acababa de escribir. Cerró el mueble y guardó la llave; casi al mismo instante vino la dueña de la casa, Condesa de Lazerme, diciendo azorada:

—¡Vienen los gendarmes! Recojan sus escritos y síganme.

En medio del susto se veía que no perdía su presencia de espíritu. Salté de la cama, y conmigo mi perrito, el animalito que entró en el coche cuando fuimos a tomar baños de mar con las señoritas de Lazerme. Ladraba furibundo, comprendiendo que pasaba algo insólito, y tuve que tomarlo en brazos y taparle el morro. Seguimos a la Condesa de Lazerme, que nos llevó a un cuartito que daba sobre un patio, abierto hacia la huerta.

Estábamos a medio vestir, con medias y sin zapatos. La señora cerró la puerta con llave, llevándose ésta, y allí quedamos de pie, apoyados en la pared, a ver qué pasaba. Un momento nos asomamos a la ventana con la idea de probar el salvarnos por allí. No era alto nuestro piso, pues era el primero y único del inmueble, y, a nuestros pies, veíamos un montón de fiemo que nos aseguraba el caer en blando. Pero descubrimos otro peligro, al ver el patio aquel lleno de chusma comunista, venida de la vecina villa de Elne, al saber que los gendarmes se proponían coger *peces gordos*, y refocilarse ante la idea de insultar y vejar, tal vez con peores actos, a unos que decían Príncipes. Así que nos colocamos, otra vez,

contra la pared del cuarto, inmóviles; pero lo que a mí me cansaba era el perrito, al que, como acabo de decir, tenía que tener oprimido el morro para que no ladrara.

Pasó una hora, durante la cual una vez nos trajeron noticias las señoritas de Lazerme. Para nosotros era esperanza vana el creer en que los gendarmes se contentarían con una pequeña y superficial pesquisa, pues no había razón para presumir que habrían de dejar de visitar el cuarto en que nos hallábamos.

Pero la mano de Dios les tapó los ojos. En el tiempo que digo vino la señora de Lazerme y dijo:

—Pónganse a gatas y sígame.

Después de haber hecho visitar a los gendarmes una parte de la casa, así como la habitación de don Vicente Ruiz, a quien, en un santiamén, habían hecho meterse en la cama, fué éste mostrado a los visitantes, a quienes se dijo:

—Sin duda, es este pobre viejo enfermo quien ha dado motivo a que se creyera, erróneamente, que estaba en esta casa el personaje a quien buscaban ustedes. Mírenle y digan si un anciano como éste puede ser tomado por un joven de veintidós años.

Después de asegurar a los gendarmes que se cansaban en vano y teniendo en cuenta lo caluroso del día, la señora de Lazerme los condujo a su riquísima bodega, en la que les sirvió de los vinos excepcionales que poseía y con los cuales no podía, quizá, competir ninguna otra bodega de aquel país. Tras de dejarlos contentos y ocupados, subió la Condesa a conducirnos a un escondrijo más seguro y, guiados por ella, fuimos a un cuarto cuyas condiciones eran insospechadas, tanto al exterior como dentro.

Vimos allí una mesa, encima de la cual había una silla, y en pie, sobre esta última, contemplamos la altísima y fuerte figura de la mujer del capataz de la finca, pues la Condesa de Lazerme había tenido la excelente idea de llamar a esta buena gente, tan fiel y tan de confianza, para ejecutar su plan, concebido sabiamente y con la mayor rapidez.

En el cielo raso del cuarto en cuestión había un agujero por el que se pasaba a un pequeño desván, desapercibido para quien observase la casa desde fuera, pues nadie podía adivinar que, bajo aquel trozo de tejado, se ocultara un espacio interior; lo mismo desde el interior del cuarto, una vez cerrado el agujero, era imposible colegir su existencia.

La Condesa de Lazerme nos explicó lo que se debía hacer y era que Alfonso subiera encima de la mesa; luego, sobre la silla, y después, aupado en las espaldas de la capataza, ganara el borde del agujero y se izara al interior del desván. Yo tenía que seguirle

e imitarle todos sus movimientos, es decir, escalar, como él, mesa, silla y hombros de aquella mujer y, una vez que estuviera en pie sobre las varoniles espaldas de la robusta hembra, mi marido, echado sobre el suelo del desván, tenía que asomar cuanto pudiera fuera del agujero, tomar mis manos alzadas y, levantándome, situarme en el escondrijo.

Alfonso desempeñó perfectamente su papel; con un movimiento de clásica gimnasia se lanzó, pasando el agujero, no sin romper con el pie un cristal que produjo gran estrépito y que debiera haber llamado la atención de los gendarmes; gracias a que éstos la tenían concentrada en el delicioso vino de la bodega. Yo seguí sin percance, y Alfonso, con gran habilidad y fuerza, alzó el cuerpo, entonces de muñeca, de su mujer.

Cerramos la trampa, por habérsenos indicado la conveniencia de hacerlo, y allí estuvimos, en el desván, riéndonos con silenciosas carcajadas, sentados en la mayor obscuridad y oyendo hablar a los gendarmes. Mi perrito, que no tomó parte en la ascensión, se precipitó escalera abajo y se lanzó sobre uno de aquéllos, mordiéndole en la pantorrilla.

La Condesa de Lazerme había enviado un jinete a Perpiñán, previniendo a su marido de la invasión de su casa. El Conde de Lazerme era el propietario más poderoso del Rosellón y su ayuda, fuera para elecciones o para otros asuntos, era solicitada constantemente por el Prefecto.

El Conde, indignado ante la noticia, se precipitó en la Prefectura, increpando ásperamente al Prefecto, diciéndole que era indigno su proceder enviando fuerza pública a registrar su casa con el pretexto de que allí se encontraba un personaje al que debiera prenderse; que el único que estaba en ella de visita era un amigo español, enfermo, y que si el Prefecto no le daba inmediatamente una orden escrita para el jefe de los gendarmes ordenándole el abandono sin demora de la finca, no contase jamás con que él, Lazerme, le prestara el menor servicio. El Prefecto se apresuró a acceder a lo solicitado y el Conde de Lazerme se metió en su coche viniendo a escape a Elne.

Hacía seis horas que estábamos encerrados en el escondrijo cuando oímos la voz de Lazerme, quien desde el cuarto, vestíbulo de nuestro refugio, decía:

—Ya se marcharon los gendarmes. Ahora bajen aprisa, vístanse y vengan en mi berlina a Perpiñán.

Así lo hicimos. En un abrir y cerrar de ojos estuvimos listos y sentados en el coche Alfonso, yo y mi perrito. El *coupé* se puso en

marcha al paso lento, mientras, delante, y viéndoles aún nosotros, iban los gendarmes montados en sus caballos.

El señor de Lazerme nos previno que, una vez llegados a la entrada de la ciudad, debiéramos bajar y dirigirnos a casa de su cuñado, el Conde de Rovira, un acaudalado propietario de Perpiñán, a quien ya conocíamos por verle a menudo en casa de Lazerme con su mujer, que era hermana de la de éste, personas de la mayor confianza y prudencia y cuya casa estaba prevista, desde un principio, como posible domicilio nuestro para un caso de necesidad. Lo que desconocíamos era su emplazamiento.

El Conde de Lazerme nos indicó las calles a recorrer, cosa no fácil, pues no era dable reconocer lugares desconocidos ya que, en los pocos paseos nocturnos que pudimos dar en la época en que nos hallábamos ocultos en la casa de Lazerme, en esta ciudad, andábamos no por el interior de ella, sino por las afueras, así que no las teníamos todas con nosotros cuando bajamos del coche. Fué el Angel de la Guarda quien nos guió, pues al tocar el timbre, algo indecisos ante una posible equivocación, se abrió la puerta en la que vimos, con inmenso alivio, al Conde, quien nos introdujo en su hogar. Allí nos saludaron la Condesa de Rovira, su hija la Vizcondesa de Rovira, mujer del hermano del Conde (hija de un primer casamiento de su madre con el Conde de Roquevert) y Fernando, niño de seis o siete años, hijo de los Condes de Rovira.

La tarde de aquel día y todo el siguiente los pasamos en la agradabilísima compañía de estos excelentes señores, que nos obsequiaron con riquísimos comida y almuerzo. A primera hora de la noche, próximamente entre nueve y diez, llegaron las personas que Alfonso tenía citadas para una importantísima reunión de que antes hablé. Además de los delegados de los jefes, vinieron otras personas de mucha influencia y valer, a las que Alfonso habló con gran elocuencia (me contó después lo que les dijo, pues yo no estaba presente en la reunión; me había quedado en nuestro cuarto), y, encontrando mi marido buena voluntad por parte de los reunidos, trató de intentar aún algún nuevo esfuerzo esperando que, entretanto, se alzaran los carlistas en el Norte. Aquella buena gente se despidió después de la medianoche, cerca de la una del martes 27 de agosto, decidida a cumplir lo que había prometido.

El Conde de Lazerme vino a buscarnos hacia las dos de la mañana, y en su coche nos llevó hasta la pequeña estación de ferrocarril de Rivesaltes. En Beziers bajamos del tren y nos dirigimos a casa de la Marquesa de Nattes, en la que habitaba algunos meses del año, alternando con estancias en su castillo de Poussan en el campo o en el mencionado hotel o palacete en el que habíamos ya

pasado varios días del verano. Tocamos el timbre de la puerta, que nos abrió una criada, y a nuestras preguntas por la Marquesa contestónos que ni ésta ni ninguna otra persona de la familia estaba allí, que todos habían marchado.

Fué éste para nosotros un golpe terrible; pero nos tranquilizamos ante la resolución que tomamos de ir a ver a monseigneur Reboul, párroco de la Magdalena, de Beziers, que nos veía a menudo en Poussan durante el tiempo que estuvimos allí la otra vez, pues nos decía la misa los domingos y fiestas y ya sabía quiénes éramos. Conque allí fuimos a buscar refugio en este buenísimo señor. Llamamos repetidas veces en la puerta hasta que, por fin, salió el ama del cura preguntándonos con aire poco amable qué era lo que queríamos. Contestamos que ver a monseñor Reboul.

—No está —fué la malhumorada réplica—. Se ha ido.

—¿Adónde? —nos atrevimos, ya muy amilanados, a inquirir.

—Eso no les importa —dijo, y con un rabioso golpe nos dió con la puerta en las narices... y en el hocico de mi perrito que, angustiado ante la visión de tan temible ser, se apretaba en mis brazos contra mí, pues en ellos lo llevaba.

Pero más aterrados estábamos nosotros. ¿Adónde ir? No conocíamos alma viviente en Beziers, no podíamos ir a ningún hotel ¿Qué hacer?

En esto dije a mi marido:

—Volvamos a casa de la Marquesa; quizá esté la familia en el campo. Y eso que, por el modo de decir de la criada, podía colegirse que estaban de viaje.

Así que otra vez llamamos a la puerta y otra vez salió la criada.

—¿Adónde fueron la Marquesa y la criada? —preguntamos.

—A Poussan, al castillo —oímos que nos decía una voz que nos pareció de ángel.

Nos dirigimos a uno que alquilaba coches y caballos, extremo que pudimos averiguar preguntándoselo en la calle a un transeúnte. Esperamos un rato, que nos pareció larguísimo, hasta que engancharon un coche. Teníamos el estómago vacío a hora tan avanzada, pues debían ser poco más o menos sobre las doce del día, que se nos hacía largo desde que, a la una o una y media de la madrugada, habíamos abandonado la casa del Conde de Rovira; pero más que el estómago nos preocupaba la Policía. Por fin estuvo listo el coche, subimos a él, y, aliviadísimos, salimos de la ciudad. Poco más o menos, una hora después, llegamos al castillo, en el que caímos tan inesperadamente como un meteoro. Los criados, que ya nos conocían, fueron, corriendo, á avisar a la Marquesa y

a los Condes. La buenísima Marquesa lloraba de emoción al volvernos a ver y con el mayor cariño fuimos recibidos por su hijo el Conde de Nattes y su linda y simpatiquísima nuera que, con el tiempo, se volvió para mí como una hermana; nos quisimos con entrañable cariño hasta su muerte, que aconteció después de la guerra mundial. Su excelente marido la había precedido en muchos años. La Marquesa murió bastante tiempo antes que él. Dos graciosísimas niñas, de cuatro años la menor y de seis la mayor, hicieron muy pronto amistad con nosotros. Se llamaban Renée la una y Catherine la otra.

Permanecimos allí, en Poussan, mimados por estos señores tan buenos como agradables, inteligentes y simpatiquísimos.

Alfonso seguía trabajando de firme y citando a personas importantes y de confianza en puntos cercanos, como Beziers, entre otros; conferenciando con jefes del Somatén, con los cuales combinó planes para el levantamiento de aquél.

CAPITULO VII

SEPTIEMBRE, OCTUBRE, NOVIEMBRE Y DICIEMBRE DE 1872

Desesperada situación de los carlistas catalanes.—Proyectos. Burlando a la Policía.—Camino de la Patria

Adelantábase el otoño y el Norte no daba señales de moverse. Alfonso recibía continuamente cartas desesperadas de Cataluña, y las escribía, apremiantes, a Carlos, transmitiendo las noticias que le daban y que consistían en que en el Principado estaban en las últimas; que él los animaba como podía; pero que a esto le respondían que si en el Norte no renacía, dentro de cortísimo plazo, el movimiento, los carlistas catalanes no podrían sostenerse ellos solos en armas.

Mi marido trinaba desde hacía varios meses por entrar en España, pero los de allá rogaban siempre que aplazara su entrada, a fin de combinarla con un hecho de armas de efecto retumbante. A veces se le hablaba de proyectos de próxima ejecución, pero que luego no se realizaban; otras, se esperaban acontecimientos a producirse en el campo enemigo, los cuales tampoco se llegaban a verificar.

Todo el dinero que se podía enviar a la Junta Central se lo remitía Alfonso para ejecutar los planes de cuya realización esperaba este organismo soberbios resultados. Las sumas no eran muy grandes.

Una Comisión de Cataluña, que a fines de octubre o primeros de noviembre fué a ver a Carlos, volvió muy desanimada, por lo que pudo averiguar respecto del Norte. Alfonso no quería, sin embargo, permanecer más tiempo fuera de España. Había convenido con los del Somatén en que combinaría su entrada con el levantamiento de aquél, para lo cual se fijó la fecha en los últimos días de

noviembre de 1872; ya íbamos a pasar la frontera cuando avisaron a mi marido que el tal levantamiento sufría un atraso, y le rogaban encarecidamente que aplazara, por lo tanto, su entrada.

Parece que, entretanto, tuvo la Policía algún indicio de nuestra estancia en Poussan, o, a lo menos, en sus alrededores, y fué forzoso que cambiáramos de estancia. El conde de Nattes se puso entonces de acuerdo con el Duque de Sabrán, que poseía una soberbia propiedad que se llamaba *Le Lac,* cerca de Narbona, para que nos hospedase, y, así, fuimos allí, acompañados en coche por el Conde hasta la estacioncita de Nissan, en la que tomamos el tren.

El hijo del Duque, Marqués de Sabrán Pontevés, que había sido compañero de armas de Alfonso en los Zuavos Pontificios, señor distinguidísimo y de lo más simpático, nos recibió en su coche, enganchado a magníficos caballos, en la pequeña estación de la Nouvelle, y nos llevó al castillo del Lac, en el que nos esperaba su padre, el viejo Duque.

Una lindísima niña de ocho a diez años era un precioso adorno de aquella suntuosa morada. El Marqués había quedado viudo muy joven de una hermosa y buena señora, muerta en plena juventud, hija de los Duques de Luyne, a la que mucho lloró; no tenía otro hijo que la indicada niña. Vino de visita al Lac una prima del Marqués Elzear de Sabrán, Sabrán ella también y novia, además, de otro Sabrán; luego un Conde de Sabrán, quien, igualmente que el Marqués Elzear, sirvió en Roma en los Zuavos Pontificios en tiempo de Alfonso.

Pasamos una serie de días deliciosos en el Lac; el Marqués se despepitaba por hacernos la estancia lo más agradable posible y lo más vigilada, al mismo tiempo, a fin de que no fuéramos descubiertos. Y así llegó el día en que marchamos a Perpiñán, a fin de entrar luego, muy luego, en España.

Se complicaba, más que otras veces, la situación en que encontramos la casa de Lazerme, pues su señora y sus hijas se habían trasladado por unas semanas a París. Su hijo y su mujer estaban igualmente ausentes. El departamento que ocupábamos, muy grande, tenía sus ventanas sobre la Rue de l'Ange, que era una estrecha calle a través de la cual los vecinos de enfrente podían observar lo que pasaba en nuestro lado, y era preciso que ignorasen que había huéspedes en el palacio de Lazerme, cuya casa, aunque emplazada entre otras y con entrada por angosta calle, una vez dentro de ella, daba la sensación de lo que era: un palacio.

A fin de permanecer ocultos, tuvimos que pasar quince días con las pesadas y opacas persianas de hierro echadas, pues no po-

puerto ni desembarcadero en territorio carlista durante el mando de Alfonso, pues el Capitán que mandaba el vaporcito que había de conducirlos, que había sido adquirido y fletado por mi marido, prefirió servir sus propios intereses, faltando indignamente a su palabra.

El lunes 30 de diciembre de 1872 fué, por fin, el gran día anhelado con toda la alegría de nuestro corazón y que tanto habíamos tenido que esperar. Savalls había tenido orden de recibirnos con las fuerzas de la provincia de Gerona, como ya lo dije, y de disponer también lo necesario para el levantamiento del Somatén, con el cual debía combinarse nuestra entrada. A este fin debía enviar algunas tropas al punto en que hubiera de producirse el preparado levantamiento para servir de sostén y apoyo a la por el momento desorganizada fuerza de aquel Somatén, la cual sería poderosa una vez organizada; pero que, entretanto, como el niño recién nacido, abriría los ojos sin comprender lo que le pasaba y con absoluta incapacidad de actuar.

Levantados los Somatenes, era cosa fácil utilizarlos en el acto, siempre que estuvieran encuadrados por jefes y oficiales expertos o distribuídos entre fuerzas aguerridas ya, con lo que éstas quedarían considerablemente aumentadas. Se encontrarían así bien conducidas y militarmente organizadas. La situación se presentaba magnífica y por ello estábamos contentísimos. También el Norte nos daba esperanzas, pues comenzaron allí aquellos días a aparecer de nuevo pequeñas partidas.

Como ya va dicho, había quedado convenido que, al día siguiente de nuestra entrada en España (el 31 de diciembre de 1872), debieran venir, bien Savalls, bien Auguet u otro jefe de los principales de Gerona a recibirnos. Esto fué acordado entre el General Larramendi, por orden de Alfonso, y el General Savalls. En cuanto a nosotros, se había fijado que el 31 de diciembre nos encontraríamos en la Muga, en la primera casa después del paso de la frontera, y quedamos en que, ya en la tarde del 30, llegaríamos a la Muga; pero esto no fué comunicado a Savalls, quedando, por tanto, en pie la cita para el 31.

El plan para este día, 31 de diciembre, consistía en avanzar desde la Muga hasta una casa de campo de Tortellá, cuya dueña era hermana de don José Puigvert, para ser luego recibidos por uno de dichos jefes y continuar la marcha con fuerzas que éste trajera consigo. Además se esperaba de un momento a otro la toma de Olot y pensábamos ir a esta población. El asunto de los Somatenes había tenido favorable resultado. Alfonso intentaba marchar sobre Gerona.

Dormimos en Amelie-les-Bains hasta las ocho y media de la mañana; el estar descansados suponía para nosotros una gran ventaja, pues nos habíamos acostado muy tarde y nos esperaba muy ruda jornada.

Antes de salir de Amelie-les-Bains escribió Alfonso a Carlos diciéndole que quería anunciarle que aquella misma tarde se acostaría, Dios mediante, en España. Añadía que él hacía todo lo que podía, confiando en Dios y en Carlos, y que éste ayudaría enérgicamente por el otro lado (el Norte). Después daba algunas noticias a su hermano con respecto a victorias de Savalls y de Castells que le habían sido referidas, por lo que no las daba oficialmente, victorias que resultaron luego inexistentes. Le decía, por fin, que cuando recibiera esta carta, él, Alfonso, estaría ya en España y que haría publicar el Manifiesto que había preparado para su entrada. Mi marido escribió además algunas órdenes para distintos jefes.

Desayunamos y partimos en coche de Amelie a las once y media, acompañados de Naspleda y Ruiz. Ya se nos había hecho saber que se nos esperaba entre dos y media a tres poco más adelante de San Lorenzo. Caminamos con lentitud para no llegar con demasiada antelación al sitio fijado.

El camino era magnífico, absolutamente cerrado entre montañas, con grandes precipicios a los costados, pero en su mayor parte tan estrecho, que no sé lo que hubiera pasado si otro carruaje, en dirección contraria, se nos hubiera enfrentado. Presumo que hubiera sido preciso hacer retroceder el coche hasta hallar un sitio en el que fuera posible que ambos pasaran, uno al lado del otro. Además, en la mayor parte del camino, no había guardacantones que impidieran una caída segura en el precipicio.

Las montañas estaban pobladas de castaños y hermosos robles, siempre verdes. Cerca de San Lorenzo de Cerdaña encontramos un grupo de españoles que huían, sin duda, de los carlistas, aunque pudiera ser que lo hicieran también por evitar el entrar en la quinta decretada por el Gobierno de Madrid, eludiendo el alistarse en unas u otras filas e imaginando, equivocadamente, que los carlistas los alistarían forzosamente en las suyas, caso que no se hubiera dado, pues jamás se tomaba por fuerza gente para nuestras tropas. Nunca se hizo tal cosa, ni en Cataluña ni en los demás territorios del mando de mi marido.

Seguimos con nuestro coche sin encontrar a ninguno de los que debían esperarnos y empezamos a temer que ya no los hallaríamos. ¿Qué hacer en este caso? Por fin, cerca de San Lorenzo, que ya veíamos delante de nosotros, aparecieron don Buenaventura

Puigvert, otro propietario, don Francisco Cunill, y un guía español, carlista.

Nos despedimos del excelente señor Naspleda, que emprendió el regreso a Amelie-les-Bains.

Hasta el momento de bajar del coche estuvieron pasando españoles fugitivos, lo que nos contrariaba bastante, pero continuaban su camino sin ocuparse para nada de nosotros. Descendimos en seguida a paso de carga un pequeño barranco. Puigvert nos precedía como si nada tuviera que ver con nosotros. Siempre a todo correr, subimos una pequeña colina, toda plantada de castaños, lo que permitía que estuviéramos completamente ocultos. En ella paramos unos instantes para tomar aliento. Arreglamos, también, nuestros paquetes, es decir, nuestras mantas, en las que habíamos enrollado algunas pequeñeces. Continuamos por las montañas, dejando San Lorenzo a la izquierda. Andábamos, casi siempre, con el temor de tropezar con aduaneros franceses y no podíamos emprender el camino directo por el peligro inminente de caer en sus manos, pues patrullaban por grupos para ver si pescaban carlistas. Este mismo día habían prendido a muchos españoles que, al parecer, intentaban refugiarse en Francia.

Nosotros tuvimos que efectuar un enorme rodeo. El camino era malísimo, si podía ser llamado camino un sendero que, a menudo, ni esta denominación merecía. En ciertos lugares estaba cubierto de árboles jóvenes cortados; a un lado teníamos un barranco bastante profundo; no se sabía cómo poder pasar sin caer en él. Por fin, pudimos salvar los obstáculos después de saltar a través de una porción de troncos de árboles.

Puigvert creía que no había más de tres cuartos de hora hasta la frontera, pero resultó que la distancia era mucho mayor, de lo que pronto nos pudimos persuadir. Habíamos ya encontrado un segundo guía que nos esperaba más allá que el primero, y así, bien acompañados, seguíamos andando por los caminos frecuentados sólo por los contrabandistas, subiendo pendientes muy rápidas. El pobre don Vicente Ruiz iba reventado y a menudo lo llevábamos del brazo para facilitarle la marcha.

Uno de los que venían con nosotros nos regaló una pera muy gorda, y la repartimos, hecha pedacitos, entre todos nosotros para refrescarnos un poco la boca. Siempre se alzaban nuevas subidas ante nuestros ojos, obligando a nuestras bastante cansadas piernas a trepar por ellas, pareciéndonos que nunca llegaríamos a la última, pues siempre se renovaban. Las más de las veces marchábamos sin sendero. Este paseo pintoresco nos cogía sin la suficiente preparación, pues, salvo unas cuantas excursiones en verano, apenas salíamos de casa.

Poco a poco, fué haciéndose de noche y, llegados a la última montaña, no veíamos ya nada. Pedacitos de roca y guijarros cubrían el suelo, haciéndonos resbalar constantemente. Por fin, alcanzada la cumbre del monte, fuimos envueltos por la más completa obscuridad; nos paramos en ella porque el guía nos advirtió que la bajada por el otro lado era muy mala y peligrosa, y no podía emprenderse sin linterna, disponiéndose a ir por ella a la casa en la que nos proponíamos pernoctar. Esta casa se hallaba sepultada en el fondo del barranco.

Esperando el regreso del guía, nos sentamos y tendimos en el suelo, envueltos en nuestras mantas. Conservábamos un poco de vino, que bebimos entre todos. El guía, que tenía unas piernas extraordinarias y era conocido en todo el país como andarín, llevaba como apodo el de *la Zorra,* porque sabía deslizarse sin ser apercibido de nadie. Volvió a la media hora con una velocidad asombrosa y, aunque nada se veía, traía apagada la linterna. Temíamos que no pudiese encontrarnos si se desviaba, aunque fuese poco, a la derecha o a la izquierda; pero pronto salimos de cuidado; allí estaba nuestro guía, constituído en la estrella que habría de guiarnos a nuestra tierra prometida.

CAPITULO VIII

SIGUE DICIEMBRE DE 1872

Nuestra entrada en España.—Carta al Rey.—Fracasa el levantamiento del Somatén

Emprendimos lentamente el descenso alumbrados por la linterna. Estábamos en España. Nuestros corazones saltaban de alegría porque nos encontrábamos en nuestra adorada Patria, decididos a no salir jamás de ella, es decir, a no retirarnos hasta que entráramos victoriosos en Madrid. Toda la fatiga del día se eclipsaba ante la felicidad que experimentábamos.

No era precisamente un semáforo nuestra linterna, pero ayudaba modestamente a nuestros ojos, aunque su luz se había debilitado por la densa niebla que hacía opaca la atmósfera. Descendimos prudentemente paso a paso, deslizándonos, resbalando, tropezando, pero al fin, después de seis horas de marcha a pie, llegamos a las ocho y media de la noche a la Muga. Así es llamado ese sitio.

Se decidió que pasaríamos en él lo que quedaba del 31 de diciembre y la noche de este día y que el 1 de enero de 1873 seríamos recibidos por uno de los ya indicados jefes y continuaríamos la marcha con las fuerzas que le acompañasen.

La Muga no era un pueblecito; era una casa aislada a la que habíamos convenido en llegar sin encontrarnos aún con nuestras fuerzas. La casa pertenecía al Coronel Galcerán. Allí nos esperaban el General Larramendi, un cuñado de don Buenaventura Puigvert y la familia que habitaba la casa; éramos esperados a hora más temprana. Puigvert había llegado a primera hora a San Lorenzo y aún estaba sin probar bocado en todo el día.

Alfonso se puso a escribir dos palabras la misma noche a su hermano a fin de darle la buena nueva de que nos encontrábamos pisando suelo de España.

"Muga, 30 de diciembre de 1872, nueve de la noche.

Mi muy querido hermano: Te escribo para darte parte de que hace media hora he llegado a España. Te abrazo de todo corazón. Tu afectísimo hermano, *Alfonso*."

No me citaba a mí, nombrándome, por no poner un grano amargo en la noticia que proporcionaría inmensa alegría a Carlos, pues sabía lo poco que a éste le gustaba que estuviese yo al lado de mi marido.

Después de haber tomado una buena cena, que fué traída de Tortellá, de la casa de Puigvert, nos acostamos.

Acababa de convenirse con Puigvert que al siguiente día iríamos a una casa de campo de Tortellá, perteneciente a la hermana de Puigvert. No habían llegado nuestras maletas e ignorábamos, igualmente, la suerte que hubieran corrido nuestros uniformes. Ruiz escribió en seguida al hermano de Puigvert, para monsieur Girald, con el fin de que éste se ocupara de nuestros efectos. Lo mismo hizo al señor de Souvràs previniéndole que no publicara el Manifiesto de Alfonso hasta el 1 de enero de 1873, porque éste era el día en que debíamos encontrarnos con Savalls o uno de los suyos, o bien con una partida carlista (primero se había fijado para esto el 31 de diciembre). Gozamos con delicia la perspectiva de un buen sueño, pero siempre demasiado corto, tras una marcha de seis horas a paso acelerado.

Las ropas de la cama eran limpias, pero apenas nos deslizamos en el lecho notamos que otros huéspedes, que gozaban del derecho de antigüedad se habían posesionado de él. Eran enormes pulgas.

Galcerán no era responsable de ello, ya que esta casita jamás le sirvió de vivienda, y se hallaba, por otra parte, habitada por arrendatarios del país; quizá tampoco era imputable a éstos la existencia de tales animalitos, sino a los numerosos transeúntes que en aquel tiempo pululaban por las fronteras. Mas, a pesar de la compañía de las pulgas, quedamos bien pronto dormidos. Sin embargo, cuando, de tiempo en tiempo, se interrumpía nuestro sueño, era desagradable enfrentarnos con la presencia de esos asquerosos bichos.

El último día del año 1872, 31 de diciembre, nos levantamos a las tres y media de la mañana. Habíamos dormido casi vestidos. Durante la noche hubo quien veló por si se presentaba algún peligro. Tomamos un buen chocolate y leche de cabra, tan excelente como nunca jamás la había bebido. No pudimos marchar hasta las cuatro y media, porque los dos amos de nuestras cabalgaduras no estaban prontos. Teníamos dos burros y un caballo pe-

queño, uno de aquéllos de estatura como la de un mulito y el otro más chico, que me fué adjudicado. Se le había puesto una silla de hombre y sobre ella una pequeña colcha de lana de carnero a fin de que yo fuese más cómoda. En vez de estribo tenía una una tablita para colocar los pies y de las dos extremidades de la silla salían dos anillos de hierro para sujeción de las manos. No podía adivinarse si esta silla había sido, de primera intención, hecha para un hombre o para una mujer. Las de las otras cabalgaduras estaban igualmente recubiertas de piel de carnero.

Como no contábamos más que con tres caballerías y éramos seis personas, fué preciso, naturalmente, relevarse mutuamente y hacer por turno el jinete o el peatón; mas los propietarios Puigvert y Cunill renunciaron en absoluto a utilizar las monturas. Como la primera parte del camino era muy mala anduvimos todos a pie. Era todavía noche cerrada y, a pesar de las dos linternas, no veíamos dónde poníamos el pie. Andábamos metiéndolo muchas veces en el agua, pues todo el trayecto pisábamos entre barro y líquido. Después de algún tiempo montamos Ruiz y yo en los burros, utilizando Larramendi el caballo. Los asnos se negaban a menudo a andar; el camino continuaba siendo pésimo, y, por efecto de la marcha, una de las dos linternas empezó a alumbrar muy mal. Paramos un momento en la casita de los carabineros, abandonada por éstos, y aquí se recompusieron las linternas. A poco de alejarnos de aquélla tuvo que detenerse el cuñado de Puigvert, pues el viento le cortó el aliento; momentos antes nos dejó el hombre que vivía en la Muga, en la casa que habíamos pasado la noche. Se le volvió a llamar y con él se envió a caballo al hermano político de Puigvert, por distinto camino que el que habíamos traído.

El viento, efectivamente, soplaba con furor y era muy frío. Nosotros continuamos nuestro camino, aunque muchas veces nos veíamos obligados a desmontar y a andar a pie, sobre todo en las subidas, donde todo se volvía extremadamente horroroso.

Alfonso no tuvo que bajar del caballo en todo el trayecto, pues por no privar de él a otro no quiso montarlo. Amaneció entre seis y siete; Ruiz marchaba valientemente y casi siempre delante. Estábamos maravillados de verle así, hecho todo un militar decidido a la carga, pues, por lo general, aunque valiente de espíritu, no lograba la obediencia de su cuerpo y sufría a menudo, por sólo subir una escalera, tales sofocaciones que no se sabía cómo podía llegar arriba. Como su burro no le inspirara gran confianza prefirió valerse de sus pies durante gran parte del camino.

A las nueve de la mañana decansamos algo en un lugar en que había una iglesia y dos casas; comimos un poco de chorizo y pan que traíamos con nosotros, aumentado ello con un pan negro, riquísimo, que encontramos en una casa. Había también agua, riquísima, que bebimos con el porrón. Después continuamos nuestra marcha; el frío comenzaba a ceder un poco. Cuanto más avanzábamos, más mejoraba el camino, y los parajes por los que discurríamos eran magníficos. A nuestro frente se alzaba, fiero, el Canigó y toda su cadena de montañas, cubiertas de nieve. Las montañas más próximas aparecían, en su mayoría, cubiertas de hermoso verde, pues ellas y los valles se cubrían de magníficos robles, de la familia de los siempre-verdes, muy copudos y de lo más pintoresco. Nos acompañaban también grandes matas de arbustos cuyas hojas se parecían a las de los granados y muchas plantas de boj. Más tarde tropezamos con espesos bosques. Tuvimos que pasar repetidas veces el pequeño río de la Muga, que era muy profundo en unos lugares, pero que en otros ofrecía pasos vadeables que aprovechábamos para atravesarlo con las caballerías. La primera vez que lo hicimos resultó muy bien. La segunda, iba delante Larramendi y el río era en aquel lugar un poco más profundo. Larramendi, montado sobre el asno que primero cabalgó Ruiz, le dejó para montar el caballito. No sé si porque el burro resbalara o porque introdujera sus patas en algún agujero existente en el centro del río, el caso es que cayó, y con él Larramendi cuan largo era y de espaldas, en el agua. Se puso como una sopa y al propio tiempo se hundieron las mantas que unos y otros llevábamos colocadas sobre el animal que sufrió la peripecia.

Felizmente era ya más cálido el aire. Tuvimos todavía que franquear malísimos pasos junto a grandes precipicios, a los que nos asomábamos a través de estrechísimos senderos. Muchas personas que encontramos en el camino nos refirieron que columnas enemigas marchaban sobre Tortellá, que era adonde pensábamos dirigirnos y donde Savalls u otro jefe, como ya va dicho, debiera venir a buscarnos al siguiente día; pero pensamos que no se podía creer en la verdad de cuanto se contara. Era cerca de mediodía, hora en que los caminos están más solitarios y con menos gente por ser la de comer. Distábamos aún hora y media o dos de Tortellá, pero muy poco de un pueblecito formado por algunas casas y la iglesia. Se llamaba Saderras. Nos colocamos sobre una pequeña colina, ocultos para no ser vistos, y el más joven de los Puigvert se dirigió al pueblo a ver lo que pasaba.

Tras un cambio de impresiones con nuestros acompañantes,

decidimos bajar a Saderras, a casa del cura. Yo me puse un pañuelo sobre la cabeza, en lugar del sombrero que aun llevaba después de mi entrada en Cataluña, para no llamar la atención, pues hubiera sido imprudente el colocarme la boina.

Por remate, nosotros ibamos reunidos en grupo, compuesto, en gran parte, de conocidos carlistas: los Puigvert, Cunill y los dos guías, y era necesario guardar el incógnito. Los guías, *la Zorra* y otro, nos precedían. En esto llegó un confidente de Tortellá con la mala noticia de que el Somatén, que se había levantado en masa, había sido dispersado por una columna enemiga cerca de Olot. Con ello nos convencimos de que, a pesar de la orden de Alfonso a Savalls, sin duda éste no había apoyado al Somatén, con lo que no había sido posible realizar el resto del plan concebido por mi marido, deduciendo, igualmente, que los carlistas, que desde hacía varios días asediaban a Olot, no habían podido apoderarse de esta población.

Se nos aconsejó nuestra permanencia en Saderras y que, en cuanto hubiera noticia de que Savalls nos esperaba, como era lo convenido, partiríamos, a la tarde, para unirnos con él. Pasamos un rato en casa del cura de Saderras. Puigvert opinaba que nos trasladáramos a otra casa que, como la de la Muga, pertenecía a Galcerán, y así lo hicimos. Aquélla era terriblemente grande. Puigvert nos hizo en ella una riquísima comida, con sopa, pollo con arroz y patatas, todo exquisito.

Mientras en esta casa nos hallábamos, vino un enviado de Solá para referir a Larramendi la dispersión del Somatén. El 26 de diciembre, al toque de campanas, se echaron al campo para formar parte del ejército carlista de dieciocho a veinte mil hombres del Somatén de Gerona; pero de éstos sólo dos o tres mil estaban armados y, no obstante, se dirigieron a sitiar a Olot, y al cuarto día de asedio, cuando iban a entrar en la ciudad, viendo que ni Savalls ni el segundo jefe de la provincia, Auguet, aparecían y que Frígola, que con su fuerza había estado con el Somatén, los abondonó mientras se acercaban fuerzas enemigas para atacarles, se dispersaron, volviendo cada uno a su casa.

Poco después de nuestra comida llegó un hombre de Tortellá, de parte de la familia Puigvert, para comunicarnos lo mismo. Volvió el enviado a Tortellá con una carta para Savalls en la que se le anunciaba nuestra llegada a Cataluña. El mensajero tenía el encargo de volver otra vez por la tarde a fin de darnos contestación sobre el particular. Después de comer vino, trayendo alpargatas para Alfonso y para mí, el otro hermano de Puigvert, a quien conocimos en Francia, en el castillo de Poussan (cerca de

Beziers), cuando fué con el señor Staño para tratar con Alfonso de importantes asuntos, según creo, referentes al Somatén. Yo tenía los pies dolidos por los botines que llevaba desde la víspera y que me rozaban cruelmente, así que acepté entusiasmada este calzado ideal. Las alpargatas contenían una especie de *pengs*, algo así como calcetín o zapato interior, de fieltro.

Nada nuevo ocurría en Tortellá. Se nos aconsejó que volviéramos a casa del cura para en ella pasar la noche; lo hicimos así, tomando la buenísima cena, que nos preparó Puigvert, en compañía del buen párroco. Inmediatamente después fuimos a calentarnos al gran fuego que ardía en la cocina y que se hacía, sencillamente, en el suelo, sobre piedras que servían para este objeto. Rezamos el rosario con el cura, que era muy pobre y sólo vivía del estipendio de las misas. Como la parroquia era pequeña, sus recursos eran escasos y, sin embargo, su trabajo muy duro, pues las pocas casas de Saderras estaban muy diseminadas. Los domingos y días de fiesta tenía que decir una segunda misa en un lugar que se encontraba a hora y media del de su vivienda, en la que se veía la miseria, pues todo era mugriento y demostraba lastimera vejez. En esta época había el Gobierno de Madrid suprimido los subsidios al Clero.

Don Vicente Ruiz se sintió enfermo desde nuestra llegada a Saderras. La víspera había presumido demasiado de sus piernas y abusado de sus fuerzas físicas, no muy exuberantes, por empeñarse en ir a pie durante la mayor parte del trayecto recorrido.

A las diez de lo noche nos acostamos, casi vestidos. Era una felicidad acabar el año 1872 en España.

CAPITULO IX

ENERO DE 1873

Situación comprometida.—De escondite en escondite.—Castells. Presentación de Savalls

Salimos de Saderras el miércoles 1 de enero de 1873, sin haber podido averiguar dónde se hallaba Savalls, o, al menos, algún otro jefe de la provincia de Gerona. Alfonso había dejado en poder de don Alexis de Souvràs, en Perpiñán, una proclama anunciando su entrada en Cataluña, con ruego a aquel señor de enviarla a Barcelona a la Junta Central para su publicación en el momento en que nos proponíamos pasar la frontera, lo que así se efectuó, estimando Souvràs, por su parte, que llegado este momento nos hallaríamos al amparo de alguna de nuestras fuerzas. Y como no lo estábamos y el enemigo sabía ya nuestra estancia en España es de suponer que se lanzara en nuestra busca.

El Gobierno de Madrid había ordenado, con respecto a nuestras personas, que se nos prendiera y fusilara; Savalls, pues, ya debía saber que el no dar importancia a nuestra presencia en el país podía costarnos la vida. El segundo día de nuestra estancia en Cataluña pasó también sin noticias del Comandante general de Gerona, lo que hizo que nuestros acompañantes se mostraran alarmados ante este caso imprevisto. Siguiendo su consejo fuimos a pernoctar a una gran casa de campo cuyo nombre olvidé y a la que nos dirigimos, solitos con nuestros cinco acompañantes, que fueron luego siete, contando los guías. (No apunté en el acto el nombre de aquella casa y por esto no lo puedo indicar ahora.)

Un rato después de haber nosotros llegado a aquella masía apareció en ella una pequeña partida carlista, la de "Barrancot", la cual, lo mismo que éste, ignoraban nuestra estancia allí, no queriendo tampoco nosotros mostrarnos a ellos, pues en su entusiasmo hubieran pregonado por todas partes que nos habían visto. Así que quedamos en nuestro cuarto desde el que, por un resquicio, miramos a nuestros soldados, que marcharon durante la noche, haciéndolo nosotros a las dos y media de la madrugada.

Era aún muy temprano cuando oímos, de repente, cerca de nosotros, un atronador: "¿Quién vive?" No sé si fué uno de los Puigvert o Cunill quien se adelantó, encontrándose con un vigía nuestro puesto allí, en la calzada que conduce a Tortellá. Contentos todos de no tener que habérnoslas con *cipayos,* de los que aquél pudiera haber sido un anuncio, continuamos la marcha, durante la cual, como el día anterior, debíamos ir alternando en las cabalgaduras y a pie. No hubo otras novedades que alguno que otro tumbo de don Vicente Ruiz, quien, al tratar de atravesar la parte alta de un insignificante barranquillo, en el fondo del cual corría un arroyo, resbaló y, dando vueltas, rodó hasta el agua, tomando un baño. También Larramendi sufrió un pequeño percance por el estilo, aunque, felizmente, éste como el anterior no tuvieron ulteriores consecuencias. Yo anduve poco a caballo y mucho a pie. Paramos a comer y a descansar en una importante masía, *La Miana,* situada, idealmente, en un alto desde el que gozábamos de una vista encantadora. Los dueños eran bonísimos carlistas.

Más tarde seguimos marchando, a fin de pernoctar en casa "Cuguleras", llamada por nosotros "Casa sin ventanas", pues no las tenía. Pobre, buena gente nos recibió en ella. Fué nuestro aposento un desván en el que, en medio del maíz, se hallaba la cama. Nuestros cuerpos, bien dispuestos por la caminata, no distinguían las condiciones del lecho y, como si se hallaran sobre mullido colchón, descansaron deliciosamente sobre su substitutivo.

Amaneció un nuevo día, el 3 de enero de 1873, sin que nos trajera noticia alguna de Savalls. "Hay que ir adelante", nos decían nuestros bonísimos acompañantes, prácticos del país y conocedores de su gente. Nos condujeron a casa de un propietario, que era ferviente carlista, la *Casa Valle,* en Sallent. Sus dueños, así como su hijo don Félix, rivalizaban en sus trabajos en pro de la Causa, a la que prestaron los mayores servicios; la señora, de carácter intrépido, demostraba un valor masculino, exponiendo su vida infinidad de veces. Se llamaba la masía *Casa Valle,* porque su propietario había sido, o era aún, Alcalde de aquella comarca. Como siempre oíamos llamarles los señores de *Casa Valle,* no los conocíamos por otro nombre, y aunque éste está consignado en diferentes documentos, como no los tengo a mano en este momento tengo que citarlos con el del solar en que vivían. Una hermosa

hija suya, la señorita Antonia, a pesar de sus cortos años, ayudaba valientemente a sus padres. En esta *Casa Valle* nos sirvieron una opípara comida, y tras un buen descanso, reanudamos nuestra marcha al acercarse la tarde. Ignorábamos todavía el paradero de Savalls, a pesar de los esfuerzos hechos para averiguarlo. Nuestra situación se volvía por momentos más crítica y expuesta, y unánimemente se nos aconsejó la subida a la ermita de Finestrás, considerada como el lugar más adecuado para permanecer ocultos, con lo que nos pusimos en camino hacia allí.

A mí me dieron como montura un poderoso mulo enjaezado con la soberbia silla de terciopelo colorado y adornos dorados de la señora de *Casa Valle,* una silla butaca como usaban entonces las propietarias ricas del país. Nos acompañaba el hijo de la casa, don Félix, con más los propietarios de la provincia que nos seguían y que vinieron hasta allí con nosotros, excepción hecha de alguno que había ido en busca de Savalls. El paisaje que descubríamos desde nuestro camino era hermoso, poblado de bosques de alcornoques.

Nuestros acompañantes estimaron que estaba el día muy avanzado para llegar hasta Finestrás y dispusieron que hiciéramos alto en una masía cuyos dueños, muy carlistas, habían hecho notorios sacrificios por la Causa. El pobre don Vicente Ruiz, que salió muy indispuesto de Saderras, había sido condenado a un riguroso ayuno por los que nos acompañaban, aunque su dolencia provenía de un ligero, si bien bastante doloroso, ataque del mal de piedra, y todos se afirmaron en la creencia de que el mal consistía en el estómago o, por lo menos, estaba relacionado con éste, por lo que era preciso mantener la dieta, a cuyo fin no le permitieron injerir sino una ligerísima sopita cuyo fundamento era agua también ligerísimamente mezclada con otra cosa, y como a don Vicente se le hizo acostar luego de llegar a la mencionada casa, tuvo que conformarse con lo que le trajeron, sin que valieran sus protestas.

Un prestigiosísimo propietario de Olot, don José Solá, de los de mayor influjo y de los más distinguidos entre los que trabajaban por la Causa Carlista, había venido, entretanto, para acompañarnos. También él nos refirió verbalmente, confirmándolo, cuanto habíamos sabido por un enviado suyo el día que pasamos en Saderras. Es decir, que el Somatén se levantó en toda la provincia de Gerona el 26 de diciembre de 1872 al toque de campana. Sólo del distrito de Olot se echaron al campo veinte mil hombres. Estaba convenido con Savalls, de conformidad con lo ordenado por Alfonso, que él (Savalls) o uno de sus jefes subalternos se encontraría allí en el momento preciso para ayudarles, y confiados en

esto fueron los Somatenes a poner sitio a Olot. Dos o tres mil de ellos, solamente, estaban armados. Al ver que no aparecía fuerza carlista alguna, que Frígola con la suya, hasta aquel momento unido a ellos, los abandonaba y se alejaba y que se acercaban tropas enemigas, se dispersaron, marchando cada uno a su casa, escondiéndose otros en diferentes lugares; en cuanto a las demás provincias catalanas, los Somatenes respectivos no secundaron el movimiento a causa de una desgraciada confusión. Si Savalls hubiera ejecutado las órdenes de Alfonso, toda la provincia de Gerona hubiera quedado en poder de los carlistas.

El sábado 4 de enero de 1873, dejando la casa en que pernoctamos, nos pusimos en marcha hacia Finestrás, después de haber libertado a don Vicente Ruiz de la dieta que le fué impuesta por nuestros acompañantes. Yo iba sentada en el hermoso mulo, sobre la lujosa silla de la señora de Casa Valle.

La ermita de Finestrás se mostraba asentada en la cumbre del monte. La edificación que iba a ser nuestro castillo no tuvo arquitecto, pues lo fué la Naturaleza, ya que lo hecho por mano del hombre se reducía a una capilla modestita y a la pobre vivienda del cura que allí tenía su capellanía. Malos pasos antes de entrar en el recinto hacían expuesto poner la mano, haciendo poco atractivo este nido de águilas para las visitas del enemigo. Jamás subió una columna enemiga. En cuanto a vista, no se puede imaginarla más hermosa. Dominábamos nosotros picos de montañas de singular belleza, en cuyas laderas se alzaban bosques imponentes de robles, alcornoques y otros árboles que se extendían del propio modo por las angostas cañadas y lindos valles de las comarcas que se nos aparecían lejanas.

El carlistísimo cura de Finestrás nos recibió del modo más entusiasta y, a su amparo, nos encondimos en su retiro. Nos hallábamos contentísimos, a pesar de las circunstancias, no muy halagüeñas, por cierto, pues cada día se volvía más inexplicable la carencia de noticias de Savalls. Día tras día iban los propietarios que nos acompañaban —los señores Puigvert, Solá, don Félix de Casa Valle, Cunill y algún otro, como el señor Solá, cuñado del don José—, unas veces unos y otras otros, a averiguar el paradero de Savalls para hacerle venir a Finestrás. No pudimos descubrir dónde estaba; pero personas bien enteradas comunicaron a Alfonso que Savalls y Auguet se hallaban escondidos, con unos pocos hombres, en unas casas de campo y que no se presentaban a mi marido porque no podían admitir que fuese Larramendi el jefe de Estado Mayor, pretextando para ello que había servido en el Ejército de doña Isabel. También fué enterado de que Savalls,

Auguet y Frigola se entendían, con la firme intención de obligar a Alfonso a que revocara este nombramiento, que, si bien no tenía su beneplácito, procedía, sin embargo, del Rey.

Claro que el pretexto era torpe, porque muchísimos militares carlistas procedían del campo isabelino, en el que militaron, a pesar de sus íntimas convicciones, y Larramendi, carlista de tradición y de todo corazón, se había ya batido en las filas de nuestro abuelo Carlos V durante la guerra de los siete años y hasta el fin de ésta. Luego, terminada la campaña, entró en el ejército isabelino, y, caída doña Isabel, pidió su retiro y se fué, otra vez, al campo carlista militante, sacrificando para esto su pensión. La verdadera causa por la que Savalls rehusaba la obediencia era que no quería admitir ninguna autoridad y confiaba en tener a Alfonso como a un juguete en sus manos. Así es que cualquier jefe de Estado Mayor que hubiera sido nombrado hubiera contado, desde luego, con la misma oposición; por esto no quería reconocer otra autoridad que la de Alfonso, *dirigida por él y sólo por él.*

Savalls podía dar mucho que desenredar a mi marido, pero nunca imponer a éste su voluntad, pues a pesar de ser tan joven, tenía una energía de acero, sin perjuicio de hallarse siempre pronto a aceptar y a seguir los consejos de aquellos que sabía podían dárselos de un modo inteligente y formal. No era nada terco, y fué principio suyo escuchar siempre a todos para luego formarse su idea; pero jamás caía en el defecto, tan propio de gente floja, de dejarse influir por el último que le hablaba. Tenía un golpe de vista extraordinario y podría decirse que intuición para conocer quién tenía razón, y, además de todo esto, mucho arte para salir de un apuro en circunstancias difíciles.

Como transcurrían los días y seguíamos sin saber de Savalls y, por otra parte, la situación se hacía cada vez más crítica y desventajosa para la Causa, pues impedía a Alfonso reunirse con sus tropas, mi marido arbitró un medio que, sin mengua de su autoridad ni rebajarse ante Savalls, a quien no podía destituir por hallarse impuesto Carlos, evitara la prolongación de una situación insostenible: fué el de encargar al General Larramendi, que se hallaba con nosotros, una pequeña inspección temporal en la provincia de Barcelona, a fin de conseguir, de este modo, de Savalls, enterado de la ausencia de Larramendi, su probable presentación en Finestrás, en cuya ocasión Alfonso le hablaría claro.

La misión de Larramendi parecía muy natural, tanto más cuanto que mi marido acababa de relevar al General Castells de su cargo de Comandante general de la provincia de Barcelona, porque, a pesar de todos sus méritos, no era apto para ejercer este

mando. Hubo muchos disgustos contra él por las continuas sorpresas que sufría y que costaban numerosas bajas. Así, del modo más discreto y amable, participó a Castells que deseaba tenerle a su lado, como ayudante de campo (es sabido que los ayudantes de un Infante, General en jefe, deben ser Generales) y aprovechar sus buenos consejos, que podían serle muy útiles.

Entretanto las columnas amadeístas empezaron de una manera alarmante a reunirse en los alrededores de nuestro refugio, cosa en extremo desacostumbrada, y también fuimos prevenidos de que en los alrededores de Finestrás se susurraba nuestra presencia allí. Los propietarios que nos acompañaban y que, como ya lo tengo dicho, turnaban en la recogida de noticias, se mostraban bastante inquietos ante el peligro en que nos veían; todo aquello comenzaba también a parecer sospechoso, como si una mala intención nos dejara, adrede, en semejante posición, a fin de perdernos.

Por lo demás, prescindiendo de nuestra nada clara situación, pasábamos bastante agradablemente aquellos días. A veces nos sentábamos con el cura de Finestrás, a poca distancia de la ermita, a tomar el sol y contemplar el panorama; enfrente teníamos un picacho, Pancorbo, en el que me parece había una ermita. El cura nos dijo que en aquel sitio, se hallaba escondido el General Gamundi, nombrado Comandante general de Aragón, a quien esperaban en este país, pero que no juzgaba posible todavía pasar a desempeñar su mando.

A Finestrás venía poca gente, salvo algún confidente del cura, algún vigía, algún mensajero y nadie más, fuera de éstos. Por nuestra parte, debíamos evitar, cada vez más, el que se nos viera, a cuyo efecto nos recluíamos en nuestro cuarto, en el que la temperatura era poco agradable. Gracias a que el invierno fué bastante dulce y soplaba un aire, impropio, por lo benigno, de la época del año, y que al cura y a nosotros nos hacía exclamar:

—Dios ajusta el viento a la oveja trasquilada.

El General Larramendi marchó a cumplir su misión y don José Solá escribió una carta privada, absolutamente personal, a Savalls, rogándole encarecidamente que se presentara a Alfonso, previniéndole de que no encontraría a la sazón a Larramendi, pues acaba de ser enviado en comisión a la provincia de Barcelona.

Antes de proseguir mi relación tengo que decir que Castells no aceptó nunca, ni antes ni después, el nombramiento de ayudante de campo suyo, que Alfonso le expidió, redactado en términos muy amables y halagüeños, y no muchos días después, en una entrevista que tuvo con mi marido en una gran masía, la casa Miana, le declaró que había jurado no recibir ninguna orden de Larra-

mendi, y que, por consiguiente, no podía estar al lado de Alfonso mientras aquel señor fuera jefe del Estado Mayor General. Mi marido le contestó, de muy buena manera, que estando Castells a su lado no se vería en situación de recibir órdenes por conducto del General Larramendi, puesto que le llegarían directamente de él (de Alfonso), pero que tampoco podía ser destituído Larramendi mientras no hubiera a quien poner en su lugar, y que no conocía a nadie apto para este puesto. Diciendo esto miró a Castells, como esperando una proposición de su parte; pero éste no supo proponer a nadie. Alfonso no se obstinaba en mantener tercamente a Larramendi, quien, por su parte, hubiera renunciado, con sumo gusto, a su cargo, pues no tenía otra ambición que la de servir fielmente a la Causa; pero se trataba de contar con un substituto que mereciera confianza y tuviera la aptitud que el cargo requería. Castells pidió autorización para ir a ver a su mujer, que se hallaba en Francia, para lo que habría de recoger, primero, sus efectos en la provincia de Barcelona. Alfonso le concedió el permiso, pero, como se verá más adelante, aquel jefe, en vez de haber descansado en Francia o donde hubiera deseado, permaneció en dicha provincia enredando cuanto podía, yendo, seguido de una pequeña escolta, a todas partes, a derecha e izquierda, cobrando contribuciones, que le eran necesarias para mantener a su gente, excitando los ánimos contra el nuevo Comandante interino, el Teniente coronel don Jerónimo Galcerán y haciéndose absolutamente imposible. Alfonso le escribía cartas amables, pues siempre pensaba, con gratitud, en lo que había hecho Castells al iniciarse el alzamiento.

Trataba de hacerle entrar, a buenas, en vereda, lo que no logró; mas Alfonso nunca quiso obrar con violencia contra el viejo Castells, General de graduación y, sin embargo, siempre cabecilla por su naturaleza y siempre a la cabeza de escaso número de hombres.

Vuelvo al punto en que interrumpí mi relato de lo que pasó en Finestrás. El lunes, 6 de enero, pasó sin que Savalls diera señales de vida; continuaba ignorándonos, a pesar de que le constaba lo expuestos que estábamos. Por fin, el 8 de enero llegó una carta de Savalls, fechada la víspera, y dirigida a don José Solá, indicando la casa de campo del cuñado de Solá como punto al que pensaba dirigirse al día siguiente; pero don Buenaventura Puigvert logró encontrarle en otro sitio, trayéndole la misma noche a Finestrás. La tropa que venía con él quedó, por indicación de Puigvert, en un lugar al pie de la montaña.

Alfonso tuvo una larga conferencia con el Brigadier Savalls,

a la que yo no asistí, pero, relatándomela, me dijo después que, a pesar de haberse mostrado bastante decente durante la entrevista, comprendió que aquel jefe se obstinaba, en absoluto, en no ceder en la cuestión Larramendi, no dando, tampoco, la menor muestra de sumisión incondicional, y que en vano le había explicado mi marido que estaba obligado a obedecer las órdenes de Alfonso; estaba pronto a acatarlas, pero no a reconocer aquellas que le llegaran por conducto del jefe del Estado Mayor.

Mi marido me presentó después a Savalls, con el cual me mostré muy amable, hablando largamente. Mi amabilidad no fué ninguna falsedad, pues realmente creía que este jefe valía más de lo que parecía. Savalls insistía en que Alfonso fuera en el acto con él para, al día siguiente, pasar revista a las dos compañías que le acompañaban, incorporándose seguidamente a las fuerzas; pero mi marido, que había conocido las disposiciones de Savalls, se afirmó en su resolución de poner, primero, en orden la cuestión pendiente, pues ni quería jefes díscolos ni entregarse en manos de gente que pretendiera llevarle y manejarle a su antojo. Para evitarlo era preciso obtener el apoyo de su hermano, una vez que éste hubiera quedado enterado por él de la situación. Así que contestó a Savalls que tardaría aun unos días hasta reunirse con sus fuerzas, pues antes tenía que ocuparse en diferentes asuntos y trabajos de organización y arreglar algunas cosas pendientes.

Durante el curso de la conversación y habiéndole preguntado Alfonso que, puesto que se hallaba enfermo cuando se proyectaba el alzamiento del Somatén, por qué no había dado a Auguet el encargo de apoyarlo, Savalls contestó que "a aquél no le daba la gana". En cuanto a por qué no había venido a recibirnos, contestó que ignoraba, por completo, la fecha en que nos proponíamos efectuar el paso de la frontera y que hacia sólo dos días que conocía nuestra estancia en España (según esto, se había enterado de ello el 6 de enero).

Naturalmente que esto era falso, pues nos constaba perfectamente que se hallaba enterado de todo, ya que había recibido las órdenes correspondientes y con él había convenido Alfonso el día de nuestra entrada y cuanto con ella se relacionaba. Hablándole mi marido del Somatén, Savalls dió, también, a entender que no le daba ninguna importancia ni contaba para nada con él, mientras no hubiera sido batida una columna. Por supuesto que esto carecía de sentido y era un absurdo demostrado con los miles de somatenes alzados el día señalado, a pesar de que *no* se había batido a columna alguna.

Savalls nos presentó después a su ayudante, don Felipe de Sa-

bater, hijo del Marqués de Capmany (Presidente de la Junta Central de Barcelona). Era un joven muy valiente y buen militar, y fué suerte para Savalls el tenerle a su lado, pues era dócil y aprovechado instrumento en casos en que este General prefería que otros se despabilasen y desenredasen, que no él mismo, o cuando quería dar algún golpe en que hacía lucir su nombre, mientras su persona brillaba por su ausencia. También nos presentó a su cuñado el buen Coronel Cortázar, fiel, subordinado y valiente, y a su hijo, Juan Savalls, un muchacho que acompañaba siempre a su padre.

CAPITULO X

SIGUE ENERO DE 1873

El primer encuentro.—Vestida de payesa.—De masía en masía

Al día siguiente, 9 de enero de 1873, se marchó Savalls por la tarde, después de haberle dado Alfonso diferentes instrucciones respecto de cosas necesarias y útiles y de ejecución inmediata. Antes de dejar Finestrás nos presentó Savalls a dos o tres *trabucaires* de su guardia y a algunos soldados que le habían acompañado.

Urgía ya que abandonáramos un sitio en el cual habíamos sido vistos por demasiada gente, de más o menos discreción respecto a su lengua y a su posibilidad de guardar un secreto; así que, luego de alejarse Savalls de Finestrás, marchamos también nosotros, tras afectuosa despedida del excelente cura del santuario y una agradecida oración a la Virgen que nos tomó allí bajo su amparo. Nos dirigimos a pie a *Casa Valle,* de Sallent. Aquel paseo nocturno, bajando de la montaña, fué delicioso. La noche era tibia, como noche de avanzada primavera y no de 9 de enero. Unos mochuelitos nos acompañaban con su grito casi infantil.

Hacia, poco más o menos, la medianoche llegamos a *Casa Valle.* Allí volvimos a reunirnos con don Manuel Echarri, quien no había subido a Finestrás, y encontramos a nuestro criado, Santos Gutiérrez, así como a nuestro cocinero, Cecilio Ruiz; a estos dos últimos no los habíamos visto desde que dejamos la isla de Malta. Entre leer cartas que nos traían de nuestra familia y tomar diferentes disposiciones, en primer lugar la de comer, se nos hizo tarde para acostarnos, aunque nos decíamos: "Mañana dormiremos cuanto nos dé la gana." No se cumplió exactamente esta esperanza.

El viernes 10 de enero de 1873 nos despertamos poco antes de las siete de la mañana, y cuando íbamos a levantarnos, vinieron corriendo a avisarnos que una columna enemiga iba a pasar por allí; que estaba ya en Santa Pau, a una media hora escasa de Sallent. Saltamos de la cama y nos vestimos a la carrera, sin lavarnos ni peinarnos. Como habíamos dormido medio vestidos la operación fué cosa de breves momentos.

La joven señorita Antonia, de la casa, vino a ponerme un vestido de payesa (aldeana), de los suyos, por encima de mi ropa, lo que fué de un singular efecto, pues Antonia era una guapísima moza, alta y fuerte, y yo era una sardina; después se ocupó de mi tocado, cubriéndome la cabeza con un pañuelo que me ató bajo la barba, al modo que todas lo llevaban allí, y quedé transformada en campesina. Recogí cuanto pudiera dar que sospechar al enemigo, en caso de que éste entrara en la casa, y lo metí en un saco, junto con los uniformes, para que lo escondieran en el bosque que, muy poco espeso, pues se componía en gran parte de chaparros, arrancaba desde muy cerca de la casa, y nos echamos afuera; de paso me alargaron un pedazo de pan, de modesto tamaño, que estaba sobre una mesa y que metí en el amplio bolsillo del vestido. No pudieron darme más por la prisa.

La casa estaba situada al pie del monte; entre éste y aquélla, por el camino que teníamos que tomar, discurría un riachuelo que habríamos de vadear, como lo hicimos la víspera, al venir de Finestrás. La carretera y la *Casa Valle* estaban situadas en un estrecho llano; por un lado se elevaban las alturas de las que habíamos descendido viniendo de aquel punto, y por el otro, las que habíamos de ascender para ocultarnos. A Alfonso y a mí nos condujeron a un lugar en el que podíamos escondernos bastante entre los matorrales, aunque nos hallábamos poco elevados del camino, del que, así como de la casa, nos separaba un riachuelo y un pequeño trozo de monte. No éramos vistos desde abajo y, en cambio, nosotros contemplábamos casi toda la carretera de Santa Pau a Sallent y aun más allá.

A poco de hallarnos en nuestro escondite observamos, con el catalejo de campaña, la salida de la columna de Santa Pau, y parecía bastante fuerte, pues tal vez se compusiera de quinientos hombres o más, pues ignoro su verdadero número. Acompañaban a la infantería algunas piezas (pocas) de artillería y no muchos caballos; delante avanzaban dos vanguardias o pequeñas guerrillas reconociendo el terreno. La columna marchaba muy de prisa, a veces a paso de carga. Nosotros la veíamos, encantados de que la casualidad nos proporcionara tal espectáculo, pues una acción de guerra

en la que uno se halla sin responsabilidad de ningún género es de lo más interesante.

Bien pronto, cuando la columna llegó a par de nosotros (por la carretera conducían una pieza de montaña), oímos tres tiros que salieron de encima de nosotros, a veinte pasos de distancia, poco más o menos. Comprendimos que no podían provenir sino de carlistas que, enfermos o cansados, estaban escondidos en alguna masía y gastaban esa broma para molestar al enemigo.

Puigvert y el hijo más joven de los de *Casa Valle* —el hermano de Félix Valle— corrieron para tratar de hacer cesar el fuego. Al oír los tiros, la columna se detuvo un instante, concentrando su atención en nuestro lado; después continuó su camino a paso ligero.

Lo que nosotros no vimos fué que el enemigo destacó una guerrilla que se dirigía hacia nuestro escondite, ya que de sus inmediaciones habían partido los tiros. Seguimos con gran atención los movimientos de la columna. Pocos momentos después oímos dos tiros, y en seguida otros y otros, que se convirtieron en un fuego nutrido, frente a nosotros, en el angosto valle, aumentando aquél de minuto en minuto, rompiendo el silencio de los alrededores. Por nuestra parte, nos sentíamos complacidos, no sólo por haber visto a una columna, sino por presenciar un combate, que era a cuanto por entonces podíamos aspirar.

Decidimos cambiar de sitio, porque el que ocupábamos era muy peligroso, *no por las balas*, sino porque de permanecer en él podíamos, fácilmente, hallarnos de sopetón en contacto con los amadeístas. Subimos, pues, un poco más, situándonos en otro lugar de lo más adecuado para presenciar la acción, aunque también poco elevado. Llegamos a un pequeño claro, es decir, a un trozo menos cubierto de maleza, pero que ofrecía un excelente punto de mira, pues formaba un pequeño promontorio. Desde aquí veíamos de manera insuperable el combate que se desarrollaba en el valle.

Al pie del primer escalón de la montaña encontrábanse los amadeístas, y un poco más arriba, en la linde del bosque, los carlistas. El fuego no se dirigía hacia nuestra parte; no oímos silbar ninguna bala, y así *no pude considerar éste como mi bautismo de fuego;* para nosotros no era sino un combate al que asistíamos como meros espectadores, aunque acuciados por el interés y por la dolorosa impresión que nos producía la consideración de que allí derramaban su sangre nuestros valientes. El grueso de la acción se desarrolló sobre el pequeño sendero por el que la víspera bajamos de Finestrás, el de *Can Badía.*

Era fácil el que fuéramos nosotros vistos desde abajo, y el hecho de haber surgido a nuestra espalda los primeros disparos empeoraba nuestra situación; así que, poco a poco, nos hicimos cargo de que lo mejor para nosotros sería una retirada de los carlistas, pues si la efectuaban los de Amadeo fatalmente habrían de pasar por el lugar en que nos hallábamos. No sabíamos por dónde retroceder, y decidimos por ello esperar a ver en qué sentido se resolvía el combate. Momentos después llegó un joven de *Casa Valle,* hermano de Félix Valle y que había estado situado en posición superior a la nuestra para inspeccionar el terreno, previniéndonos que una guerrilla enemiga se dirigía hacia nuestro escondite. Dejamos, pues, éste, que por su situación tanto nos había gustado, y ocultos entre el arbolado tomamos monte arriba, subiendo entre rocas y saltando sobre enormes piedras y troncos, atravesando a veces trechos al descubierto. No podíamos andar más que uno tras otro, lo que nos daba más aspecto de destacamento. Así marchamos, todo lo más aprisa que pudimos, pero la curiosidad nos hacía detenernos de cuando en cuando un instante para ver lo que pasaba abajo, que era del mayor interés. Llegados, por fin, a la cima, poco más o menos, de la altura, que era una continuación del monte cuya falda acabábamos de dejar porque nos decían que no era bastante elevado, nos paramos. ¡Qué ascensión la que habíamos emprendido! Pasamos todos los obstáculos con velocidad extraordinaria, sin vestigios de sendero, a través de las matas, alcanzando, por fin, el nuevo punto de observación, que, por más oculto, ofrecía mayor seguridad. Menos mal que llevábabamos alpargatas, que sin ellas jamás hubiéramos podido hacer lo que hicimos. Descansamos, pues, en lugar bastante resguardado, pero no tan alejados de la acción que no pudiéramos seguirla en todos sus detalles; mas casi en seguida tuvimos que abandonar este punto de observación para ir a otro.

Aumentaba el fuego, que ahora se hacía con gran intensidad; tomaba parte la artillería y el eco de sus disparos repercutía en las montañas. Lo que había pasado después de abandonar nosotros el primer escondrijo nos lo contaron luego, y fué lo siguiente: Al sonar los tres disparos de que ya hablé, destacó el enemigo una guerrilla en la consabida dirección, reforzada aquélla, seguidamente, con una compañía que llegó cerca del lugar que nosotros ocupábamos y que lo hizo sin que lo hubiéramos advertido; pero en este momento surgieron los carlistas, ocasionando la retirada de esta compañía, que la emprendió desde un lugar muy cercano al en que nosotros estábamos. Si en este preciso momento no

hubiera aparecido la fuerza carlista, hubiéramos caído en manos de la columna.

En *Casa Valle* nos contaron las angustias que pasaron viendo cómo la tropa enemiga tomaba nuestra dirección y que no nos podían avisar, porque el hacerlo hubiera atraído la atención sobre nosotros. El fuego se sostuvo aún algún tiempo en un sitio descubierto sobre el primer escalón de la montaña. Por fin los carlistas se retiraron, poco a poco al principio y luego rápidamente, subiendo al monte. Hubo momento en el que los dos bandos estaban tan cerca que parecía que iban a tocarse; pero los carlistas iniciaron en seguida la retirada.

El combate había durado, poco más o menos, hora y cuarto desde que empezo el fuego. aunque éste fué interrumpido durante unos minutos. La caballería y artillería enemigas remontaron también la montaña y desaparecieron en el bosque. Había quedado abandonado hacía tiempo el lugar de la acción cuando vimos un grupo de treinta a cuarenta que continuaban reunidos desde hacía largo rato. De entre ellos se levantó más tarde una columnita de humo como la que sigue a un disparo. Temimos por algún carlista que hubiera caído prisionero y fuera fusilado, pues nuestros adversarios lo hacían a menudo. Vimos también como una hoguera.

Nos contaron que el enemigo solía quemar los muertos por no querer que se conociera su número, mas no sabemos si así se hacía; pero lo cierto es que mataban a veces, bárbaramente, a heridos y prisioneros carlistas. Claro está que esto dependía, naturalmente, en parte, de los jefes, entre los que había que eran humanos y otros que no lo eran o que dejaban obrar a su antojo a sus soldados. Hay que advertir que tampoco pudieron ser siempre responsables de actos como éstos, pues los ignoraban.

Un rato más tarde quedó disuelto el grupo en cuestión.

A la una dejamos nuestro retiro y volvimos a *Casa Valle,* a la que habían llegado muchos carlistas, los que nos hicieron quedar ocultos en nuestro cuarto hasta que marcharon. Al momento de poder salir de nuestra habitación se nos informó de que regresaba la columna de Cabrinety. Volvimos al monte; mas en vez de alejarnos nos contentamos con quedarnos a una distancia razonable de la casa, colocados en un lugar escondido, a la orilla del riachuelo. Don Manuel y los demás se ocultaron en otro sitio. Félix, de *Casa Valle,* y Dalfau vinieron con nosotros. Habrían pasado unas dos horas cuando una criada de *Casa Valle* vino a decirnos que no había por allá tal columna, que todo había sido una falsa alarma; así fué.

El vigía que pusieron sobre un monte con el encargo de que

si viera volver la columna bajara para avisarlo, se aburría sin duda en su sitio de observación o quería satisfacer tal vez una exigencia de su estómago, probablemente vacío a esa hora, y bajó adonde suponía le esperaba una buena *escudella.* Los de *Casa Valle* le vieron venir, y teniéndole aún a distancia y sin saber lo que pasaba, creyeron naturalmente que el hombre regresaba en cumplimiento del encargo dado y vendría, consiguientemente, anunciando la vuelta del enemigo.

Se aclaró el error, y aunque hubiéramos podido entrar en la casa, no lo hicimos, porque era peligroso dejarnos ver de un confidente carlista que en ella se hallaba en aquel momento. Nuestros estómagos reclamaban enérgicamente el que nos ocupáramos de ellos, lo que era justo, pues desde la mañana nos hallábamos con sólo un pedacito de pan ,que nos lo repartimos, con lo que la ración fué minúscula. Por fin, a las tres de la tarde, nos franquearon la puerta de *Casa Valle* y pudimos comer. El hijo segundo de la casa nos dijo que el Coronel Frígola murió en el combate, siendo el único muerto de los carlistas, pues habiendo sido primero herido, fué matado después.

Nosotros no pudimos creer que los carlistas abandonaran a un jefe herido. La noticia de su muerte resultó cierta, aunque no supimos cómo se pudo haber producido ésta, y no es probable que lo fuera como se contó primeramente, aunque pudo ocurrir que, por los accidentes del terreno, los carlistas no le vieran caer. Nos dió muchísima pena.

Después de comer y descansar nos pusimos en camino para "Can Cuguleras", la "casa sin ventanas". Se había resuelto que nosotros fuéramos con don Vicente Ruiz, don Manuel Echarri, Pablo Sánchez y los propietarios don Buenaventura Puigvert y don Francisco Cunill en una dirección, y los demás a *Casa Solá,* que pertenecía al cuñado de don José Solá. Me prestaron otra vez un mulo de *Casa Valle;* pero anduve mucho a pie, repartiendo la montura con don Manuel Echarri. Don Vicente Ruiz iba montado. Llegamos bastante tarde.

El día siguiente, 11 de enero de 1873, lo pasamos allí. Con gran sorpresa y alegría vimos aparecer al señor Alexis de Souvràs, conducido por un guía. Al preguntar por quiénes se hallaban en la pequeña masía, los dueños de ella le contestaron:

—*El Avi, el Noy y la Noyeta.* (El abuelo, el chico y la chiquilla.)

A quién, si a don Vicente o a don Manuel, llamaban el *Avi,* no lo sé; pero el *Noy* y la *Noyeta* éramos Alfonso y yo.

Souvràs nos contó, entre otras muchas cosas, que había muerto Napoleón. También nos participó la buena nueva de que la señora de Lazerme había tenido un hermoso niño, el primero, al que llamaron Carlos.

Don Manuel nos hizo un excelente arroz. Después de comer nos despedimos del buen señor de Souvràs, que hizo un largo viaje en nuestra busca para vernos, y nos fuimos a la Miana. Aquí tuvo Alfonso una entrevista con el General Castells en la que se desarrolló la conversación que antes indiqué. Con Castells se encontraban en aquella masía, entre otros, el Teniente o Capitán (no recuerdo la graduación, pues no la apunté) don José Giner, que había servido como zuavo pontificio en Roma en la misma compañía que Alfonso. ¡Qué gran alegría experimentaron al volverse a ver!

De la Miana proseguimos nuestro camino, emprendiendo una marcha nocturna. Don Vicente Ruiz tenía su montura; la mía la compartía yo con don Manuel Echarri; los demás iban a pie. Nos favorecía una hermosa noche y andábamos satisfechos. Después de descender las cuestas que de la Miana nos conducían a la carretera y de haber andado un trecho de ella, se nos ofreció un paso algo expuesto, dominado por la población de Castellfullit de la Roca, que se hallaba asentada sobre un alto que se alza desde la carretera. Uno de nuestros acompañantes se adelantó para averiguar si había novedad. No la hubo, y seguimos, dejando bastante pronto el camino real. Pasamos algún bosque, con trechos a veces malísimos, y otros agradables, para andar. El dueño de una de las caballerías, que nos acompañaba desde Casa Surroca, molinero en sus inmediaciones, contó a Puigvert y a Cunill que una partida de forajidos vagaba por aquellos alrededores, habiendo intentado la víspera entrar en aquella casa, lo que les fué impedido y que si hubiéramos ido a ella un día antes hubiéramos tenido probablemente un encuentro poco agradable con los que formaban la partida en cuestión.

A las cuatro de la mañana del domingo, 12 de enero de 1873, nos hallamos delante de la grandiosa y hermosa masía *Casa Surroca,* en la que ya nos estaban esperando, y nos recibieron con los brazos abiertos. La buenísima y virtuosísima doña Rosa de Surroca (no era Surroca su apellido, pero nosotros siempre la llamábamos así, y no con otro nombre) rivalizaba en carlismo con su capellán, un sacerdote de las más elevadas cualidades, un santo varón. Fueron verdaderos ángeles para nosotros. Todo estaba preparado para recibirnos. Tomamos un excelente desayuno y fuimos conducidos a nuestro cuarto, que se hallaba helado, a causa de que la ventana que daba a él tenía unos cristales rotos, mejor dicho, que habían tenido que ser quitados sin que dieran tiempo a su substitución, a fin de no llamar la atención del vidriero. Tapamos sus huecos con

papel. Un hermoso brasero luchaba contra el frío sin conseguir vencerlo. En cambio, la cama era pura delicia, pues el burro difundía una atmósfera ideal. El burro es, según creo, una invención catalana, una maravilla en su sencillez; lo constituyen dos elementos parecidos a pequeños trineos, o más bien a la base de éstos, sólo que la parte superior es descubierta y en la de abajo hay un fondo sobre el que descansa una cazuelita con brasas, y por encima de este artefacto se echan las sábanas y las mantas.

Con delicia nos metimos entre la hermosa ropa, llena de dulce calor. Hasta un gorro de dormir habían preparado para Alfonso; por supuesto, que no se sirvió de él, porque no tenía por costumbre el hacerlo. Nos dormimos como troncos. Después de levantarnos, como era domingo, el buen capellán nos dijo la misa a las once en la capilla de casa, oyéndola nosotros desde una tribuna, sin ser vistos. Luego nos hicimos cargo de nuestra nueva residencia, situada cerquísima de la frontera. *Casa Surroca* estaba asentada en un angostísimo valle al que las montañas alzadas a nuestro frente parecían poner fin. Le servía de asiento como una banquetilla, la parte más baja del último escalón, en que descansaba a los pies de aquellos gigantes del Pirineo. Por encima de nosotros, escondido a nuestra vista entre los repliegues de las alturas, anidaba Camprodón, muy cerca de la frontera. Creo que el enemigo no ponía nunca los pies allí. Una muralla parecía cerrar el paso a quien pretendiera salir de la cañada; sin embargo, existía un caminito que la franqueaba, una vereda de lo más pintoresco, que discurría a la sombra de los hermosos castañares que cubrían las faldas de la parte baja del monte.

El camino aquel conducía a Batet, un pueblecito no lejos de *Casa Surroca,* al que divisábamos desde nuestras ventanas, pues lo teníamos enfrente de ellas. Nosotros habitábamos en un cuarto del segundo piso y la casa, que se hallaba construída en el declive de la falda del monte tenía, de un lado, como piso llano, lo que por el otro constituía el primero. En aquél, se hallaba el cuarto del capellán, mosén Juan, que daba sobre una gran terraza que dominaba el fondo más bajo de la cañada y se enfrentaba con el ya dicho camino de Batet, de modo que no podía uno asomarse a la terraza sin ser visto desde éste. En el mismo piso había un muy espacioso comedor y a su lado una grandísima cocina con su enorme chimenea en la que ardía un fuego alimentado por enormes troncos de leña; del interior de la chimenea colgaban de potentes cadenas dos ollas, las cuales contenían, la una el manjar de los cerdos, y la otra el alimento para las personas. Un *bancal,* que consiste en un alto tabique de madera formando pared detrás del

banco que, en forma redonda, rodea la chimenea, ofrecía un rincón agradabilísimo para tertulia después de comer. En otra extremidad de la cocina había un hornillo, y de esta pieza se salía afuera, a ras del nivel del suelo. Rodeaba la casa la más perfecta soledad, despepitándose la simpatiquísima señora por hacer nuestro retiro lo mejor y más seguro posible. Nos alimentaba también ricamente.

Era gran ventaja para nosotros el tener próximo a nuestro cuarto un oratorio cuyas ventanas daban a la capilla y sobre el altar, de modo que desde aquél podíamos oír y seguir la misa. La señora de casa, doña Rosita, era una guapa y fresca mujer de cuarenta años, aunque parecía mucho más joven, pintándose la bondad en su simpática y alegre cara. Simpatiquísimo era también mosén Juan, un santo varón, inteligente y de agradable trato. Eran los mejores momentos del día los que pasábamos todos juntos en el *bancal,* a la lumbre de las bienhechoras llamas, y, sobre todo, los de la velada, cuando, después de rezar el rosario en comunidad, seguía un rato de cuentos, en el que cada uno contaba un episodio, alguna vez espeluznante. Quienes más se lucían en el relato eran don Manuel Echarri y don Vicente Ruiz.

A lo mejor, el ladrido de los grandes perrazos, de una raza especial del Pirineo, que guardaban ferozmente la casa y el ganado, cortaba el silencio de la noche; entonces, alguno de los hombres abría cautelosamente la puerta que desde el camino daba al monte e iba a inspeccionar por si había novedad, volviendo cada vez con la noticia tranquilizadora de que no la había.

A poco rato empezó el enemigo a buscarnos en las masías, pues la orden del día de Alfonso anunciando su entrada en España en el momento en que pasábamos la frontera, como ya va dicho, dió la voz de alerta y los del Gobierno no estaban muy seguros de si, a pesar de que no daban con nuestro paradero, habíamos o no abandonado a Cataluña. Alfonso envió a su hermano relación de cuanto había pasado, de la conducta de Savalls, exponiéndole la urgente necesidad de que Carlos tomase medidas que cortasen de raíz su insubordinación y estableciesen, al propio tiempo, la autoridad de mi marido como General en jefe. Pero Carlos temía que una intervención enérgica produjera mal efecto en el ánimo de Savalls, a quien, por lo que le aseguraban, consideraba indispensable en Cataluña.

Sin embargo, por mucho que se pudiera creer en la indispensabilidad de aquel hombre (de la que, por supuesto, carecía, y cuya fama era artificial), Carlos le hubiese podido bien sentar la mano sin el menor perjuicio para la Causa, pues a Savalls hubiera impedido el retirarse un excesivo interés personal, mas, persuadido

Carlos de lo contrario, se limitó a recomendar a mi marido energía, sin decirle si le autorizaba o no a disponer de lo que para desarrollarla necesitaba, es decir, algo que pudiera amedrentar a aquel insubordinado. No pudo obtener Alfonso que el Rey enviara una advertencia al jefe indómito, cuando una terminante, perentoria orden, hubiera bastado a hacerle entrar en juicio, de no dejar mi cuñado mano libre a su hermano. Alfonso se desesperaba, pues no podía presentarse a las fuerzas carlistas mientras no estuviera arreglado este asunto.

CAPITULO XI

FEBRERO DE 1873

En Casa Surroca.—Inacción.—Insolencias de Savalls. Nos incorporamos a las fuerzas carlistas

Así pasaron algunas semanas, aunque no del todo infructuosas, porque mi marido hizo venir a algunos de los jefes de otras provincias, hombres de toda confianza, por medio de los cuales adoptó medidas de organización, y en general, trabajó mucho en este sentido, enviando a todos órdenes e instrucciones sin que se supiera el punto del que partían. Por supuesto, que no salíamos nunca de casa y que la mayor parte del día la pasábamos en nuestro helado cuarto, pero poniendo los pies en la orilla del basero, colocado éste bajo la mesa, y tapada ella todo alrededor para recoger el calor de la brasa de modo que subiera su baho infiltrándose en nuestros cuerpos, la temperatura para éstos era muy soportable, aunque sólo hasta la cintura.

Venía luego la hora de comer, y tras ella el ansiado momento del *bancal,* corto por la mañana y largo por la tarde; pero hubo algún día en que nos vimos prisioneros en nuestra habitación; gracias a Dios que este caso no se dió con frecuencia. Este encierro era debido a la visita de algún conocido, un carlista, un cura o algún confidente que prolongaban largo rato su comida mientras la nuestra nos era servida en nuestro cuarto, lo que se hacía sentir dolorosamente, pues nos privaba de la consoladora lumbre, junto a la monumental chimenea en que ardía. Un día cayó enferma una viejísima criada, llamada Esperanza, que llevaba siempre un gran capucho de espesa bayeta blanca con una punta por detrás. Este tocado era llevado solo por ancianas de remota edad en la parte del Pirineo español, mientras que, por su lado francés, se le veía a menudo también, llevado por mujeres jóvenes; en aquél se le

llamaba *capulet;* no sé qué nombre tendría en Cataluña, donde constituía algo excepcional en el tocado femenino.

En *Casa Surroca* se sabían muchos remedios para toda clase de males; el de Esperanza debía ser resfriado, quizá lo que hoy en día se llama *trancazo.* Se le prodigaron toda clase de cuidados y se esperaba que no precisaría de la visita del médico, quien a lo mejor hubiera anidado allí día y noche.

Yo rogué a don Manuel Echarri, quien había estudiado la carrera de Medicina, que recetara lo que creía a propósito para el caso, pero rehusó terminantemente el hacerlo, porque decía: "Si acaba mal dirán que yo la maté."

Así encontró el alma de la Esperanza su camino para el otro mundo, sin ayuda de médico, y, tres días después de haber caído enferma, nos anunciaron por la mañana:

—*L'Esperança est morta.*

De ello dió parte mosén Juan, como era de rigor, a quien debía, y empezó a llenarse la casa de gente. Esperanza tenía alguna parentela y había conocidos; y vinieron un cura de Batet y el médico, y nosotros permanecíamos cautivos en nuestro cuarto, teniendo, por único consuelo, el de acostarnos de noche al amparo del burro. El tercer día, o el segundo, caso de que Esperanza hubiera fallecido antes de medianoche, lo que no tengo apuntado con precisión, llevaron el cuerpo de la buena vieja al Camposanto de Batet, quedando nosotros librados del encierro. Mas pronto tuvimos más encierros.

La señora doña Rosa nos dijo que tenía dos buenos escondrijos, por si acaso venía el enemigo: el uno bajo tierra, el otro en una parte del desván, que ni por fuera ni por dentro de la casa podía ser adivinado; nos preguntó cuál de ambos preferíamos. Contestamos unánimemente que el desván, pues bajo tierra tiene uno la sensación de hallarse en una ratonera. Algún día más tarde entró don Vicente Ruiz, bastante azorado, en el cuarto, diciéndonos que a cierta distancia se oía ruido de gente; pero resultó que nadie venía por aquella parte. No sucedió así en otra ocasión. Aquello fué serio. La señora y mosén Juan vinieron corriendo a decirnos que, según confidencia que habían recibido, venían fuerzas enemigas en dirección de *Casa Surroca,* y que ya estaban bastante cerca. Sin tardar, subimos todos al desván. Este acababa en una pared, que debía ser la principal de la casa, de modo que al otro lado ya no había nada. Pero éste fué el engaño. Un agujero practicado en esta pared conducía a la continuación del granero, agujero hecho en el momento mismo en que se anunció el peligro; para ello habían retirado algunas piedras de la pared, rogándonos que pasáramos por la minúscula brecha, lo que efectuamos sin la menor dificultad, pues, aun siendo mucho más angosta, nos hubiera permitido la entrada a nosotros dos, que, teniendo el cuerpo de lombriz, penetrábamos a través de las más estrechas aberturas. Pero detrás de nosotros debía seguir don Vicente Ruiz, quien enhebró su cuerpo en el paso, pero a medio camino de él sintió que se le presentaba una gran resistencia, la cual quiso vencer, tratando, jadeante, de lanzarse hacia adentro, desde donde nosotros le atraíamos mientras de afuera le empujaban; la situación, sin resolverse, se empeoraba, pues en un momento podía llegar el enemigo. Por fin, tuvo uno, me parece que fué Alfonso, la luminosa y sencilla idea de retirar algunas piedras más, a fin de agrandar el agujero, lo que se efectuó aun casi antes de pensarlo, con lo que Ruiz fué introducido en aquel misterio del desván, juntándose con nosotros, con don Manuel Echarri, Sánchez y alguno de los propietarios acompañantes.

Sentados en silencio, a fin de no dejarnos oír, estábamos allí esperando nuestra suerte y confiando en la invisibilidad que proporcionaba la abertura una vez cerrada, cuando, de repente, oímos rumor de mucha gente; pero pasados breves momentos, vinieron a avisarnos que no era el enemigo, sino una *ronda* carlista, aunque también de ésta habíamos de evitar el dejarnos ver. La noticia nos causó un intenso sentimiento de alivio y aun olvidamos los gruñidos de nuestro estómago, que tuvo que esperar mucho tiempo hasta que le pudimos consolar, pues la mencionada *ronda* carlista permaneció en la casa mucho tiempo comiendo y descansando.

Un gran acontecimiento nos clavó una vez, durante tres días, poco más o menos, en nuestra habitación. Fué con ocasión de la matanza. La señora misma dió el golpe de muerte a las víctimas, asistida de algún criado, empezando luego el importante trabajo de cada matanza, ocasionado por tantas diferentes clases de embutidos: las sabrosas salchichas, la longaniza, el salchichón de Vich, toda suerte de varias calidades de diferentes gustos y consistencia, más blanda, más dura, y de aquellas, en un principio muy blandas, que con el tiempo deben endurecerse. Sin hablar de la infinidad de diferentes sangrecillas, recordaré solamente la butifarra. Luego seguía el gran trabajo de despedazar para obsequiar con el recuerdo de la matanza a cuantos habían venido a ayudar. Había, por supuesto, que cuidar de que no hubiera celos y envidias o descontentos entre todos los favorecidos, entre los que estuvieron o no estuvieron en aquella importante ceremonia de despachar las pobres víctimas, que fueron engordadas durante un año, sin creer que lo fueran para tan inicuo y triste fin. Mientras

abajo se alegraban en el macabro trabajo, arriba tiritábamos de frío, sin la grata interrupción de los ratos pasados, otros días, en la cocina; a cambio de esto, nos enviaban desde ésta ricos platos confeccionados con diferentes partes de los gorrinos y a base de tiernas carnes de aquellos animales.

Como ya he dicho, Alfonso recibía de cuando en cuando la visita de alguna persona de averiguada confianza para tratar de asuntos de la guerra. Un día vino un buenísimo cura, a quien don Vicente Ruiz nos anunciaba como persona de gran inteligencia y buen consejo. Pronto comprendí que el cura estaba trabajado por don Vicente para que me disuadiera de continuar en compañía de Alfonso, recomendándome que, al reunirse éste con las tropas, me retirara yo a un convento mientras durara la guerra. Don Vicente no tenía mucho valor para repetirme lo que él pensaba respecto de este particular, y así trabajaba con manos ajenas, por supuesto, guiado de la mejor intención. Su tema constante era el de que yo no resistiría las fatigas de una campaña, y que, si yo me ponía mala, quitaría con ello el valor a mi marido.

Agradecí, muy amablemente, al citado sacerdote sus buenos consejos, pero le declaré terminantemente que no me retiraría ni a un convento ni a parte alguna, pues estaba decididísima a quedar con mi marido. Le repetí lo que ya había repetido otras veces a don Vicente Ruiz y demás: que ya verían quién se retiraría antes por cansancio o falta de salud, si ellos o yo.

Entre las personas que Alfonso hizo venir para conferenciar con él estaba el Coronel don Jerónimo Galcerán, a quien mi marido escogió para ponerle al frente de la provincia de Barcelona. Este excelente jefe reunía todas las cualidades de un buen militar y hombre perfecto. Cuando vino a *Casa Surroca* sufría aun de una herida en el pie habida en su último combate; acudió a la llamada de Alfonso en uno de aquellos días de crudo invierno en que caía espesa nieve que ponía los caminos en malísimo estado. En general, no fué aquel invierno de los malos, mas, no obstante, su crudeza se hizo sentir a ratos de manera bastante sensible.

Se sucedieron días tras días de nuestra estancia en *Casa Surroca,* que llegaron a convertirse en semanas. Nos hallábamos admirablemente atendidos por el cariño de la señora de la casa y por mosén Juan, e inmejorablemente acompañados por los propietarios, hermanos Puigvert, don José Solá y don Francisco Cunill, que iban, de cuando en cuando, bien uno o bien otro, a sus casas en busca de noticias; pero seguíamos desconsolados al no ver apuntar ni un rayo de luz que nos infundiera la esperanza de un cambio en situación tan inaudita e insostenible cual era la

nuestra. La advertencia real al jefe díscolo no venía, y Savalls seguía, insurrecto, en su mando.

Este escribió, entre otras, una carta insolentísima al General Larramendi, jefe del Estado Mayor General, que le había trasmitido una orden de Alfonso. Savalls dudaba, primero, de que éste hubiera dado tal orden (se trataba de un jefe subalterno a quien Alfonso mandó pasar definitivamente a la provincia de Barcelona, a la que perteneció en un principio, en vez de estar cambiando, continuamente y a su antojo, con su gente, de una provincia a otra, una vez bajo un mando, otra bajo otro, y a menudo bajo ninguno, arrogándose aquí y allá derechos de recaudación para mantener su fuerza). Luego declaraba Savalls en su oficio a Larramendi que la tal orden no se ejecutaría, pues él no estaba dispuesto a permitir que aquel jefe se separara de él (de Savalls) sin una orden especial del Infante, "fundándose en una petición justificada del mencionado Coronel", como si Alfonso no tuviese derecho a dar órdenes a los jefes sin el previo asentimiento especial del respectivo militar. Sigue el oficio diciendo a Larramendi que ignoraba fuese este señor jefe del Estado Mayor General —bastantes advertencias se lo comunicaron, por escrito y verbalmente, por la boca misma de Alfonso—, y que le dijese (Larramendi) dónde había ganado la faja de Mariscal de Campo. "Le advierto, escribe, que hasta nueva orden, ni recibiré ni cumpliré ninguna que venga de usted." También escribió una carta insolente a Alfonso sobre el mismo asunto y con bastante parecido estilo.

Alfonso quiso formar un pequeño "batallón de guías", para tener, al menos, cuando se reuniese con las tropas, una fuerza independiente de las del jefe de la provincia a la que eventualmente fuera, y así dió orden a cada uno de los Comandantes generales de las cuatro provincias catalanas de que le mandaran ciento veinticinco hombres de sus fuerzas al punto y fecha que se les señalaría. Esto ya había sido ordenado en diciembre, desde Perpiñán, antes de nuestra entrada; pero como aun no se había ejecutado la repitió Alfonso cuando llegamos a *Casa Surroca.* La cosa no se efectuó a tiempo y Alfonso formó una Compañía de Guías, cuando se halló entre sus fuerzas, poco después de haberse presentado a éstas.

Mientras estábamos en *Casa Surroca* llegaron malas noticias de Aragón, donde la pequeña fuerza que se había levantado fué dispersada y tuvo que disolverse. La correspondencia nos la traían mozos de confianza de la propietaria de *Casa Surroca;* la recibían en los puntos que se les indicaba, en donde otros la entregaban. De este modo venía todo a la mano, lo mismo que el correo envia-

do por Souvràs desde Perpiñán; así llegaban también las cartas de casa y de Carlos, etc., etc., lo mismo las destinadas a nosotros como las que escribíamos a la familia, etc.

Un día, por la tarde, vino un mozo de casa que había estado en Batet y contó que corrían voces de que había caído Amadeo y había sido proclamada la República el 11 de febrero de 1873. Al siguiente día, uno o dos de los propietarios, nuestros acompañantes, fueron por noticias y también mosén Juan, y por ellos recibimos la gratísima noticia de que, efectivamente, era verdad aquel acontecimiento político que debía cortar el nudo gordiano respecto a la cuestión Savalls y poner fin al disgusto de Alfonso. Comprendiendo éste que ya no se podía tardar en tomar una resolución enérgica, y a riesgo de descontentar a su hermano, dirigió una orden terminante a Savalls indicándole el sitio donde le debía esperar y dándole a entender que ahora se trataba de obedecer las órdenes de su General en Jefe, vinieran por el conducto que fuera, o de sufrir las consecuencias de una desobediencia. Savalls, amedrentado, sin duda, se sometió de buen talante.

Alfonso fijó los preparativos de marcha con los propietarios que nos acompañaban y circuló sus instrucciones a aquellos de los nuestros que no estaban con nosotros en aquel momento, sino en otras casas de campo bastante alejadas de *Casa Surroca,* tanto señores como personas de servicio. Entre tanto llegó la víspera del día en que habíamos de ponernos en movimiento a fin de reunirnos con las tropas y yo, aún, carecía de caballo. Mi marido recibió de regalo por mediación de la Junta de Figueras, un lindísimo tordo, nacido en Andalucía y recriado en Valencia, que trajo, bastante tiempo antes, don Francisco Javier Dalfau, a quien Alfonso tomó como oficial de órdenes. El mencionado caballo fué llevado a *Casa Valle.* Estuvimos a pique de perderlo cuando pasó delante de ésta, viniendo de Santa Pau, una columna enemiga; dicho animal escapó de la cuadra y fué corriendo hacia la fuerza amadeísta; nosotros le veíamos galopar desde nuestro escondrijo en el bosque y lo dábamos por perdido; pero volvió de por sí a la cuadra; esto pasó cuando aun andábamos sin nuestras fuerzas, Poco antes de salir de *Casa Surroca* encontraron en Olot un caballo para mí: se llamaba *Niño.*

Tuvimos que esperar el tiempo necesario para que Savalls recibiese la orden y pudiese llegar al punto que se le indicaba. El 17 de febrero salimos, por la noche, de *Casa Surroca,* llenos de gratitud por todo cuanto por nosotros se hizo en ella. La señora doña Rosa quiso que nuestra salida se verificara por la parte de la capilla, la misma por la que hicimos nuestra entrada, para que

Dios nos bendijese y siguiese concediéndonos su protección, como lo hizo durante nuestra estancia en *Casa Surroca.*

Era una noche lóbrega; no nevaba ya, pero hacía bastante frío y andábamos en medio de la más profunda obscuridad. Yo montaba un caballito de un casero que vivía no lejos de *Casa Surroca.* Este hombre, a pesar de conocer paso a paso el camino, se sentía incapaz de andar por él con semejante tiempo; lo había hecho estando solo, pero el llevarnos a nosotros era para él terrible responsabilidad. Así, dispuso que fuese yo a la cabeza, dejando al animal que fuera a su antojo, pues sabía que su paso era segurísimo; que Alfonso se agarrase a la cola de mi caballo; otra persona a él y se formase así la cadena con todos los demás. El camino era malo, y a los lados se abrían profundos barrancos. Así salvamos los trechos más peligrosos; digo más peligrosos por la obscuridad. Gran parte de la marcha, sin ser tan mala como en su principio, fué difícil; yo iba mucho a pie para alternar con don Vicente Ruiz y don Manuel Echarri. Así pasó la noche. Por la mañana llegamos al punto indicado por Alfonso a Savalls para que se le presentara. Perdí el papel en que puse el nombre del lugar, pero como a veces no sabía en el momento cómo se llamaba un sitio, me lo apuntaba después en un papel suelto.

Savalls se mostró decente; parecía abrigar buenas disposiones cuando le encontramos aquel día, como le había citado Alfonso; vino solo, sin sus tropas. Mi marido fijó con él el punto al que debía venir don Felipe de Sabater para llevarnos al lugar en que se hallarían las fuerzas de la provincia de Gerona.

Aquel sitio era la *Casa Valle* del Sallent, a la que se enviaron los caballos y en la que estaban nuestros efectos, uniformes y mi ropa.

Después que todo se hubo convenido nos despedimos de Savalls, yendo él por un lado y nosotros por otro. También aquella marcha nuestra fué cansada, y, lo peor de ella la última bajada larga y penosísima para llegar a *Casa Valle* del Sallent. Me caí ciento y una veces, ni una más, ni una menos. Allí el terreno era poco adecuado a las alpargatas. Con tantos tumbos, que conté exactamente, no me causé ningún daño de importancia. A las dos de la madrugada llegamos, por fin, a *Casa Valle,* pero vinieron a advertirnos que estaba ocupada por tropa carlista de la provincia de Gerona. Salió el amo, y nos dijo que todos estaban sumidos en el más profundo sueño, y que podíamos entrar sin temor de que nos viesen. Nos hizo pasar y seguimos tras él a través de toda aquella gente tumbada en el suelo, llevándonos así hasta el cuarto matrimonial que él y su mujer desocuparon en el acto para noso-

tros, que nos acostamos en la cama, aun caliente, de aquel bonísimo matrimonio, que Dios sabe cómo habrá pasado el resto de la noche.

A primera hora de la mañana marchó la citada fuerza carlista. Don Felipe de Sabater debía venir dos días después a recogernos, pero los movimientos del enemigo le impidieron hacerlo el día fijado y tuvo que atrasarlo hasta el domingo 23 de febrero. Uno de aquellos días se produjo de nuevo una alarma, aunque no tan seria como la otra vez. Era una columna enemiga, que se mostró no lejos de allí. Fuimos al bosque y pudimos regresar, poco después, a casa.

El domingo, 23 de febrero de 1873, fué para nosotros un día muy solemne, pues en él nos reunimos, por primera vez, con fuerzas carlistas. Nos levantamos tempranísimo, tras cortísima noche; nos habíamos acostado muy tarde, después de fijar con don Felipe de Sabater la hora de marcha para el día siguiente; este señor había llegado la víspera y se marchó otra vez para volver con la pequeña fuerza que le había acompañado hasta un punto de los alrededores en el que le esperaba. Alfonso vistió su uniforme de campaña y yo una amazona que, por medio de botones, se levantaba y formaba como una saya corta cuando yo iba a pie; por lo demás, calzaba botas altas de montar y llevaba un dormán igual al de los oficiales y al de mi marido. La boina la usamos blanca durante todo el año 1873 (en el de 1874, roja) y tenía una chapa con las iniciales: C. VII, la corona y la borla.

Con el caballo de Alfonso venía un asistente, que parecía hijo de moros en cuanto a su físico: era alicantino, un hombre excelente, que se llamaba Quico. Mi caballo se hallaba al cuidado de un catalán de Gerona: Sixto Molar, chico inmejorable; ambos hicieron toda la campaña con nosotros, no apartándose jamás de nuestro lado; su fidelidad fué insuperable y a toda prueba, así como su buena voluntad.

Mientras estábamos desayunando y en espera de don Felipe de Sabater, la Providencia hizo pasar un magnífico machito que llevaba una carga de carbón. Lo vió alguien de nuestra gente o se lo enseñó el amo de *Casa Valle* e inmediatamente se rogó al carbonero que nos lo vendiera; éste consintió y tuvimos una alhaja de animal para nuestro modesto equipaje y los papeles de Secretaría. Para nuestras personas llevábamos una muy pequeña maleta de mano, una sola los dos juntos, y una manta, en la que iba arrollada una poca ropa que había que quitar cuando nos servíamos de aquélla, como cubierta, para abrigarnos. Habíamos comprado

también un mulo para la cocina, en el que se cargaban las provisiones: lo montaba nuestro cocinero Cecilio Ruiz.

Era muy temprano cuando llegó don Felipe de Sabater y montamos a caballo; Alfonso en su tordo, yo en el caballo negro que me trajeron un par de días antes. No era ninguna hermosura, pero tampoco feo, sino un buen animal, fuerte, alto y de resistencia.

Un buen número de propietarios había decidido formar una escolta de honor que siempre habría de acompañarnos, velando por nuestra seguridad, pues no querían que estuviésemos atados de pies y manos al jefe, en el que no tenían sino mediana confianza, y casi ninguna después, al ver cómo nos dejó abandonados cuando entramos en Cataluña. Entre estas excelentes personas se contaban: don Ramón Mir, de Ventós, provincia de Gerona; don Feliciano Aleguer, de Llosas; don José Muntades, de Ripoll; don Salvador Rita, de Llosas; don Pedro Arguell, de Llosas; don José Vinals, de Paret Plaza; don Antonio Armengol Frasara; don José Solá y Morales, de Olot; don Francisco Cunill, de ídem; el señor Solá, cuñado de don José Solá; don Félix Oliveras, de *Casa Valle*, del Sallent, y otros que se agregaron algo más tarde y cuyos nombres, apuntados por mí, no puedo ya encontrar. Lo siento infinito. Todos ellos se equiparon a sus expensas y vinieron con sus caballos, iniciativa que representaba un acto de gran valor y mucho sacrificio, pues con ella exponían sus propiedades, no sólo porque quedaban a merced de la venganza enemiga, sino también porque ya no podían ocuparse de ellas! Por supuesto, que este rasgo nos conmovió profundamente. En compañía de parte de estos señores, pues los demás nos alcanzaron en otro sitio, y guiados por don Felipe de Sabater nos pusimos en camino y llegamos a un punto en el que nos esperaba una pequeña fuerza que hasta allí había acompañado a este jefe.

Nos saludaron entusiasmados los voluntarios, y con ellos seguimos hasta el pueblo de Las Presas, en el que nos recibió Savalls con parte de las fuerzas de la provincia de Gerona, el clero, autoridades del pueblo y casi todos sus habitantes. La recepción fué frenética de entusiasmo. Tuvimos luego una misa militar en la iglesia, porque era domingo. Yo estaba preocupada ante la duda de si debía cubrir mi cabeza con la boina o quitármela; entiendo que de haber sido hombre debiera habérmela quitado, pero hallándose colocada sobre una cabeza de mujer, que siempre debe estar cubierta, me resolví a mantenerla. Después de misa, nos pusimos todos en marcha. ¡Lo que gozamos yendo con nuestras tropas! Los soldados cantaban y se alegraban de que fuésemos en su compañía. Llegamos al pueblo de Vidrá, en el que se hizo de

noche. Nosotros la pasamos en una gran masía de propietarios importantes de lo más carlistas.

Al día siguiente, 24 de febrero, fuimos con las tropas a San Quirse de Besora, donde nos acogieron con una recepción espléndida y un júbilo indescriptible por parte de la población, muy carlista, y de una fuerza de la provincia de Gerona, que allí nos esperaba. Varios propietarios hablaron a Alfonso en sentido favorable al General Castells, aunque no hacía mucho que la mayor parte de ellos había mostrado su hostilidad a éste. Mi marido les contestó que si quería someterse le recibiría con muchísimo gusto, teniendo gran placer en conservarle a su lado, como ayudante de campo, cargo que Castells había, hasta entonces, rehusado.

Tras estos preliminares, llegó aquel General el 25 de febrero a San Quirse, presentándose a Alfonso, con quien celebró una larga conferencia. La sumisión, de que hablaron los dichos propietarios, tenía visos muy singulares. Se mostró excitadísimo; decía que Alfonso se rodeaba sólo de pillos, que no podía quedar con el Infante porque preveía que éste no haría nada bueno y que se pasaría todo el día disputando con él (Castells con Alfonso). Por fin dijo que valía más ser infiel que fiel y sacrificarse en balde. En cuanto a que tomara un descanso en Francia, como antes lo había pretendido, y se le concedió, en realidad no lo quería, pues a lo que aspiraba era a permanecer en el país, como jefe independiente, acompañado de una escolta de veinticinco hombres, con los cuales poder ir adonde le diera la gana, tomando en las poblaciones lo que quisiera para su sustento y el de su escolta.

Alfonso le declaró, como ya lo había hecho en otra ocasión, que esto era imposible y que eligiese entre someterse o ir a Francia; que andar merodeando por el país con una escolta era inadmisible. Convidóle luego a Castells a almorzar, diciéndole que después le daría su contestación. La cuestión se resolvió sometiéndose Castells y prometiendo conducirse decentemente con el General Larramendi. Así, aquel General quedó, por entonces, con Alfonso, lo que, como se verá después, duró poco. Pronto se despertó en él el viejo jefe de partida que bullía en su alma, aunque su avanzada edad le había hecho perder muchas de las cualidades necesarias para serlo con verdadero provecho, y no pasó mucho tiempo sin que se viera, otra vez, a aquel General paseando, acompañado de su escolta, por donde le convenía.

Pero tengo que hablar antes de lo que entonces constituía el presente, es decir, de lo que hizo mientras estuvo con Alfonso, al quedar momentáneamente como su ayudante de campo, de resultas de la entrevista celebrada en San Quirse, cuyas conclusiones no eran desacertadas, a lo menos en proyecto; pero con verdad se dice que "del dicho al hecho hay un gran trecho". Había pensado Castells en obtener la rendición de la plaza de Berga, a cuyo efecto se quedó en San Quirse cuando marchamos todos de allí.

El 28 de febrero volvió el propio de Castells de su exploración y quedó todo combinado para su toma. Alfonso ordenó a Galcerán, que era jefe interino de las fuerzas de la provincia de Barcelona, que acudiera con sus tropas, y decidió que, si Berga no se rendía por las buenas, sería atacada. Mi marido ardía en deseos de dar un golpe tan importante.

Fuimos con las tropas a las cercanías de Berga, haciendo noche en una masía muy importante, la *Casa Rourel,* de propietarios de gran influencia en el país y que habían contraído inmensos méritos para la Causa (puede que me equivoque de nombre, porque había dos masías con cuyos nombres siempre me confundía; pero hablando de la masía grande, no lejos de Berga, perteneciente a propietarios ultracarlistas, en la que estuvimos repetidas veces, los que conocen el país y son, sobre todo, descendientes de aquella familia, ya sabrán a qué casa me refiero). De allí nos dirigimos hacia la mencionada plaza, contra la que, dado caso de no sernos entregada, empezaría el ataque en las primeras horas de la mañana.

CAPITULO XII

MARZO DE 1873

Don Francisco y don Alberto de Borbón.—El primer atentado.—El núcleo del batallón de Zuavos.—Ataque y toma de Ripoll.—Muerte del Coronel Galcerán

Cuando llegamos a Gironella, que dista poquísimo de Berga, encontramos al Teniente coronel Sabater, con fuerzas de la provincia de Gerona, a las que suponíamos ya en las primeras casas de la ciudad, pues, según el General Castells, todo estaba preparado: escaleras, instrumentos de perforar paredes y otros útiles necesarios para entrar desapercibidamente, además de contar con guías y confidentes. Savalls había explicado el plan a don Felipe de Sabater, quien era un jefe valiente que sabía despabilarse y lo que debía hacer; pero cuando llegó a Berga, al punto debido, se encontró con que no había ningún guía ni nadie para recibirle y de lo prometido faltaba todo, incluso las escalas de mano.

Sabater esperó hasta que se hizo de día y, viendo que nadie llegaba, se retiró. Los nuestros estaban volados; cuando se les ordenó la retirada querían entrar a todo trance, pero Sabater hizo muy bien en impedírselo, pues la gente hubiera sido sacrificada inútilmente. Uno de los confidentes de Castells dijo luego:

—Con Castells ocurre siempre así; obra constantemente a la ligera.

Y así sucedió también aquella vez. Aseguró hasta lo último que lo tenía todo preparado, que no había más que entrar y ocurrió todo lo contrario.

Aquel día, al reunírsenos las tropas del Coronel don Jerónimo Galcerán, nos encontramos con nuestro primo don Alberto de Borbón, que servía en estas filas. Aun no conocíamos más que a su hermano don Francisco de Borbón; los dos eran muy buenos

chicos y sumamente valientes. Alberto, sin tener la temeridad, rayana en la locura, de don Francisco, cumplía su deber con gran bizarría, distinguiéndose en cada combate. De don Francisco se sabía que no había casi acción en la que hubiese tomado parte sin realizar algún acto de valor demente. Para él era desconocido el peligro; parecía buscar las balas, pues tan en contacto se ponía con ellas; pero éstas huían de él.

Desde Gironella fuimos el domingo, 2 de marzo, por la tarde, a Prats de Llusanés, andando en moderada subida por un pequeño bosque.

Como siempre, íbamos a la cabeza de nuestra columna, pues delante de nosotros sólo marchaban los gastadores. El camino era más bien estrecho y nos obligaba a desfilar uno a uno, Alfonso primero y yo detrás de él. Los soldados de Galcerán eran los que se hallaban más cerca de nosotros; andaban un poco desparramados, a fin de atajar el camino, porque subiendo en recto por un lado cortaban siempre algo de aquél; por otra parte, no había ninguna razón para impedírselo y exigir que anduviesen en línea.

Llegados al bosquecito, bastante claro, observé entre nuestros soldados que subían, como digo, diseminados la cuestecita, a tres hombres vestidos de paisano, que parecían querer tratar de salir del bosquecillo, pero que se hallaban aún ocultos un poco por el arbolado, y que se paraban un momento ante una pequeña roca; pensé que serían nuevos alistados que aun no tendrían uniforme, los cuales a veces tardaban bastante hasta conseguir que se les pudiera vestir, aunque lo primero con qué se les hacía era con la boina. Otro soldado que se hallaba al linde del bosquecillo caminaba siempre a mi lado. Alfonso iba un poco más adelante.

De repente oigo un movimiento entre el arbolado y en el acto un tiro, y, simultáneamente, vi al soldado que se hallaba justamente a mi lado dar dos pasos gritando: "¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!" Luego, abrir con un suspiro los dos brazos y caerse atrás.

En el mismo momento percibí a los tres sujetos vestidos de paisano que escapaban bajando corriendo la cuesta y desaparecían huyendo entre los árboles. Yo pensé: "¡Qué idiotas! Huir llenos de pavor en vez de precipitarse en socorro del herido."

Por suerte, se hallaba felizmente allí el Capellán castrense de la fuerza. Apenas tuvo tiempo de dar la absolución al pobre chico, que expiró inmediatamente después. Se le reconocieron tres heridas: una en la espalda, otra en la garganta y la tercera en la cara. El disparo habría sido hecho como a unos diez pasos de distancia, a lo sumo, de mí, y si el pobre soldado no hubiese recibido la descarga, la habría sufrido, infaliblemente, yo. Lo que no podía-

mos comprender era cómo con sólo un tiro resultasen tres heridas; pero se ve que el disparo debió ser hecho con un trabuco. Antes de reconocer las heridas se creyó primero que se había disparado espontáneamente el fusil del pobre joven; sin embargo, se comprobó luego que no estaba cargado, de conformidad con lo que Alfonso había ordenado, al prohibir, terminantemente, que se anduviera con el arma cargada; pero los recién llegados, sobre todo, y algunos otros lo olvidaban a menudo.

Mi marido dió en el acto orden de formar las compañías y de revisar cada fusil, y así se cercioró de que el disparo no había salido de ninguna arma de los nuestros. Unánimemente estábamos de acuerdo en que aquellas balas no iban dirigidas al pobre soldado que las recibió, y que el tiro no salió por casualidad del arma mortífera, sino que era yo a quien iba destinado. Si las balas no hubiesen encontrado más que la carne de la víctima por atravesar, yo hubiera tenido que cederles mi parte, dada la gran proximidad a que me hallaba del desdichado. Después de unos días vimos a la madre del muerto, la cual me dijo:

—No tenía más que este hijo, que era el que me sostenía, pero doy gracias a Dios porque con su vida salvó la suya.

¡Qué heroica madre carlista!

Luego añadió:

—Si tuviese otros hijos, les mandaría a todos batirse por la Causa.

El que nos fallara la toma de Berga constituyó, por supuesto, un gran desengaño para nosotros, que ya contábamos con Berga en nuestro poder, pero suministró a Alfonso otra prueba confirmatoria de la poca formalidad de Castells, de la que le habían referido tantos ejemplos, y en esta ocasión pudo experimentarla mi marido *de visu*.

Alfonso quería emprender en el acto un golpe de trascendencia o dar una acción importante, y no cesaba de repetírselo a Savalls; pero éste prometía, sometía planes y, en el último momento, aplazaba los proyectos, como decía, para mejor ocasión. Así sucedió con el por Alfonso proyectado ataque de Conanglell y con otros.

Conanglell era un importante parque de artillería, fácil entonces de tomar; en una ocasión se había combinado todo para apoderarse del parque con un golpe de mano; pero, puestos ya en camino los que debían darlo, fué ordenado por Savalls su retroceso, aduciendo que no se podía acometer la empresa a causa del movimiento de columnas enemigas que se encontraban en las cercanías.

Un día, ante la insistencia de mi marido por emprender una acción, pareció Savalls mostrarse con ganas de aprovechar cierta ocasión para entrar en contacto con una columna enemiga que los confidentes anunciaban no lejana del lugar en que nos hallábamos. Nosotros, encantados; pronto nuestro gozo en un pozo; pero Savalls declaró que la cosa no era tan ventajosa como se creía y que, por otra parte, abrigaba otro plan mejor. En realidad todo ello no era sino un pretexto para eludir el encuentro.

La situación de Alfonso era difícil, por ser recentísima la reunión con sus tropas, no conocer aún ni el país ni la gente, lo que hacía que la posición de Savalls tuviera muchas ventajas que oponer a los derechos y autoridad del General en jefe; pero éste no desmayaba, sino que estaba resuelto a recoger, poco a poco, las riendas del mando, en forma que no se le escaparan.

El 7 de marzo de 1873 llegamos junto al parque de artillería de Conanglell, y por la noche pidieron varios soldados y uno o dos sargentos pertenecientes a su guarnición que les permitiese besarnos la mano. Muy agradecidos, lo aceptamos, y se nos presentaron de uniforme. Hablamos un buen rato con ellos y les recomendamos que no se expusieran, para no tener un disgusto. Vinieron, aisladamente, por grupos de dos o tres.

Hallándonos en Ribas nos anunciaron que venía una columna de Ripoll. Alfonso estaba resuelto a ocupar las posiciones sobre la carretera, que se hallaba entre el río y los montes, estrangulada por ellos, y mandó hacer barricadas en aquélla, pero el enemigo no apareció.

En Ribas se formó el núcleo de una pequeña *Compañía de Zuavos*, compuesta de españoles que habían servido con mi marido en Roma, nombrando éste por su jefe interino al Capitán Ribas, que, casualmente, llevaba el mismo apellido que el nombre de aquel pueblo; pasaron luego unas dos semanas en marchar de un lugar a otro y en oír vanas promesas de Savalls sobre encuentros nuestros con el enemigo. Por fin, ante la apremiante insistencia de mi marido, logró éste el ataque a la villa de Ripoll, en el que se emplearon, juntas, tropas nuestras de Gerona y Barcelona.

Mientras este ataque se producía, el hasta hacía poco segundo Comandante general de la provincia de Barcelona y entonces primero interino, el heroico Teniente coronel don Jerónimo Galcerán, tenía orden de Alfonso de detener por otra parte —la de la Gleva— cualquier columna enemiga que, eventualmente, acudiera en socorro de Ripoll.

Cuando nosotros llegamos el 22 de marzo de 1873, a las dos

de la tarde, seguidos de Savalls, ante Ripoll, nos encontramos con que las fuerzas que tenían la misión de comenzar el asalto, y a este fin fueron enviadas por delante, no habían aún cruzado con la guarnición sino unos pocos tiros, sin consecuencias, pues la entrada se presentaba ardua y, en vista de esto, esperaban la llegada de las demás tropas que venían con nosotros.

En este momento, don José Pascual, jefe de la compañía de *Guías del Infante,* que nos acompañaba, poniéndose a la cabeza de su pequeña fuerza y de unos pocos zuavos de la naciente compañía, más tarde convertida en batallón, gritó: "¡Adentro!" Y al paso de carrera, cargando a la bayoneta, seguido de los suyos, atravesó el puente, y fué tal el ímpetu del ataque, que el enemigo les dejó libre el paso. Una vez dentro de la fortaleza esta fuerza nuestra, las demás la siguieron con gran arrojo. Se les presentaba entonces penosa tarea, porque el interior de Ripoll estaba bien fortificado y había que vencer, uno tras otro, numerosos obstáculos.

Nosotros, acompañados de Savalls, del Cuartel General y de la Escolta de propietarios, ocupamos un altito frontero a la ciudad, frente al cuartel de Carabineros, que se hallaba igualmente en un sitio algo elevado. Quedamos primeramente a caballo; luego, echamos pie a tierra. Desde nuestro punto de observación veíamos mucho de cuanto pasaba. Los carabineros nos dirigieron unas balas, aunque con mucha benignidad, y mientras tanto sufrían los nuestros en la ciudad un violento fuego.

En el lugar en que nos hallábamos había una gran pila de paja prensada, y algunos de los que por primera vez oían silbar las balas, encontrando en ellas poca gracia, se acogían al amparo de la tal pila; pero el cuerpo de ésta tenía entrañas débiles, por lo que se vió, y con gran susto notaron los que se habían abrigado tras su amparo que aquellos malos bichos atravesaban la paja y se presentaban a saludarles.

Verdes del susto, abandonaron su refugio los que en la pila lo habían buscado; pero, dominando su miedo, quedaron, sin embargo, bastante cerca de nosotros, dando pruebas de verdadero valor. A mi parecer, es mucho más valiente el que siente el miedo y lo vence que el que no se asusta.

Poco antes del ataque a Ripoll nos llegó un cañoncito, fabricado creo que en Olot. Todos le habíamos saludado con entusiasmo y fué bautizado con el nombre de *la chocolatera.* Constituía por entonces la única artillería que poseíamos y, ufanos de tenerla, marchamos con ella al asalto de Ripoll. Era su Comandante el valeroso Coronel Segarra. Empezó *la chocolatera* a cumplir con su deber cuando, tras los primeros tiros, perdió el equilibrio o se

le dislocó algo de su cuerpo; la cosa fué que bajó rodando en rápidas vueltas del altito en que había sido colocada. La recuperaron y recompusieron un tantito.

Poco después nos trajeron herido al bonísimo Coronel Segarra, accidente que sentimos mucho; se le condujo a una casa en la que se colocaron también otros heridos. Yo le hice la primera cura con un vendaje que llevaba conmigo para casos de urgencia. Tenía la herida en la pierna, y al descubrirla, saltó, como un chorro, la sangre, regándome gran parte del vestido. Entre otros heridos había un zuavo valenciano, alicantino, llamado Plasencia, que tenía las dos piernas atravesadas; era un hombre excelente y de inmenso valor; parecía un moro, pero de los más negros. Me ocupé de los diferentes heridos que trajeron a la casa que acabo de indicar y a los que uno de los médicos militares hizo la primera cura.

En Ripoll seguía por buen camino el ataque. Hacia la noche fuimos a una casa que pertenecía a la población y lindando con ésta, en la que comimos y descansamos unas dos o tres horas. De madrugada atravesamos, a pie, con un guía, las calles de Ripoll mientras continuaba el ataque, muy satisfactoriamente para nosotros, el cual iba venciendo obstáculos tras obstáculos. Nosotros íbamos protegidos por la obscuridad, que hizo inadvertido nuestro paso por donde no hubiéramos podido darlo de día. Una vez fuera de la ciudad (digo ciudad, aunque me parece que es sólo villa; pero para mayor seguridad es mejor dar un título superior que inferior) y a su otra extremidad nos esperaban nuestros caballos, que habían dado la vuelta por las afueras, ya que naturalmente no pudieron hacerlo por el interior de la población, que no era nuestra todavía. Montamos en ellos y nos dirigimos hacia Campdevanol, un lugar muy próximo a Ripoll.

Dentro de este pueblo, durante la mañana, en un momento dado, faltó el petróleo y fueron a pedírselo a Savalls, pero éste estaba durmiendo; recurrieron entonces a Alfonso, quien tomó las medidas para procurárselo, consiguiendo enviarlo adonde se necesitaba. Durante la noche se habían hecho grandes progresos. Por la mañana la guarnición de Ripoll se defendía aún tenazmente tras de sus últimas obras de defensa, y como mi marido supo que una columna enemiga se encontraba en los alrededores de la plaza, a consecuencia de esta noticia ordenó a Savalls que mandara inmediatamente en la dirección adecuada, que le señaló, a Auguet, el segundo jefe de la provincia de Gerona, que se hallaba con su fuerza a poco más o menos dos horas cortas de Ripoll. Savalls contestó que era inútil, y ante las razones aducidas por

aquel General, a quien había que suponerle enterado, pues disponía de sus confidentes y conocía al dedillo la topografía del país y sus caminos, se conformó mi marido; mas poco después empezó a recibir informaciones más apremiantes, por lo que ordenó terminantemente a Savalls que cumpliera en el acto las instrucciones dadas y que enviara también un exprés al Coronel Bosch para que se reuniera con su pequeña fuerza a Auguet, a fin de impedir entre ambos que llegara el enemigo en socorro de Ripoll, evitándose así una sorpresa.

Entre los diferentes episodios del asalto a Ripoll recuerdo el acto traidor de unos *cipayos* que se defendían en la torre de una iglesia. Sacaron, por fin, la bandera blanca, señal de querer entregarse, pero cuando se acercaron los carlistas les hicieron una gran descarga, matando a un par de los nuestros. Poco más tarde se puso fuego a la entrada de la torre y aquellos *cipayos,* sintiéndose asfixiar, bajaron, fueron hechos prisioneros, y más tarde, previo Consejo de Guerra, fusilados los culpables, en número de cinco o seis.

Al mediodía del 23 de marzo de 1873 quedó Ripoll en nuestro poder y prisionera su guarnición.

Al recibir tan fausta noticia montamos inmediatamente a caballo para entrar en la población. En el camino encontramos a nuestros héroes que salían de Ripoll, dirigiéndose a Campdevanol, conduciendo los prisioneros y pertrechos de guerra conquistados. Nos saludamos, recíprocamente, con júbilo. En Campdevanol se dió un descanso a nuestras tropas y tiempo suficiente para que se prepararan la comida.

Nosotros estábamos en nuestro alojamiento ocupados en escribir, y don Vicente Ruiz, sentado junto a la ventana, hacía lo mismo, cuando de repente nos dice:

—¡Aquí vienen!

—¿Quién? ¿Quién? —preguntamos.

—La columna —fué la respuesta.

Corrimos a averiguar y, efectivamente, la vimos llegar precedida de su caballería. Nuestras ventanas daban sobre una gran pradera que se extendía entre Ripoll y Campdevanol y en ella se encontraba ya. Bajo un vivísimo fuego, y a distancia de unos doscientos metros del enemigo, que por fortuna se hallaba separado de nosotros por un canal, montamos a caballo, y las fuerzas que entonces se encontraban desparramadas en Campdevanol y sus alrededores se lanzaron, sin formación, a combatirla, guiadas de su propia inspiración, antes de que tuvieran tiempo de recibir órdenes y ebrios como se hallaban por su victoria sobre el adversario, rechazando al enemigo hasta Ripoll. La columna era bastante numerosa y la mandaba el entonces Brigadier Martínez Campos.

Pudo producirse esta sorpresa debido a que Savalls no cumplió la orden de Alfonso, quien le había prevenido, como ya lo mencioné, que enviara inmediatamente alguna tropa, y le indicó cuál, al sitio que le decía, a fin de detener a las fuerzas contrarias que seguramente acudirían en socorro de Ripoll, con lo que, al mismo tiempo, se evitaba la posibilidad de ser sorprendidos. Dados los términos rotundos en que mi marido había dado la orden, no puso en duda que hubiera sido cumplida como lo deseaba y mandaba; pero Savalls no sólo desobedeció, sino que omitió todo género de precaución. Esta falta era suficiente para trocar nuestro triunfo en descalabro, ya que la columna llegó a acercársenos hasta casi entablar contacto con nosotros, sin que nadie se apercibiera de su llegada. Por gracia de Dios no consiguió el enemigo ni rescatar los prisioneros ni recuperar el botín.

En la toma de Ripoll todos los nuestros rivalizaron en heroísmo, que reprodujeron en la acción que siguió a aquélla. Entre los héroes nuestros en el asalto de Ripoll hay que mencionar a don Martín Miret, que mandaba un batallón de Barcelona, y a nuestro primo don Francisco de Borbón. Después del combate nos dirigimos, todos juntos, a unos pueblos de la montaña, no lejanos del que acabábamos de tomar.

Inmensa era nuestra alegría por la victoria alcanzada con la conquista de Ripoll, pero pronto nuestro gozo se trocó en honda tristeza. Como ya lo he dicho, Alfonso había ordenado al Coronel don Jerónimo Galcerán que ocupara determinadas posiciones que le indicó, a fin de detener desde ellas a alguna columna que pudiera venir en socorro de la plaza atacada. Galcerán se situó por la parte de la Gleva. En efecto; el enemigo intentó el movimiento que había sido previsto por mi marido, y el heroico Coronel Galcerán cumplió entonces lo que Alfonso le había encargado, y, luchando con su acostumbrado arrojo, rechazó a la columna, pagando la victoria con su muerte. A su lado se batió, como un león, su hijo, de cortísima edad, casi un niño, que también resultó herido, aunque no de gravedad. Galcerán lo fué en la ingle y murió al día siguiente, a primera hora de la mañana, entregando su alma al Señor con la serenidad y la ardiente piedad que siempre resplandecieron en él.

Fué su muerte para nosotros una inmensa pérdida, pues era un excelente jefe que reunía muy altas cualidades: bizarrísimo, entendido militar, sumiso, humilde, para quien toda ambición era

desconocida; servir a Dios y a la Causa era el objeto de su existencia.

La noche después de la toma de Ripoll la pasamos, con una parte de las fuerzas, en uno de los pueblos en que fueron distribuídas, y al día siguiente regresamos a aquella población. En ésta nos contaron el desconsuelo del General Martínez Campos, quien consideraba su derrota, inmediata a su llegada de Cuba, como fatal agüero de lo que le esperaba en Europa, y decía que ojalá se hubiera quedado en aquella isla. Si hubiera previsto el porvenir, en vez de entristecerle, le hubiera alegrado en grande su venida a la Madre Patria, que mucho le tenía reservado.

Nosotros estuvimos muy bien alojados en Ripoll, en casa del amable matrimonio Bodellá; la casa tenía un confort moderno que no esperábamos. La señora era conocida por el sobrenombre de *la Rubia de Ripoll;* era muy bonita y tenía una espléndida cabellera y un precioso cutis. Me dijeron que su edad era de veintiocho años, y yo extrañaba mucho que a esta edad se pudiera aún ser tan bonita. No creía yo que a los veintiocho años, aunque casada, se le pudiera llamar joven. Los dueños de la casa, aunque no carlistas, eran muy buena gente.

CAPITULO XIII

SIGUE MARZO DE 1873

Asalto y rendición de Berga.—Fusilamientos ordenados por Savalls. Libertad a los prisioneros

No descansó Alfonso en los laureles de Ripoll y, comprendiendo la gran importancia de hacer nuestra a Berga, dispuso todo lo conveniente para su ataque. Esta vez también trabajaron juntas tropas de Barcelona y de Gerona, y ello forzosamente, pues hubieran sido insuficientes las de una sola provincia. El Teniente coronel don Martín Miret, que tantísimo se distinguió en la toma de Ripoll, iba también a desempeñar un papel glorioso en el asalto a la plaza de Berga, considerada como la llave de la montaña. Abrigábamos alguna esperanza de que quizás, al ser vistas nuestras fuerzas ante la ciudad, se entregara la plaza; y, por si así fuera, dispuso mi marido que se hiciera un alarde con ellas, a las que nos unimos, yendo desde Gironella, para presentarnos ante Berga en la madrugada del jueves 27 de marzo. Hallándonos a la vista de la plaza y tratando de hacer ver un número mayor del que éramos, nos desplegamos con el propósito de aparentar un poder que no teníamos; pero la guarnición, a lo que parece, no se impresionó mucho y rompió el fuego contra nosotros.

Permanecimos quietos hasta cerciorarnos de que la resistencia no era un simulacro, y entonces fueron distribuídas las fuerzas para el asalto por los sitios convenidos, yendo nosotros a colocarnos en un terreno ligeramente elevado, tocando a Berga, desde el cual se daba uno cuenta de lo que pasaba, pues estábamos a cortísima distancia de la ciudad y podía Alfonso comunicar, con toda rapidez y facilidad, con los diferentes puntos. Savalls estuvo primero a nuestro lado, pero luego se fué a dormir en un caserío, aunque era pleno día, no ocupándose de nada, ni siquiera de pro-

porcionar el petróleo y las municiones; cuando estos elementos escasearon, fué Alfonso quien se encargó de estos detalles. Quien llevó todo el asalto fué el Teniente coronel Miret. La empresa era muy ardua, y al principio no presentaba trazas de adelantar; entonces Miret solicitó de Alfonso que dejara la cosa en sus manos para realizarla conforme a sus deseos.

Mi marido accedió, lleno de confianza en aquel jefe, a quien encargó de la dirección. Miret correspondió dando un impulso extraordinario a la empresa.

Tengo que advertir ahora que los asaltos de Ripoll y de Berga van insuficientemente detallados en estas mis MEMORIAS, pues en aquéllos hubo momentos interesantísimos cuya relación falta aquí. Al releer ahora lo escrito me doy cuenta de ello, pero no lo puedo remediar, porque no tengo a la mano mi *Diario de Campaña,* en el que aparece, más minuciosamente indicado, cuanto escribí en el momento de la acción. Este *Diario* lo dejé en nuestra Casa, y no quiero interrumpir, por no atrasarla, esta relación hasta volver a aquélla, pues dilataría demasiado su publicación. En un principio no pensaba escribir tan detalladamente mis MEMORIAS, sino más bien hacer, en parte, un resumen de lo que redacté durante nuestra guerra. Demasiado tarde, veo que es poco, en comparación con la importancia de los hechos.

Hubo momento en que nos faltaron las municiones del modo más alarmante, y esto era gravísimo, porque suponía el fracaso de la empresa en que estábamos metidos; pero pusimos toda nuestra confianza en Dios, asaltándole con súplicas, para que remediara esta fatalidad. Nos atendió el Señor, pues en uno de los momentos más críticos, por la circunstancia que acabo de reseñar, logró Miret apoderarse de cinco casas, proveyéndose en ellas de un crecido número de municiones, con las cuales hubo medio de continuar el combate. La resistencia de los atacados fué tremenda y sus múltiples y poderosas obras de defensa parecían hacer imposible la toma de la plaza. Pero el arrojo de Miret y de los que con él luchaban no tenía límites; fueron venciendo obstáculo tras obstáculo, a pesar de la lucha desesperada de los defensores, que se componían, además de la guarnición de tropas regulares y de cipayos, de numerosos habitantes armados de la población.

Quedaba, por fin, el último e importantísimo punto fortificado: el cuartel. Miret preguntó entonces a Alfonso si podía prometer, bajo su palabra (la de Alfonso), que todos, incluso los *cipayos,* tendrían salva la vida si se entregaban; a los militares regulares del Ejército se les respetaba siempre la vida, pero los *cipayos* o *Voluntarios de la República* no podían reclamar igual derecho, pues

eran, en su mayoría, de la peor crápula, asesinos, etc.; sin embargo, una vez hechos prisioneros, quería siempre Alfonso que se les dejase vivos.

Nosotros quedamos hasta las ocho de la noche en el sitio que habíamos ocupado durante el día frente a Berga, a unos setecientos u ochocientos metros del castillo; desde este lugar se hallaba Alfonso en continua comunicación con los que asaltaban la plaza. El fuego que dirigían sobre nosotros los de Berga era muy flojo, mientras que los que atacaban lo sufrían horroroso.

A la hora mencionada, viendo mi marido que todo andaba bien, nos fuimos al pueblo de Aviá, distante media hora de Berga, para cenar. Durante nuestra estancia en ésta, trajeron gravemente herido al hijo del *Cadiraire* (el *Cadiraire* era un jefe de renombre), y nos ocupamos de él.

De repente corrió la voz de que, cerca ya de nosotros, venía una columna enemiga, que, sin duda, corría al sitio de Berga. El General Larramendi enteró a Alfonso de esta noticia; el pobre jefe del Estado Mayor General, tan valiente siempre cuando se trataba de su propia persona, se ponía fuera de sí, pensando en la responsabilidad que le incumbía respecto de nuestra seguridad, y no sabía qué aconsejar ni qué hacer. Después de muchos "¡Ay, Jesús!" "¡Ay, Señor!" "¡Ay, Virgen Santísima!", con las manos en la cabeza, dijo que lo mejor sería marchar en sentido opuesto a Berga; pero Alfonso le declaró que esto de ninguna manera; que, por el contrario, quería ir en seguida a Berga.

Así, montamos a caballo y nos dirigimos hacia esta plaza. En el camino se nos juntó Savalls. ¡Cuál no fué nuestra alegría cuando, corriendo a nuestro encuentro, vino un enviado de Miret a anunciarnos que Berga era nuestra! Acababa de capitular entre las nueve y diez de la noche del 27 de marzo de 1873.

El último y poderoso punto fortificado, el castillo, resistía desesperadamente, cuando, por fin, un nuevo acto heroico de Miret, apoyado por algunos zuavos, decidió de la suerte. Adelantóse este bizarrísimo jefe solo, bajo el nutridísimo fuego del enemigo, para animar a los defensores del cuartel a que capitularan, ya que su situación era desesperada, y dándoles, con su palabra de honor, la de Alfonso, de que todos tendrían salva la vida, incluso los *cipayos.* El Teniente de zuavos don José Giner entró, entonces, como parlamentario, en el cuartel, con la palabra y promesa de Miret, dada en nombre de Alfonso. Bajo esta condición se entregó el último baluarte.

Al recibir la fausta nueva, resolvió en el acto mi marido atravesar Berga. Ya que las circunstancias nos impedían quedar allí,

por el momento, quería a lo menos tomar posesión, aunque pasajera, del sitio conquistado. Y así lo hicimos, a pesar de que Savalls y otros muchos lo desaconsejaron con gran insistencia, declarando que nuestro propósito era altamente imprudente. Entramos en seguida a caballo en el interior de la población. El enemigo, en gran parte armado, hubiese podido matarnos; pero seguro de la palabra dada por Alfonso y transmitida por Miret, no hizo ninguna demostración hostil, y esto a pesar de que a muchos prisioneros, armados todavía, como acabo de decir, los tuvimos tocándonos durante largo rato y completamente junto a nuestros caballos.

Al aparecer nosotros se anunció, de nuevo, que todos, sin excepción, tenían salva la vida, a lo que contestaron con entusiastas vivas. Nuestro trayecto por la ciudad duró una hora. El aspecto de Berga, cuando penetramos allí, era lúgubre, y el paso con los caballos dificilísimo, por encima de barricadas medio destruídas, de portales y puertas, de maderos y otros escombros cubriendo el suelo y, en parte, ardiendo aun en medio de la obscuridad, esclarecida sólo, de cuando en cuando, por restos de llamas de obras de defensa incendiadas, detenidas, a menudo, bajo vigas todavía ardiendo y amenazando con desplomarse sobre nosotros. No se comprende cómo nuestros caballos pudieron vencer aquellos tremendos obstáculos y adelantar obedientes y valientes. Más de una vez tuve que recoger del todo mi amazona para salvarla del contacto con el fuego. Nunca me olvido de cierta puerta de grandes dimensiones, tirada en tierra, en la que continuaba quemándose parte de ella, y, al pasarla con mi caballo, se movió. ¡Ya podía aplaudirse al noble animal que, impertérrito, me llevó por encima de ella, y también al de Alfonso!

Por fin, llegamos al portón de una parte del castillo, cuyo recinto debíamos atravesar para salir con nuestras tropas por el lado de la ciudad opuesto a aquel por el cual habíamos entrado en ella, es decir, por el Norte. El portal estaba cerrado y no se sabía cómo obtener su llavón. Mientras daban los pasos necesarios para procurárselo tuvimos que hacer una larga estación viendo, por encima de nosotros, un pedazo de viga en fuego, contemplando cómo se consumía, poco a poco, y se acercaba el momento de recibir aquella carga en nuestra cabeza o espaldas. Esta perspectiva no era nada divertida. Gracias a Dios, se encontró, por fin, la gruesa llave y se nos abrió el paso. Todo aquel tiempo de espera lo pasamos entre soldados prisioneros, aun armados, que estaban mezclados con los nuestros. ¡Qué fácil hubiese sido a los prisioneros el acabar con nosotros, gracias a las tinieblas de la noche, y

lo mismo luego, durante la marcha nocturna a Pont de Ventí! ¡Marcha penosísima por un camino perro, en densa obscuridad y bajo helada lluvia!

A las cuatro de la mañana del 28 de marzo llegamos al pueblo de Pont de Ventí, en el que nos alojamos, así como la gente, durante las horas de parada. El General Larramendi se cuidó de los oficiales prisioneros, quedando éstos muy agradecidos, y también se pensó en los soldados, los cuales iban muy libres, a su antojo, por las calles, y también aquí hubiesen tenido ocasión de despacharnos para un mundo mejor desapareciendo, fácilmente, los que lo hubieran efectuado.

El descanso en Pont de Ventí no duró muchas horas, y pronto continuamos la marcha. Durante ella oímos, de repente, tiros muy a retaguardia. Nosotros y los demás creíamos que fuesen de Auguet que estaría intercambiando un ligero tiroteo con alguna columna o que ésta nos picase la retaguardia, pero pronto paró el fuego, y continuamos la marcha. Auguet no había tomado parte en el ataque de Berga porque durante aquél, cubría, así como otras tropas, los pueblos por cuyo lado era fácil viniese algún socorro enemigo, como Olván, Gironella, etc., y recibió luego, después de la toma de Berga, orden de Alfonso de ir a ella (dejada como población abierta por éste, pues carecíamos nosotros de los medios de defenderla, en un caso dado, contra el enemigo) y de detenerse allí, mientras no viniera una columna adversaria, para poder recoger el botín del material de guerra y destruir cuanto se pudiera en las fortificaciones.

Llegados a Bagá, supimos, indignadísimos, y con nuestro mayor dolor el acto infame y bárbaro llevado a cabo por Savalls, quien hizo fusilar traidoramente, a retaguardia, durante nuestra marcha, a sesenta *Voluntarios de la Libertad (cipayos)*, de los que se habían rendido confiando en la palabra de honor de Alfonso. Aun hoy día me suben las lágrimas cuando pienso en esto. Estos fueron aquellos tiros que oímos y que acabaron con la vida de esos infelices. Además del crimen, del cobarde asesinato cometido por Savalls, comprometió éste y desacreditó la sagrada palabra de honor de Alfonso. Uno de los propietarios que formaba parte de nuestra escolta de honor llegó a averiguarlo, comunicándoselo a Larramendi para que nos enterase.

Savalls dió aún más publicidad al inicuo hecho dejando los muertos en el camino y ordenando al alcalde de un pueblo vecino que los enterrara. Alfonso reprochó violentamente a Savalls su salvaje acción, y le hubiera destituído en el acto; pero como dependía mi marido de la autoridad suprema de su hermano, no se

atrevió a hacerlo, previendo, también, la gran polvareda que provocaría esta medida, que serviría para mostrar al enemigo la insubordinación de uno de los primeros jefes carlistas, aunque quería que se supiese que era Savalls, y no él, el culpable.

Como reparación del crimen de Savalls, decidió Alfonso, en el acto de conocerlo, que todos los prisioneros fuesen puestos en libertad, así los soldados como los oficiales, extendiendo, también, esta gracia a los *cipayos*, que el Coronel Vila de Prat encontró la siguiente mañana después de la toma de Berga escondidos en el castillo e hizo prisioneros; pero la mayor parte de los doscientos *cipayos* que aquel Coronel descubrió no quiso rendirse y se batió, según dijeron, hasta lo último. Esta gente debía de estar en el recinto del castillo cuando pasamos por él.

A todos los soldados prisioneros mandó Alfonso que se les entregara un duro, y al anunciarles que estaban libres, la mayor parte de ellos suplicaron, entonces, ser admitidos en las filas carlistas, lo que se les concedió. Aquellos prisioneros, vueltos carlistas, nos quedaron siempre adictos en cuerpo y alma, y nos prestaron los mayores servicios en circunstancias dificilísimas.

El botín de Berga consistió en mil ochocientos fusiles, de los cuales, quinientos Remington y los demás Berdan, y mil doscientas carabinas, más trescientas cuarenta cajas de municiones, a mil cartuchos cada caja. Desgraciadamente, saltaron muchas municiones durante el asalto, antes de ser tomada la ciudad, a causa de los incendios de los depósitos. Al sacar el botín de guerra se tuvieron que quemar cien cajas, por falta del número suficiente de bagajes para transportarlas; obtuvimos también una gran cantidad de pólvora, toda clase de armas, además de los fusiles, y la mar de diferente género de material de guerra, como máquinas para hacer cartuchos, etc., etc. Buen número de fusiles quedó escondido en las casas, puesto que muchos defensores eran habitantes de la ciudad.

Se calumnió al comandante de Berga en partes oficiales y otros escritos oficiosos, diciendo de él que era traidor, y que no se defendió más que débilmente, por guardar la forma, y, por el contrario, la resistencia fué de lo más sangrienta, como lo certificaron testigos oculares (paisanos y otros), rivalizando en las dos partes los actos heroicos.

Repito aquí que antes de empezar el ataque mandó Alfonso un parte al Comandante don Ramón Morales proponiéndole la capitulación, a lo que aquel valiente militar contestó, de un modo correcto, que su honor se lo prohibía, y que se defendería hasta lo último.

Desde Bagá, donde se dió un descanso, fuimos a un pueblecillo, igualmente de la montaña. Se repartieron las fuerzas entre el en que nos alojamos y otro cerca de él, y a éste se mandaron también los oficiales prisioneros que ya recibieron, para entonces, el aviso de que se les pondría en libertad. Temiendo Alfonso que, a pesar de todo, fuera Savalls capaz de jugarles una mala partida, envió un oficial de órdenes a escape a aquel pueblo, con el encargo de que trajera a los oficiales a su presencia, como así se hizo. Los saludamos y hablamos en nuestro alojamiento, expresándoles nuestro profundo dolor e indignación por lo acontecido. Alfonso dispuso que fuesen acompañados por unos militares nuestros hasta ponerlos fuera de peligro, y tal se efectuó.

Luego, después de la toma de Berga, planeó Alfonso otra empresa, fiel a su principio de no perder tiempo y aprovecharse de la impresión que causaban las recientes victorias; pero Savalls no lo entendía así. Habiendo llegado el día 30 de marzo al pueblo de Castellar de Nuch y parado allí todo el día 31, a fin de dar descanso a la gente, aunque los días precedentes no habíamos hecho más que marchas muy pequeñas, quiso Alfonso continuar el 1 de abril, pero en vano trató de persuadirle de la utilidad, de la necesidad de emprender en seguida, otra operación, evitando inútiles paradas; no logró moverle aquel día.

Alfonso sufría cruelmente con la continua rémora con la que aquel hombre le dificultaba a cada momento sus movimientos y paralizaba sus empresas.

CAPITULO XIV

ABRIL DE 1873

Hacia Puigcerdá.—Sitio y asalto de la plaza.—Incalificable conducta de Savalls.—Terrible retirada

Mi marido era todo ardor y así eran nuestras fuerzas, no gustándoles prolongados descansos, a no ser que estuvieran reventados de fatiga, cosa que jamás hubiera causado Alfonso, a menos de volverse inevitables las marchas, caso que, hasta aquel momento, no se había dado. Mucho tiempo y ocasiones se perdieron entonces por la incalificable resistencia de Savalls a los proyectos e instrucciones de Alfonso.

Savalls decía que nada debía emprenderse hasta el 10 de abril. Por otra parte, repetía, a cada instante, que con nosotros nada se podía hacer; que él tenía tantos proyectos que deseaba ardientemente ejecutar lo que nosotros impedíamos, y que éramos el obstáculo para obrar. Así hacía, o, a lo menos, se esforzaba por hacer creer a la gente, que rehuíamos las operaciones, siendo, por el contrario, Alfonso quien estimulaba siempre a Savalls, y a Alfonso a quien se debían Berga y Ripoll.

Por fin, se decidió el día para el ataque de Puigcerdá, diciendo Savalls que debía emprender el 10 de abril. Alfonso ordenó los preparativos necesarios para esta operación y combinó todo con Savalls. Tropas de Barcelona y de Gerona debían obrar juntas.

El 10 de marzo había nombrado Alfonso a Savalls Comandante general de estas dos provincias unidas, para, con el tiempo, hacer con sus fuerzas una división con dos brigadas: la una, de Gerona, al mando de Auguet, y la otra, de Barcelona, mandada por Miret, y así nombró también al General don Rafael Tristany Comandante general de Lérida y Tarragona.

Mi marido encargó a Savalls se procurase las municiones para

el cañoncito (en realidad, bastante mísero y de pobre apariencia, pero que producía su modesto efecto); una bomba para el petróleo, la cantidad necesaria para este líquido y que todo estuviese en orden a su debido tiempo.

El 7 de abril aun no había llegado nada de lo ordenado, a pesar de que hubo sobrado tiempo desde el momento que mi marido dió el encargo. Alfonso envió un propio a Barcelona, al ver que esperaba en vano, y a lo último aun faltaba lo pedido.

Después de lo de Berga, parte de nuestras tropas había sido enviada en diferentes direcciones; pero Alfonso había convenido con Savalls, una vez que el asalto de Puigcerdá se había fijado para el 10 de abril, que estuviesen reunidas otra vez, en el tiempo debido. Sólo el 7 de este mes comunicó Savalls a Alfonso que Miret no podía venir hasta el 15 ó 19 de abril, porque estaba ocupado en buscar dos cañones que debía recibir para entonces (Miret *no* recibió los cañones y, por supuesto, no era suya la culpa, sino de Savalls, quien no le transmitió a tiempo la orden de acudir para la fecha indicada, orden que, con entusiasmo, hubiera cumplido).

El 8 de abril, estando nosotros en marcha de Ripoll a Ribas, para emprender de aquí el camino a Puigcerdá, dijo Savalls a Alfonso que Auguet no podía venir porque le habían llamado para desembarcar los mil fusiles adquiridos por mi marido. Este quedó atónito, temiendo una gran confusión, pues la víspera había recibido una carta de monsieur de Souvràs diciendo que los mil *Chassepots* aun no habían podido ser expedidos.

Al saber Alfonso que una parte considerable de las fuerzas con las cuales había contado para el ataque faltaría en la fecha convenida (la que Savalls había escogido); que el cañón no tenía municiones y que la bomba para el petróleo no había llegado; que, en una palabra, las circunstancias eran diferentes de las previstas, le parecía inoportuno el emprender en aquel momento esta operación y opinaba que debía esperarse hasta que se pudiese contar con el número de fuerzas requeridas y lo demás que faltaba. Pero Savalls se encaprichó con la fecha del 10 de abril. Alfonso cedió.

El 9 de este mismo mes, a las seis y media de la mañana, emprendimos la marcha por Tous, donde hicimos un alto, hacia Puigcerdá, atravesando el "puerto", una verdadera Siberia, luchando gente y caballos contra una tormenta de nieve glacial que nos cegaba mientras que todo alrededor nuestro, la vista de la inmensa extensión blanca que cual sábana sin fin no dejaba ver una mancha, nos causaba casi vahido, hasta llegar a la zona, menos cruel, de Puigcerdá. Poco más o menos, a las seis de la tarde, nos para-

mos en Alp, un pueblecito que dista una hora y media de Puigcerdá. Savalls quería que se pasara la noche en otra aldea, situada casi delante de la ciudad, y atacar a ésta la mañana siguiente; pero Alfonso le hizo ver que esta parada en punto tan avanzado, sería del todo antiestratégica, puesto que nadie por allí dejaría de ver el fin con que llegaban los carlistas a la vista de Puigcerdá, mientras que, pernoctando en Alp, se podía suponer que iban a la provincia de Lérida o que venían a cobrar los impuestos a los habitantes de Cerdaña. Savalls se sometió.

Alfonso quería marchar de Alp a la una o dos de la madrugada, para sorprender a la guarnición en el momento más adecuado; pero Savalls se empeñó en que fuese la marcha a las tres de la mañana y mi marido lo consintió. Según orden de Alfonso, debía el Coronel Vila del Prat hallarse el mismo día 9 de abril en Ribas, para que, dado el caso de querer subir una columna enemiga en socorro de Puigcerdá, defendiese el paso a la Cerdaña. Pero mi marido supo, muy disgustado, que, a causa de una equivocación en la transmisión de la orden, Vila del Prat no podría llegar allí más que al día siguiente, 10 de abril. El Comandante Camps, quien le acompañaba con su batallón, debía seguir directamente a alcanzarnos en Puigcerdá.

Como de costumbre, tuvimos que esperar a caballo, en la plaza, a Savalls, de modo que no marchamos hasta las tres y media de la mañana del 10 de abril de 1873, y encontrándonos a las cinco en la carretera, a unos seiscientos metros de Puigcerdá, oímos tocar diana en la ciudad, luego oración y otra vez diana. Durante los toques estábamos parados en la carretera y se mandó al ataque, por diferentes puntos, al primer batallón de Gerona, con su bizarro jefe don Manuel Puigvert. Debía adelantarse en guerrillas por las huertas, a cubierto lo más posible, y ocupar las primeras casas. El resto de las fuerzas quedó de reserva con nosotros.

Vimos muy pronto que los toques que oíamos se debían interpretar de otra manera de lo que significaban en tiempos ordinarios, porque, después de haber tocado por largo tiempo diana y oración, la campana del Somatén empezó su lúgubre sonido, la llamada a las armas, y, en seguida se rompió el fuego contra nosotros.

Teníamos setecientos hombres, y la fuerza de la guarnición, según relato oficial del enemigo, no era más que de cuatrocientos; pero, en cambio, la mayoría de los habitantes estaba armada; hasta muchas mujeres cogieron revólveres para tirar contra los carlistas. En los partes del adversario se habla con inmenso elogio del heroísmo de las mujeres de Puigcerdá.

Es cosa sabida que, cuando las condiciones de defensa de un punto son las que deben ser, se necesita menos gente para resistir que la que se precisa para atacarlo, y las condiciones de Puigcerdá eran todas favorables a los defensores. Esta plaza se presentaba en una posición formidable: construída en anfiteatro, cubriendo una pequeña loma, dominaba el llano o, muy espacioso, Valle de la Cerdaña. El altito aquel formaba como una pequeña islita en medio de la planicie que le rodeaba. No había ni un punto en donde los que asaltaban pudieran tener una posición favorable. En todos los alrededores se hallaban al descubierto y dominados por los sitiados. A esta posición, ventajosa por su naturaleza, se añadían terribles obras de defensa, y las calles intransitables por tremendos obstáculos. Se puede decir que la ciudad entera no formaba más que una escala de obras de resistencia; que era una sola fortaleza. Un gran fuerte la completaba.

Los partes oficiales del enemigo, aunque respecto a diferentes cosas inexactos, prueban, sin embargo, que lo que escribo referente a los nuestros no es exagerado. En uno de aquéllos se dice que no se concibe el atrevimiento de los carlistas en atacar Puigcerdá, estando tan defendida por la naturaleza; que jamás se hubiese podido imaginar sufriría esta población un ataque. También dice el parte aquel que, como se arrimaban a menudo al descubierto, caían de todos lados, pero se veían reemplazados por otros. Luego añade que avanzaban con una audacia y sangre fría incomprensibles.

Nosotros continuábamos adelantándonos por la carretera, debajo de Puigcerdá, a poco más o menos de doscientos metros de la muralla o primer recinto, parándonos luego delante de una gran casa que se levantaba en dicha carretera. Alfonso llamó a nuestro lado a su corneta de órdenes y le mandó tocar ataque con toda la fuerza de sus pulmones. Este toque entusiasmó a los que se hallaban con nosotros, y ardiendo de impaciencia por que llegara su turno para empezar a tomar parte en el asalto, unían sus gritos ensordecedores: "¡A ellos!" "¡A ellos!", a aquellos que, asaltando ya, gritaban lo mismo.

Una buena descarga, muy bien dirigida, nos contestó. Alfonso puso luego al abrigo, en el patio de la gran casa mencionada, a aquellas de las fuerzas que por el momento no debían ir al ataque, entrando nosotros con ellas. En esta casa estaba también Savalls.

Poco a poco mandó mi marido a los zuavos y a los *Guías del Infante* al asalto. El Comandante de estos últimos, don José Pascual, suplicó el ser uno de los primeros en la pelea, y lo mismo

ambicionó el de los Zuavos, don Ignacio Wills, que había sido nombrado Comandante de éstos el 6 de abril. Los zuavos no contaban entonces más que con cincuenta hombres. Una parte del primer batallón de Gerona tomó, por confusión, otra dirección que la debida, no llegando a entrar en acción hasta las nueve de la mañana, pero con el vigor de su ataque quisieron compensar el retraso. Desde las ventanas de la casa que digo teníamos a la vista Puigcerdá; pero pasábamos ratos en la carretera, desde la que se veía muy bien lo que sucedía en parte de la ciudad, en la que seguía una lucha homérica.

Mucha falta nos hacía la bomba de petróleo, que habría facilitado la tarea y evitado víctimas en ciertos puntos, mientras que, sin ella, hubo que echar el petróleo a mano. El heroísmo de los nuestros no se dejaba arredrar por estos detalles, muy importantes, sin embargo, ni por ningún otro. Los carlistas adelantaban al descubierto en muchos sitios, mientras que, por todos los lados, se hallaban bajo una lluvia de balas, de piedras, etc., escaldados a menudo por el agua hirviendo que las furias de mujeres les echaban desde las ventanas; pero no retrocedían, y se abrían, poco a poco, su camino sangriento; caían los unos y los reemplazaban los otros. Valientes hasta lo inverosímil, hubo casos de verles probar el coger la boca de los fusiles enemigos para sacar el arma de la aspillera y arrancarla de la mano del adversario. Por supuesto, pagaban con la vida esta heroica locura. También relatos del enemigo consignaron este detalle.

Se había pensado en atacar también por el lado opuesto, aquel que se hallaba con vista a Francia, y que distaba, sin embargo, algunos kilómetros de Bourg-Madame, primera población francesa, y esta parte hubiera sido muy ventajosa para nuestra empresa; pero la guarnición transfronteriza amenazó a los carlistas con tirar sobre ellos, en caso de que se atacase a Puigcerdá por allá; esto nos perjudicó grandemente. Francia se nos mostró, siempre, muy hostil.

¡Adelante! ¡Adelante!, empujaba el entusiasmo a nuestro héroes, y se vencían obstáculos que parecían invencibles, y penetraban más y más y subían más y más por entre las obras de defensa. Alfonso estaba en continuo contacto con los combatientes, pasando nosotros, según ya lo dije, el día en la citada casa, de la cual bajábamos a menudo a la carretera. Todo el tiempo íbase y venía entre mi marido y aquéllos; Savalls continuaba en esta misma casa; no le gustaba mucho salir con nosotros y no le interesaba averiguar adónde íbamos a hacerlo. El suelo, helado, hacía saltar las balas y, en un momento dado, aquel General me lo hizo observar. Le dije que era muy interesante. Luego sintió Savalls la necesidad de dormir y volvió a la casa grande.

Hacia la tarde el Comandante de los zuavos mandó a pedir una compañía de las fuerzas de Savalls, asegurando que con ella se haría dueño de toda la ciudad. Este General tenía una pequeña compañía de reserva, la cual hubiese podido ser enviada sin inconveniente, y Alfonso le dijo que era de parecer que la enviase; pero Savalls no quiso, y Alfonso no insistió. Aquél mandó contestar al Comandante de los zuavos que de ninguna manera estaba dispuesto a enviarle lo pedido.

El Comandante de los Guías del Infante, don José Pascual, cayó gravemente herido, lo que fué una gran pérdida para nosotros (le quisieron amputar el brazo, totalmente roto; pero lo impedimos y le mandamos a un hospital situado en el cercano territorio francés, en Amelie-les-Bains, donde se le salvó, y al año siguiente pudo prestarnos los más relevantes servicios en el Centro).

El día 10 de abril de 1873 (Jueves Santo) pasó trayendo ventajas tras ventajas a los carlistas, llenándonos de esperanzas, y se contó muchísimo con la noche para apoderarnos, a su favor, del fuerte principal. Los combatientes se consideraban seguros del feliz éxito final y sus prodigios de valor no tenían límites.

Durante el día, en el momento en que, recostados a la ventana abierta, mirábamos al patio de la casa, sonó un tiro desde éste y silbó una bala, casi rozándonos las caras. Salió del fusil de uno de nuestros soldados de las fuerzas de Gerona, que allí se encontraba y que se hallaba, justamente, debajo de nosotros. Es fácil que se le disparase por casualidad.

A las nueve de la noche, Savalls (quien estuvo todo el día en la misma casa que nosotros, y tomando, por su parte, un amplio descanso) sintió, a pesar de esto, gran deseo de alejarse un poco de Puigcerdá y pasar parte de la noche en otro punto. Quiso ir a Alp, e insistió, fuertemente, para que Alfonso fuera con él y la reserva al mismo sitio; pero éste no tenía la menor gana de marcharse, en primer lugar y sobre todo, porque ansiaba saber continuamente cómo se llevaba el asalto, para, en caso de necesidad, poder tomar medidas adecuadas. Además, no era siquiera un descanso el irnos allá y quedar unas tres horas en Alp (pues no quería estar más tiempo en aquel pueblo), para volver, en seguida, a Puigcerdá. Así, empezó por resistir a la insistencia de Savalls; pero éste tocó todas las teclas para salirse con la suya.

Aseguró que no había el menor inconveniente en lo propuesto, ya que todo seguía su debido camino: las columnas, lejos; Ca-

brinety, en Olot; Alp, tan cerca de Puigcerdá. Por fin, Alfonso cedió, porque no tenía una razón plausible para rehusar. Veía, además, que Savalls no se dejaría disuadir de ir a Alp, y el separarse de él tenía su inconveniente, pues era él quien conocía el país con su topografía; a él a quien entonces venían las confidencias y de su mando aquellas fuerzas de Gerona que tomaban parte en el asalto. Hubiera sido de temer una contradicción de órdenes de hallarse Alfonso y Savalls en dos puntos distintos.

Se había adelantado bastante en la ciudad; nuestros soldados continuaban batiéndose como leones; la situación seguía satisfactoria; así que nos fuimos a Alp con Savalls, el Estado Mayor y la reserva. Andábamos a pie y a buen paso. De camino, nos encontramos con Camps y su batallón. Alfonso quería mandarlo a Puigcerdá, ya que desde aquí pedían siempre refuerzos; pero Savalls sostuvo que bastaba con enviar una compañía, y era preferible que, entretanto, fuera el resto a Alp.

Mi marido siguió otra vez el consejo de Savalls, pensando que quizá pudiera ser útil en el caso, aunque del todo improbable, de que viniera una columna enemiga. La aparición de ésta hubiera sido de lo más extraordinario, pues Alfonso había hecho colocar a Vila del Prat con su fuerza en Ribas, para retener al adversario en las debidas posiciones, lo que, en este terreno y sobre todo con las dificultades que oponía la nieve, era fácil. Por lo menos, le era dable el pararlo durante el tiempo necesario para que pudieran adoptarse medidas ante Puigcerdá.

Una vez en Alp, antes de ir a descansar, mandó Alfonso a su jefe de Estado Mayor, General Larramendi, al General Savalls con orden terminante de hacerle saber hasta el más mínimo detalle de cuanto averiguara y de despertarle, para esto, a cualquiera hora de la noche. También le prohibió rigurosamente tomar, sin su venia, la menor medida. Savalls así lo prometió, y, tranquilo respecto de todo esto, fué a acostarse mi marido con la decisión de volver a primera hora a Puigcerdá. En cuanto a lo que él estaba decidido a hacer en el caso de que, a pesar de todas las precauciones, subiese una columna enemiga, ya se lo había dicho Alfonso a Savalls, y consistía en ocupar por una fuerza nuestra un sitio, que le indicó, pues estaba persuadido, y con razón, de poder retener allí al adversario el tiempo necesario para acabar de apoderarse de lo que quedaba por tomar de la ciudad. Alfonso declaró siempre que no se retiraría de Puigcerdá, a menos de encontrarse en el último extremo de lo posible, y que si llegaba una columna enemiga de socorro, la atacaría, y si ésta se sobrepusiera, se retiraría él con sus tropas por el camino de la Seo de Urgel, yendo

Don Alfonso de Borbón y de Este

Doña María de las Nieves de Braganza

hacia la provincia de Lérida, donde tendríamos buena salida. Lo dijo a Savalls para que se lo tuviese entendido.

A las tres y media de la mañana del Viernes Santo, 11 de abril de 1873, fuimos despertados por Sánchez diciendo que Savalls nos mandaba decir que nos vistiéramos a toda prisa. Al recibir esta extraña comunicación pidió Alfonso aclaraciones a Sánchez, pero éste no sabía nada. Un momento después estuvimos prontos. Nadie vino a traernos una noticia. Al ver a don Vicente Ruiz, el Secretario de campaña de Alfonso, le preguntamos qué pasaba; contestó que había oído decir que debía llegar una columna enemiga. Montamos a caballo y nos fuimos a la plaza del pueblo. Alfonso pensaba sólo en la resistencia, pero no podía explicarse por dónde vendría el enemigo. Esperamos un buen cuarto de hora en la plaza cuando, por fin, apareció Savalls, y mi marido le preguntó qué sucedía, y la respuesta fué que una columna enemiga venía de Ribas, que no se le podía oponer resistencia y que lo único que debía hacerse era ponerse lo más aprisa en movimiento para no encontrarse con ella, pues durante algún tiempo debía ésta seguir el mismo camino que nosotros, y que él, Savalls, había dado ya la orden de que las fuerzas que se batían en Puigcerdá se retirasen en el acto y las que se hallaban en Alp marcharan en seguida; que había prevenido a todos los del asalto y que se habían retirado de Puigcerdá, hallándose todos en camino para Castellar de Nuch.

Se puede figurar la indignación y disgusto de Alfonso cuando supo el proceder de Savalls, que se atrevió a faltar de tal modo a las órdenes terminantes de su General en jefe. Por remate, descubrió Alfonso luego que, ya a las once de la noche, fué informado Savalls de la llegada de Cabrinety a Ribas, de lo que no previno a Alfonso, a pesar de que su alojamiento estaba cerquísima del nuestro. Si mi marido hubiera estado enterado de esta noticia, hubiera tomado sus medidas y ejecutado el plan que había formado para tal caso y del que Savalls sabía que constituía su firmísima decisión: se hubiera podido parar al enemigo sin abandonar la conquista de Puigcerdá. Ahora, ya no había remedio; Alfonso empezó por dudar sobre si realmente no quedaría alguno de los nuestros en Puigcerdá, pero Savalls dió su palabra de que todos se habían retirado, y sólo entonces se resolvió Alfonso a ponerse en marcha, lo que Savalls quería realizar a todo trance.

Pero lo peor lo supimos después en Castellar de Nuch, y lo diré más adelante.

A las cuatro de la mañana del Viernes Santo, 11 de abril, dejamos Alp y nos pusimos en camino con Savalls, el Estado Mayor

y la fuerza de reserva. Fué un verdadero *Via Crucis* de Viernes Santo el paso de aquellas montañas, con frío glacial (anduvimos por camino distinto y peor que el de la ida). La nieve era tan espesa que ya no se veía ninguna senda, de modo que estábamos siempre en peligro de caer en uno de los profundos precipicios al lado de los cuales andábamos. Los caballos, hundiéndose en la nieve, se debatían y saltaban y ya no se sabía cómo adelantar con los animales. Para aliviar las monturas nos apeamos y anduvimos así durante cuatro horas, a pie, metiéndonos hasta por encima de las rodillas en aquella helada masa. Lo más sensible era que traíamos unos heridos con nosotros, unos en parihuelas y otros montados, sostenidos por los acompañantes, y, por supuesto, eran muy dolorosas para los pobres las continuas sacudidas causadas por el resbalar, tropezar y caer de la gente y animales que les llevaban.

En cuanto a nuestras personas, ¿cómo comparar los sufrimientos materiales con los morales que nos matirizaron luego, en Castellar de Nuch, adonde llegamos a mediodía? Cuando nos enteramos allí, más tarde, de lo que había pasado y de la indigna conducta de Savalls, supimos lo que luego voy a referir, después de hablar de un pequeño incidente cómico en seguida de alojarnos. Lo primero que hicimos, después de asegurarnos de que los heridos serían bien atendidos, fué sentarnos en la cocina a la lumbre del fuego bienhechor, y en el acto me quité mis altas botas de montar, arrimándolas a las llamas para secarlas, pues estaban caladas de nieve. Pero apenas procedí a esta saludable operación cuando vinieron corriendo a anunciarnos que llegaba una columna. Pronto quise calzarme otra vez mis botas, mas vi con espanto que, estando humedísimas en su interior, rehusaban obstinadamente a mis pies el introducirse otra vez en ellas. Trabajé lo que pude y ya me persuadí de que tendría que salir con sólo las medias, cosa que me humillaba profundamente, cuando un último y enérgico esfuerzo venció la obstinación de aquella piel. Fuí a montar a caballo; uno de los oficiales me tuvo el pie, pero no notó, ni yo tampoco, que había puesto el suyo en la extremidad de un pedazo del ruedo de mi amazona. Así, al dar yo el salto para ponerme en silla, crujió la amazona, que no era de una tela muy espesa y, además, estaba bastante usada, y quedó una gran rotura allí donde uno se sienta. Al día siguiente, llegando a un pueblo donde había unas monjas, la di a componer a primera hora de la mañana; la amazona era de color azul obscuro y ¡cuál fué mi poco encantada sorpresa cuando al recibirla otra vez vi que las buenas monjitas me habían aplicado cual una luna de paño azul celeste

o casi celeste en el sitio dañado! Así tuve que ir aquel día y oí al pasar por un pueblo decir a unas mujeres:

—¡Qué vestido tan raro lleva la Infanta!

Me quedé bastante avergonzada. La amazona la había yo encargado para la campaña antes de entrar y, como estábamos nosotros siempre ocultos, no pude escoger la tela. Felizmente, poseía otra, pero poco buena por las mismas circunstancias; era también de tela de poca resistencia y color que se desvanecía, y la puse de lado por no gustarme, pero a lo menos no era ridícula como la obra de las monjas.

Lo de la columna enemiga fué una falsa alarma; así que volvimos a nuestro alojamiento.

CAPITULO XV

SIGUE ABRIL DE 1873

Lo sucedido en Puigcerdá.—Insubordinación de Savalls.—Auguet

Supimos luego lo siguiente respecto a lo que pasó aquella mañana en Puigcerdá, y fué: A las cuatro de la madrugada expidió Savalls un oficio a don Felipe de Sabater a Puigcerdá mandándole que, sin diferir, debía operar la retirada porque llegaba una columna, pero sin decirle que ésta se encontraba aún en Ribas. A las cinco de la mañana recibió don Felipe de Sabater el dicho oficio; por el modo como estaba redactado debía creer que el enemigo se encontraba ya casi a las puertas de Puigcerdá; sin tardar mandó Sabater tocar llamada, a pesar de no haber convenido contraseña para esto, ya que no se contaba, en absoluto, con una retirada por lo bien que marchaba el asalto. Mandó también en busca de las tres compañías que se hallaban en la otra extremidad de la ciudad, así como de los zuavos y de las dos compañías de Barrancot. Estas últimas y los zuavos se batían del lado de Francia y se encontraban bastante lejos, no recibiendo así el aviso. Sabater, viendo que no llegaban, creyó, como es fácil de comprender, que más valía salvar lo que pudiera que no dejar perderse a todos, y así se retiró lo más pronto que pudo con el primer batallón de Gerona, al que faltaban dos compañías y la de nuestros *Guías*, los cuales se hallaban también en el interior de la población. Los sitiados, al oír tocar llamada y ¡alto el fuego!, comprendieron lo que esto significaba y despidieron con un tremendo tiroteo a los que se retiraban.

El camino de Puigcerdá a Alp se hallaba, durante un cuarto de hora o casi media hora, al descubierto y a tiro de la plaza. Cuando esta retirada se efectuó era pleno día, pues Sabater recibió la orden a las cinco de la mañana. Mientras tanto, los zuavos y las otras compañías que lograron penetrar en aquella parte de Puigcerdá que miraba a Francia ignoraban lo que pasaba y seguían el ataque. A las siete de la mañana se fué el Capitán Giner a buscar municiones, descubriendo que los carlistas habían abandonado la ciudad. Se volvió deprisa a avisar a los demás. Los zuavos se retiraron entonces, al mismo tiempo que las dos compañías de Barrancot, y no sabían que otras tres compañías continuaban el asalto mientras ellos se retiraban.

Los sitiados hicieron entonces una salida, persiguiendo a los que estaban en retirada y logrando cortar a las dos compañías de Barrancot, las que se vieron en la alternativa de ser copadas o de entrar en Francia, lo que hubiera sucedido a no ser por los zuavos, que se echaron a la bayoneta interponiéndose entre las dos compañías y la guarnición de Puigcerdá y, ayudados por un pequeñísimo destacamento de caballería, las salvaron y se retiraron con ellas, sin más percances, a Castellar de Nuch, donde llegaron no mucho tiempo después que nosotros, habiendo tomado un camino más corto.

Estaban desconsolados por haber tenido que retirarse en el momento en que habían ganado ya tanto terreno y vencido tantos obstáculos. Aseguraron que, si hubiese continuado el ataque, al segundo día hubiese sido Puigcerdá de los carlistas, es decir, el 11 de abril, Viernes Santo.

Cuando los zuavos llegaron a Castellar de Nuch ignorábase aún la suerte de las tres compañías que faltaban, dos del primero de Gerona y una de Camps, las tres excelentes tropas. Durante esta tarde llegó al citado lugar el Comandante del primer batallón de Gerona, don Manuel Puigvert, pero solo y sin las compañías que faltaban, de las cuales nada sabía. Al mediodía había ido a Alp para pedir municiones y supo allí que todos se habían marchado. Mandó en seguida un oficial, que podía andar más aprisa que él, a Puigcerdá con la orden de retirarse en el acto las tres compañías (dos suyas y la de Camps) que continuaban la lucha. Este oficial, como lo supimos más tarde, ejecutó inmediatamente lo mandado. De Puigcerdá a Alp fueron perseguidos por la guarnición enemiga y tuvieron que cargar diferentes veces a la bayoneta, mientras la retirada efectuábase por escalones. A las cinco de la tarde llegaron las tres compañías a Alp. El oficial que las guiaba fué ligeramente herido. De Alp se retiraron luego fácilmente y por la noche llegaron a Bagá.

Todo esto lo supimos más tarde y entretanto pasamos la pena negra en Castellar de Nuch con la incertidumbre de cuál podría

haber sido su suerte. En cuanto pudieron nos mandaron noticias y las recibimos por la mañana siguiente.

El Viernes Santo, 11 de abril, a las seis de la tarde, llegó Cabrinety a Puigcerdá, después de haber salido a las cinco de la mañana de Ribas. Alcanzaron Puigcerdá extenuados de cansancio, tras una marcha penosísima a través de la nieve. (Esto lo supimos por un parte oficial del enemigo.) ¡Qué fácil hubiera sido el pararlos en los pasos, dificilísimos para ellos!

Entretanto, había pasado lo siguiente en Ribas. Vila del Prat aclaró él mismo el enigma de cómo había podido subir la columna enemiga. Escribió a Savalls que, a la llegada de la columna de Cabrinety, se retiró porque creía que sus fuerzas no eran suficientes para la resistencia. Vila del Prat tenía trescientos cincuenta hombres y los de Cabrinety eran quinientos. En cambio, el primero disponía de posiciones desde las cuales podía oponerse al enemigo del modo más ventajoso, aun con muchas menos tropas que los contrarios.

Dos puntos constituían, sobre todo, obstáculos para haber hecho gran resistencia los nuestros. En el uno había ordenado Alfonso poner doscientos cincuenta hombres; el otro debía ser ocupado por una pequeña fuerza. Así se cerraba la entrada a la Cerdaña, que, en tiempo de nieve, quedaba de este modo innaccesible, a menos de disponer de medios muy superiores a los que tenía Cabrinety. Vila del Prat era segundo Comandante interino de la provincia de Barcelona. Parece que fué, en su tiempo, muy distinguido y valiente militar; pero con la edad pudieron mucho sobre él los achaques de salud, y así le aligeró Alfonso su labor quitándole el cargo de segundo Comandante interino de la provincia de Barcelona que le adjudicó a la muerte de Galcerán, y dejándole solamente el mando del batallón que llevaba siempre consigo. Como sólo interinamente fué segundo jefe de la mencionada provincia, ello no constituía una destitución.

En su lugar nombró mi marido al Coronel Miret. Savalls quedó descontento de esto, pero Alfonso no hizo caso de su desaprobación. Como se supo después, fué sorprendido Vila del Prat, teniendo que retirarse a escape y perdiendo algún prisionero.

Muchos extrañarán que, después de los hechos de Puigcerdá, Alfonso no procediese con una medida enérgica respecto a Savalls, el que, por obrar contra sus órdenes más explícitas y terminantes, causó el fracaso de la empresa y, por remate, expuso a nuestras fuerzas de ataque a caer prisioneras; el que no se ocupó de asegurarles una buena retirada, ya que retirada tramó; que mintió a Alfonso dándole a las cuatro de la mañana su palabra de que

nadie quedaba ya en Puigcerdá, que todos estaban camino de Castellar de Nuch, mientras que a aquella hora, entonces (cuatro de la mañana), acababa de despachar a Sabater la orden de retirar las fuerzas que se hallaban en Puigcerdá, a pesar de que a las once de la noche supo que Cabrinety se hallaba en Ribas.

Si Alfonso no destituyó entonces a Savalls fué porque no podía asumir ante su hermano la consiguiente responsabilidad, ya que le sabía engañado por los adictos de aquel General, con lo que no le daría la razón contra éste, es decir, no le sostendría a Alfonso, a quien hubiese achacado todas las consecuencias de esta destitución. Así que mi marido se contentó con reprenderle su conducta, pero Savalls no quiso reconocer su falta y cargó con la culpa a los demás: a Sabater, quien se había conducido perfectamente; a Alfonso, etc. Savalls contó también en lo sucesivo por donde iba que si no se tomó Puigcerdá fué por culpa de mi marido.

Alfonso sintió profundamente, por el interés de la Causa, el no poder obrar con más energía. En cuanto a la conducta privada, personal, de Savalls hacia nosotros, la arrogancia y falta grosera de consideración con las que nos trataba, aunque a menudo nos molestaban, no nos costó mucho el tragarlas, ya que con ellas no dañaba a la Causa. Una de las costumbres de Savalls era el no estar pronto a la hora fijada para la marcha y el hacernos esperar a cada momento, montados desde ya una eternidad, a caballo.

Realmente, hubiera debido ser Alfonso quien fijara el momento de marchar; pero para facilitar a Savalls la tarea respecto a la distribución de las marchas, porque éste conocía mejor el terreno, que en mucha parte nos era aún desconocido, y también para contentarle cuando se podía hacer sin inconveniente, le dejaba a él el cuidado de la hora, previniendo de ella a mi marido. Savalls abusaba de la condescendencia de aquél, y la mayor parte del tiempo no llegábamos a saberla (la hora) más que cuando se estaba ya casi para marchar. Las más de las veces tenía Alfonso que enviar alguien a Savalls a preguntársela. Otras veces fijaba este General una hora, prevenía a mi marido, y luego el ponernos en camino era dos, tres, cuatro y hasta cinco horas después. Nos levantábamos así inútilmente muy temprano, y a menudo no disponíamos nuestro almuerzo o comida persuadidos de que marcharíamos de un momento a otro. Entretanto, Savalls y los suyos se sentaban tranquilamente a la mesa.

Otras veces nos despertaban diciendo se había tocado marcha, señalada para media hora después; nos levantábamos corriendo y sólo dos o tres horas más tarde se realizaba lo que el toque anunciaba. La mar de veces, habiendo tocado llamada y estando

nosotros a caballo, no aparecía Savalls hasta después de reiteradamente mandarle decir Alfonso que se le estaba esperando; esto cuando la espera se prolongaba por demás, no bastando ni la primera ni la segunda advertencia de mi marido; pero a esto nos resignábamos y puedo jactarme de haber estado siempre muy cortés con Savalls. No creo que nos infligiese esas esperas para fastidiarnos y por falta de atención al prójimo. Sin embargo, pasando de la raya, acababan también algunas veces con la paciencia de Alfonso, y en alguna que otra ocasión mandaba tocar llamada y salíamos con los zuavos y *guías*.

Cuando llegamos, al día siguiente de la retirada de Puigcerdá, al pueblo de Gombreny, Savalls, dándose aire de mando, dijo a Alfonso "que le dejaría por allá" (la parte de Gombreny) con los *guías* y los zuavos (éstos, por entonces, eran tan sólo cincuenta); "que él iba a dar una vuelta por la provincia de Gerona, en la que tal vez se combinaría con Auguet para batir una columna; que de todos modos iba a conducir sus soldados a su tierra; que con Alfonso nada podía hacer".

Este había declarado a menudo a Savalls que quería operar en la provincia de Gerona, pero siempre se oponía a esto aquel General. Alfonso contestó a Savalls que los zuavos y los *guías* juntos no hacían ni ciento veinte hombres; que, por remate, los *guías* habían perdido a su excelente jefe, don José Pascual, que conocía paso a paso todo el país y les hacía la mayor falta; que en cuanto a la proposición de Savalls de permanecer Alfonso inactivo y escondido en alguna parte, la rechazaba. Cuando mi marido dijo que no podía quedar sólo con ciento veinte hombres y con las columnas enemigas situadas todas alrededor, lo que le condenaba a la inacción, dió Savalls esta estupenda respuesta:

—Vuestras Altezas pueden estar completamente tranquilos. Nadie correrá tras ellos; todos me perseguirán a mí.

A pesar de no meterme nunca en los asuntos militares, lo que siempre fué para mí una regla infranqueable, no pude evitar decir a Savalls que suponía que tendría el enemigo el mismo interés en coger a Alfonso como en cogerle a él (a Savalls).

Durante la marcha a Gombreny oímos tiros, y Alfonso, comprendiendo, por supuesto, que eran de una fuerza nuestra que se tiroteaba con el enemigo, quería correr en su socorro, pero a Savalls no le daba la gana. Supimos más tarde que se trataba de una sorpresa sufrida por Guíu, pero sin grandes consecuencias.

Fuimos a Ripoll y encontramos allí a monsieur de Caseneuve, quien vino por asuntos importantes. Los fusiles que, según Savalls, debía ir a buscar Auguet en el momento que se necesitaba de él

para el ataque a Puigcerdá, ni habían salido de Francia; habría sido una confusión. Monsieur de Caseneuve se hallaba en Ribas cuando la sorpresa y dispersión de Vila del Prat, a la que asistió y en la que cayó prisionero; pero le soltaron otra vez los soldados de Cabrinety, porque el fondista les contó que era un negociante amigo suyo.

Caseneuve entró en conversación con aquella gente, que manifestó contra mí más rabia que contra ningún otro, y le aseguraron los soldados que si lograban cogerme me harían trizas.

Dimos luego una bonita vuelta de varios días por una parte de la provincia de Gerona con las fuerzas de ésta. Alfonso tuvo la idea de dar un golpe de mano sobre su capital, una sorpresa: entrar, cobrar los impuestos atrasados (pues nos encontrábamos muy faltos de recursos para pagar a nuestra bonísima gente), hacer acto de presencia y salir. Este golpe de audacia hubiera producido gran efecto. Savalls no se mostró contrario a él, pero quiso que se consultara también a los demás jefes, los cuales no se opusieron acordándose nos acercáramos hasta La Sellera, tomando informes. Recibidos éstos en dicha población, decían que la guarnición de Gerona contaba con mil hombres entre regulares y *cipayos* y que habían construído nuevas fortificaciones. Savalls fué entonces de parecer que era imposible llevar a cabo una sorpresa y que el plan de Alfonso resultaba irrealizable. Como los otros jefes de la provincia ni alentaban ni se oponían, no podía mi marido tomar la responsabilidad. Dichos jefes eran: el Coronel Auguet, el Comandante Vila de Viladrau (un jefe ideal) y el Coronel Cortázar, cuñado de Savalls y jefe de su Estado Mayor. Es fácil que sin la presencia de éste se hubieran resuelto a adherirse al proyecto de Alfonso, aunque ellos tampoco querían, por lo que se ve, cargar con responsabilidades. Auguet, bizarrísimo militar, era amigo de Savalls. Con mucha pena renunció Alfonso a su plan y marchamos de La Sellera.

Dos días después, a mediados de abril de 1873, empezaron a apretarnos un tanto las columnas enemigas. Se veía que algo grave se preparaba. Así lo comprendió también Savalls, y al llegar el 19 de abril a San Pedro de Torelló declaró a Alfonso que estaba cansado y sentía la necesidad de tomar un descanso temporal en una casa de campo, y que, en cuanto a nosotros, debíamos arreglarnos (con otras palabras, *despabilarnos*); que el primer batallón de Gerona (al que llamaba siempre *su* batallón) tenía que quedar en un punto cercano, es decir, en los alrededores de donde él se hallase. Al ver Alfonso que Savalls no se dejaba retener y que en aquellas circunstancias valía más no obligarle, le contestó

que haría venir a Auguet con el batallón que llamaban de este nombre. La respuesta de Savalls fué que Auguet no vendría; que muchas veces había dicho que no quería ir con el Cuartel General ni proteger ni arrastrar tras él todo aquel equipaje; que si le querían obligar a esto pasaría antes a Francia.

Alfonso pensó primero en obligar a Auguet a que viniera; pero, reflexionando ante todo lo que amenazaba de parte del enemigo, pensó que Auguet, instigado quizá por Savalls, se dejaría tal vez arrastrar a fastidiarnos, y, recapitulando mi marido sobre el antiguo proverbio *Más vale solo que mal acompañado,* renunció a buscar la compañía de Auguet. Si este jefe hubiese sido tan subordinado como valiente y buen militar, habría valido lo indecible; pero de naturaleza algo indómita y excitado por Savalls, hubo momentos en que uno no podía sacar el provecho que se había esperado de él. Por lo demás, en diferentes ocasiones, tanto anteriores como posteriores, nos fué utilísimo y le apreciábamos mucho.

Savalls recomendó a Alfonso que, a ejemplo suyo (el de Savalls), se fuera a descansar a alguna masía. Mi marido le contestó enérgicamente que no tenía intención de encerrarse ni esconderse en ningún sitio a descansar; que él había venido a España para trabajar y para acabar más aprisa y victoriosamente la guerra, y que jamás se separaría de sus tropas para ocultarse; que si hubiera querido quedar ocioso no hubiera salido a campaña. Hizo ver a Savalls lo incalificable de su acción al abandonarle en el momento en que la guerra tomaba un carácter tan grave y crítico. Pero estas reflexiones no producían ningún efecto en la naturaleza de aquel ser, poco accesible a sentimientos elevados. No solamente le quiso plantar, para ponerse al abrigo, con algunos hombres, hasta ver qué giro tomaba aquello, sino que aun le quitaba a Alfonso las tropas indispensables, a fin de tenerlas Savalls a mano cuando las quisiera.

El primer batallón de Gerona era, en su mayoría, muy bueno; pero Alfonso, por diferentes motivos, no insistió en llevarle consigo, y dijo después a Savalls que ya que le dejaba éste con menos de quinientos hombres (eran trescientos del Teniente coronel Camps y los demás entre zuavos y *guías,* había resuelto que viniera el Coronel Miret. Savalls contestó que éste se hallaba en San Boy, y Alfonso mandó en el acto un propio llamándole.

Por la tarde de aquel día vino Savalls a hablar a Alfonso, mientras estábamos cenando, hallándose presentes nuestro primo don Francisco de Borbón y algunos otros. Delante de estos señores empezó con invectivas contra el Cuartel General, diciendo (aunque le constaba lo contrario) que teníamos demasiada gente,

demasiados caballos y demasiado equipaje. Nuestro Cuartel General era de lo más reducido para un General en jefe. En cuanto a caballos, si se pretendía disminuir los nuestros, hubiéramonos visto precisados entonces a ir a pie, pues en aquel tiempo y hasta mucho más tarde, no poseíamos más que uno para cada uno de nosotros. En cuanto al equipaje, sabía Savalls que todo nuestro haber cabía en un saco de muy pequeñas dimensiones, además de una gran manta, en la que arrollábamos algunos pequeños objetos que necesitábamos a la mano. Este equipaje no podía ser voluminoso, ya que un pequeño machito lo llevaba, además de la ropa de las personas de nuestra casa, amén de todos los papeles del Secretariado, que, puesto en dos especies de alforjas, ocupaban más espacio que el resto. También alternaban en el machito Pablo Sánchez y el segundo criado Santos Gutiérrez. Igualmente poseíamos un macho para el cocinero, que no podía ir a pie, y servicio de cocina; animalito que, asimismo, llevaba todas las provisiones alimenticias.

Savalls, siguiendo su letanía de reproches calumniosos, dijo que con el pienso de los caballos del Cuartel General se comían todos los impuestos; que por donde llegaba a cobrar la contribución, su importe había desaparecido en forma de pienso. Este embuste estaba a menudo en boca de Savalls, fértil en mentiras.

Alfonso pagaba de su bolsillo todo cuanto se relacionaba con nuestra casa. Asistentes, etc., no cobraban nunca un céntimo de la Intendencia; además de esto, daba de su dinero, durante gran parte de aquel tiempo, el sueldo a los zuavos y *Guías del Infante,* porque Savalls no tenía nunca fondos para los que venían con nosotros, a pesar de que, tomándolos él de la Caja de la Intendencia o, como lo prefería, directamente, de los impuestos, para las tropas, era de su cuenta, mientras íbamos con él, el pagar también a los zuavos y *Guías.*

Nosotros hacíamos lo que nunca se hizo en el Cuartel Real durante toda la estancia de Carlos en España, y es: pagar nosotros mismos todo el pienso y forraje de nuestros animales y toda la manutención, la nuestra y la de nuestra gente.

Luego dijo Savalls que antes de nuestra entrada en España estaba todo el país animadísimo; que por donde él se presentaba, la gente se mostraba feliz y entusiasta —aseguraba—, pues ya se sabía que llegando él, al día siguiente había combate; que desde que nosotros vinimos era lo contrario; que se acabó el entusiasmo; que el país estaba abatido y desanimado; que con nosotros nada se podía hacer; que por todas partes éramos un obstáculo con nuestro Cuartel General. ¿Y qué decir, entonces, respecto al Cuar-

tel General del jefe, Savalls, que no era General en jefe y arrastraba, sin embargo, tras sí la mar de gente, alguna de ella inútil?

En cuanto a sostener que éramos un obstáculo, basta decir que cuando había combate era siempre nuestra pequeña escolta de zuavos y guías la que entraba la primera en la pelea, mientras nosotros, cuando no se trataba de la reserva estratégica a mantener inmediata al combate, pronta a intervenir en él, no guardábamos a nuestro lado más que al corneta de órdenes. Respecto a combates, era siempre mi marido quien los anhelaba y buscaba, mientras que Savalls les ponía rémoras. Savalls hacía lo posible por inculcar en sus soldados la idea de que nuestra presencia era perniciosa. Felizmente, no lograba persuadir de esto a nuestra bonísima gente. Al lanzarnos Savalls sus insidias ante los señores que indiqué, hacía Alfonso esfuerzos sobrehumanos para guardar su sangre fría, sin prescindir, sin embargo, de contestarle, con toda calma, las claras.

En cuanto a la insubordinación de ese General, en otros tiempos hubiese empleado Alfonso medidas enérgicas y le hubiera obligado a obedecer, como lo hizo más tarde en diferentes ocasiones; pero ahora se trataba de evitar cuanto pudiera causar un escándalo y no dar al enemigo, en las críticas circunstancias presentes, una idea desfavorable de los carlistas, y, sobre todo, por no disgustar a su hermano. Así, dejó creer al público que el estado de salud de Savalls exigía, de veras, un descanso; pero resolvió poner todo en conocimiento del Rey. Para sus adentros decía mi marido:

—Poco a poco lograré tomar las bridas en mi mano.

Monsieur de Caseneuve fué con su asunto al Norte y Alfonso le encargó que explicara a Carlos la situación.

CAPITULO XVI

SIGUE ABRIL DE 1873

El General Velarde nos persigue implacablemente.— Marchas y contramarchas.—Peligros y fatigas.—Desaliento

El día siguiente, domingo 20 de abril de 1873, fué el de separarnos de Savalls, quien, hasta lo último, desempeñó su papel, pues la víspera convino con Alfonso en que la misa militar dominical debía ser celebrada a las cuatro de la mañana; en su consecuencia, nos levantamos a las tres y media; pero Savalls continuó durmiendo, y no se pudo decir la misa hasta las siete y media, rompiéndose la marcha después de las nueve. Fuimos con Savalls a San Quirse y supimos allí que Miret estaba lejísimos y muy por abajo, hacia la parte de Villafranca del Panadés. Alfonso había ya preguntado al Teniente coronel Camps si estaba conforme en llevarnos a buscar a Miret, es decir, si creía que esto pudiera lograrse, acompañados sólo de quinientos hombres, de los que trescientos eran de él, de Camps, y los doscientos restantes zuavos y *Guías del Infante*, como ya lo dije. No era tarea fácil pasar con tan poca gente, cuando por todas partes había tan fuertes columnas. Pero el excelente Camps contestó que lo emprendería, con la ayuda de Dios.

No había que hacerse ilusiones; íbamos hacia una cruel persecución, una lucha a muerte. Velarde, el nuevo General en jefe enemigo, Capitán general de Cataluña, era un militar de los más capaces y enérgicos; tenía, comparativamente a los carlistas, mucha más tropa a su disposición e iba a emplear todos los medios para acabar con nosotros. Se propuso ejecutar sus proyectos en el más breve plazo, y aunque Savalls nos había dicho que nadie iría tras nosotros, y que sólo a él era a quien perseguirían, pronto

se vió que fué al revés. El objetivo de Velarde era que desapareciésemos nosotros dos.

En San Quirse nos despedimos aquel día de la valiente, lealísisima, adicta y admirable escolta de honor que formó, para nosotros, un gran grupo de propietarios, no militares, de la provincia de Gerona y a quienes ya nombré en un principio, la cual, desde que nos reunimos con nuestras fuerzas, nos acompañó constantemente, sufridos e infatigables, tomando a su cargo los gastos del equipo y manutención de sus personas y monturas. Apunto este último detalle, aunque fueron numerosos y crecidos los sacrificios pecuniarios que hicieron antes y después por la Causa, que el gasto que digo no era digno de mencionar. Ellos, como tantos otros generosísimos catalanes, dieron dinero a la Causa a chorros.

Entre los de la escolta de honor sonaban los nombres de nuestros primeros compañeros en tierra catalana: el de don José Solá, de Olot; de los hermanos Puigvert (uno de ellos, don Buenaventura, nos guió en el paso de Francia a España), de don Francisco Cunill y de don Félix Oliveras.

Dejamos también en San Quirse a don Vicente Ruiz, secretario de campaña de mi marido, el que hasta entonces hizo esfuerzos heroicos por sobreponerse al mal que le convertía en tortura las naturales fatigas de la campaña. El Coronel don Domingo Caralt se fué también por su lado. Guardamos con nosotros unos días, aun, al viejo General Torres, que había sido Comandante general de Lérida y conocía bien aquel país; al ser relevado de aquel mando lo tomó Alfonso como su Ayudante de campo y con él quedaba su oficial de órdenes, el Comandante de Estado Mayor don Joaquín Martín, un joven navarro que reunía todas las cualidades y más tarde nos prestó inapreciables servicios. También quedó con nosotros el Coronel Redondo, Comandante de nuestra microscópica escolta de caballería, antiguo Guardia de Corps de Fernando VII y que en Roma ya había sido íntimo amigo de Alfonso; y, por supuesto, siguió el jefe del Estado Mayor General, el General Larramendi, quien por una corta temporada trajo a sus dos hijos, aun niños. Venía igualmente el oficial de órdenes de Alfonso, Teniente don Francisco Javier Dalfau.

Antes de que nos fuéramos dijo Savalls a don Manuel Echarri (quien desde la niñez de Alfonso le acompañaba y ya había sido el hombre de confianza de nuestro abuelo Carlos V y luego el de Carlos VI), que estaba seguro de que le echaríamos de menos (a Savalls) y que no sabríamos cómo pasarnos sin él.

¡Este hombre, que creía que nos era indispensable, que no

había seguridad para nosotros sino a su lado, nos abandonaba de esta manera!...

Acompañados de nuestra pequeña fuerza, guiados por el Teniente coronel Camps, que nos hizo de ángel de la Guarda con el corazón, la cabeza y la voluntad, nos dirigimos, primero a Alpens, para ir luego adelante hasta encontrar a Miret. Savalls aseguró que no había columnas en los alrededores de Alpens y que de Vich no se tenían noticias, prueba de que la columna no se movió de allí. Pero como el día anterior por la noche, víspera de nuestra marcha para Alpens, en San Pedro de Torelló, ignoraba aun aquel General que Velarde estuviese en Vich así pensamos que ignorase también los movimientos posteriores de la columna.

El domingo, 20 de abril de 1873, hacia las cinco de la tarde, salimos de San Quirse, separándonos, por fin, de Savalls, quien en este momento no sabía que la columna había salido de Vich, ni aun que se preparaba a hacerlo, mientras que antes de llegar a Alpens nos previno un confidente de Camps de que Velarde se hallaba en Prats de Llusanés con una fuerza de dos mil quinientos hombres (en cuanto a cifras de fuerzas enemigas me refiero sólo a lo que decían los confidentes) y nos aseguró que Velarde había salido a las diez de la mañana del mismo día de Vich; que se encontraba allí lo confirmaba también un parte de Velarde, fechado en Prats de Llusanés, y otro anterior en Vich, ambos interceptados por los carlistas.

El sistema de confidencias de Camps era maravilloso y en sus manos se estaba seguro de no despertarse con una sorpresa. Había combinación de columnas, y Camps preparó otra contramarcha distinta a la proyectada; el contramarchar fué tan espléndido que nuestra gente no comprendía dónde estábamos, y eso que ya nos encontrábamos tocando al sitio destinado para pernoctar el lunes 21: la Pobla de Lillet.

Se dice: "Para muestra basta un botón", y, efectivamente, nos enseñó Camps un botón de la trama que tejía y seguiría tejiendo a fin de ponernos a salvo del enemigo e inutilizar los planes de éste, que quería cogernos en su red. También quiero dar como muestrecita de nuestras marchas, bajo el punto de vista topográfico (como distancia, la de aquel día no era de las largas), el extracto de la del 22 de abril.

La salida de la Pobla de Lillet era descansada, pues fué a las ocho de la mañana. Después de una hora de marcha vinieron unos confidentes a decirnos que una columna de dos mil quinientos hombres, bajando de Puigcerdá, y habiéndose dividido en dos, venía una parte por Bagá; la otra por Casteliar de Nuch y la Po-

bla de Lillet, mientras que una tercera columna debía subir de Berga. Cuando el confidente marchó de esta última población estaba el enemigo a punto de salir. También supimos por confidencias que una columna de dos mil y pico de hombres (según el confidente) se hallaba en la Seo de Urgel.

Continuamos nuestra marcha hasta cerca de Bagá, por donde debíamos de pasar. No lejos de este pueblo había una rectoría y algunas casas, en las que se hizo un corto alto. Antes de llegar allí hubo que atravesar un pequeño río. No había más que una palanquita chiquitita, muy movediza, de modo que sólo muy despacio podíamos pasarla uno tras otro para no caer al agua. Esta era demasiado profunda para vadearla. Las columnas estaban cerquísima. De un momento a otro podían cortarnos todas las salidas y cogernos en el cepo. (Las noticias de los confidentes de Camps eran siempre exactísimas, pero podía darse el caso de que también el enemigo combinase aparentemente una marcha para ocultar que emprendía una contramarcha).

En la rectoría nos paramos unos instantes para tragar a toda prisa unos huevos crudos y un poco de chorizo, mientras nuestros voluntarios hacían lo mismo. Apenas llegados a este punto, vinieron a participarnos que la columna salía de Pont de Ventí y que, al momento de recibir esta noticia, estaría a una media hora de nosotros y que tendríamos que encontrarnos, al mismo tiempo, con la que bajaba por Castellar de Nuch para la Pobla de Lillet, mientras que una tercera venía de Bagá y llegaría luego al lado mismo del pueblo.

Conque marchamos en el acto, y, pasando por Bagá, tomamos la montaña y trepamos por ella a pecho y sin senda. No se supo nada de nuevo de las columnas enemigas que habíamos dejado detrás, por el momento, ni siquiera pudieron gozar de nuestra vista. Después de algunas horas de marcha se dió un pequeño descanso en una pequeñísima aldea, donde no se veía casi más que la rectoría sentada en una lomita que erguíase como una punta sobre y entre unas montañas. Allí nos paramos unos tres cuartos de hora o por ahí, para que nuestra gente pudiese comer alguna cosa. Encontramos en este lugar una pequeña ronda con un recaudador; la dejamos atrás y seguimos, acabado el tiempo del alto. Dos huevos (crudos, por supuesto) y un átomo de queso fueron nuestra refección.

La marcha continuaba, siempre subiendo y bajando por terribles montañas, con caminos que es preciso haber visto para creer en ellos; a menudo había apenas el sitio para las cuatro patas del caballo y estas sendas colgaban por encima de espantosos precipicios. Después de algún tiempo, cogimos un chubasco y en un punto en donde todos tuvieron que bajar del caballo. Nos encontrábamos en un lugar donde la salvaje y angosta cañada desaparecía, es decir, no continuaba. Las dos hileras de montañas que formaban el desfiladero se tocaban ya y no había otro paso que un pequeño riachuelo y aun éste no pasaba derecho, sino con asustada curva, formando una pequeña cascada precisamente delante de la entrada, lo que estrechaba aún más a ésta. Por remate caía por encima de grandes pedazos de roca, de manera que no se sabía como pasar.

Fuí la única que quedó a caballo. ¡Honor a éste! Mi montura tenía el pie tan seguro como un hombre, pero parece imposible cómo pudo salvar este paso. A derecha e izquierda de nosotros inmensas peñas formaban una muralla infranqueable de gigantesca altura, impidiendo cualquier otro camino a aquel que quisiera llegar al lado opuesto de la garganta.

A las cinco de la tarde del día 22 de abril llegamos a Saldas, un pueblecito en lo alto de la montaña, a los pies de Vallsegre, una de las puntas más elevadas de esa sierra. El carlistísimo párroco mandó echar las campanas al vuelo; le suplicamos que hiciera callar a aquel confidente del enemigo, pero nada valió nuestro ruego, pues tanto más resonó su traidora voz por encima de los montes cuanto el cura no se dominaba su entusiasmo. Felizmente, a pesar de todo, no llegó el campaneo a oídos de ninguna columna. Pocos días antes había estado allí Castells haciendo de las suyas. Esta marcha la cito, según acabo de decir, como muestra de alguna típica, dado el terreno en que se efectuó. Por lo demás, fué corta. Es verdad que la noche que le siguió también lo fué, pues a las dos y media de la madrugada nos pusimos otra vez en camino habiéndonos acostado a las diez de la noche, porque Alfonso escribió aún las necesarias relaciones a Carlos y se ocupó de otros asuntos importantes.

Ahora quiero presentar otro botón de muestra respecto a ciertas marchas en las que el papel del enemigo contribuyó a darles interés, aunque no en el sentido de hacernos desear que se repitiesen a menudo.

Era el miércoles 23 de abril cuando salimos a las dos y media de la madrugada de Saldas y sin novedad respecto al enemigo. Como ya dije, podíamos contar en absoluto con la confidencia de Camps, que extendía la red de aquélla hasta la distancia de doce horas y disponía de los mejores confidentes. Como director de éstos tenía a un hombre relativamente viejo que servía a la Causa Carlista desde el principio de la guerra. Su adhesión sin límites,

su celo incansable, su valor y su habilidad nos prestaron imponderables servicios. Le llamaban *el avi* (el abuelo). Camps recibía por sus confidentes noticias de cada movimiento del enemigo, de manera que por esto podía combinar sus famosas contramarchas que nos ponían por momentos fuera del estrecho círculo en que nos encerraba Velarde y renovaba constantemente.

Hacia las nueve de la mañana, entrados ya en la provincia de Lérida, nos paramos en una gran casa de campo donde nuestros soldados pudieron alimentarse. Nosotros tomamos pan y chorizo y luego siguió la marcha. Al mediodía, poco más o menos, llegamos a San Lorenzo dels Piteus o, como también le llaman, de Morunys. Una bajada rapidísima llevaba a este pueblo, y nos paramos unos momentos en el alto para contemplar la posición de San Lorenzo, sentado en un hondo, mandando caminos a Berga, a Solsona y a otro punto que no recuerdo.

Es decir, que columnas enemigas podían alcanzarnos desde los diferentes sitios. Teníamos algunas, reunidas, según decían, bajo Velarde, en Berga y otros pueblos que no tengo apuntados, de modo que seguíamos dentro de la guirnalda de hierro. Estratégicamente era San Lorenzo el punto menos deseable para nosotros, pero los movimientos del enemigo no nos dejaban alternativa.

Entre nuestros zuavos se hallaba el Capitán Giner, alicantino, que había asistido a la tremenda sorpresa que sufrió allí el General Castells en 1872. Dejó éste el pueblo cuando todas las salidas estaban ya ocupadas por el enemigo; perdió mucha gente, incluso su Secretario, el bizarro Ferrer, de Vich, y estuvo a pique de quedar prisionero, pues habiendo caído dos veces del caballo, se dañó en un pie, sin poder adelantar, cuando el entonces Alférez Giner le salvó tomándole a cuestas y llevando a este hombre tan robusto y grueso monte arriba.

Entramos en San Lorenzo tras penosa bajada y fuimos a la rectoría, en la que almorzamos. Debíamos marchar a las dos de la tarde, pero cayó un fortísimo aguacero. No teníamos noticias ulteriores de las columnas, que supusimos habían quedado en los mismos lugares. Parecíanos que no tenía importancia el marchar una o dos horas más tarde con tal de llegar por la noche al sitio en que debíamos dormir. Camps y Alfonso estuvieron de acuerdo en esperar a que la tormenta pasase, y marchamos a las cuatro de la tarde.

Las columnas enemigas no nos dejaban libre más que un camino, que nos llevaba a una estrecha cañada, es decir, a un largo desfiladero. Durante mucho tiempo teníamos que ir de uno en uno.

De los lados se alzaba una hilera de montañas cuyas peñas caían a pico; era un profundo tajo, cuyo fondo se repartían el camino y un torrente. Así andábamos por este corredor entre dos altísimas murallas que ni a pie se hubiesen podido escalar. En la cumbre de estas dos paredes había una pequeña senda, la que, según confidencia recibida, podía a cada momento causarnos la sorpresa de ver aparecer en ella una fuerza enemiga por encima de nosotros, pudiéndonos achicharrar con certeros tiros dirigidos como al blanco.

Sin encontrar obstáculos seguimos nuestro camino. Después de algún tiempo llegamos a un puente que atravesaba el torrente o pequeño río (no sé si fué lo uno o lo otro). En el momento en que empezamos a pasarlo vimos venir sofocado al *avi*, quien, como ya dije, era el jefe de los confidentes de Camps, hombre de toda su confianza. Pálido como un muerto, dijo en voz baja algunas palabras a Camps y Alfonso. Este mandó detener un momento la marcha. Los soldados comprendieron en el acto, por la cara trastornada del confidente, que había novedad y que pasaba algo extraordinario. Yo también lo conocí, pero como estaba unos pasos más adelane no pude oír la noticia. Tras un momento de parada, un instante cortísimo, se continuó la marcha.

Alfonso y Camps vinieron entonces a decirme lo transmitido por el *avi*. Una columna de Berga se hallaba a la salida del desfiladero, acampada en el camino, con objeto de cerrarnos el paso. Ya no nos quedaba más que un corto trechito para encontrarnos con ella, pero no soltábamos del todo la esperanza de que, una vez fuera del estrecho, se nos ofreciera una escapadera. Según lo que había visto el confidente, era vana semejante esperanza. También sabíamos, por anterior confidencia, que no podíamos retroceder porque teníamos otra columna a las espaldas. Debíamos hallarnos prontos a abrirnos paso con una carga a la bayoneta y estábamos resueltos a ello, si Dios no nos salvaba de otra manera.

Sabíamos que no era posible otro género de combate. La columna enemiga debía ser más fuerte que la nuestra, y seguro también que, luego de romper el fuego, tendríamos que vernos con otras tropas adversarias y pronto nos hallaríamos cercados. Nuestra situación era de las peores; así, ni Camps ni Alfonso comunicaron a nadie, fuera quien fuese, lo que ocurría; sólo a mí me enteraron. Adelantamos, decididos a forzarnos el paso. Así llegamos a la salida del desfiladero, hallando allí completo silencio; Dios nos había amparado; la boca del estrecho estaba libre y pudimos trepar por agria cuesta, dejando atrás el horrible

apretón. Camps iba delante para guiarnos. A veces subíamos por una senda y a veces no era ni un trazado. Empezó a obscurecer cuando entramos en un pinar en que no se veía casi nada. La mar de leña seca entorpecía a menudo el suelo. Felizmente salió después un poquito de luna. Entre las nueve y las diez de la noche del 23 de abril llegamos a una gran casa de campo llamada "Guilañá".

Supimos luego que la columna procedente de Berga había acampado largo tiempo en el camino que debíamos pasar para cogernos; pero cayó el chubasco, y, como de los carlistas no había traza, así acabaron por cansarse los contrarios y, persuadidos de que no pasaríamos ya, se decidieron a no esperarnos, dejando el sitio muy poco antes de que llegásemos a él, puesto que el *avi* aun les vió en aquel punto. Si hubiéramos salido de San Lorenzo a la hora fijada, nos encontramos en la ratonera y *Pax Christi,* entonces, para nosotros. El confidente no hubiese tenido tiempo de advertirnos porque la columna engañó a todos con una hábil contramarcha.

Tuvimos la suerte de poder descansar por la noche; nuestros pobres soldados la tuvieron, no tanta como la merecían, pues no había paja y no tenían más que el duro suelo. ¡Y cuántas veces les tocó así! Y la pasada les pareció una delicia, pues hasta las seis de la mañana se pudo dormir.

Las noticias del día siguiente nos decían hallarse aún las columnas situadas de un modo desfavorable para nosotros; todavía nos cerraba su círculo, aunque dejando bastante espacio para que Camps pudiese combinar nuestras contramarchas. Se trataba de pasar el puente del río antes de que lo impidiese el enemigo y encontrarnos con el paso libre. Fué una marcha penosa para nuestra gente; continuas subidas, y cuando se llegaba a la cumbre con la esperanza de ver algo mejor, se encontraba uno con el mismo espectáculo: subidas y bajadas rápidas, sin interrupción; era desanimante. En ninguna parte, un pueblo; de cuando en cuando, una masía, en la que nada se encontraba para comer, y a veces ni agua. Al mediodía, sin embargo, llegamos a una casa donde nuestros voluntarios hallaron algo con que restaurarse y nosotros también un poco de chorizo y pan; el agua era mala, pero se pudo beber. Estábamos dominando algo que, desde arriba, parecía una llanura, y era la que iba hacia Solsona. Se veía perfectamente el castillo. Una arboleda nos escondía de la vista de la guarnición, etcétera. Nos paramos dos horas para no llegar antes de la puesta del sol. Al ponerse éste alcanzamos una masía muy grande y nos cupo la satisfacción de que nuestra gente encontrara paja en

abundancia, con lo que pudo pasar una buena noche. (No recuerdo el nombre y no lo apunté.) El jueves 24 de abril se fué desde allí Larramendi con una comisión para Carlos, pero en realidad para que éste le emplease.

Alfonso sentía tener que separarse de este leal General, pero comprendía que su decisión respecto a él era oportuna, vista la inmensa oposición que le hacían (aunque la gente recta e inteligente estaba a su favor). Trabajaban contra él con mil intrigas. Mientras se procedía abiertamente en este sentido con manifiesta insubordinación, Alfonso le conservaba para mantener el principio de autoridad y mostrar que no se dejaba imponer por los que debían obedecer, y tanto más cuanto que Larramendi no merecía esta oposición. Pero ahora que la atmósfera estaba más tranquila aprovechó Alfonso el momento adecuado. Larramendi era demasiado bueno y tomaba con exagerada humildad lo que hacían contra él, mientras que no debía haberse dejado poner el pie encima cuando le querían empujar otros. Hacía uso demasiado limitado de su autoridad, temiendo siempre excederse en sus derechos. Con esto creaba también dificultades a Alfonso, causándole más disgustos y trabajo.

A menudo se veía obligado mi marido a hacer él lo que era cosa de Larramendi, y esto únicamente por la razón que digo. Era un hombre de cualidades exquisitas, pronto siempre a sacrificarse cuando imaginaba evitar con ello discordias e historias. Mi marido le dió una carta para su hermano, explicándole nuestra situación, y, en corto, lo que nos pasó y cómo nos plantó Savalls y lo insolente que fué continuamente con él. Le dijo que, con quinientos hombres, se veía rodeado de miles; que nuestros pobres voluntarios iban reventados; que no sabía cómo pagarles, a falta de recursos (muchas veces Alfonso les pagaba de su dinero). Por supuesto, que escribió también que fué Camps quien nos salvó hasta entonces. Alfonso recomendó a Larramendi que representara también verbalmente a Carlos nuestra posición, suplicándole hiciera algo por nosotros.

También el 25 de abril continuamos dentro del aro de hierro del enemigo, aunque Camps esperaba sacarnos de él. Andábamos por la gran meseta que dominaba a Solsona, empezando la marcha hacia las cinco de la mañana con un viento glacial, llegando después al santuario de la Virgen del Milagro, en el que hicimos la adecuada parada para el descanso y alimento de nuestra tropa, y Camps nos participó que habíamos ya salido del círculo nefasto. Diariamente tenía este Teniente coronel de doce a quince confidentes en movimiento y éstos de talla, de modo que andábamos

bien enterados. A pesar de que por entonces sólo se trata de sostenerse, ya preparaban Camps y Alfonso planes respecto a una bonita operación para cuando nos reuniéramos con Miret. Aquel día no fué malo y llegamos a andar por terreno favorable y agradable: colinas con bosques y buenas masías. Era el país natal del General Tristany y al que a menudo solía venir con sus fuerzas. Se hallaba toda aquella parte entre Cardona y Manresa (Esta ciudad se encuentra a la izquierda del Cardoner, y la parte que cito ahora, Matamargó, etc., a la derecha.)

A la puesta del sol ya llegamos a Matamargó; esperábamos que en las cercanías estuviese Tristany, y Alfonso mandó en su busca, dirigiéndole la orden de que viniera a reunirse con nosotros; pero encontrar a Tristany era difícil. Cuando por la tarde llegaba a un sitio y uno quería encontrarle, al día siguiente, de madrugada, ya había desaparecido, y no se sabía por dónde, pues andaba como una máquina a la cual no faltaba nunca carbón. En cuanto a Miret, sabíamos que habríamos de encontrarle por aquellos días. Camps decía que si nos reuniéramos con Miret y Tristany podríamos dar una linda sorpresa al enemigo hacia Matamargó, cuando viniera a buscarnos aquí. Alfonso, entusiasmado con esta idea, ya se ponía a hacer proyectos con Camps.

Mi marido deseaba dar rancho a nuestros soldados los días que era más fácil alimentarles así; por ejemplo, donde para todos no se encontraba más que una cocina o no había dinero para pagarles. Nada perdían con esto, pues quedaban con lo que se les debía de sueldo; pero la idea de rancho les repugnaba, porque —decían— entonces serían *rancheros* y ellos se enorgullecían de ser *voluntarios carlistas*. También el llamarles soldados les hubiera ofendido profundamente. Así, que desistió Alfonso de infligirles un disgusto, a pesar de que lo propuesto hubiese constituído ciertos días una ventaja para ellos.

Se comprendía que las columnas enemigas seguían tejiendo su red; pero sin cansarnos pudimos evitarlas, gracias a la habilidad de Camps, y descansamos, magníficamente, en una gran casa, perteneciente a parientes del General Tristany, en Matamargó.

CAPITULO XVII

SIGUE ABRIL DE 1873

Velarde anuncia nuestro internamiento en Francia.—Siguen nuestras correrías por las provincias de Lérida y Barcelona

El día siguiente, 26 de abril de 1873, fué bueno también. Nos encontramos con el Coronel Miret y uno de sus batallones cerca de Saló (una gran casa de campo), en un altito descubierto, desde el que veíamos perfectamente Cardona y una grandísima extensión de terreno. Todo el mundo se puso contentísimo al verse otra vez entre una fuerza mayor (aunque no llegábamos apenas a mil hombres) y tener tal vez así la ganga de hacer algo más hermoso que huir. La idea de dar un golpe al enemigo nos entusiasmaba a todos. Creíamos encontrar al día siguiente a Tristany. Nos fuimos a Suria. Inmediatamente antes de llegar se pasa el río Cardoner. Nos recibió la mar de gente con el mayor entusiasmo, pues la población y sus alrededores eran muy carlistas. Nos hallábamos a una hora de Manresa, ciudad fortificada, pero de lo más antiliberal. La víspera pasó el vecindario momentos muy tristes. Un bando del General Velarde les decía que nos habíamos internado en Francia, y en una *orden del día* anunciaba gloriosamente aquel hecho, debido gracias a las operaciones vigorosas que había emprendido contra nosotros, y animaba a sus soldados a que continuaran como hasta el presente a fin de extirpar hasta el último resto de los carlistas. Para festejar el victorioso acontecimiento se dió en Manresa la orden de iluminar la ciudad.

Esto era el ayer, pero he aquí la segunda parte; como prueba patente de que Velarde se anticipó demasiado al anunciar su triunfo, nuestra huída a Francia, estábamos allí en persona a dar el mentís. En cuanto al bando tenía por objeto hacer saber el indulto que concedía a todos los carlistas que se presentaran con armas a las autoridades militares. Decía:

"Habiéndose internado en Francia Don Alfonso de Borbón, errante el cabecilla Savalls y diseminada su facción, atendiendo a las asertaciones del público para poner fin a la guerra, y queriendo dar una prueba más de la benignidad del Gobierno de la República, que sólo desea la prosperidad del país, en su nombre ordeno:

Artículo único.—Se concede indulto de los delitos políticos por ocho días después de la publicación de este bando a todos los carlistas que se presenten con armas a los Gobernadores Militares, Jefes de Columna y Comandantes Militares, exceptuando a los Cabecillas y desertores de la clase de tropa y oficiales, si los hubiera. Vich, 29 de Abril de 1873.—*José García Velarde.*"

Las felicitaciones que por el gran hecho publicado recibió le supieron, por supuesto, a rejalgar. Entre ellas, le remitieron de Barcelona el que me parece era segundo jefe de Cataluña, General Patiño, y el Presidente de la Diputación Provincial, con fecha 25 de abril, que conservamos con nuestros papeles. No puedo ya encontrar la orden del día de Velarde respecto del victorioso hecho.

El día de la llegada a Suria se tocaron otra vez, es decir, la primera vez después de los días de apuro, las cornetas. Fué un sentimiento de alivio para nuestros voluntarios el ver que ya no se tenía miedo a las columnas. Alfonso daba continuamente noticias a Carlos, tanto de lo que se refería al enemigo como a los nuestros. Tampoco el día siguiente, 27 de abril, no se iniciaba mal y gozábamos de más desahogo por parte del enemigo.

Era domingo el citado 27 de abril; tuvimos misa militar, y por la Fornellosa nos dirigimos a Calaf, una población de lo más regugular, casi, casi una villa, donde debíamos hacer noche y llegar aún en pleno día. En un pequeño alto recibimos la confidencia, cuya dirección ya había pasado de manos de Camps a las de Miret. No ocurría novedad, según los confidentes; continuábamos contentos en espera de un buen alojamiento. Llegados a las inmediaciones de la población, se adelantaron el aposentador, nuestro cocinero y algunos otros. De repente, cuando una lomita chiquitita nos quitaba la vista de Calaf, vimos volver a todo galope al aposentador, etc., y pronto siguió el enemigo.

Poco tardó en que resonaran los primeros tiros, y en este mismo momento quedó herido un caballo al lado nuestro. No sabíamos con qué fuerza contaba el adversario ni si venía en combinación con otras columnas que quizá nos flanqueaban. Nos hallábamos, poco más o menos, en llano, pero en parte, a derecha e izquierda de nosotros, alzábanse pequeñas alturas que el enemigo iba a ocupar poco a poco. Por remate, del lado por el que adelantaba el enemigo se ponía el sol, lo que impedía ver bien y hasta

apuntar, mientras que él nos divisaba a las mil maravillas. Hicimos fuego en retirada (digo hicimos, pero quiero decir que lo hicieron las fuerzas que venían con nosotros); después de alguna resistencia por parte nuestra, el adversario se cansó de empujarnos atrás y paró el fuego.

Anduvimos hasta alcanzar una gran casa de campo, en la que nos paramos durante una hora y pudimos cuidar provisionalmente a los heridos. Felizmente no había muchos y los mandamos, después de la primera cura, al sitio donde debían quedar por el momento.

Continuamos la marcha hacia Castellar, siguiendo un camino a menudo horroroso para llegar a aquellas pocas y míseras casas que, con su rectoría, formaban un algo parecido a un nido de águilas encaramado en un alto pico. Una rápida subida fué el fin de la penosa marcha, y los que anduvieron a pie llegaron medio muertos al lugar en que se hizo noche, que estaba ya bastante avanzada, atormentándonos a todos el sueño.

Nos alojamos en la rectoría. La contestación respecto a lo poco que se pedía fué, por parte del párroco, que nada tenía, que todo se había enterrado por miedo a las columnas enemigas, inclusive el burro, objeto de tablas de lo más primitivo con un puchero de barro para calentar la cama; felizmente no se pudo enterrar ésta, que consistía en un deforme saco asqueroso que nos pareció un pedazo de paraíso.

A las cinco de la mañana del 28 de abril hubo que levantarse otra vez, pero tuvimos luego que esperar la confidencia, así que no se pudo emprender la marcha hasta las seis y cuarto, aproximadamente. Ibamos hacia Suria. Después de hora y media se dieron unos instantes de alto; luego se siguió un trechito de camino cuando, de repente, vinieron a decirnos que se veía una fuerza a poca distancia, y, casi al mismo tiempo, llegó otro confidente para prevenir que el enemigo se dirigía hacia nosotros y se hallaba ya bastante cerca. Miret juzgó que lo mejor sería retroceder, lo que hicimos después de avisar a la guerrilla. Toda aquella parte estaba muy poblada de arbolado y creíamos que a ello era debido el no haber visto al enemigo. Repasamos por debajo de Castellar, pero atravesando el torrente, y delante de algunas dependencias del pueblo. Frente a este lugar subimos a la montaña. Llegados a un punto algo elevado, a la sombra y al abrigo de los árboles, tras andar por diferentes vericuetos, hicimos alto en espera de la guerrilla. Después de un rato llegó ésta y supimos que no hubo tal enemigo y que a la guerrilla la habían tomado por él, y ésta, al ver nuestra columna, creyó que fuese la del adversario. Así fué inútil todo el camino andado.

Al vernos ya en este sitio, propuso el Coronel Miret dirigirnos hacia el ferrocarril, pasar éste e ir a los alrededores de Castellfullit del Boix, ya que no se sabía la existencia de enemigos por aquella parte. Miret conocía perfectísimamente cada palmo de terreno en todo este país y la confidencia se hallaba en sus manos. Esta se encontraba mejor en las del Teniente coronel Camps.

Miret era un jefe superior a todo encomio, pero la confidencia no era su fuerte.

Continuamos nuestra marcha. Cuando pasábamos la vía eran entre diez y once, justamente por delante de un túnel que podía traernos un imprevisto encuentro con un tren. Las Compañías de ferrocarril prometieron no transportar tropas, y, en vista de la palabra dada, Alfonso decidió no inutilizar las vías y permitir la circulación de los trenes. De cuando en cuando, quedaban éstos suspendidos por nosotros, pero sin causar desperfectos que hicieran imposible el tráfico. El sitio por el que atravesamos aquel día la vía era, me parece, no lejos de Rajadell.

Al mediodía nos encontramos en una grandísima casa de campo (no apunté el nombre de ella y así lo he olvidado). Se hizo un alto y continuamos luego hasta Castellfullit del Boix, alojándonos en la rectoría, rodeada de unas tres o cuatro casas. La marcha no fué larga. Con los anteojos de campaña vimos una columna enemiga en la carretera de Manresa.

La vista que se tenía desde aquel pueblo era de las más extensas, pues nos hallábamos a bastante gran altura. No contábamos con una visita inoportuna por parte de la columna que habíamos visto. Estaba también muy lejos, y nosotros nos encontrábamos en un punto muy elevado sobre ella. Alfonso decidió pasar la noche en Castellfullit del Boix, puesto que nos hallábamos en excelente posición estratégica y casi en la cumbre de una montaña, por lo que era fácil descubrir al enemigo, si viniera.

Sin embargo, a la mañana siguiente, 29 de abril, supimos que durante la noche subió el adversario a más de la mitad de nuestra montaña; quería darnos una sorpresa. Parece que sus vanguardias llegaron cerquísima de Castellfullit, pero, al ver las nuestras, se creyeron descubiertas, y un ataque nocturno en estas posiciones y sin haber logrado sorprendernos les pareció, sin duda, arriesgado, así que se retiraron antes de que se conocieran sus intenciones y su aproximación.

Marchamos muy temprano, por la mañana, a Odena, junto a Igualada. En Odena había gran carlismo y fuimos recibidos con mucho entusiasmo, y también de Igualada, ciudad fortificada, vino numerosa gente a saludarnos. Algún tiempo después de nuestra

llegada a Odena supo Miret que una columna enemiga se encontraba en la carretera de Igualada y cerca de esta población, y dicho Coronel decidió en el acto cortarla, impidiéndola que entrase en aquella ciudad. A este efecto, salimos otra vez de Odena y fuimos a emboscarnos en un arbolado, no muy lejos de este punto, donde debíamos esperar noticias del enemigo, y, como consecuencia de éstas atacarle. Permanecimos algunas horas en el bosquecito. De una casa de campo vecina, cuyo amo era de lo más carlista, nos trajeron ricamente de comer, mientras que nuestros voluntarios comían ellos también. Si aquel buen propietario no se hubiera acordado de nosotros no hubiéramos, probablemente, podido contentar nuestro estómago, pues el encargado de esto, nuestro cocinero, se ocupaba poco de ello y nadie se veía tan mal provisto de pequeñas provisiones para el camino como nosotros en las marchas, cuando no se hacía alto en alguna casa.

Después de haber esperado bastante tiempo supimos que lo habíamos hecho en vano, porque la columna enemiga había entrado en Igualada ya, haciéndolo por otro camino, así que tomamos nosotros el de Capellades, al que conducía, desde Odena uno bastante descubierto, es decir, demasiado descubierto para tener que pasar tocando a Igualada, como teníamos que hacer; pero pudimos aprovechar la mayor parte del tiempo unos huecos del terreno formados por el río o unos barranquillos, y andando así, íbamos escondiéndonos de la vista del enemigo que se hallaba en Igualada. Luego entramos en un bosquecito de pinos, en el que paramos un poco para formar la tropa, ya que debíamos ir prevenidos contra un ataque de nuestros adversarios. Después de esto, salimos, otra vez, de la arboleda, continuando siempre hacia Capellades. Pero, a pesar de andar y andar, aun nos encontrábamos constantemente al lado de Igualada, que teníamos luego a nuestra derecha, separada por unos campos y no demasiado a la vista, pues nuestro camino iba más bajo y con lindes de matas, cuando de repente se oyó decir:

—La tropa sale de Igualada.

A poca distancia de nosotros pasaba la carretera de Igualada que debíamos atravesar, y en ella apercibimos la diligencia que se dirigía a esta población. Alfonso envió unos hombres a caballo a detenerla y así la alcanzamos, lo que fué de lo más divertido; los viajeros se mostraban temblorosos a nuestra vista, que les hacía el efecto de una aparición, puesto que sabían por los anuncios de Velarde que habíamos huído a Francia. Entre los más atacados de susto se hallaba un médico de Igualada, que se distinguía por su propaganda anticarlista y al que todos conocían como rabioso re-

publicano. Sin duda que en el interior de la diligencia habría hecho alarde de su fobia. Se le mandó bajar del coche, anunciándole que se le obligaba a hacer una marcha con nosotros. De pronto, creció el estupor entre los demás viajeros. El oficial de órdenes de Alfonso, don Francisco Javier Dalfau, vió entre los pasajeros a dos señoras conocidas suyas y les aseguró que luego seguiría el viaje su curso normal. Entonces se viajaba mucho en las diligencias porque desde que los ferrocarriles no funcionaban, por temporadas era aquél el camino que se debía tomar de Barcelona a Zaragoza, y viceversa. A las diez de la noche llegamos a Capellades, una pequeña villa muy liberal, y no pudimos alojarnos hasta muy tarde.

Al día siguiente, miércoles 30 de abril, nos pusimos en marcha a las cinco y media aproximadamente de la mañana, después de que se soltó al médico propagandista para que pudiese volver a Igualada. El hombre imaginó, ciertamente, que se le fusilaría.

Nuestra marcha nos llevaba un tanto a la aventura, porque el enemigo era el amo; nosotros fijábamos un punto y luego los movimientos de las columnas nos lo hacían cambiar, y después de una porción de contramarchas llegábamos, precisamente, a otra parte. Según las confidencias recibidas en camino, nos dirigíamos y llegábamos, o no llegábamos, al punto de destino. Aquel día hubo también mucho que andar y pocos descansos. Alfonso cuidaba, sin embargo y con gran empeño, de que nuestros voluntarios disfrutasen del rato que se les podía conceder y miraba por que les fuese posible alimentarse donde fuera dable, combinando para esto los descansos en los sitios donde pudieran encontrar algo para comer. Por la mañana tuvimos una parada en San Quintín, donde se comió, y dos horas después, en una gran casa de campo, perteneciente a la hermana de Miret. Como prueba de que también ese día se andaba fuerte, era que el caballo de Alfonso, valiente y sólido animal, estaba tan cansado, que Alfonso tuvo que andar mucho tiempo a pie, no queriendo quitar la cabalgadura a otro. Por fin, consintió en montar el caballo de un oficial de nuestra pequeñísima escolta de caballería, quien tomó el caballo de un corneta.

Por un camino, el peor que se puede pensar, llegamos, después de horrible bajada, a las seis y media de la tarde, a la Llacuna. Habíamos andado todo el día con poquísimos descansos, y así la víspera, desde Odena, y nos encontrábamos, otra vez, a dos horas de Igualada. La Llacuna era un pequeño poblado, en un ensanche del terreno formando un llanito, pero casi todo rodeado de montañas. Se hallaba a dos horas de Igualada, desde donde se podía llegar por el camino principal sin pasar por la montaña.

CAPITULO XVIII

MAYO DE 1873

Penosa marcha nocturna.—Se frustra un segundo atentado.—Nos vemos obligados a separarnos de Camps y a reducir nuestra columna

Al día siguiente, jueves 1 de mayo, nos pusimos en camino, a las ocho de la mañana, emprendiendo una de las marchas más memorables de nuestra campaña. Después de algunas horas de andar, hicimos un pequeño alto en un bosquecito, encima de una alturita. No nos paramos más que un cuarto de hora; luego continuamos hasta Tous, adonde llegamos hacia la una del día. Según las confidencias que recibimos en camino, había, otra vez, muchas columnas en los alrededores. En Tous se dió un descanso de tres cuartos de hora. En el momento en que nos pusieron la comida en la mesa, componiéndose las viandas de un plato de arroz, vino un confidente con la en aquel instante muy inoportuna noticia de que Velarde se encontraba con cinco columnas en Igualada para dirigir sus operaciones contra nosotros. Ignoro hasta qué punto era exacto lo que se nos dijo, es decir, si eran precisamente cinco columnas; de todos modos, era demasiado enemigo para nosotros.

En Tous nos encontrábamos cerca de Igualada y estimando la distancia que nos separaba de aquella población, podíamos calcular que Velarde estaría dentro de tres cuartos de hora en Tous (no sé si el jefe enemigo era Velarde en persona, como lo aseguró la confidencia; para nosotros era igual; lo cierto es que las operaciones iban mandadas por ese General). Conque, ¡adiós arroz!, y ¡a seguir la marcha! Por lo menos, tuvimos el consuelo de pensar que les fué mejor a nuestras tropas porque todos se despabilaban más a prisa que nuestro cocinero.

Hicimos varias contramarchas y en una de ellas llegamos a la carretera de Igualada, en la que seguimos un trechito para entrar luego en un bosque. En esto recibimos una confidencia, según la

cual una columna suelta, sin combinación, debía ir a Igualada y atravesar por la carretera un paso muy estrecho, el cual, de los dos lados, tenía espeso bosque. Alfonso, entusiasmado, decidió en el acto, con Miret, el dar allí un buen golpe. Los dos se entendían siempre a maravilla cuando se trataba de alguna cosa de este género, y ambos disfrutaban con el mismo placer con estos proyectos. En seguida combinaron un plan: sorprender y copar aquella columna aislada, si se podía, antes de que llegasen las demás. Para una buena sorpresa había tiempo de todos modos, y el lugar no podía ser mejor.

Encantados, continuamos lo más aprisa posible nuestro camino, a fin de llegar en el momento debido a aquel famoso puesto; pero fué preciso hacer aun una pequeña contramarcha y trepar, a causa de esto, por una mala y grande subida en el bosque, sin senda, lo que se hizo bastante difícil por la gran abundancia de matorral y arbolado joven. Bajamos luego a un profundo barranco para volver a subir, otra vez, cuesta arriba. Perdimos, por un momento, la dirección; pero la encontramos pronto. Bajando, hubo que parar un poco, pues una parte de la fuerza había tomado diferente camino, y se veía precisamente en la imposibilidad de atravesar un río y un precipicio, teniendo que retroceder un trecho para encontrar el paso. Por fin, llegamos al precioso sitio tanto considerado estratégicamente como de linda vista.

A derecha e izquierda de aquel paso de la carretera había un barranco muy rápido y estaba en ciertos puntos como cortado en la tierra. Tenía la altura de varios hombres; era un sitio ideal para el fin propuesto. Se pensaba dejar pasar primero a la vanguardia enemiga y luego caer sobre la columna, a la que se atacaría desde los dos lados, cortándosele, si era posible, el paso, así por delante como por detrás.

Entretanto, fuimos a emboscarnos. Hacía poco tiempo que nos hallábamos en este buen punto cuando vino un confidente y nos dijo que la columna enemiga había tomado diferente dirección y que ya no pasaría por allí, y en cuanto a nosotros, nos previno el confidente que teníamos otras varias en los alrededores. Pasamos, entonces, la carretera y continuamos un trechito hasta pararnos unos instantes delante de una pequeña casa de campo, en la que tomamos un confidente.

Alfonso y Miret reflexionaban sobre dónde ir, y lo que era seguro es que habríamos de andar toda la noche, vista la mala situación en que nos hallábamos. Velarde tendía sus redes alrededor nuestro. Hacía el efecto como cuando salen los pescadores con sus lanchas cargadas de redes largas que echan al agua rodeando una gran extensión de ésta. Eramos la pesca de Velarde; pero felizmente estábamos mejor enterados que los pobres animales del mar.

Fuimos a Copons, donde llegamos a las siete y media de la tarde. Allí debía cenar la gente y descansar un rato y también nosotros tomar una refección. Bajamos en casa del párroco, muy carlista, pero muy enfermo de un ataque de apoplejía. A nuestra llegada nos saludó el Alcalde, con los ojos puestos en blanco y contorsiones del espinazo. Devotamente nos besó las manos, asegurándonos que en todo y para todo estaba a nuestra disposición. Mientras, los enviados de este Alcalde iban hacia Velarde (o quien fuera el jefe; nos decían que era Velarde) a enterarle de nuestra llegada y de cuantos detalles podía dar relativos a los carlistas. Gracias a la previsión de Miret, todos aquellos confidentes fueron enviados para nada, porque ya este Coronel había dado orden a una pequeña ronda de vigilar el camino y arrestar a todos los que fuesen sospechosos. En cuanto a él (a Miret) logró apoderarse de soslayo de la estampilla de la Alcaldía de un pequeño pueblo vecino y la estampó sobre una relación que compuso él y mandó a Velarde.

Le daba noticias de los carlistas y le indicó el lado hacia el cual nos dirigíamos. Por supuesto, era el opuesto al que tomábamos. La firmó con el nombre del Alcalde y debía llegar a poder de Velarde así que abandonásemos Copons. Durante nuestra parada en la rectoría fuimos a visitar al rector en su cuarto; cuando volvimos al nuestro nos transmitieron la noticia de que Velarde se dirigía ya a Copons para sorprendernos aun la misma tarde. Alfonso ordenó dejar aún el tiempo estrictamente necesario para que los soldados pudiesen comer alguna cosa; que se tocara luego retreta, lo que significaría llamada, y a ese toque se reuniesen todos en la plaza. Al toque de silencio saldríamos del pueblo. Así se hizo. A las ocho y media se tocó retreta. Tuvimos aún que esperar media hora en la plaza, pero no por culpa de nadie. Tocó el corneta silencio y salimos con esto de Copons, efectivamente, en el más profundo silencio.

La salida fué poco satisfactoria para nuestros estómagos, porque nuestro cocinero (según el método adoptado por él) estaba pronto con su plato cuando debíamos de marchar, y, sin embargo, no fué complicado su manjar. Otra de sus costumbres era la de no ocuparse generalmente de las provisiones que se debían adquirir. Así que, por costumbre, quedábamos los menos alimentados en las circunstancias en que había que apresurarse. Felizmente, ninguno

de nuestros soldados tenía que andar con el estómago tan ligero como el nuestro.

En seguida de salir de Copons subimos una gran cuesta que duró bastante tiempo. Después de dos horas de marcha, se dió un alto de tres cuartos de hora. Antes de continuar mi relación de esta noche, tal como la pasamos nosotros, tengo que contar cómo se realizaron los planes de Velarde y se efectuó su ensueño, según nos lo refirieron los testigos.

El enemigo había oído tocar retreta, luego silencio, y creyó llegado el momento de sorprendernos. Vino muy sigilosamente y rodeó todo el pueblo. Se colocaron también algunos cañones en las afueras de éste. Cuando supusieron que todos dormíamos se precipitaron los adversarios en las calles de Copons y, según nos dijeron, parte de ellos con bayoneta calada. Al ruido de los que *asaltaban* se abrieron las ventanas de las casas y los habitantes, la mayoría de ellos en traje nocturno, aparecieron, curiosos, a ver lo que pasaba. A sus preguntas contestaron los soldados:

—¿Los carlistas?

Pero la respuesta fué que llegaban tarde, que los carlistas habían salido ya del pueblo. Parece que el enemigo estaba furioso. ¡Hasta cuerdas habían traído algunos para amarrarnos, y ahora todo su gozo en un pozo! Según se dijo, Velarde o algún otro jefe fué engañado por el parte falso que Miret le mandó, lo que resultó una gran ventaja para nosotros, pues no supo la dirección que hubiera debido tomar para perseguirnos y que ignoraban también los del pueblo.

Mientras tanto seguíamos nuestra marcha nocturna. Durante el alto de tres cuartos de hora que mencioné todo el mundo se tumbó en el suelo para dormir. Se había dado la consigna de que, a falta del toque de corneta, del que había que prescindir, naturalmente, el primero que hubiera sido despertado tocaría a su vecino, y así sucesivamente. Apenas estuve yo extendida en el suelo entre nuestros soldados, me quedé dormida, como si estuviera en mi cama, hasta que me sentí tocada por alguien; ¡era la señal!, y en un instante me encontré de pie.

Continuamos en dirección donde suponíamos que no había enemigos. Anduvimos, anduvimos sin parar. El terreno que atravesábamos era casi llano, pero desigual; perdimos varias veces el camino; continuábamos como podíamos, a través de los campos, sin saber dónde estábamos. Una parte de las fuerzas vagaba por un lado, otra por el otro y aun quedaban algunos por detrás y, como estaba obscuro, no sabían de qué modo alcanzar a los demás. Muchos de nuestros pobres voluntarios andaban cual sonámbulos;

iban durmiendo, ignorando a qué lado se dirigían; parte de los demás los seguía. Se notaba, de repente, que faltaba tropa; no se sabía dónde nos hallábamos con la parte que nos seguía, mutuamente nos buscábamos, y así, siempre, nos perdíamos más.

De cuando en cuando un hombre dormido se caía a todo lo largo, se levantaba maquinalmente otra vez, soñoliento, y continuaba inconscientemente la marcha; pero, después de algún tiempo, notaba que no había levantado su fusil con él.

De repente, el caballo de Alfonso bajó, de un salto enorme, a una profundidad, y mi marido no comprendía dónde se habría podido meter su animal con él, si en algún agujero o en otra parte; luego descubrió que fué sólo que había saltado una pared. Atravesábamos campos en forma de terrados, que se escalonaban contra taludes y pequeños barranquitos, y la tierra era sostenida, a veces, por medio de paredes. Poco después pegó mi caballo un brinco formidable, pero éste en alto. Fué también uno de esos muros el que lo causó; sólo que el caballo, en vez de bajarlo, lo subió. Adelantábamos como podíamos; a cada momento, se decía:

—¡No hay nadie que siga por detrás!

Y en otros momentos:

—¡No hay nadie por delante!

No se podía llamar en voz alta ni hacer ruido, porque se ignoraba el paradero del enemigo. Para remate, era una noche atrozmente obscura. De cuando en cuando salía alguna estrella, pero no nos hacían ver más que sombras lo que teníamos muy al lado.

Por fin, gracias a Dios, nos encontramos otra vez reunidos y pudimos continuar todos juntos por un camino. Unos instantes después oímos como el sonido de una corneta que nos llegaba de un pequeño poblado no lejos de nosotros. En un principio fué poco agradable la impresión que nos causó, dada nuestra situación entonces; pero supimos después que había sido la señal del sereno. Continuamos por un rato la marcha, cuando descubrimos, con sorpresa y disgusto, que nos hallábamos en el mismo sitio que media hora antes habíamos dejado. También encontramos, contra nuestra voluntad, un pequeño poblado, cuando tratábamos de evitar toda habitación humana para que no nos pudiesen denunciar. Repetidas veces aún nos llevó nuestra marcha a los mismos puntos por los que ya habíamos pasado. ¡Cuántos trechos hechos en vano!

En uno de estos casos, no sabiendo ya dónde nos encontrábamos, vimos a corta distancia, a nuestra izquierda, un pueblo con traza de ser crecido, a juzgar por algunas luces que veíamos. Se conoció luego ser Prats de Rey, distante una hora u hora y media

de Calaf. De pronto, oímos, a través del silencio de la noche, una campana. Eran las dos y media. Esto nos dejó perplejos:

—¿A qué santo tocaban en Prats de Rey? ¿Nos habían descubierto, tal vez, y tocaban a Somatén? ¿O andaba alguna columna por aquellos alrededores y el tañido de la campana sería una señal? No nos parecía saber que hubiera convento alguno en Prats de Rey, y ¿quién otro que frailes o monjas iría a la iglesia a hora tan temprana? De todos modos, en nuestra situación, nos hizo poca gracia aquella lúgubre campana. Nunca supimos lo que fué.

Tomamos el camino a la derecha de Prats de Rey y sin percance seguimos adelante. A cada momento me dormía y, cuando Alfonso, siempre alerta, se apercibía de ello, era preciso que me pellizcara con toda fuerza hasta lograr despertarme. Alerta iba también el asistente inapreciable, Sixto Molar, siempre al lado de mi caballo, y haciendo esfuerzos, tirándome de la amazona para ahuyentar mi sueño. Cuando empezó a amenguar la obscuridad parecía verse colinas, que desaparecían al llegar a ellas, convirtiéndose en insignificantes relieves del terreno. Eran como un espejismo. Por fin, a las cinco de la madrugada del 2 de mayo de 1873 llegamos, realmente, a las colinas, y no lejos de allí estaban los montes que esperábamos alcanzar durante la mañana. No eran altas las montañas, sino cordilleras bajas, cubiertas de bosques, con caminos a veces horribles, orillados de barrancos, con a menudo, buenas posiciones. Total: un terreno de lo más favorable para nuestro género de operar y que ofrecía la mar de sendas para las contramarchas. No había casi pueblos, y sí, en cambio, grandes casas de campo, caseríos desparramados. Sobre este terreno ideal se podía llegar casi hasta Suria; sólo que este pueblo se hallaba al otro lado del Cardoner. Podía irse a Matamargó, etc., etc., a todas aquellas masías hospitalarias, para nosotros inolvidables.

En ellas se alojaba, a lo mejor, entero un batallón, y encontraban de qué alimentarse bien. Todo esto en el lado derecho del Cardoner, en donde nos encontrábamos en aquel momento.

Al hacerse de día nos apercibimos de que faltaba la vanguardia. Dejamos entonces atrás a los demás y nos adelantamos al trote para ver si la encontrábamos. Fuimos así hasta el ferrocarril y en él la hallamos, con nuestra mayor alegría. Hacía poco que había llegado allí, e ignoraba qué camino habíamos tomado; tuvo la buena idea de sentarse y esperarnos. Cuando los demás nos alcanzaron continuamos un trechito sobre la vía; luego dejamos ésta y se dió un pequeño alto, el primero desde las once y media de la noche. Nuestros pobres voluntarios estaban muertos de cansancio, varios de ellos sin fusil. Por supuesto, que no se les hizo

responsables de ello, porque era de prever, y la marcha que hicieron fué de un esfuerzo casi sobrehumano.

Por fin, llegamos a Aguilar, situado en un alto, a las siete y media de la mañana. Se componía de la rectoría y tres o cuatro casas más. Era el viernes 2 de mayo. Todo el mundo descansó, comió y se repuso algún tanto. Según las noticias recibidas, nos seguía el enemigo en combinación y a corta distancia. Así que marchamos a las tres de la tarde para la Fornellosa. Aquí debíamos descansar hora y media, según lo fijado; pero, en vez de esto, hubo que montar otra vez a caballo, porque el enemigo nos obligó a ello. Tuvimos el disgusto de tener que dejar allí al excelente, fidelísimo asistente Sixto Molar, quien, de repente, cayó desmayado en la cuadra, sacudido por fuerte calentura que en el acto le privó de sentido. Decidimos esconderle en una casa, cerca de la en que nos hallábamos en aquel momento, luego de haberle hecho transportar de masía en masía, según requería su seguridad. Después de haber esperado algún tiempo en el patio la llegada del guía, salimos de la Fornellosa con nuestras tropas. Nos paramos junto a las últimas casas del pueblo, pues el guía no había llegado aún y nos faltaba también la confidencia.

No fué agradable esta parada, porque sabíamos que se hallaba muy cerca el enemigo y también, casi con seguridad, que el punto de sus miras era aquel donde estábamos. Después de una hora de espera a caballo, vino, por fin, el guía. Era completamente de noche todavía cuando pudimos ponernos en movimiento. Según las confidencias recibidas, se debía prever que, a lo menos, gran parte de aquélla la pasaríamos en marcha; estaba muy obscuro, aunque de cuando en cuando salía un poquitín la luna.

A veces seguíamos un camino malísimo. Bastante avanzada la noche pasamos ante una grandísima masía, donde todos dormían, excepto los perros; seguimos, y a distancia ya de ella se dió un descanso de un pequeño cuarto de hora, bien poco, dado el cansancio de los pobres chicos; pero éstos continuaban animosos. En una malísima bajada en medio del bosque perdimos la retaguardia, pero pudo encontrarnos, es decir, alcanzarnos. Muy cerca ya de la casa señalada para dormir lo poco que quedaba de la noche, tuvimos que entrar en un bosque tan espeso que, a pesar de aparecer entonces la luna, ésta no pudo forzarse un paso para penetrar en él. Todo aquello era negro como un pozo. El horrible camino estaba cubierto de raíces que sobresalían mucho de la tierra. Apenas podíamos adelantar.

Hacia las tres de la mañana llegamos a la meta de nuestras aspiraciones: la casa Claret, que parecía una pequeña fortaleza. Pa-

sando por una especie de tunelito, murallas espesísimas y luego un patio y puertas, y todo un conjunto que daba la ilusión de un pequeñísimo poblado, llegaba uno a la parte principal de la casa. Como dije, era una pequeña fortaleza en medio del bosque.

Después que Alfonso fijó lo necesario con Miret y se cercioró de que se habían tomado todas las medidas de seguridad, fuimos a acostarnos para levantarnos a las seis de la mañana.

Con fecha 2 de mayo de 1873 extendió Alfonso el nombramiento al Coronel Vallés de Comandante general de la provincia de Tarragona, a las órdenes del General don Rafael Tristany, quien era Comandante general de Lérida y Tarragona.

Luego de las siete de la mañana del día 3 de mayo nos pusimos en marcha. Al dejar la casa vimos junto a la salida un hombre bastante joven, muy bien puesto y que montaba un soberbio caballo negro. Nos dijeron que era un tal Auet, que había servido antiguamente con los carlistas; pero, aun en nuestra guerra, pasó al enemigo y mandó un cuerpo de *Voluntarios de la Libertad* contra los carlistas y ahora, decía, quería venir con nosotros. Su joven caballo lo había tomado a la tropa adversaria. Ya antes de ponernos en marcha insistió en hablarnos, pero le contestaron que Alfonso no tenía tiempo.

La situación estratégica del enemigo, que aun nos rodeaba, nos obligó a pasar otra vez el Cardoner. Entre las diez y media y las once de la mañana llegamos al punto señalado. La infantería pasó el río por la palanca y los que estábamos a caballo lo hicimos por el vado; había bastante agua en aquel momento y el paso no era del todo sencillo: la corriente rápida, el fondo cubierto de piedras resbaladizas; pero, ¡vamos!, no equivocando el sitio preciso al que dirigir al animal para evitar los sitios peligrosos, no había cuidado. Cruzamos la carretera del otro lado del río (los cruces de éstas eran siempre algo expuestos en aquel tiempo de persecución). Después de andar corto trecho por el camino real, emprendimos la subida, y, al poco tiempo, hicimos el primer alto desde que dejamos la casa Claret.

Nos hallábamos delante de un gran caserío, pero sin entrar en él. Paramos media hora. Nos dirigimos luego hacia Castelladral, punto que se había fijado para hacer noche si el enemigo no nos lo impedía. Durante la marcha vi varias veces al recién llegado, el tal Auet, quien, sobre su hermoso caballo, no andaba lejos de nosotros. Por la tarde se dió otro alto en un bosquecito, y vinieron a prevenirnos entonces que se había descubierto que Auet venía con intención de asesinarnos. Querían fusilarle en el acto; pero Alfonso, por supuesto, prohibió rigurosamente que lo hicie-

ran, fuese lo que fuese, y ordenó que le llevaran con una ronda a no recuerdo qué sitio, donde se le formaría Consejo de Guerra en regla, y que sólo después de haber hecho todas las pesquisas para adquirir la certeza de su intento y de que se tuvieran todas las pruebas inequívocas de que quería cometer este crimen se cumpliese lo prescrito. Se envió entonces a Auet, con la ronda, a otra fuerza, y después de unas semanas supimos que se habían adquirido todas las pruebas de que venía a asesinarnos, y, así, fué condenado a muerte, y ya lo iban a fusilar. En aquel momento, uno de los soldados encargados de darle muerte se encontró con que había que quitarle primero la chaqueta y, al instante de hacerlo, Auet se escapó de un brinco y se salvó. Me alegré infinito cuando lo supe, porque aquel hombre a quien había visto tan a menudo durante la marcha y al que no encontraba cara de asesino me daba mucha pena.

Como descansos durante aquel día hubo, en todo y por todo, la media horita después de haber pasado el Cardoner; luego, en otro sitio, uno de media hora a tres cuartos de hora, y otro alto brevísimo; no se paró ni un minuto más hasta llegar a las seis de la tarde a Castelladral, donde se cenó y se pensaba pasar la noche.

Alfonso discutía con Miret el proyecto de separarnos de los trescientos hombres de Camps, pues no había bastante dinero para pagar a toda esta gente. A pesar de que con los soldados de Miret, de Camps, los zuavos y *Guías* no teníamos más que ochocientos hombres con nosotros, eran demasiado para la vida que llevábamos; no se marchaba tan aprisa; se estaba demasiado a la vista o menos desapercibidos; se ocupaban más puestos en las casas, y como sólo en las masías podíamos alojarnos, por evitar todos los pueblos, era éste un problema importante. Había masías enormes, pero no siempre, y aun en las grandes era a menudo difícil el alojar a tanta gente y alimentarles rápidamente. Hasta entonces tuvimos, por lo general, gran suerte en esta cuestión; pero no se podía saber si siempre sería así; también había que contar con que se dieran casos extraños.

Por otra parte, teníamos la gran ventaja con Camps de que éste reconocía en el acto y maravillosamente todos los terrenos; éste don suyo parecía casi un olfato y, como ya lo dije, tenía un talento especial para la confidencia. Otra razón para no separarnos de él era la de que podía llegar el caso de necesitar estos trescientos hombres más. ¡Pero los pobres habían hecho esta vida extenuante desde el principio de la persecución!

Entre el pro y el contra fué difícil el decidir. Por fin tomó Alfonso la resolución de esperar hasta ver las disposiciones del

enemigo. Seguros con las informaciones recibidas, nos acostamos con la esperanza de una buena noche, y ¡qué desengaño cuando a las diez de ésta vino un confidente a prevenirnos que el enemigo estaba otra vez en los alrededores! No tuvimos más remedio que levantarnos a toda prisa y volver a ponernos en movimiento. Debíamos tratar de regresar a Casa Claret para engañar al enemigo.

Alfonso se decidió entonces a separarse de Camps y de su fuerza; los pobres soldados de éste estaban extenuados y sufrían lo increíble, aun desde antes que los de Miret, a pesar de que también éstos andaban rendidos; pero, tanto los unos como los otros, lo soportaban con heroica resignación. Con honda pena se separó Camps de nosotros; si no hubiese sido por él, no hubiéramos salido con la piel los primeros días de la persecución y tantos otros después. Ciertamente que fué Dios quien nos salvó, pero se valió para ello de Camps, cuando Savalls nos abandonó tan indignamente.

CAPITULO XIX

SIGUE MAYO DE 1873

Errantes, perseguidos y despistados.—El tercer atentado. Crítica situación

Marchamos entre diez y once de la noche de Castelladral con Miret, su tropa, los zuavos y *Guías*, poco más o menos con unos quinientos o seiscientos hombres. Seguimos otra vez el mismo camino andado durante la tarde y fin de la mañana, ahora que al revés. Tuvimos noticia de que las avanzadas del enemigo se encontraban a distancia de diez minutos o apenas un cuarto de hora del sitio por donde debíamos cruzar la carretera (según los confidentes, era de diez minutos). Parecía casi imposible que no nos oyesen. Se trataba de hacer los mayores esfuerzos para efectuar lo más silenciosamente posible el cruce del camino real. En vez de bajar a éste por donde lo habíamos pasado por la mañana, descendimos frente al vado y la palanca, a fin de no dar un paso más que los indispensables. Sobre la carretera se pusieron mantas para apagar todo ruido al cruzarla. La luna, que alumbraba como un farol, desapareció en el momento en que se tenía que pasar el río; nos fastidió, porque la obscuridad nos hacía dudoso el punto fijo donde debíamos entrar en el agua; al lado del vado, tocando al sitio posible y seguro, había un lugar peligroso; el Cardoner formaba allí una pequeña caída y el agua se volvía del todo profunda; por remate, también había unos hoyos. Era, pues, fácil el equivocarse. Salvo un resbalón de mi caballo, que entró en un pequeño hoyo, alcanzamos felizmente la otra orilla. A medida que los últimos cruzaron la carretera borraron toda huella del paso.

Pudimos dar gracias a Dios, pues ¡qué confusión si la vanguardia de caballería del enemigo hubiese llegado a todo galope

en el momento de pasar con nuestra fuerza el Cardoner! A causa de la obscuridad no hubiéramos podido saber con cuánta gente enemiga a caballo teníamos que ver y si seguía o no el resto de la columna. No se hubieran podido tomar medidas de defensa, y nuestra gente, parte de un lado, parte del otro, y la palanca estrechísima, por la que sólo se podía pasar de uno en uno y muy despacio, y los caballos oyendo el fuego en medio del agua y de la obscuridad, hubieran sido poseídos del mayor pánico e ido Dios sabe adónde en el río.

En la orilla opuesta continuamos la marcha por el bosque en dirección a *Casa Claret.* Alfonso dió la orden de desparramarnos y que fuese cada uno por su cuenta, fuera de camino, para no dejar huella. Cuando ya estuvimos bastante lejos y el camino se volvió duro nos reunimos otra vez. Los pobres soldados, muertos de sueño, anduvieron, sin embargo, campechanamente. Yo me dormía a cada momento, pero las ramas de los árboles se encargaban de despertarme; de repente me apercibí de que ya no tenía mi látigo; que, durmiendo, lo dejé caer; ¡tanto trabajo para borrar las huellas de nuestro paso y ahora quedaba señalado con un látigo de señora, que no podía ser más que el mío! Al pasar delante de una casa se confió el apuro al dueño de ésta, y al poco tiempo encontró el objeto perdido y nos alcanzó con él. Lo debí a San Antonio.

Siempre andando, llegamos entre las cinco y las seis de la mañana a *Casa Claret;* era ya el domingo 4 de mayo de 1873, y como era día de fiesta, quiso nuestro bonísimo Capellán decirnos la misa, que fué celebrada en el interior de la casa. Con nuestra contramarcha nos habíamos procurado descanso por todo aquel día. A las siete de la tarde marchamos hacia *Casa Villalta.* La gente iba contenta, pues se sentía descansada y comida; era una noche preciosa del mes de mayo y nos acompañaba el canto de los ruiseñores. La luna comenzó a alumbrarnos al obscurecer; el camino era bueno y hacia las diez de la noche, tras cortísima marcha, alcanzamos el lugar donde pernoctamos. Había en él dos o tres casas y así con ello puesto y alimentos suficientes para todos. Nuestros voluntarios y nosotros descansamos y dormimos a pierna suelta hasta bastante adelantada la mañana. No teníamos noticias alarmantes, así que se decidió prolongar la parada; pero a las tres de la tarde llegó de repente la noticia de que el enemigo se hallaba en *Casa Claret* con intención de dirigirse a Villalta. Por supuesto, hubo que reunir en el acto a nuestra fuerza, parte de la cual estaba en una masía algo distante; también tuvimos que esperar a causa del guía. Por fin pudimos ponernos en marcha.

Intentábamos tomar el camino que llevaba, por un alto al que se llegaba después de haber pasado por una hondonada, no lejos aun de Villalta; pero en seguida de haber dejado atrás el riachuelo, acompañado de unas pocas casas, que ocupaba aquel sitio, y cuando íbamos a emprender la subida, llegó un confidente con la noticia de que una columna enemiga venía hacia nosotros por el mismo camino y se hallaba subiendo la cuesta por la opuesta pendiente.

Hubo que tomar otra dirección, y no pasó largo tiempo cuando un nuevo confidente nos anunció que una segunda columna se adelantaba precisamente a nuestro encuentro y que el enemigo venía por diferentes lados a la vez. Alfonso y Miret no sabían ya por qué dirección resolverse. Mi marido estudió durante un momento el mapa; luego, con calma, como si nos encontrásemos en una maniobra, dijo:

—Por allá hay una senda. Tomémosla.

Hasta entonces, según referían los confidentes, parecía libre. Forzosamente tenía que decidirse por aquélla, pero lo hicimos recelando el encontrarnos con nuestros adversarios. Continuamos por un terreno variado y precioso, que si se tratara de una excursión de turismo hubiera sido un encanto. Anduvimos a paso bastante ligero. Los confidentes se continuaban, y lo peor era que a menudo con noticias contradictorias, de lo que no eran culpables, pues el enemigo hacía igualmente contramarchas y les engañaba. El uno decía que había columnas en Manresa; otro anunciaba que también las había en Cardona; un tercero aseguraba saberlas en la Fornellosa, y algunos creían que uno u otro sitio indicados por sus compañeros como ocupados no lo estaban, y señalaban, en cambio, puntos distintos. Lo cierto era que nos encontrábamos en un mal paso, porque de las explicaciones de los confidentes, aunque confusas en parte, se deducía la desagradable realidad. Las columnas enemigas nos rodeaban.

Un confidente aseguraba un camino; otro lo desaconsejaba; fué una gran confusión. Sin embargo, al fin y a la postre, supimos que no nos quedaba salida alguna; el enemigo nos encerraba en su red y la dificultad consistía en atinar con un agujero para burlarle. Los confidentes no estaban de acuerdo respecto a esto; finalmente, sí que lo fueron en que no había ninguna escapatoria. Nos paramos, no sabiendo adonde dirigirnos; creo que estábamos a una hora de Manresa, pero no lo sé de fijo. Nos hallábamos en un claro, cubierto de matas y árboles jóvenes, rodeado a cierta distancia de bosque. Alfonso y Miret se rompían en vano la cabeza; ya no quedaba más que la casualidad para decidir el desenlace, o digamos, más bien, Dios.

Vino un confidente, uno que estaba bien enterado, y nos participó que dentro de un cuarto de hora pasaría una columna enemiga por el mismo sitio en que nos hallábamos; venía de la Fornellosa. Ya no había por dónde huir, teniendo en cuenta que fuera adonde fuese la dirección que tomásemos, nos precipitábamos en brazos del adversario. Alfonso dijo que se tenía que intentar lo único posible, a pesar de que había la casi seguridad de que no podríamos salvarnos, y era penetrar en el matorral o maleza que cubría un pedazo del claro y, algo desparramados, nos escondiésemos en él. Era una tabla de salvación de lo más insegura, pero, a falta de otra, había que probarla. El mismo Alfonso decía que sería la mayor y casi inverosímil casualidad que el enemigo no mandara guerrillas a reconocer el terreno y en tal caso que no nos descubriesen a los carlistas. ¿Y no relincharían los caballos? No podíamos pensar en un encuentro voluntario, por nuestra parte, con el adversario, porque al instante de oír el fuego habrían acudido a rodearnos otras columnas cercanas. Además, nos faltaban municiones, porque con la vida errante que llevábamos no podíamos proveernos de ellas y cuando el fuego de Calaf ya habíamos gastado algo de nuestra pequeña provisión, y, sin embargo, la única solución era la propuesta por Alfonso; nada podía ya empeorar nuestra situación. Constituyó para nosotros un pequeño rayo de esperanza el que no tardaría mucho el crepúsculo y, cuando pasase el enemigo, estuviera, tal vez, bastante obscuro o tan poco claro que entorpeciera la vista a los de la columna. Todo esto no era más que un ¡quizás!

Así, nos alejamos a unos cuantos centenares de metros del punto por donde el último confidente decía que, dentro de un cuarto de hora, pasaría la columna que venía de la Fornellosa y nos internamos en la maleza, que, desgraciadamente, no era muy espesa. Nos sentamos todos en el suelo, lo que fué también el primer alto desde Villalta, y quedamos silenciosamente en nuestro puesto esperando lo que hubiera de suceder. Humanamente pensando, nuestra posición era la peor que podía imaginarse, pero teníamos la firme convicción de que Dios nos protegería y cerraría los ojos al enemigo. De todos modos, nos sentíamos en las manos del Señor, y que si habría de disponer de nosotros de manera distinta de la que esperábamos, nos ayudaría también en el último trance. El crepúsculo que esperábamos no tardó, y sabíamos que no sería largo.

Habían atado el caballo de Alfonso a un árbol, pero el tordito quería pacer la hierba, y para ello dió un tirón a la brida, que se rompió, quedando libre el animal; pero, por fortuna, no se alejó

mucho, y lo ataron otra vez. Se deslizó el tiempo y no llegó la columna. En cambio, vino un confidente a decirnos que pasó por otra parte y que por el momento no parecía pensar en tomar la dirección hacia donde nos hallábamos, lo que para todos nosotros constituyó un sentimiento de inmenso alivio, a pesar de que durante la espera una especie de fatalismo nos adormecía moralmente. ¡Estaba ya uno tan acostumbrado a verse en un tris y a salir de él!

Empezaba a obscurecer cuando nos trajeron la regocijante nueva, y fuimos todos a descansar a una gran casa de campo que estaba por allá. Esta masía se llamaba "Casa Fals". Todos cuidaron también de su estómago.

Minutos antes de salir de la casa para volver a ponernos en marcha se presentaron cuatro hombres pidiendo entrar en las filas carlistas, queriendo hacerlo en los zuavos. Uno de los nuestros dijo conocerles como antiguos *cipayos*. Se supuso que habían mejorado sus sentimientos y Alfonso dispuso que los aceptaran, pero guardándoles de vista y haciéndoles marchar a retaguardia, y así se cumplió.

A las nueve de la tarde nos pusimos otra vez en marcha. La luna, que había menguado mucho, nos alumbraba poco, mientras que las matas arrojaban grandes sombras sobre nuestro camino. Por un lado teníamos un gran riachuelo o torrente; por el otro, el bosque en un terreno que subía. El camino era angosto y teníamos que marchar de uno en uno.

Sánchez, que andaba bastante cerca de mí, vió que dos de los recién llegados andaban con los zuavos y justamente detrás de nosotros. Les mandó atrás, y aquéllos le preguntaron entonces:

—¿Conque no es lícito andar aquí?

Sánchez les contestó:

—Cada uno a su puesto.

Con esto se marcharon otra vez.

Miret, desde el principio de la marcha, se sentía inquieto y pidió permiso a Alfonso para colocarse delante de él, en lo que mi marido consintió. Así, el orden de marcha para nosotros tres, fué: primero Miret, luego Alfonso y después yo. Ibamos, como siempre, a la cabeza de nuestra columna. Hacía muy poco tiempo que habíamos salido de *Casa Fals* y me preparaba justamente a dormir sobre mi caballo, es decir, a impedir que esto tuviese las consecuencias que tuvo un par de días antes, después del paso del Cardoner, cuando perdí mi látigo (por buena suerte se encontró entonces; de lo contrario, hubiese podido constituir una pista de nuestro paso), y me estaba atando el látigo al brazo cuando oí

delante de mí un ruido leve, algo como un hierro ligero que cae sobre una piedra. Al mismo instante vi un hombre que se echaba a la maleza al lado del camino, tratando de escaparse, y a otros que corrían tras él, le cogían y le ataban. Comprendí que quiso echarse sobre Alfonso para asesinarle; pero le falló la navaja, que cayó en el suelo, lo que le denunció. Otro hombre trató de echarse sobre Miret, no lográndolo, pues pudieron apoderarse de él. Todo esto fué cosa de un momento.

Estaba yo concentrando mi atención en el individuo que quiso matar a Alfonso y pedía gracia, cuando casi al mismo instante, oí correr alguien hacia mí y a otro que corría tras él. Tuve sólo tiempo para pensar:

—¿Quién llegará antes, aquel que atenta contra mi vida o el que viene a salvarme?

El asesino, que venía por detrás, estaba junto a mí, y no podía yo verle lo que tenía en la mano. Me contaron más tarde que era una enorme navaja, grande como una espada, y un revólver o pistola, con el cual ya había tirado sobre mí, según me dijeron, pero el tiro que me destinó falló. No tuvo tiempo para hacerme probar su navaja porque, antes de poder asestar el golpe, el Comandante Wills lo alcanzó y le dió un sablazo en su brazo levantado que le inutilizó. Le desarmaron, y empezó entonces a lanzar espantosos gritos. Tal vez esperaba le oyesen desde alguna columna enemiga, ya que las había tan cerca; pero me temo que fué de dolor al recibir el sablazo, y quizás mezcla de pavor.

Intimáronle que se callara, pero gritaba cada vez más fuerte, y, por fin, para que no nos denunciase con sus gritos, hubo que matarle de un bayonetazo; luego hicieron rodar el cadáver por un pequeño barranco para no dejar huella ni pista al enemigo, si pasaba. Me dió horror que un hombre fuese matado así, tan cerca de mí. Es muy distinto esto que cuando se ve morir gente en un combate. A este enemigo no lo vi matar, porque no volví la vista hacia atrás, y por nada en el mundo hubiese querido ver este espectáculo. Por buena suerte, estaba también bastante obscuro. Sus gritos ya me partían el alma. Felizmente, fué cuestión de pocos momentos.

No se podía comprometer la vida de todos nosotros por la de un asesino, y, de continuar sus alaridos, hubiera revelado nuestra presencia. El tercero de los malhechores, el destinado a matar a Miret, fué cogido casi al mismo tiempo que el que atentaba a la vida de Alfonso. Los amarraron y tuvieron que seguir la marcha con nosotros. Más tarde se les mandó a otra parte, donde se les formó un Consejo de Guerra en regla, cuyo resultado fué el des-

cubrir que se les había prometido una suma muy crecida si nos mataban. Hubo quien dijo que era el General Velarde quien esperaba librarse de nosotros de esta manera; pero no lo creo; lo de la paga es cierto, según las pesquisas que se hicieron. Fueron fusilados no lejos de Manresa, de donde vinieron. Se les puso un cartel diciendo que se les infligió la pena de muerte por haber intentado asesinarnos. El cuarto de aquellos hombres desapareció al salir nosotros de "Casa Fals"; o le faltó el valor o se despertaron en él mejores sentimientos.

Continuamos la marcha hasta cerca de media noche, yo en parte durmiendo, aunque la impresión de lo que pasó me tuvo un poco de tiempo despierta. Llegamos a una gran masía, donde teníamos que esperar la confidencia, que tardó algún tiempo en llegar. Fué desagradable, porque queríamos alcanzar, antes de romper el día, un lugar en el que confiábamos poder quedar hasta la noche. Por fin, aparecieron los confidentes, pero con noticias tan vagas que quedamos poco enterados respecto a nuestra situación. Sin embargo, pudimos hacernos una idea de la dirección que sería bueno tomar.

Entre las seis y siete de la mañana del martes 6 de mayo llegamos a Santa Susana o Santa Suana, un punto algo elevado, donde había varias masías reunidas en un claro, rodeadas de bosques. Nos alojamos en la misma casa en la que nos habíamos parado con Camps para comer el día en que nos reunimos con Miret. Después de haber sido tomadas las precauciones necesarias, colocado guardias y alojados los soldados, tomamos con qué contentar nuestro estómago y fuimos a descansar. Apenas nos hallábamos recostados sobre una cama vinieron a prevenirnos que se veía gente que se acercaba por uno de los caminos y ya estaba cerquísima, y, según todas las apariencias, debía de tratarse del enemigo. Subimos inmediatamente a la parte de la casa para ver lo que había de verdad en esta noticia; pero nada de sospechoso se percibía; dijeron luego que se creía fuesen aldeanos lo que se había visto. Efectivamente, todo quedaba tranquilo y volvimos a a acostarnos; pero apenas lo hicimos, llegó otra noticia muy alarmante, y, así como la precedente, resultó que no tenía fundamento. Probamos a dormir de nuevo; y se ve que no debía ser, pues esta vez era la confidencia de Miret la que llegaba trayendo nuevas noticias.

El resultado de los múltiples informes recibidos por éste no podía tener otra consecuencia que enloquecer a todo el mundo y hundirnos en la más profunda incertidumbre, pues de todos lados acudían confidentes que se contradecían a cual mejor. El uno afir-

maba hallarse una columna enemiga en tal y tal sitio; el segundo confidente lo negaba y la sabía en puntos absolutamente distintos; un tercero sostenía enérgicamente lo contrario del segundo: un caos espantoso de noticias. En lo que los confidentes concordaban era en que teníamos el enemigo, todo él, alrededor de nosotros; pero sin saber con certidumbre dónde se encontraba, por qué caminos nos llegaba, ni, poco más o menos, en cuánto tiempo podía alcanzarnos. Total: que no teníamos ni media hora con la que contar de veras. Por otra parte, no sabíamos cómo salir de Santa Susana ni qué camino tomar para no cruzarnos con el adversario. ¿Era mejor marchar o mejor quedar? ¿Quién lo sabía?

Por cierto que las tropas republicanas estaban bien enteradas respecto a nosotros, de modo que no podíamos pasar la noche en Santa Susana. ¿Qué resolver? Nuestros pobres soldados iban rendidos, sobre todo los zuavos y los *Guías del Infante*, que venían con nosotros desde el principio de la persecución. Alfonso consultó a Wills, el Comandante de los zuavos, dijese francamente si creía se hallaba el batallón en condiciones de continuar con nosotros. Wills le contestó que, así como lo suponía Alfonso, los zuavos estaban extenuados y habían llegado al límite de sus fuerzas, de modo que era imposible para ellos continuar semejantes marchas. Por último, hacía tiempo que no nos era dable entrar en los pueblos, no pudiéndonos alojar sino en las masías, de manera que no podían renovar las alpargatas y andaban en parte, es decir, la mayoría, casi descalzos. Cuando Wills decía que su gente estaba exhausta era verdad, porque él hubiese ido con sus zuavos hasta quedar muertos en el camino antes que abandonarnos.

Rodeados de columnas, como lo estábamos, no había duda de que tendríamos que seguir aquellas marchas, aunque nadie sabía hacia dónde. Nos hallábamos todos en la mayor de las incertidumbres. Alfonso y los jefes reconocían que se debía tomar una resolución, pero al mismo tiempo pensaban que cada una de ellas podía perdernos.

Leo en mi *Diario de Campaña:*

"Creo es uno de los días más penosos hasta ahora. Hubo otros de más fatigas, ya que hoy lo pasamos en relativo descanso. Tuvimos otros en los cuales estuvimos, igualmente, en constante peligro y éste inminente; pero en el de hoy nos hallamos casi abatidos de tristeza.

Es verdad que hace bastante tiempo llevamos esta vida de animal perseguido, y ¡no poderse figurar el fin de esto es una pesadilla!

¡El ver que nuestros pobres voluntarios no pueden continuar

ya así, y, sin embargo, no saber en absoluto cómo salir de esta posición desesperada! Pensamos en nuestra casa, donde vivíamos tan tranquilos y dichosos, juntitos, sin penas y sin responsabilidades.

La esperanza de que otra vez vuelva a ser así, parece tan lejana que lo más verosímil es que no se realice nunca. Para nosotros es lo más probable en este momento que de aquí a poco el enemigo nos dé el descanso de otra manera menos agradable, después de haber pasado, aún, por momentos y tormentos horribles y ver que todo parece inútil.

El peligro, cuando uno ve que se puede hacer algo provechoso, no es nada; pero cuando uno se encuentra en semejante situación y que de ninguna parte se ve posibilidad de obrar con algún éxito, aun cuando uno se perdiese a sí mismo y teniendo tamaña responsabilidad (como Alfonso) entonces sería para desesperarse si uno no pensase en Dios. ¡Estamos agobiados por una terrible tristeza!"

Al día siguiente apunté lo que faltaba por apuntar del día 6 de mayo, y digo:

"Por fin nos pusimos con todo el asunto en las manos de Dios y de la Virgen Santísima, y pensamos que si debía ser el punto final para todos nosotros, era El quien así lo disponía, y nos daría la recompensa a nosotros y a nuestros pobres soldados, habiendo trabajado para El y por el deber; que si, por el contrario, quería salvarnos, encontraría el medio. ¡Nos había salvado tantas veces! Una gran sensación de seguridad se apoderó de nosotros."

Alfonso dijo que era imposible sacrificar nuestras tropas; que no podíamos dejarlas sucumbir, poco a poco, a las horribles fatigas y privaciones que les infligía la tremenda persecución. El único medio de salvarles de ésta sería el separarnos de ellos, porque desde el momento en que el enemigo supiese que ya no nos hallábamos con aquellas tropas, dejaría de ocuparse de ellas, pues el objeto principal de Velarde era acabar con nosotros y éramos nosotros contra quienes se concentraban sus principales esfuerzos.

Confiábamos en que así andarían en mejores condiciones desde el momento en que dejaran de venir con nosotros; que en cuanto a nuestras personas, iríamos solos, con una pequeña ronda, en busca de Tristany y de sus fuerzas y que, a su vez, los zuavos y los *Guías* podían ir despacio a alcanzarnos. De este modo saldríamos del odioso círculo.

En esto previnieron a Alfonso que una pequeña ronda mandada por el Teniente Llampez debía de encontrarse, según se creía, no lejos de donde nos hallábamos; pero no se sabía de fijo si, en verdad, era así. Mi marido mandó inmediatamente por Llampez, al que felizmente se encontró, y vino al poco rato. Alfonso le

expuso la situación, preguntándole si creía podernos conducir hasta reunirnos con Tristany. Llampez, entusiasmado, aseguró que sí. Mi marido llamó al Comandante Wills y le comunicó su decisión. Este, aunque reconoció la necesidad de obrar de esta manera, visto el estado en que se encontraban, sobre todo, los zuavos y *Guías*, quedó profundamente entristecido. Dijo también que si su fuerza llegaba a saber que se iba a separar de nosotros se opondría con todo su poder; que jamás consentiría en abandonarnos y querría continuar a nuestro lado hasta sucumbir; que para impedir que lo supiesen habría que arreglarse de modo que no se apercibiesen de la separación en el momento de ésta.

Alfonso hizo la misma indicación al Comandante de los *Guías*, el Capitán Hernández, y le pidió unos pocos hombres de los recién llegados y que por esta causa no estaban uniformados aun. Por supuesto que Miret ya estaba informado del plan de Alfonso. Se convino en que, en el momento debido, las tropas recibirían la orden de ponerse en marcha. Se diría a los zuavos que seguían, siempre, inmediatamente detrás de nosotros, que por esta noche iríamos a la cola de nuestra columna, y lo mismo se previno a la demás fuerza que nos acompañaba. Una vez en camino, debíamos seguir un trechito y luego pararnos, lo que nadie habría de notar, puesto que se efectuaría en plena obscuridad, en medio del bosque. Alfonso enteró también de su proyecto al Coronel Redondo y este bueno y adicto amigo quedó desconsolado.

Los destinados a acompañarnos eran: don Manuel Echarri, Sánchez y Gutiérrez, estos dos con su uniforme cubierto, ya que de lo contrario podría traicionarnos por ser el de los zuavos, y el cocinero Cecilio Ruiz; luego once hombres de los *Guías del Infante*, con un joven alférez, y, por fin, la persona principal, Llampez, con su ronda de trece a catorce hombres. Los señores del Estado Mayor y Cuartel General quedarían con las tropas.

Por la tarde vino Miret a decirnos que se oía un gran vocerío y mucho ruido en un bosquecillo, precisamente detrás de la casa, y que, probablemente, era el enemigo. Sin embargo, pasó bastante tiempo y nadie apareció. Me parece que fué la última alarma de aquel día, rico en ellas. Felizmente, no inquietaron a nuestros soldados todas estas noticias, aunque parte de ellas les llegaron; no hubo pánico, porque confiaban plenamente en Alfonso y Miret, diciéndose:

—Si no se toman medidas, es prueba de que no hay nada.

Así nos quedamos hasta el crepúsculo. Pedimos a la Virgen que fuera nuestra Generalísima, que lo tomara todo en Sus manos y que nos guiara hacia donde debíamos ir.

Como ya va indicado, llegó, gracias a Dios, el Teniente Llampez, a quien ya habíamos visto una vez en el mismo Santa Susana el día en que estuvimos allí con Camps, pocas horas antes de reunirnos con Miret. Vino entonces para vernos y nos presentó, al mismo tiempo, a su hija. Ya sabíamos lo mucho que valía aquel bizarro militar, adicto, fiel y leal.

CAPITULO XX

SIGUE MAYO DE 1873

Nos separamos de los zuavos y de los "Guías".—Nos reunimos con Tristany.—Operaciones en el resto de Cataluña mientras éramos perseguidos por Velarde

Cayendo el día nos pusimos todos en marcha el 6 de mayo de 1873, según el programa concebido. Las tropas desfilaron ante nosotros, quedándonos con nuestro pequeño séquito a la cola, y, de repente, sin que nadie se apercibiese de ello, seguimos a Llampez en otra dirección. En medio de la obscuridad y con el mucho matorral fué cosa fácil. No nos hallábamos lejos del sitio donde Llampez tenía su ronda y, después de algún tiempo, nos dejó para buscar a ésta. No podíamos ir con él porque queríamos ocultarnos de toda casa, y la gente de Llampez le esperaba en una masía. Conque nos hallábamos solos con nuestros once hombres esperando la vuelta de aquel oficial; no era una situación de lo más tranquilizadora, en un momento en el que el enemigo podía estar en todas partes (aunque quizá en ninguno de nuestros alrededores). De todos modos, nos sentíamos tan felices con haber encontrado una solución a la posición intolerable en la que nos encontrábamos, sufriendo cruelmente de lo que padecían nuestros pobres voluntarios, que nos sentíamos completamente aliviados. Media hora después, poco más o menos, oímos pasos de tropas a través del obscuro bosque. ¿Quiénes serían?, pensábamos. ¿Llampez o el enemigo?

Fué Llampez con su pequeña ronda. Continuamos nuestra marcha. La luna, que había crecido, nos alumbraba ya mejor que la noche anterior. Profundamente silenciosos andábamos desde algún tiempo en medio del bosque y de los matorrales hasta que

nuestra senda nos llevó al lado de una grande y profunda depresión del terreno. Vimos salir de ella reflejos de fuego; luego percibimos, en lo hondo, una hoguera y unos hombres que se movían en gran silencio alrededor. Parecía un campamento. Nuestra vereda, por delante de nosotros, penetraba en una parte más espesa de la selva. Ibamos andando, miramos en la cuenca, cuando, de repente, nos para un

—¡Quién vive! —al que uno de los pocos que nos precedían, pues la mayor parte venía detrás, contestó:

—¡España!

En esto, el otro interrogó:

—¿Qué regimiento?

"¡Adiós!, pensábamos, es el enemigo". Porque los carlistas no teníamos regimientos, pues Alfonso los encontraba poco prácticos para nuestra guerra. "Si hubiesen sido de los nuestros, pensábamos, hubieran dicho: "¿Qué gente?" En general, lo de reglamento era: "¿Qué gente?", y semejante equivocación no podía provenir más que de algún adversario distraído. No contestamos. Otro:

—¿Qué regimiento?

Muy desagradablemente impresionados del mal encuentro, perseveramos en un prudente silencio. Volvimos pocos pasos más a la sombra, pero sin la menor gana de retroceder en nuestro camino, pues no sabíamos qué es lo que nos esperaría detrás; así que, a menos de absoluta necesidad, era lo mejor aguardar.

A la tercera interrogación estábamos persuadidos de que nos atacarían al ver que no recibían contestación, y entonces, ¡pobres de nosotros, con nuestros veinticinco voluntarios, caídos, como sin duda lo estábamos, en un avispero! Algunos de los hombres recién llegados a nuestras filas y que habíamos llevado con nosotros por no hallarse uniformados aun, pero a los que, además del uniforme, faltaba también el espíritu militar, y sobraba sólo la buena voluntad, fueron poseídos de pánico y, tirando el fusil, se escaparon.

Pasaron algunos momentos y no se renovaba la pregunta. Un valiente se adelantó para cerciorarse sobre cuánta gente, poco más o menos, teníamos contra nosotros, porque algunas veces había también unas pequeñas rondas republicanas, y tal vez se tratara de una a la cual pudiéramos resistir y rechazarla, aunque para nosotros lo malo era entrar en combate, a causa de la proximidad de columnas enemigas; pero en este caso no podíamos andar con melindres, sino defender el pellejo como se pudiera.

El hombre que se adelantó a hacerse cargo de lo que hubiera se encontró frente a frente con un pequeño núcleo de carlistas

que venían de Francia y se habían reunido para ir en busca de nuestras tropas. Entre ellos se encontraba don Ramón Tristany, hermano del General don Rafael Tristany, y un belga, monsieur de France, amigo de Alfonso, de quien había sido instructor cuando mi marido entró en los Zuavos Pontificios. Unos eran holandeses y otros creo que franceses, y también algunos españoles, establecidos en Francia. Habían sido mucho más numerosos, pero poco después de su entrada en España fueron sorprendidos por los republicanos, y tuvieron un muerto, algunos heridos y prisioneros. Un cierto número de ellos se dispersó. El grupo que quedaba estaría, sin duda, poco encantado con la perspectiva de una segunda edición; pero se volvió tanto más feliz cuando se vió frente a amigos. Por cierto, que su contento igualaba al nuestro.

No nos dimos a conocer porque una indiscreción respecto a los sitios por donde andábamos hubiese podido salirnos cara. El Coronel don Ramón Tristany continuó su camino con los que le acompañaban y nosotros el nuestro. Antes de llegar al río Cardoner pasamos por unos lugares lindísimos y, tras de la descripción de éstos, que leo en mi *Diario de Campaña,* y la relación de aquella noche ideal en que todas las bellezas de la naturaleza iban realzadas por el concierto de los ruiseñores, mientras la luna echaba reflejos mágicos sobre el derroche de hermosura, digo en mis apuntes que realmente hay compensaciones aun en los momentos más difíciles.

Debían ser, poco más o menos, las dos de la mañana cuando pasamos el Cardoner, cerquísima de la plaza fortificada de Cardona, por un puentecito de piedra, y, del otro lado, anduvimos aún hasta las cuatro de la mañana, llegando entonces a una gran masía, "La Clariana", en la que toda nuestra gente pudo ser alojada. Los amos, muy carlistas, eran amigos de Llampez. Pudimos desnudarnos y acostarnos en una buena cama, lo que fué una delicia, y dormir casi todo el día. Era el miércoles, 7 de mayo.

A la caída de la tarde marchamos de "La Clariana" y llegamos entre dos y tres de la mañana a una gran masía, sentada solitaria en medio del bosque. Era cerca de Gargallá, y sus amos muy carlistas. Pasamos en ella el día 8 de mayo, más una noche y otro día. Caída la noche del 9 nos pusimos otra vez en marcha entre bosques muy crecidos y otros jóvenes, andando siempre por sendas solitarias y muy escondidos por el arbolado. Antes de que se hiciese de día llegamos a una pequeña masía, cuyos dueños eran, también, de lo más carlista. Después de todo lo que habíamos pasado, gozamos infinito del descanso material y moral que disfrutamos en estas diferentes casas.

Yo me extasiaba ante la hermosura del paisaje, y las noches de marcha, entre unas y otras, no se me hacían largas. La casa a que llegamos durante la noche del 9 al 10 de mayo, era, como las anteriores, aislada del todo y se hallaba en la cumbre de un monte, desde donde se gozaba de una vista soberbia. Quedamos allí todo el día, pues se convino en no movernos hasta averiguar el paradero del General Tristany y el modo de alcanzarlo fácilmente. Dormimos mucho tiempo y hacia la tarde salimos y nos sentamos en un sitio desde el que dominábamos el hermosísimo panorama. Las montañas, tan bellas en sus formas, se revestían de matices deliciosos cuando el sol les dió las buenas noches, y, luego, al obscurecer, se encendieron infinidad de lucecitas en todas las laderas de la cordillera, y nos divertimos en pensar de quiénes serían: las unas, tal vez, alumbraban fuerzas carlistas; las otras, enemigas; las otras, a pacíficos habitantes de la comarca; y nosotros, tranquilamente sentados admirando el paisaje mientras el enemigo se cansaba en buscarnos. Nos parecía soñar. En nuestra vida de campaña hubo, de cuando en cuando, puntos luminosos, chispas alegres que formaban los descansos, sitios hermosos, etcétera, mientras que las victorias eran solas. Las paradas de que estoy hablando ahora cuentan entre las chispas de luz que siempre recordamos.

Nos hallábamos situados de modo que veíamos todas o gran parte de las masías de los alrededores, hasta las de Berga, de San Lorenzo dels Piteus, etc., etc., Alfonso no pasó ocioso aquellos días; escribió largas referencias a su hermano y trabajó en planes de organización, que, más tarde, se ejecutaban, y yo escribí mi *Diario de Campaña.*

El 12 de mayo de 1873 lo pasamos aún en la mencionada casa, y recibiendo la noticia de que el General Tristany llegaba a Guillaná, marchamos hacia las seis de la tarde para ir también nosotros allá. No distaba Guillaná sino pocas horas del punto de nuestro paradero. Era el mismo sitio donde dormimos, yendo con Camps, cuando vinimos de San Lorenzo dels Piteus el día célebre en que estuvimos a pique de acabar nuestros días entre los brazos de Velarde o de uno de sus subalternos.

Por un camino que a menudo nos hacía decir: "¡Qué hermosa es nuestra Cataluña!", mirando lo que nos hacía ver la luna y escuchando lo que nos cantaban los ruiseñores, llegamos a Guillaná, en donde encontramos al General Tristany con su fuerza, poco numerosa, acompañado de nuestros zuavos y *Guías.* ¡Qué alegría al vernos otra vez con éstos y con nuestro buen Redondo! Fuimos recibidos por la pequeña charanga de Tristany, que se

componía de cinco o seis músicos, lo que nos dió grandísimo gusto. Tocó varias piezas después de nuestra llegada. Estuvimos contentísimos de hallarnos con Tristany, este dechado de militar pundonoroso y hábil y antiguo amigo y conocido de la familia. Yo no le había visto desde los doce años.

Nuestros pobres zuavos y *Guías,* así como Redondo, no pudieron gozar del descanso que nos habíamos imaginado procurarles con nuestra ausencia. En una casa donde durmieron o descansaron tuvieron casi una sorpresa; pero pudieron formarse, y cuando el enemigo vió a los zuavos y *Guías* reunidos en un altito se retiró. Sin duda, era una fuerza pequeña. Respecto a los alimentos, tuvieron también alguna dificultad. Estando descansando en una gran masía, pidieron que se les vendiese una gallina (fué antes de reunirse con Tristany), pero los amos de la casa aseguraron que no tenían ninguna. Sin embargo, se las habían visto y oído cacarear; así lo aseguraron los zuavos, que sabían perfectamente la existencia allí de estas aves; pero los dueños continuaron negándoselo. Un oficial de los zuavos les dijo entonces:

—Bueno, ustedes se niegan a vender las gallinas; pero cuando vengan los republicanos se las tomarán de balde.

Los nuestros marcharon sin gallinas, y apenas se vieron fuera, llegaron los republicanos y no dejaron ni un pollo, cogiendo todo sin pagar. Lo supimos más tarde, por conocidos de allí.

Se veía que Tristany estaba muy contento de que fuésemos con él y persuadido de llevarnos a buen fin. Tenía un arte especial para engañar al enemigo y desvirtuar sus planes. Nunca lograban los republicanos sorprenderle ni saber dónde se hallaba. Se comprendía que esto era pura verdad, pues nosotros mismos no pudimos descubrir hasta aquel día dónde paraba Tristany para reunirnos con él, y, sin embargo, no nos huía. Siempre se decía:

—Don Rafael estuvo en tal punto, o don Rafael está en tal sitio.

Iba uno allá, y le contestaban:

—Estuvo, pero ahora, ¿quién sabe dónde está?

Nos hallábamos muy cerca de San Lorenzo dels Piteus.

Durante toda la terrible persecución permanecieron fieles, valientes y sufridos los prisioneros de Berga, que pasaron voluntariamente a los carlistas al ser puestos en libertad. Fueron para nosotros un gran apoyo, como también continuaron siéndolo en lo sucesivo.

Voy a interrumpir mi relato respecto de lo que hicimos después de reunirnos con el General Tristany para decir unas palabras

sobre lo que pasó entretanto en el resto de Cataluña, aunque lo hago del modo más breve.

Mientras que el General Velarde empleaba la mayor parte de sus tropas, y otras que le llegaron como refuerzos, en perseguirnos y rodearnos, queriendo cogernos, costara lo que costara, la tarea encargada al Brigadier Cabrinety era la de ocuparse de las provincias de Gerona y Barcelona, las que recorría. En la de Gerona tuvo algunos encuentros de no gran importancia con los carlistas, a quienes sorprendió algunas veces sin notables consecuencias. Cerca del Ter descubrió una masía que servía de hospital de sangre a los carlistas. Pudieron escaparse a tiempo los heridos, pero todas las camas (había cuarenta en aquel momento) fueron quemadas.

Los nuestros bloquearon Olot, Besalú y Tortellá para cobrar los impuestos de estas poblaciones. No se necesitaba más que una fuerza muy pequeña para establecer esta clase de bloqueos que tenían un fin puramente administrativo.

Savalls mandó una parte de su fuerza a la importante villa de Mataró, en la que encontró poquísima resistencia, y quedaron hasta la media noche, después de haber estado allí varias horas, cuando sobrevino una columna enemiga, intercambiando algunos tiros y retirándose después de la población.

Vila de Viladrau atacó el 23 de abril la pequeña guarnición de Tordera, que se componía de una compañía del cuarto batallón de francos y otros cuarenta soldados, qué obligó a retirarse al fuerte después de haber tenido un Sargento (o tal vez Cabo) muerto y dos heridos.

El terreno más difícil para los carlistas era la provincia de Tarragona, donde casi todas las poblaciones de alguna importancia estaban fortificadas, de modo que los carlistas no sabían apenas dónde poner los pies. Gran cantidad de aldeas tenía su guarnición (generalmente se componía ésta de *Voluntarios de la República*) y sus obras de defensa. Además, esa provincia tenía más carreteras y ferrocarriles que las otras, y también la topografía de la mayor parte de Tarragona prestábase menos a nuestra guerra. Las fuerzas carlistas tenían frecuentes encuentros con el enemigo, quien, vistas las malas condiciones mencionadas, surgía a menudo inesperadamente.

Era entonces Comandante general de la provincia de Tarragona, o más bien en realidad segundo jefe, el Coronel Vallés. Digo segundo jefe porque el primer Comandante general de Lérida y Tarragona era el General don Rafael Tristany, y en el plan de organización fijado por Alfonso estaba decidido que dentro de

poco no se trataría ya de Comandantes generales, sino de divisiones y brigadas; dos provincias formarían una división, y una provincia, una brigada.

El 2 de mayo de aquel año, 1873, había nombrado Alfonso al Coronel Vallés, como según se llamaba entonces, Comandante general de la provincia de Tarragona.

CAPITULO XXI

SIGUE MAYO DE 1873

Cucala.—El Cura de Flix.—Acción de Prades.—El levantamiento de la provincia de Tarragona.—Sus jefes

Un elemento de gran valor vino por este tiempo a esta provincia: era don Pascual Cucala.

Andando muy mal por entonces las cosas del otro lado del Ebro, el jefe de mayor importancia en el Reino de Valencia (aunque no siendo en él su Comandante), este mismo don Pascual Cucala, no pudo sostenerse allí y por esto pasó el río con su pequeña fuerza y tomó como campo de sus hazañas la provincia de Tarragona. El 6 de abril de 1873 atravesó con sus noventa hombres el Ebro por Cherta, mientras su pequeña caballería lo hizo por el puente mismo de Tortosa.

Don Pascual Cucala era un propietario de Alcalá de Chisvert, en el Maestrazgo. Se había levantado el 5 de junio de 1872 al grito de ¡Viva Carlos VII!, y en el acto se agruparon en su torno trece hombres, que formaron el núcleo de la fuerza con la cual Cucala cumplió tantos hechos heroicos. Al día siguiente entró en campaña; tuvo en seguida un tiroteo con el enemigo y quedó con sólo seis hombres. Algo más tarde, después de haber abastecido su gente con víveres para algún tiempo, tomados de su propia casa, se fué a Cataluña para informarse del estado de fuerzas que en esta región operaban. Volvió sin mucho tardar y con sus pocos hombres emprendió unas excursiones muy peligrosas en el Maestrazgo; llegó a tener cuarenta hombres, pero después de un pequeño combate menguaron éstos otra vez a veintiocho.

Logró aumentar de nuevo este pequeño rebañito; pero sobrevino la noticia de que una partida mandada por el Teniente coronel don Domingo Sans, que vino de la provincia de Tarragona,

fué copada por el enemigo y esto amedrentó a los hombres de Cucala, quienes volvieron en parte a sus casas. Sólo quince le quedaron. Era a fines de septiembre de 1872.

Cucala no se desanimó. Continuó sus correrías a través del país, viendo crecer el número de sus hombres, y, esperanzado en salirse con la suya, sufría ataques del enemigo, acometía también a éste y seguía incansable su empresa. Cuando sus voluntarios estaban demasiado cansados, les hacía descansar en algún sitio oculto y él mismo montaba la guardia. El 2 de noviembre de 1872 cogió él, en persona, a diez republicanos. Así se llegó al 30 de noviembre de igual año, día en que entró en su pueblo de Alcalá de Chisvert, en el que, con su corto número de hombres, sorprendió a la Guardia civil en la Casa de la Villa. Esta fuerza enemiga hubiera tenido que rendirse a no ser por la llegada de otra de carabineros que entró en Alcalá de Chisvert. Un hermano de Cucala murió en aquel ataque. Al día siguiente escondió a sus voluntarios muy cerca de aquella población, y mientras él hacía de centinela, seguía con la mirada el entierro de su hermano. Durante el mes de diciembre continuó sus proezas, y al fin de este año se vió acompañado de trescientos hombres.

Entretanto, se había levantado otra partida en el Maestrazgo, es decir, fué a operar en el Maestrazgo: era la de don Ramón Panera, quien había reunido el 20 de noviembre de 1872 en Las Roquetas, arrabal de Tortosa, una pequeña fuerza de cien hombres y se lanzó pocos días después con ella a campaña. Asimismo, el Coronel don Ignacio Polo formó una partidita. La Junta de Valencia había nombrado a don Vicente Ferrer por Comandante general del Maestrazgo y este jefe reunió setenta hombres; además había unos cuantos carlistas al mando de su sobrino, que se apellidaba igualmente Ferrer.

Cucala, que prestó los mayores servicios a don Vicente Ferrer y le sacó de muy malos pasos, se fué luego a operar hasta muy adentro de la provincia de Valencia; después volvió al Maestrazgo y siguió siempre sosteniendo fuego con el enemigo, alternativamente, atacando o siendo atacado. La persecución que sufría era tremenda, pero no se desanimaba y no tenían fin sus proezas.

El número de su gente variaba constantemente, pues cuando no podía más se marchaba a descansar; luego, a menudo volvían o eran reemplazados por otros nuevos que ingresaban en las filas. Las peripecias por que pasó Cucala rayaban en lo fantástico. Por fin y andando del todo mal las cosas en el Reino de Valencia y no pudiéndose hacer ya nada en él, pasó Cucala, como ya lo dije, el Ebro el 6 de abril de 1873 y escogió como terreno de operaciones la provincia de Tarragona, en la que la llegada de tal militar fué saludada con alegría por otros valientes jefes. Continuó trabajando en este territorio con la misma bizarría y con su buen tino hasta que el 3 de junio de 1873 se reunió con Alfonso.

En cuanto a la persona de Cucala, no era solamente un valioso militar, sino también una excelente persona. Un hombre honrado, leal y bueno, bajo todos los conceptos y en grado superior. El modo como le pintaban sus enemigos, tanto los del campo contrario como ciertos titulados carlistas, achacándole crueldades y otras malas acciones, son fábulas; unos las creían por no haberle conocido; otros mentían a sabiendas, los mismos que nos calumniaban a nosotros. Bastaba que Cucala fuese amigo nuestro para que aquéllos le tuviesen antipatía y le denigraran. Sabían que en lo que no fuese recto no se podía contar con él. Lo mismo pasó con don José Agramunt (cura de Flix), con el Brigadier Villalaín y con otros.

Uno de los jefes cuyas grandiosas operaciones dieron bastante quehacer al enemigo en la provincia de Tarragona fué don José Agramunt. No empezó su vida de campaña como combatiente, sino, según ya dije, como Capellán de una partida carlista. El jefe de la fuerza murió batiéndose heroicamente y sus voluntarios suplicaron al valiente cura que hiciese de Comandante, pues habían quedado como un rebaño sin pastor. Don José Agramunt cedió a sus instancias, pero declarando que no lo sería por largo tiempo y que sólo los capitanearía hasta que otro jefe reemplazara al difunto. Pero ya no lo soltaron y mandando tropa tuvo que quedar. El último ensayo hecho por el cura de Flix para cambiar su vida militante por la de guía espiritual de los soldados se estrelló ante las súplicas de Alfonso, quien le declaró que no podía prescindir de él y le dió el empleo de Capitán. Quisiera contar al detalle la historia de su campaña con sus hechos palpitantes de interés, como los tengo a la vista de los respectivos documentos, y muchos habría que relatar; pero jamás acabaría mi historia si quisiera hablar en ella de todas las acciones en que se cubrieron de laureles nuestros héroes.

Voy a citar, sin embargo, un pequeño ejemplo que pinta al cura de Flix, aunque este hecho pasó unos cinco meses más tarde de lo que escribo ahora. El 5 de agosto de 1873 había dado don José Agramunt una solemnísima zurra al Coronel enemigo Maturana, y desde entonces no se lo podía quitar de encima, ya que buscaba siempre la revancha. El 18 de octubre de 1873, día anterior a la acción de Prades, Maturana y el cura de Flix iban los dos a la vez a pernoctar al mismo Prades. El cura de Flix llegó

un cuarto de hora antes que el Coronel adversario, y como supo que Maturana acababa de llegar a la Cornudella, mandó a su sobrino que fuese con el caballo de don José Agramunt a descubrir aquel camino. En un recodo que había a media hora del pueblo (Prades) se encontró con la vanguardia enemiga.

El joven hizo doble derecha y a escape fué a avisar a su tío. Este formó a toda prisa, y mientras salía por una parte de la población, entraba Maturana por la otra. En seguida tomó don José Agramunt posiciones en una pequeña montaña que hay tocando al pueblo. Se cruzaron algunos disparos, cuyo resultado fué un herido por parte del enemigo, quien quitó al cura de Flix el caballito del Capellán de su fuerza y cogió al chicuelo que le cuidaba, así como un caballo viejo que servía de bagaje a un Comandante. Como el encuentro tuvo lugar al anochecer, Maturana ya no se movió del pueblo, y el cura de Flix fué a pernoctar a Forena.

Aquella misma noche Tristany, que había llegado de la parte de Calaf y pernoctó en la Espluga, sabedor del encuentro de don José Agramunt y de que Maturana hacía noche en Prades, salió por la mañana del primero de los citados lugares y fué a emboscarse a una hora del segundo, mandando dos batallones: el uno, a sacar a Maturana y batirse en retirada hasta llevarle adonde estaba Tristany, y el otro, con orden de tomar la población y hacerse fuerte en ella tan luego saliese Maturana. Este, cuando por la mañanita del 19 de octubre de 1873 fué avisado de que los carlistas se acercaban al pueblo, creyendo que se trataba del cura de Flix que con sólo su fuerza le iba a dar los buenos días, salió y atacó a Cercós, que mandaba el cuarto batallón de Tarragona, hasta que, al verse rodeado por los carlistas, tomó un alto en que se hizo fuerte y se defendió, batiéndose como un león, por espacio de una hora.

En aquel intermedio llegó el cura de Flix de refuerzo y entró a atacar al enemigo por la parte que le quedaba libre. Como los de Maturana habían dejado el cañón un poco separado del grueso de la fuerza, se tiró sobre él, pero no pudo quitar a los contrarios más que el mulo con las municiones, y aun tuvo que abandonar a éste porque en seguida le cargó la caballería. Tan pronto ésta volvió a unirse al grueso de la fuerza, se arrojó otra vez sobre el cañón, tomando de nuevo el mulo, quedándose ya con él, a pesar de que la caballería enemiga renovó su carga; sin embargo, no pudo llevarse el cañón, no obstante haberlo tocado dos veces.

Los carlistas, al ver que una nueva fuerza atacaba al enemigo, redoblaron sus esfuerzos, acercándose aún más al adversario; éste,

viéndose perdido, formó el cuadro y acometió por la parte por la que el cura de Flix le atacaba, y como don José Agramunt, con sólo su pequeño batallón, no podía sostener el empuje del cuadro enemigo, se corrió un poco a la derecha, y tan pronto llegó nuestra caballería, junto con ella, se echó sobre el cuadro, que deshizo en un momento, infligiendo grandísimas bajas al enemigo.

Maturana, viendo que la cosa iba de veras, antes de que le llegase su fin, se arrojó por una cuesta abajo acompañado de otro jefe y cinco soldados; si bien se había librado de la caballería, no pudo hacerlo de la infantería. Maturana aquel mismo día, antes de salir de Prades, había dicho:

—Hoy voy a coger al cura de Flix; si le cojo, no le daré cuartel. Salvaré a sus *Voluntarios,* pero no a él.

Al escaparse Maturana, fué el cura de Flix el único que se apercibió de ello, y viendo que en aquel momento no podía contar sino consigo mismo, porque los *Voluntarios* que tenía más cerca eran de caballería y se hallaban imposibilitados de seguirle por lo escabroso del terreno, se largó él solo detrás del jefe enemigo y de sus acompañantes, dándoles el grito de "¡alto!", si no querían morir, y prometiéndoles cuartel.

Maturana, creyendo sin duda que el cura de Flix iba protegido por los suyos, se rindió a discreción, así como los que le acompañaban. Don José Agramunt les mandó que echasen las armas a tierra, y tan pronto pudo disponer de algunos *Voluntarios,* mandó a un sargento que las recogiese y que con cuatro números acompañase a aquellos siete prisioneros donde estaban los demás, y él, con los pocos *Voluntarios* que logró reunir, corrió tras otros fugitivos, de los que cogió más de veinte.

A un cuarto de hora de distancia del sitio en que prendió a Maturana hizo rendir, él solo, a cinco soldados enemigos que se escondieron tras unas matas (uno no contaba porque estaba algo herido). Después de haberles mandado tirar los fusiles a tierra, como el cura de Flix no podía acarrearlos, mandó a sus prisioneros que los volvieran a tomar y le siguiesen con ellos, lo que hicieron como corderos hasta unirse él con los demás *Voluntarios* carlistas que también estaban cogiendo prisioneros. En medio de aquella confusión, se dió el caso de que un soldado del *Fijo de Ceuta,* que se había pasado a los carlistas, reconoció al Coronel Maturana, y quizá por una venganza personal hacia su antiguo jefe, le pegó un tiro, dejándolo muerto. Hecho del cual ningún jefe nuestro tuvo la responsabilidad.

Los prisioneros que se hicieron en aquella acción de Prades fueron doscientos, entre ellos doce jefes y oficiales. El enemigo

dejó un sinnúmero de muertos en el campo de batalla. Se cogió un cañón con su correspondiente dotación de municiones, la caja con dinero, 500 magníficos fusiles Berdan y una porción de otras cosas, entre ellas un rico botiquín.

Pocos días antes de la acción de Prades cogió el cura de Flix unos *Voluntarios de la Libertad* y les ofreció como rescate que le entregasen 25 fusiles; le contestaron que le darían 25 onzas, lo que no admitió. Les dió quince días de término: *O los fusiles o serían fusilados* (estos *Voluntarios,* por ser de cuerpos francos, no tenían derecho a que se les diese cuartel; pero una vez prisioneros, era costumbre respetarles la vida). Aunque, al fin y al cabo, no hubieran entregado aquellos fusiles, es más que seguro que el cura de Flix no los hubiera fusilado, pero quiso amedrentarlos. Al día siguiente de haberse hecho prisioneros a esos *cipayos,* el jefe de la tropa de la guarnición de Mora pasó un oficio al Comandante de Flix mandándole pusiera presos a los dos hermanos del cura Agramunt, y no pudiendo coger ni a éstos ni a su madre, prendió a su hermana y cuñada. Envió también un oficio a don José Agramunt diciéndole que si él fusilaba a aquellos *Voluntarios de la Libertad* prisioneros, él fusilaría a sus hermanos.

El cura de Flix contestó:

"Si no me entregan los 25 fusiles que he pedido por el rescate de los *Voluntarios,* éstos serán fusilados a los quince días de haberlos cogido, como les tengo prevenido. (El cura de Flix, para pagar en la misma moneda, podía haberlos asesinado, como hicieron ellos con un *Voluntario* carlista que, enfermo, pasaba de Cataluña a Valencia.) Si ustedes no saben hacer la guerra, no es culpa mía.—El Comandante del tercer batallón de la provincia de Tarragona, *Agramunt.*"

A los seis días de esta contestación le entregaron los 25 fusiles y una escopeta de regalo. Agramunt les dió la libertad y el dinero necesario para comer hasta alcanzar su fuerza: 20 reales a cada uno.

En una acción, la de la Celma, no puedo encontrar la fecha, yendo el cura de Flix con el Coronel Vallés y habiendo quedado el último sólo con Tallada, las dos minúsculas partidas de éste y la suya, agotadas ya las municiones, viendo que el enemigo se les echaba encima, mandó don José Agramunt a los *Voluntarios* tomasen el fusil con la mano izquierda y una piedra en la mano derecha y que, bajo pena de la vida, nadie se moviese hasta que él diera la voz de: "¡Viva el Rey!" y "¡A ellos!" Al tener a los enemigos a 15 pasos, les acometieron descargando una lluvia de piedras sobre ellos, con tal violencia, que ni la descarga de una

ametralladora hubiera producido mayor efecto. Con las piedras tumbaron a tres o cuatro y los demás emprendieron la fuga a todo correr. Vallés nombró entonces Capitán al cura de Flix, aunque él no tenía facultad para esto, que correspondía sólo a Alfonso, pero mi marido le confirmó a su vez en el mismo empleo.

Los primeros que se levantaron en la provincia de Tarragona en 1872 fueron: el Brigadier don Matías Valls, como Comandante general interino de esta provincia, y a sus órdenes, formando partidas, los propietarios don José Antonio Mestres, don José Bové, don José María Barenys, don Francisco Cerdá (a) *Quico de Constantí,* Martinet de Vilaplana, el Comandante don Pedro Colomer, los hermanos Comandante don Pedro y Capitán don Agustín Cendrós y don Pedro Nino, con un total de quinientos hombres. Valls, muy viejo ya y enfermizo, tuvo que retirarse.

La Junta Central de Barcelona nombró en junio de 1872, como su reemplazante interino, al Coronel don Juan Francesch, y por no encontrarle en seguida (pues Francesch se hallaba escondido cerca de Tortosa tratando de reunir alguna gente para dar un golpe sobre los cuarteles de aquella ciudad, ya que quería apoderarse de ellos) nombró la Junta al Teniente coronel don Domingo Sans, Comandante general interino de la provincia de Tarragona, en la cual se contaba, por entonces, con una fuerza de mil hombres. (Alfonso había dado facultad a la Junta para conferir nombramiento, ya que él, en aquel tiempo, no conocía a casi ninguno personalmente, y de todos modos no lo bastante para poderse formar juicio de ellos. Esto fué antes de entrar Alfonso en Cataluña en 1872.)

El Teniente coronel don Domingo Sans era un jefe que valía mucho: valiente, inteligente, subordinado y trabajaba de firme, y lo hizo en diferentes ocasiones con el cura de Flix, con quien se entendía muy bien. Las fuerzas de Tarragona subieron pronto a más de mil hombres; pero como, según el proverbio, "poco dura el gozo en casa del pobre", disminuían con la misma rapidez; aquello era como la marea, que sube y baja, pero la mayor parte del tiempo estaba más baja que alta.

Después de no largo tiempo, los propietarios don Antonio Mestres, don José Barenys y Martinet de Vilaplana se reunieron en la Musara, adonde llamaron también al cura de Flix, y declararon que, por falta de medios para mantener su gente, se veían obligados a presentarse a indulto. El cura de Flix protestó; pero en vano. De la gente que ellos capitaneaban se retiraron algunos hasta ver en qué pararía aquéllo, pero la mayoría se acogió a indulto. Eran, sin embargo, aquellos jefes buenos carlistas y continuaron,

por su parte, trabajando por la Causa. Don José Antonio Mestres, que había sacado mucha gente, llegó a Comandante, mandó luego un batallón, el tercero de Tarragona (cuyo cargo le confió Alfonso en Alcalá de la Selva en 1874); don Pedro Cendrós, que no sé si estuvo en la reunión de la Musara; de todos modos, se distinguió en lo sucesivo y mandó, algún tiempo, la mitad de las fuerzas de la provincia de Tarragona a las inmediatas órdenes de Sans y, después de la toma de Santa Coloma, se le nombró Teniente coronel.

Además de que los jefes que indiqué fueron los primeros que salieron a campaña en la provincia de Tarragona, hubo, en seguida, otros, entre ellos el capitán don José Moore, quien tras activa labor preparatoria en la misma capital de Barcelona, exponiendo mucho su persona, hizo muchas proezas en la antedicha provincia, luchando gallardamente contra todas las dificultades que ya mencioné y sosteniendo fuego casi a diario. El Teniente coronel don Domingo Sans, de quien ya hablé como de un jefe que muchísimo se distinguió; el Coronel don Manuel Martí (a) *Pancheta,* muy bueno también y de gran valor; el Teniente coronel don Francisco Tallada, que salió, creo, algo más tarde al campo, se distinguió muchísimo y murió en la acción de la Pobleta el 8 de marzo de 1873, batiéndose al lado del cura de Flix, del que era muy apreciado. Mucho le debió el Coronel Vallés, quien tuvo los honores de lo que hizo Tallada.

Hacia fines de 1872 o principios de 1873 entró en campaña don Ramón Tresera, cura de Prades; era sumamente valiente, activo y bueno. Llegó a Comandante, y mandó una porción de meses el cuarto batallón de Tarragona, distinguiéndose, en críticos momentos, por su arrojo y serenidad. El valentísimo don Isidoro Pamiés (a) *Cercós* salió a fines de 1872. Se distinguió también en muchísimas ocasiones y murió en una de las acciones que mencioné.

Muy al principio de la guerra murió en la acción de Senant el Brigadier don Pedro Torribas (a) *Tuerto de Ratera,* un valerosísimo y pundonoroso jefe. Era de la provincia de Lérida, pero me parece que la acción aquella se libró en territorio de Tarragona; es decir, que Senant pertenece a Tarragona.

Los que en esta provincia nunca se sometieron a indulto fueron los jefes don Domingo Sans, don José Moore, don Francisco Cerdá (a) *Quico de Constanti;* don Bautista Piñol, don Pedro Juan Puig y don José Agramunt (cura de Flix). Hablo de los primeros tiempos de 1872, porque más tarde, en aquel mismo año, llegaron otros que tampoco se presentaron a indulto.

Cuando Francesch reapareció le entregó la Junta Central el

mando de Tarragona, quedándose Sans como segundo jefe. El cura de Flix, quien, después de la reunión de la Musara, había vuelto con su partida al Priorato, centro de sus operaciones, fué llamado muy pronto por el Coronel Francesch, el cual citó a los diferentes jefes para un día señalado en Vilaplana, donde se reunieron, poco más o menos, cuatrocientos hombres. Fueron todos juntos a Alforja, luego a Tivisa, donde quedaron tres días haciendo ejercicios, hasta que al tercero llegó una columna y salieron. Siguió cerca del pueblo un combate que duró diez horas, sin resultado decisivo ni para una parte ni para otra. Al día siguiente, el 30 de junio de 1872, después de haber pernoctado en Gabardá, mandó Francesch al Capitán don Juan Gineses a sorprender al jefe de estación de Hospitalet; allí esperaron el tren, y cuando vino hicieron bajar a todos los pasajeros y subió en él la fuerza carlista; se puso el convoy en movimiento y se continuó en él hasta Salou, que se halla a dos horas de la importante ciudad de Reus. En Salou se bajaron y tomaron la carretera; luego, a marchas forzadas, se dirigieron hacia Reus. Media hora antes de llegar a esta ciudad llamó Francesch a cinco o seis jefes y les indicó los puntos que cada uno de ellos debía ocupar y lo que tenían que hacer. Mandó en seguida unos soldados a Villaseca con orden de cortar el telégrafo. Después siguió ese inacostumbrado avance. Antes de llegar ordenó a don José María Barenys que con su compañía se apoderase de los cuarteles. Le aseguró que toda la tropa estaba de paseo y que no encontraría más que a la guardia y, tal vez, algún enfermo. Le prohibió que disparase un tiro. Don Juan Francesch sabía que podía contar con el Comandante de Reus. (Francesch había pertenecido al ejército de Madrid, pero cuando cayó doña Isabel pasó a los carlistas por ser los suyos los principios de éstos y por haber servido ya su padre en las filas de Carlos V). Francesch llegó hasta la Casa de la Villa, y, mientras estaba explicando al Ayuntamiento que no se dispararía ningún tiro y pedía el impuesto que la ciudad tenía que pagar, vinieron a prevenirle que se oían disparos. Bajó corriendo a la calle y, seguido de algunos *trabucaires,* se fué al galope, dejando allí a don José Agramunt con 82 hombres. Visto lo que sucedía, no tuvo tiempo de dar instrucciones a este jefe.

Lo que pasó fué lo siguiente: Barenys, en vez de cumplir las órdenes recibidas del Coronel Francesch, poseído de miedo, en vez de echarse inmediatamente sobre la guardia, mandó hacer una descarga contra el cuartel, lo que, por supuesto, alarmó a la guarnición, parte de la cual se retiró a él. Antes de que Francesch llegase al cuartel se encontró con el Coronel comandante de la guarnición; se abrazaron afectuosamente los dos y siguieron andando

juntos con gran amistad. La gente de Barenys, creyendo que era la caballería enemiga, les disparó una descarga, y el Coronel comandante de Reus cayó herido gravemente con su caballo. Francesch corrió hacia los cuarteles gritando desesperadamente a los de Barenys que cesaran el fuego. A su vez, entonces le tocó una descarga, pero del enemigo, el cual, como era natural y justo, contestaba al fuego que le hacía. Gravísimamente herido, se hizo acompañar primero por unos carlistas, pero luego les dijo:

—¡Dejadme! Voy a morir. ¡Vosotros salvaos como podáis!

Entretanto, el cura de Flix, no habiendo tenido ninguna orden contradictoria (la que había recibido al principio era la de permanecer frente al Ayuntamiento), quedó donde Francesch le mandó; ignoraba lo que pasaba. En esto un paisano se arrimó a él y le dijo con gran secreto:

—Francesch está muy gravemente herido y pide confesión. Todos los carlistas se han retirado ya de la ciudad.

Cuando don José Agramunt oyó lo que le decía el paisano le contestó:

—¡Pase usted adelante y, bajo pena de la vida, acompáñeme usted al sitio donde se encuentra don Juan Francesch!

Las tropas enemigas, rehechas de la primera alarma, se hicieron fuertes en el cuartel y empezaron a tiros desde las ventanas, de modo que, para hacer salir su gente de la ciudad, se vió obligado el cura de Flix a ponerla en fila, pegada contra las paredes de las casas, para evitar el fuego que se les hacía desde éstas. La colocó en dos hileras, andando uno a uno a cada lado de la calle. Don José Agramunt no desistía de su idea de ir a ver al Coronel Francesch, una vez que sus hombres estuviesen fuera de peligro, en sitio seguro. Después de haber andado algún tiempo del modo como acabo de relatar, se encontró con los *trabucaires,* que llevaban al Coronel comandante de Reus, y al verle creyó que Francesch no estaba herido, y que le habían confundido con el General enemigo. Gozoso, gritó a sus soldados:

—¡Muchachos! ¡No es nuestro jefe el que está herido! ¡Es el de las tropas contrarias!

Pero al instante se le arrimó un *trabucaire*, y le dijo:

—¡Francesch está gravemente herido! Obedeciendo sus órdenes, le hemos dejado en una casa. Es inútil que usted vaya donde se encuentra, porque quiere quedarse a todo trance allí donde se hizo depositar, pues ya se ve muerto.

Convencido Agramunt de la verdad que decía el *trabucaire,* al que conocía íntimamente, ordenó a algunos de sus hombres que llevaran al jefe enemigo a su casa mientras él (Agramunt) salió

de la ciudad afligidísimo, pero comprendiendo que no debía perder tiempo ni dejar solos a sus soldados por visitar al pobre moribundo. Fué con su fuerza a alcanzar a los demás, que le esperaban en la carretera, yendo luego a descansar a una casa de campo. Como Sans estaba curándose aun de una herida, retirado en algún sitio en los montes de la Juncosa, y como de los demás no había ninguno bastante práctico del país, propuso el cura de Flix nombrar a Barenys jefe interino, con la misión de conducirles directamente donde el General Tristany para que éste dispusiera de esta fuerza. Todos estuvieron de acuerdo.

En cuanto la Junta Central supo la muerte del Coronel Francesch mandó una Comisión al Teniente coronel Sans, nombrándole, por segunda vez, jefe interino de Tarragona. Francesch, según una relación que leímos más tarde, fué admirablemente bien cuidado por la autoridad militar de Reus, después de haberle hecho llevar desde la casa donde estaba a la habitación del Coronel. Recibió los Santos Sacramentos lleno de fervor de buen cristiano, y valiente, como vivió, murió, con santa resignación, el 1 de julio de 1872, rodeado del mayor cariño por los jefes y oficiales liberales, a quienes estrechó, agradecido, las manos antes de expirar. La carrera de Francesch en el ejército del Gobierno de Madrid, en el Cuerpo de Ingenieros, fué brillante, distinguiéndose en la guerra de Africa y siendo agraciado por su arrojo con dos cruces de San Fernando, y en la acción del Cabo Negro, el 14 de enero, fué ascendido a Comandante. En 1869 pasó de Teniente coronel a los carlistas y fué nombrado Coronel. En junio de 1872 salió a campaña.

CAPITULO XXII

SIGUE MAYO DE 1873

Pérdida de mis apuntes.—Acción de Sanahuja.—Un "yodler" en el combate.—El caballo "Calatrava"

Al releer mis *Memorias* veo que, hablando de la provincia de Tarragona, hay una larga repetición de lo que escribí al principio de ellas, pero lo dejo tal como está, pues quitar lo primero o lo segundo podría dar lugar a la supresión de diferentes detalles y causar, tal vez, confusiones. El hacer nuevas copias sería demasiado largo, y así, me contento con recomendar a mis lectores salten aquello que ya leyeron.

Ahora voy a reanudar el hilo de la relación de nuestros episodios personales durante la guerra. Desgraciadamente, descubrí no hace mucho tiempo que, poco más o menos, una tercera parte de mi *Diario de Campaña,* rico en detalles, ha desaparecido, sin saber cuándo ni en dónde, sin esperanzas de que reaparezca. Esto causará a menudo, de ahora en adelante, muchos huecos en mi relato. Hace años escribí una *Historia* de nuestra guerra, guiándome para ello de aquel *Diario de Campaña,* escrito día por día; pero lo que copié no es, en su mayor parte, más que un resumen; de modo que faltan la mar de detalles, por haber desaparecido también algún cuaderno de aquella *Historia.* Para remediar un poco tengo que buscar material en relaciones contenidas en cartas escritas durante la guerra, que nos fueron devueltas y en diferentes anotaciones y documentos. Lo que narro es del todo exacto, porque no incluyo sino lo que sé de fijo, pues no me fío para esto de mi memoria; me atengo escrupulosamente a la verdad con sus pruebas; pero faltándome lo que digo pierde algo del interés que encerraría si tuviese en manos la parte perdida de mi *Diario de Campaña.*

Antes de continuar tengo que indicar un hecho importante, y es que, con fecha 24 de abril de 1873, escribió Carlos a Alfonso que ya que los valencianos deseaban tener a éste de General en jefe del Reino de Valencia, si creía Alfonso poder conseguir algo allá, le añadiría Carlos aquel mando al de Cataluña. A pesar de que estábamos en lo más crudo de la persecución, cuando mi marido recibió esta carta se puso en seguida a organizar el movimiento en aquel Reino.

He dicho que el 12 de mayo de 1873 habíamos encontrado al General Tristany en la masía de Guilañá, muy cerca de San Lorenzo dels Piteus, después que éste había hecho una marcha enorme con su pequeña fuerza y los *zuavos* y *Guías del Infante.* No recuerdo si fué aquella noche o uno de los días siguientes cuando, visto el estado de cansancio de nuestra gente, ordenó Alfonso que en vez de dos centinelas, como de costumbre, nos pusiesen un plantón delante de la puerta de la casa. El plantón, cuando vino su turno, se durmió. Tristany, que por sí mismo hizo una ronda durante la noche, se encontró con aquel hombre sumido en el más profundo sueño; como nos contó al día siguiente, entró en casa, pasó inadvertido entre el cuerpo de guardia, penetró en nuestro cuarto y dió unos pasos en él sin que nos despertásemos; sin despertar tampoco a los demás salió otra vez de casa. Por supuesto, que no respetó luego el sueño del plantón, pues lo despertó y relevó con otro. Naturalmente, no castigó al pobre, porque en verdad que no era suya la culpa, después de las tremendas fatigas del día. Tristany nos dijo que nos hubieran podido asesinar sin que nos apercibiésemos de ello.

Al día siguiente, 13 de mayo de 1873, marchamos de Guilañá antes de que apuntase el día, pasando por Navés; fuimos a pernoctar en Castelladral. Fué una marcha larga, casi sin descanso. El 14 de mayo marchamos de Castelladral, yendo por Suria al Cardoner, que atravesamos, y al acabar el día llegamos a Castelladral.

El 15 de mayo, tempranísimo, nos hallábamos otra vez andando, yendo en dirección de Castellfullit del Boix; pero al saber que estábamos a pique de hallarnos rodeados por el enemigo, volvimos atrás por Prades y nos fuimos a Biosca, adonde llegamos muy tarde y pernoctamos. Fué de nuevo una marcha inmensa, con una porción de contramarchas. Tristany desorientaba al enemigo de una manera magistral. A una noche muy corta había seguido este día de marcha muy larga; pero, a lo menos, estábamos ya acostumbrados a pocas horas de sueño y el estómago a menudo a estar muy vacío; sin embargo, menos mal para nosotros que

íbamos a caballo, pero nuestros pobres *Voluntarios* sufrían mucho más a pie. Biosca está en la provincia de Lérida.

El 16 de mayo, tempranísimo, nos pusimos en movimiento. Hacia mediodía paramos en Sanahuja, en una casa muy carlista, pero continuamos pronto para Pons, desde donde, después de un descanso bien corto, seguimos por Tiurana a Oliana, llegando allí muy de noche. En todas aquellas poblaciones nos recibieron con gran entusiasmo y cariño, a pesar de que parte de los habitantes era liberal. Nos echaron flores a nuestro paso. El descanso nocturno en Oliana fué cortísimo, porque al levantar el día éste nos debía ver ya en camino.

El 17 de mayo de 1873 salimos, como digo, al alba, de Oliana. Pasamos por el Bancal, en donde en 1872 obtuvo Tristany una hermosa victoria. Don Rafael supo en el camino que un batallón de *cipayos,* que se dirigía a Cardona, debía pasar por el que seguíamos. Alfonso, entusiasmado, resolvió en el acto atacarles. Los esperamos, pero en vano, pues se supo después que habían tomado otro camino. Continuamos entonces hacia Sanahuja. Cuando a las siete de la tarde, bajo una violenta tormenta, llegamos a la vista de este pueblo, cerquísima de él vino el aposentador con cara algo trastornada a anunciarnos que el enemigo se hallaba en la población. Había visto al centinela en un punto algo elevado, pero se comprende que éste no había visto todavía a los carlistas. Nosotros mismos nos encontrábamos en un altito por encima de Sanahuja, seguidos de nuestras tropas, no pudiendo ser descubiertos aún por el adversario. Al mismo tiempo casi, nos enteraron que se trataba de dos fuertes compañías de *cipayos* y 60 caballos del regimiento de Calatrava que acababan de entrar en la población. Tristany opinó por emprender la retirada antes de que nos viese el enemigo.

Fué entonces cuando, por primera y única vez en nuestra campaña, me atreví a dar mi opinión respecto de un hecho militar y exclamé:

—¿Cómo? El enemigo dormirá en las camas de Sanahuja, sus soldados estarán bien al abrigo, y los pobres nuestros y nosotros, ¿pasaremos la noche en marcha bajo la lluvia? ¡No! ¡No! ¡Hay que echarlos fuera!

En realidad no fué un consejo de mi parte, sino una exclamación instintiva. Sin duda respondía también esto al deseo de Alfonso, cuyo continuo sueño era sorprender al enemigo y obtener otra vez una victoria, en vez de estar reducidos a trotar continuamente delante de él y apartándonos a derecha o a izquierda, teniéndole sin cesar encima de nosotros.

Alfonso y Tristany miráronse un momento y su decisión fué cosa de un instante: ¡Atacar! Inmediatamente adoptaron las disposiciones necesarias. Sanahuja está construída al pie de la montaña en que se apoya. La dominan alturas que forman en su alrededor un semicírculo. Delante de ella se extiende una llanura y era por este lado por el que se encontraba la entrada principal y la carretera. Un pequeño fuerte abandonado se asentaba sobre uno de los puntos elevados que prestaban su apoyo a la población. Se trataba ahora de rodear Sanahuja lo más rápidamente posible y antes de que el enemigo sospechase nuestra proximidad. Alfonso convino inmediatamente con Tristany los puntos más importantes a ocupar. Este General, que tenía plenos conocimientos del terreno, indicó por cuáles se debía de avanzar. No teníamos mucho más de quinientos cincuenta hombres y debíamos contar con la llegada muy posible de otra columna.

Alfonso recomendó no hacer fuego hasta que todas las primeras disposiciones fuesen tomadas o, a lo menos, mientras el enemigo no descubriese la presencia de los carlistas. Era de la mayor importancia el que todos los preliminares fuesen ejecutados mientras el enemigo ignoraba lo que le esperaba. Arreglároronse de modo que se cerraron todas las salidas a las tropas liberales.

La sorpresa fué completa. Acababa de alojarse el enemigo y el centinela subía para ocupar su punto de vigilancia al pequeño castillo cuando fué recibido con un disparo que le costó la vida. Esta fué la primera alarma que tuvo el adversario. Inmediatamente se lanzaron los nuestros a la población. Los *zuavos,* bayoneta calada adelante, por el camino más corto. Una parte de los *Guías del Infante* y de la tropa de Lérida siguió rodeando; otra fuerza ocupó una altura cerca de la población del lado por donde se viene de Oliana. Desde allí se dominaba Sanahuja y las salidas que daban sobre la llanura y hacia esta parte se dirigió el fuego.

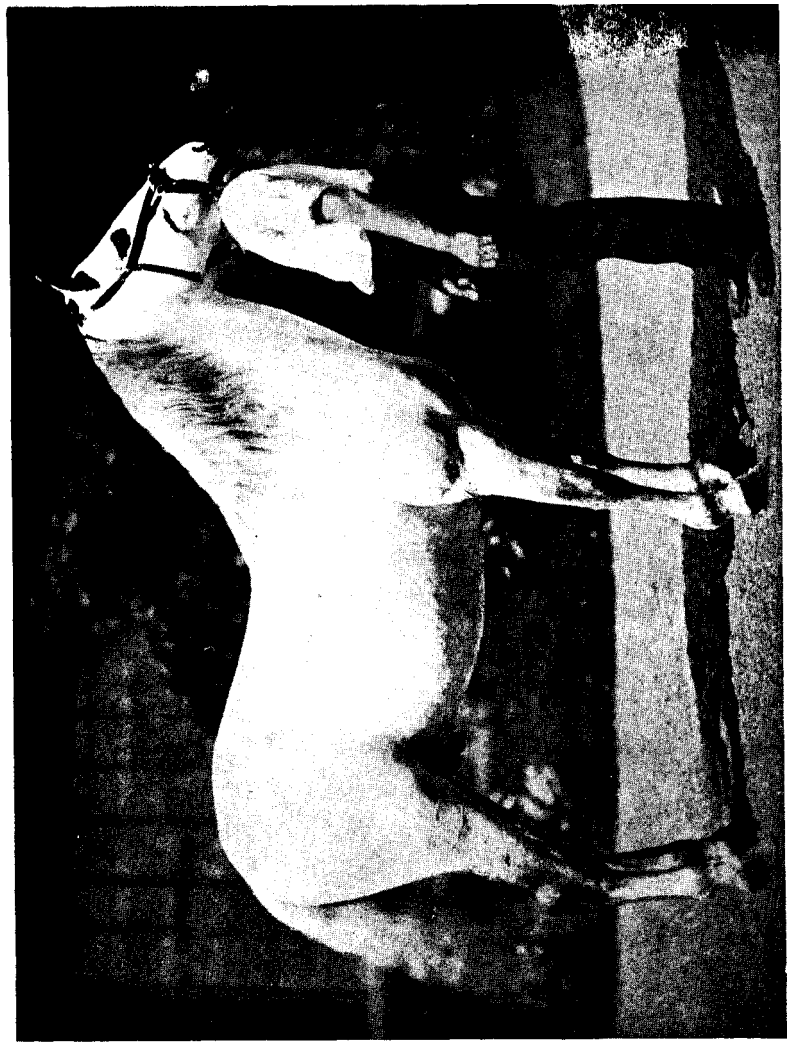
Nosotros nos colocamos con Tristany y el Estado Mayor al pie de esa misma loma, entre ella y la entrada de la población, a un centenar de metros, poco más o menos, de ésta, como leo en el parte de Alfonso a Carlos. La confusión que se produjo entre la fuerza enemiga no pudo ser mayor. Cogida de improviso, buscaba cada uno el defenderse como podía y también desde sus alojamientos. Pero los carlistas adelantaban rápidamente bajo una lluvia torrencial y una terrible tormenta que aumentaba más la obscuridad. Sanahuja era una población muy fuerte gracias a su posición y, a pesar de la sorpresa que dimos a los republicanos,

la tarea de los carlistas se presentaba bastante difícil. Estos se abrían su camino adelantando de casa en casa, perforando las paredes interiores y pasando por los boquetes. Rompían las puertas de las casas con la culata de los fusiles, y una vez dentro, adelantaban más con la perforación de tabiques.

Para la media noche se había cogido gran número de caballos. Se les reunía muy cerca de la entrada de la población, allí donde nos hallábamos nosotros con Tristany y el Estado Mayor. De repente lo que quedaba aún de la caballería intentó una salida por el lado de la llanura; pero algunos *zuavos*, al mando del Teniente don Joaquín Sastre, les cortaron el camino y los rechazaron en las calles. Al grito de "¡La caballería hace una salida!", aquellos que ocupaban una posición fuera del pueblo para tirar desde allí a éste hicieron una descarga sobre el punto en que les parecía ver la caballería fugitiva. Poco se veía en aquella noche obscura; si no, ya hubieran visto qué poca apariencia de fuga se daba entre aquellos caballos. Sus tiros iban al grupo que formábamos nosotros con el Estado Mayor y los caballos prisioneros, que, a medida que los cogían, los traían al sitio ocupado por nosotros. Este se encontraba al pie de la posición carlista que teníamos a nuestra espalda y desde la cual, por ser elevada, se podía tirar al enemigo por encima de nuestras cabezas sin peligro para nosotros. Pero ahora había cambiado la cosa, puesto que era nuestro grupo el blanco de su ataque.

Nos hallábamos entonces bajo un fuego cruzado, entre el del enemigo y el de los nuestros, oyendo silbar las balas de los dos lados, lo que, en un primer momento, no podíamos comprender. Alfonso mandó pronto un propio arriba para explicar a nuestra gente su error y para que suspendiera esta bienintencionada pero poco adecuada descarga, y que la concentrasen sólo sobre el pueblo. Lo que no cesó fué la lluvia; el suelo estaba empapado de agua; no se encontraba el menor puestecito que convidase a sentarse.

Tristany entró repetidas veces en la población y se portó muy bien. Los nuestros se batían con el mayor arrojo. En un momento dado, en el que carlistas y republicanos se hallaban frente a frente en la plaza Mayor de Sanahuja, ocupando ambos unas casas que se miraban y tocaban y hasta eran, en algunas, partes de casa que se repartían unos y otros; en aquel momento se oyó de repente una hermosísima voz que con arte admirable cantaba un *yodler*, un canto tirolés, cuyas modulaciones son una especialidad de los habitantes del Tirol y de las más difíciles para cualquiera garganta nacida en otro país. Fantásticamente sonó el canto a través de la



Retrato de los dos caballos que más montamos en campaña en 1873 y 1874

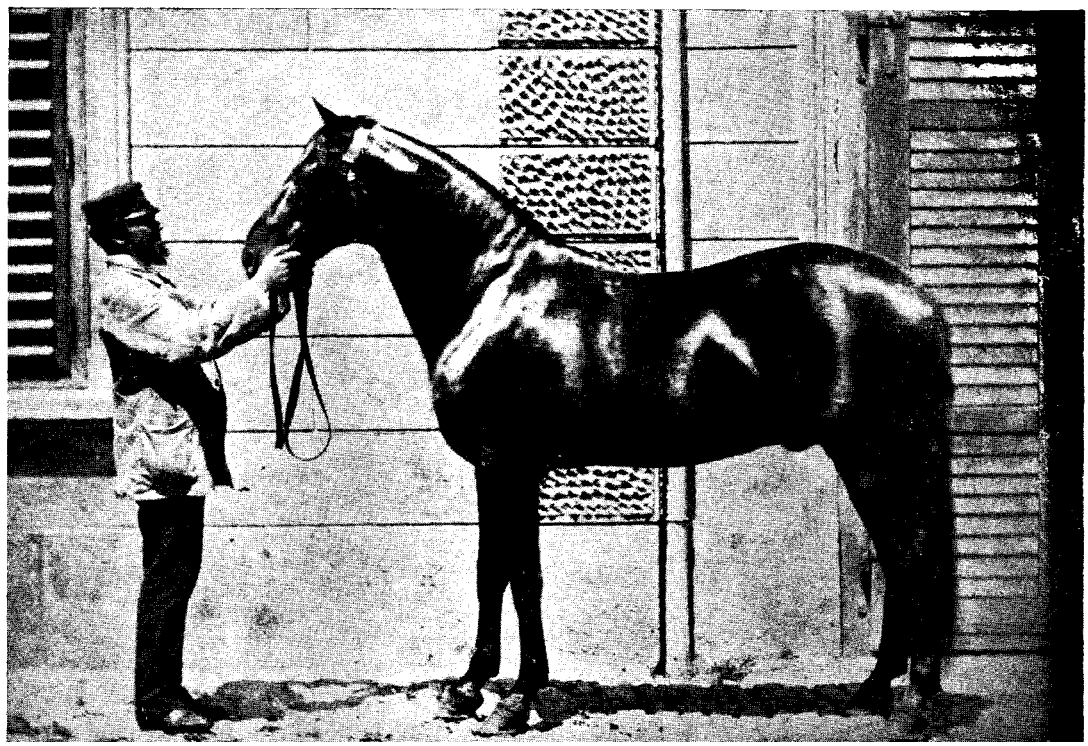
Tordito. — Caballo entero andaluz, tordo, que regaló a Alfonso la Junta Carlista de Gerona a fines de 1872 y que tenía entonces cinco años. Le montamos, alternativamente, Alfonso y yo en 1873 en Cataluña y en 1874 en el Centro. En noviembre de 1873 le montó Alfonso en el Norte.

Le llevamos con nosotros en la emigración.

Calatravo.—Caballo entero andaluz, pelo castaño oscuro y negruzco. Fué cogido al enemigo, con todo un escuadrón de caballería del regimiento de Calatrava, en la acción de Sanahuja (en Cataluña), el 17 de mayo de 1873. Tenía entonces poco más de dos años de edad y pertenecía al ayudante del escuadrón, quien suplicó encarecidamente a Alfonso lo tomase para su servicio personal.

Le montamos, alternativamente, Alfonso y yo en las campañas de Cataluña y del Centro, más a menudo que los otros dos caballos que teníamos. En noviembre de 1873 le monté yo en el Norte, cuando la batalla de Montejurra.

Le llevamos con nosotros en la emigración y murió a la edad de treinta y tres años. Tenía a la sazón los bríos de un caballo joven.



noche. Se hizo un gran silencio alrededor del cantor. Este era don Luis de Barrantes, hijo del Conde de Barrantes y de la hermana del General Elío. Había sido *zuavo* en Roma, gran amigo de Alfonso, y era Alférez de nuestros *zuavos Carlistas*. Mientras duró el canto no se tiró allí ningún tiro. Todos estuvieron escuchándolo, embelesados.

Acabado el *yodler,* se empezó otra vez el fuego. El enemigo se defendía desesperadamente. Varios se echaron por las ventanas esperando salvarse así, entre ellos el jefe del escuadrón de Calatrava, el Teniente coronel Infante, el que cayó en el mismo momento en las manos de unos *zuavos* que se hallaban con el Teniente Sastre al lado de la ventana por la que saltó. Sastre, viendo que aquel militar parecía gravemente herido, le acompañó, a fin de evitar que le pasase algo durante la confusión del asalto, y le quería llevar a que le hiciesen la cura. En el trayecto otro oficial, perteneciente a la fuerza de Lérida, quien a causa de la obscuridad no veía más que bultos, creyó que eran enemigos que se escapaban y mandó hacerles una descarga. Una bala rozó el uniforme del Teniente Sastre sin herirle, gracias a la mayor de las casualidades, y el pobre Coronel Infante cayó, cual muerto, y le dejaron por tal, cuando poco después pidió socorro, y el Capitán de *zuavos,* Giner, que pasaba precisamente por allá, se encargó de él. Llamaron en seguida a un Capellán castrense que pedía el herido y le prodigaron los mayores cuidados. Fué depositado en una casa y por orden de Alfonso se envió un pase al médico militar enemigo más próximo para que lo cuidara hasta que fuese curado o quisiera ser transportado a otra parte. Alfonso dispuso también que le dejasen dos asistentes para su servicio.

Durante toda la noche continuó un combate encarnizado. Por la mañana toda la población, menos unas pocas casas, y toda la caballería se encontraban en nuestro poder. Un gran número de *cipayos* (soldados de cuerpos francos) murió durante la pelea; el resto se defendía en unas pocas casas, en lo alto de la población, en donde los dejamos después de haber alcanzado nuestro fin: el de apoderarnos de la caballería. Quedamos toda la noche bajo gran lluvia en el mismo sitio que antes indiqué, y al amanecer del día 18 de mayo nos fuimos a descansar en una de las casas de la población, mientras a nuestros *Voluntarios* se les dió tiempo para confortarse.

Todos se habían batido admirablemente, pero los *zuavos* fueron los primeros en los sitios más expuestos y más difíciles, mostrándose heroicos, como siempre, siguiendo en esto el ejemplo de arrojo de sus oficiales. El resultado de esta victoria fué la toma

de 51 caballos (algunos murieron en el combate y por esto no conseguimos su número primitivo de 60), y tres caballos, según el parte del enemigo, se salvaron. Esta fué la primera caballería cogida al adversario.

Hay un parte fechado el 19 de mayo de 1873 desde Tarragona por Rodríguez Bravo al Capitán general Velarde que dice:

"Habiendo salido de este punto en 17 del actual el Teniente coronel de este regimiento de Calatrava, Primero de Carabineros, don Ricardo Infante, con 57 jinetes *(todos juntos eran 60),* entre ellos un Capitán, un Ayudante, dos Tenientes, un Alférez y un segundo Profesor veterinario, en dirección al pueblo de Sanahuja para esperar allí siete compañías de Voluntarios y 20 caballos que habían de llegar de la parte de Solsona, tengo el honor de poner en el superior conocimiento de V. E. cuantos datos he podido adquirir, verbales, por el Capitán y dos Tenientes que se han presentado anoche con 11 individuos de tropa, acerca de lo sucedido en dicho pueblo con la facción Tristany y don Alfonso, a las cuatro y media del expresado día 17.

Entró la fuerza de caballería en el indicado pueblo, encontrando ya en el mismo a las compañías de Voluntarios de Almatre y Mayales, y como quiera que no habían llegado las restantes, mandó el jefe que se alojaran, y sobre las seis de la misma, hora en que se estaban extrayendo las raciones de cebada, se oyeron varios disparos en diferentes direcciones de la expresada facción que tenía ya *(creo que falta aquí una palabra).* En el acto dispuso el Teniente coronel el toque de ¡a caballo!, y puestos ya algunos a los pocos minutos en dicha posición, trataron de salir con el objeto de dispersarla, pero no pudieron efectuarlo porque tenían cortadas todas las avenidas y éstas tomadas por las facciones, así como la puerta de salida del puente; y les hicieron aquéllos una descarga a quemarropa al llegar a ella, matando dos jinetes con sus caballos e hiriendo al Teniente coronel; en este estado y en aquella imperiosa necesidad mandó el jefe que el escuadrón y los Voluntarios fueran a sus alojamientos a defenderse, lo cual hicieron con arrojo, bravura y serenidad admirables, sin que bastaran a intimidarlos las amenazas del enemigo disputando palmo a palmo con un nutrido fuego sus posiciones, el cual duró once horas *(fueron doce),* en medio de una copiosa lluvia, hasta terminar el último cartucho, no teniendo otro remedio que apelar al arma blanca unos y otros o rendirse, pero no sin que tuviesen que entrar en las casas horadando las paredes. De tabique en tabique recorrieron hasta el número de 22 y otras las incendiaron, consiguiendo así hacer prisioneros a los defensores, llevándose los caballos, armamentos y cuanto encontraban a su paso en el registro que hicieron. La mayor parte de los Voluntarios se hizo fuerte en la iglesia y las casas inmediatas y rechazó al enemigo cuantas veces intentó éste apoderarse de aquéllas. Las pérdidas que se han tenido que lamentar por nuestra parte consisten en el Teniente coronel, que se encuentra gravemente herido, con nueve balazos, un bayonetazo en el pecho *(no creo que tuvo bayonetazo, aunque no lo puedo afirmar)* y dislocado el muslo derecho; un Sargento y dos soldados muertos, con tres caballos; un Capitán de Voluntarios y 18 individuos también muertos y fusilados *(no fusilados, sino muertos en el combate),* llevando consigo la facción un Ayudante teniente, un Alférez, un segundo Profesor veterinario y 46 individuos de tropa con 51 caballos con todo su equipo, habiéndose salvado sólo tres caballos, que fueron metidos en la iglesia. Las del enemigo deben de haber sido numerosísimas, pero no puedo determinar a V. E. su número, pues en el corto reconocimiento que se hizo se vieron en dos calles solamente seis carlistas muertos y tres que entraron en Torá e infinidad de heridos graves que llevan en bagajes, según manifiesta un soldado que se ha escapado de ellos desde este punto."

En realidad, no tuvimos más que tres muertos, entre ellos, un oficial y nueve heridos, de los cuales dos oficiales y el Teniente coronel Capdevila, que mandaba la minúscula caballería de la provincia de Lérida. No sé si el número de bajas del enemigo que indica el parte es exacto. Nuestros adversarios tenían la costumbre de indicar un número muy inferior respecto a sus bajas y de aumentar, en cambio, de un modo exageradísimo, las nuestras. En mis relatos no indico nunca las bajas del enemigo, porque de nuestro lado creían, también, por lo general, que éstas eran muy superiores a lo que eran en verdad. Los paisanos que nos lo contaban multiplicaban los muertos y heridos del campo contrario. Sigue el parte del enemigo:

"La facción desalojó el citado pueblo a las seis y media de la mañana del 18 y se dirigió hacia Torá. El Capitán del escuadrón, que se ha presentado, se salvó milagrosamente, arrojándose al campo por una tapia de la casa donde estaba, la cual incendiaron y a campo traviesa pudo meterse en una masía, donde se fué disfrazado de payés. Otro Teniente, también de los presentados, con cuatro individuos del regimiento, y cuando ya no tenían municiones fué escondido en una cueva, y el otro Teniente y un voluntario pudieron también ocultarse."

Después de algunas frases de elogio para los valientes defensores de Sanahuja, dice:

"Al ponerlo en el superior conocimiento de V. E., cual es mi deber, lo hago a las autoridades de la provincia al propio tiempo. Para saber con certeza el resultado de esta sorpresa y las pérdidas sufridas en esta derrota, tan lamentable, con esta fecha ordeno al Comandante de este regimiento, don Mariano Olmos Dávila, que instruya la correspondiente sumaria, actuando como secretario el Teniente ayudante del mismo don José Torrente Ramón."

Entre las seis y media y las siete salimos de Sanahuja la mañana del 18 de mayo de 1873. Vimos muchos cadáveres, lo que, una vez acabado el combate, impresiona hondamente. En el momento de la lucha no se tiene la misma sensación; pero, acabado el fuego, es doloroso. Más tarde se nos contó por habitantes de Sanahuja que hubo *cipayos* vivos que se escondieron debajo de los muertos. Según los muertos que vimos, debió el enemigo haberlos tenido en mucho mayor número que el que confesaba.

Cuando salimos de Sanahuja, los *cipayos* refugiados en las pocas casas que prescindimos de disputarles porque se pensó: "Más vale lo que se tiene que arriesgar y perderlo si sobrevienen otras columnas", nos hicieron descargas hasta perdernos de vista. Alfonso dió libertad a todos los prisioneros, incluso a los tres oficiales. Los soldados prefirieron entrar en nuestras filas. Los tres oficiales nos acompañaron un trecho de camino y charlamos amigablemente con ellos. El Teniente ayudante rogó encarecidamente a Alfonso que tomara para sí, personalmente, su caballo (el del Ayudante); quería a aquel hermoso y noble animal y le afligía la idea de que pudiese caer en malas manos. Alfonso se lo prometió, y el mismo día se le consideró como adoptado por nosotros. Era un caballo muy joven, de dos años y medio, un andaluz castaño, casi negro, de un pelo reluciente, de formas bellísimas, leal y fogoso. En el acto le cogimos cariño. Al día siguiente lo montó Alfonso. Meses después lo monté yo. Siempre decíamos:

—Este animal, en vez de sangre, tiene pólvora en las venas.

Era ideal para montar, y una se lucía con él. Al mismo tiempo sus movimientos eran tan suaves que a un niño se le podía poner encima. Lo bautizamos *Calatrava* y con nosotros vino al destierro. A los treinta y tres años murió en Austria.

Mi marido dió, a cambio de esta caballería, otro caballo que hacía poquísimo tiempo había adquirido para que le sirviese de segundo en caso de que con las marchas forzadas que hacíamos quedase uno inutilizado.

CAPITULO XXIII

SIGUE MAYO DE 1873

Expediciones con Tristany.—Correspondencia con el Rey

Después de una marcha forzada nos paramos al mediodía en Torá, donde todos se reconfortaron. La parada no fué larga, relativamente, a lo que había pasado; creo que de hora y media; quizá fuera de dos. Continuamos luego andando. Fué una marcha muy dura, muy larga. Entre nuestros heridos había un chico de quince años, un *zuavo,* al que una bala había atravesado el vientre y al que, por supuesto, llevaban en una camilla. Una vez que dejamos la carretera y tomamos los caminos de la montaña, sufrió cruelmente, de las sacudidas que la marcha en aquel terreno le infligía. Era noche cuando pasamos delante de una masía; subieron a ella al herido para prodigarle los adecuados cuidados. El Comandante de los *zuavos* sondeó la herida y encontró que había un pedazo de cuero del cinturón que la bala había hecho penetrar en el vientre y que, naturalmente, no salió con ella. Dicho Comandante, Wills, que tenía cierta práctica en estas cosas, tomó un alambre con el cual sacó el cuerpo extraño. Inmediatamente se sintió aliviado el herido; se le dejó en la dicha casa y quince días después volvió aquel casi niño a su batallón.

A las once de la noche del día 18 de mayo, pasando por Ardevol y Pinós, llegamos a Vallmañá, donde pasamos la noche, y quedamos todo el siguiente día 19, de lo que nuestra gente tenía urgente necesidad.

Por la tarde del 20 de mayo marchamos de Vallmañá y fuimos, por Prades, a Castellfullit del Boix, donde pasamos el resto de la noche. El 21 de mayo fuimos de Castellfullit del Boix a Calaf, donde hicimos noche. El jueves 22 de mayo de 1873, fiesta de la Ascensión, marchamos de Calaf antes de que se hiciese de día (lo que

quiere decir que muy temprano, porque a fines de mayo las noches son muy cortas). En un pueblecito oímos misa militar. Por Guisona y Agramunt, donde hicimos muy cortas paradas, llegamos a Montclar del Segre, recorriendo así una de las partes más ricas de la provincia de Lérida y casi todo el día en la llanura.

Nuestro paso parecía una marcha triunfal, y produjo un efecto enorme entre los habitantes. Nos echaban flores desde las ventanas, nos vitoreaban, entusiastas; era un júblilo general. Durante algún tiempo fuimos por las orillas del importante Canal de Urgel, que fertiliza el llano de Lérida. A las diez de la noche llegamos a Montclar del Segre.

Nuestras tropas estaban reventadas por esta marcha forzada con un calor sofocante y pisando siempre un terreno llano, lo que, a la larga, cansa más que uno movido. Apenas tuvieron en aquella jornada el descanso puramente indispensable.

Alfonso había dejado a Tristany el cuidado de distribuir, es decir, de fijar el orden de las marchas, ya que éste conocía a la perfección todo el terreno; era Tristany quien, según el deseo de mi marido, decidía las horas de salida, los descansos, los sitios en que hacer noche, etc. La táctica de Tristany se inclinaba, generalmente, hacia las marchas forzadas para ponerse fuera del alcance del enemigo y desvirtuar sus combinaciones cuando todas las ventajas estaban de parte de nuestros adversarios. Pero también era el primero en dar el ejemplo en estas marchas. Andaba a pie, teniendo su caballo por la brida, y los soldados, que veían a su General, mucho más viejo que ellos (puesto que Tristany pasaba ya de los cincuenta), no se atrevían a quejarse de sus propias fatigas. Hay que decir que nuestros chicos eran sublimes, y ¡cuánto los admiraba yo cómo soportaban, alegres y dispuestos, todos los sufrimientos de cansancio y las privaciones inevitables!

Casi todos los prisioneros de Sanahuja que voluntariamente seguían con nosotros quedaron poco a poco en camino durante esta tremenda marcha.

¡Los pobres no estaban acostumbrados a semejante andar a pie! No pudieron soportarlo, y se retiraron, los unos tras los otros, en los diferentes pueblos de nuestro tránsito. Tenían a ello completo derecho, ya que Alfonso les había dado libertad.

Como lo dije antes, eran las diez de la noche del jueves 22 de mayo, cuando llegamos a Montclar del Sagre. Durante la marcha de aquel día aprovechó Alfonso la cortísima parada en Guisona para escribir a su hermano que aceptaba el mando del Reino de Valencia y que organizaría allí un ejército, lo que era indispensable para el bien de la Causa, puesto que todo andaba muy mal en

Valencia, a pesar de que reinaba allí el mejor espíritu; que, desde luego, mandaría a Vallés como segundo jefe interino de aquel Reino, y que había dado orden al General Belda de acudir a su Cuartel General (el de Alfonso), y esperaba que Carlos le dijese si podía relevarlo en su mando actual y enviarlo a su hermano. Luego le anunció que había nombrado al General don Rafael Tristany Comandante general de las dos provincias reunidas de Lérida y Tarragona.

La correspondencia entre Carlos y Alfonso andaba, por lo general, con gran lentitud y mi marido recibía con muchísimo retraso las contestaciones de su hermano. Se lo decía éste, quien le hacía responsable de que las comunicaciones fueran despacio, diciendo que él (Alfonso) debía tomar mejores medidas para evitarlo. Por nuestra parte, se hacía todo lo que humanamente era posible en este sentido. Las cartas de Carlos eran muy afectuosas, pero no se daba cuenta de nuestra situación. Alfonso la pintaba describiéndole las persecuciones tremendas, el estado de cansancio de nuestros pobres *Voluntarios,* la falta absoluta de recursos, la necesidad urgente de dinero. Decía, en la mayor parte de sus cartas, que era indispensable recibir los medios para pagar a la gente, la que disminuía de un modo alarmente. (Y era natural, porque el hombre no está compuesto sólo de espíritu, sino también de carne.) Se quejaba en alguna carta de la falta de subordinación de Savalls y de algún otro jefe (los demás eran pocos; se puede decir poquísimos los que pecaban en ese sentido, y cuando lo hacían eran instigados por Savalls o también por Castells, quien, aunque sin mando, seguía ofreciendo dificultades).

Carlos contestaba a las cartas de mi marido (aunque prometiendo de tiempo en tiempo que se haría lo posible respecto a recursos, promesas que no se cumplían): "Valor, mi querido Alfonso, mucho valor; no hay que desanimarse". En otras, como en una fechada en 2 de junio, en respuesta a lo que le decía Alfonso durante los momentos más crueles de la persecución, le escribía que dejaba ver desanimación en sus cartas y que se comprendía por ellas que, sin un milagro de Dios, creía difícil el triunfo. "No te digo esto como reproche, porque conozco tu situación y *alguna vez* te compadezco, en realidad." Esto de *alguna vez te compadezco* no nos sabía muy bien; mejor hubiera sido en plural; pero sabíamos que tenía Carlos verdadero cariño a su hermano y le hubiera compadecido mucho si no hubiese creído que Alfonso exageraba las dificultades de su situación. Tampoco nos hubiera ayudado con derramar un mar de lágrimas, pues era lo efectivo, lo material lo que necesitábamos.

Sigue diciendo:

"Pero te lo digo para que no empieces otra vez a hacerlo. Si las murmuraciones y toda especie que tiendan a sembrar el desaliento en las filas se castiga con mano firme, según la Ordenanza, tanto más responsables deben considerarse en un General y en un Infante." Más allá dice: "Procura, pues, Alfonso mío, mostrarte siempre en cartas y palabras animoso, como debe estarlo quien defiende una gran Causa. Confío, pues, en que, de ahora en adelante, tus cartas, que, por tu posición, no tienen nunca el carácter de confidenciales, sean, como yo las deseo y la Causa lo exige *(no sabíamos a qué cartas podía aludir, pues sigue después):* Sólo a mí, porque puedo poner remedio a ciertas cosas, debes decir tus impresiones desnudas y tal cual las formas sobre el teatro de las operaciones".

Carlos tenía pruebas suficientes para saber con qué ánimo obraba Alfonso y si hablaba de cartas desalentadoras se hallaba en el mayor de los errores.

Jamás mostraba Alfonso desaliento ante sus inferiores, sino, siempre, el mayor ánimo. Por supuesto que, escribiendo a su madre, o a su tío, el Duque de Módena, hablaba alguna vez de las dificultades que había que vencer y de lo penoso de su situación, y esto era muy ventajoso, pues nos ayudaban con recursos. Nunca daba Alfonso la cosa como perdida; por lo contrario, les decía siempre que confiaba en la ayuda de Dios para tan justa Causa, y que el Señor nos daría la victoria.

En cuanto a la cuestión de insubordinaciones, dice mi cuñado: "Es necesario metas a todo el mundo en cintura, y si es necesario algún escarmiento, hacerlo. Si esto haces, que es muy posible, no tendrás motivos para quejarte y verás qué rumbo tan bueno tomarán las cosas en Cataluña".

Pero Alfonso sabía perfectamente que si castigaba a Savalls, Carlos acabaría por dar la razón a éste y el perjuicio para la Causa sería entonces mayor que antes. En cuanto a la escasez de recursos, decía que organizándose la administración daría, ciertamente, los recursos necesarios.

Alfonso trabajaba con mucha actividad y cordura en la organización de la Intendencia; pero no era sólo con la organización con lo que podían salir los recursos, como los hongos de noche, aunque era indispensable el reglamentarla. (Alfonso ya había nombrado el 28 de febrero a don Francisco Solá Intendente general de Cataluña; era una excelente persona.)

Otras veces repetía Carlos en sus cartas: "Mucha energía; cuidado al que desobedezca". También decía: "Tienes que tomar

la costumbre del mando". Si a diario se hubiese podido comunicar con Carlos, es decir, si éste hubiera estado a tan corta distancia que permitiese hablar de continuo con él, se habría, de fijo, hecho cargo de la situación. En sus cartas se encontraban pasos muy cariñosos para mi marido y también para mí.

Yo, por mi parte, escribí desde Montclar del Segre a mi madre (después de una marcha tan larga y siendo las diez de la noche cuando llegamos y debiendo salir al día siguiente a primera hora) para anunciarle nuestra victoria de Sanahuja. Luego le suplicaba me mandara una amazona, ya que la que llevaba se rompía por todos lados, y, además, se cubría de manchas horribles que no podía yo quitar. "Figúrese, querida mamá, le decía, que de aquí a poco estaré en camisa". Por supuesto, me hizo hacer mi mamá en el acto una hermosa y excelente amazona, pero no me llegó sino seis semanas más tarde.

También conté a mi madre en esa carta que no teníamos casi nunca lo que se llama realmente una comida; que sopa no la veíamos más que una vez cada ocho o quince días, y que el descanso de la noche se reducía, cuando se le podía tener, a cuatro horas, a lo más cinco, y todo esto no constituye justamente los momentos más crueles de la persecución que sufrimos. Pero, en cambio, le relaté igualmente lo gozoso, y le mandé en mi carta una flor de las que nos tiraron al paso por varios pueblos.

Cuando empezó a apuntar el día siguiente, 23 de mayo, marchamos de Montclar de Segre y continuamos recorriendo diferentes sitios de la provincia de Lérida, llegando después a Oriola, cerca de Ribelles, donde pasamos la noche. Con fecha de este día encargó Alfonso a don José Galcerán, hermano del difunto don Jerónimo de Galcerán, reuniese una fuerza para formar un batallón, cuyo mando tendría don José.

Eran siempre las contramarchas las que nos alargaban el camino. Por falta de mi *Diario de Campaña* no sé ya a qué hora de la noche llegamos; pero fué igualmente tras una marcha forzada.

El 24 de mayo volvimos a Sanahuja, donde hicimos alto para que descansaran nuestros soldados y para visitar al Teniente coronel Infante, jefe del escuadrón enemigo. El pobre sufría mucho de sus heridas. Recomendamos encarecidamente que se le prodigasen los mejores cuidados. Alfonso dispuso lo necesario para que su mujer pudiese venir desde Andalucía sin que fuese molestada en el camino, de lo que, por supuesto, no había probabilidad.

De Sanahuja continuamos por Torá a Ardévol, y Pinós hasta Vallmañá, en donde pernoctamos. Este sitio se componía de diferentes masías reunidas, hallándose, en la extensión de terreno exis-

tente a la derecha del río Cardoner, en la cual una larga hilera de pequeños montes, colinas y bosques nos proporcionaba, entonces, un refugio durante la persecución de Velarde y otros jefes enemigos.

Así el nombre de Vallmañá y de los diferentes sitios de este terreno vuelven a menudo a leerse en mis *Memorias* y, sobre todo, en mi *Diario de Campaña,* y pienso muchas veces con cariño en la buena gente que allí nos acogía cuando llegábamos rendidos a rehacernos un poco. Hacíamos la serpentina en esos parajes, que están llenos de recuerdos para nosotros.

En Vallmañá encontramos al Coronel Baró, con su pequeñísimo batallón de Tarragona.

Por una orden del 2 de mayo Alfonso había reunido bajo el mando de don Rafael Tristany las dos provincias de Tarragona y Lérida, como ya lo dije, así que el Coronel Baró se hallaba a las órdenes de aquel General. Lo mismo lo estuvo el Coronel Vallés hasta que pasó el Ebro.

Con fecha 16 de mayo de 1873 había Alfonso ordenado a Vallés que pasara este río para ir al Maestrazgo, en donde el heroico don Pascual Cucala, con su pequeño número de voluntarios, hacía esfuerzos desesperados para sonstenerse, y solicitaba un apoyo de Cataluña. Mi marido autorizó a Vallés a que tomara consigo la fuerza que juzgara necesaria y a que dejara la demás bajo el mando del Coronel Baró. Aquel día, 24 de mayo, nombró Alfonso a Vallés segundo jefe militar del Maestrazgo, cesando así en la Comandancia general de la provincia de Tarragona. Vallés no pasó el Ebro hasta agosto de aquel año de 1873, ejercitando solo entonces su nuevo mando.

Como ya lo dije, rogó Alfonso en un oficio del 23 de mayo al hermano del difunto Coronel Galcerán (sucumbido a la herida mortal sufrida en el combate de La Gleva) le hiciese el favor de aceptar el mando de una fuerza que le pidió reuniera formando un batallón que Alfonso quería que fuese el 5.° de la provincia de Barcelona. Veinte hombres del 1.° de Barcelona y treinta del 3.° debían formar la base del que Alfonso ambicionaba fuese el batallón de Galcerán. En su comunicación expresaba mi marido la esperanza que el hasta entonces capellán castrense don José Galcerán alistaría la mayor gente posible en la provincia de Barcelona y esta partida debería convertirse en 5.° batallón. Este excelente sacerdote oponíase con todas sus fuerzas a convertirse en jefe militar. Pero el nombre de Galcerán era célebre en la provincia de Barcelona y se sabía que, a pesar de su humildad y dulzura de carácter, tenía todas las cualidades que convenían para un jefe;

que tanto entre los carlistas como entre los enemigos la noticia de que un Galcerán, hermano de don Jerónimo e hijo del renombrado jefe Galcerán, de la guerra de Carlos V, mandaba una fuerza, tendría la mayor resonancia y causaría grandísima impresión. Así, unánimemente, pidieron los carlistas de la provincia indicada tuviese un mando. Era difícil encontrar un jefe más capaz que don José Galcerán, quien, repito, reunía las cualidades más importantes. Por mucho tiempo se opuso, pero, por fin, cedió a las instancias reiteradas de Alfonso, y de capellán se convirtió en jefe. Con él iba su sobrino, el hijo de don Jerónimo, quien, a pesar de su corta edad (apenas dieciséis años) se distinguió en la acción de La Gleva, portándose heroicamente al lado de su padre.

Se ve que, a pesar de las marchas forzadas y del mínimo tiempo de descanso, Alfonso se ocupaba en la organización, empleando los cortísimos ratitos de parada en escribir oficios y mandar relaciones a su hermano.

El domingo 25 de mayo, por la tarde o hacia la tarde, los confidentes de Tristany trajeron la noticia de que algunas columnas se hallaban ya muy cerca, y nos vimos obligados a ponernos en movimiento. Alfonso hubiese deseado disponer aún de algunas horas de parada, a causa de sus trabajos de organización, y que, por supuesto, se hacían más fácilmente en las paradas; pero no nos hallábamos en condiciones de hacer frente al enemigo y no había más remedio que renunciar a su encuentro. Al principiar la noche pasamos el río Cardoner, cuyas aguas debían conocer nuestras personas y, sobre todo, nuestros caballos, por las repetidas veces que estuvimos en contacto con ellas.

Durante la segunda parte de la noche acampamos, haciéndome esto feliz porque prefería infinitamente extenderme en el suelo, por malo que fuese, que no ir dormitando en el lomo de mi montura. Continuamos después la marcha y todo el día 26 de mayo nos vió en camino, haciendo contramarchas para engañar al enemigo. Los altos fueron cortos en esta jornada y sólo en pleno campo; una vez nos paramos poco lejos de unas masías; fué una parada más larga que las otras. Hicimos pedir unas gallinas, por supuesto pagando cuanto hubiesen exigido; pero nos las rehusaron, y como estaba prohibido, naturalmente, el tomar las cosas contra la voluntad de los dueños, quedamos sin las aves. Un cura nos regaló dos perdices. La noche siguiente anduvimos con una espantosa tormenta y en la más completa obscuridad. Sólo los relámpagos nos indicaban de cuándo en cuándo por dónde estábamos; a menudo no se veían, ni siquiera, las cabezas de los caballos.

Nos extraviamos un poco porque don Luis de Barrantes, quien

iba delante, se durmió andando y no se despertó hasta tropezar por haber puesto los pies en unas matas y comprender entonces que no andaba por donde debía. A las dos de la mañana del 27 de mayo llegamos a Pujol de Planas, un chiquitísimo pueblo de pocas casas, desparramadas, y entre éstas, la Rectoría, pequeñita también ella, y en la que íbamos a alojarnos. Todo estaba allí sumido en el más profundo sueño. Se llamó, se pegó contra la puerta, y nada, mientras nosotros recibíamos a cántaros el agua del cielo. Finalmente se abrió una ventana y se asomó el ama del cura diciendo:

—¡Estamos acostados! ¿Qué quieren ustedes?

Se le contestó que albergue. El buen cura se levantó y nos cedió su pobre cama, caliente aun de su cuerpo. Estábamos hechos una sopa. Serían cerca de las tres de la mañana cuando pudimos ir nosotros y nuestros soldados a descansar.

CAPITULO XXIV

SIGUE MAYO DE 1873

Las fuerzas de Gerona.—Nuevamente con Savalls, que nos abandona frente al enemigo.—A Montserrat

Fué el 27 de mayo de 1873, y tras la poco descansada noche, vinieron ya, entre las cinco y seis de la mañana, los confidentes de Tristany a prevenir que una columna enemiga se hallaba cerca de Pujol (Tristany tenía siempre muy buenos confidentes). No podíamos pensar ni en atacarla ni en resistir, puesto que, según las noticias que nos dieron respecto a esta fuerza republicana, nuestros 550 hombres eran insuficientes para entablar con ella un combate, porque se debía contar, además, con refuerzos de alguna otra columna para nuestro adversario, que habrían de llegar mientras estuviéramos batiéndonos con la primera. Nos levantamos inmediatamente y en un momento estábamos vestidos y a caballo.

Durante la marcha ocurrió un hecho que dará idea de lo mucho que cuidaba Alfonso de la disciplina que quería mantener en nuestro ejército. Uno de nuestros soldados había robado una manta en una casa en la que se hizo una parada. Se descubrió en seguida el robo y en el acto mandó mi marido formar el cuadro, y tras el castigo de una paliza, se expulsó de las fuerzas al culpable, devolviéndose la manta a su dueño.

Después de haber pasado por Montclar de Berga, llegamos, durante la tarde del 27 de mayo, con Tristany y nuestras tropas a Caserras, donde se nos recibió con un inmenso entusiasmo. Caserras se halla a una hora de Berga. Durante la primera guerra carlista fué el Cuartel General del Conde de España. Encontramos en Caserras una parte del batallón mandado por Camps, quien continuó la marcha con nosotros. De Caserras fuimos la misma tarde a Gironella con intención de reunirnos con las tropas mandadas

por Savalls. En el camino habíamos encontrado al General Castells con algunos hombres que formaban su escolta. Iba por su cuenta, pues no tenía mando ni en qué intervenir en los asuntos. Como ya lo dije, Alfonso le había nombrado su Ayudante de campo cuando le quitó el mando, con un documento muy halagüeño, y le ordenó se incorporara a su Cuartel General, lo que Castells rehusó.

Mi marido le repitió en varias ocasiones que no debía, paseándose por el país, tener una costosa escolta y cobrar, a su antojo, impuestos para vivir de esta manera, pues sólo la Intendencia debía tomarlos a su disposición; pero todas las órdenes fueron siempre desatendidas por Castells.

Hay que decir que, después del modo como se comportó Castells con Alfonso, éste le trataba con mucha atención, no sólo porque Carlos lo deseaba, sino que también lo hacía espontáneamente, por haber sido el primero en entrar en campaña a su tan avanzada edad cuando, por una confusión, no supo la contraorden que atrasaba en varios días el levantamiento, lo que le obligó a sostenerse, solo entonces, con su pequeña partida. El día a que me refiero, al encontrarnos, Castells siguió con nosotros, pero no para continuar, porque esto no le daba la gana. Le tratamos con toda amabilidad.

Con fecha 27 de mayo mandó Alfonso orden a Savalls de esperarnos el día siguiente en el sitio que le indicaba. A las seis de la mañana del día siguiente, 28 de mayo, marchamos de Gironella hacia Borredá en busca de Savalls. A dos horas de este pueblo, y después de haber pasado por él, oímos fuego muy próximo a nosotros. Alfonso mandó en el acto averiguar qué pasaba, pues no sabíamos de qué lado era la acción ni lo que podía ser. Después de larga espera supimos poco más o menos que era la fuerza de Savalls la que se batía. Inmediatamente mandó Alfonso a los *zuavos* y Camps para ver de ayudarle; pero cuando llegaron ya había acabado la cosa, aunque éstos fueron corriendo.

Era una pequeña zurra que sufrió la fuerza de Savalls, pero no de importancia. Las tropas de Gerona habían tenido cuatro o cinco de aquéllas desde principio de mayo. Alfonso no aprobaba la táctica que se seguía en esa provincia de exponer sin razón la gente a encuentros con el enemigo y de entablar acciones a la ligera sin otro objeto, las más de las veces, que disparar unos cuantos tiros y retirarse. Y mientras una parte lo hacía, la otra quedaba bastante comprometida. Se perdía inútilmente gente y se daba gusto al enemigo, que se jactaba de una victoria. No digo que siempre ocurriera así, pero sí a menudo.

Era principio de Alfonso que cuando no se tenía seguridad de

hallarse en estado de resistir o de obtener ventaja en el encuentro con el enemigo, en una palabra, si un combate no traía provecho, sino todo lo contrario, y si no se pensaba entablar una lucha formal, debíase retirar antes de ser apercibido del adversario, para no parecer que se huía o para no ser obligado por él a una retirada, lo que levantaba, en tal caso, el espíritu de las tropas republicanas. Mi marido recomendaba, sobre todo, emplear cuantos medios existían para no sufrir sorpresas.

Lo que censuraba mucho en Savalls era la facilidad con que mandaba alguna parte de su fuerza a emprender, a la ligera, una cosa, sin tomar las medidas necesarias para su buen resultado, y que cuando la situación de aquella tropa se volvía crítica y comprometida la dejaba, generalmente, que se despabilase como pudiera, abandonando a su cuidado el ponerse en salvo, no ocupándose ya más de cómo saldrían del mal paso a que los había enviado.

Los dos batallones de mayor renombre y más distinguidos de la provincia de Gerona eran el 1.°, llamado de *Guías*, que tenía como Comandante al bizarro don Manuel Puigvert (a) *Manel de Calella*, y el 2.°, que iba siempre a las órdenes directas del Coronel Auguet, segundo jefe de la provincia de Gerona. El Comandante de este batallón era el excelente y valerosísimo Teniente coronel Vila de Viladrau, quien empezó por ser su segundo Comandante y luego, cuando Auguet fué hecho segundo jefe de la provincia de Gerona, quedó Vila de Viladrau como primer Comandante de este segundo batallón. Auguet continuó haciéndose acompañar constantemente de dicho batallón, batiéndose a su cabeza y dándole el ejemplo de un valor y un arrojo que nada podía contener.

Su batallón era ejemplar, llevado maravillosamente por el Comandante que acabo de citar (Vila de Viladrau), el que reunía en un grado superior todas las cualidades requeridas; mientras Auguet tenía poca subordinación, Vila de Viladrau era la sumisión y disciplina perfectas y sin la menor ambición.

En cuanto a Auguet, tampoco era ambicioso, ni quería hacer un papel principal; no quería aplausos para su persona. Savalls tomaba para sí la gloria de los hechos de armas de Auguet y éste se la dejaba, contentándose con haber cumplido, lucidísimamente, con su deber. Sin la influencia perniciosa de Savalls, Auguet no hubiera pensado, probablemente, en ser insubordinado. Si hablo ahora de los dichos dos batallones, no quiero decir que sólo ellos fueran los que se distinguieron en esa provincia. También las demás fuerzas de Gerona se lucieron en muchas ocasiones con sus jefes y oficiales, como indicaré más adelante.

Tuvimos noticia de que una columna enemiga había llegado a Borredá y se decía que otra estaba en Alpens. Fuimos, con Castells, a una masía, Torre de San Mauricio, y los demás al Rourell, cerca de allí. Apenas llegamos al indicado sitio cuando nos mandaron decir que una columna enemiga subía de Berga al Rourell. Paramos media hora y luego continuamos todos juntos la marcha; pero nos previnieron, tras corto rato, que no era el enemigo el que había sido visto, sino Savalls. Quisimos ir a Prats de Llusanés, pero supimos que allí se dirigía una columna y fuimos entonces con nuestras fuerzas, a pernoctar a unas masías, a una hora y media de Prats de Llusanés, que forman el pueblecito de Saguier o Sagá.

A las cinco de la mañana del 29 de mayo marchamos del sitio en el que habíamos hecho noche. Después de algún tiempo de andar, nos avisaron que Savalls venía detrás de nosotros y nos indicaba que parásemos. Alfonso supuso que se trataba de algo importante y mandó hacer alto a nuestra columna. Quedamos bastante tiempo parados en el camino, esperando a Savalls, y supimos luego que estaba almorzando tranquilamente mientras le suponíamos en marcha para alcanzarnos. Por fin, llegó y continuamos andando con nuestras fuerzas y acompañados de Savalls, quien traía consigo al primer batallón de Gerona y unos veinte caballos, mandados por don Antón de la Grossa (a) *Tony Gros*, uno de los jefes de la pequeñísima caballería que teníamos en Cataluña.

Fuimos a Aviñó, un pequeño pueblo. El General Tristany tenía el título de Conde de Aviñó.

Era poco más o menos la una del día cuando alcanzamos este sitio, en el que nos paramos todos unas tres horas para que descansaran las tropas y tuvieran tiempo de prepararse su comida. En Aviñó nos separamos de Tristany y de la gente de Lérida que llevaba consigo y que nos había acompañado desde que nos reunimos con este general en Guilañá el 12 de mayo.

Habíamos encontrado a Miret en Aviñó o sus cercanías, pero Alfonso dispuso que no siguiese con nosotros, sino que fuese a operar en otra parte que convino con él. Seguimos con Savalls y los suyos, así como con Camps, a quien al llegar nosotros a Caserras habíamos hallado allí y al que Alfonso dió orden de agregarse a nosotros con su pequeño batallón.

El 30 de mayo de 1873 se descansó toda la mañana. Convidamos a Savalls a almorzar, y al principio de esta comida tuvo aquel General la noticia de que el enemigo se hallaba en Aviñó y se dirigía a Santa María de Oló con 2.000 hombres (repito que había, a

menudo, error respecto al número de adversarios; así pongo, sin afirmar, cuanto se dice en este sentido), mientras que otras columnas estaban combinadas con la de Aviñó. Alfonso dijo a Savalls que, ya que no estábamos en condición de atacar al enemigo porque sólo el batallón de Gerona se encontraba municionado y, por remate, el terreno era de los peores para entrar nosotros en combate, valía más marchar a tiempo y no exponernos a dar al enemigo el espectáculo de una retirada que, además de todo, se corría el riesgo de que fuese desastrosa. Nos encontrábamos, precisamente, en la orilla y por encima de un profundo barranco por el cual bajaba el pueblo, formado de estrechísimas y tortuosas callejuelas. Más estrecho que una cañada, el fondo del barranco no era más que un pliegue del terreno, y así como se baja a él en verticalísima pendiente desde nuestro lado, así subíase de derecho por la parte opuesta que teníamos enfrente.

El enemigo tenía a su favor todas las ventajas de la posición topográfica en un terreno poco accidentado. Nosotros, al acometerle y ser rechazados, como teníamos que serlo, teníamos para nuestra retirada el barranco. Una vez las fuerzas contrarias sobre nosotros nos empujarían a aquel agujero y se adueñarían de nosotros.

A todas estas observaciones de Alfonso, que quería marcharse en el acto y que, a este fin, se tocase en seguida marcha, el preludio de llamada, contestaba Savalls que no había razón para apresurarse, que sabía positivamente que el enemigo no podía llegar tan a prisa y que basta media hora de tiempo. Alfonso cedió.

Había sido convenido, antes de tener noticias de una llegada del enemigo, que durante la marcha se separaría de nuevo Savalls de nosotros e iría por otro lado; pero no inmediatamente, sino más tarde, y esto, bien entendido, si no había novedad. Mientras continuábamos la comida, vino un segundo confidente anunciando que se acercaba el enemigo. Alfonso dijo a esto:

—Es tiempo de marcharse.

Pero Savalls contestó que no podía estar aún tan cerca y siguió comiendo. Poco después llegó un tercero, quien, alarmadísimo, anunció que la columna enemiga se hallaba a una cortísima distancia. Savalls había comido ya el postre apetecido y se levantó para tocar llamada.

Nuestro orden de marcha debía ser el de siempre: Alfonso y yo a la cabeza de nuestra columna, precedidos de algunos gastadores *zuavos* y sguidos del minúsculo batallón de éstos (muchas veces iba al lado de Alfonso uno u otro de los jefes principales, cuando

mi marido tenía que conferenciar con él durante la marcha). Detrás de los *zuavos,* los *Guías del Infante* y las demás tropas.

Aquel día, al montar a caballo y ponernos en movimiento, vimos, con nuestra mayor sorpresa, que las callejuelas del pueblecito de Santa María de Oló, por las que debíamos bajar, estaban obstruídas con la impedimenta de Savalls, que nos cerraba el paso, y que éste había cambiado el orden de marcha, poniéndose él a la cabeza con el primer batallón de Gerona, lo que ignorábamos por completo y era absolutamente indebido. En vista de que los de más atrás eran los más expertos, ya que la columna había de llegar por la retaguardia, quiso Savalls ponerse a salvo, pero por lo menos, ante la aparición inminente e inmediata del enemigo, pudo cuidar de que su impedimenta no nos estorbase el paso y nos detuviese en el pueblo.

Inmediatamente después de las fuerzas de Savalls se encontraban los *zuavos* con nosotros que, con todo esto, no habían podido colocarse en su puesto, impidiéndolo todo aquella formación detrás de nosotros; después los *Guías,* luego el batallón de Camps, que también podía titularse batalloncito por el escaso número de plazas y los caballos que debían acompañar a Savalls y estaban con él cuando se reunió a nosotros, pero que con la prisa dejó atrás.

Por fin, logramos bajar la cuesta tan derecha en medio del pueblo, con sus angostos pasos, una vez marchada la impedimenta savallista, y hallándonos al pie de la aldea, pasamos la regata que corría en el fondo de aquel tajo entre los montes, cuando el enemigo ocupó ya lo alto del barranco por encima de nosotros y rompió el fuego al emprender nosotros la subida de enfrente.

Savalls había alcanzado la altura poco después que el enemigo comenzó a tirar. Se encontraba en un sitio donde podía mantener la posición y hacer fuego a su vez sobre los contrarios de modo que protegiera nuestra ascensión e impidiera al adversario el seguirnos. Alfonso mandó en el acto un oficial a caballo para transmitir a Savalls la orden de no soltar su posición favorable y de hostilizar desde allí al enemigo. Su batallón (un batallón bastante fuerte) estaba municionado, mientras que los que venían con nosotros, como Savalls lo sabía, no disponían más que de unos escasísimos cartuchos, con los cuales se podía apenas tirar uno que otro tiro, como simulacro.

Pero Savalls huyó a todo escape con su batallón (por supuesto, que éste no tenía ninguna culpa), sin parar ni un instante. Debieron haber huído todos a paso de carrera, pues ya no les vimos el pelo, sin ocuparse de lo que sería de nosotros con nuestros 350 hombres desprovistos de municiones. Nos abandonó cobardemente. El oficial de órdenes enviado para retenerlo apercibió a distancia aquella fuerza huyendo. Es el caso de preguntarse si lo hizo por miedo (porque *no* era valiente) o con la intención de perdernos. Desapareció sin que se pudiese saber la dirección que tomó. Supimos que fué hacia la provincia de Gerona.

Subimos a la altura de enfrente del pueblo, ocupado por los contrarios, y, como ya lo dije, siendo el barranco estrechísimo, nos hallábamos muy próximos al otro lado. Nuestro camino iba culebreando continuamente, a la vista del adversario. Debíamos andar uno tras otro, porque la senda era tan estrecha que no se podía ir de dos en dos. Ofrecíamos un verdadero blanco al enemigo. Este observaba lo que pasaba de nuestro lado y debía haber visto que una fuerza se alejaba a todo correr en otra dirección de la en que íbamos nosotros; esto le habrá dado más ánimos para perseguirnos.

Los nuestros andaban tan aprisa como se podía, pero de tiempo en tiempo ordenaba Alfonso acortar un poco el paso, de lo que dábamos el ejemplo, para que esta retirada no degenerase en un pánico y en descabellada fuga. Teníamos una parte de nuestras tropas delante de nosotros y otras detrás. Como la senda iba enroscándose, era menos dura la subida y facilitaba el andar. De cuando en cuando fingíamos ocupar una posición y escalonarnos; se tiraban algunos disparos con los cortísimos cartuchos que nos quedaban, un nada de municiones para engañar a los republicanos.

Finalmente, llegamos a la cumbre del monte. Parece increíble que durante esta subida no tuviéramos más que cinco o seis heridos, un caballo muerto y uno herido. No hubieran ganado ningún premio de tiro al blanco aquellos soldados que teníamos enfrente y, sin embargo, no era esto otra cosa. Llegados a la cima, emprendimos la bajada; pero una vez abajo, estaba el enemigo encima coronando la cumbre que habíamos dejado, y así siguió persiguiéndonos, monte arriba, monte abajo; una verdadera partida de caza. Subíamos, ellos bajaban; bajábamos, ellos subían. Muy divertido para ellos, pero mucho menos para nosotros. Nuestra situación se ponía crítica.

Después de algún tiempo, después de haber efectuado justamente una bajada, se presentó un confidente a Alfonso. La expresión de su cara no nos pronosticaba nada de bueno, y, efectivamente, lo que comunicaba a mi marido no podía ser más desagradables. Dos columnas enemigas, que venían la una de Manresa y la segunda de otro punto, nos iban a cortar el paso de la carretera entre Manresa y Moyá, única salida que teníamos ante nosotros.

El confidente había visto las tropas liberales que se dirigían hacia el sitio indicado.

Perseguidos de cerca, como lo éramos a nuestras espaldas, íbamos a ser recibidos de frente al momento de desembocar en la carretera. La fisonomía de Alfonso no dejaba ver el menor cambio ni traza de alteración. No dijo nada a nadie, excepto a mí. Aun veo el sitio, al lado de unos pequeños muros que sostenían el terreno de campos y pedacitos de viña. Por supuesto, tuve yo también que poner una cara del todo indiferente. Retroceder hubiese sido echarnos en brazos del enemigo, puesto que no había otra retirada que por donde venía él en nuestra persecución. Ni a derecha ni izquierda había escapatoria; con que no había más que ir adelante, a la gracia de Dios, venga lo que viniera, y así lo hicimos, sin vereda, salvando los mayores obstáculos, pasando por encima de los pequeños muros que indiqué, yendo a través de los campos, bosquecitos, etc., y subiendo y bajando los altos, empujados siempre por el adversario, que picaba casi nuestra retaguardia.

Por fin, nos hallamos delante de la última subida, ¡pero qué subida! Abrojos, piedras, ni traza de senda, y arriba nos esperaba quizá la catástrofe. Alfonso había mandado un poco adelante unos caballos con don Antonio de la Grossa, sin decir lo que sabía y sólo con la orden de explorar lo que había delante de nosotros; ver si la carretera estaba libre y volver en seguida si veían fuerza enemiga. Trepábamos, trepábamos; nuestros pobres Voluntarios, reventados; nosotros, a caballo, no sentíamos el cansancio, pero la responsabilidad en caso de un desastre pesaba cruelmente sobre nosotros. A pesar de todo confiábamos al mismo tiempo en Dios, y el sentimiento de que no era Alfonso quien había buscado esta situación y que no tenía nada que reprocharse si la cosa acababa mal nos envalentonaba. Sin embargo, tengo que confesar que no encontrábamos nuestra posición nada agradable. Por fin, se acabó nuestra ascensión y alcanzamos la carretera, precisamente allí donde se ponían los pies en un nivel llano y en el momento en que los matorrales no nos impedían ya ver lo que pasaba por allá.

En este instante vimos llegar al gran galope a don Antonio de la Grossa, y con cara regocijada (a pesar de que no sabía lo que nos había esperado allí) nos anunció que la carretera estaba libre. ¡Qué alivio! Pasamos el camino real; el terreno no era ya difícil del otro lado; ahora que sabíamos que el enemigo venía, sólo por detrás, decíamos:

—¡Que venga! ¡Ya se cansará antes él que nosotros!

Y así fué.

Después de habernos perseguido durante algunas horas, cesó en su movimiento cuando el día empezaba a caer y llegábamos al pueblo de Monistrol de Caldés; sin parar, nos dirigimos hacia Talamanca, un sitio asentado, bastante a pico, en lo alto de una montaña. Antes de alcanzar esa aldea se hizo una paradita en una gran masía. Llegamos, poco más o menos, a las nueve de la noche a Talamanca, donde encontramos al Teniente coronel Muxí, Comandante del cuarto batallón de Barcelona, un hombre excelente, valiente y sumiso, en el cual se podía confiar de todas veras.

Dios nos protegió milagrosamente aquel día, pues lo que había visto el confidente cuando nos dijo debía venir la columna por la carretera no era una ficción; en camino estaba.

En cuanto a la acción de Savalls, quien criminalmente abandonó a su General en Jefe en el momento más apurado, que la juzguen no solamente militares, sino cada cual que tenga noción de lo que es deber y honor. Ni a un subalterno se puede hacer semejante trastada viéndole en la posición en que nos veíamos. Alfonso dió parte de esto en una de sus cartas a su hermano, pero se ve hicieron más impresión las alabanzas de los amigos de Savalls y de los que le servían porque le temían, pues no se hizo caso.

A las ocho de la mañana del día siguiente, 31 de mayo de 1873, marchamos de Talamanca. Además del batalloncito de Camps, de nuestros *zuavos* y *Guias*, tuvimos desde entonces también el de Muxí con nosotros, pero apenas contaba 200 hombres.

Una gran alegría iba a compensarnos de lo que pasamos la víspera. Camps y Muxí supieron aquel día que nos encontrábamos fuera de la combinación del enemigo y que ninguna columna se hallaba en las cercanías. Así, decidió Alfonso subir con nuestras tropas a Montserrat.

Esta idea nos encantó; sabíamos que haría felices a nuestros soldados. ¡Ir todos nosotros a este milagroso y maravilloso santuario, venerado con entusiasmo por Cataluña, y que tantas veces saludábamos desde lejos, suplicando nos ayudase la Virgen Santísima desde su trono catalán! La Virgen tiene muchos tronos terrenales, pero a Montserrat lo consideramos como el más importante, aunque el Pilar es el primero, porque estuvo allí en carne mortal.

En el pueblo de Mura se hizo un alto para reconfortar un poco el estómago. Luego continuamos hasta Monistrol de Montserrat. Quedamos aquí durante una hora. Los informes de los confidentes nos decían que no había columnas en los alrededores, y Alfonso dijo:

—¡Vayamos a Montserrat!

Todo gozosos, emprendimos la subida por la carretera, que iba culebreando; así que se andaba comodísimamente. La noche era hermosa, como un sueño. Mayo se despedía prodigando a profusión todos los encantos de que este mes es tan rico. La atmósfera, calma y tibia, iba saturada del perfume de las acacias y los ruiseñores cantaban que era un delirio. Yo montaba nuestro *Calatrava,* el hermoso regalo de Sanahuja.

A las diez y tres cuartos, poco más o menos, llegamos al Monasterio, donde estaba el Hospicio; apresuramos al cocinero para que nos preparase algo que pudiéramos tragar velozmente antes de la media noche, pues queríamos comulgar al día siguiente. Se dignó satisfacernos y, saliendo de su costumbre, no nos hizo esperar en vano. Después de comido aquello a la carrera, fuimos a acostarnos en nuestra pobre celda, teniendo una cama de penitente.

CAPITULO XXV

JUNIO DE 1873

Nuestra visita a la Patrona de Cataluña.—Cartas al Cuartel Real.—Sublevaciones en el ejército liberal y dimisión de Velarde.—Elogio de este jefe

El día siguiente era domingo de Pentecostés, 1 de junio de 1873.

Nos levantamos a las dos y media de la mañana y fuimos al santuario para oír misa, pero tuvimos que esperar una hora hasta que empezó. Durante ella cantó el célebre coro de niños del Colegio de Montserrat; parecía oír cantar a los ángeles del cielo.

Comulgamos durante la misa con todo nuestro séquito. Luego consagró el Capellán de los *Zuavos,* don José Espinós, todo nuestro ejército de Cataluña, con nosotros, al Sagrado Corazón de Jesús.

A las seis de la mañana marchamos de Montserrat, después que Alfonso dirigió a Camps con su fuerza y la de Muxí hacia Castellfullit del Boix, pero guardando a Muxí con nosotros. Hicimos unas tres horitas de camino, siempre sobre la continuación de la misma montaña; después paramos, para esperar la confidencia. Supimos entonces que el movimiento de las columnas adversarias nos habría permitido quedar más tiempo en el lugar del santuario y así decidió Alfonso volver allí. Informaciones certeras le permitieron arriesgarlo sin peligro. Si no hubiese estado tan seguro respecto de los movimientos del enemigo, no se hubiera podido hacerlo, porque la situación estratégica era de lo peor para nosotros, puesto que no había más que dos caminos para subir y bajar y las tropas contrarias podrían rodear por allá la parte del monte y cerrar los dos caminos.

Cuando llegamos de nuevo a los alrededores del santuario vi-

mos una muchedumbre de gente que se escapaba a todo correr. Alfonso mandó un jinete para saber lo que pasaba. Volvió con la contestación: eran los Coros de Barcelona que habían venido a festejar, como todos los años, las Pascuas de Pentecostés con una gran excursión. Pronto envió Alfonso a decirles que no tuviesen miedo, que nada les pasaría, que no debían interrumpir su fiesta, sino volver a continuarla con toda confianza, seguros de que nada tenían que temer por parte nuestra. Muchísimos de ellos estaban alistados para defender Barcelona en caso de que fuese atacada por los carlistas y a este fin se les había armado. Volvieron entonces y se mezclaron con los *zuavos* y los *Guías,* bailando con ellos y cantando en nuestro honor. Nos acogieron con ¡vivas!, dando de éstos también a Carlos VII, a la unión de todos los españoles y tocando la Marcha Real. Les hicimos servir *champagne,* que mandamos comprar en el restaurante establecido cerca del Hospicio. Fraternizaron con nuestros *Voluntarios,* poniéndose sus boinas en la cabeza, y prometieron que, al volver a Barcelona, devolverían las armas que les dieron para servirse de ellas contra los carlistas. Supimos más tarde que habían cumplido con su palabra.

Durante nuestra parada en Montserrat visitamos al Padre Abad del Monasterio, que, enfermo, se hallaba en cama. Nos enseñaron toda la hospedería y nos hicieron ver un hermoso cuarto elegante y confortable, diciéndonos:

—¡He aquí donde se alojan los Infantes de España y otros Príncipes!

La candidez con la cual nos lo dijeron nos divirtió en grande, pensando en la ínfima celda y pobre camita en la que nos habían metido a nosotros. No nos ofendimos del albergue que nos dieron, porque la sorpresa a hora tan avanzada les impidió darnos mejor, pero nos hizo reír en nuestros adentros la plancha que hicieron al decir:

—¡Aquí se alojan los Infantes y Príncipes!

Subimos a uno de los puntos interesantes de la montaña. Desde Montserrat escribió Alfonso una carta entusiasmada a Carlos relativa a nuestra visita a este santuario. Le dijo luego que después de las terribles marchas con Tristany en la provincia de Lérida para librarnos de la formidable persecución de Velarde, fuimos a la provincia de Barcelona, y que en Aviñó nos reunimos con Savalls y Miret; que de éste (de Miret) nos separamos otra vez al instante a causa de la falta de recursos, lo que nos impedía emprender una acción combinada como él (Alfonso) la deseaba. Que Savalls se mostraba bastante desanimado y que le había pedi-

do un permiso para ir a descansar a Francia, lo que, por supuesto, dice, lo rehuso en los momentos actuales. Que este General encontraba insoportable esa persecución (y, sin embargo, ¿cómo se podía comparar la que él sufría con la que nosotros teníamos que pasar?). También le dice Alfonso en su carta: "Piensa entonces lo que será mi posición, puesto que me encuentro en una situación peor que la de los demás." *(Por supuesto, ya que la persecución era, sobre todo, personal contra nosotros y llevada por un militar tan hábil como Velarde.)* Luego, dice Alfonso que por las circunstancias tan desfavorables del momento tuvo que despedir su Estado Mayor (esto fué ya en marzo), de modo que mientras durase aquella situación le era imposible mandar el estado de fuerzas del ejército de Cataluña que Carlos le pedía, y que sólo podía decirle que el número de nuestros hombres disminuía considerablemente, y que había batallones que no se componían más que de 150 a 180 plazas; que tuvimos hasta 6.000 hombres, mientras que ahora llegaban apenas a 3.000, y que lo peor era la pérdida del armamento; que estaba el país tan impresionado por la gran persecución y las medidas tomadas por el enemigo (éste mandaba emparedar casas y coger los bienes) que la gente no salía ya casi a campaña, y que, en fin, sólo Dios podía salvarnos. Le hizo ver a Carlos que la falta de recursos hacía un gran papel, puesto que sin ellos los soldados no podían existir, como se comprende; que era urgente recibir una suma considerable para salvar la situación.

Como en vez de contestaciones seguía siempre el silencio durante mucho tiempo, temía Alfonso que sus cartas se perdiesen y así repetía lo mismo a menudo. Pero no variando el estado de las cosas, se tenía que repetir. Cuando, por fin, las respuestas llegaban eran del género que ya dije: buenas y afectuosas, pero probando que Carlos no se daba una idea exacta de la situación. Era comprensible que así fuese, porque mi cuñado estaba aún en Francia.

Alfonso contó luego detalles menos importantes respecto a nuestra vida desde hacía dos meses, en los que la mayor parte del tiempo no teníamos posibilidad, ni nosotros ni nuestros soldados, ni de comer, ni de dormir, ni de cambiarnos de ropa y calzado; que íbamos cubiertos de piojos y nuestros efectos sucios y rotos, pero que lo peor y más doloroso era ver sufrir a nuestros buenos *Voluntarios;* que las fatigas eran tales que hasta los caballos estaban muertos de cansancio. Luego, vuelve Alfonso a la descripción de nuestra jornada en Montserrat; cuán contentísimos estábamos de ese gran gozo, que jamás podríamos olvidar, y que mientras las

tropas de Velarde se hallaban en los alrededores, nos fué posible burlarles de lo lindo. Al fin de esta carta habla Alfonso del fuego de Oló, pero en pocas palabras, porque le faltó tiempo, y dice que Savalls nos abandonó cobardemente.

A las seis de la tarde marchamos de Montserrat, acompañados de los cantos y vivas de los Coros de Barcelona, a los que se unían los de los *zuavos* y *Guías*. Muxí venía con nosotros. Llegamos a las siete y media a un sitio llamado Mayans, compuesto de unas pocas casas, cerca de la carretera de Manresa a Igualada, en donde fuimos a dormir. Corto fué el sueño, pues a las dos de la mañana nos levantamos, y entre dos y media a tres de ésta ya emprendimos la marcha hacia Castellfullit del Boix, adonde llegamos entre cinco y seis de la madrugada, encontrándonos allí con Camps, como se había fijado, y su pequeño batallón, así como el de Muxí; quedamos hasta las dos y media del día en aquel pueblo, continuando luego para Odena, adonde se llegó entre las siete y las ocho de la noche. Allí nos reunimos con Miret. Alfonso proyectaba una expedición a la provincia de Tarragona y a este objeto trató de ponerse en comunicación con el General Tristany y el Coronel Vallés (este último no había pasado aún el Ebro con el mando que Alfonso le había conferido). Miret debía quedarse también con nosotros para la tal operación, que Alfonso deseaba emprender en el acto, pero ni Tristany ni Vallés pudieron venir.

Al otro día, 3 de junio, marchamos a las tres de la mañana de Odena; pasando cerquísima de Igualada, paramos una hora en el Carme, llegando hacia el mediodía a la Llacuna, en donde vimos aparecer inesperadamente a don Pascual Cucala con su pequeñísima fuerza. Venía de la provincia de Valencia y del Maestrazgo para hablar a Alfonso con el fin de ver lo que podía hacer en estas provincias, visto el estado deplorable en que se encontraban. Estuvimos encantados de la venida de Cucala; mi marido dispuso que siguiese, entretanto, con nosotros. Fué la primera vez que le vimos.

El miércoles 4 de junio de 1873 salimos a las seis y media, poco más o menos, de la mañana. Nos paramos media hora en el santuario de San Magin, en el que, desde tiempos remotos, veneran los catalanes a este santo.

Continuamos después por Puntils y Sarsal, en la provincia de Tarragona, llegando, poco más o menos, a las cuatro de la tarde a Rocafort (igualmente provincia de Tarragona). Desde este sitio escribió Alfonso a Carlos (lo hacía a menudo para tenerle al corriente de la situación, como Carlos lo deseaba y Alfonso lo juzgaba de su deber).

Entre otras cosas, y diciendo que la situación no mejoraba, le informaba que a cada instante tenía Savalls sorpresas y perdía mucha gente.

Alfonso escribía la mar de cartas a su hermano, pero las contestaciones escaseaban y, sobre todo, venían con enormes retrasos. Traían siempre muchos consejos; como, por ejemplo, en una del 6 de mayo decía Carlos: "Es preciso que tengas siempre la Ordenanza a mano, pues sin ella no se puede obrar con justicia." Pero, por supuesto, este evangelio militar no era lo suficiente cuando al jefe no se le dejaban los medios para ejecutarlo. La Ordenanza no era cosa nueva para Alfonso; bastante la estudió antes de empezar a tener mando. Sin embargo, también se hallaban consuelos en las cartas de Carlos, al escribir éste cómo las cosas en el Norte empezaban a tomar un rumbo favorable e ir en auge. Al decir cómo se había logrado comprar cañones y fusiles en Inglaterra nos alegrábamos, a pesar de que un poco de envidia nos mordía el corazón, y Alfonso, en medio del gozo, pensaba:

—¡Allá tienen dinero y nosotros no lo tenemos ni para mantener nuestros soldados! ¡Todo para allá, y para Cataluña, nada!

Sin embargo, nos era un alivio el pensar:

—¡Allá también trabajan!

En su carta del 4 de junio participó Alfonso a su hermano que llamó al General Belda a su Cuartel General y que cuando viniese se lo enviaría con una Comisión (a Carlos); que a Vallés le nombró segundo jefe interino del Maestrazgo.

A las cinco de la mañana del 5 de junio de 1873 marchamos de Rocafort. Como no encontramos ni a Tristany ni a Vallés nos vimos obligados a volver atrás, por el movimiento de las columnas liberales; efectuando la marcha por Vallfogona (situada a dos horas de la ciudad de Cervera y de Tárrega); quedamos allí durante dos horas. Luego fuimos a lo largo del gran llano de Urgel tocando muy de cerca a las fuerzas republicanas, pero sin verlas, y casi rozando puntos fortificados. A las siete y media, poco más o menos, de la tarde llegamos a Montmanén, una aldea asentada en la carretera. Nos dijeron que Velarde se hallaba en Igualada, y era verdad, otras columnas en Cervera y Tárrega. Cogimos toda la correspondencia del enemigo.

No teníamos idea de lo que no lejos de nosotros pasaba durante la noche del 5 al 6 de junio y de que una alegría indescriptible nos esperaba, y fué que los soldados del General enemigo, Capitán general de Cataluña Velarde, se sublevaron contra su jefe en aquella fecha feliz. Velarde había llegado a Igualada (según un parte del Teniente coronel, Comandante militar de Igualada, don

Francisco García Muñoz al jefe militar de la provincia) el 4 de junio, por la tarde, con su columna compuesta de los batallones de Cazadores de Las Navas y Mérida, de fuerzas de Guardia civil, Ingenieros y *Voluntarios de la República.* El día 5 llegó allí el batallón de Cazadores de Madrid los cuales, después de haber tocado retreta y pasado la lista las fuerzas que componían la columna, rompieron el fuego contra los oficiales y jefes de los Cazadores de Las Navas, matando dos soldados e hiriendo a un oficial, un guardia civil y otro militar. El delirio de aquella tropa aumentaba de punto y querían asaltar un casino donde suponían refugiados los oficiales y pusieron un cañón delante del edificio, amenazando hacer fuego con él si no les dejaban entrar y no les entregaban los oficiales.

Pero pasado el primer momento de locura y reflexionando que la fuerza del regimiento de Navarra, del cual el primer batallón estaba al mando del Teniente coronel don Francisco García Muñoz, se encontraba toda entera en el cuartel, obedeciendo a sus jefes y oficiales, como igualmente estaban sumisos al General, la Guardia civil, los ingenieros y los *Voluntarios de la República* renunciaron los amotinados a su proyecto, suspendiendo el fuego y yendo luego a alojarse.

El relato del Teniente coronel García Muñoz dice, luego, que a la una y tres cuartos de la noche el Capitán general de Cataluña, General Velarde, salió de Igualada con los jefes y oficiales de la tropa que se unió a él mientras, poco más o menos, 800 hombres de Las Navas, de Mérida y Madrid, así como la mayor parte de los *Voluntarios de la República,* quedaron en la población; que las autoridades civiles trataron de persuadir a los revoltosos de ir a reunirse a la columna que se marchó con el General Velarde, resistiendo a esto los revoltosos; que entonces las autoridades de la ciudad se reunieron en consulta y convinieron en prevenir al Teniente coronel García Guzmán de la negativa de los revoltosos y que se le rogaba tomase las medidas más eficaces para restablecer el orden y hacerles salir cuanto antes de Igualada *(me sorprende que ese señor no lo hiciese por propio impulso, siendo el comandante militar de la plaza);* que el Teniente coronel García Guzmán *(el que escribe el relato)* mandó inmediatamente tocar llamada, y, una vez formada en la plaza la tropa, les arengó recordándoles su deber, que era el de incorporarse cuanto antes a la columna del General en jefe. Que las tropas prometieron entonces hacer; que se les racionó de pan y de una cantidad, también, de dinero y que aquella fuerza se marchó en el orden más perfecto en busca de la columna. Hasta aquí la relación del Comandante militar de Igualada,

A consecuencia de todo esto presentó Velarde su dimisión, que el Gobierno no debió aceptar, sino sostener su autoridad y mantenerle en el mando, pues otro como él no le tuvo nunca más. Velarde hubiera acabado con nosotros.

Nos contaron que sus soldados estaban hartos de la vida que les hacía llevar en nuestra persecución y de que siempre les anunciaba se estaba a pique de cogernos; que cogidos nosotros, cambiaría la guerra y pronto se acabaría; pero que veían que, en vez de esto, no existía medio de apoderarse de nosotros. No sé si la dicha razón fué realmente la que les empujó a amotinarse, pero no me sorprendería.

A las seis de la mañana del día 6 de junio nos marchamos de Montmanén, pero nos habíamos levantado mucho antes, pues la marcha estaba fijada para más temprano y luego hubo que atrasarla. De camino, nos cogió un gran chubasco y así se hizo parada en un pueblecillo para dejar pasar el aguacero. Fué durante esta marcha cuando tuvimos la regocijante noticia respecto de la columna de Velarde. ¡Y nosotros que creíamos verle molestar nuestro sueño en Montmanén!

En cuanto al suceso, telegrafió Velarde al segundo cabo, General Patiño, desde la Pobla de Claramunt, con fecha 6 de junio de 1873, para el Ministro de la Guerra:

"Cazadores de Las Navas y gran parte de Mérida, de Madrid, de Navarra, Artillería de Montaña, Voluntarios de Solsona y como unos 500 paisanos se me han sublevado en Igualada esta noche pasada, al grito de ¡Viva la Federal! y ¡Muera el General con todos los jefes y oficiales! La oficialidad, que acudió inmediatamente, fué recibida con descargas por los sediciosos, batiéndose personalmente con ellos. Toqué llamada y nadie acudió, pero luego llegaron unos 200 guardias civiles, una compañía de Mérida y los 35 soldados de Ingenieros, dos compañías de Cazadores de Madrid y algunos soldados, sueltos, de las Navas. Me decidí a atacar, pero la tropa hizo presente que si bien me seguiría adonde yo mandase, no haría fuego sobre sus compañeros, cuya conducta siguieron los guardias. Por esto salí de Igualada a buscar la columna del Brigadier Padial, que espero, si no se subleva, pues todo está minado, como tengo comunicado a V. E. En esta situación y con las hojas volantes que contra mí se han publicado en Barcelona y lo que los periódicos intransigentes han dicho, estoy desautorizado para mandar y suplico a V. E. se digne hacer que el Gobierno acepte mi dimisión, haciendo entrega del mando, desde luego, al segundo cabo.—*Velarde.*"

Este telegrama debe haber sido escrito antes de que los sediciosos volviesen al orden y se reuniesen, cuerdamente, a la columna de Velarde, saliendo de Igualada en estado disciplinado. El Ge-

neral Patiño, segundo cabo de Cataluña, hizo saber a Velarde, restablecido ya el orden, en un telegrama respecto a los acontecimientos y diciendo que no pudiéndose mover de Barcelona le mandaba un jefe para recibir sus órdenes, acompañado de Comisiones civiles, a fin de proceder a una investigación de los sucesos; añadía que juzgaba conveniente que Padial, en vez de marcharse con sus fuerzas a la derecha del Ebro, se dirigiese contra el enemigo, que, según sus noticias, trataba de atacar a Igualada.

Respecto a Velarde, repito que fué un gran jefe; nosotros, a quienes martirizó, podemos darle este certificado; ninguno llevó con tanto tino la persecución contra nuestras personas; su sistema era inmejorable, y habríamos acabado por sucumbir si el Gobierno le hubiese mantenido en su mando, como debía. Si existe aún algún descendientes del General Velarde quisiera supiese lo que digo de este nuestro enemigo, pues es pura justicia. El Gobierno de Madrid le debió muchísimo y no se lo reconoció. Me indigno, porque aborrezco las injusticias, sean hechas a quien sea. El *¡Aleluya!* que cantamos al sabernos libres de Velarde es el mayor elogio que se le puede tributar.

Aquí voy a poner un episodio cuya fecha no recuerdo. El hecho va relatado, pero me falta el papel donde se dice qué día fué, y no lo sé ni aproximadamente. Ibamos de Ripoll en dirección a San Quirse, cuando supimos en camino que una columna enemiga acababa de entrar en aquella población y se disponía a ir a nuestro encuentro. El terreno excluía para nosotros todo encuentro con el adversario, porque no podía sernos más desfavorable. La carretera iba encajonada entre el río, a nuestra izquierda, al que caían las rocas, y recostada contra el monte a nuestra derecha. No podíamos retroceder, pues se nos señalaba la presencia de una columna republicana a nuestra espalda, aunque a cierta distancia, y a los primeros tiros que tuviésemos con la que venía de San Quirse acudiría sin tardar. Por remate, íbamos muy escasamente municionados; pero aunque hubiésemos dispuesto de gran abundancia de cartuchos bastaba la situación topográfica para hacernos imposible un encuentro allí Así no había más remedio que el tratar de pasar cuanto antes el río; pero para esto se nos presentaba un gran obstáculo: la imposibilidad de llegar al agua desde donde estábamos, pues las rocas caían a ésta de mala manera y, además, la falta de vado; la palanca para la infantería se hallaba más adelante. En esto llegaron al galope unas avanzadas nuestras de caballería con las noticias de que ya tocó el enemigo llamada y estaba a punto de salir del pueblo, la caballería a la cabeza. No hubo sino hacer de tripas corazón; pero andando, tan de prisa como

pudo, la infantería hasta llegar al punto por donde podía pasar, mientras nosotros lo hacíamos al mismo tiempo por el vado. Con los caballos era esto más fácil y, a tiempo, llegamos todos con felicidad al otro lado, donde ya nos favorecía el terreno; no muy lejos del río había una masía en la que se hallaban unos heridos de unas de nuestras acciones. Fuimos a verlos y luego seguimos la marcha.

A las seis de la tarde del 6 de junio llegamos a Torá en la provincia de Lérida y estábamos con Miret y sus fuerzas. El día 7 del mismo mes marchamos, entre cinco y seis de la mañana, de Torá, parando un poco en Pinós, luego dos horas en Prades, llegando a las diez de la noche a Suria. El día 8 marchamos, hacia las dos de la tarde, de Suria, llegando, poco más o menos, a las siete y media a Sallent, de la provincia de Barcelona. De allí mandó Alfonso la orden a no recuerdo qué jefe de que el 4.° batallón de Barcelona y una parte de la caballería viniesen inmediatamente adonde él se encontraba, diciéndoles que se trataba de una operación importante. Debíamos atacar Caldas de Montbuy, pero los movimientos del enemigo nos lo impidieron, y, así, quedamos durante la noche en Castelltersol.

Supimos entonces que Savalls acababa de intimar al Comandante de San Quirse de Besora que se rindiese. Este sitio estuvo libre durante mucho tiempo y le habíamos visitado diferentes veces, pero luego metieron en él una pequeña guarnición de *Voluntarios de la República,* poniéndole un poco en estado de defensa; pero era de poca resistencia. Contestando a la intimación de Savalls escribió el Comandante de aquella población con fecha 7 de junio de 1873 que tiene en mano su apreciada comunicación y que se rinden a discreción.

El 9 de junio nos levantamos entre las cuatro y media y cinco de la mañana y fuimos a dormir a Artés. Con esta fecha nombró Alfonso a don Manuel Milá de la Roca, que seguía al Cuartel General como cronista, Teniente auditor de Guerra, porque este joven era muy erudito en cosas de legislación. Aquel día relevó Alfonso a su secretario de campaña, nuestro querido amigo don Vicente Ruiz, porque el pobre no podía ya seguir en funciones, visto su deplorable estado de salud. En su lugar fué nombrado secretario de campaña el Coronel don Domingo Caralt.

El 10 de junio marchamos, a las seis de la mañana, de Artés, y nos dirigimos por Caldés hacia Moyá, población que, como Caldés, estaba fortificada y tenía una guarnición de *cipayos.* Nos ahorraron el trabajo de atacarles; cogidos de pánico se escaparon antes de que les tuviésemos frente a frente. Almorzamos en Moyá

y durante la tarde fuimos a Castelltersol con intención de tomar por asalto a Caldas de Montbuy; pero la llegada de tropas enemigas cerca de aquel sitio desbarató este plan. Eramos demasiada poca gente para sobrellevar, a la vez, el asalto a Caldas y el combate de defensa contra la columna; así es que desistimos del plan que ya mencioné y pasamos la noche en Castelltersol.

CAPITULO XXVI

SIGUE JUNIO DE 1873

Disolución de la compañía de "Guías del Infante".—Triunfo en Oristá. Partes oficiales contradictorios

Mi marido resolvió entonces disolver la compañía de *Guías del Infante* y distribuyó los individuos de ésta en los diferentes batallones. Los que siempre se distinguieron por su valor y su modo de comportarse fueron a aumentar el número de los *zuavos*.

El Capitán don Miguel Hernández, un navarro, deseó pasar al ejército del Norte y Alfonso se lo permitió. El Teniente Vilahur, un oficial distinguidísimo bajo todos conceptos, fué agregado al Cuartel General de Alfonso, el que le tenía en gran estima. En tiempos pasados había pertenido al 1.° de Gerona, y pasó de éste, a petición suya y deseo de Alfonso, a nuestra compañía de *Guías*. El valiente y excelente médico de ésta, el doctor Baró, fué colocado como médico en los *zuavos*, y el muy digno capellán de la compañía, mosén José Daunís, tuvo otro destino, y así se arregló todo sin disgustos ulteriores.

El 11 de junio de 1873 marchamos a las cinco de la mañana de Castelltersol y nos paramos durante una hora en Moyá. Allí vinieron a decirnos, de repente, que se oía fuego y que debía ser éste muy próximo a nosotros. Luego nos previnieron que era el Intendente Solá, que se estaba batiendo con el enemigo. Corrimos al instante hacia el punto que nos indicaron para socorrerle, pero no había ni fuego ni Intendente: era todo imaginario. Fuimos entonces a Estany. Alfonso decidió que durante la noche atacaríamos a San Feliú, y por la tarde nos pusimos en movimiento hacia dicho sitio, pero no tuvimos la esperada suerte, porque Alfonso supo, en camino, que una columna enemiga acababa de ir allí y nosotros no teníamos aún bastante fuerza, pues el refuerzo que había pedido

mi marido desde Sallent no llegó, lo que, en general, fué nocivo para sus planes. Volvimos a Estany y pasamos allí la noche.

El día siguiente era la fiesta del Corpus, jueves 12 de junio. Después de haber oído la misa militar marchamos a las seis de la mañana de Estany. Teníamos la intención de llegar a tiempo a Prats de Llusanés para asistir a la procesión del Corpus. Venían con nosotros los batallones 1.°, 3.° y 4.° de Barcelona, el pequeño batallón de zuavos, la pequeñísima fuerza de Cucala y una parte de la caballería de Barcelona y de Gerona; un total de unos 1.300 hombres. Era, poco más o menos, mediodía cuando alguno dijo a Alfonso que le parecía ver gente en los altos que costeábamos. Mi marido miró y vió, sin gemelos, que no había equivocación, y que se trataba realmente de una columna enemiga, que bajaba del lado de San Feliú de Saserras y que se encontraba en las cimas; nosotros, en los bajos.

A pesar de nuestra posición desfavorable decidió Alfonso en el acto el ataque y mandó a Cucala con su pequeña fuerza que rompiera el fuego y sostuviera el primer golpe mientras se formaba el grueso de nuestra fuerza distrubuyéndola para entrar en combate. En el sitio de que hablo era tan angosto el camino que le andábamos de uno en uno en el momento en que apareció la columna por encima de nosotros. Este detalle hizo, naturalmente, más difíciles de tomar las medidas; pero, a pesar de esto, fueron ejecutadas en un abrir y cerrar de ojos. Alfonso quería ocupar cierta altura antes de que el enemigo la hiciese suya, pero el Coronel Alvarez, quien mandaba las fuerzas republicanas, pudo tomar la delantera. Cucala se lanzó contra el adversario con todo el ardor que le distinguía, siempre, en los combates. En seguida se rompió el fuego. El encuentro fué rudo. En este choque recibió Cucala dos heridas en el brazo, pero, no obstante, continuó batiéndose hasta el fin de la acción. Poco a poco, toda nuestra fuerza tomó parte en el combate. Nuestras posiciones eran defectuosas para nosotros, pero el arrojo de nuestros soldados vino a suplir las ventajas que favorecían al adversario.

Alfonso y yo ocupábamos, con el Cuartel General, una posición poco más o menos a quinientos metros de las líneas de los que atacaban de nuestra parte; desde allí podíamos juzgar lo que pasaba, y Alfonso dar las órdenes consiguientes. La pelea fué de las más reñidas. Nuestras tropas avanzaban por todos lados a la bayoneta, desalojando al enemigo de sus posiciones. Un verdadero pánico se apoderó de las fuerzas contrarias. Muchos soldados de la República echaron los fusiles en su fuga, escapando a la carrera, según el parte del General Martínez Campos, que llegó a socorrer la columna de Alvarez.

Antes de llegar aquél, el heroico Coronel Miret, acompañado de la pequeña caballería mandada por el Coronel Vilageliú, emprendió el ataque a la artillería enemiga. Poniéndose a la cabeza de una parte de su fuerza, así como de varios zuavos, apoyado por la caballería, llegó hasta las piezas. Allí se entabló una lucha cuerpo a cuerpo entre Miret con los suyos y los artilleros. Estos defendieron heroicamente y a costa de sus vidas los cañones, tratando de salvarlos, y prefirieron morir antes que abandonarlos. Después de la muerte de estos valientes quedaron los tres cañones en poder de Miret.

El tercer cañón tuvo después, por falta de medios de transporte, que ser echado a un profundo barranco para ocultarle hasta encontrar la manera de llevarlo; pero otro día, cuando se fué en su busca, no se le encontró.

La situación del enemigo se volvió desesperada y estaba éste a punto de caer prisionero y su caballería ya había echado pie a tierra para entregarse, cuando Martínez Campos llegó con una columna de refuerzo y salvó a la de Alvarez, atacándonos a nosotros, junto con ésta, después de que se hubo repuesto de su pánico. Nuestrs tropas continuaron, sin embargo, la acción y la caballería dió otra carga.

Por fin, después de seis horas de fuego y acabándosenos las municiones, tuvimos que retirarnos, y mientras el enemigo se replegó sobre Prats de Llusanés, nosotros lo hicimos sobre Alpens. El fuego acabó hacia las seis de la tarde o poco antes. El resultado de nuestra victoria fué el apoderarnos de dos cañones con sus cureñas, sus machos, sus municiones; en una palabra, todo su equipo. Luego de cien fusiles, municiones y treinta prisioneros.

Ahora voy a citar el parte oficial del Coronel Alvarez, como una muestrecita del género de los partes oficiales que daban a menudo los jefes enemigos, aunque no todos ellos. El de Alvarez es curioso, porque va desmentido por el parte de Martínez Campos.

Primero dice una relación:

"La columna Alvarez, que el 11 había salido de Manresa en persecución de don Alfonso, pernoctó en Oristá En la mañana del 12 supo Alvarez que el grueso de la facción con don Alfonso, doña Blanca y los cabecillas Miret, Camps, Muxí y otros, fuerte de 1.600 infantes y 105 caballos *(no teníamos 1.600 infantes, sino 1.300, y no 105 caballos, sino un pequeño número)* no se hallaba lejos de él."

Más allá dice que, al saberlo, reunió inmediatamente, y sin toque de corneta, a la columna y empezó la marcha en dirección del enemigo; que, advertido éste del movimiento, desplegó sus gue-

rrillas y tomó posiciones, apoyando su izquierda en el pueblo de Oristá. (Es inexacto que hayamos apoyado nuestra izquierda en el pueblo de Oristá, pues no habíamos dejado ninguna fuerza en aquél.)

La *Narración Militar del Estado Mayor* del ejército liberal dice que "como de lo sucedido después hay varias apreciaciones", copiaremos los párrafos más importantes del parte de este hecho, que, con fecha 21 de julio, dirigió desde Barcelona el Coronel Alvarez al Capitán general interino:

"Situé a vanguardia al Teniente coronel del primer batallón, don José Almozara, con tres compañías y la de Ingenieros para que atacase y envolviese el ala derecha. El Capitán don Pascual García y Rubio, con otras tres compañías, avanzaría sobre el frente de su línea. Con el resto de la fuerza marché yo por la diagonal sobre la derecha y dirigí las escuadras de los Cazadores y los Voluntarios de Tarrasa a dos mesetas situadas en el centro, para apoyar los movimiento, contener la fuerza situada en la población *(no teníamos fuerza en la población)* y atacar a la vez en orden oblicuo la línea enemiga. Mandé formar al Comandante don Jaime Visconti tres compañías en columna de maniobras y detrás de ellos ordené avanzar la artillería, situando estas fuerzas entre las dos mesetas, hacia la derecha.

En esta disposición, una pieza hizo dos disparos sobre las reservas del enemigo *(esto fué sobre la posición en que nos hallábamos nosotros, aunque el cañón tiró más a menudo)* y se posesionaron las tropas de las primeras alturas. *(Aquí hay un error, porque las primeras posiciones fueron ocupadas por los liberales antes de que los nuestros entraran en combate.)* Observé que los carlistas atacaban a la bayoneta a la izquierda y de frente, pero que eran rechazados, denodadamente, por mis fuerzas *(no fueron rechazados los carlistas);* sin embargo, creí oportuno, y así lo dispuse, que se colocara la artillería en la meseta de la primera altura, para que pudiese dirigir sus fuerzas sobre el centro derecha e izquierda de los carlistas, y previne terminantemente al sargento segundo, Comandante de la sección, que la mandaba que no abandonase la posición sin que yo se lo ordenara, toda vez que estaba convenientemente apoyado. Ordené al Comandante del segundo batallón de Saboya, don Jaime Visconti, que por el centro de las dos mesetas atacase al enemigo, y así lo efectuó aquél. En tal estado disponía, además, de tres compañías y los diez y nueve caballos de las dos guardias de prevención y fuerzas que componían la reserva general.

El hospital de sangre estaba dispuesto en sitio seguro El enemigo repitió sus cargas a la bayoneta varias veces, y no sólo fué rechazado victoriosamente, sino que se le despojó de sus posiciones, que fueron ocupadas por las tropas. *(Realmente, se necesitaba mucho desparpajo para contar en un parte oficial semejantes bolas.)* Al observar el movimiento de avance, las fuerzas carlistas que ocupaban el pueblo *(estas fuerzas que, según el parte de Alvarez,*

ocupaban el pueblo no existían más que en el magín del Coronel aquel, puesto que habíamos salido de la población con toda la fuerza de que disponíamos y fué después de media hora, poco más o menos, cuando tuvimos el encuentro con la columna de Alvarez) salieron para acudir en auxilio de sus compañeros.

Eran las dos de la tarde y el fuego ya había durado dos horas. No contando con auxilio de otras fuerzas por no tener conocimiento de que existieran por allí cerca y considerando que las ventajas obtenidas aseguraban un buen éxito si la acción terminaba pronto, tomé dos compañías y la de caballería y marché sobre el centro para ordenar un ataque general a la bayoneta y desalojar al enemigo de su última posición y completar la victoria *(completar la victoria es una expresión sublime en tal caso; lo muy cercanamente pariente que era la posición de Alvarez de la victoria probará lo que sigue más allá),* dejando de reserva una compañía y las guardias de prevención a las órdenes del Teniente coronel del segundo batallón de Saboya don José Vicente y Núñez, en contra de mis disposiciones, la artillería cambió de posición, marchando sobre el ala izquierda del enemigo. Noté que la caballería enemiga cargaba a discreción sobre la nuestra y las tres compañías que tenía a sus órdenes el Comandante del segundo batallón de Saboya don Jaime Visconti, y que esta fuerza retrocedía; entonces ordené al Comandante de la caballería de Tetuán, Capitán graduado teniente ayudante, don Ricardo Montes, que avanzase con toda celeridad en apoyo de las fuerzas atacadas hacia las cuales me dirigí con las dos compañías. En aquellos momentos oí un nutrido fuego por la retaguardia de la derecha de mis fuerzas. Era que la columna del excelentísimo señor Mariscal de Campo don Arsenio Martínez Campos, compuesta de caballería, algunos soldados de Extremadura y de Cuba, fué recibida por mis tropas a tiros, pues la tomaron por fuerza enemiga. La caballería echó pie a tierra, y creyéndonos, a su vez, enemigos, contestó haciendo fuego también, resultando de esta lamentable equivocación un herido de Saboya y dos del batallón Cazadores de Cuba. A un soldado de Extremadura, que advirtió la equivocación y empezó a gritar, fué debido que no hubiera habido más desgracias que deplorar. En tanto, mi vanguardia y parte del centro continuaba a atacar al enemigo en su retirada a Prats de Llusanés, llevándole hasta legua y media más allá, que desapareció, y las restantes fuerzas de Saboya y la columna del General le persiguieron también."

Esto de echarnos de las posiciones es la mayor de las mentiras, pues nuestro fuego y el del enemigo pararon al mismo tiempo, hacia las seis de la tarde. Sigue más allá el parte de Alvarez, y antes de continuarlo tengo que decir que, al referirse éste a la columna del General Martínez Campos y al decirla compuesta de caballería y de algunos soldados de Extremadura y Cuba, habla muy en diminutivo, puesto que en el parte de Martínez Campos dice éste, cuando habla de la desbandada de las fuerzas de Alvarez, con que se encontró a su llegada *(según él, debía ser a la una*

y media cuando sus soldados entraron en fuego), que mandó a la carrera a la cuarta compañía de Cuba para rescatar la artillería, protegida esta compañía por 20 caballos. Que envió la quinta de Cuba y 40 hombres de Extremadura al boquete, entre la izquierda y el centro, donde el desorden era mayor, y la sexta de Cuba entre el centro y la derecha, mientras que el resto de Cuba, mandado por el Teniente coronel Hellín, protegía la pieza de artillería de Martínez Campos, quien dice haber formado en columna por si no podía contener el desorden y su fuerza, ya desplegada, era arrollada.

Alvarez hablaba de una fuga del enemigo (los carlistas), pero debe haber sufrido en aquel momento un vuelco de la vista, viéndolo todo al revés, según se desprende, no sólo por lo que vimos y apuntamos nosotros, sino también, y sobre todo, por lo que pintó Martínez Campos. Sigue el parte de Alvarez:

"Al reconvenir al sargento segundo de artillería, Comandante de la sección, por su conducta, contraria a lo prevenido terminantemente por mí, me contestó que había obrado así por disposición del Comandante del segundo batallón de Saboya don Jaime Visconti, que le hizo pasar delante de su compañía con el ganado, y que al subir una planicie cargó la caballería enemiga *(la carlista)* y dicho Comandante dió media vuelta y se marchó, y las tres compañías a sus órdenes siguieron su ejemplo, quedando solos los artilleros con el ganado.

Repitió esto el expresado sargento segundo de artillería ante el excelentísimo señor Mariscal de Campo don Arsenio Martínez Campos, en su alojamiento de Prats de Llusanés, en la noche del referido día, a presencia de dicho Comandante don Jaime Visconti, el Teniente coronel del primer batallón don José Almozara, el Capitán de Ingenieros don Pedro Lorente; el Capitán de Saboya, don Pascual García y Rubio, y los Oficiales comandantes de las compañías del regimiento de Saboya y el ayudante de la caballería de Tetuán don Ricardo Montes."

El modo como desapareció la artillería no lo explica el Coronel Alvarez y, por lo que se ve, no lo contó tampoco el segundo sargento de artillería, del que habla Alvarez; sin duda, porque en su fuga no lo vió. Los artilleros que defendieron la artillería fueron héroes; no se podía exigir del segundo sargento que se hiciera matar sobre las piezas, pero es una ingratitud de los que dan partes el no mencionar el acto sublime de los artilleros muertos.

Sigue el parte de Alvarez:

"Las pérdidas de la columna de mi mando han sido: un Capitán y seis soldados muertos, veintidós heridos, nueve contusos y dos extraviados *(de los treinta prisioneros, ni una palabra)*, el caballo del Teniente ayudante de caballería de Tetuán, muerto; otro herido, seis mulos con una pieza completa, una cureña y tres cajas de municiones de la artillería, que estaban algo vacías."

¿Y la otra pieza? No comprendo cómo en un parte oficial puede callarse de ese modo la verdad, cuando, después del combate, todo el mundo pudo ver las dos piezas. No hablo de la tercera, ya que ésta tuvo que ser despeñada, como ya lo dije, por falta de modo de transportarla, y nunca más se la encontró. Sigue Alvarez:

"Las de los carlistas *(las bajas)*, según he podido averiguar, consisten en un carro lleno de cadáveres, 22 enterrados en un punto y 11 en otro. Los heridos suyos fueron muchos, pues en Ripoll dijeron que el cañón les había costado más de ochenta hombres."

Por supuesto, no contó ningún carlista semejante cosa, según mi parecer, y si para hacer más interesante lo hubiese dicho, no hubiera hablado de un cañón, sino de dos. No teníamos hasta entonces otro cañón que aquel que fué bautizado *la chocolatera;* con que no podía haber confusión. Las dos piezas de Oristá fueron la primera artillería que se cogió al enemigo y que tuvimos. Alvarez pide luego en este parte que se forme causa en la que se justifique el comportamiento de cada uno, como quiera que la pérdida de la pieza de artillería ha creado una atmósfera ostensible contra él.

En cuanto a mi parecer, creo que no se le puede hacer otro cargo que el de componer un relato del todo inexacto en un parte oficial, porque, por lo general, el jefe no es responsable del pánico de su tropa ni puede, la mayor parte de las veces, impedir las consecuencias. Lo sabemos por experiencia propia, pero en los pocos casos (pocos, gracias a Dios) que nos ocurrieron no se dijo que los nuestros pusieran en descabellada fuga al enemigo cuando, al contrario de esto, emprendían los carlistas la carrera en sentido opuesto al avance.

Veremos ahora, por el parte de Martínez Campos, un cuadro algo distinto del que pintó Alvarez, aunque tampoco aquel general anduvo muy escrupulosamente a vueltas con la verdad respecto a lo que a nosotros se refiere, pero no creo que mintiera a sabiendas, siendo un señor muy decente y caballero.

Empezó Martínez Campos relatando anterioridades respecto a su marcha al saber nuestra dirección y que nos siguió, "aunque vista nuestra superioridad numérica tan grande, no con esperanzas de vencer, sino de combatir y hacer ver que no era cómplice de la morosidad de otros". No sé si era muy práctico para Mar-

tínez Campos el hacer marchas forzadas; decía que, a pesar de la enorme delantera que le llevábamos, nos seguía para entrar, sin esperanzas de vencer, en un combate, pues si no vencía él, quedaba la victoria de nuestro lado. Valía más, supongo, en tal caso esperar a que estuviese en condiciones más favorables para obtener una ventaja. Digo esto porque Martínez Campos no sabía entonces que íbamos a tener que ver con la columna Alvarez. Sigue el parte de Martínez Campos:

"En Oristá la distancia no era más que de tres cuartos de legua; un cuarto de hora antes había oído algunos disparos y presumí que era la columna Alvarez que estaba en San Feliú de Saserras. Forcé la marcha y en cuarenta minutos llegue al campo de la acción.

Marchaba de prisa por efecto natural de mi carácter, yendo delante de todos para ver mejor y más pronto; pero no oí un gran fuego y sólo tres o cuatro cañonazos. Cuando avisté a los combatientes me dijeron que los soldados huían; no lo pude creer, pero, sin embargo, emprendí la marcha y por desgracia el hecho era cierto. Todo el centro y la derecha corrían en desorden absoluto; los soldados tiraban los fusiles; no sé dónde estaban los oficiales, y un Comandante corría también. Los primeros que encontré me dijeron que la caballería enemiga se había llevado las piezas, y vi esta caballería a unos trescientos pasos. La había creído nuestra; hice avanzar a toda carrera la cuarta compañía de Cuba, que puso en fuga a la caballería enemiga, librando parte de la artillería *(esto no es verdad)* y a la sexta de Saboya *(también en nuestro parte y en la carta de Alfonso a Carlos se dice que una gran parte de la columna enemiga estaba a pique de ser cogida por nosotros, pues no sólo la sexta de Saboya lo hubiera sido, cuando llegó Martínez Campos y la salvó)*, y siguió el ataque por la derecha protegido por mis 20 caballos, que se portaron con gran valor. Envié la quinta de Cuba y 40 hombres de Extremadura al boquete entre la izquierda y el centro, donde el desorden era mayor, y la sexta de Cuba entre el centro y la derecha; esta fracción y alguna fuerza de Ingenieros de Saboya que estaba por la izquierda avanzaron rápidamente y se restableció el combate adelantando la pieza de mi columna a unos cien pasos de la acción, protegida por el resto de Cuba, mandada por el Teniente coronel Hellín, y que conservé en columna por si no podía contener el desorden y mi fuerza desplegada era arrollada. *(Aquí es el lugar para comparar el parte de Martínez Campos con el de Alvarez.)* Saboya se reunió como pudo, y el pánico de algunos fué tal que hicieron fuego a la fuerza que desplegué, pero, afortunadamente, tiraban sin dirección. Después que avanzaron dichas compañías, quinta y sexta, el enemigo empezó a retirarse."

Ahora viene lo que me hace feliz, la sal de la historia. Sigue Martínez Campos:

"Pero creyendo la victoria segura, volvían al campo doña Blanca y el Cuartel General. Un soldado de la sexta *(hasta el detalle de qué compañía era lo trae para que se vea que el relato es verídico)* cogió a doña Blanca; pero, auxiliada ésta, pudo escapar. Hubo lucha a la bayoneta y quedaron siete carlistas muertos de arma blanca por soldados de la sexta y quinta."

Este cuento es una invención, como otras cosas de este relato, en cuanto a nosotros se refiere. Me alegro de que no sea verdad esta interesante aventura, porque (aunque me habría halagado mucho ser la heroína de ella) me hubiese dolido para siempre que siete de los nuestros tuviesen que haber sacrificado sus vidas para librarme de las manos de esos soldados de la sexta y quinta que los mataron al arma blanca, según Martínez Campos. Supongo que me creerán cuando aseguro que no hubo episodio semejante, porque, de haber existido, no lo hubiera negado, sino que me hubiera jactado de él. Así como esto es invención, hay otras cien cosas no verídicas en este parte.

Primero, no es verdad lo que dice:

"El enemigo empezó a retirarse, pero creyendo la victoria segura, volvían al campo doña Blanca y el Cuartel General."

No podíamos volver porque no nos habíamos alejado del campo, ni soltado nuestra posición. Es falso también lo que añadió:

El enemigo huyó. En el caso de haber avanzado toda la línea, la derrota de los carlistas hubiera sido segura y tal vez hubiésemos rescatado todo lo perdido y hecho gran número de prisioneros con todo el Cuartel General; pero fué necesario que la persecución fuese pausada. *(Esta palabra tiene mucha gracia, pues en la frase precedente dice: "El enemigo huyó." ¡Pero a un enemigo que escapa no se le va detrás con paso de tortuga!)* Y el enemigo tuvo tiempo de tomar posiciones, de las que le arrojé sucesivamente hasta cerca de Prats, donde cesó la resistencia. Siguieron avanzando, sin embargo, los dos flancos míos y parte de Cuba por el centro, y a poco más de tiro de fusil de Prats hubo nuevamente lucha, y fué perseguido el enemigo legua y media hasta las alturas del arroyo Morlés, en donde, creyéndose seguro, se había reorganizado, pero de las que fué rechazado con leve resistencia por su parte."

Es todo un cuento. Según él, habíamos ido todo el tiempo huyendo. La verdad es que, después de seis horas y faltos de municiones, tuvimos que retirarnos, pero *no* perseguidos por el enemigo; y al mismo tiempo que éste se replegó sobre Prats de Llusanés, nosotros lo hicimos sobre Alpens. El fuego entre el adversario y nosotros cesó hacia las seis de la tarde *y no nos persiguió* en la

retirada. No es verdad que los nuestros ocupasen aquella posición ni que fuesen desalojados de ella. Si nos retiramos fué por falta de municiones. Y ¿a qué tendríamos entonces que tomar posiciones que sin municiones no se podían defender?

Martínez Campos no explica por qué tuvo que perseguirnos *pausadamente*, mientras dice que si no hubiese sido por este detalle habría podido coger quizá todo el Estado Mayor, gran número de otros prisioneros y que la derrota de los carlistas habría sido segura. Repito que el relato de nuestra retirada, empujados por el enemigo, es falso y que partes oficiales semejantes no se deberían dar.

Ya se sabe que no todo puede ser victoria. Otras veces tuvimos malas retiradas, pero nunca las disfrazamos entonces de triunfos ni inventábamos que hicimos correr al enemigo. Sigue el parte de Martínez Campos:

"Eran las siete de la tarde y habían empezado la marcha mis tropas a las cuatro de la madrugada y combatido desde la una y media, teniendo los heridos y parte de la fuerza de Saboya en Oristá, y una compañía buscando los bastes y el cañón, y alguna fuerza en Prats. No sabiendo tampoco la dirección del enemigo, mandé hacer alto, y después de un descanso de un cuarto de hora volví a Prats, enviando por los heridos a Oristá, de los que no recogí más que la parte confiada a la retaguardia de Cuba. Todavía después de trece horas no sé dónde está la fuerza de Saboya que se encargó de otros heridos de orden del Coronel, por más recados que se han enviado para que venga."

Un poco más allá dice que le contrarió esto en tales términos que no sabe si le será posible llegar a Alpens, donde cree se hallan los carlistas, ni salir para aquel día de Prats. En cuanto a lo que Martínez Campos escribe en su parte respecto al Coronel Alvarez, desentona algo con la relación de éste, contando lo bien que, según él, desalojaron sus fuerzas durante todo el combate a los carlistas de sus posiciones. Y dice Martínez Campos, entre otras cosas:

"Para comprender la derrota y la vergonzosa fuga y el abandono de la artillería necesito explicármelo por incapacidad del Coronel y por la de casi todos."

Más allá, dice que ha suspendido del mando al Coronel don Juan Alvarez; que ha separado también al Comandante don Jaime Visconti para probar ante un Consejo de Guerra si ha sido cobarde o inepto.

"pues sobre él y sobre el Sargento de Artillería aparece dividida la responsabilidad de la pérdida de la pieza".

Y empeñado en hablar en singular, ¿por qué no dice *de las piezas*? Es pueril, pues, tarde o temprano, se sabía que faltaban tres y que dos quedaron en poder de los carlistas, ya que la tercera la tuvieron que despeñar. En cada pueblo por donde se pasaba veía la gente dos cañones que llevaban los carlistas, quitados al enemigo. En el curso del parte aparece luego otra vez la frase: "con el cañón cogido".

En la lista de las bajas pone: "El Capitán de Saboya don Matías Serrano, muerto", y dice:

"La pérdida de este valiente fué la derrota de la columna; seis muertos más, quince heridos de Saboya, seis de Ingenieros, cinco de Cuba, uno de Artillería y algunos más leves con bastantes contusos; un caballo muerto y dos heridos."

¡A los pobres valientes artilleros muertos sobre sus piezas, mártires de su deber, y no era siquiera su deber, pues en un caso semejante podían rendirse, no se les mencionó ni con una palabra! ¡Lo encuentro indigno! ¡Dios les premiará! El Coronel Alvarez dijo en su parte respecto a las bajas:

"Las pérdidas de mi columna han sido un Capitán y seis soldados muertos, veintidós heridos, nueve contusos y dos extraviados; el Teniente ayudante de Caballería de Tetuán, muerto; otro, herido."

Luego menciona la pieza (también en singular) y lo que le corresponde. Pongo aquí, por segunda vez, la lista de bajas dadas por las dos columnas para confrontar el número de una y otra. Según esto, Martínez Campos no debió tener ningún muerto. Supongo que el enemigo tuvo más bajas que éstas, aunque no en número tan grande como aseguraron los paisanos.

En cuanto a las bajas nuestras fueron: ocho muertos y veinticuatro heridos, entre éstos el valiente Cucala (dos heridas), el Coronel Farré, el Capitán Suárez y algunos oficiales. Como ya lo dije, nos retiramos después de la acción a Alpens, y por diferentes direcciones, según las posiciones que se habían ocupado; nosotros lo hicimos por Perafita. Cuando llegamos a Alpens encontramos ya reunida allí nuestra fuerza. No fué el enemigo el que nos llevó a Alpens, sino que fuimos allí por nuestra conveniencia.

Al fin de su parte decía Martínez Campos que acababan de llegar los heridos de la Torre de Oristá y que él iba a Alpens (mandó este parte desde Prats de Llusanés, con fecha 13 de junio).

Antes de pasar a lo que sigue quiero contar un pequeño episodio, a pesar de que carece de importancia. En la marcha, cuando

nadie soñaba con un próximo fuego, iban hablando entre ellos dos militares, diciendo el uno que, si había de morir, quisiera le matase la bala en el acto. A esto le contestó el otro que, en cuanto a él, prefería pasase algún tiempo entre el ser herido y la muerte para poderse preparar. Momentos después hubo el encuentro, y aquel que deseaba rápida defunción vió realizado su deseo, mientras que el otro, el Capitán Suárez, fué herido, y tan mal, que le creíamos en las últimas. Me arrodillé a su lado a ver lo que se podía hacer por él. La herida estaba en el vientre y un pedazo de intestino salía de éste. El pobre me recomendó su mujer. Le mandamos a una casa donde habían establecido provisionalmente un hospital de sangre. Después de algún tiempo nos dijeron que había muerto y así lo hicieron saber a su desconsolada esposa; pero, poco más o menos un año después, apareció en su casa bueno y sano. El enemigo le había cogido del sitio donde le cuidaban y fué enviado prisionero a Cuba, desde donde no logró enviar noticias a su gente. Vivió dilatados años y murió, muy viejo, en América.

CAPITULO XXVII

SIGUE JUNIO DE 1873

Nos persigue activamente Cabrinety.—Proyectos sobre Tarragona y Valls.—Movimientos

El 13 de junio de 1873 marchamos de Alpens a las siete de la mañana. Vino entonces el caso de decir: "¡El Rey ha muerto! ¡Viva el Rey!" El General Velarde estaba hundido por su propia gente; para nosotros era como si hubiese muerto. Pero en vez de él hubo otro que esperaba acabar con nosotros. Era el Brigadier Cabrinety. Sin embargo, su táctica no valía lo que la de Velarde. Habiendo sido nombrado jefe de operaciones, tenía a su disposición todas las tropas que quería. Cuando sus soldados estaban cansados podía tomar tropas frescas, mientras que cuando los nuestros iban reventados había que seguir con los mismos. Mucho nos hizo andar, pero no se cansaban más que las piernas, aunque no digo que fuese muy agradable tener siempre a alguien que corría con el látigo detrás de nosotros y también, de cuando en cuando, otros que probaban el cogernos de lado, yendo en combinación con el principal.

El sistema de Velarde había sido el de meternos en un aro o círculo, que estrechaba continuamente, y nosotros teníamos que buscar el punto en que hubiera, por casualidad, una escapatoria. En cuanto a Cabrinety, trataba de sorprendernos; pero en el momento en que tomábamos posiciones y nos preparábamos a la defensa se paraba y no venía a atacarnos. Marchábamos entonces y él probaba, sin desanimarse, ver si en la próxima ocasión tenía más suerte. Todo este sistema era cansado, pero no tan peligroso como el de Velarde.

En Alpens nos alcanzó, por fin, el Vizconde de Benaesa, hijo del Marqués de la Romana, un joven simpatiquísimo. Desde nues-

tra entrada en campaña había tratado, en vano, de reunirse con nosotros en Cataluña; pero, después de haber caído casi en poder de una fuerza de *cipayos* y obligado así a volver a Francia, fué cogido por la Policía francesa, y solamente mucho más tarde pudo pasar de nuevo la frontera, en medio de grandes peligros, y volver a España, reuniéndose con nosotros y distinguiéndose luego en diferentes ocasiones. Perico Benaesa había sido gentilhombre de Alfonso y arrestado con nosotros cuando la Policía de Marsella nos cogió al venir nosotros de Malta en 1872. Nos alegramos mucho de la llegada de este buen amigo. Era un chico de la edad de mi marido.

A las dos de la tarde del día 13 de junio de 1873, después de haber marchado, a las siete de la mañana, de Alpens, como acabo de decir, llegamos a Ripoll, y durante el descanso aquí escribió Alfonso a Carlos dándole cuenta de la acción de la víspera. La llamó una gran victoria, lo que no hubiera hecho de no haber sido verdad, porque nunca hablaba de victoria cuando verdaderamente no lo era.

Este día, 13 de junio, nombró Alfonso, con la anuencia de Carlos, al General Planas su jefe de Estado Mayor General, pero vino muchísimo más tarde. Quedamos hasta las siete de la tarde en Ripoll. Supimos entonces que dos columnas enemigas, viniendo de la parte de Prats de Llusanés, bajaban hacia aquel punto. No nos hallábamos en estado de entrar en combate con las dos a la vez y así decidió Alfonso no esperarlas y ponernos en camino hacia Borredá. Media hora después de marcharnos de Ripoll llegaron las dos columnas adversarias. No fué una noche confortable, sino una marcha penosa bajo copiosa lluvia, por un camino horroroso. Una vez tuvimos que hacer una larga parada, a causa del agua; pero una parada sin bajarnos del caballo. Por fin, llegamos a las ocho y tres cuartos de la mañana a Borredá, donde nos paramos todos durante tres cuartos de hora.

El mismo día, el 14 de junio de 1873, a las nueve y media, marchamos otra vez, tras ese cortísimo descanso de Borredá, dirigiéndonos a "Casa Raurell", el gran caserío donde habíamos estado repetidas veces y siempre admirablemente recibidos por sus dueños, tan carlistas. Eran poco más o menos las tres de la tarde cuando llegamos allí y marchamos de nuevo a las cinco de la misma. Supimos que Cabrinety se hallaba en Prats de Llusanés; luego, que se fué a Alpens (a lo menos era lo que averiguaron los confidentes). Anduvimos aún hasta hacia las nueve o nueve y media de la noche, y después de haber pasado por Gironella alcanzamos, por fin, a la indicada hora, Caserras, en donde nos recibieron con gran entusiasmo. Cabrinety, quien se había puesto a la cabeza de las tropas que se amotinaron contra Velarde, las disciplinó y creo que fácilmente. Tenía derecho a obrar, poco más o menos, independientemente, allí donde bien le parecía. Esperaba, gracias a todo lo que favorecía los movimientos rápidos de sus marchas, quedar, ya lo dije, vencedor. Como frenético corría tras de nuestra pista.

El domingo 15 de junio, después de haber oído misa de campaña, nos pusimos en marcha a las siete de la mañana, dejando Caserras, y caminando todo el día llegamos a las nueve y media de la noche a San Lorenzo dels Piteus, en donde pernoctamos. El 16 de junio salimos hacia las tres de la tarde de este punto, y llegamos a las nueve y media de la noche a la Valldora.

Con fecha 16 de junio escribió Cárlos al General Belda que se pusiese a las órdenes de Alfonso. Este hubiera preferido le llamase a presentarse al Rey, ya que le relevó. Carlos propuso nombrar al General Mogrovejo Comandante general de Valencia. Alfonso hubiera cumplido este deseo, pero luego no acudió Mogrovejo. El 17 de junio marchamos a las cuatro y media de la mañana de Valldora. Hicimos una parada de media hora en Llina; luego una larga, de tres horas, en Nuestra Señora de Pinós, y después tres cuartos de hora de descanso en Sey, y llegamos, con Miret y Camps, a Vallmañá a las ocho y media.

El miércoles, 18 de junio, marchamos, a las cinco de la mañana, de Vallmañá. Alfonso dió un descanso de tres horas en la Fornellosa; luego continuamos con pequeños altos en el bosque y a las ocho de la tarde llegamos a Odena y pudimos acostarnos a las nueve y media. Se descubrió que una parte del dinero de la recaudación había sido robado; mala sorpresa fué, estando, como estábamos, tan escasos de recursos. Era el caso de recordar el dicho "A perro flaco, todo son pulgas". Los delegados de la Hacienda eran de la más personificada honradez, ni tampoco se podía inculpar a nadie de nuestra fuerza. Sin duda, la cosa sucedió en alguna posada.

El 19 de junio marchamos, a las seis de la mañana, de Odena, y haciendo contramarchas de las que muchas habíamos realizado ya durante los últimos días fuimos a comer a las once del día a Tous (Lérida); luego, después de dos horas, nos pusimos otra vez en movimiento. En el camino nos dijeron que la columna enemiga venía detrás; pero a las nueve de la noche llegamos a la Llacuna sin haber entrado en contacto con aquélla.

Alfonso había resuelto hacer desde allí una expedición a la provincia de Tarragona y combinó con Miret un ataque sobre su

capital; Miret conocía Tarragona y opinaba que el proyecto de mi marido era ejecutable; así es que se pusieron los dos a estudiar, con el mayor acuerdo, el plan de esta hermosa empresa que debía iniciarse con una sorpresa cuya perspectiva nos entusiasmaba.

Con fecha 19 de junio de 1873 publicó Alfonso su proclama a los valencianos y murcianos animándoles a un levantamiento general en armas.

El 20 de junio debíamos marchar a las tres de la mañana; pero luego sólo a las cuatro pudimos ponernos en camino, dirigiéndonos hacia el sitio que Alfonso ambicionaba. A las seis de la mañana se hizo una parada de tres cuartos de hora en Pontons, pero quedando en ayunas. No sé por qué dejamos vacíos nuestros estómagos; supongo porque encontramos allí al Coronel Baró, que dos días después fué nombrado por Alfonso segundo Comandante general de la provincia de Tarragona. En esta provincia era, realmente, primer jefe; pero como Tristany era Comandante general de las dos provincias de Tarragona y Lérida reunidas, no se le titulaba a Baró más que segundo Comandante general, con el cual Alfonso quería madurar su plan de ataque. Baró llevaba consigo unos doscientos y pico de hombres que Alfonso le había ordenado traer.

Mi marido quería conocer su opinión respecto al mencionado proyecto. Esperaba igualmente a don Francisco Cerdá, jefe del segundo batallón de Tarragona, pero diferentes obstáculos retrasaron a *Quico de Constanti* (Cerdá), y no vino. Lo mismo pasó con el general don Rafael Tristany, a quien Alfonso había ordenado, desde Sallent, con fecha 19 de junio, que se presentase al día siguiente con sus tropas de Lérida en Pontons. El oficio de Alfonso le llegó tarde y cuando precisamente se encontraba metido en una expedición en medio de unos parajes que no pisaban casi nunca los carlistas. Varias veces rodeado por el enemigo, precisaba de toda su habilidad para burlarle.

El Coronel Baró se mostró muy contrario a la empresa proyectada por Alfonso y aseguraba que era de las más expuestas y azarosas, sin esperanza de éxito. Mi marido estimó que como Comandante general de la provincia de Tarragona (ya lo era, en efecto, pues dos días más tarde recibió el nombramiento), Baró, mejor que nadie, podía conocer la oportunidad y saber si pudiera o no ser realizado el proyecto, y, según su consejo, se desistió del ataque. Si mi marido hubiese conocido de veras a Baró habría visto que era pesimista respecto de toda empresa, y no se hubiera dejado llevar por su consejo; pero puede ser que, por esta vez, estuviera Baró en lo justo.

Continuamos nuestra marcha hacia el Sur, con la intención de asaltar el fuerte de Valls. Hacia las nueve o nueve y media de la mañana llegamos a Torrellas, a la casa de campo de un francés; allí queríamos comer (por supuesto, de nuestra propia cocina); pero supimos que la columna enemiga se hallaba en La Llacuna y que, teniendo por recorrer un camino más derecho que el que habíamos hecho nosotros, podía alcanzarnos dentro de poco.

Por fuerza hubo que renunciar a la comida, que hubiera debido ser la principal del día, y que por esto titulo comida, aunque no eran más que las nueve y media de la mañana, y tuvimos que contentarnos con una minúscula colación, poniéndonos otra vez en camino con un calor sofocante, que a nosotros nos cansaba poco, por estar a caballo, pero atormentaba mucho a nuestros pobres voluntarios. Más tarde se hizo un alto en una casa de campo, sin comer absolutamente nada allí.

Cabrinety nos seguía de cerca. Hicimos unas contramarchas para despistarle y sin poder dar altos, salvo los indispensables, de pocos momentos, sobre la marcha, llegamos entre las siete y siete y media de la tarde a Rodañá, en donde tuvimos una pequeñísima cena. Qué columna o columnas nos perseguían en aquel día no lo sé; pero no podía ser la de Cabrinety, pues cogimos unos días después un parte, fechado el 20 de junio de 1873, desde Borredá, así que no podía estar el mismo día en la Llacuna. El parte decía:

"Columna de operaciones del Brigadier Cabrinety.—Sírvase V. S. trasladarse tan pronto como reciba V. S. la presente a Gironella, caso de hallarse en esa, como le había prevenido, para continuar sin descanso la persecución de doña Blanca, procurando ponerse en comunicación conmigo todos los días. Dios guarde a V. S. muchos años.—Borredá, 20 de junio de 1873.—El Brigadier, *José Cabrinety.*

Señor Coronel Vega, jefe de columna en San Boy, o donde se halle.—Del Brigadier Cabrinety. Bajo la responsabilidad del Alcalde de Prats."

Siendo Cabrinety ahora la personificación de la persecución, cada columna que se acercaba creían que era la de Cabrinety. En realidad, no tenía importancia el que fuera él u otro jefe. El era el alma y él guiaba los movimientos contra nosotros. Alfonso dió un descanso de hora y media, el tiempo preciso para que nuestras tropas pudiesen reconfortarse y recuperar un poco de fuerzas. El enemigo estaba bastante cerca, pero mi marido calculaba siempre, con gran precisión, el tiempo de que se podía disponer sin arriesgar el caer en manos del adversario. Evitaba cuida-

dosamente cuanto rendía, inútilmente, a la tropa. Hacíamos grandísimas marchas porque era preciso, pero del modo más sabiamente distribuídas. Después del descanso en Rodañá se continuó la marcha en dirección a Valls, el objetivo que Alfonso perseguía. Apenas en camino, vinieron a prevenirnos que la columna enemiga estaba detrás de nosotros y a poquísima distancia, logrando casi alcanzarnos.

Ya no hubo medio de atacar a Valls; para esto y para atacar a la columna enemiga no había bastante fuerza; Alfonso no soltaba, sin embargo, su intención de dar un golpe; ya que no el proyectado, algún otro; a esto no quería renunciar. Tuvo entonces la idea de sorprender a Cabrinety (o el que fuera; nosotros le creíamos Cabrinety) durante la noche y se puso de acuerdo con Miret respecto al modo de efectuarlo. Nos dirigimos hacia las montañas que teníamos cercanas y anduvimos hasta la media noche; luego nos echamos en el suelo, con nuestros soldados, a dormir hasta que viniese el momento de la proyectada sorpresa. Era nuestra alcoba una viña al lado de Rodañá. A pesar de tener un colchón bastante desigual, se descansó en grande hasta las dos y media de la mañana. Durante este tiempo empezó a llover. No teníamos ni manta ni nada para resguardarnos, porque no habíamos querido sacar las cosas por desear hallarnos listos en todo momento para montar a caballo. Era en Rodañá donde queríamos sorprender la columna, justamente en aquel sitio de donde salimos pocas horas antes.

Llegó el momento escogido por Alfonso para encaminarnos hacia donde el enemigo descansaba; pero ¡qué pena! Miret vino a decir que, según las noticias recibidas, era imposible sorprender a Cabrinety (o al jefe a quien creíamos Cabrinety). Alfonso no quedó persuadido y le costaba demasiado desistir de su plan; pero, sin embargo, reflexionando en que Miret, que deseaba siempre, con el mismo ardor que él (Alfonso), atacar al enemigo, encontraba imposible ejecutar el consabido plan, lo que juzgó muy realizable dos horas antes, las razones debían ser realmente fundadas en motivos graves. Así que nos marchamos tristemente del lugar de nuestras esperanzas a las tres de la mañana, ganando las alturas. Arriba, en un monte, hicimos un pequeño alto de media hora y supimos, durante aquél, que el segundo batallón de Tarragona, mandado por *Quico de Constantí* (don Francisco Cerdá), fué sorprendido y completamente dispersado.

Continuamos luego el camino hasta el pueblo de Santas Creus, al que llegamos a las seis y media o siete de la mañana. Dos horas más tarde marchamos de allí, después de haber contentado nuestros estómagos con tres huevos crudos, sin acompañamiento de pan u otra substancia, pero muy satisfechos de lo que tuvimos. Más tarde nos paramos en un bosquecillo sin sombra, donde nos quedamos hasta las tres de la tarde. Lo que nos encantó fué el ver de repente, debajo de nosotros, el mar, azul y magnífico en un marco de pinos. De repente, alguien dijo:

—¡Llega la columna!

Pero en vez del enemigo era Baró. Nuestro camino nos llevó otra vez hacia el Norte; defraudadas las ilusiones con las que habíamos bajado, se hacía éste más pesado; pero decíamos:

—¡Será la próxima!

El calor era sofocante, como la víspera, y sufríamos por nuestros pobres soldados. Supimos que la columna enemiga se hallaba en Vilarodona. Íbamos hacia La Llacuna, sin encontrar una casa donde se pudiera obtener algún alimento. Durante la mañana nos habían dado, en alguna parte, un hueso de una pata de gallina. No digo una cosa hiperbólica: era, realmente, un puro hueso, sin resto de carne. Tengo apuntado el hecho, pero no dónde fué. A las nueve de la noche llegamos a la Llacuna, donde pernoctamos. El domingo, 22 de junio, se dijo, con gran prisa, la misa militar. Eran las ocho de la mañana. La columna, siempre la misma, se hallaba a menos de dos horas de La Llacuna y este sitio era de lo menos adecuado para tener un encuentro con el enemigo. También quería Alfonso que antes de ponernos en movimiento tuviesen nuestros voluntarios tiempo para comer.

Pero en esto vino un aviso: que la dicha columna había tomado otro camino, y así fijó mi marido la marcha para las dos de la tarde. Hubo que adelantarla una hora, a consecuencia de los movimientos del enemigo. Alfonso había ordenado a don Francisco Cerdá, jefe del segundo batallón de Tarragona (el que la víspera sufrió, como dije, una terrible derrota) dispersara su batallón y se presentase sin gente al Cuartel General. Hablo ahora de su reemplazante, aunque fué éste nombrado algo más tarde. Fué don José Moore, quien distinguíase por sus cualidades militares, en general; un excelente jefe, en el que Alfonso podía tener perfecta confianza; sin ambición, enemigo de intrigas, siempre sumiso y muy arrojado; era utilísimo.

A la una del día supimos que el jefe enemigo, quien nos decían ser Cabrinety, no había hecho más que una contramarcha para engañarnos y se encontraba ahora a una hora de La Llacuna. Alfonso decidió en el acto buscar una buena posición para la acción. Salimos todos inmediatamente de La Llacuna y poquísimo después entró allí el enemigo. Hicimos una parada de un cuarto de

hora en un bosque, a ver si la columna venía a acometernos; pero ésta se abstuvo de seguirnos. Poco después nos paramos otra vez, también en un bosquecito. Vinieron a decirnos que la columna había tomado el mismo camino que nosotros, pero se creía iría a Capellades.

Alfonso resolvió cortarla. La columna se dirigió a San Quintín. Mi marido mandó adelante un batallón para cerrarle el paso por un lado, flanqueándola, mientras nosotros fuimos forzando la marcha detrás de ella. El batallón que debía forzarle el paso llegó demasiado tarde, a pesar de hacer sus posibles, y el enemigo se encerró a toda prisa en San Quintín. Nosotros fuimos entonces a Piera, que dista dos horas y media de marcha de aquel punto. Llegamos a las diez de la noche al mencionado sitio. Esta vez era de veras Cabrinety en persona quien iba tras de nosotros. Se oyeron como toques de corneta, pero no debía ser nada; de todos modos, no hubo novedad; quiero decir que no tuvimos novedad de parte del enemigo, aunque durante la noche hubo una alarma.

Aquella noche fué corta también en cuanto a sueño, porque supo Alfonso que Cabrinety estaba cerquísima —se ve que esperaba sorprendernos—; marchamos a las tres de la madrugada del lunes 23 de junio. Aunque el levantar era duro, apenas lo fué con el despuntar lindísimo de aquella hermosa mañana con el que se animaba una. Bajamos un camino muy pendiente, con muchas curvas. Más tarde, en el hondo, cruzamos la carretera por la que llegaba, justamente, la diligencia, a la que se hizo parar. Sin más, continuamos luego la marcha; después de haber pasado por Piera, llegamos a las seis de la mañana al pueblo de Collbató, al pie del Montserrat, donde paramos hora y media, durante la cual todo el mundo mandó una caricia a su estómago. En cuanto a la nuestra, fué muy pequeña, pero mejor que nada.

Hacia las ocho de la mañana marchamos de Collbató y, dando la vuelta a la montaña, a los pies de ésta, llegamos, entre las once y doce del día, a Monistrol de Montserrat, Cabrinety había llegado a Piera poco después de nosotros, fiel a su táctica de constituir nuestro séquito. Según noticias, muy seguras, que recibimos al llegar a Monistrol, este Brigadier, que nos seguía, debía aparecer allí dos horas y media después que nosotros.

Alfonso calculó exactamente el tiempo de descanso que podía dar a las tropas y el que necesitaríamos para tomar posiciones, porque mi marido estaba decidido a esperar a Cabrinety y entrar en fuego con él, y a este fin, quería ocupar unos puntos al otro lado del río Llobregat. Luego dió la orden de despertarnos dentro de una hora, y con esto nos acostamos encima de una cama y nos

dormimos. Según lo mandado, nos despertaron a la hora precisa. Alfonso tomó las disposiciones adecuadas con Miret, al que ya había consultado antes de descansar, y nos pusimos en marcha; en cuanto a nosotros, sin haber probado bocado, porque nos importaba más el dormir que el comer. El descanso fué corto, pero, a pesar de esto, estaban nuestros soldados en buenas condiciones.

Pasamos el río. En lo alto de la opuesta orilla había unas fábricas; algunas mujeres salieron de ellas y vinieron a insultarme, lo que indignó sobremanera a nuestros soldados, que las hubieran castigado con rigor si no lo hubiéramos impedido; pero, realmente, se necesitaba ferscura, por parte de estas hembras, para decirme insolencias delante de la tropa; ya podían imaginarse que ésta no las dejaría impunes.

Después de esperar en vano a Cabrinety en las posiciones que ocupábamos supimos que éste había tomado otra dirección; siguiendo su sistema, evitó el combate desde que vió que no podía sorprendernos y que le queríamos resistir. Nos retiramos entonces con nuestras fuerzas y llegamos a las siete de la tarde a Rellinés, un grupo de casas de campo; nos paramos en una de estas masías. Era la víspera de San Juan, y en todos los altos se veían los fuegos acostumbrados, quemados en honor del Santo. Grandes y pequeñas hogueras cuyos relumbres se perdían en el horizonte.

Miret, con fecha de este día, y desde el mismo Rellinés, dió parte a Alfonso de que mosén Espolet dijo delante de los oficiales y soldados del batallón tercero de Barcelona, el que iba siempre a las inmediatas órdenes de Miret, que este jefe era un traidor y un isabelino (la palabra isabelino no se usaba más que entre los antiguos, de tiempos pasados), que en la marcha que hizo bajo las órdenes de Alfonso a la provincia de Tarragona le vendían a él (Espolet) y a las demás fuerzas que iban con nosotros; que sus expresiones fueron repetidas luego entre los soldados del dicho batallón; además de esto dijo otras cosas por el estilo que, por supuesto, podían ser un verdadero veneno produciendo ideas subversivas entre la tropa. Miret citó los diferentes testigos, de toda competencia, entre los muchos que lo oyeron, y Alfonso se reservó el tomar las adecuadas medidas para hacer justicia al Coronel Miret.

Después de cenar, lo que nos vino muy bien, ya que desde el ligero desayuno de Collbató a las siete de la mañana no habíamos probado bocado en todo el día, nos acostamos.

Al día siguiente, 24 de junio de 1873, no nos levantamos hasta las seis de la mañana, y después de desayunar y oír misa en honor de San Juan, marchamos hacia Mura. Hicimos una pequeña

parada en un alto cuando, de repente, durante ésta, vimos a la columna enemiga que andaba por debajo del lugar en que estábamos. No hubiese precisado más de media hora para alcanzarla; Alfonso quería atacarla inmediatamente, pero Miret, quien conocía a la perfección el terreno, aconsejó tomar otra dirección, mucho más lejos que donde quería Alfonso entrar en acción, y atraer allí al enemigo. Mi marido consintió, porque un consejo de Miret, en estas ocasiones, tenía gran valor; pero esta vez es probable que si Alfonso hubiese obrado según su propio impulso, habría sufrido Cabrinety una gran derrota. Las posiciones propuestas por Miret eran excelentes, pero Cabrinety también muy conocedor del terreno no fué a presentarse en holocausto. Según el consejo de Miret, continuamos la marcha pasando por Mura sin pararnos. En el camino nos reunimos con Muxí y Cucala, que habían llegado en otra dirección. Teníamos con nosotros 1.000 hombres. Eran el pequeño batallón de zuavos, el segundo batallón de Tarragona, mandado por el Coronel Baró (a quien Alfonso acababa de nombrar segundo jefe de esta provincia), y el primero, tercero y cuarto batallones de la provincia de Barcelona y el pequeñito batallón del Maestrazgo, mandado por Cucala (el primero de Barcelona lo mandaba Camps, y el tercero lo guardaba Miret bajo sus directas órdenes; el cuarto era mandado por el Coronel Muxí); contábamos además con cincuenta caballos de la provincia de Lérida y con catorce que componían nuestra escolta mandada por el Coronel Redondo de Arredondo.

Poco más o menos a las dos de la tarde, nos paramos en un alto que distaba una hora de Mura. Todos comieron algo de las provisiones traídas consigo; en cuanto a nosotros, como nuestro cocinero se ocupaba poco de nuestros estómagos, nos dejó sin nada, salvo un pedacito microscópico de pollo que había quedado escondido por casualidad en algún pliegue de la alforja; pero que era lo mismo que nada. Las tropas de Cabrinety no nos siguieron más que por poco tiempo. Creíamos que vendría por otra dirección, pero Cabrinety no vino donde deseábamos. A las cinco de la tarde continuamos la marcha. Poco después nos cogió un tremendo chubasco y todos quedamos calados hasta los huesos. Hacia las nueve de la noche llegamos a Caldés.

Decían que Cabrinety se hallaba desde las cuatro y media de la tarde en Manresa, a tres horas de Caldés; que una segunda columna estaba en Moyá, a hora y media de nosotros, y una tercera en Mura. Según un parte enemigo, Cabrinety pasó la noche siguiente en Mura, y no en Manresa; sería otra columna la que se hallaba allá.

Durante la noche previnieron a mi marido que las tres columnas enemigas mencionadas tenían intención de atacarnos. Por lo general, nuestros confidentes estaban bien enterados. No sé si, en efecto, esas tres columnas debían ir en combinación; peró me parece que existían, realmente, en los alrededores, puesto que los difrentes confidentes anunciaban que estaban cerca y no todos habrían soñado lo mismo.

En el libro del Estado Mayor del Ejército, del Gobierno de Madrid, publicado unos años más tarde, no se habla de esas combinaciones, pero puede ser que sea para disminuir el efecto de la acción carlista; también dice el mismo libro que le faltan muchos documentos por causa de que con los muchos movimientos que debían efectuarse no se podía muchas veces dar las noticias o se perdían partes. Que se perdían es cierto, porque los nuestros cogieron una porción; además no eran siempre muy exactos aquellos partes, y a menudo cuando se trataba de acciones, muchas veces completamente contrarios a la verdad, como se ve en el de Oristá y otros.

También en la tremenda persecución de Velarde contra nosotros se callan respecto a las combinaciones y movimientos dirigidos contra nuestras personas, al menos en cuanto a la mayor parte de ellos, y, sin embargo, podríamos probar su existencia, pues los confidentes, extraordinariamente buenos, hábiles, adictos, valientes, como el *Avi* y otros que, ejercitando su oficio, caían en manos del enemigo y se escapaban de él casi de milagro, a fuerza de habilidad y gracia de Dios, no habrían visto todo aquello sólo en sueños o en alucinación. Una gran parte de nuestros confidentes iban pegados, literalmente, a la suela de nuestros adversarios y aparecía, entre ellos, bajo todas las formas posibles, llegando luego con una rapidez incomprensible a traernos el resultado de sus investigaciones.

CAPITULO XXVIII

SIGUE JUNIO DE 1873

Acción de Prats de Llusanés con resultado indeciso.—El Coronel Redondo.—Ascenso de don Alberto de Borbón.—Un triunfo en el Norte.—Quejas de Savalls

El 25 de junio de 1873 nos pusimos en marcha a las tres y media de la mañana. A las nueve y media, poco más o menos, llegamos a Oló. Nos previnieron entonces que una columna enemiga se encontraba en Estany. Apenas habíamos abandonado Oló, cuando el enemigo entró en el pueblo. Nos dirigimos a San Feliú, donde llegamos a la una y diez minutos del día, y el enemigo detrás de nosotros, picándonos la retaguardia; pero duró poco tiempo. Alfonso mandó alargar el paso para ganar a todo trance las posiciones favorables que rodeaban a Prats de Llusanés a fin de llegar allí antes de que otra columna enemiga las ocupase. Hubiésemos podido refugiarnos en altas montañas, que no estaban lejos, pero no era ésta la intención de mi marido, que deseaba un encuentro con el enemigo, por supuesto que en buenas posiciones. Las que escogió estaban más distantes de dichas montañas. Andando así lo más a prisa posible, llegamos, poco más o menos, a las tres de la tarde a Prats de Llusanés. Bajamos un momento del caballo, entrando en casa de los hermanos Camps, donde nos alojábamos siempre cuando íbamos a aquella población. Muertos de sed, agradecimos mucho un rico jarabe con agua y esponjados. Paramos sólo diez minutos, y ya nos anunciaron que los enemigos se hallaban a un cuarto de hora de Prats y que venían combinados con otras columnas. No sé si lo que decían respecto a combinaciones era exacto.

Salimos de la población y Alfonso reunió a los jefes Miret, Baró, Cucala, Camps, Muxí y Massachs (a) *Nasratat,* un excelente viejo jefe que mandaba el tercer batallón de Barcelona, y les dijo que era

imposible continuar estas marchas forzadas y seguir siendo perseguidos sin tregua, lo que rendía a nuestras tropas; que reconocía no hallarse los carlistas en condiciones ventajosas frente a un enemigo en superioridad numérica, ni para sostener con pocas municiones un combate contra un adversario más poderoso; pero que, por otra parte, los voluntarios ya no podían más con este género de vida, hecho para desanimar a los más resistentes; que, por consecuencia, estaba resuelto Alfonso a romper el fuego contra Cabrinety. (En una carta que escribí al día siguiente de la acción a alguno de mi familia, y que nos devolvió, hablo de las columnas que trataban de rodearnos y obraban en combinación, según las noticias que recibimos durante nuestra marcha a Prats de Llusanés.)

Eramos poco numerosos y poco municionados, pero los jefes eran excelentes y nuestros valientes voluntarios estaban llenos de un ardor entusiasta y de vehemente deseo de batirse. Los jefes aprobaron la decisión de Alfonso de hacer frente al enemigo y fuimos a ocupar las posiciones en espera del adversario. Al grito de "¡Viva la Religión! ¡Viva el Corazón Sagrado de Jesús! ¡Viva la Virgen Inmaculada! ¡Viva el Rey!", etc., fueron los nuestros a los puestos indicados. Antes de que empezase el fuego, el capellán de los *zuavos,* mosén José Espinós, nos dió a todos la absolución *in articulo mortis.*

Alfonso encargó al bizarro Miret la dirección del ataque y de todos los batallones (excepto el de Camps, 1.° de Barcelona, que Alfonso guardó, como reserva, y el de Cucala, que mi marido colocó en otro punto para guardar una eventual retirada). No puedo encontrar los nombres de las posiciones ocupadas de nuestro lado. En un parte del enemigo se dice que los carlistas ocupaban el punto llamado el Grau de Tormillos, apoyando su ala derecha en el de la ermita de San Juan y la izquierda en lo que se llama la Cadira, de Galcerán.

El fuego empezó a las cinco menos diez minutos de la tarde; nos pusimos con Camps y una parte de su batallón destinado a la reserva en una elevación del terreno desde donde podía verse lo que pasaba, y Alfonso quedar en comunicación con los que se batían. El resto de este mismo batallón debía, en caso de necesidad, cubrir la retirada. Muxí y Cucala estaban, primeramente, destinados a la reserva, pero muy pronto entraron en fuego.

Desgraciadamente, logró el enemigo adelantarse a los nuestros y pudo colocarse en unas casas fuera de Prats, así como en unas posiciones que se habían tenido en vista, lo que constituyó gran ventaja para Cabrinety. El fuego, que había empezado por las gue-

rrillas, se generalizó muy pronto. Los primeros que entraron en él fueron el segundo batallón de Tarragona, a las órdenes del Coronel Baró y los *zuavos*, a las del Comandante Wills, y en seguida, después, Miret, con el tercer batallón de Barcelona. Poco a poco, tomó también parte en el combate la mayoría de la reserva.

El entusiasmo de todos fué frenético, a pesar de que nuestros soldados estaban rendidos por las fatigas de la marcha, no sólo de la de este día, sino de todas las precedentes, y sin haber comido en el actual, pues nadie de nosotros tuvo medio de hacerlo. La suerte que tuvo el enemigo de llegar a los puntos mencionados antes que los nuestros fué una gran desventaja para nosotros; pero a pesar de esto el combate tomaba un curso satisfactorio, después de contenerse durante más de hora y media sin producir un cambio ni de un lado ni de otro.

Cuando el Coronel Baró, quien se portó muy bien, cargó a la bayoneta hizo el enemigo un movimiento de retroceso, que degeneró en precipitada fuga. Cabrinety lo afirmó él mismo en su parte, diciendo que ante el avance a la carrera al punto llamado la Cadira de Galcerán (era una de las posiciones a las cuales pudo llegar el enemigo antes de empezar el combate, adelantándose a los nuestros, a pesar de que éstos hicieron lo posible para alcanzarla a tiempo), que era, dice, donde estaba la mayor parte de las fuerzas liberales, abandonaron éstas a la desbandada la posición, dirigiéndose al pueblo; que en tan crítica situación, Cabrinety, secundado por su ayudante don Miguel Alzamora, trató de contener a los dispersos, pero viendo que se generalizaba la desbandada, dejando en dicha parte a Alzamora, pasó a la opuesta con el mismo fin.

El plan de los nuestros era atraer a los adversarios hacia unas posiciones muy favorables para los carlistas, y así Baró, aunque haciendo fuego, se replegaba despacito hacia los mencionados puntos. Mientras efectuaba este movimiento, oyó, de repente, entre los nuestros, el grito:

—¡La caballería! ¡La caballería! ¡Que venga la caballería! ¡Se necesita la caballería!

Parece fué Espolet quien lo profirió. Era una demencia, por ser el terreno horriblemente cortado y absolutamente imposible de prestarse a una carga de caballería. El resultado que produjo fué fatal. Creyendo realmente que era preciso que viniese la caballería, se lanzó al Coronel Redondo, secundado por nuestro primo don Alberto de Borbón, a la cabeza de los 14 caballos de nuestra pequeñísima escolta, a una formidable carga; aunque las dificultades del terreno se opusieron a ella con invencibles obstáculos, no desistieron de su empresa.

Parece increíble cómo en semejante situación pudieron sostener la lucha con la infantería, teniendo que desenredarse solos con ella, sin socorro de ninguna parte, porque se habían adelantado mucho más que nuestra infantería, avanzando en frenética carrera. Pronto se encontraron ante un verdadero muro. Era un pequeño alto, formando una pared perpendicular. La caballería no pudo dar ya ni un paso y, además de los disparos, los de la infantería enemiga atacaban con las culatas de los fusiles a nuestra escolta, que se hallaba cogida como en una ratonera.

El heroico Coronel Redondo (ayudado del intrépido don Alberto de Borbón, así como de nuestros bizarrísimos jinetes, que se defendían hasta lo último con su revólver) fué herido en este momento, muriendo poco después; su cuerpo quedó cubierto de heridas. Nuestro primo don Alberto le defendió heroicamente, pero, por fin, su Coronel se desplomó sin vida. En cuanto a don Alberto, escapó como por milagro de la muerte. Tuvo acribillada de golpes la silla de su caballo; un bayonetazo la rasgó completamente por un lado; logró, por fin, conducir atrás los pobres restos de nuestra escolta, que contó con tantos héroes como hombres. Hubo más de su mitad entre heridos y muertos. Siete caballos quedaron por el suelo. El hijo mayor del General Larramendi tuvo también muerto su caballo.

El grito inconcebible de Espolet no causó solamente el trágico episodio de nuestra escolta, sino que también desbarajustó el plan de atraer al enemigo allí donde se le quería tener.

La acción duró hasta la caída del día; fué gloriosa y no sin ciertas ventajas para nosotros, en cuanto a sus consecuencias, porque nos procuró algunos días más en calma, de lo que nuestras tropas tenían gran necesidad.

¿Cómo encomiar lo suficiente el heroísmo que desplegaron otra vez nuestros jefes, oficiales y soldados? Así como ya lo dije, los *zuavos* y las tropas de Baró fueron los primeros en entrar en fuego. Antes de romperle se pusieron los *zuavos* de rodillas para que les bendijera de nuevo su capellán, quien siempre se hallaba en primera fila durante el combate. Una vez más sostuvieron la reputación adquirida en las demás acciones. Pero también todos los demás rivalizaron en arrojo. El bizarrísimo Coronel Miret, que se distinguió tanto por las disposiciones tomadas como por su grandísimo valor personal, fué herido dos veces, lo que no le impidió continuar batiéndose. Sus tropas, que pertenecían a la provincia de Barcelona, se mostraron dignas de su jefe. Cucala tuvo también ocasión de dar nuevas pruebas de sus cualidades guerreras, apoyado por su pequeña fuerza de gente escogida, antes de marchar de Cataluña para volver al Maestrazgo. Asimismo hizo

prodigios de valor la de Baró, llevada lo más valientemente por su jefe.

Alfonso escribió al fin de su parte a Carlos dando relación de aquel fuego, que el resultado de este combate fué que, a pesar de las pocas municiones de que disponíamos contra un enemigo que las tenía en gran abundancia, éste no pudo avanzar y que, a la caída del día, después de un fuego de cuatro horas y media tuvo que retirarse a Prats de Llusanés (él se retiró de su grado mientras nosotros guardábamos las últimas posiciones que no pudo arrebatarnos, permaneciendo allí hasta ver ir a Prats de Llusanés al adversario), quedando el campo de batalla neutral. La victoria, decía Alfonso a Carlos, no fué ni nuestra ni de Cabrinety. Juzgaba, con razón, que este combate no había sido ni victoria ni derrota.

El parte de Cabrinety le convirtió, naturalmente, en un importante triunfo y día glorioso. Después de hablar Cabrinety de la desbandada que se produjo en sus fuerzas ante el avance a la carrera de los carlistas hacia la Cadira de Galcerán y que en tan crítica situación trató de contener a los dispersos, pero que viendo se generalizaba la dispersión, dejó en esta parte a su ayudante Alzamora y pasó a la opuesta. Con el mismo fin dice respecto a lo ocurrido después:

"A los pocos pasos me vi envuelto por la caballería, que tenía ya a mi lado. En aquel momento pasaban dos soldados que huían y los contuve dándoles dos palos y haciéndoles calar bayoneta, visto lo cual el soldado de Mérida Pedro Martínez Fernández avanzó con resolución un bayonetazo a un jinete y disparando sobre otro diciendo: "Muchachos, que el Brigadier está sólo". Los jinetes se atolondraron, y volviendo grupas arrollaron a su infantería *(esto es falso, que tras un bayonetazo volvieran grupas y arrollaran a su infantería. Tras una lucha titánica les pudo sacar nuestro primo Alberto, como ya lo dije, del terrible cepo, retrocediendo en diferentes direcciones los pobres caballos restantes, entre ellos, algunos heridos)* y yendo a ocultarse en el bosque de donde habían salido. Entrando la fuerza nuestra en reacción les fué desalojando poco a poco hasta hacerlo completamente, persiguiéndolos por espacio de media hora." *(Tampoco es esto cierto, puesto que no marchamos de nuestras últimas posiciones hasta que se vió retirar al enemigo al mismo Prats. Simultáneamente se emprendió la retirada por parte de las dos fuerzas. Ni nos desalojó de nuestras posiciones ni nos persiguió.)*

Más allá dice Cabrinety en su parte:

"Solo con unos cuantos veinte hombres y mi ayudante tuve que rechazar al enemigo, que se creía victorioso y que de tomar la posición hubiera sido una fatal derrota para nuestras armas. A estos

valientes se debe el haber hecho experimentar a la facción uno de los descalabros más fatales por la influencia moral que ha perdido la caballería enemiga; por lo cual creo que este hecho de armas es uno de los más importantes de esta campaña. Su resultado ha sido causar al enemigo diez y siete muertos que se han visto *(¿quién los vió?)*, cuatro caballos también muertos y cinco cogidos *(siete caballos de nuestra escolta quedaron tendidos en el suelo)*, monturas, muchas armas *(las armas correspondientes a los que montaban los caballos muertos, como máximo, siete tercerolas, y éstas no son armas de todas clases y algún revólver, como probablemente el del pobre Redondo)*, municiones y efectos. *(Tampoco habrán podido coger mucha munición; la única la de algún herido, pues cogieron un prisionero herido.)* Entre los muertos, se hallaba el Coronel de la caballería, un Capitán y un Teniente."

El enemigo exageró, como siempre, nuestras bajas, pues no tuvimos 17 muertos, sino siete, y unos 30 heridos. Tampoco hubo Capitán ni Teniente muertos. Hubiera sido muy posible y natural, vista la furia del combate, que el número de bajas fuera mayor, pero no lo fué. Respecto a bajas por parte del enemigo, dice Cabrinety que tuvo

"siete heridos y ocho contusos, entre los primeros, algunos graves y de arma blanca de caballería."

No creo que el adversario no tuviera ningún muerto y sólo siete heridos. Esto es completamente imposible. Al fin del parte dice Cabrinety, después de mencionar las bajas:

"No pudiendo olvidar a aquel puñado de bravos que en tan corto número rechazaron la carga que, sin duda, ha hecho con más resolución y fuerza el enemigo en la presente campaña."

No sé si habla de la carga a la bayoneta que efectuaron los nuestros; en ella había más de un puñado de republicanos, y no rechazaron allí a los nuestros, y fué lo contrario, puesto que Cabrinety menciona la desbandada en la cual huían los suyos, o si trata del ataque de nuestra pequeña escolta, cuando dice Cabrinety que se vió envuelto por la caballería y que él, con unos 20 hombres, rechazó el ataque.

No era una hazaña muy maravillosa el batirse unos 20 hombres de infantería contra 14 de caballería, metidos en los huecos de las rocas en las que les echó su carrera desbocada, empujados por un sentimiento del deber a consecuencia de una ligereza imperdonable que, dando el grito fatal, les precipitó en aquella ratonera sin salida.

El parte de Cabrinety es bastante fantástico; me parece que

necesitaba mucha imaginación para creer que él, con unos 20 hombres, rechazó a toda nuestra fuerza por el hecho de la lucha victoriosa entre él y los 14 pobres jinetes, presos en aquel agujero.

El grito de Mosén Espolet nos echó a perder la ejecución del hermoso plan de Miret, impidiendo atraer entonces al enemigo a las posiciones donde todas las ventajas estaban de nuestra parte.

El parte de Miret relata la acción tal cual nosotros la sabemos. Habla del ataque a la bayoneta de Baró; luego, que Baró se replegó despacio para atraer, según el plan de Miret, a los contrarios donde se les quería, y cómo luego la desgraciada carga de caballería de nuestra Escolta, provocada por el grito mencionado, desvirtuó todo lo combinado, poniendo el pánico entre los adversarios.

Lloramos con toda el alma la muerte de nuestro querido amigo el Coronel Redondo, que ya antes de entrar nosotros en España nos acompañó hallándonos en la frontera y siguió luego a nuestro lado. Pocos días antes del fuego de Prats había decidido Alfonso nombrarle su Secretario de campaña. Su amistad con Redondo venía de mucho tiempo atrás, pues cuando Alfonso estuvo, en su primera juventud, como *zuavo* en Roma le veía continuamente y tenía un gran cariño para este hombre tan leal, tan seguro y tan excelente, bajo todos los conceptos.

Don Francisco Redondo de Arredondo pertenecía a una familia de la antigua aristocracia de España y en su juventud formó parte de los Guardias de Corps de Fernando VII, en los que no se admitía más que miembros de la Nobleza. Fué uno de los Guardias de Corps que estuvo a recibir a la Reina Cristina cuando ésta llegó, como novia de Fernando VII, a Barcelona.

Alfonso nombró Comandante a don Alberto de Borbón por su comportamiento heroico en la acción de Prats y, además, jefe de nuestra Escolta de caballería, que se reformó inmediamente, haciéndola más numerosa. Su hermano don Francisco ya era Comandante desde la toma de Berga, en la que se distinguió inmensamente, como en general en todos los combates en los que tomaba parte. Era, más que atrevido, temerario.

En los partes enemigos decían que en la acción de Prats tenían los carlistas 1.500 hombres de infantería y 100 caballos. No era exacto el cálculo. Teníamos 1.000, o poco más, infantes y 45 caballos, de los cuales 14 de nuestra Escolta y 30 de la caballería de Lérida, mandados por Mosén Espolet, jefe de la misma. El enemigo multiplicaba siempre nuestras fuerzas y disminuía en sus partes las suyas. Nuestros confidentes podían enterarse mucho

más del número de los soldados liberales que no ellos de los nuestros, porque hacían sus cálculos según las raciones tomadas, mientras que los nuestros no tenían raciones, pues cobraban en dinero.

En cuanto a Espolet, se contentó con mandar nuestra Escolta a la muerte, pero no la acompañó él con su caballería (de Lérida), quedándose a salvo.

Por la tarde hicimos una corta parada en una masía, cerca de San Jaume, donde nos dieron un riquísimo requesón. Llegada la noche, fuimos a buscar albergue. Alfonso subdividió las diferentes fuerzas para poderlas alojar en distintos puntos cercanos y reunirlas, en parte, a la mañana siguiente. A las diez y media de la noche llegamos a dos casas solitarias, cerca de Salellas, donde pernoctamos.

Según sus partes, la acción de Prats fué para Cabrinety llena de ventajas y una grandísima derrota para nosotros; pero la voz pública repetía desahogos del General enemigo, quien parece decía que nunca aun había tenido un fuego tan malo.

El jueves 26 de junio, después de haber podido dormir hasta las siete y media, nos pusimos en camino a las ocho de la mañana, desde cerca de Salellas, y llegamos, entre la una y las dos de la tarde, a San Jaume de Frontiñá, donde se pasó el resto del día y la noche. Nosotros, en una masía, al lado de aquel punto.

Nuestra fuerza fué alojada en los alrededores y todo el mundo gozó muchísimo del descanso. Alfonso aprovechó para escribir el parte de la acción y otras muchas cosas a su hermano. Cabrinety perdió por aquel día la gana de perseguirnos.

El viernes 27 de junio emprendimos la marcha entre mediodía y la una. Pasamos el pueblo de San Jaume, donde encontramos al Coronel Baró con parte de su batallón. En Canrubí se hizo una parada de media hora, llegando luego, a las siete de la tarde, a Viladá. Aquí debíamos encontrar a los zuavos, por haberse convenido que irían directamente a este punto desde el sitio donde pernoctaron; pero no estaban. Miret estuvo en Borredá, los vió allí y les hizo seguir con él para que estuviesen más seguros; también tenía consigo una parte de la fuerza de Baró. En Viladá se reunió el resto de la fuerza de Camps con nosotros. Todo aquel tiempo hizo un grandísimo calor, y veo en una carta que escribí a mi madre cómo le cuento que con esa temperatura tan cálida tengo que llevar mi dormán de recio paño y forrado tal como me fué hecho para el invierno, una prenda sofocante porque no poseía otra cosa, y cuánto me alegro de la amazona que me mandó y que ya se encuentra en los alrededores. También le contaba que la

asquerosísima amazona que llevaba no tenía cuerpo y que así me veía reducida al dormán.

El 28 de junio de 1873 nos hallábamos ya a las tres y media de la mañana en marcha, dejando atrás a Viladá, y fuimos hasta la Virgen de Queralt, un santuario encima de Berga, al que llegamos entre las diez y las once de la mañana. No sé por qué tuvimos que madrugar de esta manera. Nos paramos cerca de dos horas en este sitio, donde un pequeño llano muy verde nos llamó mucho la atención a mí y a mi caballo; yo había entrado en la semipropiedad del lindo tordito de mi marido desde que él montaba el soberbio *Calatrava,* cogido en Sanahuja y que tanto le recomendó el Ayudante del escuadrón del mismo nombre. El tordo era muy inteligente y adivinaba en general mis deseos; así, después del descanso y antes de continuar la marcha, desde el momento que comprendió lo que yo deseaba, se olvidó de las muchas horas de marcha que tenía en el cuerpo y se lanzó a un galope, se puede decir un vuelo, que me regocijó el corazón. Es pueril el hablar de esto, pero todo aficionado a montar a caballo lo comprenderá. Siempre al paso y, ¡por fin!, poder correr...

Hacia las siete de la tarde llegamos a la Valldora. Creíamos encontrar allí a los zuavos, pero no fué así, y lo sentimos mucho, pensando en quién sabe lo que les podía haber pasado entretanto. En la Valldora estaban el General don Rafael Tristany y su hermano el Coronel don Francisco, que llegaba de la Isla de Cuba y de quien Alfonso se sintió muy feliz de tenerlo con nosotros.

El 29 de junio, un domingo, tuvimos la misa militar al aire libre; luego, marchamos de la Valldora, poco más o menos, a las nueve y media; poco después encontramos al Comandante de nuestros *zuavos* don Ignacio Wills, y su pequeño batallón. Por supuesto, continuó con nosotros. Luego vino Miret, quien, valiente como siempre, soportaba estoicamente los dolores de sus heridas (una de ellas en el muslo) y había querido continuar la marcha. Por fin, aquel día 29 de junio consintió descansar un poco para cuidarse, pero no sin haber pedido primero correctamente por escrito y en su debida forma el consentimiento para lo que Alfonso quería imponerle desde el día de Prats.

Miret lo hacía siempre todo en regla, según la Ordenanza, hasta en los detalles pequeños, cada vez que era posible. Su petición para poderse curar de sus heridas estaba fechada en Borredá el 26 de junio, pero no quiso ir a descansar hasta haber visto a Alfonso. En su oficio pedía también que éste le nombrase un reemplazante hasta que estuviese otra vez en estado de ejercer su mando.

Se sabía que sería cosa de muy poco tiempo, porque Miret no sabía estar parado mientras se podía tener en pie.

Mi marido repartió las tropas que nos habían seguido en los últimos tiempos y ordenó al General Tristany (de quien nos habíamos separado después de encontrarnos en la Valldora) que se reuniera de nuevo con nosotros y fuimos a su encuentro. Cucala marchó al Maestrazgo, y a varios valencianos que hasta ahora habían servido en Cataluña se les otorgó permiso para acompañarle. Baró volvió a su provincia de Tarragona. El tercero y cuarto batallones de Barcelona fueron mandados también en dirección distinta de la nuestra.

Alfonso no había retenido más que a Camps con el primer batallón de Barcelona y, como siempre, a los *zuavos,* así como los cuatro caballos de nuestra escolta que habían quedado sanos. Nuestro primo don Alberto de Borbón tuvo que retirarse temporalmente; él, que en su tremendo episodio del día de Prats salió ileso de manos del enemigo, no lo fué así del pie de un caballo, que le dió una grave coz en una pierna. Con las tropas mencionadas nos fuimos a Caserras, llegando allí a las cinco y media de la tarde, donde nos anunciaron una gran victoria obtenida en el Norte; contaron que las campanas tocaban al vuelo en toda la frontera vasca; gran copo de Nouvilas con todas sus fuerzas Una gran emoción de júbilo se apoderó de nosotros; pero pronto fué lo de "nuestro gozo en un pozo", pues se averiguó que fué un cuento. En una carta de aquel día a una de mis hermanas leo que le dije que después de una sacudida experimentada por Cabrinety nos dejó en paz por un ratito, pero que ahora parecía que la carrera nuestra iba otra vez a empezar. También le cuento en la misma carta que uno de los días atrás pasamos por un riachuelo, y que cuando dejé beber a mi caballo se arrodilló en el agua, y antes de que lo pudiera levantar se echó de costado y, revolcándose, me obligó a probar a mí también este deporte, que en las circunstancias nuestras me agradaba poco: quedar calada cuando una no se puede mudar y dejar secar la ropa sobre el cuerpo no es ningún placer.

El 30 de junio de 1873 marchamos a las doce y media de Caserras, llegando a las seis y media de la tarde con una terrible tormenta a Castelladral. La victoria en el Norte, de la cual hablaron también en Castelladral, no fué, como lo contaron, el copo del General enemigo Nouvilas con su fuerza; no hubo tal copo, pero probablemente confundieron con el combate de Lecumberri, donde, según lo escribió más tarde Carlos, sufrió el General enemigo Castañón una derrota. Victorias en el Norte eran, por supuesto, gran-

des alegrías para nosotros, llenándonos de esperanzas. Al hablar de esa victoria de Lecumberri (en una carta de 6 de julio) decía Carlos: "Por desgracia, hemos conseguido estas grandes ventajas a costa de grandes pérdidas; yo tengo que llorar, aparte otras muy sensibles, la del desgraciado Carlos Caro, padre de cinco hijos, y que dejó las comodidades de su posición para acudir en seguida a la guerra sin ser militar." (Don Carlos Caro era hermano del Marqués de la Romana y tío del Vizconde de Benaesa, Gentilhombre de mi marido.)

Alfonso dirigió desde Caserras un oficio a Savalls acusándole recibo de dos comunicaciones suyas fechadas el 28 de junio, y le añade luego que no puede menos de decirle que supo con descontento se había apoderado el Comandante don Miguel Cambó, no sólo de una parte de los fusiles y municiones mandados (a Alfonso) desde Francia, sino también de otros efectos pertenecientes a su persona. Mandó que Savalls ordenase inmediatamente que todo ello fuera depositado en un lugar seguro y avisara a Alfonso de su cumplimiento, a fin de que éste pudiera disponer en el acto de tales objetos. Luego escribe mi marido en el mismo oficio que observa desde algún tiempo que Savalls da órdenes y toma disposiciones sin comunicárselas y olvida el participarle las operaciones, según ya le previno que lo hiciera. Que también llama su atención sobre la falta de cumplimiento de algunas de sus órdenes, que dió al Comandante del cuarto batallón de Barcelona para que se reuniera con él (a Alfonso), tratándose de emprender cierta importante operación, lo que no pudo hacer porque sus órdenes fueron incumplidas; que espera que en adelante sean mejor respetadas sus decisiones; que previene también a Savalls de que, no habiendo dado el resultado que de él se esperaba, Alfonso dispuso la disolución del quinto batallón de Barcelona y que su fuerza fuera agregada al primero. Luego dice a Savalls que le entera, para su gobierno, que nombró jefe superior de la Intendencia a don Francisco Solá y jefe superior de la caballería de Barcelona y Gerona a don Manuel Vilageliú. Más adelante sigue diciéndole que, no habiéndose presentado ninguna Comisión del ferrocarril de Barcelona a Francia por Figueras, según lo había ordenado, dispusiera Savalls la destrucción de esta línea hasta que cumpliera dicha orden. Se trataba de un convenio con la Compañía del ferrocarril. Por parte de ésta, la promesa de no transportar tropas del Gobierno enemigo o material de guerra para él, y de parte nuestra, el permiso de dejar circular los trenes y la promesa de respetar la línea, es decir, de no cortarla ni poner obstáculos al tránsito mientras no prestara servicio al enemigo.

En un comunicado de la misma fecha, dirigido por Alfonso a Tristany, dice mi marido a este General que, no habiendo dado resultado la comunicación dirigida a la Junta del ferrocarril de Tarragona diciéndole que envíe una Comisión al objeto de hallar un arreglo en la cuestión de esta línea, disponga Tristany su destrucción hasta nueva orden.

CAPITULO XXIX

JULIO DE 1873

Bendición de la bandera de los zuavos.—Sigue la correspondencia con el Cuartel Real.—Trabajos para el pronunciamiento de la Guardia Civil de Barcelona

El martes 1 de julio de 1873 nos pusimos en marcha hacia las ocho de la mañana, llegando a las once de la misma a Suria; fuimos todos a la iglesia para la bendición de la bandera de los zuavos, que hicimos bordar por unas monjas en Vich, según el modelo que les mandamos. De un lado estaba, en el centro, el Corazón de Jesús, a derecha e izquierda, las armas de Pío IX y de España y la inscripción: *Ejército Real. Zuavos Carlistas.* Al otro lado de la bandera se veía la imagen de la Purísima y la inscripción: *Dios, Patria y Rey.*

Después de la bendición de esta bandera la tomó en mano Alfonso y, delante del altar, la remitió al Comandante don Ignacio Wills, quien, a su vez, la entregó al Abanderado, Sargento De France, un belga. Cuando Alfonso entró en Roma en los Zuavos Pontificios fué De France su instructor, y Alfonso lo quería mucho.

Después de dicha ceremonia comimos, y a las dos de la tarde nos pusimos otra vez en camino para Vilalta. No teníamos noticias de las columnas enemigas. Desde Suria escribió Alfonso a Carlos que nos veíamos obligados en este momento a repartirnos en pequeñas fuerzas, de 200 a 300 hombres, para tratar de hacer posible la vida a nuestros soldados, pues andaba la gente desde hacía unos días sin poder ser pagada, viéndola disminuir constantemente; que sería de la mayor utilidad el tener réunidos de 800 a 1.000 hombres para emprender continuas operaciones, y cuantas más mejor, lo que la falta de recursos nos impedía. Se comprende que la gente no podía quedar sin comer; los que algo

tenían por sus casas (quiero decir, dinero) podían continuar, y muchos prestaban también a sus compañeros. Alfonso explicó en dicha carta que la falta de dinero provenía de que los pueblos de Cataluña en gran número estaban fortificados, de modo que allí no se podía cobrar los impuestos, y que en la mayor parte de las villas y ciudades mayores no los pagaban (los carlistas tomaban las contribuciones atrasadas, que no habían sido tomadas por el Gobierno de Madrid, pero exigiendo algún tanto por ciento inferior). Anuncia a Carlos que había nombrado jefe de la Intendencia de las cuatro provincias catalanas a don Francisco Solá, excelente persona, muy capaz, con el cual contaba mucho. Carlos se imaginaba que la falta de recursos provenía de que Alfonso no sabía organizar la Intendencia y le repetía a menudo que podría tener los medios suficientes por una buena administración; pero donde no hay es difícil administrar. Por supuesto, los esfuerzos de mi marido por regularizar la administración, y que él tomó desde un principio sin que le instigaran a esto las cartas de Carlos, dieron buenos resultados, pero no podía haber los suficientes por las razones que acabo de explicar. Naturalmente, hubiese habido algunos mayores recursos si todos los jefes hubieran sido tan ordenados, en cuestión de dinero, como lo fué la mayor parte de ellos. Así, por ejemplo, Savalls era muy incorrecto respecto de esto; pero, aun no habiéndolo sido, se hubiera dado igualmente la gran escasez de recursos.

Más tarde recibió Alfonso un nuevo envío de dinero de nuestro tío el Duque de Módena, y aunque éste le escribía, como las otras veces, que era un donativo personal para él y no para la Causa, le empleó Alfonso en socorros para nuestros soldados, es decir, para los más necesitados, cuando la Intendencia no les podía pagar. Pero, por supuesto, los 50.000 francos que constituían este envío pronto se gastaron. Recibimos, además, otro envío de 40.000 francos de nuestros tíos el Príncipe y la Princesa de Löwenstein. Alfonso explicó también a su hermano que muchas veces, cuando había absoluta imposibilidad de pagar a los Voluntarios, no quedaba otro remedio que dejarles ir por unos días a sus casas hasta que se contaba otra vez con algo para darles. Esto, sin embargo, no era posible más que en cuanto a los catalanes, pero no con gente de otras provincias.

Mi marido recomendaba encarecidamente a Carlos el poner orden en Aragón, siendo gran lástima que no se hiciera nada en este país. Le decía que no contara en absoluto con Gamundi, pues éste había perdido toda la energía y las cualidades que en tiempos pasados le habían distinguido, y que el pobre Masarre había

caído prisionero hacía un mes con toda su partida. Alfonso repetía a menudo a su hermano las cosas importantes; así que en ésta que cito le decía que, como no recibió contestación a seis cartas, le mandará copias de ellas. También le anunció en ella que ahora la correspondencia entre Francia y su Cuartel General quedaba establecida lo mejor posible y las cartas iban con bastante regularidad y puntualidad. No sé cómo Alfonso tuvo tiempo de escribir tantas cartas con la vida que llevábamos; sólo su extraordinaria actividad y la costumbre de no perder un minuto, así como la energía con la cual vencía el sueño y las fatigas, podían lograr cumplir con tanto trabajo.

Las cartas a su hermano iban explícitas, pintándole las situaciones, exponiéndole los asuntos y pidiéndole la venía y preguntándole cómo quería que resolviese las cuestiones. No pongo más que una mínima parte, un casi nada de esta enorme correspondencia de mi marido, porque no acabaría. Repito sólo que en general, cuando se ve todo lo que se trabajó en la organización y las operaciones no se comprende haya podido en medio de marchas efectuadas de día y de noche, con los escasos momentos de descanso, enterar tan minuciosamente a Carlos.

Si no me alargo más en lo que hablo de la correspondencia de Alfonso, que contiene cosas muy importantes,, no es por carecer ella de interés, sino por el miedo de no acabar en mi vida la relación de nuestra campaña, en cuanto toca a nosotros, y así, no menciono la mayor parte de las innumerables cartas de mi marido al Rey. Sin embargo, tengo que decir aún que en una de ellas previene a su hermano que iba a disolver la Junta de Valencia, así como había disuelto hacía tres meses la de Barcelona. Las Juntas fueron muy útiles para preparar el movimiento y ser una especie de guía en sus comienzos; pero una vez que el General en jefe se hallaba en campaña, eran una complicación, porque no podía haber dos autoridades, es decir, además de la militar, una civil, que daba también órdenes militares.

Escribiendo Alfonso a Carlos respecto a la acción de Prats, menciona igualmente la conducta heroica de nuestro primo don Alberto de Borbón.

El 2 de julio de 1873 marchamos a las ocho y media de Vilalta y fuimos otra vez a Suria, con Miret y Camps, en donde se comió. Recibimos (mandado por el Intendente Solá) un oficio de Cabrinety, cogido por los nuestros, en donde va repetida la orden dada a Vega de perseguir sin descanso a doña Blanca. No podía tratarse del mismo oficio; debía haber dos, porque van en diferentes fechas, aunque los dos dirigidos al mismo Vega.

A las tres de la tarde repasamos otra vez el río Cardoner y con una contramarcha nos dirigimos hacia la Fornellosa. Nos paramos en camino con las tropas, durante media hora, en una gran casa de campo; a las ocho y media de la noche llegamos a la Fornellosa. El 3 de julio fué un dia de descanso, oímos misa, no hubo ninguna novedad y, por la noche, fuimos a Prades.

El 4 de julio saludamos, con alivio y gozo, al nuevo día después de una noche de horror, pasada en batalla con chinches, pulgas, arañas, y ¡quién sabe qué otros bichos! Marchamos muy de mañana, no sé si a las cuatro o a las seis de la mañana, por estar mal escrita la cifra. Nos paramos en el Santuario de Santa María de Pinós, y a las diez de la mañana seguimos.

Habíamos esperado algún tiempo porque nos dijeron que don Rafael Tristany se encontraba cerca de allí. En Santa María de Pinós hallamos a las fuerzas de las Garrigas y caballería. Nos pusimos en camino para Ardevol, adonde llegamos entre las seis y siete de la tarde y nos reunimos con el General Tristany, siguiendo con éste la marcha. Alfonso repartió las fuerzas; los *zuavos* quedaron con nosotros y se fijó que de momento nos acompañaran sólo aquéllos. A don Francisco Tristany, que aun no tenía mando, lo guardó Alfonso a su lado. Hicimos noche en Ardevol.

El 5 de julio lo pasamos en este mismo lugar. Allá vino monsieur Jules de Caseneuve acompañado del señor Serrano (de Zaragoza). Se trataba del pronunciamiento de la Guardia Civil de Barcelona, una cuestión de inmensa importancia. Hacía mucho tiempo que su jefe el Coronel don Cayetano Freixa declaróse pronto a pasar a los carlistas y, como ya lo indiqué al principio de mis *Memorias,* escribió en este sentido a mi marido (eran entonces los primeros tiempos del levantamiento carlista y antes de que entrásemos en España). Preguntó el Coronel Freixa a Alfonso si prefería que viniese en seguida, pero sin su Tercio entonces, porque Freixa se hallaba ante un cambio de mando (su Tercio se hallaba en Barcelona), o si debía efectuar el pronunciamiento cuando se encontrase a la cabeza de su fuerza. Alfonso le contestó en aquel tiempo que lo retardarse hasta que le fuese posible pasar con su Tercio.

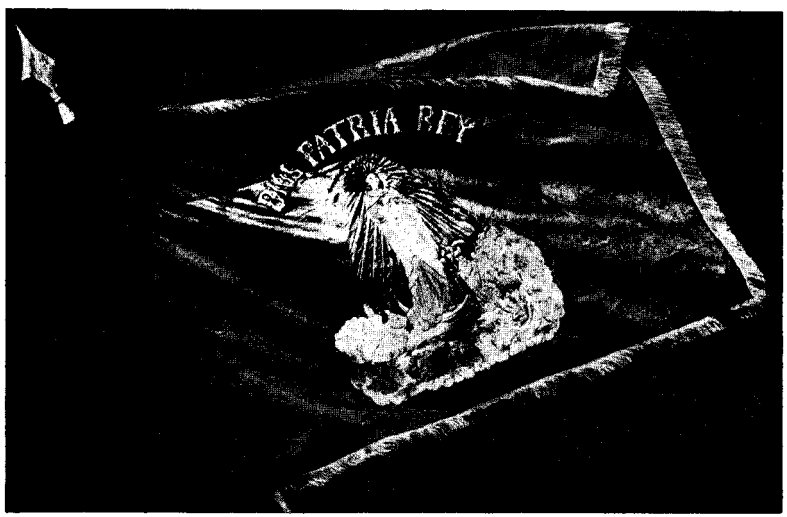
Mientras tanto llegó ahora el momento de ejecutar el atrevidísimo proyecto del Coronel Freixa y el señor de Caseneuve servía de intermediario entre el Coronel de la Guardia Civil y Alfonso. Por supuesto, monsieur de Caseneuve cargó con una misión de las más peligrosas, que desempeñó, algo más tarde, con tanto valor como inteligencia. Inútil decir que el Coronel Freixa se jugaba la vida, así como todos los que prestaban su concurso. Pero esta

acción heroica podía decidir la suerte de nuestra campaña, porque, como ya lo expliqué en otra parte, reinaba en la Guardia Civil un gran espíritu de cuerpo, una gran unión, de manera que un Tercio hubiera arrastrado probablemente a otro en el momento de un pronunciamiento.

Además de la cuestión de la Guardia Civil surgió otra importantísima y era la de la caballería. Don Julio de Caseneuve, de acuerdo con el Coronel Freixa, dió luego los pasos cerca del jefe de la caballería de Barcelona, para ganar también a ésta; efectivamente, logró lo solicitado, y este digno militar declaróse pronto a dar el grito de ¡Viva Carlos VII! si el pronunciamiento de la Guardia Civil se efectuaba con la debida suerte. Por supuesto, era indispensable el mayor secreto, pues era ésta una cuestión de vida o muerte. El señor de Caseneuve se hubiese dejado hacer trizas antes de que se le escapase la menor indiscreción. En este tiempo y dadas las circunstancias no era vituperable traición el pronunciamiento en favor de un partido de orden, pues la República, con sus espantosos desórdenes, habría llevado el país a la ruina; así no se podía tachar de traidores a la patria a los que proclamaban a Carlos VII.

En una carta de Carlos, fechada en 21 de junio, hablaba éste del General Planas, que Alfonso pidió fuese nombrado jefe de Estado Mayor General suyo (de Alfonso), ya que Moya no podía venir. Mi marido no conocía a Planas, pero, no teniendo a nadie para este cargo, pensó en aquel General, a quien muchos le encomiaron en grande, aconsejándole lo tomara a su lado. Carlos escribió a Planas, quien le causó muy buena impresión. Era un hombre ya de edad, de excelentes principios, mucho pundonor, muy leal y carácter de lo más decente y de gran seguridad. Según Carlos decía, iba lleno de buenos deseos a Cataluña; "busca que no sea defraudada su esperanza". También escribía Carlos que Planas tenía diferentes proyectos para empezar con un golpe de resonancia y emprender, después de haber adquirido nombradía, las reformas con mano firme. Luego dice Carlos que Planas considera como un mal la división en provincias independientes y quisiera reducir sus fuerzas a divisiones subordinadas a un solo centro de autoridad (esto no era nada nuevo, pues Alfonso ya las había organizado en divisiones y brigadas siendo él —Alfonso— el centro de autoridad; pero se alegraba de ver que Planas coincidía con su idea). Más lejos sigue Carlos: "Encuentro muy caro tu presupuesto militar." ¿Cómo sabía Planas qué presupuesto había? Nadie lo podía saber, sencillamente porque no podía haber presupuesto por no haber un número fijo de soldados, ya que éste variaba con-

Anverso



Reverso

Bandera del Sagrado Corazón de Jesús, dada al batallón de Zuavos el 1 de julio de 1873

tinuamente, y no se daban raciones, sino dinero), y tiene ya idea de un personal poco numeroso, pero bueno para la administración y otros servicios (esto ya lo había establecido Alfonso para la Administración), y para esto me ha indicado la necesidad de una cantidad que, si bien sería cuantiosa para mi bolsillo particular, no lo sería para tus recursos públicos, por escasos que sean (supongo que llama *recursos públicos* a los impuestos, ya que otra cosa no se podía contar como entrada segura, pues consistía alguna vez en donativo de algún propietario a tal o cual jefe en los momentos de mayor apuro). Alfonso había escrito muchas veces que lo que entraba de impuestos (otras sumas no veía) no era suficiente para pagar a los voluntarios y, según esto, Planas encontraba que, por escasos que fuesen, eran sobrantes.

Si éste encontraba caro y excesivo lo que llama el *presupuesto* hubiese sido exacto contando el sueldo de dos pesetas diarias de paga, pero hay que considerar que muchísimos días las dos pesetas eran nominales y que tantos y tantos días no cobraban ni un céntimo nuestros pobres héroes. La frase *para otros servicios* no sabía Alfonso a qué aludía. *Otros servicios* eran los confidentes, y en esto no cabían reducciones. Pero Carlos decía muy bien y razonadamente: "En fin, tú le verás, y con la práctica y conocimiento que tienes de eso, verás hasta qué punto sean realizables sus ideas."

Con fecha 4 de julio recibió Alfonso un oficio del Comandante de Armas de Prats de Llusanés, diciendo:

"A V. A. R. hago saber cómo hoy ha salido Cabrinety para la parte de Caserras y ha manifestado a un sujeto de aquí, y éste me lo ha ministrado a mí, que Cabrinety no pararía hasta haber cogido a V. A. R., o hacerle internar al extranjero, o el perder la vida y su gente."

El parte va firmado por Juan Comellás y fechado el 4 de julio.

El señor de Caseneuve y el señor Serrano habían pasado la noche en Prats, en la misma casa donde pernoctamos, perseguidos, también ellos, por los insectos, con los cuales habíamos batallado nosotros, y cuando por la mañana se quejaron de esa compañía nocturna, los amos de aquel alojamiento les contestaron que eran don Alfonso y doña Blanca quienes habían infectado la casa con aquellos bichos. Eran liberales los dueños.

Quedamos todo el día en Matamargó conferenciando Alfonso con monsieur de Caseneuve respecto a la cuestión de Freixa y otros asuntos. Marchamos, hacia las siete y media de la tarde, de aquel

sitio, acompañados del señor Caseneuve y del señor Serrano, hasta una gran casa de campo donde nos separamos de ellos, y luego también del General Tristany, cuyo hermano quedó con nosotros. Continuamos con nuestros zuavos. Durante la noche pasamos el río Cardoner. Siempre andando, llegamos, a las tres y media de la mañana, a una casa de campo, distante una hora de Suria.

El domingo 6 de julio lo pasamos en la mencionada masía y tuvimos misa militar. No estábamos lejos de Castelladral. Quedamos allí escondidos, porque el enemigo debia ignorar nuestros movimientos. Como fuerza, no llevábamos con nosotros más que a los *Zuavos*. Alfonso tenía algún plan, para el cual quería dirigirse hacia la provincia de Gerona y tomar otra vez, por algún tiempo, con nosotros a las fuerzas gerundenses. En vista de sus proyectadas operaciones, ordenó a Savalls se le presentara con sus tropas en un sitio que le indicaba. A las siete y media de la tarde marchábamos de la indicada casa. Anduvimos a la débil luz de una muy incompleta luna, llevando, como guía, al Comandante de Armas de Suria, Genís, y hacia la mañana nos encontramos, con sorpresa, en el mismo sitio por el que habíamos pasado muchas horas antes, habiendo hecho, así, una marcha en gran parte inútil.

El lunes 7 de julio lo pasamos en unas masías pertenecientes a San Cugat, a las que habíamos llegado después de la marcha que indiqué. A las seis de la tarde marchamos de allí y pasando por Puigreig, atravesamos el Llobregat y llegamos hacia las dos de la mañana a unas casas de campo llamadas Casas Sagás, no lejos de Prats de Llusanés; pero más cerca de Gironella. En Casas Sagás permanecimos hasta las dos de la tarde del día 8. Supimos allí que Savalls acababa de desarmar la pequeña guarnición que el enemigo había puesto, no hacía dos meses, en San Quirse, y que se rindió sin resistencia al tercer disparo de cañón (de aquel cañón que se contruyó, me parece que en Olot, o un sitio así). Cuando Savalls se hubo retirado, una pequeña columna enemiga, compuesta de alguna tropa regular y francos, se fué hacia San Quirse y bombardearon el lugar donde ya no había carlistas. Savalls mandó entonces atrás a sus tropas para atacar al enemigo. Llegaron a la carrera al punto donde éste se encontraba y, después de dos horas de fuego, huyó el adversario y las tropas carlistas le persiguieron hasta Conanglell, según el parte que recibió Alfonso. El enemigo dejó dos caballos en poder de los carlistas, algunos fusiles y otros pertrechos de guerra.

A las diez de la noche del día 8 de julio llegamos desde Sagás a "Casa Graell", cerca de Alpens, adonde Alfonso citó a Savalls; Camps se encontraba en Gombenys con su batallón y Alfonso le

ordenó fuera a Alpens. Savalls llegó el 9 de julio de 1873, por la mañana, a "Casa Graell". Marchamos temprano desde esta masía a Alpens y Alfonso hizo venir a Savalls con nosotros. En Alpens se encontraba el Coronel Vila del Prat, con su batallón 2.° de Barcelona; Auguet, con el 2.° de Gerona; la pequeña fuerza de Barrancot y los restos de la de Bosch; el 1.° de Gerona, que venía con Savalls, y nuestro pequeño batallón de zuavos, de, poco más o menos, 140 hombres; total, 900 hombres. De caballería, teníamos allí 60 caballos.

Savalls había escrito a Camps que fuera a Montesquiú (esto era muy incorrecto, puesto que sabía por Alfonso que tenía éste operaciones en vista). Felizmente, recibió Camps, a tiempo, la orden de mi marido de que viniera inmediatamente con su batallón a Alpens, recibiendo éste, a su vez, su respuesta de que en el momento de llegar a Castellar del Nuch, a las ocho y media de la mañana, recibió la orden de Alfonso de presentarse en Alpens; que daba dos horas de descanso a las tropas para comer y que marcharía luego en el acto; que será probablemente algo noche cuando podrá llegar allá (ni para una cosa ni para otra nombraba a Alpens y sólo decía "para allá" por si acaso cayese el parte en manos del enemigo). El parte estaba fechado en Castellar del Nuch, 9 de julio.

No teníamos cañones con nosotros, porque las dos piezas cogidas en Oristá nos vimos precisados a esconderlas después de aquella acción a causa de la violenta persecución de Cabrinety, que nos obligaba a marchas muy rápidas. Durante la mañana, ninguna noticia indicaba que el enemigo estuviese en los alrededores; pero cuando a las dos de la tarde salíamos de Alpens para ir a San Quirse, los confidentes nos enteraron de que Cabrinety se hallaba en Prats de Llusanés.

CAPITULO XXX

SIGUE JULIO DE 1873

Amenazas de Cabrinety.—Acción de Alpens.—Gran triunfo y copo de la columna adversaria.—Enorme botín

Al saberlo, Alfonso dispuso cambiar de dirección para ir a Prats, donde quería sorprender al Brigadier Cabrinety durante la noche (pues se creía pernoctaría en aquella población) y cogerlo prisionero.

La casa, donde siempre se alojaba, era la misma que nos servía de albergue a nosotros cuando íbamos a Prats; la mejor del pueblo, y la última a su confín, dando al campo, y, según el plan de Alfonso, mandaría éste en un principio un pequeño grupo de hombres que desde aquél penetraría en el alojamiento del jefe enemigo y trataría de apoderarse de él. Nosotros debíamos esperar con el grueso de la fuerza en los alrededores para acudir al debido momento y entrar en combate. Dicha casa pertenecía, según dije ya una vez, a tres hermanos, los señores Camps (pero no parientes del Coronel Camps); eran una gente bonísima, algo matizada de liberal, pero que no se metía en política, y muy amigos nuestros.

Ultimamente les había dado Cabrinety un pequeño encargo para mí:

—Diga a doña Blanca —dijo— que si la cojo, el pedacito mayor que quedaría de su cuerpo sería como el pedazo más pequeño de carne que se encuentra en un chorizo. Dígale que me propongo hacer de ella un chorizo, y lo daré de comer con arroz a mis soldados.

La comida no hubiera sido muy copiosa en cuanto a la carne, porque tenía yo entonces muy poca sobre mis huesecillos.

A una hora de distancia, poco más o menos, de Alpens mandó Alfonso hacer alto para enviar unos confidentes y algunos jinetes

a enterarse respecto a lo concerniente a Cabrinety; los jinetes, para que trasmitieran más a prisa las noticias que recogieran los confidentes. Había que saber qué columna era la que se hallaba en Prats, y qué era lo que se proponía.

Nos sentamos todos en el suelo, esperando. Savalls no tenía la menor gana de entrar en contacto con la columna y empujaba a Alfonso a continuar la marcha hacia San Quirse, alejándose del enemigo, y aplazar el ataque para otro día. Era, por lo general, su sistema cuando estaba con nosotros. En principio, recién llegado Alfonso a España, nos hizo perder Savalls excelentes ocasiones, pero ahora sus esfuerzos por evitar un combate resultaron vanos. Alfonso estaba decidido a emprender la lucha con Cabrinety, y no se movió de su sitio.

Estábamos esperando los acontecimientos; yo, sentada al lado de nuestro primo don Francisco de Borbón. Había recibido mi hermosa amazona nueva, y aquel día la estrené. Francisco me dijo:

—¡Hola! Tienes una amazona nueva, y es negra. ¿Es para el luto de Cabrinety?

Después de un rato vi mi amazona cubierta de arañas. Francisco las miró y dijo el proverbio francés respecto de las arañas:

—*Araignée le soir, espoir.* (Araña por la tarde, esperanza.)

De repente, a las cinco de la tarde, o por ahí, vimos llegar a gran galope los jinetes de exploración que anunciaron a Alfonso lo que averiguaron los confidentes, y era el ser la columna de Prats, la de Cabrinety, fuerte de 1.200 hombres, 46 caballos y dos piezas de artillería de campaña, dirigiéndose el enemigo a Alpens. En el acto dijo Alfonso:

—¡Vamos a atacarla! ¡Pronto! ¡Paso acelerado! ¡A Alpens!

En vano trató Savalls de disuadirle. Dijo que dentro de poco tendríamos la noche encima; que sus voluntarios no estaban acostumbrados a combates nocturnos; sacó todas las teclas, pero todo se estrelló contra la firme decisión de mi marido. En un cerrar de ojos dimos todos media vuelta en sentido opuesto y hacia Alpens íbamos corriendo.

En marcha, hizo Alfonso sus combinaciones con Savalls, quien no pudo menos de conformarse con la terminante voluntad de ataque que animaba a mi marido y, obedeciendo, se prestó a tomar las disposiciones respecto a sus tropas. La idea de Alfonso era rodear la columna enemiga cuando llegara cerca de Alpens; comprendía que el punto esencial era alcanzar este pueblo antes de que Cabrinety lo pudiera ocupar; así que se apresuró todo lo posible la marcha.

Nuestros soldados, animadísimos, recorrían el camino casi todo el tiempo a paso ligero.

Cuando llegamos con nuestras tropas a los altos delante de Alpens, vimos a la columna Cabrinety que lo hacía por un camino más bajo. Savalls distribuyó sus fuerzas de acuerdo con el plan de Alfonso de envolver las fuerzas del adversario y encargó al Brigadier Auguet de su ejecución, en compañía del primer jefe del batallón 1.° de Gerona. Auguet fué enviado adelante con el 2.° batallón de Gerona. Logró ocupar la parte superior del pueblo y llegó hasta la plaza, mientras Cabrinety entraba por el otro lado.

Savalls indicó al primer batallón de Gerona las posiciones que debía ocupar, después de hacer una pequeña contramarcha de modo que no se le apercibiese. Se recomendó encarecidamente a esta fuerza que no disparara un tiro antes de que el fuego comenzase por delante. Así que estuvo la fuerza de Auguet en el pueblo, cumplió la del primer batallón de Gerona, mandado por su jefe, don Manuel Puigsvert (a) *Manell de Calella,* por su parte, a las mil maravillas su misión en las afueras, haciendo rapidísimamente la contramarcha, que la colocó a retaguardia del enemigo, con el objeto de cortar a éste la retirada hacia Prats de Llusanés. La consigna de no disparar un tiro antes de que se rompiese el fuego por delante fué rigurosamente obedecida.

El 2.° batallón de Barcelona, mandado por el Coronel Vila del Prat, fué colocado sobre unos altitos un poco hacia la izquierda, al Este, para cortar a Cabrinety el camino hacia Gironella y para proteger el ala derecha de Auguet y evitar que le pudiesen flanquear. Todo esto se efectuó con una rapidez extraordinaria.

A las seis de la tarde empezó el fuego en Alpens por parte de los nuestros y, al mismo tiempo, se encontró el enemigo con la sorpresa de ver cortada su retirada. Esto lo efectuaron, magníficamente, cuatro compañías del primer batallón de Gerona. Al mismo tiempo, simultáneamente, fuimos nosotros, a todo correr, a ocupar un altito distante quinientos metros del pueblo a su derecha. Esta posición marcaba un punto débil, y Alfonso preveía que el enemigo trataría de romper por él; y así, precediendo a nuestros *zuavos,* subimos allá, apresuradamente, con nuestro pequeño Estado Mayor, seguidos de Savalls con el suyo.

Alfonso decía:

—¡Hagamos bulto, formemos masa!

Y para esto quedamos a caballo, por estar así más a la vista, y lo mismo Savalls detrás de nosotros.

Tal como Alfonso lo había previsto, trató la mayor parte de la

columna de Cabrinety (es decir, aquella que aun no se encontraba dentro del pueblo) de ganar nuestro altito y forzarse un paso por él; pero he aquí que los *zuavos,* destinados ya a atacar por el flanco derecho, alcanzaron lo alto de la loma y empezaron a colocarse a nuestro lado y, en un instante, rechazaron a los soldados de Cabrinety y, corriendo tras éstos, encerraron parte de ellos en unas casas de campo, al lado del pueblo.

¡Fué un momento sublime! Confundíanse los gritos de los carlistas con los de los republicanos.

—¡A ellos! ¡A ellos! —se oía de todas partes.

Los carlistas añadían a esto sus vivas a la Religión, al Corazón de Jesús, a la Virgen Inmaculada, a Carlos VII y a su General en Jefe. Al toque de corneta de órdenes, que estaba al lado nuestro y a quien hacía yo tocar sin tregua "Ataque a la bayoneta", se mezclaban y contestaban todos los demás cornetas. La música de los *zuavos* tocaba piezas alegres, y todo fué un delirio de entusiasmo.

Al lado nuestro, es decir, entre Alfonso y yo, se desplegaba por primera vez la bandera de los *zuavos,* que ostentaba, en su centro, el Sagrado Corazón; allí recibió su bautismo de fuego, teniéndonos de padrinos y, con el bautismo, el correspondiente regalo en forma de dos balazos.

Dos compañías del 1.° de Gerona se encontraban colocadas fuera de Alpens, a la derecha del Brigadier Auguet, entre la posición que ocupábamos nosotros y el pueblo, completando así la cadena que rodeaba al enemigo y poniendo en comunicación al Brigadier Auguet con Alfonso y los *zuavos.* Todos los pequeños altos formaban una sola cordillera que rodeaba el pequeño valle de Alpens.

Sin embargo, había algo que preocupaba grandemente a Alfonso y que no daba que pensar, ni lo más mínimo, a Savalls; y era que el círculo estaba incompleto, quedando una parte al descubierto, al Norte, hacia Borredá. Por allí podía tener el enemigo, como lo aseguraba mi marido, una salida. No teníamos bastantes fuerzas disponibles para cubrir aquéllo. Alfonso comunicó a Savalls sus temores respecto a una escapatoria en dirección a Borredá y le ordenó mandara dos jinetes al encuentro del Teniente coronel Camps para hacer ocupar la mencionada posición. Pero Savalls lo encontró perfectamente inútil, no juzgando importante el cerrar este camino.

Gracias a Dios que la Providencia se encargó de todos los detalles para asegurarnos la victoria. Así la orden que Alfonso había enviado a Camps (la que ya mencioné) de venir inmediatamente a Alpens (mi marido tenía entonces en vista un plan de operaciones

completamente distinto y llamó a Camps para éste, sin prever la acción de Alpens), le llegó antes de la que le envió Savalls y con la que quería éste dirigirle a otra parte muy distinta, omitiendo pedir para esto permiso, como era su deber.

Fácilmente hubiera resultado una confusión, porque Camps hubiese podido suponer que la segunda orden que le llegaba de Savalls le hubiese sido enviada por éste, pero con anuencia de Alfonso.

Poco después de empezar el combate tuvo Alfonso la buena noticia de que Camps venía con su batallón hacia Alpens y que ya se encontraba en los alrededores. Mi marido, teniendo sobrada experiencia de que Savalls hacía poco caso de cuanto se le mandaba, envió por su cuenta dos oficiales de órdenes al encuentro de Camps, ordenándole el cerrar a toda prisa la parte abierta al Norte, hacia Borredá. Camps obedeció con la mayor prontitud la primera orden de Alfonso, que le alcanzó en Castellar del Nuch, y llegaba volando, haciendo una marcha enorme, porque no venía directamente desde este punto, sino desde Gombenys, de donde salió aquella mañana.

Apenas hubo ocupado su posición cuando el enemigo se lanzó, con fuerzas muy superiores a las que le podía oponer el mencionado primer batallón de Barcelona, y trató de abrirse paso; pero el batallón de Camps, con su jefe a la cabeza, las rechazó con el mayor arrojo. La columna de Cabrinety se halló así entre cinco fuegos y completamente envuelta; parecía que un brazo de hierro la encerraba.

El combate seguía con indescriptible ímpetu. El entusiasmo de los nuestros les empujaba siempre más, más adelante. La música de los *zuavos* continuaba tocando marchas y valses, y las cornetas, ataque. Yo no paraba de decir al corneta de órdenes:

—¡Toca! ¡Toca!

Esta era mi parte en el mando y el único, por supuesto, que ejercía. A lo demás, era yo ajena. Sin cesar se oían, como antes, los vivas a la Religión, al Papa Pío IX, al Rey, a nosotros, con los que los *zuavos* se arrojaban al descubierto contra sus adversarios, desalojándoles de las casas aisladas, algunas muy fuertes, dentro de las cuales, les habían forzado a encerrarse, haciendo prisioneros parte de ellos y rechazando a los otros al pueblo, donde el 2.° batallón de Gerona, con el intrépido Auguet y su bizarro Comandante Vila de Viladrau a la cabeza, se hallaba en ardua pelea, obrando milagros de valor.

Continuaron luego batiéndose los *zuavos* dentro de la población, llevando en medio de ellos su bandera desplegada. El valiente capellán de dicho batallón, don José Espinós, se encontraba, como

La batalla de Alpens. Reproducción de un cuadro de notable pintor polaco

siempre, ejerciendo su ministerio en el sitio de mayor peligro, así como el médico doctor Baró. Todo el mundo rivalizaba en bizarría. Muy particularmente se distinguió también allí nuestro primo don Francisco de Borbón, quien estaba agregado al Cuartel General de Alfonso, y, como de costumbre, fué de los primeros que se lanzaron al combate.

Al mismo tiempo seguían batiéndose, con entusiasta arrojo, cuatro compañías del 1.° de Gerona, mandadas por don Manuel Puigsvert, y el 1.° de Barcelona, con Camps, en sus respectivas posiciones; así como cumplía valientemente con su deber el 2.° de Barcelona, a las órdenes de su jefe, el Coronel Vila del Prat. La casualidad llevó allí, a los alrededores, al General Castells, que andaba con su pequeña escolta y ésta, como contó luego su General, entró a tomar parte entonces en la pelea; eran muy pocos.

Entretanto, nos había sorprendido una noticia importantísima: la muerte del Brigadier Cabrinety. Fué al principio de la acción, cuando un balazo, dirigido desde lo alto de la iglesia, le cortó instantáneamente la vida, en el momento en que Cabrinety entraba, a la cabeza de sus tropas, en Alpens; pero, así como a nosotros, llegó con cierto retraso a parte de la fuerza enemiga esta, para ella, fatal nueva. Según decían, le entró la bala por el cuello y le atravesó el corazón.

Cuando nos dijeron:

—¡Cabrinety ha muerto!

Contesté al que nos anunció el hecho:

—No lo creo hasta que lo vea con mis ojos.

Muchos de su columna no lo supieron hasta bien adelantado el combate.

Desde nuestra posición podíamos darnos cuenta exacta de lo que pasaba en la extensión de la línea de combate y hallarnos en continuo contacto con los que se batían, estando Alfonso al corriente de todo. Permanecimos siempre en este sitio, y Savalls con nosotros.

El desarrollo de la acción continuaba dándonos nuevas ventajas. El enemigo luchaba desesperadamente, rodeado, como estaba, por un círculo de hierro, sin poder librarse de su horrible apretón.

Como detalle, no de gran interés, pero curioso, menciono que, al principio del combate, vimos un herido de los nuestros que nos enseñó, riendo, lo que le había pasado: tenía clavada una bala en el entrecejo; el médico se la quitó con los dedos y le hizo la cura; nos aseguró el muchacho que si al día siguiente había marcha él iría con los demás.

Cuando se hizo de noche tuvimos ante nuestros ojos un cuadro

de tremenda hermosura. Una guirnalda de fuego, un aro rojo, circunvalaba con festones a la columna Cabrinety. La acción seguía victoriosa a la luz de la luna, que reemplazó al sol. Por fin, la mayor parte de la fuerza enemiga se encerró en algunas casas, después de que se les desalojó de muchas otras. Pero lo más difícil quedaba por hacer. Una de las no ocupadas por los nuestros se había convertido en una verdadera fortaleza y allí se defendía el mayor número de republicanos.

No había esperanzas de apoderarse de ellos sin artillería y si tardábamos mucho en hacernos dueños completos de la situación, era seguro que alguna columna enemiga vendría en socorro de aquella fuerza. Decían que estaba una columna en Vich, mandada por el Brigadier Weyler. Corría prisa llegar al desenlace final. Pero ¿cómo efectuarlo?

Los *zuavos* hacían vanos esfuerzos. Un patio precedía a la casa, rodeada de un muro que servía de atrincheramiento y si la muralla no ofrecía dificultad para escalarla desde fuera, es decir, desde el lado por el que había de atacarla, y era fácil el trepar por ella porque, gracias a la conformación del terreno, se podía subir allí con toda facilidad, se presentaba formidable la bajada por la parte interior, la del patio; el muro se levantaba desde el nivel del suelo de aquél a grandísima altura, siendo éste, el suelo, muy bajo; así que el salto que debía darse de arriba a abajo era prodigioso. La sacudida resultaría terrible y hasta dejar completamente aturdida la cabeza en el momento de tocar el suelo del otro lado.

Una vez que los *zuavos* se hubieran encontrado en el patio, hubiesen estado en él como en una ratonera y en manos del enemigo, cuya situación, en este caso, sería la más ventajosa, atrincherado en la casa y disparando sus fuegos cruzados a través de las aspilleras y otros puntos, acribillando a balazos a los que tenían allí, bajo su mano. Digo fuego cruzados porque la forma del edificio aquel era de modo que se podía tirar desde diferentes lados al patio.

El Comandante de los *zuavos,* don Ignacio Wills, frente a dicha casa, desde la que les mandaban una lluvia de acero, consultaba con sus oficiales. ¿Debíase intentar el salto que arriesgaba entregarles casi indefensos al enemigo? Es natural que hubiera un momento de titubeo. En esto, subió Wills sobre el muro, bajo una terrible descarga, y cogiendo la bandera, gritó:

—*¡Zuavos!* ¡Si apreciáis vuestro honor, id a recoger vuestra bandera!

Y la arrojó en medio del enemigo, saltando tras de ella y seguido, en primer lugar, por el Capitán Giner y simultáneamente,

como una avalancha, se precipitaron también los demás *zuavos,* yendo con éstos también don Francisco de Borbón. El enemigo, estupefacto ante aquel inesperado asalto, creyendo, probablemente, que habíamos recibido poderosos refuerzos para atreverse a tan temeraria acción y cogido de espantoso pánico, no supo cómo hacer frente a los que, cual leones, les acometían. Los *zuavos* penetraron a la bayoneta en el edificio e hicieron prisioneros a todos los que se hallaban en él. El gran golpe estaba dado; la victoria, decidida, a pesar de que un último y débil resto de la columna de Cabrinety se defendía aun en algunas casas.

Eran las once de la noche e íbamos a ocupar nuestro alojamiento en el centro del pueblo. Un instante antes de penetrar en éste vino hacia mí una gente con una camilla; el camino era muy estrecho y un brazo y una pierna del que llevaban me rozaron. Estaba yo a caballo y, bajándome sobre aquel que creía un herido, dije:

—¡Pobre chico mío! ¿Dónde estás herido?

Entonces los que le llevaban me dijeron:

—No es un herido. ¡Es a Cabrinety, muerto, a quien traemos!

Quedé sobrecogida de horror, y les dije:

—¿Por qué me le habéis traído? ¡¡Me horroriza!!

Entonces me contestaron:

—Vuestra Alteza Real ha dicho que no creía en su muerte hasta verle. Pues... ¡aquí está!

A mí me hizo el efecto de una profanación de la muerte el que trajeran así al difunto, como un trofeo. Pedí a Dios, muy encarecidamente, le diese el descanso eterno y en seguida agradecí profundamente al Señor y a la Virgen Santísima el habernos librado de él.

La luna le dió de lleno sobre la cara; hacía una mueca espantosa y tenía una expresión de rabia indecible, como si aun después de muerto quisiera mostrarme el odio que me profesaba. ¡Y, sin embargo, si hubiese caído herido en mis manos, hubiera yo hecho todo lo posible por él! Le habían cortado la bocamanga con el entorchado de Brigadier y me lo remitieron con la faja y el fajín. Encontraban que lo merecía yo, en memoria de aquel que juró que haría chorizos con mis carnes. Acepté muy agradecida. (El recuerdo, no la oferta de hacerme chorizos.)

En el trayecto hasta nuestro alojamiento había muchos cadáveres. A pesar de que sabía positivamente que sólo eran muertos y ninguno vivo, me hacía, por supuesto, una sensación terrible cada vez que sentía al caballo poner sus patas en una parte de cuerpo. Las callejas eran tan estrechas, que la luna no podía pene-

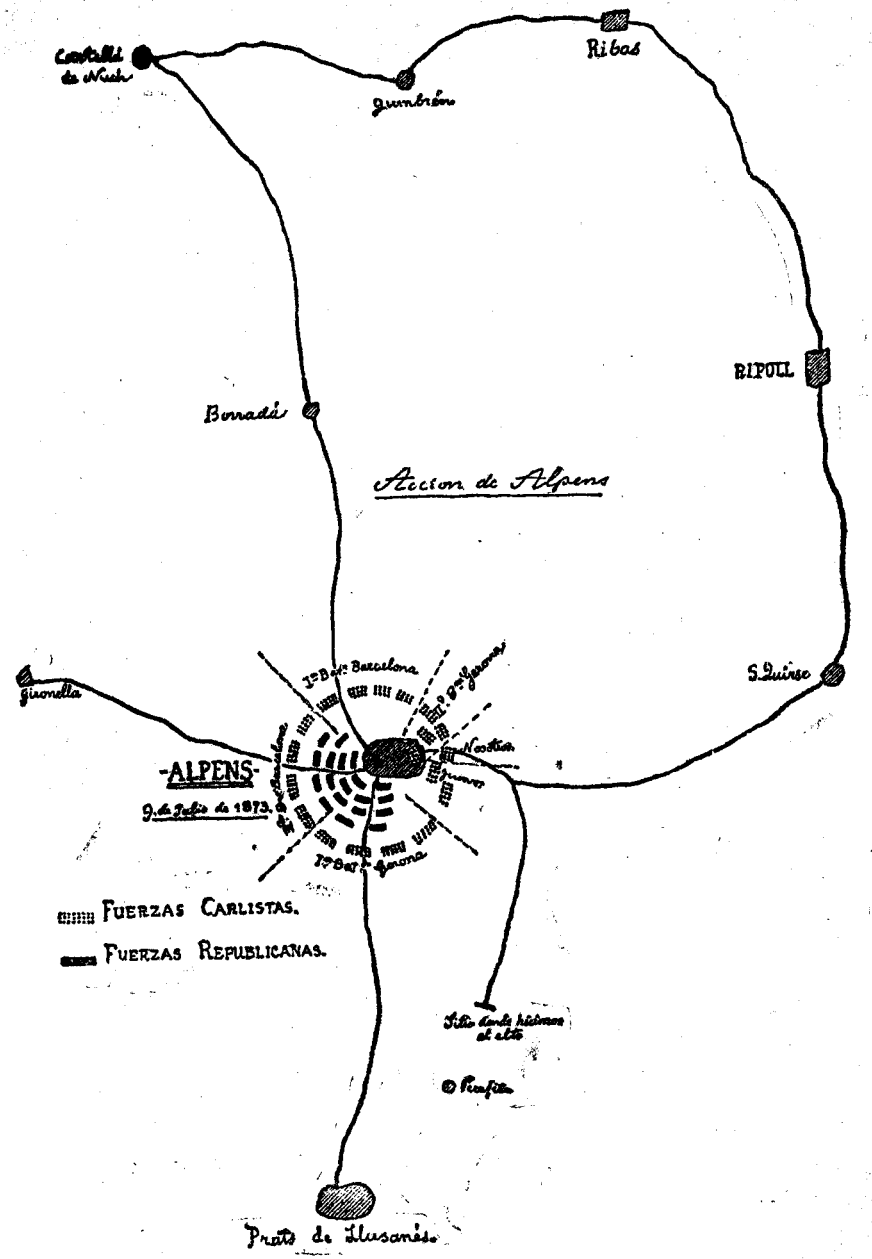
trar en ellas, y había tal obscuridad, que una no sabía dónde dirigir su montura para evitar ponerla en contacto con un cadáver. Cuando aparecía la luna se veían, por todas partes, grandes charcos de sangre.

Entramos en nuestro alojamiento; el fuego continuó poco nutrido durante dos horas y media, y, como no había ya medidas que tomar, nos acostamos. Hacia las dos de la mañana del día 10 de julio de 1873 se disparó el último tiro.

Una fuerza nuestra iba reconociendo, todavía, el campo, a fin de que nadie pudiera escaparse y, en efecto, sólo unos diez o veinte lo lograron. Según las órdenes terminantes de Alfonso, los prisioneros fueron tratados, naturalmente, según todas las reglas humanitarias y los heridos asistidos lo mismo que si fueran carlistas. Antes de terminar mi relato tengo que mencionar uno de los méritos de las diferentes fases del combate, y es que se supo aislar los diversos grupos del enemigo interponiéndose entre ellos.

El resultado de esta brillante victoria fué el copar entera a toda la columna Cabrinety, compuesta de los batallones de Cazadores de Madrid, de Mérida y de Las Navas; un total de 1.200 hombres. Decían que la columna era una fuerza de *élite*, escogida. Hicimos 900 prisioneros, de éstos 70 heridos. Según las primeras noticias, tuvo el enemigo 200 muertos; pero se dijo luego haberse encontrado buen número más, y es probable. Así como otras veces creí siempre exagerado el número de muertos indicado para el enemigo, así creo los de la acción de Alpens, poco más o menos, exactos, porque el enemigo se batía, no solamente con un frenesí de desesperación, sino que también descabelladamente, pues ya no sabía por dónde encontrar una escapatoria y trataba, obstinadamente, de hallarla o de abrirse una salida.

Como botín, cogimos 1.200 fusiles Berdan, los que correspondían al número de hombres. Habiéndose escapado de diez a veinte combatientes, según se decía, es fácil lo hayan hecho con sus fusiles; luego, muchas armas, o a lo menos cierto número de ellas, habrán desaparecido durante el combate, perdidas entre matas, etcétera. La enumeración de lo que se cogió se hizo en el acto, y lo que apareció después no figura en el parte oficial, ni lo sé; así que si el enemigo traía en su columna algunos fusiles de reserva, como es natural, esto contrabalancea los que no aparecen en la lista. Cogimos, además, dos cañones de montaña con abundantes municiones de artillería; 27 machos, y cinco mulos quedaron muertos durante el combate y prisioneros los artilleros; 43 caballos, con su equipo completo (sus tercerolas eran "Rémington"), muchísimas municiones Berdan; todo el convoy con sus bagajes; se tomó igual-



Acción de Alpens

mente la caja del dinero. Un oficial de Intendencia, prisionero, dijo a Alfonso que por la mañana de aquel día contenía diez mil duros, y suponía que aun se hallarían en ella; si no, no hubiera fijado esta suma. Esto fué aun durante el combate. Alfonso dió la orden de entregar la caja al intendente carlista; es decir, Delegado de Intendencia, que venía con nosotros; pero la contestación fué que ya se hallaba en manos de Savalls.

Fué cuestión rapidísima, atraída hacia él, como por un imán, la caja. El Delegado de Intendencia, al que por orden de Alfonso, tuvo que remitirla entonces Savalls, no encontró en ella más que dos mil duros, en vez de los diez mil que debía contener. No se pudo saber dónde fué el resto, pero no dudaban que hacia donde tanto otro dinero había tomado su camino, es decir, a poder de Savalls.

Aunque si éste lo hubiese querido emplear en pagar con parte de él a sus fuerzas, lo que ignorábamos, no por ello hubiese tenido derecho de apropiárselo, puesto que, según las órdenes más rigurosas de Alfonso, era únicamente el intendente o el Delegado de la Intendencia quien en cada ocasión de este género debía incautarse del dinero, lo mismo que del de los impuestos. Savalls aseguró que no había habido más que dos mil duros en la caja.

En la toma de una de los dos piezas de artillería de la columna Cabrinety en Alpens hubo un episodio curioso: don Francisco de Borbón, quien, como en todos los ataques, se hallaba siempre entre los más activos y atrevidos, se encontraba así también en el copo de aquella columna, cuando, metido con algunos hombres en el interior del pueblo, descubrió allí en un momento dado una pieza, y delante de ésta, como obstáculo magno, un mulo agonizante que en las sacudidas de la muerte, luchando desesperadamente con ella, se debatía frenéticamente, cerrando así el paso para llegar al cañón. ¿Quién se metía entre las patas de aquella fiera? Pero tampoco había otra posibilidad de arrimarse al cañón más que por encima del animal, pues no se podía esperar a que muriera, ya que, entretanto, el enemigo podía lograr el recuperar la pieza. En esto nuestro primo don Francisco de Borbón, no queriendo perder su presa, aventuró un asalto al mulo, y metiéndose, revólver en mano, encima, lo que parecía inverosímil, logró pegarle un tiro en la cabeza, lo que le dejó seco, efectuándose luego el paso del cañón.

CAPITULO XXXI

SIGUE JULIO DE 1873

Comunicados sobre la victoria de Alpens.—Contradicciones e inexactitudes

El parte del enemigo respecto al combate, tan desastroso para él, es, en varios puntos, inexacto. Por supuesto que no pudo negar el copo.

En el libro *Narración Militar de la Guerra Carlista* se dice, primero, que Cabrinety, pernoctó el 8 de julio en Prats de Llusanés, y que al amanecer del 9 salió en dirección a Alpens. Es un detalle (aunque indiferente) inexacto, porque Cabrinety no salió al amanecer de Prats, sino después de las dos de la tarde, según el mismo parte oficial que cita luego el dicho libro:

"Excelentísimo Señor.—Con esta fecha digo al Excelentísimo señor Capitán general de este distrito lo siguiente: Excelentísimo señor: Como jefe más antiguo de la fuerza que a las órdenes del señor Brigadier don José Cabrinety formaba su columna, habiendo resultado, Excelentísimo señor, que el citado Brigadier fué muerto el día 9 en Alpens en la acción habida con las facciones reunidas de don Alfonso, Savalls y otros cabecillas, es mi deber de hacer un relato detallado de los tristes acontecimientos de tan desgraciado encuentro.

A las dos de la tarde del citado día, continuando la marcha, salió la columna de Prats de Llusanés, tomando la dirección de Alpens porque se habían adquirido noticias de que en dicho punto las facciones reunidas habían resuelto esperarnos. A las siete de la tarde *(era antes)*, y como una media hora antes de llegar al pueblo, recibió el señor Brigadier, en mi presencia, un aviso por un paisano mandado por el Alcalde de Alpens, de que la facción había salido, tomando la dirección de San Boy. En tal sentido, y teniendo presente lo avanzado de la hora, continuamos la marcha; pero al dar vista a Alpens pudo notarse que una fuerza armada

que, después de ser reconocida, resultó ser carlista, se apresuraba avanzando para tomar el pueblo.

Inmediatamente el señor Brigadier dispuso que las cuatro compañías de Cazadores de Mérida que iban de vanguardia tomasen la población a la carrera, con motivo de evitar que el enemigo estableciese en ella sus posiciones. Así se hizo, en efecto; pero al llegar a la altura de las primeras casas un nutridísimo fuego se rompió contra nosotros desde distintos puntos, que la facción había dejado ocupados antes de preparar el movimiento estratégico que ofreció a nuestra vista. Estas cuatro compañías lograron posesionarse de algunas casas de la población, en las cuales se guarecieron, no pudiendo sacar en adelante partido alguno de ellas en atención a haberse apoderado de sus soldados un pánico horroroso por el nutrido fuego que sufrían.

Al mismo tiempo todas las colinas que circuyen el pequeño valle donde se encuentra situado el pueblo se coronaron inmediatamente de fuerzas enemigas, apostadas sin duda de antemano, como se comprende fácilmente por la rapidez con que se efectuó este movimiento *(no hay tal cosa, puesto que llegamos al mismo tiempo que la columna; sólo que ésta no pensaba en nosotros, pero nosotros sí en ella).*

La columna, que en estos momentos se encontraba internada en el valle, principió a sentir el fuego que por todas partes se le hacía. Un terror inexplicable se apoderó del soldado una vez que vió las fuerzas que le rodeaban."

Este militar dice *inexplicable.* Me parece que en semejante situación el terror es explicable. Naturalmente, el deber del soldado es dominarlo, pero un pánico no es cosa nueva y me parece muy excusable viéndose en tan tremenda como inesperada posición. Aun en tropas bizarrísimas puede nacer tal pánico.

"Todos cuantos esfuerzos se hicieron por parte de los jefes y oficiales con objeto de organizar las fuerzas fueron completamente inútiles, no haciéndose caso alguno de las voces de mando ni tampoco de los toques respectivos de corneta.

Una gran parte de la columna se dirigió a las primeras casas, donde ya se encontraban las compañías de vanguardia, desde las cuales no era posible tomar la ofensiva ni tampoco sacar de ellas al soldado para hacer algún movimiento.

Con una pequeña fuerza que logró reunir el señor Brigadier al toque de llamada estableció la artillería en una meseta inmediata a las casas que llevo hecho mención, posición que se vió en la imposibilidad de sostener por el nutrido fuego que de todas partes se le hacía, siendo además inútil sostenerla por el ningún efecto favorable que podía obtenerse de los fuegos que de ella se hacía; por lo cual dispuso el señor Brigadier, viéndose además completamente abandonado, que avanzasen para protegerla siquiera las fuerzas que se hallaban en las primeras casas.

Debo consignar, Excelentísimo señor, que en esta posición y al abrigo que prestaban dichas casas, y en un trozo de calle en la

corta extensión de unos 50 metros, se encontraban reunidas la artillería, la caballería, las acémilas y una gran parte de la columna, presentando una gran masa informe e inerte, sin que de ella se pudiese sacar partido alguno, desobedeciendo al señor Brigadier y a los jefes y oficiales, siendo inútiles cuantos medios se emplearon; las palabras, amenazas, ruegos y castigos, todo fué en vano.

En medio de esta confusión se trató de establecer las piezas al exterior de la calle para ver de apagar el fuego nutrido que desde la torre se nos hacía. Vano empeño. En esta operación fué cuando el señor Brigadier tuvo la desgracia de caer herido, muriendo instantáneamente."

Esta relación de la muerte de Cabrinety se halla en contradicción con la que hicieron los nuestros, que estaban en el caso de saber la verdad, y también difiere del parte del Médico de la columna Cabrinety y del de un soldado de Caballería herido y desaparecido, de los que el Capitán general dice en su parte oficial al Ministro de la Guerra que dan los datos más exactos de la derrota del Brigadier Cabrinety. Estos son los mismos que los referidos por los nuestros.

"Y sigue diciendo que al llegar la columna Cabrinety a Alpens *entró su Brigadier con la vanguardia* y que una descarga le causó entonces una herida en el cuello, muriendo de ella en pocos instantes. Este acontecimiento causó tal impresión en el ánimo de las tropas que se declararon en una desbordada fuga. Traté de retenerlas y arengarlas infundiéndoles el valor con mis palabras para vengar la muerte de nuestro digno jefe, pero inútilmente; así es que este movimiento de retirada se verificó sin orden de ningún género, separándose a cada momento fuerzas que, tomando distintas direcciones, iban a caer en poder del enemigo, que nos rodeaba por todos lados."

Según el relato del Comandante José Pastor, había pasado bastante tiempo entre el romper las hostilidades y la muerte de Cabrinety cuando ésta acaeció en un principio (como lo dice también el oficial de Caballería enemiga, herido) cuando entró en la población, a la cabeza de su fuerza, en la vanguardia.

Los nuestros llegaron, como igualmente lo mencioné, hasta la plaza, y el enemigo subía de su lado por la parte opuesta. Parece que una gran parte de él no supo la muerte de su jefe hasta mucho tiempo después de haber comenzado el combate, lo que es natural, puesto que una buena parte de la columna se batía fuera de la población, lo que vimos con nuestros propios ojos, por ejemplo, cuando momentos después de romperse el fuego trataron de subir por el altito que ocupábamos nosotros para abrirse por él paso, lo que impidieron los *zuavos,* como ya va dicho, los cuales,

siguiéndonos, llegaron tras nosotros encima de aquella loma y rechazáronles hasta encerrarles en unas casas de campo, cogiendo buen número de prisioneros al desalojarles.

En cuanto a lo que escribe el Comandante Pastor, respecto a la aglomeración de todo lo que él dice en una extensión de 50 metros, será así, si él lo vió; sólo no me explico cómo esa masa, aglomerada de la manera en que la describió el Comandante Pastor, podía efectuar ese movimiento general de retirada, degenerada en desbordada fuga, rodeados, como lo dice el señor Pastor, de todos lados por los carlistas. Repito que la verdad fué, sin la menor duda, según pudimos observar y las informaciones que tuvimos, que desde un principio el enemigo, viéndose apretado por todos los lados por los carlistas, buscó dónde se le ofrecería un punto de salida en el terreno que rodea a Alpens, mientras aquella parte que había entrado ya en la población trató de ponerse al abrigo en las casas y de defenderse en ellas.

Aquellas tropas que buscaron el abrirse un camino de retirada en el campo de las afueras, viéndose rechazadas por donde probaban hacerlo, no tuvieron más remedio que ceder ante el empuje carlista, que les metía dentro de la población.

Luego sigue el Comandante Pastor en su relato:

"Por último, el que suscribe, excelentísimo señor, seguido de unos 20 hombres y algunos oficiales —de esta fuerza muy pronto me vi abandonado—, pudo, merced a las sombras de la noche, ganar la salida del círculo en que durante siete horas estuvo encerrado con la columna, pudiendo observar, desde la posición que ocupaba, que a las dos de la mañana, hora en que cesó el fuego, fueron sucesivamente entregándose las tropas a la voz de: "¡Hay "cuartel! y ¡Viva Carlos VII!"

Si estaba fuera del círculo no podía el Comandante Pastor darse cuenta de lo que pasaba en la población, y si estuvo encerrado durante siete horas, era hacia las dos de mañana cuando salió, mientras que antes de las once de la noche casi toda la columna ya había sido hecha prisionera. Ignoraba el Comandante Pastor el gran episodio de la toma casa-fuerte por los *zuavos*, en que cayó prisionera, poco más o menos, una tercera parte de la columna, mientras que la demás ya lo estaba de antes.

Sigue el relato de Pastor:

"Omito algunos detalles, Excelentísimo señor, que pondré en su conocimiento a su debido tiempo, por el rubor que como militar me causa el consignarlos; pero forzoso es decir que este triste resultado obtenido es la consecuencia inmediata del estado de insubordinación en que se encuentra el soldado, pudiendo asegurar,

sin que sea aventurado mi juicio, que las tropas, en el estado de indisciplina en que se hallan, no nos ofrecerán más que derrotas vergonzosas cada vez que, como hoy ha sucedido, el enemigo nos haga frente."

Entretanto, dice el mismo Comandante Pastor que el combate, es decir, la resistencia, duró siete horas; si los soldados se hubiesen conducido tan vergonzosamente hubiera acabado antes la pelea y pronto se hubieran entregado, sin tener tantos muertos ni heridos; la resistencia fué durísima y el empuje con el que probaban por todas partes el abrirse paso fué violentísimo.

La situación no podía estar peor y la causa de ella fué la sorpresa. A ciegas se metió Cabrinety en esa tremenda posición. Aunque no le hubieran matado, era seguro su copo. No sé de qué manera hubiera podido ese jefe salvar su columna; él, en el pueblo, con alguna parte de su gente, del cual no podía ya salir; las otras partes, batiéndose en diferentes sitios, separados los diferentes grupos gracias a los hábiles movimientos de los carlistas, que los aislaban de modo que el jefe se hallaba en la imposibilidad de combinar un movimiento unido. Sólo Santiago, bajado del cielo en su caballo blanco, hubiera podido sacarles del apuro y este santo no se interesaba por Cabrinety; tanto, que ni neutral se quedó.

¿Qué es lo que debían sentir los soldados si hubiesen podido leer el parte oficial aquel? A mí me indigna semejante injusticia, aunque se trate de enemigos, y me da pena pensando en los pobres aquellos, que cumplieron su sangriento deber con la valentía del soldado español.

Sigue el parte del Comandante don José Pastor:

"Lo que con el más profundo sentimiento tengo la alta honra de trasladar a Vuecencia, por si sufriese extravío la precitada comunicación y a fin de que lo antes posible ponga Vuecencia en conocimiento de la República el triste desenlace de la jornada del 9, esperando se adopten las medidas necesarias para vengar al Ejército y dejar en el lugar que le corresponde el honor de las armas, a fin de que no sufra menoscabo la libertad, amenazada en estas montañas. Vich, 13 de julio de 1873.—El T. C. Comandante, *José Pastor.* Al ciudadano Excelentísimo señor Ministro de la Guerra."

Tiene gracia lo de *ciudadano* junto con el *Excelentísimo señor.*

También hay un parte del Comandante militar de Berga sobre el desastre de Cabrinety, dirigido al Capitán general, fechado el 16 de julio. Se ve que los partes no iban al galope. Dice aquel Comandante, entre otras cosas:

"En primeros del corriente, hallándose a la sazón la facción del titulado don Alfonso *(esto del titulado don Alfonso es célebre. Se puede decir titulado Príncipe o titulado General, pero que titulado se emplee para nombres de pila no lo he visto nunca.)* en Caserras, pueblo distante dos horas de esta plaza *(el parte está fechado en Berga),* se me participa, confidencialmente y con visos de verosimilitud, que la permanencia de los carlistas en aquel punto obedecía al plan de decretar para sus filas una quinta de 4.000 hombres y deliberar a la vez el modo y la forma de desprenderse de la personalidad del señor Cabrinety (que, según dijeron, era su constante pesadilla), bién valiéndose de un comprado puñal o por la sutileza de un activo veneno, y en el caso de no encontrar ninguno de estos recursos, reunirse en un momento dado todas las facciones y tenderle una red concentrando sus fuerzas para derrotarlo."

¿Conque según aquel señor el plan militar sólo en el caso de que no se encontrase el recurso del asesinato con puñal o veneno? Inútil decir que jamás se trató de librarnos de esta manera de nuestros enemigos, aunque ellos la ensayaron sobre nuestras personas, saliendo nosotros ilesos del ensayo por milagro.

Luego dice el Comandante:

"Participé este inicuo pensamiento inmediatamente y por medio de propio al referido señor Brigadier."

Más allá dice el dicho Comandante que Cabrinety, al llegar con su columna a Berga, manifestó que inspiraban poco cuidado las infames asechanzas del enemigo, porque tenía confianza en su tropa y seguridad de obtener la victoria cualesquiera que fuesen las fuerzas que el enemigo pudiese presentarle en acción. Luego habla el parte de la marcha de Cabrinety a Alpens, y respecto a su llegada a aquel punto, en persecución de los carlistas, dice:

"Una vez reunidos los carlistas habían fortificado, aunque precipitadamente, algunos puntos de aquel pueblo, donde confiaban dar la batalla decisiva."

Ya se ve qué inexacta es la aserción de haber fortificado puntos, puesto que llegamos a Alpens al mismo tiempo que la columna. Siguen diferentes inexactitudes en el mencionado parte, que, entre otras cosas, afirma que de la calle Mayor llegó un disparo de metralla que mató a Cabrinety, cuando no teníamos metralla en Alpens. Más allá se dice que Cabrinety, al llegar a la parte baja del pueblo, desplegó cuatro compañías en guerrilla para circunvalar el pueblo. ¿Cómo podía Cabrinety pensar en circunvalar el pueblo cuando él mismo estaba envuelto del modo más completo, metido en el círculo fatal? Por fin, dice aquel increíble parte:

"Muerto el jefe, desalentada la columna, se dispersó en seguida, ya por falta de oficiales, ya por la insubordinación que dominaba en su mayor parte, de suerte que no duró un cuarto de hora la resistencia que hicieron las tropas, quedando en poder del enemigo las dos piezas de artillería con las mulas y atalajes, dos secciones de caballería y 825 prisioneros, ignorando hasta la fecha con precisión el número de muertos y heridos de ambas partes. Es cuanto tengo el sentimiento de participar a Vuecencia, hablando por referencia de personas bien informadas, acerca del descalabro sufrido en el referido pueblo de Alpens."

Muy enterados debían estar los referentes cuando pueden decir que la resistencia duró sólo un cuarto de hora después de la muerte de Cabrinety, mientras que, habiendo muerto este jefe en el momento de entrar en Alpens y habiendo durado el combate unas siete horas, la resistencia no se concretó a un cuarto de hora. Supongo que a los que actuaban en aquel fuego no les parecería reducida su duración.

El Capitán general interino dijo en telegrama de fecha 13 al Ministro de la Guerra

"que los detalles más exactos de la derrota de la columna Cabrinety, adquiridos por un oficial de Caballería herido y el Médico de la columna, son la muerte del Brigadier Cabrinety, tres oficiales y 50 de tropa, 43 heridos llegados a Vich, 700 prisioneros y más de 100 dispersos que se han presentado en diversos puntos."

El número de los prisioneros está equivocado en este parte, pues cogimos 900, de éstos 70 heridos, y no, como dice aquel parte, que sólo 700 prisioneros; por supuesto, hubo más de 50 muertos por parte del enemigo. Este no podía saber cuántos había; pero confesando el adversario 50 muertos, desmiente, ya sólo con esto, la aserción del Comandante don José Pastor, quien afirma que "fué vergonzosa la conducta de los soldados".

Sigue el parte:

"Se apoderó la facción de dos piezas de artillería, el material de veintitantas acémilas, botiquines y camillas y 700 armas."

Cogimos 1.200 fusiles *Berdan,* todas las tercerolas *Remington* de la gente de caballería, y como había 47 caballos y el otro parte del enemigo confiesa dos secciones de caballería, debía haber también 47 tercerolas *Remington,* y las hubo, y me parece que éstas son igualmente armas.

Prosigue el parte:

"El enemigo tuvo considerable número de bajas."

Tuvimos cinco muertos y 12 heridos.
Continúa el parte:

"La facción pasaba de 3.000 hombres

Teníamos, al final, 1.050 hombres.
Sigue el parte:

"Ocupaban las casas y salidas del pueblo. A la llegada de la columna entró Cabrinety con la vanguardia; se les hizo una descarga desde el extremo de la calle por la que marchaban, causándole una herida en el cuello, de la que murió a los pocos momentos. La fuerza se desbandó, ocupando algunas casas, donde hubo más o menos resistencia, rindiéndose a las pocas horas."

Siete, no son pocas horas, y desde las seis y pico de la tarde hasta las dos de la mañana, en que se hizo el último disparo, son siete horas.

"Es todo lo que he sabido por los distintos conductos por que he procurado noticias."

A lo menos, en este parte, se dice la verdad respecto a la muerte de Cabrinety; que la descarga se hiciera desde la extremidad de la calle o desde la torre es indiferente; pero es inexacta la idea que da de lo que sigue, pues, como ya lo he dicho, había muchos que se batían fuera de la población, en el campo, buscando salir del círculo, y muchos de éstos no supieron hasta muy tarde la muerte de Cabrinety. En cuanto al combate que se libró en el interior de la población, no se puede decir que hubo allí "más o menos resistencia". La resistencia fué tenaz.

"Los carlistas, al forzarse la entrada en las casas, seguían luego al interior, abriéndose allí boquetes, perforando muros y paredes y siguiendo su camino a la bayoneta."

El libro *Narración Militar de la Guerra Carlista* reproduce luego lo que acerca del particular dice el Coronel (creo fué Coronel) Hernando en su obra *La Campaña Carlista.* En total es bastante exacto, salvo algunas pequeñas inexactitudes. Dice que los carlistas apenas pasaban de 1.300, siendo así que no llegábamos a 1.200; dice, asimismo, que Savalls se alegró al saber la decisión de Alfonso de atacar a Cabrinety, cuando hizo todo lo posible por disuadirle; dice también que Savalls mandó a Camps que cerrase con su batallón el paso a Borredá, habiendo sido Alfonso en persona quien envió al encuentro de Camps, al que había citado para reunírsele, ordenándole ocupase la posición que se le indicó y lo

hizo mi marido, contrariamente a la opinión de Savalls, que desobedeció a la orden recibida de Alfonso en este sentido. Esta medida fué la que nos aseguró el triunfo, porque si no, se hubiera escapado por allá mucha parte del enemigo. Dice Hernando en su relato que Cabrinety ocupó unas casas del pueblo y sostuvo allí la lucha. No pudo hacerlo porque ya había muerto. Hernando no estuvo en la acción de Alpens.

El 10 de julio de 1873 nos levantamos bastante temprano y fuimos a visitar a los heridos, lo mismo a los del enemigo que a los nuestros, y recomendamos encarecidamente que se tratase a los de las fuerzas contrarias como a los carlistas, lo que ya se había hecho.

Alfonso dispuso que llevasen los heridos republicanos a Vich (los que fuesen transportables), y prestando para esto todas las camillas de que disponíamos, rogando sólo las devolviesen después de llegar, lo que hicieron con mucha exactitud. Mi marido hizo escoltar a los heridos para que no les pasase nada y también mandó con ellos a su médico.

En cuanto a los prisioneros, siguieron, primero, un trecho de camino con nosotros y luego fueron mandados a un depósito, un santuario en la montaña, acompañados por el 2.° batallón de Barcelona, mandado por Vila de Prat; allí debían esperar el canje.

CAPITULO XXXII

SIGUE JULIO DE 1873

Misa en Ripoll.—El batallón de zuavos.—Al paso del ferrocarril

Eran las ocho de la mañana cuando salimos de Alpens con nuestras tropas. Un olor fétido apestaba las calles; un olor horrible de sangre y carnes en descomposición. Bajo el ardor del sol de julio todo eso hervía e infectaba el aire, a pesar de que se enterraban lo más a prisa los muertos; pero éstos eran numerosos, sobre todo, allí donde hubo aglomeración, y se llenaban las callejas de cadáveres.

Cerca de mediodía llegamos a Ripoll. La alegría de vernos libres de nuestro por entonces más poderoso enemigo era indescriptible. Nos alojamos, como otras veces, en casa del señor Bodallá. Por la tarde, emprendimos una segunda batalla. Hasta entonces nos fué imposible librarnos de los piojos que atormentaban, desde hacía meses, nuestros cuerpos. Matábamos siempre enormes cantidades de ellos; pero parecían resucitar; cambiábamos también lo más posible de ropa blanca, aunque teníamos muy poca; nada valía; después de pocos momentos, los piojos empezaban otra vez sus paseos y mordiscos en nuestras carnes. En la bonita casa del señor Bodallá había un baño. Por vez primera, desde la guerra, gozamos de este beneficio, y todos los asquerosos bichitos se ahogaron, sin duda, pues ya no tuvimos encuentros con ellos. Felizmente, los piojos respetaron siempre nuestras cabezas; los de cabeza son de otra raza.

El 11 de julio de 1873 tuvimos una solemne misa de campaña en la plaza de Ripoll, como acción de gracias por la gran victoria; al fin de ella se cantó el *Te Deum*. A las cuatro de la tarde salimos para San Boy, adonde llegamos a media noche, y Savalls se fué, acompañado de sus fuerzas, con la misión de apoderarse de la pequeña guarnición que el enemigo había dejado hacía poco en Bagá. Se estaba seguro de que se entregaría sin resistencia, después de nuestra victoria de Alpens. Y así fué. Los carlistas rodearon a Bagá y al primer cañonazo capituló la guarnición. Se hicieron 80 prisioneros, se cogieron 100 fusiles Berdan; una docena de cajas de municiones, dos caballos e instrumentos de música. La mayor parte de los prisioneros entró voluntariamente en nuestras filas.

Miret escribió a Alfonso que don Alberto de Borbón estaba mejor de la coz que recibió; pero tenía todavía que cuidarse; que así no le permitía aun marchar; que en cuanto a él (a Miret) no podía estar mejor, e iba aquel mismo día a reunirse con su fuerza.

El 12 de julio salimos, a las siete de la mañana, de San Boy y llegamos hacia mediodía a Prats de Llusanés, y aquí supimos que Bagá se entregó sin resistencia. La parada en Prats de Llusanés la empleó Alfonso para trabajar en el acto en una nueva operación de gran importancia: se trataba de apoderarse de la villa de Igualada, y así mandó, aun el mismo día 12 de julio, la orden a Tristany de que fuera a Sallent y a Savalls que se encontrara el 13 en Prats de Llusanés.

Con fecha 12 de julio escribió Alfonso a su hermano, enviándole la comunicación que hizo remitir al Capitán General interino de Barcelona, General Patiño, para proponerle el canje de prisioneros de la acción de Alpens. También dice a Carlos que le mandará copia de un bando que dió el 8 de julio ofreciendo el indulto completo a todos los republicanos que depositaran las armas.

El domingo 13 de julio, por la mañana, llegó Savalls a Prats de Llusanés. Quedó poco entusiasmado del nuevo plan de Alfonso de apoderarse de Igualada. Pedía que se tomara a Vich en lugar de aquella población. Alfonso consentía, a condición de que ese ataque se efectuase en el acto y estaba pronto a contentar los deseos de Savalls, y así se lo dijo; pero los voluntarios estaban cansados y creo que Savalls no tenía mucha gana de ponerse en seguida en movimiento. De todos modos, Alfonso estaba de acuerdo en hacer descansar, aun un poco a las tropas y, así, quedamos todo aquel día en Prats de Llusanés. Mi marido dió una hermosa orden del día a las fuerzas en honor a la brillantísima victoria obtenida por ellas.

El 14 de julio escribió Alfonso a Carlos pidiendo una medalla conmemorativa de la victoria de Alpens. Le decía que ésta había costado al enemigo más bajas aun de las que se creían, pues al día siguiente del combate se encontraron 209 cadáveres en el campo y que de fijo se encontrarían aún más en sitios donde estaban escondidos por la conformación del terreno. Repite que nosotros

no teníamos al principio más que 900 hombres; al final, con el batallón de Camps, 1.050. Luego le participa a Carlos que Savalls se presentó el día 12 ante Bagá con tres cañones y dos batallones, y que después de intimarles la capitulación y tirar tres cañonazos contra la guarnición, ésta, en número de 80 hombres, se rindió a discreción. Que se guardaron como prisioneros a los oficiales, sargentos y cabos, en número de siete, y que los soldados entraron voluntariamente en nuestras filas. Que se cree servirán bien, pues se componían, en su mayoría, de quintos. Alfonso mandó en la misma carta la copia del bando, de que ya hablé, ofreciendo el indulto a los republicanos que depositaran las armas.

Con fecha 14 de julio, desde Prats de Llusanés, firmaron todos los oficiales del batallón de *zuavos* una exposición a Alfonso en la que decían que el honor del batallón iba simbolizado en su bandera y citando el hecho en que ella decidió la victoria cuando el bizarro Comandante del batallón les dijo: "¡*Zuavos,* si apreciáis vuestro honor, recoged vuestra bandera!", y que todos se abalanzaron a salvarla, suplicaban que Alfonso concediese a la bandera del batallón la corbata de San Fernando. Pero acabando su súplica, añadieron: "Vuestra Alteza Real decidirá lo que crea más conveniente". Dicha exposición iba firmada por don Julio María Godoy, don Antonio Ribas, don Vicente Genovés, don Enrique Genovés, don José Giner, don Enrique Villar del Saz, don Gabriel Llompart, don José Clavero, don Arsenio Serrano, don Miguel Mercader y el capellán don José Espinós. Faltaba la firma del Comandante del batallón de *zuavos,* quien, por modestia, la omitió.

Parece extraño que un batallón tan chiquito tuviese tantos oficiales, pero estaba entonces en estado de embrión; se puede decir era el cuadro de lo en que se iba convirtiendo poco a poco.

Alfonso encontró justísima la demanda, pero no era de su incumbencia el concederlo, ya que sólo Carlos lo podía hacer, y así se lo pidió unos días más tarde a su hermano. La bandera tenía derecho a esa distinción porque, para obtenerla se habían sobrepasado las condiciones que indica la ordenanza. Pero Carlos, influído, sin duda, por alguno, hizo caso omiso de la súplica y la bandera no obtuvo jamás su tan singularmente merecida corbata.

Teníamos inmenso amor a todas nuestras tropas; pero queríamos con insuperable cariño especial a nuestro batallón de *zuavos,* esta tropa selecta, cuyos miembros eran escogidos, uno a uno, entre lo más selecto también de nuestro ejército y cuyos oficiales fueron compañeros de Alfonso en Roma. Más tarde se nombraron también oficiales de *zuavos* a individuos del batallón, que se habían escogido especialmente. Este batallón, que se hallaba continuamente con nosotros, y con el cual se formaba en las paradas nuestro Cuerpo de guardia; esos *zuavos,* cuyo mayor privilegio era entrar siempre los primeros en los combates o tomar en ellos la parte más activa; esos valientes reclamaban todo esto como un derecho.

El mismo día 14 de julio decidió Alfonso volver a su primer proyecto, es decir, al ataque de Igualada. Savalls trató de persuadirle de que era mejor a Vich; pero mi marido quedó con la suya, teniendo para esto excelentes razones. Marcharon a las dos de la tarde de Prats de Llusanés y llegamos la misma tarde a Sallent.

El martes 15 de julio salimos, a las siete de la mañana, de Sallent y al mediodía llegamos a Suria, en donde hallamos al General don Rafael Tristany con la mayor parte de las tropas de la provincia de Lérida. A las tres y media de la tarde, nos pusimos otra vez en marcha y fuimos todos juntos a Calaf, adonde llegamos entre las once y doce de la noche, después de una marcha muy penosa para los voluntarios, con un calor sofocante y terreno aridísimo. De resultas de la obscuridad se extravió una pequeña parte de nuestra fuerza, que venía a retaguardia, y estaba muy cansada. (En la retaguardia, como es sabido, se cansa uno siempre más que en el resto, porque se tiene que andar a paso más ligero, y éste se acelera, más y más, a medida que la columna se aleja de la parte delantera.) Vimos, o supimos, que la retaguardia no seguía; estábamos ya en Calaf cuando se apercibieron de que faltaba. Alfonso no quería, en vista de la marcha tan cansada, entrar en la villa antes de saber si todo el mundo había llegado. Savalls había solicitado irse a su alojamiento para poder descansar cuanto antes.

Íbamos siempre nosotros a la cabeza de las fuerzas, según la costumbre general de que el jefe vaya así; pero naturalmente le permitió entrar en Calaf antes que nosotros, porque decía que estaba cansado, y sin duda que lo estaba. Alfonso y yo esperamos a caballo antes de entrar en esta población, porque mi marido quería estar seguro de que nadie faltaba ni de que hubiera algún pobre extraviado que quedase errante en el camino; quería que todos tuviesen, cuanto antes, el descanso, de urgente necesidad. Alfonso no quería gozar de él hasta que le tuviesen los nuestros. Era justificado nuestro cansancio, pero no podía compararse con el de los que iban a pie. Así, en semejantes casos, no quería Alfonso alojarse antes de cerciorarse de que lo hacían ellos también, y se mostraba lo más solícito para con ellos, compartiendo con nuestra gente las fatigas y privaciones.

Por fin, ya no quedó rezagado alguno y a media noche pudi-

mos ir a nuestro alojamiento, contentos de saber que todos se albergaban.

El 16 de julio de 1873 fué el gran día en el que Carlos entró en España por Zugarramurdi (Navarra). No lo supimos hasta algo más tarde y, por supuesto, saludamos la noticia con inmenso júbilo. Pasamos el 16 de julio en Calaf. Allí llegó para tomar las armas el Teniente de Zuavos Pontificios don Augusto Wills, hermano de don Ignacio Wills, y le saludamos con mucha alegría. También vino a presentarse a Alfonso el señor Bolinches, nombrado jefe militar de la provincia de Alicante. Era éste quien ponía en movimiento a los adictos al Carlismo, y fué, poco más o menos, al mismo tiempo lo que el Presidente de la Junta de Barcelona, por supuesto en esfera más pequeña, porque Alicante, tan lejos, tan separado del centro carlista, no podía tener la misma importancia.

Al despertarnos por la mañana, oímos el silbido del tren. Entonces circulaban los trenes en la línea Barcelona a Zaragoza. Como ya lo dije, Alfonso había hecho saber a las Compañías de ferrocarril que mientras los trenes no transportasen tropas enemigas ni material de guerra, no impediría la circulación; pero no se podía tener confianza ciega en que dicho condición fuese siempre respetada, porque una fuerza enemiga podía parar el tren y subir en él sin que el personal lograse impedirlo. Así, al oír el silbido se ignoraba si este tren traería o no alguna columna adversaria; pero supimos pronto que no había en él más que viajeros, y nos divertimos en grande con ir a la estación. Para nosotros, un tren evocaba agradables recuerdos.

Era interesante mirar los viajeros que nos contemplaban con caras más o menos confiadas, pero, al mismo tiempo, con inmensa curiosidad. No les molestamos para nada; se visitó el tren para ver si había transportes de armas en él; pero no se tocó el equipaje de los viajeros. Se dejó, luego, continuar el tren, después de haber cogido un oficial enemigo que iba de viaje. Era un Capitán de artillería que se llamaba Salcedo. Al día siguiente se incorporó a los carlistas. Una verdadera adquisición para nosotros, por lo leal y valientemente que se batió luego en diferentes ocasiones, muriendo, por fin, en defensa de la Causa. Nos fué en seguida muy simpático.

Alfonso quedó muy contento con la llegada de Bolinches, porque contaba mucho con Alicante para un futuro próximo.

En una carta que mandó Carlos por medio de aquel señor, fechada el 6 de julio, decía que Bolinches fué de aquellos que sostuvieron más el levantamiento de hacía tres años en Alicante, y escribía: "Como su territorio estará ahora bajo tu mando te lo recomiendo, pues es persona útil y de influencia en aquel país y tiene probadas su lealtad y adhesión a la Causa. El te enterará de sus proyectos y de lo que pueda hacerse allí"."

Don Augusto Wills y Bolinches venían acompañados de don Francisco Dalfau, Oficial de órdenes de Alfonso.

Mi marido esperaba a Miret en Calaf, pero no habiendo llegado éste, supuso que algún obstáculo habría impedido llegar al siempre exacto Miret, y a las tres de la tarde, decidió continuar la marcha para Prats del Rey. Miret llegó, aun en la misma tarde, a aquel sitio, con el Teniente coronel Masachs, jefe del tercer batallón de Barcelona, que iba siempre con el citado Coronel Miret. Alfonso combinó con este último y los otros jefes el proyectado ataque. Había reunido mi marido 2.200 hombres, lo que constituía la mayor parte de las tropas de Cataluña.

No recuerdo exactamente en qué momento declaró Savalls a Alfonso que sus tropas de Gerona no querían salir de su provincia y rehusaban el continuar más adelante, decididos, como estaban, a volver atrás. No puedo encontrar lo que apunté entonces respecto a la fecha y si fué durante aquel día o durante la marcha, de noche, para Igualada. En cuanto al hecho, lo tengo anotado. Mi marido contestó a Savalls que él ya sabría obligarles a ir adonde mandara.

Ignoramos si realmente hubo o no ese movimiento de mala índole en parte de las tropas de la provincia de Gerona, o si fué Savalls quien quería hacérselo creer a Alfonso para disuadirle de la ejecución de su proyectado ataque. De todos modos, si hubo insubordinados, no podía ser más que cosa individual, suscitada por Savalls, pues la mayoría de los oficiales de Gerona era excelente, y los soldados, valientes y leales carlistas, cuyo mayor deseo era el batirse por la Causa. Por supuesto que este método de Savalls, de hacer rémora, levantaba continuamente obstáculos en el camino de Alfonso; éste los vencía, pero era penoso y dificultaba a cada momento su tarea.

CAPITULO XXXIII

SIGUE JULIO DE 1873

Ante Igualada.—Intimación.—Heroico asalto y denodada resistencia.—Toma de Igualada.—Muerte de Ignacio Wills, Comandante de los Zuavos.—Valor e inteligencia de Miret.—Prisioneros y botín

A las dos y media de la mañana del jueves 17 de julio nos pusimos en marcha, a la cabeza de una columna de 2.200 hombres, compuesta de los *zuavos*, del primer batallón de Barcelona, con su jefe el Teniente coronel Camps; el segundo de Barcelona, mandado por el Coronel Vila de Prat; el tercer batallón de Barcelona, mandado por el Coronel Masachs; el cuarto batallón de Barcelona, mandado por el Teniente coronel Muxí, todos bajo las órdenes del Coronel don Martín Miret, jefe de la provincia de Barcelona; el primer batallón de Gerona, mandado por don Manuel Puigsvert (a) *Manell de Calella;* el segundo batallón de Gerona, mandado por Vila de Viladrau; la primera compañía del cuarto batallón de Gerona; el primer batallón de Lérida; dos compañías del segundo batallón de Lérida, y una compañía de los *Guías* de esta provincia; además, había, poco más o menos, 150 caballos, formando tres escuadrones de caballería, mandados por el Coronel Vilageliú. La artillería se componía de dos cañones de montaña, mandados por nuestro primo don Francisco de Borbón. Su hermano don Alberto mandada los pocos caballos de nuestra escolta.

Nuestra marcha se dirigía hacia Igualada. Se sabía que esta villa estaba formidablemente defendida. Primero de todo, un vasto recinto fortificado ofrecía poderoso punto de resistencia; murallas, parapetos, dos torres terribles (digo terribles para nuestros medios) y otras fortificaciones, como tres reductos en las puertas de Odena, la Soledad y San Agustín y un fortín adelantado, llamado el Pi. Luego, en el interior de la población, 276 barricadas, muy só-

lidas, y parte de ellas de gran altura. Muchas de las casas aspilleradas; la catedral, el cuartel, la Casa de la Villa, el teatro, convertidos en fuertes obras de defensa. Se ignoraba la totalidad de lo que se encontraría en las calles, alzado como oposición al asalto; pero se sabía que la entrada requería todo el heroísmo de nuestros soldados. En cuanto a los defensores de Igualada se hacía, habría, poco más o menos, 1.800 hombres, entre guarnición, francos y paisanos armados.

Se ve que éramos en número bastante superior, puesto que teníamos 2.200 hombres; pero es cosa sabida, en primer lugar, que en un sitio tan fortificado, con defensores poderosamente atrincherados, se necesita una fuerza mayor para atacar que para resistir; luego había que emplear un número bastante crecido en reserva para el caso de que columnas enemigas viniesen en socorro de la población atacada. En cinco horas podían llegar refuerzos de Barcelona, con el fin de levantar el sitio; había que estar prevenidos.

El plan de Alfonso era el de sorprender la villa y dar el asalto antes de que apuntase el día; pero le aconsejaron que impresionara la ciudad desplegando las fuerzas en plena luz del día y proponer la capitulación antes de romper el fuego. Se fundaba esta idea en indicios que se tenían, y parecían seguros, de que Igualada se entregaría al intimárselo Alfonso. Decían reinaba allí el pánico, y no era de esperar la resistencia. Mi marido no estaba convencido, pero para el caso de que fuese exacta la información, no quería cargar con la responsabilidad de sacrificar muchas vidas cuando se podía alcanzar una victoria incruenta. Así, siguió el consejo.

Alfonso consultó luego con los que mejor conocían el sitio y sus detalles, en primer lugar con don Martín Miret, para enterarse de los puntos por los que debía empezarse el asalto, dado caso de no querer capitular el enemigo, y así también respecto de las fuerzas que debían ocupar las posiciones e impedir, en un caso dado, la llegada de una columna de socorro. Así, todo fijado y previsto, bajamos por Odena, un pueblo vecino a la ciudad. Al lado de dicha aldea, reunió Alfonso las fuerzas y poco después de las ocho de la mañana nos presentamos en columna de marcha ante el objeto de nuestras ambiciones.

Mi marido mandó un oficial de órdenes como parlamentario con una intimación suya al Comandante de la plaza, jefe superior de las fuerzas republicanas que ocupaban Igualada, anunciándoles su firme resolución de apoderarse de la población: o de grado o por fuerza; que intimaba así la capitulación en el plazo de media hora; que disponía de fuerzas dos veces mayores que las necesarias para su fin, pero que quería evitar a Igualada un día de sangre y de

lágrimas; que promete, con su palabra de caballero y de Príncipe, que todos los hombres de las tropas republicanas que en el término fijado depusieran las armas sin resistencia serían tratados con el respeto, consideración y dignidad que merece su desgracia y que les servirá de garantía; pero que si rehusase el jefe militar escuchar la voz de la prudencia y del buen sentido, obstinándose en una temeraria e inútil resistencia, él será el responsable de la sangre derramada y de los dolorosos acontecimientos consiguientes. Firmado con "Que D. l g. p. m. a. Cuartel general, 19 de julio de 1873. El Infante, General en Jefe, *Alfonso de Borbón y Austria.*"

Entretanto, los vigías colocados en la torre de la iglesia, al apercibir a los carlistas, echaron al vuelo la campana grande y los defensores corrieron a ocupar sus puestos en las murallas. El Comandante de la población no quiso recibir el oficio de proposición, y entonces Alfonso ordenó el asalto.

En la ciudad no paraba la campana grande de hacer oír su lúgubre voz. Después de haber dejado a los que debían atacar por el lado por el que veníamos y así también detrás a los que incumbía quedar de reserva, fuimos con los *zuavos,* el General Tristany y su gente, así como con Camps y Muxí y sus tropas a dar, al descubierto, la vuelta a una parte de la ciudad, desde la que nos dirigían un vivísimo fuego.

Nos instalamos después en una casa delante de Igualada y perteneciente a ésta. Quedamos mucho tiempo en el patio, en donde jugaban las balas con las hojas de uno o dos arbolitos; pero luego, viendo que no había más utilidad entre contemplar aquéllo o ponerse a cubierto, entramos en la casa desde donde mandó Alfonso a los *zuavos* al asalto. Su Comandante, Wills, pidió para sí el puesto más peligroso y difícil. Alfonso le recomendó no exponerse demasiado, temeraria e inútilmente, ya que podía ser uno muy valiente y llegar a lo que se proponía sin despojarse absolutamente de toda prudencia. A esto contestó don Ignacio Wills:

—Si no muero en esta acción, moriré, tal vez, en otra; conque lo mismo da; muero por la Religión.

Los *zuavos* marcharon al asalto tocando su música y desplegada la bandera a su cabeza. El trabajo debía ser duro. Se veía que en la población todo estaba previsto para la defensa y que esperaban a los carlistas desde la catástrofe de Cabrinety. Alfonso confió al Coronel Miret la dirección del asalto.

Mi marido guardó primero, como reserva, a Camps con su batallón, a Muxí con el suyo y las fuerzas de Tristany, estas últimas compuestas del primer batallón de Lérida, dos compañías del segundo y una llamada *Guias de Tristany;* pero luego mandó también a Camps al asalto y también a Muxí (respectivamente, primero y cuarto batallón de Barcelona y algunas compañías de Tristany). Las fuerzas de la provincia de Gerona fueron colocadas, casi todas ellas, en posiciones de afuera, para el caso de que una columna enemiga viniese de refuerzo; esta previsión era indispensable.

Durante algunas horas fué imposible a los nuestros alcanzar ninguna ventaja positiva, porque sus heroicos esfuerzos se estrellaban contra las formidables obras de defensa tras de las cuales se hallaba atrincherado el enemigo. Alfonso recibió una carta desesperada de nuestro primo don Francisco de Borbón respecto a la falta de municiones de artillería. Decía que ya no tenía más que dos granadas, que por la mañana le habían asegurado teníamos aun más de quince (no eran muchas), y que luego encontró sólo poquísimas, de las que ahora le quedaban sólo dos; que las municiones de artillería se entregaron a Savalls cuando fué a tomar Bagá; que allí no tiró más que tres disparos por haberse entregado la guarnición sin resistencia y que Savalls debía de tener todas las demás. Prosiguió don Francisco, en su oficio, diciendo que los disparos de cañón que hizo rompieron una pequeña parte del portal; que éste sería muy difícil de tomar; que sólo el cañón podía obtener que fuera su paso franqueado para los carlistas; pedía a Alfonso le mandara tres o cuatro granadas, y, por supuesto, dió Alfonso en el acto los pasos para satisfacer su modesto pedido. En su carta acusó don Francisco recibo de la orden de Alfonso mandándole recoger todos los combustibles que se encontraban en la fábrica de espíritu de vino. Don Francisco contestó al mismo tiempo que la cumpliría, y enviaba unos hombres conocedores de dicha fábrica con la indicada misión.

Poco a poco fué desalojado el enemigo de todos los arrabales y puntos fortificados que se hallaban fuera de las murallas. Mientras Miret entraba por el lado NE., los *zuavos* atacaron vigorosamente por la parte SE., y trepando acabaron por forzar las líneas y hacerse dueños de diferentes parapetos. El Teniente coronel don Ignacio Wills, con dos compañías de su batallón, logró, por fin, escalar, bajo un fuego mortífero, la alta muralla que le separaba del interior de Igualada. El resto de los *zuavos* y las demás fuerzas penetraron, poco a poco, en ella. Eran las tres de la tarde.

Pero una vez al otro lado del recinto parecían aumentar a cada paso las dificultades en aquellas calles, erizadas de terribles barricadas, y delante la enfilada de casas aspilleradas, a cuya protección resistía el enemigo a los que intentaban apoderarse de los obstáculos, mientras que de todos lados cogían a los nuestros bajo

el violento fuego cruzado que salía de las aspilleras. Los paisanos armados rivalizaban con los soldados de la tropa regular y francos y ayudaban, así, poderosamente a la defensa.

Wills y sus *zuavos* hacían prodigios de valor. De todas partes se les reclamaba a la vez. A pesar de que su número había aumentado, después de Alpens, no llegaban todavía a 200. A cada momento se oía gritar:

—¡Que vengan *zuavos!* ¡Veinte para aquí! ¡Quince para allá!

Y así seguía la demanda.

Por todas partes donde los carlistas se hallaban en desesperada brega resonaba el grito de:

—¡*Zuavos!* ¡Que vengan *zuavos!*

Era lo de siempre: un glorioso testimonio; pero, en general, allí se batían todas nuestras fuerzas como leones. Eran las tres de la tarde, como ya lo dije, cuando los nuestros penetraron en el interior de la población. Se trataba entonces de conquistar casa por casa, perforándolas y abriéndose camino a la bayoneta, una vez en ellas. El heroísmo de los carlistas debía suplir a los medios que exigía este asalto y que nos faltaban casi completamente.

Miret daba a todos admirable impulso, oponiendo a la resistencia terrible del adversario todo el ardor que había mostrado en otras ocasiones. Pero la tarde pasaba y no se adelantaba más que imperceptiblemente. Faltaba el petróleo y se tenía que economizar mucho la pequeña cantidad que se pudo conseguir. Durante el día se apostaron los Voluntarios de la República, de Capellades (una reciente guarnición), en observación desde los altos; pero se retiraron por la tarde.

Una vez, al presentarse el Comandante Wills a Alfonso para enterarle de su actuación y de la situación y recibir sus instrucciones, le recomendamos de nuevo nosotros que no se expusiese tan temerariamente, suplicándoselo encarecidamente. Tuvimos la contestación de siempre:

—¡Morir ahora o morir en otro combate, lo mismo da! ¡Es morir por la Religión!

Poco más o menos, a las ocho de la noche fuimos a una casa que pertenecía ya a Odena, pero fuera de aquella población, y cerquísima de Igualada, y desde la que se dominaba mejor el conjunto y se comunicaba más fácilmente con los diferentes puntos a la vez. Nos pusimos sobre una cama a descansar un ratito; pero por supuesto toda la noche no fué más que un ir y venir en nuestro cuarto con las comunicaciones entre Alfonso y los combatientes, noticias traídas, órdenes dadas, etc.

A la una de la madrugada, comenzando el viernes día 18 de julio

de 1873, vino don Francisco Dalfau, Oficial de órdenes de Alfonso, a decir que no se adelantaba casi nada; que en diferentes puntos era imposible avanzar. Tristany veía negro al comunicar a Alfonso estas noticias, y decía a mi marido que una retirada en pleno día, si a ello nos obligaba la llegada de una columna enemiga de socorro, sería terrible y causaría enormes sacrificios. A consecuencia de lo dicho por este General, mandó Alfonso decir a Miret que si la empresa era absolutamente imposible habría que retirarse durante la noche, y que en tal caso dispusiera la retirada. Mi marido sabía que Miret no desistiría de lo emprendido sino cuando toda esperanza hubiese fallado, y así no había temor a que renunciara sino cuando fuese totalmente indispensable. Las horas siguientes de la noche pasaron bastante en calma, es decir, en calma relativa: un tiroteo ligero alternaba, a veces, con el silencio.

A las tres de la mañana del viernes 18 de julio nuestras cornetas y nuestra música tocaron diana y ataque. Al romper el día pudo traer Dalfau la regocijante noticia de que los nuestros se habían apoderado de unas magníficas posiciones y que se hallaban en excelentes condiciones. Dios nos ayudó y le tributamos las más fervientes gracias.

Entre otras calles, los carlistas pudieron penetrar en la de la Soledad, llamada así por la pequeña capilla de dicho nombre, y ocupar ésta. El Coronel Miret había empezado otra vez el asalto general y con su impulso irresistible y su heroico arrojo, sostenido por nuestras admirables tropas, rechazó, por todas partes, a los defensores, de fortín en fortín, de barricada en barricada, de casa en casa hasta llegar a los sitios fortificados del camino. Una vez en las casas, se aliviaba un tanto la tarea, pero lo más duro era el conquistar las primeras de una línea porque había que romper las puertas y efectuar este trabajo bajo una lluvia de balas que venían por las aspilleras y ventanas. Era indispensable hacerse dueños de las casas, no sólo para abrirse el camino por el cual adelantar, sino también para apagar el fuego que se dirigía desde ellas sobre los que debían conquistar a la bayoneta las barricadas.

Nuestros voluntarios se batían como héroes; pero heroica fué, también, la defensa de los adversarios que luchaban con toda la hermosa pericia del militar español.

A las siete de la mañana todos los batallones que habían entrado en fuego (dice el parte oficial que Alfonso mandó escribir por su secretario de campaña, el Coronel Queralt, al jefe del Estado Mayor General del Ejército del Norte) se encontraban ya en el corazón de Igualada, en donde continuaron estrechando vigoro-

samente al enemigo, y seguían tomando las barricadas a la bayoneta, desalojando a los contrarios de diferentes fortificaciones.

En vano, sin embargo, se trató de conquistar una de las más formidables barricadas que cerraba la entrada de la calle principal: la Rambla. El asalto de ésta se imposibilitaba por los fuegos cruzados del enemigo, dueño de las dos hileras de casas que formaban la calle; todos los que se arrimaban caían.

El Comandante de los *zuavos* se abalanzó entonces a la conquista de esta barricada y a su lado el abanderado De France; estaban acompañados de algunos *zuavos*, pocos, porque Wills no había tomado más que un número reducidísimo para este sitio; en el momento en que iban a alcanzar el tremendo obstáculo, detrás del cual los republicanos hacían un fuego mortífero, cayó De France. El Comandante Wills, que acababa de ser herido en una pierna, tomó la bandera de la mano del muerto y subió sobre la barricada, pero acribillado a balazos (doce sólo en el pecho, sin contar los demás), cayó, muriendo estrechamente abrazado a su bandera, esta gloriosa bandera teñida con su sangre, que se mezcló con la de De France.

Se comprende que en un último gesto trató de esconderla al enemigo, porque la cubrió con su cuerpo. Los pocos *zuavos* que por allí se hallaban compartieron la suerte de su Comandante o quedaron gravemente heridos. Ya no hubo nadie de los nuestros que pudiese arrimarse; no había allí más que muertos. Aquel puesto tuvo que quedar abandonado. Era imposible avanzar por allá, pues todo esfuerzo hubiera sido en vano, costando inútilmente la vida de quienes lo hubieran intentado. Nadie tenía idea de lo que había pasado con la bandera porque, como sucede en los ataques al interior de las poblaciones, cuando se toma casa por casa. los unos no saben, a menudo, dónde se encuentran los otros. Por eso se ignoraba que la bandera se hallaba sobre la barricada, no teniendo otra guardia que un muerto, el cual tampoco hubiera podido dar referencia alguna, pues los que allí estuvieron no la podían ver más que desde el otro mundo.

La noticia de la muerte de Wills fué un golpe terrible para nosotros. No era sólo un gran amigo de Alfonso, sino también un enorme apoyo. Mi marido le consultaba en cada ocasión y sus consejos eran de los mejores. Wills tenía todas las cualidades para mandar. Amado por todos sus subalternos, tanto oficiales como soldados, quienes reconocían en él no sólo sus eminente cualidades militares, sino también el hombre bueno, el corazón de oro, el ser modesto sin ambición, sin orgullo tan subordinado como temerario en su valor. Todo el orgullo de don Ignacio Wills se concentraba en su batallón y todas sus aspiraciones se fijaban en el triunfo de la Causa que defendía con tanto entusiasmo. Había hecho ya catorce meses de campaña y también se había batido en el pequeño levantamiento carlista en 1869. No tenía más que quince años cuando entró en los zuavos, en Roma.

El combate continuó entretanto en el resto de la villa, en sus diferentes puntos. Al mediodía quedó localizada la resistencia en dos sitios fortificados que eran el cuartel y la iglesia parroquial. Se hacían ya los preparativos para el ataque de éstos cuando sobrevino una complicación. Desde la víspera se mostraban unos grupos de francos, apareciendo por aquí, por allá, con intención sin duda de impresionar a los carlistas, simulando preparativos de ataque. Viendo la indiferencia con la que se acogían sus ridículas e impotentes jactancias de fuerza, el Coronel Martí (a) *Xic de las Barraquetas,* Comandante de los francos, probó el de imponernos. Así reunió a la fuerza que mandaba, los diferentes grupos republicanos y llegó con 1.200 hombres en socorro de Igualada. Los partes enemigos hablaban de 1.200 hombres que llevaba consigo el *Xic de las Barraquetas,* y como las noticias del adversario decían, por lo general, menos fuerzas de las que tenían realmente (lo que podíamos comprobar en diferentes ocasiones), el *Xic de las Barraquetas* disponía, probablemente, de más gente que la que se mencionaba oficialmente. De todos modos, 1.200 hombres bastaban para ser considerados como incómodos por nosotros. Conque, como dije, se presentó el *Xic de las Barraquetas* delante de Igualada. Alfonso, que preveía ya una columna enemiga de socorro, había tomado sus precauciones y decidió dejar que se arrimara la columna y que no fuese atacada más que al llegar delante de la población.

Miret, quien había tenido ya tres heridas y continuaba, a pesar de todo, con el mismo arrojo y no dejaba de ser el alma de la empresa, quiso encargarse también en persona del *Xic de las Barraquetas*. Salió con solas dos compañías de su fuerza, desplegadas en guerrilla, y se tiró sobre las vanguardias, las que, a la carrera, fueron a unirse al resto de las fuerzas republicanas. En aquel momento tiró don Francisco de Borbón unas pocas granadas, cuidadosamente contadas y mandadas con admirable precisión, en la masa del adversario, las que causaron entre éste, una verdadera destrucción. La consecuencia fué una dispersión general. Dos escuadrones de nuestra caballería (cada uno de 50 caballos) se echaron entonces sobre los fugitivos y les persiguieron hasta que éstos alcanzaron las montañas de Montbuy. Después de esta proeza volvió Miret al asalto. Las bajas de la columna del *Xic de las Ba-*

rraquetas se estimaron en 100 muertos e innumerables heridos. No sé si la cifra era exacta, pero de todos modos había perdido la mar de gente, y es de figurarse, según los detalles de la fuga y de la persecución de esa masa en loca huída.

Esos *Voluntarios de la República,* llamados francos, eran, en su mayoría, una verdadera crápula, pillos de siete suelas, bandidos, asesinos, gente capaz de los más grandes horrores. Al par que su resistencia era tenaz y formidable, cuando se veían al amparo de una pared, valían poquísimo en campo abierto. Estos *cipayos* acompañaban, muy a menudo, a las columnas de tropas regulares, pero, por lo general, preferían los jefes enemigos, verles colocados en los sitios fortificados donde prestaban grandes servicios, batiéndose desesperadamente, pues sabían que pocas veces se les hacía prisioneros, aunque también en esto hubo bastantes excepciones y, una vez prisioneros, no quería Alfonso que se les fusilase, y lo prohibía rigurosamente.

En Igualada continuaba el ataque con todo vigor; ni un momento paró el combate; palmo a palmo, se arrancaba el terreno, con encarnizada lucha, al enemigo; barricada por barricada, casa por casa, fueron tomadas por los nuestros a la bayoneta.

Poco más o menos, a las cuatro de la tarde, se vieron obligados nuestros adversarios a abandonar el poderosamente fortificado cuartel. Nos faltaban las municiones de artillería y tenía que hacer sus veces el petróleo. Ya se comprende que fué un reemplazante muy débil, porque muchos litros de petróleo no compensan el efecto de una granada.

Desde el momento que el enemigo tuvo que retirarse del cuartel se volvió insostenible su situación; por donde mirase debía comprender que ya no había esperanzas y que no tendría más remedio que rendirse; pero, a pesar de todo, hizo un último esfuerzo que no se puede menos que admirar. Quedaba la iglesia, convertida en fuerte también ella, y la Casa Municipal, igualmente fortificada. Los carlistas concentraron sus esfuerzos contra estos dos últimos puntos de resistencia. La oposición, en la Casa de la Villa, fué desesperada. A las siete de la tarde se rindió el Ayuntamiento, después de que, poniendo fuego a la puerta, abrieron los nuestros una entrada; sin embargo, aun así fué defendido éste hasta lo inimaginable.

Poco después llegó la vez a la iglesia. Para no ser quemados o asfixiados, sus defensores acabaron por entregarse, tras una homérica resistencia. Entre estos prisioneros se encontraban: el Teniente coronel don Francisco García Muñoz, Comandante de la guarnición; el Comandante don Agustín Serra, el Capitán don Valeriano Villacaña y el Teniente Monforte. El médico militar fué puesto en libertad en el acto, como era natural, así como sus ayudantes y los heridos. El resto de los oficiales fué hecho prisionero ya antes en otros sitios.

Hacía algún tiempo que los *zuavos* se habían apoderado de la Rambla y obligado al enemigo a abandonar las casas desde las que se protegía la gran barricada en la entrada de la calle. Una a una, las conquistaron a la bayoneta, después de pasar de la una a la otra por el interior de las casas, perforando las paredes. Por fin la Rambla, toda ella, pertenecía a los nuestros. Entonces los *zuavos* se dirigieron a recoger los cadáveres de la barricada y descubrieron el valioso depósito que, muerto, pudo esconder el Comandante con su cuerpo, ocultándole al enemigo. Costó un verdadero esfuerzo el quitarle de sus brazos la querida bandera; toda ensangrentada, que apretaba convulsivamente contra su pecho. La bandera se salvó, como de milagro, no sólo del enemigo, sino del fuego, pues éste había prendido en la barricada, y toda la parte inferior del cuerpo de don Ignacio Wills se hallaba carbonizada y poco faltaba para que la bandera fuera también consumida por la llama; pero ésta se apagó y la bandera quedó intacta.

Poco antes del ataque de Igualada, vino un joven irlandés, el señor O'Brienne, que sirvió en Roma, como Sargento de Zuavos Pontificios, y se incorporó a los nuestros. Se distinguió mucho durante el asalto de Igualada, en el que tomó parte con sólo un bastón, hasta que se apoderó de un fusil que cogió al enemigo.

En cuanto al señor don Augusto Wills, el hermano del difunto, parecía que la Providencia le había traído a punto para ver por última vez a su hermano y llevar la triste noticia a su madre.

Ibamos a entrar en Igualada a alojarnos en el centro de la ciudad cuando en camino nos dieron la noticia de que precisamente acababan de entregarse los últimos defensores. Eran poco más o menos las siete y media de la tarde cuando fuimos a ocupar nuestro alojamiento. En las calles por las que pasamos había muchos muertos.

El entusiasmo fué inmenso entre los nuestros, y aclamaban con grandísima alegría la victoria; pero el batallón de *zuavos* lloraba, al mismo tiempo, la muerte de su queridísimo Comandante Wills, y pidió a Alfonso el poder llevar luto por él, lo que, por supuesto, concedió mi marido de todo corazón. Los oficiales de *Zuavos,* que tanto habían amado a su jefe, suplicaron les diera por jefe a don Augusto Wills, hermano del difunto. Alfonso se conformó y dispuso que el Capitán de *Zuavos,* Giner, fuese, interinamente, jefe del batallón, mientras don Augusto Wills se hallase en Holanda,

en donde debía quedar para acompañar a su madre en los primeros momentos de dolor.

Era ya su único hijo.

Tuvimos 28 muertos; entre ellos deploramos la muerte del bizarro y excelente Capitán Llámpez, el que, con su pequeña ronda, hizo esfuerzos heroicos por penetrar en Igualada cuando una bala le dejó muerto instantáneamente. Todos nuestros muertos nos causaron honda pena, pero Llámpez contó muy especialmente entre los que sentimos, por haber sido quien, con su ronda de pocos hombres, nos había acompañado y sacado de la situación más apurada cuando tuvimos que separarnos de las fuerzas de Miret y *zuavos* para exponerlas a perecer de cansancio y a falta de lo más necesario durante la persecución de Velarde. Le cogimos mucho cariño. Nos condujo entonces, hasta encontrarnos con Tristany, en una expedición de las más expuestas y que Llámpez llevó maravillosamente a buen fin.

Entre los heridos se hallaba el Teniente coronel don Manuel Martí (a) *Pancheta,* que se distinguió muchísimo en el asalto. El número de muertos y heridos nuestros fué de lo más reducido y parece hasta inverosímil cuando a uno se le presentan los tremendos obstáculos que se alzaban ante los que acometían: un centenar de asaltos al descubierto.

Nuestra victoria causó grandes bajas al enemigo, quien, desaparecida para él hasta la última esperanza, prolongó aún durante unas horas su inútil resistencia, lo que le hizo gran honor. Sólo al agotársele todo recurso se entregó a discreción. Las bajas del enemigo se calcularon en 300 muertos (este número sin incluírsele los de la columna del *Xic de las Barraquetas).* El parte oficial del adversario no indicaba cuántos heridos, pero encuentro en una anotación que fueron 200.

Hicimos 600 prisioneros. Un número crecido de habitantes de la población, que se había batido contra nosotros, logró escaparse, lo que era fácil, ya que no estaban uniformados. Se escondieron con sus armas. El botín fué de más de 1.000 fusiles (hubiéramos tenido un número muchísimo mayor si, como acabo de decirlo, los habitantes armados no hubiesen podido ocultar una parte de sus armas); cogimos 28 machos y además los de los atalajes; muchísimas municiones, y luego una cosa que, aunque de menor importancia, nos dió sumo gusto, y esto fué un gran número de instrumentos de música.

Todos los músicos militares, prisioneros, del regimiento de Navarra pasaron voluntariamente a nuestras filas; eran 24, y a su cabeza, el jefe de la banda, un excelente compositor, gran artista y ardiente carlista, natural de Tortosa (he perdido el papel que trae su nombre), siguió la campaña con nosotros y le queríamos mucho. Alfonso formó inmediatamente con estos tan apreciables elementos la música de los *zuavos,* que hasta entonces era muy chiquita. Esta música nos quedó siempre fiel, muy adicta a nosotros y carlistas de cuerpo y alma; así, cuando al año después conquistamos Cuenca, quisieron todos ellos tomar un fusil y batirse con los demás.

Otros 200 prisioneros rogaron a Alfonso que les admitiera en nuestras filas; así se hizo, y dieron muy buen resultado.

Lástima fué que unos chiquillos muy valientes, que se batían con los demás carlistas, pero de comprensión muy niña en vista de su poquísima edad, cogieron casi todos los papeles de música y les pegaron fuego, creyendo hacer un acto meritorio, *ya que eran papeles liberales.* Y a propósito de niños militares. Alfonso les hizo eliminar poco a poco y prohibió el admitir a otros. Decía que los fusiles debían quedar para los mayores y no para los críos. Quince años se contaban ya como edad admisible. Los chiquillos eran seres encantadores de ardor y valor, pero no podían prestar servicios tan útiles.

Por fin, tuvo Alfonso la satisfacción grandísima de no haber contado en vano con el arrojo irresistible y la inteligencia de Miret, así como con el heroísmo de nuestras tropas, para obtener el resultado glorioso de una empresa que parecía casi inabordable. No hay palabras para elogiar en su justo valor la conducta brillantísima de los carlistas en este asalto, y entre todos se distinguieron los *zuavos,* como una legión de héroes. Pero todos, todos los nuestros lo fueron. El tercer batallón de Barcelona merece también una mención de lo más particular. Cuando hablo de menciones no sé ya cómo hacerlo, pues una ola de heroísmo se presentaba por todas partes por donde se batía. Don Francisco de Borbón, jefe de la artillería, hizo, como siempre, prodigios de valor. Las tropas que tomaron una parte muy activa en el asalto fueron las siguientes: los *zuavos,* el tercer batallón de Barcelona, una parte del primer batallón de Barcelona y otras del segundo y del cuarto de Barcelona, y la segunda compañía del segundo batallón de Lérida, y una compañía llamada *Guías del General Tristany,* la ronda del heroico Llámpez y un muy pequeño número de tropas de Gerona, pues la mayor parte de las fuerzas de esta provincia quedó de reserva, en previsión de una eventual llegada de alguna columna enemiga en socorro de Igualada. En cuanto a la columna del *Xic de las Barraquetas,* fué rechazada sólo por dos compañías de Barcelona, como ya lo dije, a las órdenes de Miret.

CAPITULO XXXIV

SIGUE JULIO DE 1873

Intemperancias de Savalls.—Rectificaciones a comunicados

El parte oficial, dirigido al General Elío por orden de Alfonso, que fué impreso y reproducido en el *Boletín Oficial,* dice al fin de su relato:

"El comportamiento de los jefes y Voluntarios ha sido, como siempre, brillante, heroico y superior a toda ponderación. El bravo Coronel Miret, encargado de dar los asaltos como jefe práctico del país, llevó a cabo actos de temeraria intrepidez y de valor admirable, recibiendo tres heridas ligeras que, afortunadamente, no le privaron de seguir al frente de los batallones que le estaban confiados."

Este parte oficial estaba escrito por el encargado interino del Estado Mayor, el Coronel don Domingo de Queralt, y fechado el 19 de julio de 1873 en Igualada, es decir, la misma tarde de la toma.

Cuando Savalls se enteró del parte oficial, escrito de orden de Alfonso, fué presa del mayor furor por no haberse hecho mención de su persona en las peripecias del asalto; era tal su ira que fué a la imprenta de campaña y destruyó lo impreso. El parte oficial había sido redactado, sin embargo, según toda la justicia y veracidad. ¿Y cómo podía hacer mención de su persona cuando no tomó la menor parte en el ataque ni dió ninguna disposición para el asalto? ¿Cómo elogiar a sus tropas cuando casi todas ellas no tuvieron papel que desempeñar y sólo a la minúscula fuerza de Gerona, que se hallaba en alguna actividad, le tocó sólo una parte muy débil?

No son culpables las tropas de que se las coloque en lugar en el que no tienen ocasión de batirse. A cada uno le llega su turno en la actividad y a cada uno su misión. En Alpens se ponderó el heroísmo de los batallones de Gerona; en Igualada les correspondió estar en la reserva. En cuanto a Savalls, encuentro en una anotación que hice entonces para mí: "Savalls, como siempre, prudentemente lejos." Esto se refiere a su persona; también fué el último de entre nosotros que penetró en la población. Su papel absolutamente inactivo (y esta vez no por culpa de él) no le impidió el atribuirse, de palabra y por escrito, uno de los primeros, pues ya durante el combate mandó un oficio a Alfonso contestando a uno en que éste le previno de la probabilidad de la llegada de una columna enemiga contra la cual las tropas de Gerona tendrían que batirse en el adecuado momento en el que Savalls le escribía que, en contestación a los dos oficios de Alfonso, le debía decir que toda la villa de Igualada estaba ocupada militarmente y el enemigo reducido a dos puntos solamente, "y espero que dentro de pocos momentos me habré hecho dueño de éstos" (¡él!, que no se había hecho dueño de nada). Al decir que esperaba que dentro de pocos momentos se hubieran conquistado los dos dichos puntos, prueba que se hallaba poco al corriente de la realidad. Más adelante decía Savalls en el mismo oficio: "En cuanto a la columna de la cual me habla Vuestra Alteza, creo que no será verdad; sé solamente de los de Capellades (quiere decir los *cipayos),* en número de 200 poco más o menos. De todos modos, sea la fuerza que sea la que venga, estoy dispuesto a atacarla. Si Vuestra Alteza pudiera enviarme tres o o cuatro compañías más, estaría agradecido."

Savalls debe haber escrito poco antes de la llegada del *Xic de las Barraquetas* porque dice que el enemigo (los defensores de Igualada) se hallaba reducido a dos puntos, con que, combinando esto con la llegada del *Xic,* es decir, precediendo muy poco a ésta, se puede calcular el momento. En el parte oficial se dice que al mediodía quedaron reducidos los defensores a dos puntos fortificados: el cuartel y la iglesia. El *Xic de las Barraquetas* vino un poco más tarde, porque queda dicho que cuando se prepararon los nuestros a atacar los dos puntos mencionados apareció el *Xic de las Barraquetas.* Se ve también que Savalls ignoraba su llegada, puesto que dice saber sólo la de los de Capellades, en número de, poco más o menos, 200 hombres, siendo así que el *Xic* vino con más de 1.000. Quizá se refiriese Savalls a otra columna, de la cual habían hablado y no vino, porque en una anotación encuentro que el *Xic de las Barraquetas* llegó a las once de la mañana. En un oficio de Savalls a Alfonso, fechado a las siete de la mañana del 18 de julio, dice: "Por momentos sucumbirá toda la villa de Igualada, la que se halla ya en mi poder (¡¡¡en poder de Savalls!!!).

Se necesita desparpajo para escribir semejantes cosas a Alfonso, quien sabía perfectamente todo lo que pasaba y que a las siete de la mañana faltaba aún sangre que derramar, esfuerzos que prodigar para verse dueños de Igualada. En efecto, después de pasadas las siete, duró el combate hasta la tarde. El oficio de Savalls indicaba lo ignorante que se hallaba de la situación.

El parte oficial de don Domingo de Queralt dice:

"A las siete de la mañana todos los batallones que habían entrado en fuego se encontraban ya en el corazón de Igualada, en donde seguían estrechando vigorosamente al enemigo, tomándole a la bayoneta todas las barricadas y arrojándolo de sus fuertes con el auxilio de la artillería y el incendio. Entre los Cuerpos que más se distinguieron en esta serie de asaltos heroicos debo hacer mención particular del batallón de zuavos de Su Alteza, el que, en la última barricada, ofreció un ejemplo tan sublime y conmovedor que no me es posible pasarlo en silencio."

Cuenta aquí el parte el episodio de la muerte de Wills. Cita el párrafo anterior para demostrar cómo a las siete de la mañana la situación no estaba aún tan adelantada como decía Savalls y todo el trabajo que aun había por hacer y que ignoraba éste, poco al corriente de lo que sucedía. Nuestro parte oficial dice más adelante:

"A las doce del día la resistencia quedó localizada a dos solos fuertes, el cuartel y la iglesia parroquial. Estaban ya haciéndose los preparativos para el ataque de estas últimas posiciones cuando..." (aquí cuenta la llegada del *Xic de las Barraquetas).*

Como acabo de decir, Savalls había escrito a las siete de la mañana:

"Espero que dentro de poco serán asaltados y desalojados de los dos últimos puntos a que están reducidos."

La *Narración militar de la Guerra Carlista,* por el Estado Mayor del Ejército del Gobierno de Madrid, trae una relación como dada por un militar carlista (ésta es la del Coronel Hernando) y la leímos también en el libro de éste. Aunque es carlista, no es un verdadero parte, pues cuenta lo que a él le contaron, y así, difiere en bastantes puntos de la realidad. Habla, por ejemplo, de 800 bajas que tuvieron los republicanos, lo que es una inmensa exageración, y así también exagera en grande las nuestras al afirmar que subían a 300 y que el primer batallón de Gerona perdió cien hombres. Ya dije que de las fuerzas de Gerona sólo un reducidísimo número tomó parte en el ataque, y en él el papel que

tuvieron que desempeñar fué muy pequeño. También dijo Hernando en su relato de la toma de Igualada que, al llegar el *Xic de las Barraquetas,* los carlistas creían ya perdidos sus esfuerzos, retiraron su artillería y abandonaron algunas posiciones, "no creyéndose al pronto con fuerzas para contener a la vez a la columna y a los sitiados". Más adelante dice: "Pero ante la idea de perder lo que tanto trabajo les costaba ganar, se deciden a jugar el todo por el todo, siguen sitiando a la guarnición y envían para contener a la columna de socorro seis compañías del primero de Gerona con la caballería, que no era necesaria en la población."

Aquí hay diferentes errores. En primer lugar, no se juzgó perdida la empresa por la llegada del *Xic de las Barraquetas.* Alfonso, como ya lo expliqué, previó la venida de refuerzos para el enemigo y estudió con Miret las medidas que se tenían que tomar para tal caso; y en cuanto a lo que debían hacer las tropas de reserva, destinadas a retener columnas, había hablado con Savalls y Tristany y estaba resueltísimo a continuar, también en este caso, el asalto. No hubo tampoco las seis compañías de Gerona. Allí no había contra el *Xic de las Barraquetas* más que dos compañías de las fuerzas de Miret. Según el plan concebido entre Alfonso y éste, dejó Miret arrimarse al *Xic* hasta muy próximo a Igualada (lo que fué idea de mi marido) y desplegando en seguida sólo dos compañías de las suyas en guerrilla y la caballería echó a toda carrera a los francos del *Xic.*

En una parte de su relato dice don Francisco Hernando:

"La resistencia fué obstinada; pasóse todo el día combatiendo *(habla del primer día),* hasta que a la noche parte del primero de Gerona saltó las tapias del hospital e, introduciéndose en la población, logró dividir en dos partes a sus defensores."

Es absolutamente erróneo que las fuerzas de Gerona abrieran el paso a los *zuavos* y a otras fuerzas. Fué el Comandante de aquéllos, don Ignacio Wills, con dos compañías de su batallón, quien escaló, bajo un fuego mortífero, la alta muralla del lado Sudeste, que les separaba del interior de la población, mientras que el Coronel Miret pudo penetrar por la parte Nordeste. El resto de su tercer batallón y las demás fuerzas penetraron poco a poco.

El primer batallón de Gerona era un hermoso y valiente batallón y, como ya lo dije, se hicieron de él los merecidos elogios cuando lo de Alpens; pero esta vez, y lo repito, las fuerzas de Gerona que tuvieron que quedar de reserva y la pequeñísima parte de ellas que se destinó al interior de la población no tuvieron ocasión de

hacer proezas. El relato de Hernando dice que por la noche se penetró en el interior de Igualada, pero fué el 18 de julio, a las tres de la mañana, cuando llegaron los nuestros al otro lado del recinto, después de que Miret, de un lado, y los *zuavos*, de otro, se forzaron el paso. Hernando creía que fué el 17 el día de la entrada, siendo así que fué el 18. También hay un error por parte de Hernando respecto al gesto de Wills lanzando la bandera al enemigo y que dice fué rescatada en aquel momento por su gente, pues su muerte ocurrió tal cual la describí (confunde con el caso de Alpens). En cuanto a la enumeración de las barricadas, dice que hubo más de 100; eran 260. No habiendo estado Hernando en la toma de Igualada es muy natural que haya algunos errores en su obra, pero el conjunto de ésta está muy bien escrito.

Llenos de agradecimiento hacia Dios, que nos concedió tan hermosa victoria, fuimos a ocupar nuestro alojamiento. Alfonso escribió desde Igualada una proclama a los valencianos y murcianos; la empezó y fechó en la población conquistada. Mi marido se puso en el acto a escribir a su hermano dándole parte de la toma de Igualada. Al fin le decía que ya había algunas partidas en la provincia de Alicante y que esperaba mucho de la llegada de Bolinches a aquel punto. También le dijo que había unas partiditas en Murcia (por falta de medios no siguió allí el movimiento). Alfonso suplicó también a su hermano se interesara por Aragón.

Después de acabar su escrito y haberse ocupado mi marido de las medidas de seguridad que recomendó a los jefes, fuimos a cenar. Estábamos comiendo cuando de repente oímos tremendas descargas en la calle y cerquísima de nuestra casa, que era muy céntrica y la mejor de Igualada. Uno de nuestra servidumbre se precipitó escalera abajo gritando:

—¡Ensillar los caballos!

Otros se echaban sobre nuestros efectos. Fué un pánico general. Alfonso exhortaba a la calma.

—Antes de todo —decía—, se trata de saber lo que pasa.

Y tenía razón, pues no fué que atacase el enemigo, sino que se produjo una gran explosión de municiones, devorando mucha parte de las que se cogieron al adversario; descargas largas y cerradas, como en un combate, pusieron en alarma a la ciudad. Inmensa lástima era perder tantísimos cartuchos, de un valor enorme para nosotros; pero, a pesar de todo, preferimos sufrir esta pérdida a la llegada inesperada de una columna.

En general, se creyó que la explosión no fué casual, sino hecha adrede. Fácil es que así fuera, pues Igualada era una ciudad muy

liberal, y se sabía que muchos paisanos armados estaban ocultos en las casas.

El libro *Narración Militar de la Guerra Carlista* del Estado Mayor del Ejército contrario, menciona:

"La inactividad de las fuerzas, bastante numerosas, que se encontraban en Manresa, Moyá, Granollers y Santa Coloma de Queral; dada su proximidad parece que hubieran podido reunirse; si no en su totalidad, a lo menos en parte, se debe culpar en mucho el funesto acontecimiento de la entrada de los carlistas en Igualada y las consecuencias que de él resultaron, entre ellas la retirada de gran número de destacamentos, unos en virtud de orden superior y otros por su iniciativa. El de Capellades, compuesto de una compañía movilizada, se retiró a San Sadurní de Noya; los dos batallones Guías de la Diputación, que se encontraban en Moyá, abandonaron este punto y marcharon a Barcelona; el Teniente coronel Peña, con cuatro compañías de Béjar, se dirigió a Centellas, de donde se retiró también más tarde, trasladándose a Vich en unión de otras tres compañías de América. Conanglell, Roda y Manlleu fueron abandonados y los destacamentos de Calella y Tordera recibieron órdenes de marchar a Mataró tan pronto como tuviesen noticia de la aproximación de alguna partida numerosa. En la provincia de Gerona se retiraron, igualmente, los destacamentos de Amer, Anglés, La Sellera, Arbucias y San Hilario y en la de Lérida se retiró a Cardona la fuerza que guarnecía a Solsona y Tremp, cuya milicia entregó las armas renunciando a defenderse."

Lo que acabo de copiar de la *Narración Militar* es una anticipación, y debí haber puesto antes el parte oficial de nuestro adversario. Dice como sigue el Capitán don Francisco Moya al Capitán general, fechado en Martorell el 18 de julio:

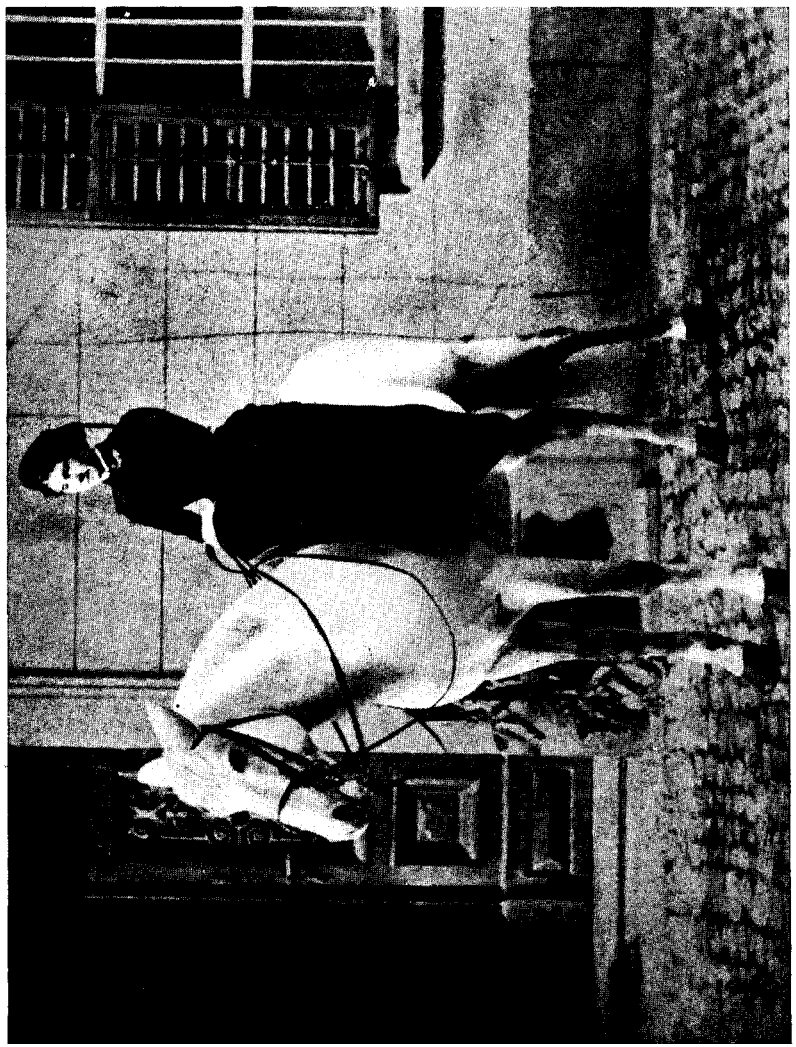
"Prisioneros y en poder de los carlistas el señor Teniente coronel primer jefe de este primer batallón de Navarra don Francisco García Muñoz y el Comandante don Agustín Serra, me he hecho cargo del mando de la fuerza que del mismo ha podido escapar del enemigo, como también de un número bastante regular de transeúntes que, agregados al batallón, se hallaban en Igualada en los días 17 y 18 y parte del 19 del corriente mes, en que tuvo lugar el ataque a dicha villa por las fuerzas carlistas *(no el 19)*, en número de 3.500 infantes *(teníamos 2.200 hombres)*, 200 caballos *(teníamos 150)* y dos piezas de artillería, mandadas por el cabecilla Savalls. *(Ya se sabe que no era éste quien las mandaba.)* Encomiar a V. S. la heroica defensa de los sitiados no es obra para mi débil pluma. Sin embargo, narraré a V. E. los hechos de que he sido testigo, con la ruda franqueza del que, encanecido en la carrera de las armas, cuenta veintisiete años de servicios a su patria. El 16 por la tarde se tuvo aviso de que todas las facciones de Cataluña, reunidas en Calaf, se aprestaban para atacar a Igualada. El señor Comandante militar y el alcalde popular tomaron, desde aque-

lla noche, cuantas disposiciones creyeron convenientes para evitar toda sorpresa. Se pasó la noche sin novedad y al siguiente día, 17, no se notó en su mañana nada que confirmara la noticia recibida; sin embargo, las fuerzas nombradas de servicio continuaron en sus puntos. Pero a las ocho y media del referido día, cuando tan tranquilos se encontraban todos *(es extraño que a las ocho y media estuviesen tan tranquilos, cuando a las ocho nos presentamos en columna de marcha delante de Igualada, desplegando al descubierto nuestras fuerzas y haciendo alarde de éstas ante los habitantes y guarnición de la población),* por el portal de Manresa y Soledad se dejaron oír tiros, aumentando el número de éstos, y a la media hora ya lo hacía la artillería."

Omite consignar la intimación que, antes de romper el fuego, mandó Alfonso por un parlamentario al Comandante de la guarnición, proponiéndole capitular, lo que éste rehusó, en cumplimiento de su deber de buen militar.

"La fuerza del Regimiento de Navarra, con su primer jefe a la cabeza y escaso número de oficiales, pues sólo contaba con el principal del batallón, un Comandante, dos Capitanes, dos Tenientes y cuatro Alféreces, se hallaban dispuestos para la defensa en unión de los Voluntarios de la República y cuantos vecinos de liberales se preciaban, acudiendo presurosos y con el mayor entusiasmo a ocupar en el recinto el punto a cada uno destinado. Los carlistas no sólo sostenían el fuego en los sitios antes dichos, sino que generalizaban el ataque. La artillería funcionó regularmente *(funcionó muy poco por escasez de municiones),* causando con sus disparos daños a la población.

A las diez se recibió aviso de que habían incendiado el portal de la Lacuna y que el retén que lo defendía establecido en "El Vapor" se había visto precisado a abandonar el punto, bajándose por el balcón del segundo piso los seis soldados y el cabo que lo custodiaban. Inmediatamente marchó un sargento con doce soldados y el que suscribe para cerciorarse de la verdad del hecho y, sin embargo de estar ocupado el edificio por dos compañías de zuavos, atacaron a éstos con tal arrojo que, sin darles lugar a la defensa, no haciendo uso el soldado más que de la bayoneta, les obligaron a abandonar el edificio, causándoles diez muertos y cuatro prisioneros, dos de ellos soldados de la columna de Cabrinety. *(Este cuento es una bola, y se comprende lo ridículo de la invención cuando se conocen las maravillas de heroísmo que hicieron los zuavos durante el ataque de Igualada. ¿Cómo se iban a dejar echar dos compañías por sólo doce hombres a la bayoneta de un edificio que se podía sostener contra mucha mayor gente? Hubieran bastado pocos minutos para ponerles a todos ellos fuera de combate. En cuanto a los dos prisioneros que fueron soldados de la columna de Cabrinety, también es falso, pues no había en los zuavos soldados de esta procedencia. Los diez muertos también son inventados. ¿Cómo podían doce soldados hacer diez muertos a dos compañías que se hallaban en un edificio, cargándoles allí a la bayoneta? Pri-*



Doña María de las Nieves

mero, ¿cómo se arreglaron los doce para entrar mientras dos compañías les disparaban desde las ventanas?) Este descalabro que sufrió la fuerza más lucida del enemigo, fué causa de que se exaltara más el ánimo de él, y entonces empezaron a disparar bastantes granadas, llegando a contarse a las doce del día 38 caídas en la población. *(No poseíamos en total tantas granadas.)* A la una concentraron el ataque en las puertas de Manresa y Soledad y en la parte frente a la muralla frente al Hospital; como en los demás puntos, se encontraron con el mortífero fuego del valiente y sufrido soldado y del entusiasta *Voluntario de la República.* Así continuó todo el día, y a las dos de la tarde se generalizó con más insistencia en toda la línea, cesando cosa de un cuarto de hora, a eso de las nueve, en que el enemigo prendió fuego a la puerta de Montserrat y a una fábrica de vapor, a la derecha de la puerta de la Soledad, donde un corto número de soldados y voluntarios que la defendían tuvieron que abandonarla por no poder dominar el incendio, dejando dentro del edificio cuatro muertos de nuestra parte, pues ya se habían retirado los heridos.

A las diez, el Capitán don Valeriano Villacañas y el alférez don Manuel Monforta, que con la tercera y parte de la quinta compañía defendían la puerta de la Soledad, pidieron refuerzos, que se les mandaron, y a las once repitieron la petición, manifestando que no bastaba el número de hombres que tenían a sus órdenes, pues si bien habían conseguido apagar por tres veces el fuego de la puerta necesitaban cubrir su derecha, en donde el enemigo estaba perforando tabiques. A esta segunda petición no pudo complacer el capitán por no haber soldado alguno en el cuartel, y al poco rato se recibió nuevo aviso de que no podían sostenerse los defensores de la puerta y el Capitán pedía permiso para abandonarla y pasar a la barricada que tenía detrás, pues el enemigo se encontraba a ocho casas a su espalda; le facultó el jefe para ello. Entretanto sucedió otra cosa igual en la puerta de Manresa, tan pronto como la consumió el fuego.

El Teniente don Juan Fernández, con la cuarta y segunda compañía y parte de la quinta, con el sargento José Llaseras Funceda, que se encontraba en las tapias, frente al Hospital, se vieron en la necesidad de abandonar las primeras posiciones y de situarse en las barricadas formadas en las calles de Odena y Clós y junto a la fábrica de Galcerán para impedir la entrada del enemigo. Allí se hicieron, Excelentísimo señor, grandes esfuerzos por los sitiados, pues los carlistas llevaron la audacia hasta intentar apoderarse de la primera barricada de la calle de Odena, muriendo al pie de ella el oficial de zuavos que la mandaba.

Cerca de las doce de la noche cesó el fuego; sólo algunos disparos se oían ya. Entonces los valientes y sufridos defensores pudieron reponer sus fuerzas, pues dieciséis horas de combate, sin tomar alimento alguno, les tenía si no abatidos, cansados. Esta tregua duró hasta las tres de la mañana en que, a la señal de dos disparos de artillería, tocando las cornetas y músicas del enemigo diana, y después ataque, acometieron toda la línea. No es posible describir, Excelentísimo señor, los hechos de valor llevados a cabo por los oficiales, clases y tropa, voluntarios y paisanos; todos se

batieron con el valor que da la desesperación. Casos presencié que recordaban a Sagunto y a Numancia.

El enemigo avanzaba; sus fuerzas eran triplices de las nuestras *(esto no, ya que teníamos bastante tropa de reserva fuera de Igualada)*, y a pesar de la tenaz resistencia se tuvo necesidad de abandonar las posiciones, concentrándose en la segunda línea de barricadas, en el centro de la población. El edificio de los Escolapios y la calle de San Agustín, que defendía la primera compañía al mando del alférez don Victoriano Camacho, hubieron de ser abandonados, como antes el de Odena, retirándose a las primeras barricadas por aquel sitio y a la última al lado del Casino. Esta barricada tan importante fué sostenida por dicho oficial y tropa que le acompañaba; murió al pie de ella el primer jefe de los zuavos *(Wills)* y cayó prisionero el alférez Camacho *(cogido por los nuestros, pero no al mismo tiempo)*. Sólo quedaba en el recinto un punto avanzado, la gran fábrica algodonera llamada "La Igualadina"; defendía ésta la sexta compañía, al mando del Alférez don Dionisio García, y comprendiendo el enemigo la importancia de aquella posición, dirigió sobre ella fuerzas considerables, viéndose precisados sus defensores a abandonarla y a retirarse al centro después de una heroica defensa. A las siete, reconcentradas nuestras fuerzas hacia el centro, dirigió el enemigo parte de las suyas al cuartel, donde se encontraba establecido el hospital de sangre con 29 heridos custodiados por 10 soldados. Tomadas las casas vecinas por los carlistas, el fuego fué horroroso. Entonces el señor Comandante don Agustín Serra, el médico, el que tiene la honra de dirigirse a V. E., convinieron en salvar los heridos, sacándoles y llevándoles a la iglesia parroquial *(pero esto fué muchísimo más tarde, pues de todos modos el cuartel fué atacado mucho más tarde que las siete)*; los unos fueron llevados en camillas, los menos graves andando y otros a espalda. En esta operación y al salir con el último una descarga mató a uno de los conductores e hirió a otro.

Sostenido el cuartel hasta última hora e incendiado uno de sus ángulos por los carlistas, fué abandonado por su jefe, el ayudante y 10 soldados, salvando las municiones y mulas que había dentro del edificio, pasando a la iglesia, donde estaba el jefe principal. Dueño el enemigo del cuartel, dirigió sus fuerzas contra la iglesia y la Casa de Ayuntamiento incendiando, al poco rato, las puertas de ambos edificios; la defensa fué desesperada, y, agotadas las municiones y las fuerzas de los sitiados, y sin ninguna esperanza de auxilio, a las siete se rindió el Ayuntamiento *(siete de la tarde)*; a las ocho los encerrados en la iglesia cayeron prisioneros, entre ellos, el señor Teniente coronel don Francisco García Muñoz, el Comandante don Agustín Serra, el Capitán don Valeriano Villacaña y el Alférez don Manuel Monforte, siendo exceptuados el facultativo, sus ayudantes y heridos. Fueron despojados, los primeros de todas las prendas de vestuario *(quiere decir los oficiales mencionados)*, y se les dejó sólo la ropa interior. *(Esto me sorprende muchísimo, porque se les dejaba siempre sus uniformes; nunca oí que se les quitasen; me parece imposible sea esto verdad, a menos que se tratase de la acción ilícita de un soldado, sin que lo viese ningún oficial.)* Sin ninguna resistencia ya por parte de la población, se entregaron los carlistas a un completo saqueo; pocas son las casas que no tienen que lamentar esto y familias que han quedado con lo solo puesto."

Es falso que la población fuese librada al saqueo, puesto que demasiado conocidas eran las órdenes terminantes de Alfonso para todas las ocasiones de este género; que durante el combate pudiese haber habido alguno que otro soldado que se apropiase de alguna cosa al pasar por las casas abandonadas sin que le viesen los oficiales es posible, y hasta probable; pero siempre se trataría de un hecho aislado, y, en cuanto a las familias de que habla el parte del enemigo, que, según él, no quedaron más que con lo puesto en el cuerpo, hay que recordar que antes que las carlistas fueron las fuerzas republicanas las que pasaron por las casas, y que una parte de los defensores eran francos o *cipayos*, los cuales se componían de una chusma de la peor clase.

No hay idea de que después del combate fuese entregada la población al saqueo. Sé que, como excepción, hubo algunos soldados de Savalls que cometieron actos punibles en cierto número de casas, después de la toma de la ciudad, y que Alfonso, indignado, mandó que se averiguara cuáles habían sido los culpables para que fueran castigados. Pero, repito, eran casos aislados, pues las tropas de la provincia de Gerona no eran menos disciplinadas que las demás.

"El incendio ha destruído varios edificios, entre ellos *los vapores*, que estaban abandonados; la gran fábrica de Galcerán, y, en la Rambla, las puertas de tres cafés, casinos, teatros y varias casas. Nuestras pérdidas son grandes, pues de la fuerza del batallón y los agregados se calculan en unos 50 a 60 muertos y 52 heridos, entre graves y leves, cuya relación, por conducto del jefe de Sanidad Militar, remitiría a V. E. el médico del batallón.

Respecto a los paisanos, según datos que voy adquiriendo, son 30 de los primeros y unos 32 de los segundos. Las de los carlistas son inmensas, pues, sin embargo de haber quemado ellos tres depósitos de cadáveres que tenían, quedaban ayer en el cementerio 250 y algunos que recogieron en las afueras de la población."

Esta es una mentira tan grande como una loma; en primer lugar, jamás quemábamos cadáveres; como el enemigo lo hacía muchas veces, creía que también nosotros lo hacíamos. No tuvimos ni un muerto ni un herido más que los que declara nuestro parte oficial, salvo, tal vez, algunos contusos, que continuaron más tarde la marcha con nosotros.

"A las nueve de la mañana del día 18 se presentó a la vista de Igualada, en el monte en que está situado el castillo del Pi, el señor Coronel Martí (a) *El Xic de las Barraquetas,* con 1.200 voluntarios. *(No fué a las nueve, sino al mediodía.)* Los carlistas le salieron al encuentro y hubo fuego por espacio de media hora, jugando la artillería, que terminó marchando los voluntarios a Capellades, según manifesté a V. E. en telegrama desde dicho pueblo a las seis y media de la tarde. Hecha la historia de lo ocurrido en Igualada, réstame tan sólo, Excelentísimo señor, recomendar, para que lo haga al Gobierno de la República, el heroico cumplimiento de todos los defensores, que contribuyeron con su entusiasmo a demostrar su debida adhesión, sin que mi deber sagrado de sinceridad me permita dejar de recomendar los desvelos paternales del médico del batallón, don Ricardo de Barberá, incansable en todos los momentos de la jornada."

El parte de don Francisco Moya estaba fechado el 18 de julio en Martorell. (Debía ser el 19.) Entre siete y media y ocho, según el parte de este señor, a las ocho, acabó el combate. (Según nosotros, a las siete y media, y es raro que pudiera fechar su parte en Martorell el 18, a menos de que haya podido fugarse antes de Igualada. Pero entonces ¿cómo pudo decir él desde Martorell lo que pasó después de la toma de la ciudad, es decir, el saqueo de ella que inventó?)

También dice, hablando del *Xic de las Barraquetas* "que el fuego terminó marchando los Voluntarios a Capellades, según manifesté a V. E. en telegrama, desde dicho pueblo a las seis y media de la tarde". Según esto, a las seis y media estaba en Capellades el que escribe; pero pudo haber mandado a alguien con su telegrama. En el parte respecto a la acción de los nuestros con el *Xic de las Barraquetas,* que presenta muy mansa, no hay ni una palabra para la derrota espantosa de los Voluntarios de la República. Había, sin embargo, demasiados espectadores para esperar que quedara ignorado el hecho. En cuanto a los muertos nuestros, que dice suben a 250, insepultos en el cementerio, después de los tres depósitos de cadáveres quemados, como cuenta, dice: "Ayer" *(los cuenta, por lo visto, para el 17, primer día del ataque, ya que fecha el 18 su parte).*

Un rasgo característico entre los hechos que hubo durante la toma de Igualada es el heroismo con el que se batían las dos partes. De la nuestra había el entusiasmo que impulsaba el valor sublime con que los carlistas sacrificaban su vida por sus principios; pero de la otra no podía existir este estimulante en la tropa; muchos hasta se batían por una causa contraria a sus ideas; pero el deber de soldado, formando en él una segunda naturaleza, le empujaba a prodigios de bizarría. No hablo de los francos, quienes, en gran

parte, sentían odio a todo cuanto defendíamos y también miedo a cuanto quizás les esperara, sabiendo que estaban fuera de la ley y no tenían derecho a que se les respetara la vida, una vez cogidos *(repito que Alfonso no permitía que se les fusilase, una vez prisioneros),* sino que quiero referirme al soldado de la tropa regular. Como una prueba, entre tantas, aduzco la de los 200 hombres que pidieron ser admitidos en las filas carlistas, en las que se distinguieron en lo sucesivo, después de haberse batido encarnizadamente contra nosotros en Igualada, a pesar de sus principios carlistas. El soldado español es un ser admirable; hay que quererle.

En todo hay excepciones, y así también alguna que otra en algún soldado español y puede uno encontrarse en el caso de recordar la palabra del Evangelio: "El espíritu está pronto, pero la carne es flaca y débil." Respecto de esto me viene a la memoria un hecho que pasó en Igualada durante nuestro ataque, hecho que prueba la veracidad de un dicho, no del Evangelio; pero de pura verdad y es: "Aunque hagas lo que puedas tu suerte te espera en el ángulo de la calle." Me parece que es un dicho árabe y quiere decir que el hombre puede tomar las precauciones que quiera, pero no por ellas escapará a lo que Dios ha decretado.

Uno de nuestros soldados tuvo ocasión de persuadirse de ello de una manera bastante original. El pobre, lleno de buena voluntad, pero de una dosis más pequeña de valor, fué presa de pavor en aquel infierno del combate y se refugió en una casa que parecía ofrecerle mucha seguridad. Subió a una habitación, en la que encontró una alcoba muy resguarda y con buena cama. Se acostó y bien tapado con una porción de cosas, esperó presenciar la conquista de la villa sin que su carne tuviese que dar su óbolo; pero el hombre propone y Dios dispone. Y he ahí que una bala maligna se apartó de lo que hubiera sido su camino y entró por la ventana en busca de la alcoba, y allí penetró derechita en ella; luego perforó la madera de la cama y, pasando por los obstáculos de ropa, fué a alojarse en la planta del pie de su víctima.

Nuestra noche en Igualada debía significar una toma de posesión por parte de los carlistas y una demostración a los habitantes de que no temíamos la llegada de ninguna columna republicana. En realidad, no deseábamos de ninguna manera semejante visita, y representar entonces el papel que acaba de hacer el enemigo, y mentalmente nos repetíamos el proverbio: "Ciudad sitiada, ciudad tomada". No se da siempre este caso, pero sí a menudo, y evitamos el probarlo a cuenta de nuestras esperanzas.

El 19 de julio de 1873 marchamos ya, a las dos y media de la mañana, de Igualada. Alfonso lo había fijado así de antemano.

No quería esperar a una columna adversaria, dado caso de que tuviera el enemigo intención de atacarnos. Después de dos días de terribles fatigas no se debían lanzar otra vez nuestras tropas a un inmediato gran combate contra gente fresca y descansada. Se necesitaba un pequeño intervalo, y, además, era importante poner a seguro todo el material de guerra que se había cogido. Nuestro descanso fué muy corto, tanto más por lo que Alfonso tuvo que disponer y escribir durante la primera parte de la noche. Antes de dejar a Igualada, que quedó población abierta, dirigió Alfonso una proclama a los habitantes de dicha villa recomendándoles el ponerse al lado de los carlistas.

Al levantarnos, a las dos de la mañana, al toque de diana, la alegría de la victoria triunfó sobre nuestro sueño. Con nuestras fuerzas venían los rehenes que debían ser garantes de que se pagase el impuesto de guerra. Los prisioneros fueron dirigidos a un sitio donde debían esperar el canje, a la Virgen de Horta, exceptuados los 200 que pasaron a nuestro Ejército.

Hicimos transportar el cuerpo de nuestro querido Wills al santuario de la Virgen de Pinós, para ser enterrado en esta capilla. El Comandante interino de los *zuavos* y algunos oficiales de este batallón le acompañaron para tributarle las últimas honras. Don Augusto Wills se marchó a Holanda, con intención de volver más tarde, como lo efectuó.

CAPITULO XXXV

SIGUE JULIO DE 1873

Abandono de puestos fortificados.—Organización en Valencia. Intento sobre Berga

Pasando por Odena, Castellfullit y Rajadell, llegamos, a las doce y media del día, con nuestras tropas a la Fornellosa, donde se hizo una parada para comer y descansar. A la tarde, después de una marcha forzada y pasando por la carretera, cerca de Manresa, paramos en Suria, donde se hizo noche. Desde aquí mandó Alfonso una proposición de entrega a la guarnición de Sampedor, prometiendo a todos los defensores de este punto fortificado pleno indulto y libertad. Sampedor no tenía como guarnición más que Voluntarios de la República, *cipayos;* pero eran numerosos. Este lugar nunca lo habían tomado los carlistas.

El domingo 20 de julio de 1873 marchamos a las cinco de la tarde de Suria para Sampedor. Por la mañana tuvimos misa militar. Antes de llegar a la mencionada población ya habían los *cipayos* depositado las armas. El alcalde hizo tocar las campanas y la música, iluminó festivamente el sitio y nos recibió con los mayores honores. En el acto empezaron los trabajos de demolición de las fortificaciones. La noche se pasó en Sampedor.

El lunes 21 de julio hubo un solemne *Requiem,* celebrado por el capellán de los *zuavos* por todos los muertos durante el asalto de Igualada, tanto por unos como por otros, es decir, amigos y enemigos. La nueva música de los *zuavos,* la que realmente era espléndida, tocó durante el servicio fúnebre.

En Sampedor tuvo Alfonso la noticia de que el Coronel don Cayetano Freixa, jefe del Tercio de la Guardia Civil de Barcelona, iba a salir, como se convino, con su tropa para dar el grito de "¡Viva Carlos VII!" Como ya lo tengo dicho, todo lo esencial había

sido fijado entre el Coronel Freixa y Alfonso, por medio de monsieur Jules de Caseneuve. Quedaba por fijar aun algunos detalles y el día de la salida. El señor de Caseneuve había dado todos los pasos necesarios cerca del segundo jefe de la Guardia Civil de Barcelona y de los oficiales: iba con riesgo de su vida. Era él también quien había ganado al jefe de caballería de la guarnición de dicha capital, el cual le prometió seguir el ejemplo de la Guardia Civil, si ésta lograba el éxito de su pronunciamiento.

Después de haberlo preparado todo, estaba resuelto Caseneuve a acompañar a la Guardia Civil para compartir con ella el peligro. Alfonso quería ir en el momento requerido al encuentro de estos valientes. A las tres de la tarde marchamos de Sampedor para ir contra Moyá, sitio fortificado, cuya guarnición o conjunto de defensores contaba 1.200 hombres. Según nuestras noticias era la guarnición la que se componía de esta cifra, pero escaparon al acercarnos nosotros. Habíamos ido por la carretera, pasando por San Fructuoso de Pagés y hacia la noche por Caldés. Así llegamos a Moyá, donde pernoctamos. Supimos que la guarnición de Centellas quería entregarnos las armas.

El martes, 22 de julio, nos informaron de que la guarnición de Centellas ya había dejado las armas; pero no pudimos aprovechar su ofrecimiento de ir a tomarlas, porque una columna enemiga, que primero había ocupado Moyá, fué a apoderarse de ellas antes de que tuviéramos tiempo de encargarnos de estas armas, que nos hubieran salido tan baratas.

Alfonso quería atacar a Vich, pero, según las noticias recibidas y que nos aseguraron ser del todo fidedignas, vinieron tropas enemigas a reforzar la guarnición, avisándonos también de que en ese momento se encontraban más de 2.000 hombres reunidos allí. Tal vez era exagerado el número, aunque parecía probable, y de todos modos valía más desistir en ese momento del concebido plan porque otro estaba para madurar y era el de hacerse dueño de Berga.

Como ya lo dije, al saber Alfonso que iba a realizarse el pronunciamiento del Tercio de la Guardia Civil, quiso ir a su encuentro en el momento en que el golpe iba a efectuarse; pero sobrevino la noticia de que el Comandante de Berga manifestaba la intención de entregarse si Alfonso se presentaba en persona con sus tropas ante dicha plaza y hacía un simulacro de ataque; pero que sólo a Alfonso se entregaría, y a ningún otro.

Mi marido se vió muy perplejo entre ir a Berga y hacerse dueño de esta plaza en circunstancias tan favorables, sin derramar una gota de sangre, o ir a recibir a la Guardia Civil. Esto último, el pronunciamiento del Tercio, era de por sí el acontecimiento más

importante a causa de todas sus consecuencias; pero no requería la presencia de Alfonso, pues otro jefe, con alguna fuerza, podía ir a recibirla. No había ni peligro ni complicación en esto.

Alfonso consultó con Tristany, y éste insistió en que fuéramos a Berga, pues opinaba que si se retrasaba aquéllo era probable fracasaría; que, por otra parte, si Alfonso iba a hacer ahora un movimiento en dirección de Barcelona se llamaría la atención del enemigo hacia allá y las tropas republicanas no dejarían de marchar hacia aquellos sitios, y que así la reunión de la Guardia Civil con los carlistas corría peligro de no poderse efectuar o de estrellarse.

Las razones dadas por Tristany eran de mucho fundamento, y, por lo tanto, se decidió Alfonso, siguiendo el consejo de este General, a llamar al Coronel Baró para encargarle de dicha misión. Baró, jefe interino de la provincia de Tarragona, se encontraba a menudo en los parajes concurridos por la Guardia Civil y sus movimientos no llamarían de manera especial la atención del enemigo. Tenía las ventajas del conocimiento más perfecto de aquel país. La tarea que se le encargaba era de las más fáciles, y de ninguna manera expuesta; á lo menos, no más que cualquiera otra sencilla operación. El sitio donde debía esperar al Coronel Freixa con su tercio se hallaba en un territorio recorrido a menudo por los carlistas. Si a consecuencia de un movimiento del enemigo hubiese sido imposible ir al punto indicado, podía escoger otro en el mismo círculo, con tal de encontrar a su debido tiempo a la Guardia Civil, avisando a ésta de lo necesario.

Alfonso envió una orden urgentísima a Baró para que se presentase en el acto con las fuerzas que mandaba. Baró vino y Alfonso le explicó de lo que se trataba y debía él hacer, dándole las más detalladas instrucciones, haciéndole responsable de su más estricta ejecución. Baró soltó entonces una frase que sorprendió a Alfonso. Dijo:

—¿Y si me hacen fuego? (Los guardias civiles.)

Mi marido le contestó:

—Entonces le harás tú a ellos.

Las palabras de Baró pusieron a mi marido algo pensativo, respecto a haber elegido a este Coronel como ejecutor de su misión; pero tenía buena opinión de él y así no dió gran importancia a lo que dijo. Pensó después no sería muestra de falta de valor, y sí sólo una demanda de instrucciones.

A las cuatro de la tarde marchamos de Moyá y a las once de la noche llegamos a Prats de Llusanés. Supimos aquel día que la guarnición de Solsona, lugar muy importante, se había escapado.

La toma de Igualada produjo carne de gallina a diferentes guarniciones, compuestas, en parte, de *Voluntarios de la República*, pero apoyados también por tropa regular, como lo vengo anotando, según relatos de la *Narración*.

En otro párrafo de esta obra se confirma lo que escribo, después de decir que los batallones de Cuba y de Cataluña y los Voluntarios de Tarrasa impidieron que Manresa fuese ocupada por los carlistas, cuando, como lo dice el mencionado libro, las fuerzas de Alfonso llegaron el 21 a Sampedor y se intimó la rendición a dicha ciudad (Manresa). Continúa diciendo que habíamos pasado la noche del 21 en Moyá y dice:

"Durante estos días, tanto las fuerzas de Asensio Vega, que se hallaban en Granollers, como los batallones segundo, tercero y cuarto de la Diputación, reforzados con 600 voluntarios de Sabadell y las reunidas en Manresa, permanecieron en dichos puntos sin practicar el menor movimiento. La concentración de las partidas rebeldes ponía en peligro, por su situación central, a todas las importantes poblaciones de la montaña; Manresa, Vich, Olot y Granollers eran puntos sobre las cuales tenían sus miradas los carlistas.

Para evitar que cayeran en su poder, sólo contaba el Brigadier Cañas con las tropas reunidas en Manresa. Con éstas y algunas fracciones sacadas de todas partes, pensó, desde luego, formar una columna que, buscando al enemigo, le obligase a dividirse; pero un acontecimiento imprevisto retrasó la realización de su proyecto."

Dice la *Narración* que Cañas no contaba más que con las tropas reunidas en Manresa; esto y las fuerzas que acabo de enumerar bastaban para impedirnos un ataque sobre Vich, que tenía también tropas de defensa.

Con fecha 22 de julio, desde Moyá, escribió Alfonso a su hermano que, a pesar de que por la carta de 4 de julio, vió que Carlos le confirió el mando de los Reinos de Valencia y Murcia, desearía poseer para esto un nombramiento oficial. Luego dice que, en vista de las facultades que le dió, relevó al General Belda de su cargo, haciéndolo de buena manera y agradeciendo sus buenos servicios (Belda podía haber sido grandemente utilizado en otra parte); que disolvió igualmente la Junta de Valencia, y nombró a Bolinches jefe de la provincia de Alicante para que hiciese en ella el levantamiento, y que él (Alfonso) pondría en orden también las otras provincias del Reino de Valencia; que tratará de encontrar al General Mogrovejo, a pesar de que esto le será muy difícil, y que le nombrará Comandante general de las dos provincias de Valencia y Alicante, dejando a Vallés en el Maestrazgo.

Aquí no se podía hablar aun de brigadas y de divisiones, porque no existían más que unas pequeñas partidas. El mando reunido de Valencia y Alicante respondía a una futura división, y Bolinches, con el mando de Alicante, sería con el tiempo jefe de brigada.

El 23 de julio quedamos en Prats de Llusanés hasta las cuatro de la tarde. Savalls se ponía siempre en movimiento con lentitud. Antes de anochecer llegamos a Gironella, a más o menos media hora de marcha de Berga. Alfonso había combinado con Tristany, Savalls y Miret todos los detalles del asalto de Berga, para el caso en que no quisiese capitular y de que fuese errónea y cuento de gente mal informada la noticia de que el Comandante quería entregar la plaza. Repito que esta noticia fué la causa de haber ido Alfonso a Berga, en vez de hacerlo al encuentro de Freixa.

Según disposición de mi marido llegamos todos juntos a Gironella, y Savalls y Miret debían adelantarse con unas compañías, tomadas de los diferentes batallones, para que empezase en seguida la misma noche, el asalto. Todo el resto de la fuerza, excepto el batallón de Muxí, 4.° de Barcelona, que Alfonso envió a Olván, la colocó éste en Gironella porque contaba con que vendrían socorros del enemigo en socorro de Berga; también era buena táctica la de tratar, cada vez que se podía, el empezar los ataques con relativamente poca gente, y mantener una reserva, la más fuerte posible, para poder mandar, poco a poco, la necesaria ayuda durante el curso del combate.

El General Tristany con los suyos, Camps y nosotros debíamos igualmente quedar entretanto en Gironella. A Savalls y Miret ordenó mi marido que se entretuvieran sólo el tiempo estrictamente necesario en la mencionada población y que continuaran luego, cuanto antes, a ocupar los sitios que se habían fijado, con lo que Miret quedó sumamente conforme, persuadido de ser urgente el empezar la operación lo más pronto posible, ganando cuanta más noche fuese dable. Serían las siete, o por ahí, cuando llegamos a Gironella; pero a las diez de la noche estaba aún Savalls cenando y furioso de que Alfonso quisiera que apresurase la marcha. Por fin, después de que mi marido insistió diferentes veces, se puso en camino, hacia las diez y media de la noche, con las fuerzas destinadas al primer ataque. Berga no distaba de Gironella más que una hora de marcha, y las fuerzas venían muy descansadas, pues habían salido de Prats a las cuatro de la tarde. Perdióse largo tiempo cuando era esencial aprovechar la obscuridad para adelantar todo lo posible a su amparo, ya que de día había más dificultades y se perdía mayor número de gente. La noche pasó, y ni un tiro. Reinaba el más profundo silencio.

Estábamos muy agitados. La cosa debía haber fracasado, pensábamos, o a lo menos sobrevenido un fatal retraso que comprometía la empresa.

Por la mañana del jueves 24 de julio de 1873 recibió Alfonso un parte de Savalls diciendo no había empezado el ataque porque (según aseguraba) las dos compañías con las cuales contaba estaban incompletas, pues faltaba la mayor parte de sus voluntarios. (Y esto ¿no lo sabía Savalls al marchar de Prats de Llusanés? ¿Y lo ignoraba unas horitas antes en Gironella?) Decía igualmente que el Capitán que debía servir de guía no estaba allí; que Miret, quien con una compañía ocupaba la posición por la parte de la montaña, se encontraba, él también, sin guía, y que, vistas estas razones, el Comandante del batallón de Gerona que debía empezar el ataque renunció a éste y se fué con sus fuerzas a Aviá.

Según se ve, a Miret le dejaron plantado. ¿Y Savalls dónde estaba? ¿Estuvo tan lejos que no se pudieran tomar órdenes? Aunque se hallase, según su costumbre, durmiendo al seguro cuando se trataba de algún asalto, de lo que (del dormir) nadie le hacía cargos, a lo menos, debía haber dejado asegurada la comunicación entre él y los jefes encargados del ataque, y no exponerse a que un jefe, obrando contrariamente a las órdenes de Alfonso, se marchase de Berga y fuera, como fué, del todo arbitrariamente, a otra población. Savalls tenía sus fuerzas de Gerona, mientras que, según parece, las dos compañías que, según pretendía, estaban incompletas, pertenecían a las de Barcelona. Si de veras estaban incompletas no podía ser más que momentáneamente y debido a que parte de ellas se hubiese extraviado en la obscuridad. Esto no tenía nada que ver con la misión del jefe del primer batallón de Gerona.

La falta del guía que dice Savalls, no estaba, es verdad; pero tampoco justifica el abandono completo del ataque y su huída hasta Aviá; y aunque hubiera habido un motivo de fuerza mayor que hubiese obligado al primer jefe del primer batallón de Gerona a no empezar el ataque durante la noche, no tenía excusa el abandono, sin permiso, de las posiciones que le encomendaron ocupar, yéndose a otra población y abandonando a Miret, que había quedado en las posiciones convenidas y no debía empezar el asalto por este lado hasta que las tropas de Gerona lo emprendiesen por el suyo, según el plan que Alfonso combinó con los jefes, pues si Miret empezaba el asalto antes que los de Gerona comprometía el resultado.

Aquel parte lo escribió Savalls desde Aviá, pidiendo órdenes. Alfonso estaba incomodadísimo, pero contestó a Savalls que si el resultado no habría de ocasionar demasiadas bajas, debía empezar el asalto en el acto, y si no, a las nueve de la noche. Savalls optó por la noche. Durante el día comunicó a mi marido que sus fuerzas ocupaban los puntos principales fuera de Berga y pedía cuatro compañías más para el asalto, que se fijó definitivamente para las nueve de la noche. Durante aquel 24 de julio dice Savalls en el mismo oficio en que pedía que mi marido le mandase cuatro compañías más: "El Coronel y la guarnición de Berga tienen deseos de rendirse a los tres o cuatro cañonazos, tan sólo para cubrir el expediente."

Lo que escribía Savalls correspondía con las informaciones anteriores respecto a las intenciones del Comandante de Berga, lo que había inducido a Alfonso a ir en persona a Berga, en vez de seguir su proyecto anterior (el de marchar al encuentro de Freixa). Mi marido pensaba:

—O Berga capitula de grado desde un principio, al verse atacada y salva así las apariencias, o, en caso contrario, se toma a la fuerza.

Con lo que envió una propuesta de capitulación al Coronel don José Pavía, Comandante de Berga, asegurándole, con su palabra de caballero y Príncipe, la garantía individual para todos sus subordinados, concediendo la licencia absoluta a todos los soldados que guarnecían la plaza, el indulto a los *Voluntarios de la República* y demás paisanos comprometidos en la defensa y el reconocimiento incondicional de los honores y empleo a él (el Comandante) y demás jefes y oficiales.

El Coronel don José Pavía contestó que, hallándose la plaza bajo su mando por disposición del Gobierno constituído y dispuesta la guarnición a defenderse a todo trance, "lo haremos, dice, como buenos soldados, y esperamos tranquilos el ataque". El oficio del Coronel Pavía estaba fechado el 24 de julio y dirigido al "señor General en Jefe de las fuerzas carlistas", y *no* al cabecilla de las facciones. Mandó también un oficio muy cortés a Miret, y respondiendo a su propuesta de capitulación, le dice: "Acabo de recibir el fino escrito de usted, y, como comprenderá, mi honor y delicadeza, atesorada con cuarenta y cuatro años de oficial, me impiden poder acceder a sus deseos de entregar la plaza encomendada a mi inmediato mando por el Gobierno constituído, que, como en lo demás, he obedecido toda mi vida. Estimo más la honra que la vida, como cumplido caballero, y, por consiguiente, me atengo a mi primera comunicación (supongo que a la dirigida a Alfonso), esperando tranquilo el ataque. Réstame significarle que agradezco infinito la amistad que me dispensa y que yo estimaría en mayor grado si la situación no

nos colocase en beligerantes.—Dios guarde a usted muchos años. Berga, 24 de julio de 1873.—El Coronel, Comandante militar, *José Pavía.*" Lo dirige al señor don Martín Miret, Comandante general, segundo jefe de las fuerzas carlistas.

Por supuesto, el escrito, o más bien los dos escritos, del Coronel don José Pavía nos lo hacían simpático. Supimos luego que lo que Savalls escribía en su parte del 24 de julio desde Aviá se basaba en un gran error, como ya se ve, y que lo que pasó respecto a esto era lo siguiente: El Alcalde de Igualada, quien desde la toma de esta población venía con algunos otros republicanos como rehenes con nosotros para garantizar el pago del impuesto de guerra, pidió se le permitiese ir a Berga para persuadir a la guarnición de la inutilidad de toda resistencia. Alfonso consintió, confiando en la palabra de honor de aquel señor, y le prometió ponerle en libertad si conseguía convencer a los defensores de la plaza. El Alcalde volvió después de algunas horas y trajo la esperanza de que no harían resistencia y de que se entregaría Berga. Así, mandó Savalls el consabido oficio diciendo que la guarnición de aquella población no esperaba más que algunos cañonazos para abrir las puertas, y pedía Savalls cuatro compañías más con la intención de un inmediato ataque, no juzgando prudente, como decía, el diferir el asalto hasta la noche (había dicho primero esperar hasta las nueve de la noche). Las contestaciones del Comandante de Berga prueban que todo fué una gran equivocación.

En esto anunciaron a Alfonso que una columna enemiga venía de Manresa en socorro de Berga. Mi marido decidió atacarla y ordenó a Savalls que fuera a Olván (a media hora de Gironella), en donde se reuniría con él. El enemigo debía venir por aquel sitio; Alfonso hizo su plan de ataque esperando batir a la columna y apoderarse después de Berga; pero sus proyectos fueron estorbados una vez más por Savalls, porque éste, en lugar de ir a Olván, se marchó, sin pedir permiso ni esperar órdenes, y se dirigió a lado opuesto, a la provincia de Gerona, por Pont de Raventí y Borredá, y mientras Alfonso creía encontrarle en Olván, supo que Savalls se fué por otra parte. Naturalmente, se indignó mi marido. Sin las tropas de la provincia de Gerona no tenía las bastantes para atacar a la columna enemiga y al mismo tiempo ponerse a cubierto de una salida de la guarnición de Berga. A pesar de lo dicho por el Alcalde de Igualada, era más prudente atenerse a lo que aseguraban las contestaciones escritas del Coronel don José Pavía, que mostraban lo contrario de una intención de capitular. Se trataba de un asalto; para éste y la reserva necesaria que pudiese contener una columna de socorro, aunque no hubiese

sido verdad la llegada de aquella que habían anunciado, necesitábamos el número de tropas fijado antes y no podíamos prescindir de las de Gerona. No hubo otro remedio, por el momento, que renunciar al plan concebido, lo que hizo Alfonso con dolor y rabia.

En el libro de la *Narración Militar de la Guerra Carlista* se dice sobre nuestra tentativa sobre Berga que, "después de varias contestaciones entre el Comandante militar, empezó el ataque, en el que resultaron —dice el parte— 12 muertos carlistas y dos heridos de la guarnición". ¿Cómo pudo haber muertos y heridos si no hubo tiros? ¿Y cómo se pueden levantar tales cuentos en un parte oficial? De fijo que este parte no lo redactó el Comandante don José Pavía, demasiado formal para esto.

Parece raro que hasta este día, 24 de julio, no oyéramos hablar de una salida de la Guardia civil de Barcelona. Encuentro en una anotación: "En Manresa se cuenta que 400 guardias civiles de infantería y caballería se han pasado a los carlistas." La salida de Barcelona del Tercio se efectuó, como ya lo supimos más tarde, el 22 de julio, a la una de la madrugada. Hablaré de esto más adelante.

Por la tarde del 24 de julio marchamos con nuestras fuezas de Olván y fuimos a pernoctar a Casa Raurell, de Berga. Ninguna columna llegó a Olván ni a los alrededores de Berga, lo que hubiese facilitado aún más la toma de esta plaza, cuyo asalto se hubiera efectuado si Savalls no se hubiese marchado por su cuenta con la fuerza de Gerona. Supongo que la noticia de que iba a venir una columna de Manresa habrá obedecido a la formación de la columna de Cañas, de la que habla la *Narración,* la cual dice haber sido suspendido el plan de Cañas por un acontecimiento imprevisto: la salida de la Guardia civil de Barcelona. Se ve que la voz de que venía una columna fué una confusión.

Savalls, no contento con haber desobedecido a cuanto Alfonso le mandó respecto a su propio modo de obrar, ordenó a Miret, sin pedir permiso, fuese con sus fuerzas a Viladá; pero muy poco después envió mi marido a éste (a Miret) la orden de ir a Pont de Raventí, detrás de Berga, lo que correspondía a sus planes. Al reproche que escribió Alfonso a Savalls por haber desobedecido el ir a Olván, como se lo mandó, contestó éste que no había recibido el oficio, y que acababa de llegar a Borredá, desde donde escribía el 25 de julio por la mañana. Era poco probable que la orden de mi marido no le alcanzase; pero, dado el caso de que realmente no la recibiera, no era razón para abandonar las posiciones que le fueron fijadas, y no justificaba su marcha arbitraria a Borredá.

Alfonso había convenido con Savalls el día que debía tener lugar el ataque; que en caso de una inevitable retirada y de que fuese imposible entonces comunicar con él, Savalls debía retirarse a Borredá. Pero ninguno de los casos previstos para esto sobrevino, ya que no se trataba de retirada, sino de combate. Era una mala y vana excusa de Savalls. Este añadió en su oficio que se hallaba indispuesto y no podía venir en persona, pero que mandaba sus tropas a Olván, salvo la compañía de *Guías,* que guardaba a su lado si el Infante no encontraba inconveniente en esto. ¡A buena hora mandaba las fuerzas a Olván! ¡Cuando había pasado la ocasión! No encuentro en mis apuntes si efectivamente llegaron las mencionadas tropas de Gerona a Olván o no.

CAPITULO XXXVI

SIGUE JULIO DE 1873

Movimiento del Tercio de la Guardia Civil de Barcelona.—Escasos frutos.—Ataque a Caldas de Montbuy.—Un corresponsal extranjero

El 25 por la tarde llegamos a Prats de Llusanés. Alfonso había animado al jefe de los Somatenes a hacer un levantamiento, y para esto reunía a los principales de aquél en Prats de Llusanés, en una gran consulta, presidida por Alfonso. El jefe del Somatén dió una respuesta favorable. No puedo decir si fué antes de irnos a Berga o después cuando se combinó aquello, porque como se perdió parte de mi *Diario de Campaña,* tengo que reunir ahora estas *Memorias* con breves anotaciones, cartas y documentos en los que falta infinidad de detalles, de modo que son a menudo incompletas, pero no carecen nunca de la más estricta realidad.

En Prats de Llusanés quería Alfonso operar, después de una perfecta preparación, el movimiento importante del Somatén, unido a nuestras tropas, para marchar luego juntos a Berga.

De todos modos, vió mi marido a parte de los jefes del Somatén en Prats de Llusanés, y supongo que fué antes de ir nosotros a Berga, porque encuentro una carta de Alfonso a Carlos que dice con fecha 30 de julio: "Antes de bajar al Vallés reunimos en Prats parte del Somatén de la montaña y quisimos atacar a Berga, *pero Savalls no cumplió mis órdenes,* y tuvimos que retirarnos sin lograr nada; por buena suerte, sin haber empezado el ataque."

Según esto, parece que debió ser antes del 23 cuando Alfonso vió a los jefes del Somatén de la montaña.

El 26 de julio lo pasamos en Prats de Llusanés. Aunque Alfonso no abandonaba su idea de Berga, resolvió, sin embargo, por diferentes razones, hacer primero una expedición al Vallés.

La obra *Narración Militar de la Guerra Carlista* dice que la columna de Lera llegó el 26 de julio a Caserras y que estaba compuesta de un batallón del regimiento de Cádiz, otro del de Barcelona, de los batallones de Cuba y de Cataluña, de tres secciones de Caballería de Tetuán, tres piezas de artillería de montaña, dos batallones de *Voluntarios de la República* (1.100 hombres estos últimos) y el primero y segundo de francos; que a pesar de que Lera recibió, con fecha 25 de julio, la orden de Cañas de perseguir sin descanso al grueso de las fuerzas carlistas (es decir, a nosotros con las tropas que nos acompañaban), ese Coronel quedó el 27 y el 28 de julio en Berga y no se movió de allá en dichos días, no obstante que todas las noticias decían que don Alfonso se hallaba en Prats de Llusanés y de que Cañas, en el mismo oficio de 25 de julio, le ordenó proteger los principales puntos fortificados y guarniciones; que emprendiese la marcha de Manresa hacia Berga si los carlistas estaban en los alrededores de allí, o a Moyá, o a Vich (quería decir alrededor de Vich) si tomaran esta dirección, y que, tanto como le sea posible, deje en Berga y en Vich los empleados de Intendencia con los hombres que les acompañaban, que llevaban el dinero para los otros Cuerpos. El parte añadía con fecha 25 de julio:

"Como el objeto principal de la columna de su mando es la activa y continuada persecución del grueso de las facciones, y proteger los principales puntos o los que están fortificados y guarnecidos, emprenderá V. S. la marcha desde Manresa hacia Berga, si el enemigo está próximo a dichos puntos, o a Moyá y Vich, si ha tomado esta dirección, procurando en cuanto le permitan las operaciones y la persecución activa que debe V. S. hacer, dejar en Berga los hombres y habilitado con dinero que le acompañan para los otros Cuerpos. Acúseme su salida y la dirección que toma, dándome noticias de la acción."

Se ve que debía de haber mucha fuerza con el Coronel Lera y estar alarmada la Junta de Defensa de Manresa, porque telegrafió a Cañas:

"Mañana, por la aglomeración de fuerzas que deben afluir a esta ciudad, convendría que se sirviese V. E. mandar aquí un General o Brigadier que pudiera ponerse al frente de aquéllas, sin que por esto esta junta trate de zaherir la reputación del Coronel que las manda."

Aunque no fué el 26 de julio cuando tuvimos la mala noticia de que fracasó el pronunciamiento del Tercio de la Guardia Civil de Barcelona, sino que lo supimos más tarde, en camino ya para

el Vallés, lo que es del todo extraordinario, quiero hablar aquí, en esta fecha, de lo que pasó.

El 22 de julio, a la una de la madrugada, salió el Coronel don Cayetano Freixa, a la cabeza de su Tercio, de Barcelona con el Teniente coronel Prior, todos los oficiales, 200 infantes y 200 jinetes. El señor Julio de Caseneuve les acompañaba. El primer acto tuvo lugar en el pueblo de la Palma, o al lado de éste, donde el Coronel Freixa reunió a los oficiales, y después de haberles expuesto la desgraciada situación en que se encontraba España, les declaró su intención de pasar a los carlistas. Sólo tres oficiales protestaron; pero luego, viendo que todos los demás aprobaban, guardaron silencio y continuaron la marcha hasta Corbera. A la llegada a este pueblo se presentó Caseneuve al Tercio. Freixa, el Teniente coronel Prior, el Comandante... (no tengo apuntado cómo se llamaba éste), el Comandante Gamacho, el Capitán don Joaquín Freixa, el Teniente Fernández y demás oficiales gritaron: "¡Viva Carlos VII!", y con ellos casi todos los guardias civiles.

Pusieron pie a tierra, y Freixa quiso presentar uno a uno todos los oficiales al señor de Caseneuve, como representante de Alfonso. Entonces los que habían protestado en la Palma dijeron a don Julio Caseneuve que sus ideas isabelinas no les permitían unirse al pronunciamiento y le rogaron les autorizase a volver a Barcelona. Suponían que Caseneuve no hubiera venido solo y que Corbera estaría rodeado por nuestras tropas. Se accedió a su petición.

El Coronel, después de haber conferenciado con el Teniente coronel Prior, Gamacho y Caseneuve, quienes aseguraban que los carlistas no podían tardar en venir, resolvió esperarles en los altos de Corbera.

La larga parada aquí sin ver llegar a los carlistas y la marcha de los tres oficiales que pidieron irse produjo una sensación desagradable. Freixa dirigió a sus fuerzas otra alocución recordándoles lo que habían sufrido con la República y hablándoles del degüello de algunos guardias civiles, que tuvo lugar en Alcoy. Este discurso fué seguido de los gritos unánimes de: "¡Viva Carlos VII!" Este acto constituyó la tercera parte y la consagración del pronunciamiento.

Continuaron su marcha, siempre en espera de los carlistas, que no llegaban, y se supo que salió tropa de Barcelona en persecución de la Guardia Civil. Después de algún tiempo vieron acercarse una fuerza, sin poder reconocerla como carlista o como de *Voluntarios de la República*. La fuerza del *Xic de las Barraquetas* llevaba barretina roja catalana, por lo que no se podía

distinguir si eran boinas o barretinas las que llevaban los que venían. En esta duda, monsieur de Caseneuve se adelantó a hablar a aquellos soldados,y supo entonces que se trataba del famoso *Xic de las Barraquetas*. Enterado de con quién tenía que vérselas, volvió muy pausadamente grupas y, andando al paso, fué a juntarse otra vez con la Guardia Civil, la que pudo eludir entonces este desagradable encuentro.

Llegaron así Freixa y los suyos a dos jornadas de Barcelona. La desconfianza, el temor y el descontento se apoderaron de la pequeña tropa; se creyeron vendidos, y una parte volvió a Barcelona.

En esto sobrevino una segunda sorpresa de los que fueron a perseguir a los pronunciados. Era caballería en parte la que se echó sobre los de Freixa. Algún tiempo antes, un paisano carlista que se agregó a la marcha se mostró muy cansado y pidió a monsieur de Caseneuve le dejase montar algún tiempo su caballo. Caseneuve le complació; se apeó y le dejó ir montado, cuando de repente aparece la caballería contraria. El carlista se escapó a toda carrera con el caballo de monsieur de Caseneuve, plantando a éste, quien tuvo que correr a pie. Estaba a pique de caer prisionero cuando viéndole don Joaquín Freixa, el hijo del Coronel, paró su caballo y le hizo montar a la grupa.

De aquel hermoso Tercio sólo quedaban, cuando se presentaron a Alfonso, el Coronel don Cayetano Freixa, su hijo el Capitán don Joaquín Freixa, el Capitán Giménez, Gamacho (de una familia de la alta aristocracia de Mallorca), tres oficiales más, que eran: el Capitán don Santiago Fernández y Rodríguez, el Alférez don Bernardo Rodríguez y González, el Alférez don Francisco Vilchez y González, y dos soldados de la caballería del Tercio. Los oficiales eran también de esta caballería.

Era plan de Alfonso el presentarse con el Tercio delante de Tarragona, persuadido, así como lo estaba también Freixa, de que la Guardia Civil de aquella ciudad se reuniría al Tercio de Barcelona y que el resultado del pronunciamiento de Freixa con su fuerza formaría poco a poco una cadena, pronunciándose Tercio tras Tercio, visto el espíritu de cuerpo que había en el de la Guardia civil. Ganada ésta, podía considerarse casi como ganada la guerra, pues otras fuerzas se hubieran unido. La Guardia civil tenía inmenso prestigio entre los carlistas. Cuando se decía que la había en tal o cual columna sabíamos que la cosa no iría blanda, y en nuestras mentes la temíamos, pero le tributábamos el merecido respeto. En cuanto al Coronel don Cayetano Freixa, era por sí solo ya una gran adquisición, y nos considerábamos felices

de tenerlo con nosotros. Era el verdadero tipo del caballero sin tacha y del militar sin temor; un carácter noble y el guerrero español tal cual se le pinta. Y con todo esto el hombre más simpático que se podía imaginar; continuó luego, hasta su muerte, nuestro íntimo, grande amigo, así como también muy amigo su excelente hijo don Joaquín Freixa.

El Coronel Baró, quien fué causa del fracaso, escribió a Alfonso con fecha 25 de julio desde la Llacuna:

Excelentísimo señor: En la noche del 20 llegué a las inmediaciones de la Llacuna, en donde permanecí emboscado, mandando en seguida confidentes de toda confianza a San Pedro de Riudevilles, Granadas, Fontrubí y San Quintín, como también un oficio al Sr. Mora para que sin pérdida de tiempo se uniese a mi fuerza, lo que ha verificado en la noche del 23. El 24 ha pasado toda la fuerza reunida en la Llacuna. En ésta he sabido por los confidentes y los periódicos de Barcelona la fracasada.....
.....no sabiendo el paradero de la fuerza pronunciada, por lo que *he resuelto retirarme,* mandando a las fuerzas del señor Mora a su distrito. Dejo de subir al punto dado por hallarme cojo de resultas de un golpe y tenerme de proveer de fondos para socorrer la tropa. Si V. A. R. me necesita basta un pequeño indicio para que comparezca en el lugar que se me designe. Dios guarde a V. A. R. muchos años. La Llacuna, 25 de julio de 1873.—El Coronel, segundo jefe, *Juan Baró.*"

Este oficio sacó a Alfonso de quicio. El 20 de julio dice Baró que se hallaba en la Llacuna mandando por todas partes confidentes; el 22, a la una de la madrugada, salió Freixa de Barcelona y Baró no fué a recibirle. Además no tenía su oficio sentido común. ¿Por qué no fué adonde le indicó Alfonso? Probablemente, o sin duda por el sentimiento que le hizo decir a Alfonso cuando éste le dió sus órdenes: "¿Y si me hacen fuego?" La desgracia causada por Baró fué tan grande que no había palabras para expresarla y era irreparable. Sólo el pensar en ella me trastorna; una victoria definitiva podía ser el logro de nuestras aspiraciones. Pero esto no tiene comparación con la idea de lo que Freixa debía sentir al verse abandonado y cargado con toda la responsabilidad hacia los que había animado para el pronunciamiento... ¡Qué sensación tan cruel para él! Sólo el pensamiento de que ahora toda pena pasó para él y sus compañeros y de que gozan en el cielo de todo lo que sufrieron me consuela.

Voy a seguir el relato de nuestra marcha y, en su debido día, de la presentación a Alfonso del pobre esquife que pudo llegar con Caseneuve hasta nosotros.

El domingo 27 de julio quedamos en Prats de Llusanés.

El lunes 28 de julio de 1873 marchamos por la mañana con 2.200 hombres (incluso la caballería mandada por Vilageliú) de Prats de Llusanés. Después de una marcha forzada dió Alfonso un descanso hacia mediodía en el pueblecillo de Olost, muy cerca de Vich; después de haber andado un cuarto de hora nos hallamos en línea recta con la puerta en la que el enemigo había colocado su artillería Krupp. Parece, según supimos más tarde, que los cañones estaban colocados y puestos para ametrallarnos. Mientras íbamos en columna cerrada por el camino real, yendo durante mucho tiempo a lo largo de la villa de Vich, continuábamos siempre hallándonos en línea recta con la mencionada puerta; pero el enemigo desistió de molestarnos, probablemente por miedo a que esto nos despertara la gana de hacer una visitita.

Se decía que las tropas que guarnecían en aquel momento, o a lo menos se hallaban en aquella población, se componían de 1.600 hombres. Continuamos hasta Tona, donde dimos una hora de alto, luego seguimos y fuimos a Centellas y aquí hicimos noche.

Durante la mañana del 29 de julio de 1873 llegó el Coronel Cayetano Freixa con los restos de lo que había constituído su heroso Tercio; se componía, y repito lo que ya apunté, del jefe don Cayetano Freixa y Puig, el Capitán de caballería don Antonio Giménez y Camacho (no sé si se llamaba Gamacho o Camacho; en las listas de empleos está Camacho y Caseneuve; en la suya puso Gamacho, pero me parece que siempre le llamábamos Camacho); el Capitán de caballería don Joaquín Freixa; el Capitán de caballería Santiago Fernández y Rodríguez; el Alférez de caballería don Bernardo Rodríguez y González; el Alférez de Caballería don Francisco Vilchez y González y dos soldados de la caballería del Tercio.

Es fácil figurarse lo que sentirían nuestros corazones al recibir a aquellos héroes, que nos fueron presentados por el señor de Caseneuve. La más calurosa y dolorosa gratitud y una tristeza indescriptible mezclada de cruel vergüenza traducíase en lo que les expresábamos. En cuanto a ellos, fueron conmovedores y nos facilitaron esta primera entrevista, comprendiendo lo que sufríamos. También había venido el hijo del Teniente coronel del Tercio, a quien Alfonso ofreció volverle a Barcelona, pues, por supuesto, tenía gran pena por la pena de su padre, a quien quizás se le fusilaría.

Mi marido tenía la intención de atacar Caldas de Montbuy, y comunicó en el acto su proyecto al Coronel Freixa. Marchamos durante la tarde de Centellas, acompañados del Coronel Freixa y de los que vinieron con él. Confirió en el acto Alfonso el empleo inmediato a todos ellos; pero pidió a su hermano ascendiese en dos empleos a Freixa, pues dando el inmediato a los que pasaban en condiciones ordinarias, merecían mucho más los que lo hicieron en tan extraordinarias condiciones, y a la cabeza su Coronel.

Llegamos por la tarde a San Feliú de Codinas y Alfonso hizo preparar allí todo lo necesario para el asalto de Caldas de Montbuy: buscar escaleras, herramientas, etc. En el parte enemigo de Caldas se decía que la guarnición de esta población se componía de dos batallones, tercero y cuarto, de Guías de la Diputación, y de unos 180 paisanos armados, siendo 500 los de los dos batallones, así que un conjunto de unos 680 hombres. En cuanto a paisanos armados, creo que habría muchos más. .

Nos paramos algunas horas en San Feliú de Codinas, donde mi marido dió la orden al Alcalde de hacer derrumbar en el acto las fortificaciones. Esta población había estado fortificada y defendida hasta la toma de Igualada; entonces como otros muchos sitios, entregaron las armas y se acogieron al indulto que ofreció Alfonso.

Durante el día había mandado mi marido al Coronel Vilageliú con la caballería y 150 infantes en otra dirección, con orden de colocarse en el camino que llevaba de Caldas a Sabadell para impedir que un socorro eventual del enemigo llegase de improviso a estorbar el asalto de Caldas, es decir, a interrumpirle y que fracasara así el asalto. También le mandó con el mismo fin a poner avanzadas de caballería en los caminos de Sabadell, Grnollers y Molet para que Alfonso estuviese prevenido a tiempo si se acercaba la tropa republicana y para que pudiese tomar sus precauciones. Su plan, en tal caso, era detener a la columna contraria, mientras proseguía el asalto de la población. Por último, ordenó a aquel Coronel que si se presentaba el enemigo se echara encima de él con una buena carga, porque el socorro que se presumía habría de llegar se compondría probablemente de las guardias republicanas de las pequeñas villas o pueblos de los alrededores, a las que una fuerte carga, en terreno favorable, hubiera puesto en derrota. Si se hubieran aproximado otras columnas enemigas, quedaría uno avisado a tiempo por las mencionadas avanzadas y Alfonso podía actuar entonces según las circuntancias.

Desde San Feliú de Codinas, nos dirigimos la misma noche hacia Caldas de Montbuy, que se halla a unas siete horas de marcha de Barcelona y a una de ferrocarril de dicha capital, así como a pocas horas de distancia de diferentes pequeñas villas fortificadas. Antes de medianoche caímos sobre Caldas y Alfonso dispuso en el acto el orden de ataque, previsto de antemano por él con los

jefes conocedores del lugar, de los cuales había tomado consejo. Se destinaron las diferentes fuerzas distribuyéndolas y mandándolas a los puntos fijados.

El primero, tercero y cuarto batallones de Barcelona, este último mandado por el intrépido don José Galcerán, quien lo formó; nombrado Comandante con fecha 15 de julio, el primero de Gerona y algunas compañías de las otras fuerzas fueron destinados a empezar el asalto, mandados por el Coronel Miret, a quien Alfonso encargó también esta vez de la dirección del ataque. El resto de las tropas se colocó con nosotros en un sitio distante pocos centenares de metros de la población, con la vista sobre ésta y desde donde podía Alfonso comunicar fácilmente con los que asaltaban.

Hacia la una de la madrugada del miércoles 30 de julio de 1873 se rompió el fuego. Caldas estaba defendido, por lo que se decía, por 1.600 hombres. Esto no concuerda con lo que decía el parte del enemigo que antes mencioné y que sólo acusa 680 hombres, diciendo que los paisanos armados eran 180; pero es de suponer que la cifra que nos dieron se aproximaba más a la verdad que el parte contrario, pues los paisanos armados eran ciertamente más numerosos que 180, porque en todos aquellos pueblos fortificados muchos habitantes estaban en armas y se defendían encarnizadamente. La resistencia de los defensores de Caldas era dura; pero la bizarría de los nuestros no conocía obstáculos; envalentonados, además, por la victoria de Igualada, avanzaban rápidamente. Como en los demás asaltos, una vez en la población, se penetraba en las casas ayudándose de toda clase de herramientas y de las culatas de los fusiles: llegados adentro se perforaban las murallas y paredes interiores que separan una casa de otra, y luego se iba adelante con la bayoneta. Con ésta también se tomaban los diferentes obstáculos y fortificaciones.

Miret estaba siempre a la cabeza dirigiendo a nuestros héroes, vigorosamente ayudado por los *zuavos,* sin hablar de las demás fuerzas que rivalizaban entre ellas y recordaban, con su intrepidez, los otros asaltos. Nuestro primo don Francisco de Borbón mandaba las dos piezas de artillería y dirigía, con gran habilidad, sus disparos a los sitios de más importancia; eran proezas temerarias las que hacía este chico exponiéndose sin cesar. La noche pasó yendo los nuestros de éxito en éxito; nos llegaban, una tras otras, las buenas noticias; se sucedían los éxitos, y así llegó la mañana esperando todos que pronto estaría Caldas en completo poder de los nuestros.

Contentísimos contemplábamos la admiración de un señor que acababa de llegar para escribir artículos respecto a la campaña de los carlistas; era un extranjero y parecía muy bien. El aspecto general de los nuestros le encantaba. Los diarios para los cuales escribía tenían importancia y eran muy leídos. Parecía querer quedar algún tiempo con nosotros como cronista de su prensa.

Se había presentado aquella misma mañana, muy temprano. Recibió entonces el bautismo de fuego, y con gran respeto y devoción inclinaba continuamente la cabeza al oír silbar las balas. Nos divertimos en grande contemplándole. Por fin no pude resistir y con amable sonrisa le pregunté:

—Señor, ¿a quién saluda usted tan cortésmente?

En general, la gente que se encuentra por primera vez en fuego se imagina que bajando la cabeza evita las balas y no reflexiona que las que silban ya han pasado y que aunque se menee todo el cuerpo no hay medio de apartar estos insectos. Un sólido abrigo nos hubiera podido prestar una garantía contra ellas; pero nos hallábamos en una viña y no había allí nada de aquel género.

Felizmente, cuando recibí yo aquel bautismo en su tiempo estaba ya instruída respecto de ello y de la inutilidad de bajar la cabeza; si no, probablemente, hubiesen podido también hacerme a mí la pregunta:

—¿A quién saluda usted tan amablemente?

El buen señor mencionado no se dió por ofendido; ya estaba yo persuadida de que no se daría por tal, si no, no se lo hubiera dicho. Marchó el mismo día, asegurándonos que había gozado muchísimo con su excursión y que se juzgaba suficientemente enterado para escribir unos artículos interesantísimos.

A las diez de la mañana los carlistas eran, se puede decir, poco más o menos, dueños de la villa. El enemigo se encontró al fin encerrado en un último reducto. Ya podían los de la guarnición capitular, cuando de repente vimos aparecer dos fuertes columnas que venían de dos lados distintos. Creíamos soñar, pues las precauciones habían sido tomadas a la perfección, dictadas por Alfonso, para impedir una llegada tan inesperada. Pero no era posible dudar, y se trataba ahora de hacer salir de la población, con las menores bajas posible, a los que estaban apoderándose de ella, Alfonso, con mucha sangre fría, combinó todas las medidas necesarias para evitar un desastre. La situación era muy grave y comprometida, pero las órdenes de mi marido pudieron ser ejecutadas con la mayor perfección y, una vez más, mostraron los nuestros que sabían retirarse con la misma bizarría con que iban adelante. En ocasiones, así se conocen lo que valen el soldado disciplinado y sus jefes. Los nuestros salieron de la población con el orden más admirable cuando el enemigo entraba en ella. La artillería se salvó

por un acto de valor heroico de nuestro primo don Francisco de Borbón, quien echándose sobre las piezas las hizo rodar, con la ayuda de algunos hombres, por la bajada. Quiso hacer lo mismo con las que había tomado al enemigo, pero ya resultaba imposible.

A pesar del orden insuperable con el cual, como dije, salieron los carlistas de Caldas, hubo seis hombres y un oficial —que se encontraban, sin duda en una casa más apartada, lo que se ignoraba— y o no oyeron el toque de retirada, con su señal convenida muy repetida, o no encontraron la salida y cayeron desgraciadamente en manos de los de Caldas, sin que nada pudiera hacerse por ellos, y fueron matados después de mil torturas, como se supo más tarde. En Caldas hasta las mujeres fueron feroces. El parte oficial enemigo habló del entusiasmo de las mujeres caldenses.

Después de habernos escalonado convenientemente, nos replegamos con nuestras fuerzas en formación de columnas, y a pesar de la mala posición, se efectuó la retirada de Caldas de Montbuy del modo más perfecto y a la vista del enemigo que, a pesar de su superioridad, no se atrevió a atacarnos.

CAPITULO XXXVII

SIGUE JULIO DE 1873

Errores en los comunicados oficiales.—Rescate de prisioneros y saqueo del Santuario de Nuestra Señora de Horta

Es falso cuanto cuenta el parte oficial del Comandante de los francos, de guarnición en Caldas, respecto a la retirada. Después de relatar todos sus apuros y cómo los habitantes se batían frenéticamente y a brazo partido contra los carlistas, defendiendo heroicamente las barricadas y demás puntos, dice que a las seis de la mañana el vigía del campanario señaló fuerzas amigas y que entonces la población recobró su perdida esperanza (esto de la perdida esperanza concuerda mal con anteriores rechazos de los carlistas que cita el narrador y con lo de "que no fué necesaria la tercera línea de defensa ni el levantar nuevas barricadas, puesto que los retenes que se veían gravemente compromtidos, en vez de emprender la retirada hacia la segunda línea saltaron las barricadas y emprendieron la lucha cuerpo a cuerpo contra las huestes carlistas." ¡Vaya una contradicción!)

Dice que las fuerzas amigas eran 60 voluntarios de Sentmenat, que en seguida tomaron parte en la lucha contra los Voluntarios de Carlos VII, y más allá sigue:

"Desde esta hora hasta las nueve varios fueron los ataques parciales que emprendieron los carlistas, siendo también rechazados en todos ellos."

Se necesita desparpajo para cambiar así los papeles.

"Proponíase otro ataque general, cuando por la misma parte que habían acudido en nuestro auxilio los de Sentmenat, aparecieron los valientes Voluntarios de Sabadell, que, con arrojo indescriptible, emprendieron el ataque contra los carlistas que cercaban la

parte Oeste, mientras que la columna del Coronel Vega, compuesta de Carabineros, Guías del General, batallones de la Milicia de Barcelona, 2.ª, y el de artillería, caballería y artillería de montaña, emprendían el ataque por la parte de Este..."

En Caldas se reunieron 5.000 hombres de ejército republicano, y dice la *Narración Militar de la Guerra Carlista:*

"En este punto, Caldas, llegaron a reunirse 5.000 hombres, la mayor parte de fuerzas movilizadas, pues además de las que cita el Presidente de la Diputación en su extenso parte hay que agregar los batallones núms. 1 y 2 de Francos de la República, que también acudieron allá, los cuales al retirarse el 30 sostuvieron un tiroteo con el enemigo en las inmediaciones de San Feliú de Codinas."

Hasta aquí la *Narración.* Sigo con el relato del diputado provincial señor Roig y Minguet, que mandaba los batallones Guías de la Diputación, 3.º y 4.º, de guarnición en Caldas de Montbuy. Después de decir que Vega atacó a los carlistas, sigue:

"La campana, que hasta entonces había tocado a rebato, anunció la aparición de aquellas fuerzas y yo pude ver cómo dos compañías del segundo batallón de Guías de la Diputación, que acompañaban a la columna Vega, una sección de Carabineros y otra de caballería que formaban la vanguardia de la misma, arremetieron contra los carlistas, cargándoles de tal suerte que a los pocos minutos los sitiadores de Caldas tuvieron que replegarse sobre las alturas del Norte de esta población, de donde los desalojaron algunos certeros disparos de artillería y parte de la columna citada que también entró en fuego."

Es menester mucha frescura para contarnos tales inexactitudes o una imaginación estupenda para creer haberlo visto. No nos atacaron para nada los refuerzos enemigos que vinieron en socorro de Caldas y, como ya lo dije antes, nos replegamos todos en formación de columnas y no fuimos acometidos. No fué tampoco el enemigo quien echó a los nuestros de Caldas; sino que hubo una retirada ordenada por Alfonso, quien mandó saliesen de la población los que la atacaban y lo efectuaron sin la menor alarma mientras por otra parte entraba la columna, es decir, las dos columnas. Sigue el relato del señor Roig y Minguet:

"La vanguardia de dicha columna, mandada por el ayudante del segundo batallón Guías de la Diputación embistió a los carlistas hasta la mitad del camino de San Feliú, mientras los de Sabadell les obligaban a replegarse, rechazándoles hacia la parte donde estaba el grueso de la fuerza."

Otra inexactitud; íbamos todos reunidos y no hubo ni un tiro ni una carga en la retirada. El enemigo quedó, en su totalidad, prudentemente encerrado en Caldas de Montbuy. Sigue el relato del señor Roig Minguet:

"Este ataque hubiera sido de grandes resultados si se hubiese continuado hasta San Feliú y por distintos puntos, ya que los carlistas en su retirada iban en perfecta dispersión."

Esta es la mayor de las invenciones; repito que íbamos en columna de marcha, con toda calma, y que el enemigo no nos siguió ni un paso. No lo negaría si fuese verdad; pero además de que recuerdo aquel ataque como si fuese ayer, tengo las anotaciones de entonces, aunque desapareció mucha parte de mi *Diario de Campaña,* en el que había numerosos detalles interesantes y también divertidos, que por esto no puedo consignar, pero poseo todos los apuntes importantes para probar la verdad. Sigue el relato del señor Roig y Minguet:

"La actitud que las milicias de los pueblos circunvecinos demostraron en acudir en defensa de Caldas es digna de consignar e imitarse, puesto que además de las mencionadas acudieron 160 milicianos de Granollers, al mando de su Comandante, que vinieron con la columna de Vega y que también vinieron en nuestro auxilio los Somatenes de Mollet, Santa Perpetua, Moncada, San Cugat del Vallés y otros que sentimos no recordar."

Más allá dice:

"Acudieron, asimismo, las milicias de Tarrasa y parte de la de Mataró".

En cuanto a otros, dice más atrás el relato que cito:

"... que sentimos no recordar, los cuales se reunieron a invitación del Delegado Lostau que, a causa de haber ocupado los carlistas con su caballería el pueblo de Palausolitar durante el ataque, no pudo acudir a Caldas y desde Mollet tomó las oportunas medidas para mandar allí fuerzas."

Hablando de nuestras bajas dice el mismo relato del señor Roig Minguet que tuvimos unos 60 muertos y más de 160 heridos. En realidad, fueron seis o siete de los nuestros muertos, sin contar los que fueron degollados después de haber caído prisioneros, por no haberse podido retirar cuando se dió la señal de retirada y que nadie supo dónde se hallaban, por lo que no les llegó la orden. Como acabo de mencionarlos, además de los seis o siete muertos,

tuvimos 12 ó 14 heridos. Los asesinados fueron 10 soldados y un oficial.

Al fin del relato del señor Roig Minguet al Capitán general, se dice:

"Espero que, en honor a la verdad, daréis la publicidad debida a esta relación..."

Tiene mucha gracia que en honor de la verdad se honre este tejido de invenciones con la debida publicidad.

El General Cañas, dice la *Narración*, censuró severamente la conducta del General Vega, que no salió de Granollers hasta las cinco de la mañana para Caldas. En Manresa y Sallent estaban las fuerzas de la columna Lera, que también hubiesen podido venir a molestarnos, lo que no hicieron, y para excusar su falta de movimiento, pide al Capitán general le permita regresar a la capital en el tren de las doce a recibir sus órdenes. Esto prueba que circulaban entonces los trenes y aunque se impuso, por nuestra parte, la condición de que no trasportasen tropas enemigas, nadie podía garantizar el que no se vieran un día obligados a hacerlo. Hay antes de esto un parte del General Cañas a Lera:

"Ayer dije al Comandante militar de Manresa, para que lo comunicase a V. S. que marchara con su columna por el Llusanés al Ter, porque tenía noticias de que las facciones se habían dividido en el llano de Vich; pero, sabedor hoy de que reunidos atacan a Caldas de Montbuy, y reorganizando la columna a sus órdenes con fuerzas del Ejército únicamente, que le hacen más susceptible de movilidad, deberá V. S. dirigirse a Moyá, o Castelltersol, y de allí adonde las noticias que obtenga de la facción le indiquen, teniendo en cuenta que de Granollers y Sabadell han marchado grandes fuerzas en socorro de Caldas, que harán que desistan de su intento, obligándoles a efectuar, tal vez fraccionados, una retirada en que V. S. con su columna pueda molestarles en gran manera."

Entretanto, si el Coronel Vilageliú hubiese ejecutado las órdenes de Alfonso, lo que probablemente no efectuó por alguna confusión, pues Vilageliú era sumiso y leal y no carecía de valor; mi marido, enterado de la aproximación de fuerzas enemigas, hubiera dispuesto de las tropas de reserva tenidas en ella para oponerse a la intervención de cualquier columna adversaria y hubiera impedido su llegada a Caldas. Al punto que ya habían alcanzado los carlistas faltaba poquísimo tiempo para acabar con la tarea y alcanzar la victoria. Los de Caldas ya no podían resistir, encerrados en el último refugio, un reducto no sostenible, así que iban a entregarse cuando les llegó el auxilio que hubiera llegado demasiado tarde si lo mandado por Alfonso se hubiera cumplido. Después de lograda la toma, nos hubiéramos retirado con todo el obtín y los prisioneros y con tiempo y posibilidad para todo.

Nos quedamos avergonzados ante los señores de la Guardia Civil por lo que podían pensar de la imprevisión a que fué debida semejante sorpresa; pero vimos que comprendían perfectamente que ésta no fué culpa de Alfonso.

Al marchar de Caldas pasamos por San Feliú de Codinas, donde hicimos una pequeña parada. Alfonso la aprovechó para escribir a su hermano y contarle el intento infructuoso de apoderarnos de Caldas. Le dice que aunque no salimos con la nuestra, siempre se mostró nuestro atrevimiento en llegar a este país, donde en tres horas podían reunir los enemigos 9.000 hombres. Esto de los 9.000 hombres se ve confirmado por diferentes partes del enemigo. Luego contó mi marido en pocas palabras el fracasado pronunciamiento de la Guardia Civil, que, con tanto heroismo, efectuó su salida de Barcelona y también le expuso los méritos del señor de Caseneuve, al que se debió todo aquel grandioso intento en el que expuso su vida. Mientras Caseneuve fué a esa arriesgadísima expedición estaba su mujer de parto; la adoraba, pero, por la Causa, estaba pronto a sacrificar también a ella, y esta delicadita portuguesa, frágil de cuerpo, pero fuerte de espíritu, tuvo el valor de aplaudirle cuando se despidió para quizá no volver a verla en vida.

También habló Alfonso de lo de Berga, y dijo: "Antes de bajar al Vallés reunimos en Prats parte del Somatén de la montaña, y quisimos atacar Berga, *pero Savalls no cumplió mis órdenes* (subrayo estas palabras) y tuvimos que retirarnos sin lograr nada, y, por suerte, *sin* haber empezado el ataque." Después hablaba Alfonso en su carta de un gran disgusto que tuvimos y que lo supimos por entonces; pero no sé que día; fué poco antes de lo de Calaf. Una columna enemiga subió al punto, muy seguro, de la Virgen de Horta, que era de los más seguros, y rescató todos los prisioneros de la columna de Cabrinety. Fué un grandísimo disgusto para nosotros, pues éstos debían ser canjeados con pobrecitos nuestros. Alfonso había encargado al Coronel Vila del Prat de la guardia de aquellos prisioneros, dándole todas las instrucciones de lo que debía hacer en caso de que se aproximara el enemigo. Vila del Prat tenía bastante fuerza para oponerse a una columna, dadas las excelentes condiciones de sus posiciones. En la noche del 25 al 26 de julio supo Vila del Prat que la columna de Morena, fuerte de 600 hombres, había tomado la dirección de la Virgen de Horta. Tomó entonces aquel Coronel (Vila del Prat) consigo los jefes y oficiales prisioneros, así como a los *cipayos* de Igualada,

y encerró en el santuario a los sargentos, cabos y soldados prisioneros. Puso en él veinte hombres de los suyos como guardia y se retiró con su fuerza. Por supuesto, era un acción descabellada, además de cobarde, y enteramente contraria a las órdenes de Alfonso, quien le dijo que si no podía resistir el empuje del enemigo, se retirase con los prisioneros. La columna de Morena no llegó hasta las nueve de la mañana y Vila del Prat había tenido tiempo sobrado para irse a otro punto seguro con los prisioneros confiados a su guarda. Nos dijeron luego que los soldados de Morena saquearon el santuario, robaron las joyas y ropas de la Virgen y se marcharon después con los prisioneros.

Tras de marchar por Castelltersol llegamos por la noche a Moyá, donde dormimos.

El 31 de julio de 1873, al apuntar el día, salimos de Moyá y pasando por Estany y Oristá fuimos a pernoctar en Prats de Llusanés.

CAPITULO XXXVIII

AGOSTO DE 1873

Sigue la indisciplina de Savalls.—Ataque a Berga.—Organización de nuestro ejército

El 1 de agosto quedamos en Prats; Alfonso no paraba de pensar en Berga, y estaba resuelto a intentar otro nuevo ataque allí, y éste lo más pronto posible, y, entretanto, a bloquear la plaza para ver si se podía tomarla por hambre. Lo uno no impedía lo otro.

Después de la primera conquista de Berga se habían aumentado bastante y mejorado las fortificaciones. En el momento en que nos preparábamos para caer encima, en el caso de que el bloqueo no hubiese podido producir aún con medios menos fuertes el deseado resultado, se decía que habría que contar con 2.000 defensores entre la tropa regular, francos y habitantes de Berga que también tenía artillería.

Sabíamos que a la distancia de unas seis horas de allí había fuerzas para socorrer a la plaza; pero, a pesar de esto, valía la pena hacer un ensayo, y así, Alfonso se puso a prepararlo todo para el sitio o bloqueo y trabajó de firme en este sentido durante los dos días y medio que pasamos en Prats de Llusanés. Estaba resuelto a atacar a toda columna que intentase subir un convoy a Berga. Había esperado el momento favorable para presentarse de improviso en los alrededores de aquella población, después de haber dejado marchar de ella a las fuerzas enemigas que allí estuvieron de paso en bastante gran número y que consumieron muchos víveres en la plaza. Al mismo tiempo de ocuparse de su proyecto, lo hizo también activamente mi marido de las cuestiones de organización militar y civil de Cataluña.

Pasamos también el sábado 2 de agosto en Prats de Llusanés.

Con fecha de este día recibió Alfonso un parte de Savalls, quien, habiendo descansado varios días para curarse de la indisposición, por la que, como lo apunté, había pedido un permiso a mi marido poco antes del ataque de Caldas, le decía que tenía la satisfacción de participarle que, hallándose bastante mejorado de su dolencia se encontraba en Montesquiú, donde acababa de recibir una Comisión del Ampurdán (provincia de Gerona), que le dice estar aguardando todo el país el auxilio de los carlistas, lo que produciría un levantamiento general. Savalls aconsejaba el aprovechar la ocasión, y así, esperaba que Alfonso tuviera a bien el mandarle (a Savalls) el batallón de *Guías*, 1.° de Gerona, el de Auguet, el de Cortázar y la caballería de la provincia de Gerona (no sé si eran tres batallones o si es por equivocación por lo que decía el de Cortázar y debajo el de Auguet), "para dirigirme sin dilación alguna al Ampurdán, creyendo alcanzar con esta expedición un resultado tal vez definitivo para la Causa. Aguardo instrucciones y contestación de V. A. en Besora." Pero Alfonso encontraba que la toma de Berga tenía mucha más importancia que una vuelta o paseo militar de Savalls por el Ampurdán, que estaba muy bien; pero lo mismo, y aun mejor, se podía hacer después de una victoria retumbante como sería la conquista de la renombrada plaza de Berga, llave de la montaña y que, tomada por segunda vez, era probable quedase definitivamente como población abierta. Y fué por esto por lo que mandó a Savalls la orden de que viniera a su lado para esta operación.

El domingo 3 de agosto de 1873 marchamos de Prats de Llusanés a las tres de la tarde y fuimos a Caserras, situado a dos horas de Berga (provincia de Barcelona). El mismo día empezó el sitio de Berga.

Antes de marchar de Prats de Llusanés escribió Alfonso a Carlos, con fecha 3 de agosto, y dice entre otras cosas, después de agradecerle una carta que Alfonso le pidió para la viuda del Coronel Tallada, muerto heroicamente en campaña en la provincia de Lérida:

"A pesar de las victorias obtenidas, no me faltan grandes disgustos por la insubordinación de algunas fuerzas de Savalls; además, es terrible para mí el no poder reunir aquí un ejército más numeroso de 3.000 hombres. De estos 3.000, unos 600, a lo menos, son soldados de tropa pasados o prisioneros, los que sirven muy bien, y además unos 900, a lo menos, entre castellanos, valencianos, aragoneses y andaluces, y unos pocos (eran poquísimos) extranjeros. También la escasez de recursos nos destruye. *Savalls me dió nuevamente disgustos; no trabaja como debiera e intriga mucho y busca siempre el desacreditarme.*" (Esta frase la subrayaba Alfonso). Más allá escribe mi marido:

"Debo participarte que nombré a Mogrovejo Comandante general de las provincias de Valencia y Alicante, y a sus órdenes a Bolinches, como segundo jefe militar de la provincia de Alicante, y al Teniente coronel Santés segundo jefe militar de la provincia de Valencia. Nombré igualmente a Vallés segundo jefe militar de la provincia de Castellón, dependiendo, por ahora, directamente de mí. Es grande lástima que nada se haga en Aragón, donde tanto podía hacerse. A Gamundi debieras mandarle a otra parte, y poner en ese país un jefe de algún prestigio."

En una carta fecha 20 de agosto dice Carlos:

"Ya que tienes fusiles sobrantes y en bastante número que no empleas en Cataluña podrías darlos para Aragón. Aquí están Gamundi y otros jefes aragoneses deseando que se les proporcione algún armamento; de su país les escriben que el espíritu es muy bueno, y están deseando de salir al campo. El bajo Aragón sería una gran vanguardia para Cataluña, y en este concepto debíais facilitar a los de Aragón bastante armamento para que empezasen su movimiento. Avísame en seguida, sin perder momento, y podrán Gamundi y sus compañeros marchar a tomar los fusiles y marchar a su país. Ocúpate mucho de esto, pues no puedes desconocer su importancia." (Lo de los fusiles era una gran confusión o desconocimiento de lo que Alfonso decía a Carlos. Una vez, tiempos atrás, cuando Alfonso se quejó en una o unas cartas a su hermano de la falta de recursos para mantener las fuerzas, le dijo Carlos que para que vea lo dispuesto que estaba siempre a hacer todo lo que podía por Cataluña le cedería una proposición de fusiles que le hacen. Entrar fusiles de fuera en Cataluña sabíamos, por experiencia, que presentaba siempre las mayores dificultades, y acababa por entregar fusiles en manos ajenas, es decir, contrarias.

Lo que Alfonso hubiese querido tener era el dinero, o parte de éste, que se hubiese gastado en esta compra. Pero sospechábamos que tampoco existían los mencionados fusiles y que pasaría lo de tantas veces: que gentes de buena voluntad oían de posibilidades de eventuales compras y lo contaban a Carlos.

En el Norte se procuraron armas, esto es verdad, y lo que se podía realizar allí se creía realizable también en otra parte; pero en Cataluña no se logró nunca, salvo en muy pequeñas cantidades. Eran muy distintas las condiciones de desembarque en la costa catalana. Alfonso escribió entonces a su hermano que no eran las armas las que hacían falta, pues las teníamos sobradas para el momento, vista la poca gente de que disponíamos por

falta de recursos. En cuanto a mandar armas al bajo Aragón —que entonces no se hallaba siquiera bajo las órdenes de Alfonso— cuando era de esperar el aumento de nuestras tropas y que Valencia daba también buenas esperanzas, hubiera sido de lo más poco aconsejable. En el Bajo Aragón había falta absoluta de jefes capaces; a lo menos Gamundi no tenía condiciones para ejercer allí un mando de importancia y aun menos el de Comandante general. Tal vez hubiera habido algún otro —y no lo dudo—, apto para aquel cargo. Un jefe muy valiente fué el Coronel Madrazo, que se distinguió más tarde en el Bajo Aragón; pero no fué Comandante general.

En una carta de Alfonso del 8 de agosto de 1873 decía éste a su hermano: "Lo que siento es la falta de gente que tenemos en Cataluña. Seguimos igualmente con grande escasez de recursos y municiones." Luego menciona cierta falta terrible de disciplina en una parte de las tropas de Gerona. En cuanto a la cuestión de lo reducido de las fuerzas, por falta de recursos, dice Carlos:

"Extraño mucho que habiéndote apoderado de poblaciones importantes y ocupando ya tanto terreno, estéis faltos de recursos. Deberías tener establecida en la montaña una fábrica de municiones que proveyesen todas las necesidades del Ejército."

Esto ya lo trataba Alfonso de hacer cuando se pudiera y por propia iniciativa. También dijo Carlos en la mencionada carta del 20 de agosto:

"¿Cómo es que no puedes aumentar algo tus fuerzas teniendo tanto armamento? Es preciso que trabajes sobre esto mucho y pronto." Ya se ve que Alfonso trabajaba todo lo que podía. En cuanto a la falta de disciplina de que hablaba Alfonso respecto a alguna parte de las fuerzas de Gerona, contestó Carlos:

"Mucho me disgustan los casos de indisciplina que ocurren en esas tropas; así no puede seguir, y no solamente por el descrédito que caería sobre nosotros, sino porque no se podría contar con esos soldados. Apoyándote sobre los *zuavos*, Escolta y otro Cuerpo que esté bien, mete en razón a los díscolos, y si puedes haz un castigo ejemplar que imponga a los demás."

Los díscolos eran, por supuesto, la mínima parte de nuestras excelentes tropas; pero molestaban mucho en alguna que otra ocasión, cuando precisamente se requería la mayor docilidad, y era doloroso el ver cómo elementos buenísimos iban amotinados por un mal espíritu de gente, que, en vez de ser una ayuda, no hacía más que crear dificultades. Alfonso mantenía su autoridad, así como lo hizo cuando fuimos a Igualada y en otras ocasiones; pero sabía perfectamente que, al fin y a la postre, serían los re-

beldes los que saldrían con ventaja, aun cuando él por el momento quedara el amo, pues, como ya lo apunté repetidas veces, aquéllos tenían buenos padrinos y Carlos, que no veía lo que pasaba, podía difícilmente juzgar acerca de lo justo, aunque justicia era lo que quería.

En las cartas del 20 y 25 de agosto contó Carlos sus victorias por la parte de Dicastillo sobre las columnas Villapadierna, Tejada y Santa Pau, compuestas de 5.000 infantes, 800 caballos y seis a ocho piezas de artillería. Luego la toma del fuerte de Estella.

El 3 de agosto, el mismo día que fuimos de Prats de Llusanés a Caserras, un convoy de comestibles subía a Berga, pero los carlistas se apoderaron de él, empezando a ejecutar el proyecto y plan de Alfonso. Este estableció su Cuartel General en Caserras. El lunes 4 de agosto quedamos aquí. Los jefes que teníamos con nosotros eran el General Tristany, el General Savalls y el Coronel Miret.

El 5 de agosto —el día de mi santo— salimos de Caserras antes de que apuntase el día, dirigiéndonos a Aviá. No encuentro ninguna anotación que me diga por qué razón salimos a hora tan intempestiva. No era el enemigo quien nos empujaba; tampoco encuentro con qué tropas bajamos a Aviá. Tal vez obedeciera a que Alfonso quisiera estudiar más detalladamente el terreno donde era fácil tuviésemos una u otra vez algún combate con columnas que probarían de llevar algún convoy a Berga. Lo que sé es que fué una excursión corta y cuestión de horas solamente, volviendo pronto a Caserras. En este lugar teníamos la mayor parte de las tropas; el resto se hallaba destacado en los alrededores para impedir por todas partes que Berga recibiese víveres.

El Coronel don Francisco Tristany, hermano del General don Rafael Tristany, ocupó, según la orden de Alfonso, con una compañía el punto avanzado, muy importante, de San Juan de Mandrán. Savalls fué mandado por Alfonso a Gironella.

El 6 de agosto de 1873 quedamos en Caserras para continuar el sitio. Alfonso trabajaba de firme durante los días de estancia en aquella población, que fueron el 4, 5, 6, 7 y 8 de agosto (el 5 no era para contar, puesto que, como ya lo dije, lo pasamos fuera). En cuanto a las tropas, se les hacía hacer ejercicios, como siempre, cuando nos parábamos por unos días en un punto.

El 8 de agosto, durante la tarde, hizo la guarnición de Berga una salida para procurarse víveres, pero fué rechazada poco después por dos compañías que se hallaban de avanzada bajo las órdenes del Teniente coronel don Manuel Martí.

Yo aproveché la larga parada para escribir y poner lo atra-

sado de mi *Diario de Campaña* con todos sus grandes y pequeños detalles. Había días en que no ponía más que en corto lo que pasaba, pero con las anotaciones para poderlo completar luego hasta en sus más insignificantes detalles; quiero decir insignificantes para otros, pero no para nosotros. Generalmente, sin embargo, era el *Diario de Campaña* detallado el que redactaba cuando podía disponer de algunos ratos. Una buena parte de él, casi la tercera, se perdió; fué mucho tiempo después de la guerra carlista, pero no sé en qué momento. Había en él cosas de gran interés y también muchos episodios divertidos. Hubiese preferido perder la más hermosa de mis alhajas. Lo que escribo en estas reminiscencias no son vagos recuerdos, sino pura verdad, fundada en documentos, cartas y anotaciones de entonces que tengo a la vista. Hay mucho que falta, pero nada se ha añadido sin comprobar su certeza.

El 9 de agosto propuso Savalls a Alfonso que se emprendiese el asalto de la plaza de Berga. Pidió poderse encargar él de la mayoría de las tropas y prometió que durante la noche siguiente tendría ya varias de sus compañías en el interior de Berga. Alfonso reunió los jefes para aconsejarse de ellos. Savalls declaró que era seguro el feliz éxito de la empresa y expuso las más imaginables promesas, Ante sus garantías haciéndose él el responsable, los consultados aconsejaron aceptar lo propuesto por Savalls, y Alfonso resolvió el ataque para el mencionado día. Dicho jefe pidió para sí la mayor parte de las tropas destinadas al asalto, diciendo que él se encargaba de todo, y que sólo para distraer al enemigo y llamar su atención una pequeña fuerza debía tomar la calle del Rosario. Esta calle se encontraba fuera del portal y formaba un barrio. Alfonso destinó entonces para esto al Comandante mosén don José Galcerán, con su pequeño batallón de 200 hombres.

El General Savalls marchó aquel día por la tarde de Caserras con las tropas destinadas al asalto de Berga. Nosotros seguimos antes de amanecer con el General Tristany y los demás, y al romper el día llegamos a Aviá. Alfonso supo al instante que las tropas de Savalls no sólo no habían entrado en Berga, sino que ni siquiera empezaron el ataque, y que, entretanto, la pequeña fuerza de don José Galcerán se hallaba solita con éste en la calle del Rosario, mientras que toda la atención del enemigo se concentraba en ella y la bombardeaba desde el castillo. Alfonso mandó en el acto algunas compañías para reforzar las de Galcerán.

Nosotros nos fuimos con Tristany cerca de la ciudad, ocupando una pequeña elevación del terreno desde la que veíamos perfectamente el interior de Berga y los movimientos de una parte de la guarnición. La fuerza carlista continuaba hallándose en la calle del Rosario (la de Galcerán), hostilizada, sobre todo, por la artillería.

Se contaba con la noche para penetrar en el interior de la ciudad. Pero hacia la tarde corrió de repente la voz entre los que ocupaban el Rosario de que la guarnición hacía una salida, e imaginándose la tropa de Galcerán que invadiría el enemigo lo que en el Rosario se hallaba ya en poder de los nuestros y caerían todos prisioneros, se apoderó de ellos un pánico comprensible, y al grito de: "¡que salen!, ¡que salen!", se precipitaron todos fuera de las casas ocupadas, y antes de que lo pudiese impedir su jefe se retiraron en completa fuga. La guarnición, cuya salida fué una mera falsa alarma, viendo correr a los carlistas, se lanzó en parte tras de éstos, pero no se atrevieron a pasar del Rosario. Cuando éste quedó libre entró allí el enemigo, que lo saqueó, quemando parte de él. Debían ser *cipayos* los que saqueaban.

Sentimos mucho los destrozos que hizo allí el fuego, porque cuando se debía dar el asalto a Berga esta primera calle era muy ventajosa para adelantar a escondidas y evitar la entrada al descubierto en el portal, terriblemente fortificado y, poco más o menos, intomable. Pasamos la noche en Aviá con nuestras tropas.

No encuentro en ninguna parte una explicación de a qué fué debido el que Savalls no cumpliera su promesa, después de haber dado las más completas garantías de buen éxito y de que a la noche del 9 al 10 estaría ya muy adelantada la conquista de Berga y la mayoría de sus tropas (las de Savalls) en el centro de la población, cuando por la mañana aun no había empezado el asalto ni siquiera intentarlo. Durante el día no trabajaron más que los Voluntarios de Galcerán, que, en cuanto se hizo de noche, ya habían cumplido bien su misión (la noche del 9 al 10). Alfonso decidió que las tropas viniesen a Aviá. Durante el día echaron muchas granadas los del castillo.

En una carta de Alfonso a Carlos leo: "Nos echaron más de 200 granadas; nosotros perdimos poca gente." También dice más atrás: "El día 10 dimos un ataque a Berga, en el que hicimos muchas bajas al enemigo, pero no pudimos entrar en la villa." En esta carta da pocos detalles respecto a aquel día. Encuentro en una carta de Alfonso a Carlos, escrita mucho más tarde, el 26 de septiembre, en que dice que Savalls había hecho perder dos veces la ocasión de entrar en Berga. "El ha sido la causa de que Berga no fuese nuestra ya dos veces, y ahora mayormente lo ha sido." Y da Alfonso la razón. Era ya la tercera vez que hablaba

de esto mi marido en las tres cartas, incluída la del 9 al 10 que acabo de citar. En un pequeño apunte de Alfonso de aquel día veo que dice del 10 de agosto: "Presenciamos el ataque de Berga por Galcerán. Con que se ve que Savalls no hizo nada, es decir, que su fuerza no entró en combate ni que hubiera tomado medidas para esto." Alfonso desistió de otro ataque por aquella noche, puesto que se había perdido la ocasión favorable y las circunstancias ya no eran aquellas con las cuales se había contado; así que determinó que las tropas y nosotros pernoctaríamos en Aviá y alrededores y que se esperaría otra ocasión para un nuevo ataque, continuando entretanto el sitio, volviendo para esto a Caserras. La noche en Aviá fué un continuo ataque; maté cien chinches, contadas por mí. Por último, nos levantamos y quedamos sentados en una silla, pues cuantas más matábamos, más surgían. Encuentro ahora en una pequeña anotación que fueron más de 200 granadas las que nos tiraron desde Berga el 10 de agosto; por supuesto, no las he contado, así que no puedo garantizarlas; pero sé que fueron muchísimas, y pensábamos: "¡Qué lástima de cosecha que perdemos!" De ella, como fruto de la que pudimos recoger en Berga, no guardamos más que unos pedacitos de cascos que recogimos para recuerdo.

En Aviá se presentó un individuo que dijo ser oficial de la Guardia Civil e insistía en vernos, pero antes de lograrlo descubrieron que venía para asesinarnos. Cuando le arrestaron trató de hacerse pasar por loco y por llevar consigo un chocolate envenenado para matar con él a nuestro enemigos. Se encontró, en efecto, el chocolate, pero antes que todo un revólver de un sistema desconocido de los diferentes señores que se encontraban con nosotros: las balas del arma eran chiquititas y resultaron ser explosivas y envenenadas. Aquel hombre dijo que el revólver era de un sistema americano, pero no quiso confesar jamás su procedencia. Era falsa su declaración de ser oficial de la Guardia Civil; no tenía nada que ver con ésta, lo que el Coronel Freixa averiguó en seguida.

Formaron Consejo de guerra al criminal, y cuando más tarde las tropas de Lérida se separaron por el momento de nosotros, fué mandado con éstas. Acabadas después todas las averiguaciones, que probaron su plena culpabilidad, lo fusilaron.

El 11 de agosto de 1873 volvimos a Caserras, donde se continuaron por parte de Alfonso los trabajos de organización y por la de la tropa los ejercicios. Entre los artículos de la orden general que dió Alfonso con fecha 13 de agosto en Caserras figuraba como primero:

"Art. 1.° Los Comandantes generales de cada provincia dispondrán que los días primeros de cada mes se pase revista de comisario por los batallones, interviniendo en ella un oficial, el cual nombrará la Real Intendencia del Ejército.

Art. 2.° El 15 de cada mes pasarán los batallones, por conducto del jefe del Estado Mayor de la División o Brigada a que pertenezcan, su estado de fuerza conforme al modelo núm. 1.

Art. 3.° En las listas de revista se expresarán las plazas que estén montadas, de todas las armas. Se pasará una a la Real Intendencia para que tenga conocimiento del suministro, que deba hacer cada uno.

Art. 4.° Serán plazas montadas los señores oficiales generales, jefes de Estado Mayor, jefes de batallón, ayudantes de Estado Mayor y Generales, médicos, capellanes y aquellos que estén autorizados por mí, los que llevarán un documento que lo justifique.

Art. 5.° Los Comandantes generales harán que sean entregados a los escuadrones los caballos que monten aquellos que no estén autorizados ni reúnan las cualidades que se expresan en el artículo anterior.

Art. 6.° Cada batallón tendrá dos mulas destinadas a municiones.

Art. 7.° El oficial de Administración Militar no racionará ningún caballo sin que antes, por batallones, le den una nota de los que cada uno tiene y él será responsable ante la Real Intendencia del desfalco que pudiese resultar, el cual será castigado con todo rigor.

Art. 8.° Los sueldos serán reclamados según los de la instrucción que al efecto se han dado a la Real Intendencia.

Art. 9.° Los Comandantes generales de cada provincia harán responsables a los jefes de los batallones que los señores oficiales lleven las divisas que a sus empleos corresponden."

Siguen respecto a esto órdenes no interesantes aquí.

"Art. 10. Los jefes de Estado Mayor de cada provincia recibirán órdenes del Estado Mayor General todos los días a las once de la mañana y seis de la tarde (por supuesto, los días que no estaba en marcha), verificando su presentanción a las mismas horas el jefe de día y éste las comunicará a los oficiales de ronda y de vigilancia en la parte que a éstos incumbiere.

Art. 11. Se prohibe a los señores oficiales el llevar fusil de ninguna clase.

Art. 12. La división que vaya a vanguardia cubrirá todo el servicio de armas.

Art. 13. Se dictará una orden en cada provincia dando a reconocer al jefe de Estado Mayor y ayudantes que tenga para evitar las dudas que pudieran ocurrir, verificando lo mismo el Estado Mayor General.

Art. 14. La brigada de cada división marchará a retaguardia de toda la fuerza con una compañía del último batallón que la custodie.

Art. 15. Se procurará en las marchas que los jefes y oficiales,

así como las clases, vayan en sus puestos, vigilando que los voluntarios de un batallón no se mezclen con los de otro ni se detengan sin justificado motivo.

Art. 16. Cada batallón nombrará un oficial habilitado con las formalidades de ordenanza.

Art. 17. Cada batallón nombrará un oficial de vigilancia que, acompañado de un sargento y dos oficiales, arresten en el retén a todos los que se entreguen a juegos prohibidos, sea cual fuere su clase, dando parte al jefe de batallón para que éste lo haga al jefe de Estado Mayor General, quien, dándome conocimiento, providenciará su castigo.

Recomiendo a los señores jefes, oficiales y clases cooperen todos a destruir por completo el feo vicio de la blasfemia, del juego y de la embriaguez (por lo general, se veían poquísimos borrachos entre nuestros militares), que desprestigian a un ejército que, como el nuestro, debe ser un modelo de buenas costumbres.

Art. 18. El autor o autores de un robo, en cualquier especie o cantidad en que se verifique, serán sometidos a un Consejo de guerra verbal y castigados con todo el rigor de la Ordenanza.

Art. 19. Esta Orden se leerá cuatro días consecutivos a las Direcciones para que ninguno alegue ignorancia. Espero del celo de los señores Comandantes generales de las provincias y jefes de batallones harán cumplir en todas sus partes cuanto se prescribe en esta Orden.

Firmado. El Infante, General en jefe, *Alfonso de Borbón y Austria.*"

El 12 y 13 de agosto supo Alfonso que columnas enemigas estaban para subir a Berga con el fin de forzar el paso a fin de introducir comestibles en la plaza, en la que escaseaban bastante. Según el movimiento del enemigo, se creía que emprendería la marcha por la carretera de Manresa. Alfonso estaba decidido a atacarle, y con este fin fué a inspeccionar el terreno donde quería acometerle. Era el 13 de agosto; el sitio escogido por Alfonso se hallaba a poquísima distancia de Caserras, y era sobre él donde mi marido hacía sus planes, estudiando los detalles del lugar con los diferentes jefes. Era muy interesante para nosotros figurarnos de antemano lo que allí podía pasar. Dispuso que cortasen inmediatamente un puente que había en el camino real para dificultar el paso de la artillería del adversario y el pasarle.

También mandó poner otros obstáculos. Se ejecutaron en el acto sus órdenes; pero el 14 de agosto le enteraron los confidentes de que las tropas enemigas que se esperaban por aquella parte venían, en combinación con otras, por otro lado distinto y con diferente dirección, lo que cambiaba completamente las circunstancias y el terreno escogido por Alfonso se convertía en desfavorable a los carlistas. Se sabía que tendríamos que batirnos contra tres partes opuestas, ya que era seguro que los de Berga, haciendo

una salida, caerían encima de nosotros por su lado. Así que el plan de Alfonso no podía ejecutarse, pero tampoco quería mi marido renunciar a un golpe provechoso. Supo que una fuerte columna enemiga con artillería (decían que contaba con 1.500 a 2.000 hombres; pero como hubo a menudo exageración de su número por los que daban las noticias y disminución en los partes o relaciones del enemigo respecto a sus tropas, repito que no sostengo si había más o menos plazas en las columnas que venían contra nosotros) iba a pernoctar en el pueblo de Balsareny, mientras que otra, con algunos miles de hombres, se hallaría en el Sallent, a una horita de Balsareny; que las dos columnas juntas formaban un total de 6.000 a 7.000 soldados. Alfonso resolvió al instante sorprender a la columna de Balsareny durante la noche.

CAPITULO XXXIX

SIGUE AGOSTO DE 1873

Insubordinación en un batallón de Gerona.—Ataque a Balsareny. Funesta carga de caballería

A las siete de la tarde del 14 de agosto de 1873, luego de recibir la noticia respecto al movimiento del enemigo y después de haber consultado con los jefes, mandó tocar llamada y marchamos hacia Balsareny. Durante algún tiempo tuvimos que andar por la carretera, y el puente cortado que debía ser un obstáculo para el enemigo, es decir, que fué cortado con esta intención, se volvió contra nosotros. Por fortuna, no representaba un paso de mucha dificultad: era un hoyo profundo o algo por el estilo, por encima del cual pasaba el mencionado puente.

A una parte de nuestras tropas se las llevó su guía por un pequeño rodeo para evitar el sitio del puente roto. La obscuridad causó, a consecuencia de esto, algunas confusiones y alguna fuerza perdió el camino. Alfonso fué él mismo en busca de los extraviados; los alcanzó al galope, reunió los que estaban separados y los repuso todos en orden de marcha. Pero algo más grave fué que parte de unos de los batallones de la provincia de Gerona rehusó el ir adelante, negándose redondamente a ello, a pesar de que se trataba de tan importante operación. Su excelente jefe no podía hacer carrera con ellos. Alfonso, indignado, se tiró encima de aquellos díscolos, ordenándoles que en el acto se pusiesen en orden de marcha y continuasen su camino. Viendo que el Infante en persona los trataba tan enérgicamente, se sometieron en seguida y, obedientes, cumplieron la orden de Alfonso. ¡Pobre, buena gente, de por sí tan conmovedora en su heroísmo y abnegación, pero que estaban sugestionados por Savalls y los suyos!

Antes de que pasase esto nos habíamos parado delante de una

venta en que decían estaba no sé cuál de los jefes con quien Alfonso quería hablar. La venta estaba precedida de un patio. Alfonso me dijo le esperara en la carretera, que volvería en seguida. Hice lo que mandó; pasó mucho tiempo y no volvía mi marido. Después de largo rato empecé a extrañarme de esto y mandé a uno de los soldados a ver. El chico volvió y me dijo que hacía largo rato había salido Alfonso y continuado la marcha. ¿Pero cómo podía ser? No le había visto salir, ni tampoco andar a gente nuestra.

Mi marido debía de haber tomado otro camino saliendo por diferente puerta y dirigídose con las tropas hacia Balsareny. Me entró una desesperación. Alfonso iba a entrar de un momento a otro en contacto con el enemigo y Dios sabe lo que podía pasarle mientras que estaba yo separada de él. En los fuegos tenía yo que estar pegadita a su lado; así me imaginaba que no podía sucederle nada ni tampoco a mí. Era una idea tonta, pero instintiva. Con que puse mi caballo al gran galope y, ¡adelante!, a Balsareny. No alcanzaba a mi marido; tampoco encontraba tropa, y así iba yo, a todo escape de mi montura, adelante, y más adelante. De repente oí el galope de otro caballo detrás de mí, un galope desenfrenado que me alcanzó. Era uno de los señores del Estado Mayor que venía mandado por Alfonso para buscarme. Al volver Alfonso al sitio delante de la venta donde me dejó vió que yo había desaparecido y alguno le dijo que había marchado a escape hacia Balsareny. Mi marido, por supuesto, estaba angustiado, pero no podía seguirme porque tenía que ocuparse de nuestras fuerzas e ir con la columna de éstas. Si dura un poco más mi carrera llego a caer en bracitos del enemigo, pues entre él y yo no había ninguna tropa y estaba yo muy cerca de Balsareny. Aunque me hubiese podido escapar, tal vez hubiera sido yo la responsable del fracaso de la sorpresa. Gracias a Dios que no fué así y me volví con el señor enviado en mi busca a encontrar a Alfonso, que venía con nuestra columna, y seguimos juntos.

El plan de Alfonso fué realizar el ataque lo más rápidamente posible para poder copar la columna antes de que llegase la que se hallaba en el Sallent, a una hora de distancia. Miret, con una parte de la fuerza de Barcelona y los *zuavos,* rodeó el pueblo, donde nada sospechaba el enemigo. Savalls, que se encontraba con nosotros fuera de la población, quería mandar su caballería para que entrase a la carga en Balsareny, pero Alfonso le prohibió rigurosamente el que mandara hacer el menor movimiento a la caballería mientras no se lo ordenase él mismo (Alfonso). Explicó a Savalls que el mandar entrar a la caballería en este momento com-

prometería la empresa, alarmando todo el pueblo antes del momento requerido; que, además, se impedía a la infantería el trabajar libremente, y que expondría gravísimamente y sin el menor provecho a la misma caballería. Tristany, que era naturalmente del mismo parecer de Alfonso, aprobó el punto de vista de éste. Es inconcebible cómo una idea tan descabellada cual la de emplear la caballería en semejante circunstancia podía salir del cerebro de un militar.

Los primeros que entraron en el pueblo fueron casualmente prisioneros de Berga (de cuando cogimos Berga en marzo), y que desde entonces servían voluntariamente y con la mayor abnegación y bizarría en las filas carlistas, en las tropas de Barcelona. Cuando el centinela enemigo dió el "¿Quién vive?" y el "¿Qué gente?", contestaron:

—¡Prisioneros de Berga!

El centinela, creyendo fuesen prisioneros escapados a los carlistas, les dejó pasar sin más preguntas, y en el mismo tiempo los centinelas y la guardia se encontraron prisioneros y desarmados antes de poder tirar un tiro y dar la alarma. Los carlistas entraron por diferentes puntos a la vez, sin un disparo. Hicieron 40 prisioneros antes de que el enemigo, completamente sorprendido durante el sueño, pudiera darse cuenta de lo que pasaba. Así cayeron prisioneros todos los diferentes Cuerpos de guardia, sin que les fuese posible el dar un solo aviso. Los *zuavos,* mezclados con la gente de Miret, llegaron hasta la plaza del pueblo y estaban a punto de apoderarse de la artillería cuando, en lo mejor de la empresa, casi en el punto culminante, se puede decir, entró como una ráfaga una parte de la caballería de Gerona en las calles de Balsareny, a despecho de todas las prohibiciones de mi marido, pues su jefe ignoraba que las órdenes por él recibidas no provenían de Alfonso. Y no lo pudo saber sino cuando fué demasiado tarde y ya se encontraba con sus jinetes en el centro del pueblo. Savalls estuvo todo el tiempo al lado nuestro y así no se le pudo hacer cargo de lo que pasó y sólo sospechar que tuvo él la culpa. Alfonso estaba persuadido de que la orden de la carga de caballería emanaba de Savalls, pues coincidía con la que quería dar y con lo que dijo a Alfonso que debía de hacerse.

Cuando mi marido se lo prohibió ya tal vez estuviera dada la orden y Savalls no quisiera retirarla. De fijo no se le hubiera ocurrido al jefe de la caballería el tomar él por sí la iniciativa de una empresa que hasta un niño veía que era un demencia.

Entretanto, esta carga resultó funesta para la operación. Los carlistas, que estaban dentro de la población, creyeron que era

la otra columna enemiga, la que se hallaba en Sallent, que venía en socorro de Balsareny, porque el punto por donde se dió la carga de caballería era precisamente el de la dirección de Sallent. La confusión estalló entonces entre los nuestros, aunque no duró más que un momento, y en seguida se repuso el orden. Al mismo tiempo el enemigo, que hasta aquel instante no tenía ni la menor sospecha, fué alarmado por el ruido de la caballería carlista. Esta, que pasó por la parte por donde los nuestros no habían ocupado aún las casas, fué acometida por tremendas descargas, dos líneas de fuego, una cada lado. Una lluvia de plomo les llegaba por las ventanas. Las casas de Balsareny eran, en su mayoría, muy bajas. Los jinetes se encontraban a la altura de la primera serie de ventanas. El enemigo les ocasionaba impunemente bajas mientras los pobres nuestros no podían hostilizarle. Entre nuestras bajas hubo la del Comandante Salcedo, jefe del escuadrón, aquel excelente y simpático militar cogido el día 16 de julio en la estación de Calaf, estando nosotros allí cuando pasó el tren. Pasó en seguida a los carlistas y se distinguió bajo todos los conceptos.

A pesar de los primeros momentos de confusión, se restableció, como acabo de decirlo, en poquísimo rato el orden y el ataque hubiera continuado ventajosamente y acabado en victoria en breve plazo. Desgraciadamente, por una equivación, consecuencia de la misma alarma, es decir, del efecto producido por la carga, anunciaron a Miret la llegada de la columna del Sallent, la que en realidad no había salido de aquella población. Miret dió entonces la contraseña para abandonar el pueblo, como en el supuesto caso la hubiera dado. Alfonso se desesperaba, pero ya no había remedio, porque los nuestros, en un momento, aunque con orden perfecto, habían abandonado los mejores puntos conquistados fácilmente gracias a la sorpresa; pero ya habían cambiado totalmente las circunstancias. Sólo un pequeño resto de carlistas quedaba dentro de Balsareny y hubo que hacerles salir también a ellos. Apuntaba el día; era demasiado tarde para empezar de nuevo el ataque, y sin las ventajas anteriores. Se hubiera logrado lo propuesto con tiempo para esto, antes de que llegase el socorro, pues, cogida ya casi prisionera la columna sorprendida, se hubiera detenido el auxilio hasta completar lo iniciado. Ahora se sabía de fijo que la de Sallent y probablemente otra llegarían a tiempo, y hubiera sido sacrificar gente en vano el persistir. Así, ordenó Alfonso el retirarse del todo y nos marchamos de Balsareny en dirección de Suria contando con volver al día siguiente a Caserras. Tengo que repetir que del modo como se desarrolló la sorpresa a la columna ene-

miga en Balsareny quedaba tiempo suficiente para el copo, y éste era seguro sin el incidente de la caballería de Gerona.

En los partes del enemigo, al menos, todo lo que cuenta la *Narración* rspecto a la sorpresa que infligimos a aquella columna, no hay nada que mencione lo imprevistamente que fué acometida, y lo cuenta todo distintamente:

En una relación dice la *Narración:*

"La vanguardia del convoy, compuesto de 1.000 hombres de regimiento de Cádiz y el batallón de Cataluña, 28 caballos y dos piezas, entró al amanecer del 15 en Balsareny, punto ocupado por una partida carlista, la cual se retiró después de cuatro horas de fuego, con pérdida —dice el parte liberal— de 12 muertos y 70 heridos, teniendo las tropas tres muertos, ocho heridos e igual número de extraviados."

Fueron 40 prisioneros los que hicimos, ni uno menos, y así lo escribió también Alfonso a su hermano. Nos apoderamos igualmente de muchos fusiles. Es falso que al entrar la vanguardia de la columna en Balsareny estuviese ocupado el pueblo por los carlistas. Nos retiramos con toda la fuerza antes de que la segunda columna enemiga se acerca a Balsareny.

La sorpresa la pasaron en silencio. Por lo que relata la *Narración* se ve que no exageraron los informes que nos dieron los confidentes en cuanto a los miles que nos dijeron contaba el conjunto de las fuerzas enemigas que teníamos en nuestros alrededores, ya que dice que la vanguardia del convoy que al amanecer del 15 entró en Balsareny se componía de 1.000 hombres del regimiento de Cádiz y además del batallón de Cataluña, con lo que el total de la vanguardia debía contar, por lo menos, con 1.3000 a 1.400 hombres; y, por lo general, una vanguardia cuenta con mucha menos gente que la fuerza principal que le sigue; nunca vi cosa en contrario. En Balsareny había ya una fuerte columna cuando llegamos, y es la que sorprendimos. Diferentes partes del enemigo hablan de diferentes columnas que subían para socorrer a Berga y batirse con nuestras fuerzas. En un párrafo de la relación dice la *Narración:*

"Los batallones de Cádiz, Cataluña y Cuba se encontraban en Sallent, y en Manresa dos de Voluntarios, cuya fuerza disminuye cada día. Aun cuando la guarnición de Berga, que constaba de un batallón del regimiento de Extremadura, dos de francos, a las órdenes del Coronel Martí, y el 7.° de Móvil era suficiente por su número para rechazar a las facciones reunidas."

Ya lo creo que su número, añadido a tantísimos paisanos de Berga, que reunidos con ellos les prestaban mano fuerte, podían dar trabajo a las fuerzas con las cuales les acometíamos. Sigue el relato de la *Narración:*

"Como escaseaban las municiones y se dejaba sentir de una manera apremiante los artículos de primera necesidad, era preciso a toda costa abandonar la actitud defensiva en que se encontraba el ejército, y acudir en ayuda de aquella población. El Brigadier don José de los Reyes, Gobernador militar de la provincia de Gerona, recibió orden de marchar a Vich con las fuerzas de que pudiera disponer: recoger allí tres batallones y continuar hacia Berga, subordinando su marcha a la protección de un convoy, que, escoltado por otra columna, al mando del Coronel don Ginés Casanova, debía salir de Manresa para aquella plaza. Reyes partió de Gerona el 11 con el quinto batallón franco móvil, los carabineros y la Guardia Civil, y después de unírseles en Besalú, centro de operación de la columna, los regimientos de San Fernando y Navarra y alguna otra fuerza, llegó a Vich en la tarde del 12 con 1.464 hombres, dos piezas y 48 caballos."

Sumados los dos regimientos y fuerza que se enumera parece que debían tener más de los que indica la *Narración:*

"En este último punto (Vich) se le agregaron 1.000 hombres del regimiento de América y los batallones de Tarifa y Béjar, dos piezas de montaña y 50 caballos de Alcántara. Al frente de dichas tropas salió Reyes para Aviñó al amanecer del 14."

Con que aun sumando sólo las fuerzas que indica la *Narración* se ve que debía tener lo menos 6.000 hombres esta columna.

"Con su parte de los regimientos de Cádiz y Bailén, tres compañías de América, una de Ingenieros, los batallones de Cazadores de Cataluña y Cuba, dos piezas de montaña y la caballería de la columna Hillin, se formó la de Casanova. Partió ésta de Manresa para Berga el 14 con un pequeño convoy de provisiones, 35.000 cartuchos y 16 cajas de granadas. Las instrucciones que Cañas dictó a Reyes y Casanova fueron las siguientes: las columnas que se están organizando en Vich y Manresa a las órdenes, respectivamente, del señor Brigadier Reyes, Gobernador militar de Gerona y del señor Coronel de la Remonta, Casanova, tienen por objeto socorrer la villa de Berga, que se encuentra bloqueada por los carlistas. Para que la columna de Manresa pueda conducir con buen éxito el convoy que ha de marchar a Berga con dicho objeto, se hace indispensable que la de Vich subordine sus movimientos a los de aquélla, para lo cual debería marchar el primer día desde Vich a Aviñó y San Feliú de Saserras o pueblos que considere más conveniente, en vista de las noticias que adquiera de las facciones. De esta manera, como en este día, que será el jueves 14 la salida de Manresa, pernoctará en Sallent y Balsareny; podrán ambas

efectuar al siguiente una marcha paralela por ambas orillas del Llobregat, siguiendo la de Manresa con el convoy por la carretera y la del Brigadier Reyes por el que conduce de Aviñó a Gironella, flanqueando la derecha de aquélla y protegiéndola eficazmente si fuese hostilizada en el desfiladero de Puigreig a Gironella, punto probable de resistencia de los carlistas. Rota la línea del bloqueo en este punto, a cuya operación concurrirá también fuerza de la plaza, que en el momento de la lucha, si la haya, hará una salida, las columnas dejarán el convoy en la misma y obrarán contra los carlistas, según las circunstancias, bien de acuerdo para atacar si estuvieran reunidos o bien persiguiéndoles aisladamente si se diseminaran, procurando volver hacia sus puntos de partida para proteger, en caso necesario, a las poblaciones del llano que, con la marcha a la montaña de todas estas tropas han quedado en cierto modo abandonadas."

Siguen unas frases, la fecha 11 de agosto de 1873 y la firma del General Cañas. Reyes comunicó con fecha 14 desde Aviñó que, a pesar de llegar rendida su fuerza a Vich emprendió la marcha a Aviñó, adonde llegó después de sufrir mucho la tropa por el excesivo calor, la falta de agua y de pueblos en donde poder descansar. Luego dice:

"Al llegar aquí (Aviñó), un voluntario y un guardia civil han cogido y sorprendido en una casa de campo a dos carlistas: uno médico, con un botiquín completo de cirugía, y el otro debe ser jefe, porque lleva boina con borla y franja de oro; los dos son franceses."

No teníamos ningún jefe francés, y ni borla ni franja indicaban ser de mayor graduación. Sigue el relato:

"En la casa había dos heridos que no se podían traer; pero al llegar aquí conducidos por los aprehensores, la columna se amotinó, quiso matarlos, y tuve que recogerlos en mi casa, donde los tengo; sólo los he podido contener prometiéndoles que no los entregaré a nadie, aunque me temo que se vuelva a repetir el conflicto al volverlos a ver, tanto más si la ocasión se presenta al entrar en fuego. He sabido por conducto completamente seguro, que todos los puentes de la carretera de Berga están cortados y, en consecuencia, he dispuesto que se detenga la marcha del convoy hasta que V. E. resuelva, para lo cual digo al Coronel Casanova lo manifieste a V. E. por telégrafo para que V. E. disponga lo que crea más conveniente, en vista de las dificultades que se presentan."

Va fechada esta comunicación el 14 de agosto. La contestación de Cañas fué dirigida al Comandante militar de Manresa:

"Diga V. S. con urgencia y seguridad al Brigadier Reyes y al Coronel Casanova: Urge cumplimentar instrucciones. La movilidad suple el número y las operaciones del enemigo indicarán lo

que en el acto deban hacer esas columnas previo acuerdo de Vuestras Señorías. Brigadier: Diga a su columna que su misión es buscar y vencer al enemigo como soldados valientes y no convertirse en asesinos de los indefensos y que serán tratados con todo rigor cualesquiera que no cumplan con sus deberes. Es inmensa la responsabilidad de todos si esas columnas no cumplen pronto y bien su misión.—Barcelona, 15 de agosto de 1873."

Sigue luego lo que ya apunté respecto a la vanguardia, es decir, lo que relata de ella la *Narración*. Mientras tanto, como se ve, la fuerte columna acantonada o pernoctante en Balsareny estaba a punto de ser copada durante la noche del 14 al 15. Lo que dice en su parte el Brigadier Reyes respecto a los heridos, a los que la columna quería asesinar, lo pongo para mostrar que ese señor era un hombre decente y de buenos sentimientos, y que así se me hizo simpático, lo mismo que el General Cañas, a pesar de que no los he conocido. Estoy persuadida de que Dios habrá premiado su corazón humanitario. La acción de Reyes necesitaba energía y valor, porque en aquel tiempo no era siempre muy fácil tratar con la tropa.

Según ya apunté, nos fuimos desde Balsareny a Suria con los cuarenta prisioneros que se cogieron durante la noche. Tuvimos pocos muertos. No puedo encontrar en los apuntes cuántos eran; entre ellos estaba un joven propietario o hijo de propietario de mucha importancia y grandes cualidades. Aun vivía cuando marchamos, pero murió poco después en una casa de campo, al lado del pueblo; eran conmovedores la resignación y el entusiasmo con que ofrecía su vida por la Causa; no puedo encontrar su nombre.

Cogimos muchos fusiles; no tengo escrito cuántos, sino sólo que fué en gran número. Al marchar hacia Suria ya estaba Alfonso meditando otro plan. Al día siguiente, día 16 de agosto, marchamos ya, a las tres de la mañana, de Suria hacia Caserras, creo que todos con el estómago bastante ligero; el mío, a lo menos, iba totalmente vacío. Alfonso tomó un poco de chocolate; pero en cuanto a mí, tuve una temporada en que éste me repugnaba. Durante la mañana y andando ya desde hacía algunas horas, pregunté en catalán a un chico muy joven que iba a mi lado:

—¿Tienes hambre, verdad?

—Hambre, no, gracias a Dios; pero sí apetito.

(—¿Tens fam?

—No ting pas fam, gracies a Deu; apetit, sí.)

En el camino supimos que columnas enemigas se dirigían hacia Caserras y mi marido envió inmediatamente avanzadas, a fin de enterarse lo más pronto posible de los movimientos de nuestro ad-

versario. Reunió en consejo a los jefes para decidir lo que hubiera de hacerse. La opinión de Alfonso era la de atacar, y realmente, más que opinión, fué resolución, a pesar de la superioridad numérica de nuestros adversarios. Los Generales, primero dudaron respecto a la oportunidad de emprender un combate en las circunstancias en que nos encontrábamos. Alfonso los persuadió, Savalls se opuso pertinazmente a un ataque; pero finalmente no tuvo más remedio que someterse.

Se alargó el paso para poder alcanzar lo más pronto posible a Caserras, y tras una marcha de lo más cansada y un calor sofocnte llegamos aquí hacia las tres de la tarde. Todos nos hallábamos en ayunas. No hubo tiempo para comer en la mencionada población y sólo pudimos tomar con nosotros un pedazo de pan y no creo que los otros se llevasen mucho más. Nos trajeron una tortilla, pero allá quedó, y ¡adelante!, porque en Caserras supimos que el enemigo estaba ya en Gironella. Alfonso quería alcanzarle antes de que pudiese llegar a Berga. Mi marido y los jefes estaban persuadidos de que se dirigía directamente a esta villa. Alfonso sentía muchísimo el no haberle podido ya acometer antes e impedirle que alcanzara Gironella. Se esperaba de un momento a otro la llegada del Brigadier Auguet con el segundo batallón de Gerona.

Hacía ya varios días que le había mandado Alfonso orden de que viniera; pero como se hallaba lejos, tardó primero en alcanzarle el parte y luego parece que otros obstáculos le impedieron llegar en el momento debido. Creo que fué por tener, probablemente, incompleto el segundo batallón de Gerona, a consecuencia de una costumbre de ciertos jefes de mandar la gente con permiso a sus casa; decían *para cambiarse de camisa.* Alfonso lo prohibió y, sobre todo, cuando lo hacían sin previo permiso de él, porque a menudo sucedía entonces que en el momento más apremiante parte de tal o cual batallón estaba muy incompleta. No puedo asegurar que esta vez el no cumplir la orden a su debido tiempo fuese una consecuencia de aquello.

Pero poco antes de salir de Caserras tuvo Alfonso, con gran satisfacción, aviso de que Auguet llegaba a Gironella y se dirigía a Caserras. Probablemente lo dicho debía significar que estaba en los alrededores de Gironella, pues no podía encontrarse allí al mismo tiempo que la columna adversaria. Con la esperanza de alcanzar al enemigo por unos atajos mientras que él habría de ir por la carretera, se decidió la distribución de las tropas y se dispuso a toda prisa por dónde habrían de pasar.

CAPITULO XL

SIGUE AGOSTO DE 1873

Sangrienta acción de Caserras.—Crítica de los partes oficiales

Alfonso ordenó a don Francisco Tristany que quedara con 400 hombres en Caserras para el caso de que la guarnición de Berga saliera para coger a los carlistas por la espalda. Esta medida la tomó Alfonso contra el parecer de todos los jefes, que aseguraban no había tal peligro. El que más se aplicó en disuadir a mi marido fué Savalls, quien tenazmente reclamaba que se llevase al combate la fuerza entera, en vez de privarse ni aun de la menor parte, colocada en un sitio en donde de nada servía. Pero Alfonso contestó que jamás se debía dejar al descubierto la espalda, pues nunca se sabía lo que podía sobrevenir, y en esto quedó. Nos pusimos en marcha del modo siguiente. Primero, Savalls con su fuerza de Gerona, que debía empezar el ataque; inmediatamente detrás, y tocándole, Miret con la suya; luego nosotros, con don Rafael Tristany, los *zuavos* y las tropas de Lérida. Así anduvimos todos hacia Gironella. Savalls y Miret debían tomar una dirección, y nosotros, con Tristany y las fuerzas que nos acompañaban, otra, para que quedasen así cubiertas las posiciones de los dos lados para poder nosotros cortar la retirada al enemigo. Todo se efectuó conforme a esta disposición. A nosotros nos tocó la parte más a la derecha. Bajamos a una hondonada, no lejos aun de Caserras, teniendo enfrente y cerquísima un bosque; íbamos, como siempre en las marchas, a la cabeza de nuestras tropas. Después vimos una tropa que salía en guerrilla de la arboleda. Debían ser las fuerzas de Auguet, cuya inmediata llegada nos había anunciado el parte recibido antes de marchar de Caserras.

Sin embargo, sólo un segundo duró nuestra alegría, cuando de repente la vista y el oído nos enteraron bruscamente de que aque-

llo era el enemigo; un vivo tiroteo nos saludó a cortísima distancia, y pronto se juntó con la artillería.

Lo que había pasado fué lo siguiente: Savalls, al llegar a las cercanías de Gironella se vió obligado a romper el fuego y a retirarse, pero en el acto se vió rodeado por el enemigo. Se ve que éste debía haber estado emboscado, y así le rebasó sin poder notar su presencia. Miret llegó en su socorro y le hizo posible el replegarse en dirección a Caserras. Savalls tuvo herido su caballo.

Mientras tanto, nosotros nos hallábamos en pésima situación frente a la bonísima del enemigo. Allí estábamos, en aquella hondonada, sin saber por dónde retirarnos; ya nos encontrábamos a demasiada distancia del punto por donde bajamos y por él hubiéramos podido retroceder. En vista de la proximidad del enemigo era imposible ir otra vez allá. Detrás de nosotros se levantaba, como una pared, el terreno que había que salvar para salir de aquel cepo. Estábamos a pique de caer prisioneros con los que venían con nosotros, cuando se encontró a tiempo una pequeña vereda, pero tan dura, tan mala, tan cubierta de piedras movedizas y cortada por pedazos de roca, que no parecía posible poder trepar por ella. Sin embargo, no había sino esto o entregarnos en manos del enemigo. Así que nos apeamos del caballo, y tomando cada uno de nosotros el suyo por la brida, emprendimos la subida. Jamás las monturas hubieran podido andar por allí con el jinete a cuestas. Nuestros animales adelantaron naturalmente con paso tan firme como nosotros; pero, a pesar de todo, era bastante trabajoso llevarlos de la brida, es decir, tirándoles tras de nosotros, bajo nutrido fuego y lo que contaba de artillería, sudando el kilo con aquel día caluroso; andábamos como se anda cuando se sabe que lo que viene detrás no es lila. Muchas granadas reventaron en el aire; por supuesto, que también las hubo que dieron en tierra. Había para todos, pues se tiraba bastante firme. Cerca ya de arriba, del borde o cenefa de la meseta, pasamos delante de una casita; una mujer llorando y temblando se lamentaba a su puerta.

—*No tingui pó* —le dije—; no le tocarán su casita.

Y seguimos adelante. Poco después hubo un gran crujido y vimos que una granada cayó encima de la choza y la dejó como uno se lo puede imaginar.

Por fin, alcanzamos el llano de la parte alta, y allí pudimos dar gracias a la previsión de Alfonso al dejar una fuerza en Caserras, la que se convirtió en salvadora para todos. Sin ella lo hubiéramos pasado mal, así como también el conjunto de nuestras fuerzas, porque la guarnición de Berga había salido y con terrible empuje trataba de cortarnos la retirada tanto a nosotros como a Savalls y

Miret cuando íbamos ya tan acosados por las tropas del Brigadier Reyes y el Coronel Casanova. Infaliblemente hubiera acabado nuestra dificilísima ascensión desde la mencionada hondonada con nuestro copo realizado por el enemigo.

Un curioso detalle del imprevisto encuentro que tuvimos con las fuerzas contrarias que venían de Gironella es lo que nos contó mucho más tarde un soldado que en otra ocasión, meses o, a lo menos, algún tiempo después, cayó prisionero y entró luego en nuestras filas. Nos dijo que el día de la acción de Caserras se hallaba él en la columna que nos hostilizaba y me distinguía a mí perfectamente y que no comprende cómo no me tocó en las muchas veces que apuntó contra mí. Ahora le parecía muy extraño que hubiera habido un tiempo en que me quería matar, y estaba contento de no haberme alcanzado.

Sólo el ejecutar don Francisco Tristany tan admirablemente la misión que Alfonso le había dado, dejándole una fuerza para cubrir una eventual retirada, hizo posible que saliésemos de la hondonada y que una vez arriba con los *zuavos,* salvando hasta el macho de nuestros bagajes y de la secretaría, fué contenido el enemigo desde allí por los *zuavos* y un poquito más a la izquierda por la pequeña fuerza de Lérida con el General don Rafael Tristany. Alfonso mandó también parte de ella en ayuda de Savalls y de Miret.

El enemigo hizo los mayores esfuerzos por subir a Caserras, pero don Rafael Tristany se lo impidió. Alfonso le encargó el mantener una posición que se hallaba al lado de la nuestra y la defendió magníficamente. Quedó ligeramente herido en un pie. La resistencia de los carlistas fué admirable en esta parte, y los *zuavos* probaron, una vez más, lo que valían. Por otro lado, las tropas de Savalls y de Miret se distinguieron igualmente; pero el choque del enemigo fué tan terrible que éste las rechazó hasta cerca de Caserras. No pudo, sin embargo, salirse con la suya, porque don Francisco Tristany le recibió en las afueras del pueblo y, tras una lucha encarnizada, les obligó a retroceder, de modo que las dos brigadas, la del Brigadier Reyes y fuerza de don José Casanova y la guarnición de Berga, dándose la mano una columna a la otra, no pudieron contra nosotros, componiéndose los nuestros sólo de 2.400 hombres, mientras que el enemigo tenía de 6.000 a 7.000 hombres. No habiendo venido Auguet, debió haber sido una trampa por parte del adversario el oficio que poco antes del combate entregaron a Alfonso anunciando que estaba llegando aquel jefe.

Así adelantó la tarde, y, por fin, después de sangriento pelear, empezó el enemigo a retroceder de veras. El movimiento de reti-

rada se inició tras un último ataque a la bayoneta, efectuado por los *zuavos*, y pronto degeneró en pronunciada fuga. Los nuestros los persiguieron hasta cerca de Gironella, adonde llegaron dispersos. Una parte de ellos tuvo que pasar el río, bastante caudaloso, sin puente, echándose al agua como pudieron. Parece que hubo ahogados, pero no lo sé de fijo. En su retirada se les cogió un cañón, varios fusiles y algunos prisioneros. Nosotros, todos, fuimos a pasar la noche a Caserras, donde, a pesar de la hora avanzada, medianoche ya, mandó Alfonso tocar durante buen rato la música en la plaza y por las calles, en medio de la alegría general.

Nuestras bajas consistieron en 10 muertos y 30 heridos, entre los últimos, un oficial agregado a los *zuavos*, el Capitán don Angel Vilahur, militar muy distinguido bajo todos los conceptos, que fué de los primeros en entrar en campaña y sirvió hasta entrar en los *zuavos* en las fuerzas de Gerona. También fué herido un francés, el Vizconde de Coëtlegon, que acababa precisamente de llegar, y era su estreno. Ya no había montura ni nada para trasportarle y su herida en la pierna le imposibilitaba; lo que visto por mí le mandé poner sobre el mulo de nuestro cocinero con los efectos de la cocina, etc., y que le dirigieran adonde iban los demás heridos. Estábamos entonces tan cerca de Caserras que el cocinero podía, sin la menor fatiga, ir a pie; precisamente estaba apeado. Pero desencadenóse la cólera del cocinero cuando no volvió el tal macho, y no descargó sobre mí la de él sólo, pues todas mis razones, encaminadas a persuadirle de que en tal caso valía más prescindir de cena que dejar un pobre herido sin amparo, convencieron muy poco a los diferentes estómagos, hambrientos tras una penosa jornada de ayuno. Felizmente, Alfonso era de la misma opinión que yo.

El pueblo de Caserras había quedado desierto; todos sus habitantes, tan entusiastas cuando veníamos, habían huído, naturalmente, al empezar el combate, así que en la casa en que nos alojamos no había pizca de nada que llevar a la boca. Pero afuera tocaba la música, y nuestros corazones bailaban de alegría por la victoria. Victoria fué, aunque el objeto de impedir que subiesen las columnas a Berga no se obtuvo. Sin embargo, la derrota, tan grande, infligida al adversario era muy ventajosa para el prestigio de nuestro Ejército. Durante cerca de dos horas anduvieron las tropas republicanas en retirada; se habían batido con furor y tenacidad antes de que el violentísimo contrataque de los carlistas les pusiera en huída, gracias a haber don Francisco Tristany sostenido el punto de Caserras. Valentísima había sido, entre las tropas contrarias, la Guardia Civil. Las fuerzas enemigas se componían tan sólo de regulares y bonísimo material.

Algunos días antes de la acción de Caserras entró en los *zuavos* un Barón austríaco, amigo de Alfonso, que había sido zuavo Pontificio en Roma al mismo tiempo que él, don Pío Lazarini, un hombre bizarrísimo, inteligente, muy correcto de costumbres y ferviente cristiano; fué recibido muy amistosamente por los demás antiguos soldados del Papa. Se distinguió en seguida en el mencionado combate.

El parte oficial nuestro, escrito por don Domingo de Caralt, era medianito, y, aunque incompleto, daba una idea general. El parte o los partes del enemigo trajeron diferentes errores, cosas cuya inexactitud pudimos comprobar de *visu*. El Brigadier Reyes, con fecha 19 de agosto, dice:

"Sobre las cuatro y media de la tarde del día 16 del actual, y al descender de lo alto de las montañas que encajonan al Llobregat y la carretera de Manresa a Berga, por las cuales las dos brigadas de mi mando iban flanqueando y protegiendo el convoy que a la última de las dos villas citadas debía conducirse, observé una gran nube de humo que me hizo sospechar, no que fuese fuego del enemigo, puesto que éste había dejado pasar los mejores puntos de ataque y desfiladeros, sino una de esas fogatas que con tanta frecuencia se ven por los campos y bosques; pero su rápida progresión y en una línea extensa, me hizo prepararme para que si hubiese que trabar combate y dictar mis disposiciones para reorganizar regularmente la columna que, a causa de lo malo del camino, todo él a la desfilada; al mismo tiempo avancé con mi cuartel general a la cabeza de la vanguardia, y ya en este sitio distinguí las dotaciones de las armas y comprendí que se había emprendido acción con los carlistas. Marché en busca del Coronel Casanova, a fin de que, enterado él de la situación de las fuerzas enemigas, lo mismo que de las suyas, pudieran dictar las que en adelante me inspirara la forma del combate; así lo verifiqué; me enteré de todo y la colocación de todas las fuerzas era la que tendre el honor de exponerla después de expresarle lo acaecido hasta que tomó parte mi brigada."

Aquí interrumpo para observar que Reyes habla primero de sus dos brigadas, que iban flanqueando y protegiendo el convoy y descendidas del alto de las montañas que encajonan el Llobregat y la carretera; y luego dice que marchó en busca del Coronel Casanova, así que parece que éste tenía una columna formada de otras fuerzas, además de las dos brigadas; una vez habla Reyes de su brigada: "hasta que tomó parte mi brigada". Sigue el parte de Reyes:

"Supe entonces que las facciones se componían de unos 6.000 hombres."

Esto es una multiplicación, pues no teníamos más que 2.000. Ni uno más. Sigue Reyes:

"Cuatro mil de ellos de las partidas ya conocidas y el resto de Somatenes."

No teníamos ni un solo somatén en el combate de Caserras. Sigue Reyes:

"La brigada de Casanova estaba en Gironella y sus alrededores en descanso, esperando mi llegada, según la había prevenido."

Según esto, parece que hubo tres brigadas: las dos de Reyes, es decir, las que iban con él y la tercera, de Casanova, aunque bajo las órdenes del Brigadier; pero no lo puedo afirmar. Sigue Reyes:

"Y en la creencia de que iría a pernoctar en Caserras por la poca y mala localidad de Gironella, cuando divisé una fuerte columna carlista que se extendía por toda la loma de Mercaders, orilla derecha del Llobregat. Sin pérdida ni de un momento y sin disparar un tiro tomaron dicha altura la compañía de Ingenieros y los batallones de Cataluña y Cuba, y a medida que la iban dominando se organzó la guerrilla de estos batallones, y con fuegos de frente y amagos de cargas a la bayoneta tomaron todo el llano, teniendo ya en nuestro poder su primera línea y el terreno que había ocupado su caballería, hallándonos próximos a la segunda posición. Esta era la hora en que yo empecé a dirigir el combate. Las fuerzas se encontraban distribuídas así: Cuba y Cataluña e ingenieros en primera línea en el centro; la artillería, sostenida por Cádiz y el resto de este Cuerpo, a la izquierda amagando un movimiento envolvente hacia Caserras; sostenía la derecha Bailén. No tenía reservas ninguna de las fuerzas. Ordené que Béjar reforzara a Cádiz y Tarifa a Bailén y coloqué en batería la artillería de mi brigada, sostenida por carabineros y la caballería de Almansa y Alcántara. La Guardia Civil, con ese entusiasmo propio de tan veteranos individuos, en su avance de protección a las compañías de Cuba, se colocó a su altura. Me determiné a tomar la segunda posición. No podía menos de pensar seriamente en la fuerza moral que los últimos combates, desgraciados para nosotros, y en particular el de Alpens, había dado a los carlistas; traté, pues, de destruirla, y con mi Cuartel General me situé en lo más avanzado de la línea para que con mi ejemplo se acrecentase el valor de todos, tan necesario para tomar la segunda de las posiciones enemigas, que, teniendo a sus pies un enorme barranco, hubiera podido costarme un serio disgusto si se notaba en las tropas la menor vacilación."

No sé de qué barranco se trata: si del que por cuya subida habíamos trepado o si de otro más cercano a Caserras, por la parte de las tropas de Savalls y Miret o de las de don Francisco Tristany, que peleaba, además, contra la guarnición de Berga, que contaba con 800 hombres.

"Conseguí mi objeto, aunque con serías pérdidas; se dió el avance, se pasó el barranco y toda la vanguardia ocupó la cresta de esta fuerte posición; no había remedio, la arremetida del centro y la conversión, ya más pronunciada, de mi izquierda me habían de dar este resultado."

La izquierda de Reyes debía estar, según me parece, allí por donde habíamos subido nosotros con los zuavos y Tristany, pero no lo puedo afirmar. Sigue el parte de Reyes:

"Comprendí ya que nuestra victoria era segura, y sin reparar en la hora avanzada del anochecer ni en el número del enemigo..."

Esto del número contra el que tenían que pelear tiene gracia: nosotros, 2.400, y ellos, con los de Berga, unos 7.000, o, por lo menos, más de 6.000 sumando las fuerzas que detallan los partes enemigos e indicando qué batallones, etc. Sigue el parte de Reyes:

"... quise hacer más evidente su derrota, y al toque de ataque general a la carrera en toda la línea, seguí tras ellos hasta Caserras, punto donde se refugiaron, si bien antes de entrar en el pueblo quisieron hacer un alarde de valor y trataron de cargar a la bayoneta, ataque que en los primeros momentos contuvo nuestro empuje. El auxilio de la reserva fué tan oportuno que, unidas todas las fuerzas, se hizo un supremo esfuerzo y tuvieron que pronunciarse en precipitada fuga."

Esto es falsear completamente la situación; cambiarla y trocar los papeles. La carga a la bayoneta de que habla Reyes fué dada por los *zuavos,* precipitándose con su bandera desplegada sobre el enemigo, y entonces empezó el movimiento de retirada de éste, que degeneró, como ya lo dije, en completa fuga; es el adversario el que huyó entonces, no nosotros. Sigue el parte de Reyes:

"Entrando en el pueblo por todos lados, ocupando las casas y preparándose a la defensa desde sus ventanas, los balcones y huecos de todas clases... Muchos de nuestros soldados entraron en el pueblo..."

Esto es una absoluta alucinación; el enemigo no entró jamás en el pueblo. Sigue lo que dice Reyes:

"Pero no siendo prudente empeñar más serios combates para conquistarle, por lo avanzado de la noche, las ocho y media..."

No tuvieron ocasión de probarlo, y a la hora que dice Reyes, las ocho y media de la noche, ya nos enseñaban sus espaldas y no estaban para ir adelante, sino por el camino contrario. Sigue el Brigadier Reyes:

..."y por haber quedado sin municiones la fuerza más adelantada y la artillería y la necesidad de recoger los heridos, me dispuse a retirarme a Gironella. Empecé a verificarlo paulatinamente y por cuerpos, pues como esta clase de enemigo siempre empieza sus combates a la caída de la tarde para aprovechar la obscuridad de la noche en los momentos de la retirada, había de cuidar yo el no desvirtuar tan brillante hecho de armas. Dos veces quisieron arrollarme al ver mi movimiento retrógrado, pero fueron detenidos sin permitirles llegar a nosotros..."

Olvida que los nuestros fueron detrás de ellos, quiero decir detrás de las tropas republicanas hasta cerca de Gironella. ¿Y por qué tuvieron que tomar tantos el baño en el río en vez de buscar el puente? Sigue Reyes:

"... y las fuerzas que sostuvieron esta difícil retirada son dignas de todo elogio por su valor en movimiento tan difícil."

¿Por qué difícil y para qué se necesita tanto valor si fuese verdad lo que contó primero respecto a la precipitada fuga en que aseguró habernos puesto? Sigue Reyes:

"En una noche tan obscura, más de media hora estuvieron solas, dando lugar al alojamiento de las demás, retirándose a Gironella sin oírse una palabra y sin fumar para no demostrar al enemigo nuestra presencia."

Se ve que debíamos merecerles gran respeto cuando tanta precaución tomaban para que no supiésemos por dónde andaban. Sigue Reyes:

"He relatado hasta ahora todo lo concerniente a las tropas que se han batido, y no puedo menos también de manifestar las demás disposiciones tomadas, como posiciones conservadas, pues, a no dudar, hubiéramos tenido un descalabro si el enemigo hubiera advertido la falta de alguna de ellas. El pueblo de Gironella, colocado en una altura sobre el río Llobregat, en la confluencia por donde llegué yo con mi brigada y la carretera de Berga, debió ser ocupado por el cabecilla Auguet, que con numerosas tropas había tomado posiciones a mediodía, pero la precipitación con que mi vanguardia se apoderó de él frustró su designio y ni siquiera se atrevió a iniciar el ataque, siendo incomprensible en este cabecilla, a quien tanto se alabó de valiente, que no lo hubiera hecho con la anticipación que debiera, puesto que antes de mediodía pasó el puente de dicho pueblo con objeto de apoderarse de él."

Lo que no se comprende es cómo el Brigadier Reyes pudo sufrir semejantes alucinaciones; supongo que le habrán contado aquello, porque sus ojos no pueden haber visto semejantes fantasmas. Auguet estaba lejos de allí, no sé dónde. Nosotros llegamos a Caserras a las tres, o por ahí. Al mediodía no puede haber habido ninguna fuerza carlista por donde dice Reyes, a menos de haber sido una pequeña ronda. Sigue Reyes:

"Los dos extremos de la carretera también estaban custodiados por fuerzas de caballería, y aunque hubiésemos sufrido un descalabro, siempre los puntos de apoyo nos hubieran permitido el volver a reorganizarnos."

Siguen algunas reflexiones. Luego dice Reyes, respecto a las bajas que tuvieron: cuatro oficiales heridos, 10 soldados muertos, 50 heridos, 46 contusos y ocho desaparecidos; un caballo muerto y tres heridos, y que cogieron prisionero los carlistas al Teniente de Ingenieros don Carlos Banús estando alojado en un caserío, después de herido. Que nosotros habíamos tenido 95 muertos (no tuvimos ni uno más que los que indico). Además, ¿cómo podían saber cuántos muertos tuvimos, puesto que no quedó en favor de ellos, sino de nosotros, el campo de batalla, que registramos al día siguiente? Hace ascender Reyes el número de nuestros heridos a 200. Tampoco hubo más de los que digo. Cita entre los heridos a Savalls y a Miret, levemente. Miret lo fué, en efecto, levemente; Savalls no, aunque sí su caballo, y Tristany, en el pie. Ahora cito otro paso del relato de Reyes:

"Un incidente desagradable, pero sin importancia por el modo en que sucedió, he de referir a V. E.: es la pérdida de un cañón, sin su cureña y demás accesorios, que, estando cargado en su mulo, habiendo sido muerto éste, cayó en el barranco que he indicado antes, y por ser completamente de noche hubo precisión de abandonar para recogerlo al amanecer, pues buscarlo antes era peligroso para la tropa que tuviese este encargo; costó trabajo contenerla, pues deseaba practicar esta operación, pero la persuación de lo poco que valía un cañón perdido de esta manera la apaciguó."

Este relato dista bastante de la realidad. El cañón mencionado fué cogido por los nuestros cuando seguían al enemigo en su huída, y nosotros lo supimos en el acto. También es algo distinta la descripción del hecho que hizo el General Cañas en su comunicación al Ministro de la Guerra, después de hablar en general del estado de las tropas. Dice el General Cañas:

"En estos momentos, como cundió en la acción a que me refiero en este escrito, suena un toque de retirada que nadie ha ordenado."

No sé si es verdad que sonara este toque o si Cañas se lo imaginó; ni Reyes ni Casanova hablan de él.

"Acaban las municiones los de la vanguardia..."

Pero esta falta era fácil de remediar contando con todas las reservas con gran abundancia de municiones, y no habían de escasear después de un fuego de no muchas horas. Sigue el General Cañas:

"...Y cunde la alarma por todas las masas, se inicia el pánico y todos huyen de un modo vergonzoso, arrollando a los pocos que intentan detenerlos, y hasta abandonan, por no detenerse a recogerla, una pieza en un barranco, donde un mulo fué muerto, sin que nadie se entere de esta pérdida hasta que todo ha terminado. Esta es, Excelentísimo señor, la verdad de lo ocurrido en la acción que ha sido una victoria para las tropas."

Creo que no fué el macho muerto el que rodó con la pieza en el barranco, como dice el otro parte, sino que quedó, sencillamente, sobre el camino de la retirada, ya que los nuestros la cogieron cuando perseguían a escape a los fugitivos. No me explico cómo consideró el enemigo a tal huída por su parte como victoria. El diccionario no bautiza victoria a una descabellada fuga. Ya dije antes que el objeto, es decir, el llevar el convoy a Berga, lo lograron; en cuanto a esto, triunfó su intento; pero el escapar a la desbandada cuando esperaban infligirnos a nosotros una derrota, convierte aquello en un combate ganado por nosotros.

Los republicanos, con unos 7.000 hombres o, por lo menos, más de 6.000, y nosotros, con 2.400; ellos, con siete u ocho cañones, según se ve por los mismos partes, y, por supuesto, bien municionados, y nosotros, con tres piezas y escasísimas granadas. En cuanto a lo que dicen de municiones, debían tenerlas en abundancia. Si llevó el enemigo tanta tropa para subir el convoy, no podía menos de prever combates, y para éstos se necesitan municiones, y no pensarían en luchar sin ellas. Para nosotros, pobrecitos, era distinto.

El parte de don José Casanova dice:

"Llegué a Gironella con la columna a mis órdenes a las tres de la tarde del día 16 del actual, conduciendo el convoy destinado a Berga, en cumplimiento de lo que me había ordenado el Excelentísimo señor Brigadier Reyes; esperé en aquel pueblo su llegada para conferenciar con él; suponiendo que con su columna pernoctaría en Gironella, ordené que la mía se situase a la derecha del Llobregat, extendiéndose la vanguardia sobre el camino de Caserras, donde creí debí alojarme, por considerar éste punto el más conveniente para cubrir la mañana siguiente la marcha del convoy. A las cuatro y media de la tarde me avisaron que se avistaba la expresada columna, y con los jefes del Cuerpo pasé el puente, a fin de recibir las órdenes del expresado Excelentísimo señor. A las cinco empezaba la vanguardia a pasar el río cuando oí unos disparos en el camino de Caserras e inmediatamente un vivo fuego hacia donde se empeñaba la accción. Viendo a la valiente compañía de Ingenieros y los batallones de Cataluña y Cuba que atacaban a las fuerzas enemigas situadas en las crestas de Mercader, avancé con ellos, ordenando a la artillería que siguiese el movimiento, y al escuadrón de caballería que marchara a su retaguardia; cuando llegamos cerca de la parte más alta, el enemigo, posesionado de un bosque dominante situado a la izquierda y de una altura a la derecha, rompió un vivo fuego sobre mis fuerzas, que, a pesar de las bajas que sufrieron, siguieron con ímpetu el ataque, protegidas por el regimiento de Bailén y algunas compañías de Cádiz. Colocadas en posición mis tres piezas de artillería rompieron el fuego sobre la izquierda y centro carlista, donde habían éstos concentrado todos sus elementos de resistencia."

En esto se equivoca, porque no teníamos un centro de resistencia, sino una línea que empezaba desde la izquierda donde nos hallábamos con los *zuavos* y seguían Tristany y los suyos de Lérida —digo izquierda desde el punto de vista del enemigo— hasta la extrema derecha. Esto en cuanto a nosotros, una vez que habíamos logrado alcanzar la cresta, trepando hasta ella bajo vivísimo fuego, como ya lo expliqué, de infantería y artillería. Sigue el relato del Coronel Casanova:

"En aquel momento supe que el Excelentísimo señor Brigadier subía a la meseta con sus cuatro piezas de artillería y caballería, y al poco rato oí el fuego de esta batería, que dió por resultado que el enemigo se replegase a su derecha, donde se hallaban mis valientes soldados. Comprendiendo la conveniencia de continuar el ataque, sin vacilar un momento y de animar a los soldados, cuyo espíritu estaba bastante abatido desde los últimos reveses de Alpens y de Igualada, continué con ellos, posesionándome de la segunda posición, que batió la artillería protegiendo la marcha, y en la cual el escuadrón de Tetuán dió una brillante carga, rehaciéndose a retaguardia de mis piezas. El enemigo replegó su izquierda y reunió sus fuerzas en el centro, defendiendo un profundo barranco sobre el que se halla Caserras. Los Ingenieros con los valientes de Cataluña y Cuba y algunas compañías de Bailén y Cádiz, que reforzaron sus guerrillas, siguieron su avance protegidos por las piezas, que hicieron certeros disparos, y por dos batallones de la brigada Reyes. Empezaba a anochecer, se debilitaba el fuego del enemigo y mis soldados continuaban su ataque."

Miestras atacaban los del enemigo contestaron los nuestros con el mayor vigor, y, por último, fué la carga a la bayoneta de los *zuavos* la que produjo el primer movimiento de verdadero retro-

ceso. Las fuerzas republicanas se habían batido como desesperadas por conquistar la parte alta de la meseta de Caserras, donde nuestras tropas, después de lucha sangrienta, como ya lo apunté, lograron pararlos. Tampoco pudieron llegar en gran número a ella, pues a muchos se les impidió el que alcanzaran la cresta. Sigue el parte del Coronel Casanova:

"Llegando algunos a la meseta de Caserras, donde se hallaba establecida la artillería enemiga, cuyo efecto fué nulo..."

La frase de Casanova "llegando algunos a la meseta de Caserras" indica que de sus fuerzas no hubo muchas que la alcanzasen. Sigue el relato de Casanova:

"Cuando las compañías de vanguardia avisaron que no tenían municiones, como sucedía también a la mayor parte de mis batallones..."

Que nosotros no tuviéramos municiones se comprende, pues las teníamos que tomar en su mayor parte a nuestros adversarios, pero que el rico, poderoso enemigo, careciese de ellas cuando iba a frescas expediciones y preparado para gran ofensiva, como lo anunció el General Cañas diciendo que era urgente renunciar a la defensiva y que se empezase con todo rigor la ofensiva, indicando la absoluta necesidad de ir en socorro de Berga, de batir las columnas carlistas cuyo número multiplicaban, que a este adversario le faltasen las municiones es poco creíble y suena más bien como una excusa poco admisible. Sigue el parte de don José Casanova:

"Comprendiendo que el enemigo podría aprovecharse de esta circunstancia para intentar un último esfuerzo, fuí replegando mi izquierda para proteger la retirada de las piezas y empecé mi movimiento en dirección de Gironella; en este principio de retirada hubo un momento crítico en que el enemigo atacó con insistencia, procurando envolverla para apoderarse de las piezas; pero, merced a la energía de algunos valientes, pudo rehacerse el soldado, que, al retroceder, arrollaba cuanto encontraba a su paso. Este movimiento de mi izquierda, que era necesario atendidas las circunstancias, fué muy desordenado. Afortunadamente, al fuego de aquel brusco ataque contestó un batallón de reserva y fué suficiente para que el enemigo se retirase sin volver a molestarlos y empezando entonces el movimiento general de retirada."

Esto es inexacto; repito que el movimiento de retirada empezó en seguida, tras de la carga a la bayoneta de los *zuavos*, y no como va dicho en el parte mencionado: el retroceso degeneró en seguida en fuga desordenada y los nuestros fueron detrás hasta

cerca de Gironella. El Coronel don José Casanova dice en su parte que llegó con su columna a las nueve de la noche a Gironella. Llama a este hecho de armas

"... el más sangriento de cuantos han tenido lugar en Cataluña durante este período de campaña".

En otro paso dice, hablando de su fuerza:

"Irresistible en el ataque, mi fuerza dió prueba de gran arrojo individual; en el momento en que hubo de retirarse se hubiera desbordado, comprometiendo la columna sin la energía y la resolución de alguno."

Dice que

"ha quedado muy satisfecho de la compañía de Ingenieros, cuyo comportamiento es digno del mayor elogio, y muy particularmente el del Teniente don Carlos Barnús, que fué herido y prisionero con su asistente. Los batallones de Cuba y Cataluña se portaron muy bien, y el regimiento de Bailén y algunas compañías de Cádiz también me han dejado satisfecho. El escuadrón de Tetuán y la artillería cumplieron con su deber".

Más allá en su relato, del que copio todo lo importante, dice hacia el fin:

"Durante este combate, del que no puedo dar a V. E. más noticias que las relativas a lo ocurrido en la izquierda y centro con las fuerzas a mis órdenes, ha tenido ésta nueve muertos, 50 heridos, dos prisioneros, 35 contusos y seis extraviados. Las bajas de la facción, según se asegura, son 85 muertos y unos 200 heridos. Se han cogido al enemigo algunas armas de fuego y otros efectos de guerra."

Repito que tuvimos unos 30 heridos y 10 muertos; ni uno más. Entre los heridos hubo, como ya lo dije, el General don Rafael Tristany, herida leve en un pie, y el Coronel Miret, levemente en la cara. Hay que mencionar que la piel de Miret tenía una atracción especial para las balas; casi no había fuego en el que no recibiese algún recuerdo del enemigo. En cuanto al adversario, no sabemos de fijo sus bajas; lo cierto es que fueron muchas y como fuimos nosotros los que quedamos dueños del campo de batalla pudimos comprobar que fueron muchísimas más de lo que refirieron los partes, pero menos de lo que dijo la gente encargada de recoger y entregar los cadáveres.

CAPITULO XLI

SIGUE AGOSTO DE 1873

El General Planas.—Reclaman de Valencia la llegada de Alfonso. Incendio en Tortellá

En el libro *Narración Militar de la Guerra Carlista,* respecto al bloqueo, asedio y ataque de Berga, hay una relación del Coronel de Extremadura don Antonio Figueras, fechada el 17 de agosto de 1873. No la copio por no alargarme y exponerme a que mis reminiscencias no se acabaran nunca si pongo todos los relatos de nuestros contrarios. Hay diferentes errores en el que menciono ahora; entre otros, el de que éramos 5.500 hombres los que nos ocupábamos del bloqueo y de lo tocante a éste, siendo así que cuando nos hallábamos al máximo en esta tarea no excedimos de 2.400, como ocurrió en la acción de Caserras. En un párrafo del parte dice que sabiendo que en las cercanías de Gironella se hallaban detenidos cuatro carros destinados a Berga, ordenó la salida de 200 hombres para que escoltasen el referido cargamento.

"que no pudo esto llevarse a efecto por la triple superioridad de las fuerzas del enemigo que saliera a su encuentro, y se batió aquel jefe en retirada hasta las inmediaciones de esta plaza, sin que, afortunadamente hubiera que lamentar baja alguna, y sí solo el haber caído en poder de las facciones los indicados carros."

La relación que sigue se refiere a lo que pasó en Berga cinco días antes del combate de Caserras, cuando Alfonso dispuso el asalto de Berga y no cumplió Savalls, quedando abandonado el bizarro don José Galcerán. El Coronel de Extremadura don Antonio Figueras dice más allá, después de explicar cómo colocó sus fuerzas:

"Que a la una de la madrugada del día 10 de agosto empezó el ataque del enemigo, que en número de unos 1.000 se había posesionado del barrio del Rosario, arrabal situado en la parte occidental de la villa, perforando, al efecto, todas las casas, incluso la denominada de Gironella o Antich, donde estuvo con 300 hombres el cabecilla Galcerán."

En todo y por todo no había más que Galcerán en Berga con aquellos centenares de hombres, ya que Savalls le dejó solo. Después sigue el relato:

"... que los carlistas *(fué Galcerán con los suyos)* construyeron durante la noche una formidable barricada de maderas, piedras y colchones frente al portal de Zaragoza, desde donde rompieron un vivísimo fuego de fusilería que fué contestado con ardor por la plaza hasta las cinco y media de la mañana, que ordenó el Comandante de Extremadura, Coronel don Antonio Figueras, echar más granadas a aquel barrio; pero que los carlistas se mostraron tan tenaces que hubo que recurrir al continuo fuego del cañón y que se verificaron hasta las doce de la mañana 73 disparos que dejaron el suelo del barrio sembrado de muertos".

Esto, por fortuna, no tuvo el resultado con que soñaron los de Berga, pero es verdad que sólo en aquel barrio echaron la mar de granadas, sin contar las que cayeron afuera de él.

"Entretanto otra gruesa fuerza facciosa había extendido sus fuegos en toda la línea o recinto y fué heroicamente rechazada por los guardias y retenes que se portaron con una serenidad y valor admirables, volviendo a guarnecer con unos 300 hombres el barrio del Rosario."

No sé de qué fuerzas habla el relato que hicieran fuego en toda la línea o recinto; serían, supongo las que con nosotros estaban afuera y de las que Alfonso envió una parte en refuerzo de Galcerán. Los de Savalls no habían tomado parte, y según el proyecto de Alfonso, ya que durante la noche Galcerán quedó abandonado por Savalls no debía mosén don José hacer otra cosa durante el día que sostenerse, pues habría de efectuarse el ataque general a la noche siguiente.

Más allá dice el relato que el *Xic de las Barraquetas* verificó una salida con parte de los batallones 1.° y 2.° de francos, escalando la muralla y simulando un ataque a la bayoneta.

"... que esta tropa se dedicó sin contemplación alguna y enmedio del mayor desorden al incendio y saqueo del mencionado barrio resultando quemadas 53 casas y destrozados todos los efectos que, por su peso y poco valor, no podían llevarse, y otros excesos que la pluma se resiste a describir."

Todo esto lo declara el jefe enemigo respecto a los *Voluntarios de la República.* También relata que el día 15 de agosto, a las cinco y media de la mañana, se dispuso la salida de 800 hombres de los batallones 1.° y 2.° de francos y 7.° móvil y del regimiento de Extremadura al mando del Coronel don Juan Martí, para que explorasen el terreno comprendido entre esta plaza y el inmediato pueblo de Espinalber, a fin de allegar recursos. Más allá sigue diciendo que los carlistas fueron desalojados de la Virgen de Queralt (los del bloqueo), causándoles de 10 a 15 bajas. Por supuesto que no fué como lo describe; pero lo interesante es lo que dice el relato después de enumerar los animales recogidos: 50 carneros y 12 cerdos.

"Tanto en la ermita de Nuestra Señora de Queralt como en el indicado pueblo de Espinalber, la fuerza de los mismos 1.° y 2.° batallones de francos, reincidió en el más repugnante saqueo, destrozando en el primer punto sacrílegamente todos los cuadros y objetos que representaban imágenes divinas y sembrando en el segundo la más grave consternación, en términos de haber emigrado la mayoría de sus habitantes".

No cito más que parte de la comunicación de don Antonio Figueras; por el conjunto, que no recojo por no alargar este relato, se ve lo firme que era el bloqueo de Berga y cuánto molestó al enemigo. El Coronel Figueras habla del heroico y brillante comportamiento de la guarnición de la plaza. ¡Lástima que no dé detalles de lo que le tocó en la acción de Caserras!

Repito que el parte oficial carlista del fuego de Caserras, dirigido por don Domingo de Caralt, deja mucho que desear; también es poco claro. En un paso es éste, también, algo inexacto. Dice:

"... batiéndose (habla de Savalls) al principio en retirada los nuestros por haber caído sobre la vanguardia fuerzas diez veces superiores a ella en número; media hora después, el combate se hizo extensivo en toda la línea entrando en fuego la brigada Miret, la división Tristany y los *zuavos* de Su Alteza."

Lo relata como si Savalls hubiese quedado, durante media hora, sin socorro, mientras que Miret seguía, tocándola, a la fuerza de Savalls acudiendo en el acto en su ayuda. Savalls, según ya lo dije, iba por su lado hacia Gironella, mientras nosotros nos dirigíamos allí por otra parte. Este general iba a vanguardia, destinado a empezar el ataque. Fué sorprendido, como nosotros, pero en peor condición aún, pues se vió rodeado. Miret le sacó del apuro. Al fin dice Caralt:

"... habiendo conseguido S. A. R. el objeto propuesto, que no era otro, como antes dejo manifestado, que el atraer a la montaña al grueso de las fuerzas enemigas para vencerlas de una vez, y dar el golpe mortal al llamado Ejército de la República."

No se podía imaginar Alfonso que con esto daba el golpe mortal al enemigo, ni tampoco era su fin atraerle enterito a la montaña; su plan fué tomar Berga o por el hambre, o por asalto. Tomarles por el hambre se podía únicamente cortándoles los víveres, impidiendo que subiesen convoyes, y esto llamaba el socorro de los adversarios; si no hubiesen venido hubiera sido más cómodo para nosotros; así que no era el objeto de Alfonso el de echarles un cebo, aunque estaba resuelto si acudían a oponerse a ellos.

Por último, de un modo o de otro, Berga hubiera sido nuestro sin ciertos acontecimientos que trajeron cambios, y de los que hablaré más adelante. Menciono el fin del parte oficial porque no nos gusta ver disfrazada la verdad, lo que no tiene otro resultado que el de ponerle a uno en ridículo.

Alfonso no tenía tiempo para redactar partes oficiales para el Norte, y así dejaba y mandaba que fuese Caralt quien los hiciese y no se ocupaba de su contenido; enteraba a su hermano en concreto de lo que había pasado. No logramos entonces el objeto verdadero, pero obtuvimos, a pesar de ello, una real victoria, y todo militar tenía que comprender la importancia de la acción y de lo que suponía que nuestra pequeña fuerza pusiera en derrota a un enemigo mucho más poderoso bajo todos conceptos. Nos batimos sólo contra tropas regulares, excepto, tal vez, algunos francos, entre la guarnición que salió de Berga para Caserras.

Al día siguiente, 17 de agosto de 1873, hallándonos sin municiones y no habiendo comida en Caserras, marchamos para Prats de Llusanés, después de que se hizo registrar el campo de batalla, lo que no se pudo efectuar a fondo la víspera a causa de la obscuridad. Se encontraron muchísimos fusiles del enemigo. En Prats pudimos romper, por fin, el ayuno. El macho del cocinero, etc., que la víspera echó éste tan de menos, volvió sin percance. El General Tristany quiso, a pesar de su herida, quedar con sus tropas y desde Caserras fué con ellas a la provincia de Lérida; pero luego se vió obligado a tomar un descanso de varias semanas para cuidarse.

Encontramos en Prats al General Planas, Conde de la Riva, el nuevo jefe de Estado Mayor General, un señor de edad, muy distinguido que había sido Mariscal de Campo en el Ejército de doña Isabel. Cuando la caída de esta señora, en 1868, entró en el ejército carlista cuyos principios eran los suyos. Después de la marcha del Brigadier Larramendi era Caralt el secretario de cam-

paña de Alfonso, e interinamente estaba encargado de las funciones de jefe del Estado Mayor. Con Planas vinieron su hijo don Ignacio y el Coronel Barrasa.

Poco más o menos hacia aquel tiempo, hicimos una adquisición muy valiosa en la persona del distinguidísimo Comandante de Artillería, Coronel don Amado Claver, que había pertenecido al Cuerpo de artillería del ejército del Gobierno. Era carlista en cuerpo y alma.

Quedamos el 18 en Prats de Llusanés y fuimos el 19 a Ripoll. Alfonso mandó a Miret, acompañado de fuerzas de Barcelona, a otra parte de la provincia de su mando, guardando consigo las de Gerona, es decir, dos batallones de esta provincia y dos de la de Barcelona, 120 caballos y tres cañones, lo que, con los *zuavos,* formaba una fuerza de 1.600 hombres.

Alfonso recibió un parte de Cucala del 29 de julio de 1893, que dice:

En este Reino de Valencia todos están aguardando, como por encanto, la llegada de V. A. R., la cual causará tal emoción en los defensores de la legitimidad española que en ..... (una palabra que no puedo leer) podría disponer de un numeroso ejército. Mis fuerzas, que hoy se compondrían de 2.000 ó 3.000 hombres, constan de 500 infantes y 30 caballos, algunos de ellos, armados de escopetas. De los pueblos salen a centenares a ingresar en las fuerzas Reales, pero la completa escasez de armas me obliga a que regresen a sus casas. Tanto tiempo como V. A. R. tarde en enviarme 4.000 ó 10.000 fusiles tardará en haber 4.000 ó 10.000 leones peleando por la legitimidad española. Vuestra Alteza Real podrá disponer de tantos hombres como fusiles, presentándose a la parte derecha del Ebro. No tenemos ninguna persecución, porque las fuerzas republicanas están en Valencia. Gran entusiasmo en todos los pueblos del Reino."

En efecto; desde que se supo en el Reino de Valencia que el Rey confirió aquel mando a Alfonso, fué como un despertar general, una sacudida de júbilo. Cucala mandó otro parte con fecha 12 de agosto, diciendo que

"... sus fuerzas se componen hoy de 700 hombres y 50 caballos. Todos los días ingresan en estas filas Reales multitud de jóvenes que desean defender la justa Causa por la que derramamos nosotros la sangre."

Esto de derramar la sangre lo podía decir Cucala de verdad, porque a cada momento sufría alguna herida.

"... pero por la completa falta de armas tienen que regresar a sus hogares. La presencia de V. A. R. en este país causaría gran entusiasmo y completa decisión, por lo que sería conveniente que

Vuestra Alteza Real se presentara cuanto antes, y, todavía más si llevara algunos fusiles; que es lo que más falta hace en este país. Tengo noticia de que el General Vallés (no era entonces General, sino Coronel) ha pasado hoy el Ebro."

En otra carta de Cucala, fechada igualmente el 12 de agosto en el Campo del Honor, participa que el día 1 del presente, a las tres de la tarde, entró en el pueblo de San Mateo, donde había una compañía de tropa del regimiento de ..... (no puedo leer el nombre) y otra compañía de *Voluntarios de la República;* que a las cuatro de la tarde, al tener noticia de que estaba Cucala con los suyos en el pueblo, tomaron posesión de la torre-campanario, quedando todo el pueblo en poder de Cucala; que los de la torre estuvieron veinticuatro horas encerrados hasta que vinieron fuerzas de ... (no puedo leer el nombre) y de Benicarló en su auxilio; que en esta jornada no tuvieron los carlistas más que un herido grave y tres leves como bajas; pero desgraciadamente, el grave no pudo ser trasladado, visto su estado, y hubo que dejarlo en el pueblo, donde los *Voluntarios de la República* lo asesinaron; que el enemigo tuvo cuatro muertos, seis heridos y ocho prisioneros, que entraron luego en las filas; que los de Cucala cogieron diez fusiles y muchas municiones y otros pertrechos de guerra.

El 20 de agosto, durante la tarde, marchamos de Ripoll, y pasando por San Juan de las Abadesas nos fuimos a Ridaura. Alfonso tenía mucho empeño en irse temprano de Ripoll, porque sabía que sobre todo la última parte del camino era de lo más mala y mi marido trataba siempre de no mandar hacer a la tropa marchas por terreno difícil durante la noche, porque sabía que nada les cansaba tanto como el trepar a obscuras.

Así que tenía gran prisa en ponerse en movimiento con las fuerzas para que llegasen antes del anochecer a Ridaura; pero Savalls aseguraba que la distancia era tan pequeña que no había razón para apresurarse y, por último, no estaba pronto, y dejamos a Ripoll bastante más tarde de lo que queríamos. Aun nos hallábamos lejos de Ridaura cuando nos cayó encima la noche. El camino volvióse horrible; empezaron las paradas porque un mal paso tras otro las causaba. Sabido es que un mal paso de noche parece diez veces más grande que de día. A lo último teníamos una verticalísima bajada para llegar a Ridaura, que se encuentra en una hondonada. El General Planas iba a pie apoyado en su hijo y otro oficial, quienes continuaban tropezando en aquel descenso infernal. Planas encontraba que esto no era lícito a piernas jóvenes que debían moverse como ángeles con alas, renegaba de

sus ayudantes a cada sacudida que le causaban los tropezones que daban.

Mientras tanto, Savalls, que fué culpable de aquella marcha nocturna cuando todo hubiera sido tan fácil con marchar a tiempo de Ripoll, declaró que estaba cansado, que necesitaba descansar, y para esto se destacó de la fuerza y se fué con los *trabucaires*, su guardia, al paso más ligero, no estorbado ya por la tropa a alcanzar el pueblo y su alojamiento.

Alfonso le dejó hacer, pues no había razón para impedirlo; pero no imitó, por supuesto, su ejemplo; así que quedamos con nuestros soldados.

Mal paso, tras mal paso, parada tras parada y abajo, como burlándose de nosotros, las luces del pueblo que siempre parecían hallarse a la msma distancia; por más que se andaba, no se acercaban. Como todo tiene su fin, lo tuvo también la bajada a Ridaura y, después de medianoche, entramos en el pueblo con las tropas. Fué siempre principio de Alfonso compartir siempre con el soldado el cansancio y las privaciones; lo consideraba un deber y lo hacía, no solamente por dar ánimo al poble individuo, sino también por instinto natural, porque ¿cómo puede uno gozar de un bienestar cuando se sabe que están sufriendo los demás?

Al amanecer del 21 de agosto salimos con las fuerzas de Ridaura. Pasamos a la vista de la villa fortificada de Olot y se dieron unas horas de descanso en Castellfullit de la Roca, y, hacia el fin de la tarde nos presentamos delante de Tortellá, de la que Alfonso decidió apoderarse. Era la peor población, quizás, de Cataluña. Salvo una o dos familias como la de nuestros fieles acompañantes cuando entramos en España, la familia Puigvert, se distinguían todos por su espíritu ultrarrepublicano y anticarlista.

Tortellá se encontraba en un sitio muy desagradable para los de nuestro partido, porque todos los que trasponían la frontera por este lado, el punto más fácil y cómodo de atravesarla, se hallaban en peligro de dejar su pellejo en manos de los *cipayos*. Varios carlistas ya habían sido asesinados por ellos. La población no estaba defendida más que por francos, pero estos *Voluntarios de la República,* atacados en una población, se batían mucho más encarnizadamente que la tropa regular y daban mucho más quehacer a los carlistas que los regulares, aunque también éstos luchaban con el mayor valor.

Alfonso quiso quitar el obstáculo del libre paso y por esto resolvió el ataque de Tortellá. Sus defensores eran de la peor crápula, asesinos, malhechores del mayor calibre, como la mayoría de los *cipayos,* que, despreciados por el ejército regular, le servían,

sin embargo, en grande cuando se trataba de resistir en las poblaciones. Entre ellos se distinguían, si aun era posible, los de Tortellá por sus infames procederes.

Poco después de haber llegado delante de la mencionada población, empezóse el ataque. No pasó mucho tiempo sin que los nuestros se apoderasen de toda la población. Los *cipayos* se encerraron en la iglesia con sus mujeres y niños. Este edificio era un verdadero fuerte contra el cual todos los esfuerzos, incluso los de artillería, se estrellaban. Nosotros, con Savalls, nos hallábamos delante de Tortellá; pero cuando se vió que sólo por el hambre y la sed se rendiría la guarnición, y esto de fijo, sin gran tardanza (pues habiendo tomado consigo los defensores a sus familias la situación debía volverse pronto muy precaria) dejó Alfonso una pequeña fuerza en la población y el resto de nuestras fuerzas se retiró con nosotros y el General Savalls a Montagut, un pueblecillo cerca de Tortellá; nos alojamos en una casa de campo perteneciente a Montagut, entre este lugar y Tortellá, situada sobre una pequeña eminencia del terreno, a la salida del pueblo, desde donde veíamos Tortellá y también una parte de los alrededores. Tortellá se encuentra en un pequeño llano y tiene a sus espaldas los Pirineos. Colinas chicas le separan de la llanura del Ampurdán que, desde algún punto elevado, se puede apercibir. Una parte de nuestras tropas fué colocada en sitios adecuados para el caso en que viniese una columna enemiga.

Al día siguiente, viernes 22 de agosto de 1873, por la mañana, se intimó la capitulación a la guarnición; pero ésta la rehusó. Se había colocado un cañón en posición que dominaba la iglesia. El Coronel don Amado Claver dirigió con gran habilidad desde allí sus proyectiles contra aquel templo convertido en fuerte, pero la pieza era de montaña, como su munición, y no podía infligir graves perjuicios. Mandáronse entonces unas mujeres de *cipayos* delante de la iglesia para convencer a sus maridos e hijos de la inutilidad de toda resistencia y de las tristes consecuencias que resultarían de su obstinación. Fué en vano y, como contestación, algunos de los defensores tiraron desde la iglesia sobre las mujeres. A una de ellas un balazo rompióle el brazo. Viendo que nada se podía obtener de estos recalcitrantes, mandóles decir Alfonso que escogiesen entre capitular con todas las garantías de que nada les habría de pasar o ver arder la población. Les dió varias horas de tiempo para que las mujeres pudiesen recoger su ajuar en caso de que la guarnición rehusara la capitulación. Los *cipayos* y demás habitantes de Tortellá, o, al menos, la mayor parte de los últimos, prefirieron ver incendiar sus casas a entregarse. Como contestación

fueron las mujeres a retirar de sus viviendas lo que más les importaba. Un trabajo que en esos pueblos de poca importancia o relativamente poca, de la montaña o en la linde de ésta no exigía mucho tiempo, como no se tratara de alguna masía del campo.

Tortellá fué el único sitio al que se infligió esta medida; si en algún otro ataque se incendiaba alguna casa no se hacía sino cuando gente armada la defendía. Después de haber puesto los habitantes de Tortellá a salvo sus efectos, se empezó a poner fuego en algunas casas, esperando que se entregaría la guarnición antes de que el incendio tomase mayores proporciones; pero se esperó en vano; los *cipayos* no querían capitular. Desgraciadamente, empezó a soplar un fuerte vendaval y se quemó un número bastante elevado de casas. Mientras tanto el enemigo seguía firme en su resistencia. Pasó el día, pasó la noche; la iglesia se hallaba llenísima de gente; faltaban víveres y agua, pero no se pensó por parte de los *cipayos* más que en la defensa. Esta situación continuó también durante parte del día 23 de agosto.

Alfonso había enviado una pequeña fuerza de la provincia de Gerona hacia Olot para impedir el que los *cipayos* de aquella villa acudiesen en socorro de Tortellá, como efectivamente lo intentaron. Trescientos de éstos salieron de Olot, llevando a su cabeza al Alcalde, Deu; pero en el camino encontraron unos pocos jinetes carlistas que la fuerza enviada por Alfonso, como llevo dicho, para contener una tropa de auxilio mandó de avanzada, y a la carrera se escaparon temiendo una carga de caballería. Casi al mismo tiempo quisieron venir de otra parte 400 *Voluntarios de la República,* pero una fuerza carlista destacada para detenerlos les quitó en el acto los bríos. Después de esto volvió aquella fuerza (la carlista) al Cuartel General de Montagut. Apenas llegó, se oyó un gran tiroteo por el lado por el que acababan de llegar, y supimos que se trataba de una nueva columna enemiga, ésta de tropa regular y artillería y la vimos dirigirse hacia Tortellá.

No habiendo sido prevenidos a tiempo de su aproximación no se pudo impedir su entrada en este pueblo. El incendio se había localizado, entretanto, pero el socorro enemigo repuso el fuego en algunas casas, creyéndolas carlistas y de allí se comunicó a otras muchas, de suerte que gran parte de Tortellá quedó destruído por las llamas. Empezado el castigo por parte de los carlistas, fué consumado por nuestro adversario, quien, sin saberlo, pagó de tan mala manera lo que los habitantes de este pueblo ultrarrepublicano hicieron por la causa de la República.

Por el momento no hubiéramos tenido ventaja alguna con atacar a la columna en la población; aquélla se marchó; así que no

dejó Alfonso más que una pequeña fuerza como avanzada en Montagut, y nos fuimos, acompañados por Savalls, a Castellfullit de la Roca, donde pernoctamos. Durante estos dos días (22 y 23) no hubo más que una pequeña fuerza nuestra dentro de Tortellá con la misión de no dejar de escapar de la iglesia a los *cipayos,* y todo el resto estaba con nosotros en Montagut. Castellfullit de la Roca se hallaba a una hora de marcha de Tortellá.

CAPITULO XLII

SIGUE AGOSTO DE 1873

Bizarría de Auguet.—Más combates.—Proyectada expedición al Ampurdán

Al día siguiente, 24 de agosto de 1873, supo Alfonso muy temprano que los *cipayos* de Tortellá cargaban carros para abandonar aquella población, estando prontos a evacuarla, y que la columna de regulares estaba a poca distancia de allí. Inmediatamente nos pusimos en marcha con las fuerzas a paso ligero y volvimos a Montagut para sorprender a los *cipayos* en el momento en que salieran de Tortellá. Destinó mi marido gran parte de las tropas a oponerse a la columna enemiga, situándolas con el Brigadier Auguet en la dirección en que se esperaba al agresor algún tiempo después de haber empezado el fuego, dentro del pueblo, contra los *Voluntarios de la República*. Nosotros, con Savalls y una pequeña fuerza, nos colocamos en un punto central, desde el que observábamos lo que pasaba en Tortellá, y el terreno en el que, al venir la columna adversaria, se pensaba tendría lugar el combate y, así, se podían tomar disposiciones para los dos lados a la vez. También se guardaba al mismo tiempo el camino de Olot, de donde era muy posible la venida de socorro republicano para Tortellá, el que, en tal caso, debía pasar por aquel punto. Este sitio estratégico era el mismo en el que habíamos pasado el día 23 en las afueras de Montagut.

Al llegar desde Castellfullit a primera hora de la mañana a Tortellá se encontró, efectivamente, a los *cipayos* en acción de preparar su marcha. Pero al momento de apercibir a los carlistas corrieron otra vez a encerrarse en la iglesia, sin que se les pudiera impedir, por ser imposible cogerlos a tiempo.

Entretanto no venía la columna de auxilio que decían compuesta de 1.600 hombres; tampoco había indicios que indicasen su próxima

llegada. Era domingo y se creía tener tiempo para decir la misa militar (misa de campaña), a cargo del capellán castrense de los *zuavos*, pues que, según se calculó, tampoco los de Olot podían venir antes de que acabase. Empezó la misa delante de la masía que mencioné. La oímos desde el balcón, desde donde dominábamos gran extensión. Durante la misa empezamos a ver movimientos de tropas y en el momento de la elevación, el enemigo se halló frente a los nuestros y empezó el fuego. Había que acabar la misa a toda velocidad. Alfonso ya había dado todas las disposiciones de antemano. Oyendo yo lo que seguía del Santo Sacrificio y orando por que Dios nos concediera la victoria, miraba cada movimiento del enemigo y de los nuestros.

Al principio de todo se retiraron éstos, replegándose hacia el punto que ocupábamos; pero el cura hubiese tenido aun tiempo de consumir inmediatamente después del alzar. El primer choque fué tremendo: descargas cerradas de fusilería se sucedían rápidamente de los dos lados con ruido ensordecedor aunmentando de punto, entrecortadas por las detonaciones de la artillería. Los nuestros retrocedían ante el empuje violento de los contrarios, y por momentos se temió que el enemigo se hiciera dueño de la posición donde se decía la misa, y antes de que ésta se terminase. Era fácil apoderarse de este sitio.

Pero fué corto el retroceso, y pronto la ventaja se volvió de parte de los carlistas, que lograron parar el empuje y tuvimos la alegría de ver cómo había llegado ahora al enemigo la vez de replegarse. Sin embargo, la tarea de los combatientes reales quedaba dificilísima. La lucha continuaba encarnizada; el adversario se esforzaba en recuperar lo perdido; a ratos callaba el ruido de los fusiles, cargaban a la bayoneta, peleaban cuerpo a cuerpo, muchos revolcándose en el suelo, echado uno sobre otro. Por fin, los carlistas vencieron y el enemigo retrocedió definitivamente. Las descargas se trocaron en un tiroteo suelto; luego se puso el adversario en precipitada fuega y su derrota fué la más completa, perseguido por los nuestros hasta Argelaguer, en donde se encerró. La caballería tomó su parte en la persecución. Al mismo tiempo se escaparon los *cipayos* de Tortellá y fueron perseguidos por los nuestros. Auguet había sido mandado con dos batallones de Gerona y medio de *zuavos* para recibir a la columna cuando llegase; parte de la demás fuerza fué colocada detrás de Tortellá.

Merecedor de esta brillante victoria fué, en primer lugar el bizarro Brigadier Auguet, quien con la intrepidez que se le conocía, daba el ejemplo a los valientes que llevó al combate. Antes ya, en el ataque de Tortellá se distinguió; a pesar de las balas que agu-

jerearon su ropa no tuvo ninguna herida. El segundo batallón de Gerona, que se hallaba siempre con él y a sus inmediatas órdenes, se lució particularmente en aquellos días de combate, y a su cabeza su intrépido Comandante Vila de Viladrau. También las demás fuerzas merecieron el mayor elogio por su valor, y heroicos, como siempre, los *zuavos*.

La columna con la cual se batieron los carlistas se evaluó, según los informes que tuvimos, que no puedo garantizar, en 1.800 hombres, casi todos de tropas regulares. El fuego duró, en total, apenas dos horas. Nuestras bajas en los dos combates fueron seis muertos y 24 heridos. No pongo las del enemigo porque no las sé de fijo, pero dijeron que fueron bastante serias.

Durante la tarde supo Alfonso que otra columna enemiga se acercaba y como no ambicionábamos entrar en contacto con ella, pues nos faltaban municiones, fuimos todos juntos a Castellfullit de la Roca, después de mandar los heridos que recibieron la primera cura en Montagut, a su destino. En Tortellá se recogieron algunos fusiles.

Quedamos contentos de las dos victorias. Haber dejado libre Tortellá y quitar así este estorbo de la cercanía de la frontera y haber derrotado a la columna de socorro.

No copio los partes oficiales por no alargar; menciono sólo que hablando de los *cipayos* de Olot, etc., que iban en socorro de Tortellá, no dicen que fueron rechazados sin el menor esfuerzo. La obra *Narración Militar de la Guerra Carlista* dice que

"... protegía en esta provincia la vía férrea la columna mandada por el coronel del regimiento de infantería de Toledo, don Julián Udasta, compuesto de este cuerpo, el batallón Cazadores de Arapiles, 40 caballos y dos piezas, la cual, desde Caldas de la Malabella, marchó también en auxilio de Tortellá, adonde llegó el 23 por la mañana; cuarenta y ocho horas después del ataque se le unieron 600 voluntarios de Gerona, Figueras y otros puntos que avanzaron bajo el amparo de la columna.

Esta fué la primera columna, la que entró en Tortellá porque no se supo a tiempo su aproximación, y que luego se fué a Argelaguer. Es la misma parece que volvió al día siguiente para socorrer a los de Tortellá.

No puedo omitir una parte del parte oficial dado por el Coronel don Julián Udasta hablando de la acción que se trabó entre los nuestros y dicha columna, y es como sigue:

"El batallón Cazadores de Arapiles, que marchaba a vanguardia con su Teniente coronel a la cabeza, despreciando el nutrido e inesperado fuego, haciendo un movimiento de flanco se posesionó de unas alturas inmediatas al enemigo, y avanzando desde ellas se encontró con algunas fuerzas carlistas, que a los gritos de "No tiréis, que somos republicanos", y vestidos como tales se les acercaron hasta muy corta distancia, por lo cual los soldados suspendieron la embestida y el fuego, dando lugar a que les hiciesen una descarga a quemarropa, introduciendo la confusión entre ellos, y hasta emprendieron la huída, retirándose algunas compañías. En tan crítico momento mandé avanzar un batallón de Toledo..."

Sigue diciendo cómo se colocaron y lo que hicieron. Este cuento de los carlistas disfrazados de republicanos es una pura invención. Jamás hubiera permitido Alfonso el proceder de esta manera tan traidora, y si algún carlista lo hubiese hecho, hubiera sido muy justo por parte del enemigo el fusilarle. Es del todo falso que en esta acción o cualesquiera otra que sepamos haya habido tales carlistas disfrazados; hemos visto a todas nuestras tropas, antes y después de estas acciones, y no hemos visto ninguno con dicho disfraz.

Es invención también el que gritasen: "¡Somos republicanos!"

Fué muy distinto cuando en Balsareny, la noche en que sorprendimos allí a la columna, los primeros que entraron contestaron al ¿quién vive?: "¡Prisioneros de Berga!", porque efectivamente lo fueron.

Al fin del parte dice que la acción que parecía al principio dudosa y hasta contraria la decidieron dos compañías de Toledo, que desbandaron a los carlistas. Se necesita desparpajo para afirmarlo, cuando fué el enemigo el que se retiró en precipitada fuga, encerrándose en Argelaguer, mientras nosotros quedamos casi todo el resto del día en el mismo sitio, entre Montagut y Tortellá, con nuestras fuerzas. Luego dice que después subió al punto más avanzado de sus tropas, hacia Tortellá, donde entró y dispuso la retirada de aquella guarnición; que verificada ésta y, dejando "algunas compañías bien situadas, reunió toda la columna en Argelaguer".

Si durante el combate estuvo en Tortellá, no lo sé; lo cierto es que no fué durante el final, cuando la huída general que acabó con el encierro en Argelaguer, desde donde fué, como lo dice, a Besalú, llegando allí a las cinco de la tarde con los carros en que transportaba a las mujeres y niños de Tortellá y heridos; que dejó unas compañías por la parte de Tortellá. Escribe que verificada ésta —la salida de Tortellá, etc., que apunté más arriba— "y dejando algunas compañías bien situadas reunía toda la columna en Argelaguer".

De todos modos, no colocó compañías por la parte de Tortellá después de su veloz retirada; esto lo podemos certificar nosotros,

habiendo, como lo digo, permanecido por allí cuando ya no quedaba ni un solo soldado en Besalú, y que mientras él estaba ya con sus fuerzas en Besalú, nos hallábamos aún nosotros entre Montagut y Tortellá. El parte de aquel Coronel dice que tuvo "como bajas un oficial y ocho soldados muertos, dos Capitanes y 33 individuos de tropa heridos graves y dos subalternos y dos individuos de tropa leves".

Encuentro muy reducido el número leves en comparación con el de los graves; parece casi increíble. "...y siete caballos, 20 contusos y cuatro extraviados."

Luego dice:

"Esta acción, que a mi juicio ha sido de las más brillantes dadas en estos terrenos, contra un enemigo que contaba con triples fuerzas que las mías...", etc.

Habla de las recompensas que se deben dar. Multiplica nuestras fuerzas. Es él quien debió tener más fuerza numérica si se suman las que indica, pero en todo caso no inferior a la nuestra. Repito que teníamos con los *zuavos* y la caballería (120 caballos) 1.600 hombres.

Alfonso deseaba hacer una expedición por el Ampurdán. Savalls había propuesto al principio del bloqueo de Berga el hacerla él solo con sus tropas, diciendo que era muy necesaria para este país y muy útil para la Causa; pero Alfonso necesitó entonces las tropas de Gerona. Cuando luego pensó que el momento era propicio, después de las victorias obtenidas, para recorrer aquel país con 1.600 hombres y cien caballos que llevó entonces consigo, opinó entonces Savalls que esta expedición era demasiado peligrosa; que había poca gente y no sé qué otras razones dió (eran muchas) para desaconsejarla. Mi marido, viendo la poca gana de Savalls de emprender aquella correría, desistió de ella por el momento, dejándola para más tarde, aunque no creía que fuese la expedición tan difícil entonces como la pintaba este General. Se comprendía que éste no tenía ganas de ir en compañía de Alfonso, lo que, bajo todos los conceptos era poco ventajoso para él (Savalls), sin contar con que él ambicionaba con hacer el primer papel en estos parajes. En general, no le placía a Savalls salir de los distritos que acostumbraba recorrer, y cuando hablaba de algún proyecto de expedición, hallándose lejos del punto que decía tener en perspectiva, desistía por lo regular de dicho plan cuando llegaba el momento de efectuarlo. Si por casualidad pensaba realmente en él, entonces quería ir independientemente, por su cuenta y sin Alfonso para hacerlo según le gustaba.

Así que, como lo dije, se opuso con mil razones al plan de Alfonso y nos fuimos a Santa Pau aquel día domingo 24 de agosto, donde hicimos noche y pasamos parte del 25 de agosto, yendo de allí a pernoctar a San Feliú de Pallarols.

El martes 26 de agosto, después de una pequeña marcha, llegamos a Amer; el 27, a la Sellera, que se encuentra, según ya creo que lo dije, en un llano muy fértil, no lejos de Gerona. El 28, pasando por San Hilario, fuimos a Oso. El viernes día 29 a Arbucias, sitio de veraneo, al pie del Montseny; de Arbucias, el 30 de agosto, a Viladrau, donde quedamos también el domingo 31 de agosto.

FIN DE LA PRIMERA PARTE DE *MIS MEMORIAS*

ÍNDICE DE LA PRIMERA PARTE

Páginas

CAPÍTULO I.—*Abril de 1872*..... 7

Llegada a Marsella.—Detenidos por la Policía francesa.—Viaje a Suiza.—Separación.—Viaje a la frontera española.—Primeros días y primeros preparativos del alzamiento en Cataluña.

CAPÍTULO II.—*Mayo de 1872*..... 13

Fracaso del alzamiento en el Norte.—Escasez de fondos y de medios.—Estancia cerca de la frontera.—Disposiciones y primeros trabajos.—Reconocimiento de los Fueros de los pueblos de la Corona de Aragón.

CAPÍTULO III.—*Junio de 1872*..... 18

Comienzos del levantamiento en Cataluña.—Tarragona.—Primeros partidarios.—Don Juan Francesch.—Su entrada en Reus.

CAPÍTULO IV.—*Siguen junio y julio de 1872*..... 26

Primeras partidas en Lérida, Gerona y Barcelona.—Sus jefes.—Cambiamos de refugio.—Nombramientos.

CAPÍTULO V.—*Agosto de 1872*..... 31

Fusilamientos de prisioneros y órdenes terminantes a Savalls.—Un donativo del Duque de Módena.—Excursión a España.

CAPÍTULO VI.—*Sigue agosto de 1872*..... 38

Savalls.—Desaliento y firmeza. Pesquisas de la policía francesa.—De Beziers a Poussan.

CAPÍTULO VII.—*Septiembre, octubre, noviembre y diciembre de 1872*.... 46

Desesperada situación de los carlistas catalanes.—Proyectos.—Burlando a la Policía.—Camino de la Patria.

CAPÍTULO VIII.—*Sigue diciembre de 1872*..... 54

Nuestra entrada en España.—Carta al Rey.—Fracasa el levantamiento del Somatén.

Páginas

CAPÍTULO IX.—*Enero de 1873*..... 60

Situación comprometida.—De escondite en escondite.—Castells.—Presentación de Savalls.

CAPÍTULO X.—*Sigue enero de 1873*..... 69

El primer encuentro.—Vestida de payesa.—De masía en masía.

CAPÍTULO XI.—*Febrero de 1873*..... 79

En Casa Surroca.—Inacción.—Insolencias de Savalls.—Nos incorporamos a las fuerzas carlistas.

CAPÍTULO XII.—*Marzo de 1873*..... 90

Don Francisco y don Alberto de Borbón.—El primer atentado.—El núcleo del batallón de Zuavos.—Ataque y toma de Ripoll.—Muerte del coronel Galcerán.

CAPÍTULO XIII.—*Sigue marzo de 1873*..... 99

Asalto y rendición de Berga.—Fusilamientos ordenados por Savalls.—Libertad a los prisioneros.

CAPÍTULO XIV.—*Abril de 1873*..... 106

Hacia Puigcerdá.—Sitio y asalto de la plaza.—Incalificable conducta de Savalls.—Terrible retirada.

CAPÍTULO XV.—*Sigue abril de 1873*..... 116

Lo sucedido en Puigcerdá.—Insubordinación de Savalls.—Auguet.

CAPÍTULO XVI.—*Sigue abril de 1873*..... 125

El General Velarde nos persigue implacablemente.—Marchas y contramarchas.—Peligros y fatigas.—Desaliento.

CAPÍTULO XVII.—*Sigue abril de 1873*..... 135

Velarde anuncia nuestro internamiento en Francia.—Siguen nuestras correrías por las provincias de Lérida y Barcelona.

CAPÍTULO XVIII.—*Mayo de 1873*..... 141

Penosa marcha nocturna.—Se frustra un segundo atentado.—Nos vemos obligados a separarnos de Camps y a reducir nuestra columna.

CAPÍTULO XIX.—*Sigue mayo de 1873*..... 151

Errantes, perseguidos y despistados.—El tercer atentado.—Crítica situación.

CAPÍTULO XX.—*Sigue mayo de 1873*..... 162

Nos separamos de los Zuavos y de los *Guías*.—Nos reunimos con Tristany.—Operaciones en el resto de Cataluña mientras éramos perseguidos por Velarde.

Páginas

CAPÍTULO XXI.—*Sigue mayo de 1873*..... 169

Cucala.—El cura de Flix.—Acción de Prades.—El levantamiento de la provincia de Tarragona.—Sus jefes.

CAPÍTULO XXII.—*Sigue mayo de 1873*..... 180

Pérdida de mis apuntes.—Acción de Sanahuja.—Un *yodler* en el combate.—El caballo *Calatrava*.

CAPÍTULO XXIII.—*Sigue mayo de 1873*..... 189

Expediciones con Tristany.—Correspondencia con el Rey.

CAPÍTULO XXIV.—*Sigue mayo de 1873*..... 197

Las fuerzas de Gerona.—Nuevamente con Savalls, que nos abandona frente al enemigo.—A Montserrat.

CAPÍTULO XXV.—*Junio de 1873*..... 207

Nuestra visita a la Patrona de Cataluña.—Cartas al Cuartel Real.—Sublevaciones en el Ejército liberal y dimisión de Velarde.—Elogio de este jefe.

CAPÍTULO XXVI.—*Sigue junio de 1873*..... 217

Disolución de la Compañía de *Guías del Infante*.—Triunfo en Oristá.—Partes oficiales contradictorios.

CAPÍTULO XXVII.—*Sigue junio de 1873*..... 229

Nos persigue activamente Cabrinety.—Proyectos sobre Tarragona y Valls.—Movimientos.

CAPÍTULO XXVIII.—*Sigue junio de 1873*..... 240

Acción de Prats de Lluçanés, con resultado indeciso.—El Coronel Redondo.—Ascenso de don Alberto de Borbón.—Un triunfo en el Norte.—Quejas de Savalls.

CAPÍTULO XXIX.—*Julio de 1873*..... 252

Bendición de la bandera de los Zuavos.—Sigue la correspondencia con el Cuartel Real.—Trabajos para el pronunciamiento de la Guardia Civil de Barcelona.

CAPÍTULO XXX.—*Sigue julio de 1873*..... 260

Amenazas de Cabrinety.—Acción de Alpens.—Gran triunfo y copo de la columna adversaria.—Enorme botín.

CAPÍTULO XXXI.—*Sigue julio de 1873*..... 271

Comunicados sobre la victoria de Alpens.—Contradicciones e inexactitudes.

CAPÍTULO XXXII.—*Sigue julio de 1873*..... 280

Misa en Ripoll.—El batallón de Zuavos.—Al paso del ferrocarril.

Páginas

Capítulo XXXIII.—*Sigue julio de 1873*..... 286

Ante Igualada.—Intimación.—Heroico asalto y denodada resistencia.—Toma de Igualada.—Muerte de Ignacio Wills, Comandante de los Zuavos. — Valor e inteligencia de Miret. — Prisioneros y botín.

Capítulo XXXIV.—*Sigue julio de 1873*..... 298

Intemperancias de Savalls.—Rectificaciones a comunicados.

Capítulo XXXV.—*Sigue julio de 1873*..... 311

Abandono de puestos fortificados.—Organización en Valencia.—Intento sobre Berga.

Capítulo XXXVI.—*Sigue julio de 1873*..... 321

Movimiento del Tercio de la Guardia Civil de Barcelona.—Escasos frutos.—Ataque a Caldas de Montbuy.—Un corresponsal extranjero.

Capítulo XXXVII.—*Sigue julio de 1873*..... 331

Errores en los comunicados oficiales.—Rescate de prisioneros y saqueo del Santuario de Nuestra Señora de Horta.

Capítulo XXXVIII.—*Agosto de 1873*..... 337

Sigue la indisciplina de Savalls.—Ataque a Berga.—Organización de nuestro Ejército.

Capítulo XXXIX.—*Sigue agosto de 1873*..... 348

Insubordinación en un batallón de Gerona.—Ataque a Balsareny.—Funesta carga de caballería.

Capítulo XL.—*Sigue agosto de 1873*..... 357

Sangrienta acción de Caserras.—Crítica de los partes oficiales.

Capítulo XLI.—*Sigue agosto de 1873*..... 370

El General Planas.—Reclaman de Valencia la llegada de Alfonso.—Incendio de Tortellá.

Capítulo XLII.—*Sigue agosto de 1873*..... 380

Bizarría de Auguet.—Más combates.—Proyectada expedición al Ampurdán.